

ANN BENSON

RUTA *de*
FUEGΘ



Lectulandia

Esta novela abarca desde la Francia del siglo xvi hasta los Estados Unidos del 2007, enlazando dos historias y dos épocas. Narra la peripecia de dos médicos separados por siglos pero unidos en la búsqueda de fórmulas y medicamentos capaces de detener el peor azote que la humanidad haya sufrido nunca.

Esta novela es la segunda de tres de la serie de la doctora Janie Crowe, serie que en original se publicó como *The Plague Tales* [Historias de la peste].

Lectulandia

Ann Benson

Ruta de fuego

Janie Crowe, 2

ePub r1.0

Samarcanda 10.02.14

Título original: *The Burning Road*

Ann Benson, 1998

Traducción: Eduardo G. Murillo

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Con el entrañable recuerdo que han dejado en mí, dedico este libro a Al Prives y
Linda Cohén*

Agradecimientos

Meryl Glassman realizó un minucioso y excelente trabajo de investigación histórica en Francia, lo que me permitió recrear fielmente los caracteres y la atmósfera del siglo XIV. La maravillosa gente de Delacorte Press, en particular mi apreciada editora Jackie Cantor, consiguió que todas las dificultades del proyecto parecieran fáciles. Jennifer Robinson, Peter Miller y DeLin Cormeny, de PMA Literary and Film Management, colaboraron inestimablemente desde el primer momento. La ayuda y apoyo de mis amigos y mi familia contribuyó inconmensurablemente a mi alegría durante todo el proceso de elaboración del manuscrito. Mi sincero agradecimiento a todos los que me ayudaron a lo largo de este proyecto.

1358

¿Cuándo había leído por última vez Alejandro Canches el idioma escrito en el papiro que sostenía ante él? Su mente adormilada no acababa de precisarlo. En España, pensó. No, en Francia, la primera vez que fui.

Ah, sí, recordó, fue en Inglaterra. La carta de mi padre, que abandonamos en nuestra huida.

Se esforzó por profundizar en el recuerdo de aquel tiempo, por descorrer el velo de los años, pues en estado latente bajo la amarga sabiduría de la madurez se ocultaba la dulce avidez del muchacho que había sido, aquél que estudiaba estas cartas a la luz de una vela, bajo el severo escrutinio de su familia. Había descubierto placer en aquella tarea, mientras otros muchachos de su edad se quejaban. «¿De qué sirve tanto estudiar? —decían—. Pronto, todos nos veremos obligados a hablar español».

Si no nos matan antes, recordó que había pensado en aquel tiempo.

La primera página estaba terminada, los símbolos descifrados, las palabras reveladas por fin. Sintió el orgullo de aquel muchacho y el ansia de alabanzas que nunca desaparecía. Su alma inmortal anhelaba continuar trabajando, pero su cuerpo mortal parecía decidido a prohibirle aquel goce. ¿Despertaría más tarde en un charco frío de su propia saliva, con las cartas manchadas y estropeadas bajo su pecho? ¿O se fundiría la vela mientras roncaba con la barbilla apoyada en el pecho, y la cera se esparciría sobre las hojas? No podía permitir ninguna de ambas cosas.

Pasó con cuidado las páginas de papiro y leyó lo que había traducido. Los símbolos, aplicados con dolorosa precisión en el oro más puro, corrían de derecha a izquierda de la página.

ABRAHAM EL JUDÍO, PRÍNCIPE, SACERDOTE, LEVITA, ASTRÓLOGO Y FILÓSOFO, A LA NACIÓN DE LOS JUDÍOS, DISPERSADOS POR LA IRA DE DIOS ENTRE LOS GENTILES, OS DESEA PROSPERIDAD.

Aquellas páginas, había afirmado el boticario, contenían grandes secretos. Y sólo porque se hallaba en una situación desesperada, había añadido el muy bribón, consentía en separarse de semejante tesoro. De manera que la joven que llamaba a Alejandro Canches *père* había hundido la mano en el bolsillo de su falda, durante una visita al establecimiento del boticario, y extraído la moneda de oro que él siempre insistía en que llevara encima, por si se separaban, y había intercambiado la moneda por el libro. Alejandro la había enviado en busca de hierbas, y ella había regresado con hojas de otra clase. Ella sabía lo que el libro significaba para él.

Echó un vistazo al otro lado de la oscura casita donde se habían instalado de momento, y sonrió a su forma dormida.

—Te he enseñado bien, pues —musitó.

La paja crujió cuando la joven se removiό. Su dulce voz sonó en la oscuridad, afectuosa pero alegre.

—*Père*? ¿Aún estás despierto?

—Sí, niña —contestó—. No he podido soltar tu libro.

—Ya no soy una niña, *père*. Has de llamarme por mi nombre, o «hija», si eso te complace. Pero «niña» no. Y el libro es tuyo, aunque ya empiezo a arrepentirme de habértelo comprado. Ve a la cama y dale un poco de paz a tus ojos.

—No es paz lo que falta a mis ojos. Tienen demasiada paz. Están hambrientos de las palabras de estas páginas. Jamás deberás arrepentirte de esta adquisición.

La joven se apoyó sobre el codo y se frotó la cara para despejarse.

—Lo haré, si no te ciñes a tu propia advertencia de que demasiado uso estropea la vista.

El hombre miró en la semipenumbra a la joven que había llegado a ser tan bondadosa y adorable gracias a sus cuidados, tan recta, fuerte y hermosa. Sólo unos leves rastros de su piel de niña quedaban en su cara y dedos, y sabía que pronto también desaparecerían, junto con su inocencia. Sin embargo, aún perduraba el tono sonrosado de la niñez en sus mejillas, y Alejandro deseó que se prolongara un poco más.

Se ha convertido en una mujer, admitió para sí. Esta idea llegó acompañada de una punzada familiar que aún no había conseguido definir a su plena satisfacción, aunque con frecuencia pensaba que «alegría impotente» sería la descripción más aproximada que lograría encontrar. Había acechado en su corazón desde el día en que, una década atrás, se había encontrado con una niña a la que criar, y se había intensificado al descubrir que, pese a sus considerables conocimientos, no estaba mejor preparado para la tarea que un analfabeto. Si bien algunos hombres parecían saber lo que debían hacer y cuándo, él no era hombre que ejerciera la paternidad con gracia natural. Consideraba una mala pasada de Dios que la peste negra se hubiera cebado en tantas madres. Eran ellas las que habían trabajado codo con codo junto con los médicos para confortar a sus maridos e hijos agonizantes, y debido a la proximidad habían muerto en terrible número. Y aunque detestaba la muerte de mujeres y médicos, Alejandro deseó que hubiera dado cuenta de más sacerdotes. Los supervivientes eran los que se habían encerrado a cal y canto para no contagiarse, mientras sus hermanos perecían en acto de servicio. Consideraba que eran una especie muy escurridiza.

Había hecho todo cuanto pudo por la niña, sin una esposa, para no mancillar el recuerdo de la mujer que había amado en Inglaterra con un matrimonio de

conveniencia. Kate nunca se había quejado de la falta de una madre. Había llegado al umbral de su vida adulta con una gracia inusual, y ahora ya estaba preparada para cruzarlo. Pese a ser la pupila, huérfana de madre, de un judío renegado, se había transformado en una criatura admirable, gracias a algún milagro insondable.

La encantadora criatura habló.

—Por favor, *père*, te ruego que hagas caso de tus propios consejos. Ve a dormir. De lo contrario, tendré que leerte cuando seas anciano.

Sus palabras consiguieron que Alejandro sonriera.

—Ojalá Dios, en su infinita sabiduría, me conceda una vida lo bastante larga para conocer esas preocupaciones. Y que tú sigas a mi lado cuando eso suceda. —Cerró el manuscrito con cuidado—. Pero tienes razón. Debería ir a dormir. De pronto, la paja se me antoja tremendamente invitadora.

Apartó el tomo para que no se manchara de cera, rodeó la llama de la vela con la mano y se dispuso a apagarla de un soplo.

Alguien llamó a la puerta.

Las dos cabezas se volvieron hacia el ruido, y la voz de Kate sonó en la oscuridad como un susurro atemorizado.

—¡*Père*! ¿Quién...?

—Shhh, niña... Guarda silencio —susurró Alejandro. Se quedó petrificado en la silla, mientras la luz de la vela aún parpadeaba ante él.

La llamada se repitió, y luego se oyó la voz de un hombre.

—Os lo suplico, necesito a un sanador... El boticario me ha enviado.

Alejandro dirigió una mirada alarmada a Kate, que temblaba en su cama de paja, con la manta de lana subida hasta el cuello. Alejandro se inclinó hacia ella.

—¿Cómo sabe que soy sanador?

—¡Cree que soy yo la sanadora!

—¿Cómo? ¿Qué tontería es ésa?

—¡Tuve que decirle algo al boticario, *père*! —susurró la joven, en un tono rayano en la desesperación—. El hombre era de una curiosidad insaciable, y no paraba de hacerme preguntas. Y no es una tontería. Tú mismo me has adiestrado en las artes curativas. Para complacerle, le dije que yo...

—¡Comadrona! —La súplica sonó detrás de la puerta—. ¡Por favor! ¡Os imploro que abráis! ¡Necesitamos vuestra ayuda con toda urgencia!

Alejandro tuvo ganas de dirigir a la joven una severa mirada paternal, de agitar un dedo admonitorio ante su cara, de decirle que nunca más debía portarse de una forma tan imprudente. Pero había un desconocido en la puerta.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó.

Kate se explicó a toda prisa.

—No me pareció necesario, *père*. Cuando el boticario me preguntó por qué quería

las hierbas que me enviaste a buscar, le dije que estaba aprendiendo las artes curativas. Por eso me enseñó el libro. Te juro que no hablé de ti.

Alejandro vio miedo en sus ojos, y comprendió que estaba asustada de él. Fue un descubrimiento doloroso, y le llenó de vergüenza. Ella había intentado protegerle de ser descubierto y complacerle con el regalo del libro. Su cólera se disolvió.

—De acuerdo. Ya no se puede hacer nada —dijo—. He de pensar qué respuesta doy.

Kate apartó la manta y se levantó del catre, temblando en su delgada camisa de dormir. Encontró el mantón en la oscuridad y lo ciñó alrededor de sus hombros.

—¿Por qué hemos de hacer algo? —susurró—. No le hagamos caso. La puerta es fuerte. A la larga, se cansará e irá en busca de otro médico.

Otra llamada, más insistente. Se acurrucaron juntos.

—Si le persiguen, no podrá ir a ningún otro sitio.

—Entonces hemos de abrir la puerta y disuadirle —contestó la joven con voz apenas audible.

—Tal vez no sea tan fácil.

—Le diré que no puedo ayudarle. No creo que insista.

El hombre llamó de nuevo, esta vez con más fuerza, y abundó en sus súplicas.

—Comadrona, os ruego que abráis la puerta. No voy a haceros daño... ¡Traigo a un hombre herido!

—¡Un momento, señor! —contestó Kate, y de esa manera eliminó toda posibilidad de esconderse.

No hizo caso de la expresión de estupor de Alejandro.

—Habla como un hombre muy bien educado. No puede ser un rufián.

—Nadie nos garantiza que no vaya a perjudicarnos. O a traicionarnos. Un campesino no puede saber que nos buscan, pero un hombre educado tal vez sí —dijo espoleado por el pánico.

—¿Para qué utilizar una treta? ¿Por qué no nos capturan y acaban de una vez?

Una herida: trabajo para sus manos. Todos sus instintos de médico tomaron el control, ofuscaron su buen juicio. En los últimos tiempos, sus manos parecían temblar debido a la necesidad de curar. Era muy posible que el hombre hubiera acudido porque necesitaba ayuda.

El corazón de Alejandro le dio un vuelco.

Señaló la puerta con la cabeza.

—Dios quiera que no tengamos que arrepentimos —susurró.

Se oyeron más golpes, más ruegos.

—¡Comadrona!

—Acuéstate en tu jergón, *père* —dijo Kate—, y no intervengas de momento. Deja que yo hable por los dos.

—No puedo permitir que te enfrentes a ese hombre sola...

—¡Cálmate, te lo ruego! Se supone que aquí hay una comadrona, y eso es lo que encontrará. Finge estar enfermo. Si necesito tu ayuda o tu consejo, diré que he de atenderte. Si me arrodillo a tu lado, hablaremos en susurros sin que se nos oiga.

—Sí —cedió Alejandro—. ¿Desde cuándo eres tan inteligente y valiente? —La abrazó unos momentos, agradeció el cariño que ella le daba y echó de menos a la niña que había sido—. Que Dios nos proteja —dijo, y se fue a la cama a regañadientes.

* * *

No vio al demonio que esperaba a la luz parpadeante de la vela levantada en alto, sino el rostro vacilante y aterrado de un hombre al que nunca había visto, ni en el cercano pueblo de Meaux ni durante sus recientes viajes al norte de París. Kate estaba segura de que habría recordado a un hombre de una apariencia tan distinguida. La silueta del hombre casi abarcaba el espacio de la puerta, e intuyó su necesidad de entrar, pero le cortó el paso gracias a algún milagro de coraje. Una mirada a la luz de la vela le reveló que el hombre era más joven que *père*, pero mayor que ella, de ojos penetrantes e inteligentes y frente despejada. Si bien sus ropas no delataban pobreza, estaban desaliñadas y sucias, al igual que su cabello. Sospechó que se había visto involucrado en una escaramuza.

Le miró con severidad.

—Señor, el boticario ha exagerado mis habilidades, y no...

El hombre no estaba dispuesto a que le rechazaran y la apartó a un lado. Había dos formas sobre la carretilla que entró en la casa. Una carga muy pesada, incluso para una persona fuerte.

—¡Ayudadme con estos heridos!

Kate hizo caso omiso de su orden y no apartó la vista de él mientras se inclinaba sobre sus compañeros, uno de los cuales empezó a gemir y retorcerse.

—Karle... —exclamó el soldado, presa de horribles dolores—. Ayúdame, Karle... Temo que estoy en las últimas.

El desconocido se dirigió a la joven.

—Traed la luz. No puedo verle.

Kate alzó la vela, mientras el recién llegado apartaba la manta que cubría a sus compañeros y, cuando el horror de lo que ocultaba se reveló ante sus ojos, lanzó una exclamación ahogada y recitó a toda prisa una oración. Los dos hombres vestían prendas de lana desgarradas y mugrientas, totalmente empapadas en sangre. A primera vista era imposible discernir si ambos sangraban, o sólo uno.

—Santo Dios —exclamó aterrorizada—, ¿se ha librado una batalla? —A continuación preguntó con desaliento al hombre llamado Karle—: ¿Están los ingleses

cerca?

El desconocido la miró con suspicacia.

—Comadrona, aunque juraría que sois demasiado joven para merecer ese título, no fueron los perros ingleses los que trataron así a estos buenos hombres, sino las fuerzas de Carlos de Navarra, sus propios compatriotas.

La muchacha se sintió aliviada y oyó que Alejandro la llamaba desde su jergón. Karle volvió al punto la cabeza en dirección a la voz y su mano voló hacia el cuchillo ceñido al cinto.

—Es mi padre —se apresuró a explicar la joven—. Está convaleciente.

Antes de que Karle pudiera protestar, corrió al lado de Alejandro y se arrodilló junto a él.

—Ve con mucho cuidado —susurró Alejandro—, me huele a peligro...

—¿Qué debo hacer? Dice que no son ingleses.

—Nunca se sabe dónde pueden estar los agentes de Eduardo.

Un herido empezó a gritar. Kate se dispuso a acudir a su lado, pero Alejandro la agarró por el mantón y la retuvo.

—¡Espera! —murmuró—. No hagas nada, límitate a observar.

—¡Comadrona! —llamó Karle—. ¿Qué os retiene? ¡Tenéis que venir enseguida!

Kate se volvió hacia él.

—Mi padre...

Los gritos del herido (el dolor de sus heridas, la agonía de saber que los habían acuchillado las espadas de sus propios paisanos) se impusieron al sonido de su voz. Por fin Alejandro no pudo aguantar más. Masculló unas maldiciones, arrojó a un lado la manta y se levantó del jergón. Se dirigió hacia los dos heridos y se arrodilló a su lado.

—¡Acércame la luz! —ordenó. Kate levantó la vela para iluminarle.

Karle miró al médico y después a su hija.

—Sois muy modesta respecto a vuestras habilidades —comentó—. Da la impresión de que habéis obrado milagros en vuestro padre convaleciente, comadrona. —Pronunció el título con tono burlón—. Pero tal vez debería hablar a vuestro padre como a un médico, no a vos.

Alejandro interrumpió su examen de los soldados y se levantó con brusquedad. Tendió su mano ensangrentada, un gesto que Kate conocía debido a los años que llevaba ayudándole. Le entregó el primer paño que encontró y él se limpió las manos. Después se plantó ante el joven desconocido.

—Llamadme como queráis —advirtió—, pero no habléis a mi hija en ese tono.

Se sostuvieron la mirada unos instantes, mientras se medían mutuamente. El intruso fue el primero en ceder.

—No pretendía ser irrespetuoso —dijo Guillaume Karle—, ni con ella ni con vos.

Tampoco es mi intención perjudicaros. He venido aquí en busca de ayuda, y esperaba encontrar tan sólo a una comadrona. Vuestras circunstancias no me interesan. He de mantenerme a salvo de miradas indiscretas, porque soy bien conocido por estos pagos y, como veis, la noche ha entrañado... dificultades. —Señaló a sus camaradas—. Agradeceré cualquier cosa que vos o vuestra hija podáis hacer por ellos. —Tragó saliva—. Ahora que les habéis examinado, ¿qué decís?

La postura defensiva de Alejandro se relajó un poco. Dejó el paño ensangrentado sobre la mesa y cogió a Karle por el codo para alejarle de los heridos.

—Uno vivirá, aunque tendré que amputarle el brazo, pero vivirá.

—¿Tenéis los conocimientos necesarios para hacerlo?

Alejandro asintió con gesto fatigado.

—Soy médico.

Karle le miró con sorpresa.

—Os habéis ocultado bien, señor. Se dice que no hay médicos en la zona.

—No lo bastante bien, al parecer, puesto que me habéis localizado. De lo contrario, os las habríais apañado para amputar el brazo, en caso necesario.

La expresión de Karle reflejaba incertidumbre.

—No lo negaré. ¿Y el otro?

Alejandro suspiró y meneó la cabeza.

—¿Sois un hombre misericordioso? —preguntó.

Karle alzó la barbilla.

—Hasta el exceso.

—En tal caso, debéis mostraros lo más misericordioso posible con el otro y rematarlo con rapidez. No sobrevivirá más de unas pocas horas, y os aseguro que su agonía será terrible. Tengo láudano suficiente para adormecer al que ha de perder el brazo, pero no lo bastante para calmar el dolor del otro. Lo mejor será solucionarlo con el acero de la espada.

Karle lanzó una mirada nerviosa hacia los dos soldados postrados. Kate los confortaba enjugándoles el sudor de la frente y lavándoles la cara con agua fría.

—¿No tenéis veneno? —susurró.

Alejandro escrutó los ojos de Karle. Reconoció en ellos la misma expresión que había visto a menudo en su propio reflejo, el miedo y la incertidumbre de un fugitivo. Decidió que no perdería nada diciendo la verdad.

—Conozco las artes curativas y he jurado no hacer daño. He quebrantado ese juramento más veces de las que quiero recordar, pero no me apetece hacerlo en este momento. Por otro lado, no sé utilizar los venenos. Esas cosas son asunto del boticario, o del alquimista, practicantes de especialidades diferentes de la mía.

—No pretendía ofenderos...

—No me habéis ofendido. Bien, este hombre es vuestro camarada, ¿verdad?

Karle bajo la vista, abatido, y recordó el momento en que su compañero cayó.

—Sí. Un gran hombre.

—Sed un buen camarada para él y rematadlo. El rostro de Karle delató horror.

—He matado a muchos soldados en el campo de batalla —dijo—, pero nunca a uno de los míos. He presenciado hechos semejantes, pero no sé si tendré valor para ello.

Alejandro apoyó con suavidad una mano sobre el pecho de Karle, por encima del corazón, y éste se puso rígido, pero no se apartó.

—Colocad la espada recta para que se deslice entre estas costillas —explicó, al tiempo que demostraba la precisa localización con los dedos—, y luego hundidla con rapidez.

Karle se encogió, como si hubiera sentido el acero entre sus costillas.

—No es un método muy diferente del que se emplea para acabar con un oso u otra bestia semejante —añadió Alejandro, que se compadecía de Karle—, aunque se os antoje mucho más horrible. No obstante, si el que agoniza parte enseguida al encuentro de su dios, podremos concentrar nuestros esfuerzos en el que aún tiene esperanzas de sobrevivir. —Miró a los ojos de Karle—. Creo que debemos proceder con rapidez.

El hombre del cabello color ámbar sabía que Alejandro estaba en lo cierto, y asintió.

Levantaron al herido que podían salvar de la carretilla y lo tendieron sobre la larga mesa situada en el centro de la casa. Alejandro entregó el paño ensangrentado a Karle.

—Antes de dar el golpe de gracia, envolved la espada con esto para que absorba la sangre. Ya se derramará sangre suficiente cuando amputemos el brazo del otro. Apresuraos, o perderemos a los dos.

El médico dio media vuelta. Guillaume Karle se acercó al moribundo con el paño en una mano y la espada en la otra. Las lágrimas le anegaron los ojos cuando apoyó la punta sobre el pecho de su compañero. Se persignó y después hundió la hoja con todas sus fuerzas. El agonizante arqueó la espalda y exhaló un profundo suspiro, pero no gritó. Se desplomó como un saco, y de su boca abierta empezó a brotar sangre.

—Habéis demostrado valor —observó Alejandro—. El hombre ha muerto bien y con honor. Ahora venid aquí. Necesito vuestra ayuda.

Karle, que estaba demasiado aturdido para protestar, obedeció al instante. Se aproximó a la mesa, donde Kate y Alejandro ya habían cortado la manga del soldado para dejar al descubierto la extremidad que debían amputar y detenido la hemorragia con un torniquete. La sangre fluía ahora con lentitud. De todos modos, la piel del soldado era de un blanco espectral.

—Tenemos poco tiempo —advirtió el médico—. Ya le he administrado el

láudano, pero sus efectos no durarán mucho. Pronto sentirá dolor, de modo que debéis apoyaros sobre su pecho con todo vuestro peso para impedir que se mueva. — Acercó el mango de una cuchara de madera a los labios del paciente, quien lo mordió casi instintivamente—. Chillad, si queréis —dijo al aterrado soldado—, pero conservad el instrumento en vuestra boca y nadie se enterará fuera de estas paredes. Procederé con la mayor rapidez posible. —Tocó un momento la frente del hombre—. Que Dios os acompañe.

Karle inmovilizó al hombre y apartó la vista porque no soportaba la expresión de pánico de su camarada. Paseó la mirada por la casa y la fijó en el instrumental que descansaba sobre el borde de la mesa, una visión nada confortante. Más de una vez había visto emplear utensilios similares para mutilar y descuartizar a un hombre con lenta y deliberada crueldad, pero los movimientos del médico eran piadosamente veloces y mucho más expertos de lo que había esperado. Cosa notable, el soldado no se retorció. Perdió la conciencia, por lo cual Karle susurró una oración de gratitud.

—Hemos terminado —anunció Alejandro. Tocó el hombro de Karle—. Ya no hace falta que le sujetéis.

Se acercó al hogar y sacó un hierro de los carbones. Apretó el extremo candente contra el brazo amputado. Un hedor repugnante siguió enseguida al siseo, y los tres volvieron la cabeza. Cuando hubo terminado la cauterización, Alejandro vertió vino sobre el muñón ennegrecido y lo envolvió con vendas limpias.

Una vez finalizado su trabajo, se sentó en un banco y sepultó la cara entre las manos. Respiró hondo varias veces y después miró a los otros dos.

—La casa apesta —observó. Se encaminó hacia la puerta, la entreabrió, y asomó la cabeza al exterior—. La noche es oscura. Salid a tomar el aire. Os despejaréis.

Al advertir que Karle no se decidía a abandonar a su camarada, Alejandro le tranquilizó.

—No se moverá, pues su cuerpo ha sufrido una grave afrenta.

La hija siguió al padre al aire frío de la noche y se quedó a su lado. Alejandro le rodeó la espalda con el brazo en un gesto consolador. Karle les observaba. La noche era de un negro aterciopelado, y apenas podía distinguir sus siluetas. Le sorprendió ver que la joven era un poco más alta que el hombre al que había oído llamar *père*. Observó que el médico le acariciaba el cabello como haría un padre e intentaba calmarla mientras lloraba contra su hombro.

Aunque los últimos acontecimientos habían obnubilado su mente, se sintió extrañado por lo poco que se parecían aquellos dos.

* * *

Cuando la luz del día penetró en la pequeña vivienda, Guillaume Karle se sentó

en un banco y advirtió que el pecho de su compañero inconsciente subía y bajaba con lentitud. Lo que quedaba de su brazo izquierdo estaba envuelto en un vendaje ensangrentado, pero el color del líquido no era el rojo brillante que debía vigilar, según le había advertido el médico, sino de un tono pálido, señal de que todo iba bien.

Echó un vistazo a sus dos benefactores y se permitió, ahora que no había necesidad de premura, un momento de curiosidad. El médico estaba tendido en una yacija de paja, dormido en apariencia, pero con un ojo medio abierto. Karle intuyó que estaba acostumbrado a descansar poco. Al otro lado, Kate yacía en su jergón. El médico era un hombre delgado, apuesto en cierto modo, de tez morena, pelo negro y rizado, miembros largos y manos bien modeladas. Kate también era espigada, de cuerpo bien formado pero, a diferencia de su padre, era rubia, de piel sonrosada, rasgos casi nórdicos, con unos ojos que lanzaban destellos azules incluso a la luz de la vela.

Como si supiera que le observaba, Alejandro se removió y abrió los párpados. Se apoyó sobre un codo y miró a Karle.

—¿Cómo está vuestro compañero? —preguntó.

—Tranquilo —contestó Karle—. Duerme. Le he impedido moverse, como me aconsejasteis.

—Bien hecho —dijo Alejandro mientras se levantaba. Echó un rápido vistazo al vendaje del muñón—. Bien. La hemorragia se ha detenido. El pronóstico es bueno.

Cogió una jofaina de una alacena y la llenó con el agua que contenía una jarra, la cual descansaba junto al hogar. Acto seguido se quitó la camisa y empezó a lavarse, primero la cara, después el torso y, por último, con extrema minuciosidad, las manos. Aunque Alejandro intentó ocultar su pecho, Karle distinguió lo que parecía una cicatriz. El francés reflexionó un momento sobre ello, pero decidió dejarlo correr.

El médico, en cambio, no se molestó en disimular su curiosidad. Mientras se vestía, dijo:

—No he oído hablar de batallas por los alrededores. ¿Cómo resultaron heridos estos hombres? Y al contrario de lo que os han dicho, se rumorea que hay un médico en el pueblo más cercano. ¿Por qué no solicitasteis sus servicios antes que los de una comadrona?

—¿A qué pregunta queréis que conteste primero? —inquirió con cautela Karle.

—A la que queráis —respondió Alejandro con similar prudencia—, pero contestad ambas. Karle le miró a los ojos.

—Como deseéis, pero, cuando termine, querré obtener algunas respuestas de vos.

—No me cabe duda —repuso Alejandro—. Ya veremos si las conseguís. Estáis más en deuda conmigo que yo con vos, al menos de momento. —Miró al hombre dormido—. Pagaréis hablando. Empezad por decirme vuestro nombre.

El hombre del cabello color ámbar vaciló un momento.

—Ya oísteis a mi compañero cuando lo pronunció anoche.

—Os llamó Karle —recordó Alejandro.

—Guillaume Karle. Hay muchos que pagarían con generosidad por conocer mi paradero. —Dibujó una sonrisa amarga—. Pero estoy en deuda con vos, es cierto. Ahora permitidme el honor de saber con quién estoy hablando y por qué os escondéis.

El rápido y preciso análisis de la situación que había trazado Karle pilló por sorpresa al médico, que enarcó una ceja.

—A su debido tiempo. ¿Cómo resultaron heridos estos hombres?

Karle respiró hondo.

—Se alzaron conmigo contra la opresión de la nobleza. Los hirieron durante la batalla que libramos para reclamar nuestro derecho a un pedazo del suelo de Francia.

Alejandro advirtió un destello de fanatismo en los ojos del joven y, en su frente, el cansancio.

—¿Qué queda por repartir de Francia? —inquirió—. Todo ha ido a parar a las Compañías Libres, ¿verdad?

—Se han apoderado del oro y la plata —respondió Karle con indignación—, pero Francia, la buena tierra de Francia, sigue intacta y siempre lo estará. Sólo aspiramos a ese pedazo de tierra que permite a todo hombre vivir con honradez y que nos liberen de los impuestos excesivos que las fuerzas de los nobles nos imponen para financiar sus despreciables guerras.

—Entiendo —dijo Alejandro—. No se trata más que de una sencilla petición.

Karle le dirigió una mirada mordaz.

—Para no enterarse de lo que ocurre, es preciso haber estado escondido en un armario. ¿Cómo es que no lo sabíais?

Alejandro esbozó una leve sonrisa.

—Hablaremos de mis circunstancias cuando hayáis referido las vuestras con más detalle.

Karle respiró hondo y continuó.

—Anoche atacamos el palacio real de Meaux. Nos sublevamos contra Carlos de Navarra. Estaba mejor preparado de lo que sospechábamos, y muchos más, aparte de estos dos, cayeron heridos. Los que pudieron se dispersaron.

Alejandro pensó en el trayecto desde Meaux. Lo había efectuado muchas veces. Sin peso y a la luz del día, se tardaba más de una hora. No obstante, aquel hombre había cargado con sus dos compañeros heridos sin más guía que la luna. Su opinión sobre el desconocido mejoró.

—Quizá algunos escaparan a sus hogares —prosiguió Karle—. Se harán cargo de los heridos que puedan, pero otros quedarán abandonados. Sólo Dios sabe qué será de

los caídos en la batalla. No pudimos recogerlos.

—¿Quién se ocupará de éste? —Alejandro señaló el cadáver—. No tardará en ser una compañía desagradable. El cuerpo se hinchaba a medida que la putrefacción se apoderaba de sus órganos internos.

—Supongo que me corresponde a mí encargarme de él —dijo con resignación Karle.

—No podemos sepultarlo cerca de esta casa —se apresuró a advertir Alejandro. Karle suspiró.

—Le enterraré en el bosque. —Miró al manco, que dormía sobre la mesa—. Junto con el brazo de Jean.

Kate se levantó en ese instante.

—Hay un claro en el bosque, hacia el norte —explicó—. Encontré allí muchas bayas, pero no vi señales de que alguien lo hubiera atravesado recientemente. No es suelo sagrado, pero parece muy adecuado para darle sepultura.

—Me temo que ya no queda suelo sagrado en Francia —dijo Karle—, pero agradezco que me hayáis hablado de ese lugar.

Kate señaló el cadáver con la cabeza.

—Todos los hombres valientes merecen un final digno, ¿no creéis?

Alejandro advirtió que Guillaume Karle observaba a Kate y luego apartaba la vista de mala gana. Cuando los dos hombres se miraron, Karle se ruborizó como si lo hubieran sorprendido pensando en cosas indecorosas.

—Tal vez, si os parece bien, vuestro *père* os permitirá que me enseñéis ese calvero —murmuró.

Kate habló con excesivo entusiasmo para el gusto del médico.

—Será un placer.

—Iremos todos juntos —intervino Alejandro.

—¿Y mi hombre? —preguntó Karle.

—Nos ocuparemos de sus necesidades antes de partir —contestó el médico—. Lavadle, dadle agua y un poco del láudano que sobró. Si lo atamos a la mesa, no me preocupará dejarle solo.

No me preocupará tanto como dejaros a solas con Kate, pensó.

Dos

2007

Janie Crowe podaba los arbustos de su patio trasero, acompañada por la voz estremecedora de María Callas, cuando el pequeño teléfono que guardaba en el bolsillo empezó a vibrar. Estaba tan absorta en la música que, aunque esperaba la llamada, se sobresaltó un poco y, cuando se quitó los auriculares, se enredó algunos pelos con uno de ellos. Los liberó y se encogió al oír el alboroto de los pájaros de aquel día de primavera demasiado caluroso. Alzó la mirada hacia la copa de los árboles y exclamó:

—¡Callaos!

Se produjo un momento de silencio antes de que empezaran de nuevo.

No obstante, aquellas aves, que adornaban a diario sus preciosas flores con sus excrementos, poseían una costumbre más atractiva: devoraban a los enormes mosquitos, transmisores de enfermedades, que habían emigrado hacia el norte, hasta llegar a su zona del oeste de Massachusetts. Gracias a su inagotable provisión de alimentos, y a las mejoras en la calidad del aire, dictadas por vía legal, los pájaros habían efectuado un regreso triunfal después de haber estado a punto de desaparecer unos años antes.

Dejó los auriculares con pesar. María Callas, por desgracia, no realizaría un regreso triunfal, por más que se reequilibrara la atmósfera.

Sería un gran proyecto traerla aquí, pensó Janie por un instante. Está enterrada en París...

Pero los simples mortales como ella no podían conseguir visados para París y, como le había aconsejado su abogado, «basta de excavar». Excavar significa problemas.

Janie sacó del bolsillo el insistente teléfono y deseó que la llamada fuera del abogado en cuestión y que, por una vez, fuera portador de buenas noticias.

—Conéctate —dijo tras abrir el aparato, con el tono seco que le había enseñado para que la reconociera, y a continuación añadió un «hola» más cordial.

Reconoció la voz del abogado Tom Macalester, que delataba cansancio, y pensó: por fin.

—Estás fuera... —dijo el nombre después de intercambiar saludos—. Pájaros.

—Así es. Estoy domando algunos arbustos convencidos de que se han trasladado a Florida. Les gusta este clima caluroso, mucho más que a mí. Apuesto a que son felices. —Se acomodó en una tumbona—. En cambio, a juzgar por tu voz, deduzco que hay algo que no te hace feliz. Pareces... desalentado.

—Y eso que estaba decidido a causar una buena impresión.

Janie pensó que le habría visto fruncir el entrecejo en el teléfono controlado por ordenador de la casa. Por el móvil, sólo lo intuyó por su voz.

—Tal vez eso sirva para los jurados, Tom, pero te conozco demasiado bien.

—¿De veras? —preguntó él con sarcasmo—. Entonces ¿por qué deseo siempre que nos conozcamos aún mejor?

—Sólo hay una forma de que nos conozcamos mejor que ahora —contestó Janie con una risita.

El abogado rio.

—¿En tu casa o en la mía?

—Bien, ahora pareces el de siempre.

—Estupendo. —El hombre hizo una pausa y respiró hondo. Cuando volvió a hablar, adoptó un tono mucho más serio—. Me ha llamado el comité de readmisión... acerca de tu solicitud.

Janie había acertado. No estaba contento, y ella tampoco lo estuvo al cabo de breves instantes. Había sido una neuróloga de cierto prestigio antes de las epidemias, cuando la enfermedad del DR SAM (sigla de *Staphylococcus aureus mexicalis* resistente a los fármacos,^[1] acuñado por un avisado periodista que, más tarde, se mató bebiendo) había depositado su carga de desdicha sobre un mundo desprevenido.

¿Cómo podrían haberlo previsto o estar preparados? Era mucho peor de lo que nadie había sospechado. Escuchó sin demasiada atención a Tom, que recitaba las minucias legales de su solicitud de readmisión en la vida que había conocido en otro tiempo. Una escena del día anterior destelló en su mente mientras Tom repetía las mismas razones para la negativa que ya había oído en otras ocasiones. Pese a la delicadeza con que le comunicaba la noticia, cada vez le resultaba más odiosa, de modo que la sepultó en el fondo de su mente, junto con el recuerdo de coches de policía congregados alrededor de un Dumpster en el aparcamiento del supermercado, los trajes bioseguros verdes, la cinta verde de acordonamiento y luego, mientras circulaba muy despacio junto a ella, con la ventanilla bajada, el comentario de un policía por el teléfono móvil: «Ordena que cierren los contadores».

Sabía a qué se refería. Ya los habían cerrado una vez. Fue un pequeño paso en la progresión de acontecimientos que habían producido unos cambios radicales en su vida. Había sido una buena madre, una esposa amante, un ser humano satisfecho, con grandes esperanzas en el horizonte, pero le habían arrebatado todo: primero su familia, debido a la misma enfermedad, y después su profesión, en el obligado reciclaje médico de los primeros tiempos de la era postepidemias. Siguió luego el fatídico viaje a Londres, el que debía situarla en el camino correcto hacia una nueva y

gratificante carrera en arqueología forense. Se había convertido en su fracaso más tremendo. Ahora, con la ayuda del brillante abogado, su amigo de siempre, intentaba con desesperación recuperar lo poco que pudiera de la vida que había conocido en otro tiempo.

Empezaba a tener la sensación de que el proceso acabaría por consumirla.

La voz de Tom reapareció en su conciencia.

—Muchos de estos derechos profesionales y laborales se suspendieron durante la primera oleada —explicó Tom—, y los casos con posibilidades de sentar un precedente aún no han llegado a los tribunales, pero nadie se ha retirado todavía, de modo que te aconsejo que perseveres. Seguiremos intentando una renovación individual de tu permiso. Nos da igual lo que suceda primero. El objetivo final es que vuelvas a la práctica profesional, sea como sea.

—Dios mío, Tom, tenemos una declaración de derechos, una constitución...

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe. No me preguntes cómo hemos conseguido olvidarlo.

—¿No elegimos para eso a representantes, para superar esos escollos?

—Tu representante ya ha dicho que no puede hacer nada por ti. Es un precedente bien establecido que, en tiempos de emergencia nacional, el gobierno posee amplias prerrogativas para «mantener el orden», sea eso lo que sea.

—La emergencia ha terminado. Los escáneres han desaparecido, los pabellones de aislamiento se han clausurado...

—Lo sé. —Tom hizo una pausa para reflexionar—. Al menos, casi todos. En cualquier caso, no creo que estos derechos se restablezcan en fecha próxima.

—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—He sostenido esta discusión más veces de lo que me gustaría —dijo el abogado con resignación—. La conclusión es siempre la misma. Corre el rumor de que existe una fuerte resistencia a restaurar el estado de cosas anterior, en especial entre los poderes fácticos. Prefieren las restricciones. ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando intentaron dismantelar Big Dattie?

Casi había constituido un jocoso ejercicio de ineficacia, cuando una coalición de grupos pro derechos civiles combinaron sus talentos y recursos para conseguir, mediante la interposición de una demanda, la destrucción de la base de datos genética universal que había aumentado poco a poco con los años, antes de que el código ético del ADN se estableciera y llegara a su plena maduración durante la primera epidemia. Se encontraba en algún servidor monstruoso, con sus datos amenazadores e insidiosos, un recordatorio continuo de que ya nada era verdaderamente privado. En conjunto, habían argumentado los defensores de mantenerla intacta, era más beneficiosa que perjudicial. También habían afirmado que los contadores de enfermedades eran de todo punto necesarios. Los opositores habían reaccionado con

gran ondear de banderas y retórica a favor de la privacidad, con la que Janie, en principio, se había mostrado de acuerdo. Además, añadieron, las enfermedades se podían contar de otras formas menos agresivas. Janie recordó su incredulidad y estupefacción ante la rapidez con que el Tribunal Supremo había adoptado una decisión en ese caso, así como la punzada de miedo que experimentó al oír que había considerado la base de datos un mal necesario y abogado por su existencia.

—Te habrás enterado de todo esto por la prensa —dijo.

—Casi nada llega a la prensa.

Hacía muchos años que era un experto en derecho médico, pues había previsto la espectacular demanda de esa especialidad después de los confusos cambios provocados por las epidemias. Durante el primer brote se había convertido en el defensor de los aislados, los sometidos a cuarentena, los apestados. La práctica de Tom había prosperado durante las secuelas y había guardado a buen recaudo las alianzas potenciales en algún bolsillo mental, en el que Janie no tendría miedo de rebuscar en caso necesario. Mantenía contactos esporádicos con los grupos que investigaban la posibilidad de que la plaga DR SAM, la brutal enfermedad, se reprodujera en Estados Unidos, pese a las continuadas y vehementes mofas de quienes tendrían que haber tomado las medidas pertinentes. Pasó lo que pasó, a pesar de las mejores intenciones de la clase médica y los continuados esfuerzos por erradicarla. La primera vez, tras un dilatado período de terror, había desaparecido a su capricho, tras dejar una plétora de profesionales de la salud perplejos y mortificados.

Por no hablar de los fallecidos.

—¿Qué crees que debería hacer? —preguntó Janie con voz cansada.

—¿En este momento? Nada.

—Tom, yo...

—Lo sé —la interrumpió el abogado—, es contrario a tu religión ser paciente. Por desgracia, tus posibilidades son ínfimas. La paciencia sigue siendo la mejor.

Ya la había advertido de que con toda probabilidad denegarían su solicitud de reintegrarse a la neurología, de modo que sólo la había telefoneado para confirmarlo. De todos modos, resultaba muy frustrante.

—Santo Dios —exclamó Janie con tono quejumbroso—. Toda mi vida está en suspenso. No sé si conseguiré tener paciencia mucho tiempo más.

—¿Qué otra cosa puedes hacer, Janie? Dar el coñazo a esta gente no te servirá de nada. Están hasta el cuello de solicitudes. De hecho, yo esperaré seis meses antes de presentar otra.

—No quiero esperar tanto tiempo, a menos que sea absolutamente necesario.

—Bien, estoy convencido de que no queda otro remedio, a menos que tus actuales circunstancias cambien de una forma drástica. La única forma de que puedas ejercer, es que poseas una especialidad única, como reparar nervios ópticos, invertir ciertos

daños cerebrales o algo igualmente imposible.

—Veinte largos años de aprendizaje y práctica no son todavía suficientes.

—Por lo visto no. Perdona, sé que suena fatal pero, según las cifras del gobierno, hay un exceso de neurólogos no especializados. Si más de vosotros la hubierais diseñado durante las epidemias, tal vez la historia sería diferente. Ahora bien, si quieres dedicarte a enfermedades infecciosas...

—No sigas por ahí, Tom...

—Es una especialidad muy amplia, y puedes ponerte al día con rapidez, de manera que, si de veras quieres practicar la medicina, deberías...

—No. Ni ahora, ni nunca.

—Podrías utilizar tu talento en esa rama, Janie.

—Lo sé, pero no puedo.

—Muy bien. En ese caso, tendrás que conformarte con seguir haciendo investigaciones en la fundación... hasta que algunos de los viejos mueran... o las cosas mejoren. Después, volveremos a intentarlo.

Janie exhaló un suspiro de profunda decepción.

—Esto es una mierda.

—Lo sé, pero al menos estás trabajando.

—Si se puede llamar así. Detesto mi trabajo. Es como hacer de secretaria. Es simple propaganda de productos médicos.

Tom dejó escapar una carcajada.

—Bien, podrías dedicarte a la arqueología forense.

—Y eso me lo dice el tío que no quiere que excave. —Janie cerró los ojos y se masajeó la frente—. ¿Alguna noticia de Inmigración?

—No, y lo siento —respondió Tom—. ¿Quieres que llame a Bruce y se lo diga?

—No. De todos modos, pensaba hablar con él mañana. Si hubiera una buena noticia, le telefonaría hoy, pero las malas noticias pueden esperar.

Se quitó los guantes de jardinería y los arrojó en el cajón de herramientas. Antes de entrar en la casa se detuvo en el garaje, junto a su venerable Volvo, que había adquirido mil años atrás. En la confortable presencia del coche, se frotó la palma mientras soñaba con tiempos más fáciles. No logró localizar el diminuto implante hundido bajo su pulgar; ni siquiera quedaba la marca. El chip, tal como había prometido el agente de Inmigración de Boston («dentro de un par de días ni siquiera recordará su existencia», había asegurado), había sido absorbido como nutriente por las células que lo rodeaban, pero no antes de que sus datos electrónicos se hubieran disuelto en su piel. Era una afrenta física decretada por ley, casi de aplicación universal, provocada por el arte de un pirata informático que se había infiltrado en el servidor adecuado y, junto con unas cuantas líneas de códigos bien colocadas, había

enviado las identificaciones por las huellas de córnea y palma al paraíso reservado a las tecnologías arcaicas e inútiles. Con el paso del tiempo, había permitido que su rechazo personal hacia la intrusión electrónica se diluyera, porque era muy conveniente poseer una identidad instantánea, y en tanto conservara su credibilidad podía hacer cualquier cosa que necesitara con un simple movimiento de la mano. Sin embargo, no había experimentado el orgullo que acompañó a la expedición de su número de la Seguridad Social y el permiso de conducir en los viejos tiempos. En cambio, después de que le introdujeran el chip en la palma, había contemplado con horror la pequeña marca roja y añorado el siglo xx.

Fue la gota que colmó el vaso de su ya problemático regreso a Estados Unidos desde Inglaterra, rematado por la negativa a conceder el visado al hombre con quien iba a casarse cuando se hubieran instalado en su lado del océano, porque alguien en Londres pensó que necesitaba un rapapolvo por cierto bioincidente que había ocurrido en el instituto donde llevaba a cabo sus investigaciones.

Con todo, fue un percance acaecido en el curso de la investigación que Janie realizaba sobre muestras del suelo de Londres lo que estuvo a punto de provocar una catástrofe, un proyecto que no tenía nada que ver con Bruce, excepto que él trabajaba en la instalación donde habían de efectuarse los análisis químicos. No era más que un espectador inocente, atrapado en la intriga, cuando empezó a interesarse por Janie, la mujer que se hallaba en el centro de ella, y enseguida se ofreció a ayudarla en cuanto se encontró en apuros. Acompañada por su ayudante, y disfrazada de ratero en una noche oscura, había robado una muestra de tierra de determinada propiedad, contra los deseos del capataz. En la tierra que habían excavado detectaron un pequeño fragmento de tela podrida, en cuyas fibras estaba incrustada una bacteria esporificada, un microorganismo arcaico cuya forma original había mutado de forma sustancial. Al principio nadie se dio cuenta de lo que era. Había resucitado en un accidente de laboratorio, y resultó ser la *Yersinia pestis*...

... el agente causante de la peste bubónica. No tardó en capturar un plasmodio que pasaba por allí y se convirtió en un monstruo.

Gracias a frenéticos esfuerzos, Bruce, ella y su ayudante, Caroline, habían conseguido contener a *Y. pestis* cuando empezó a reproducirse a una velocidad que prometía compensar sus seiscientos años de internamiento. Ante su horror, algunas personas habían sucumbido a ella si bien, dado los antecedentes de la bacteria, fue un número milagrosamente bajo. Caroline enfermó y estuvo a las puertas de la muerte.

Gracias a la habilidad e inteligencia de Bruce, Janie había escapado a la investigación que se emprendió a raíz de los hechos, aunque estaba mucho más implicada que él.

Aquellos recuerdos la dejaron aturdida por unos instantes. Intentó sepultarlos bajo la capa de su conciencia, pero seguían abriéndose paso a zarpazos hasta la superficie.

Miró hacia un rincón del garaje, donde el instrumental de investigación que había portado consigo estaba guardado en su bolsa de viaje, y se preguntó si ya habría empezado a oxidarse.

Deshazte de él, se dijo, pero ya lo había intentado antes y no había sido capaz. Representaba una relación directa con algo a lo que no estaba dispuesta a renunciar, se había convertido en una distracción afortunada en el proceso de readmisión y le permitía examinar un objeto todavía más inaudito que, de otra forma, hubiera atraído la atención.

Lástima que no pudiera envolver a Bruce entre la ropa sucia y meterlo en mi maleta junto con el diario...

... el diario que contenía los secretos de un antiguo médico, cuya determinación y talento habían iluminado a Janie cuando todo parecía sumido en la oscuridad más impenetrable.

Suspiró, meneó la cabeza. Todo sería mucho más fácil si pudiera trabajar en algo que tuviera sentido...

«Una especialidad única», había dicho Tom.

¿Queda algo único en este mundo?, se preguntó abatida. Dejó de soñar y entró en casa.

Había gran cantidad de «cifras gubernamentales» en la base de datos genética universal, incluido, después de años de laboriosa introducción de información, el genoma completo de casi todos los ciudadanos estadounidenses. Cada vez que, como ahora, Janie se sentaba delante del ordenador, y acariciaba la idea de entrar, terminaba sintiéndose confusa y abrumada.

«*Supéralo* —le había aconsejado su supervisor de la Nueva Fundación Alquímica—. *Es parte de tu trabajo*».

Lo era, y conocía las técnicas necesarias para recuperar, clasificar y evaluar datos, pero la base en que se disponía a entrar podía resultar un lugar aterrador y repulsivo, aunque sólo fuera por su tamaño. Los sentimientos que le inspiraba cambiaban continuamente. Un día se le antojaba el país de las maravillas, maduro para ser explorado, y al siguiente un yermo que debía recorrerse con un protector mental. Siempre que entraba, se sentía como una intrusa, alguien sin derecho a acceder a la información allí almacenada. Deseaba que la pantalla de introducción al sistema operativo dijera bienvenido a Big Dattie, ya puede entrar, en lugar de:

¡ALTO! HA SOLICITADO ENTRAR EN UNA BASE DE DATOS INEXPUGNABLE. HAGA EL FAVOR DE SEGUIR TODAS LAS INSTRUCCIONES SIGUIENTES CON EXACTITUD. EN CASO CONTRARIO, PUEDE DAR LUGAR A UNA DESCONEXIÓN INMEDIATA Y A LA REVOCACIÓN DE LOS PRIVILEGIOS DE ENTRADA FUTUROS. ESTA VISITA SERÁ GRABADA EN SU INTEGRIDAD.

Algún día, pensó, seré lo bastante valiente para meterme ahí como si tal cosa y flotar a mi capricho, sin un lugar específico adonde ir... pero no iba a ser aquél. Janie obedeció al pie de la letra las instrucciones y ejecutó las órdenes que recibía con fría precisión. Colocó su mano derecha, con el invisible pero siempre detectable código electrónico, sobre la superficie del monitor y esperó a que el sensor lo procesara. Imaginó que en algún lugar, enterrado en las entrañas de Big Dattie, ciertos marcadores que ascendían un ápice, los relacionados con mujeres blancas de edad madura educadas en exceso, de ingresos entre medios y altos, que trabajaban para la Nueva Fundación Alquímica y buscaban información en el mismo ordenador que ella utilizaba. Alguien consideraría aquella información pertinente, en algún momento, pero Janie no quería conocer a esa persona. Jamás.

La pantalla pasó al amarillo, un color de fondo demasiado alegre para el texto que aparecía en ella. Un pitido la urgió a elegir una ruta de acceso en la base de datos, de modo que tocó un punto de entrada en la pantalla y esperó, casi divertida al ver cómo dirigían su búsqueda por aquel sendero de datos demográficos. Hacia el sur por Boy Boulevard, atajar por la carretera 13, doblar a la izquierda en White Street. Habría sido mucho más eficaz teclear el nombre del muchacho en cuestión, Abraham Prives, pero algo tan directo le resultaba desagradable, casi agresivo.

Porque si alguien introducía su nombre en la base de datos y obtenía toda la información que ella estaba a punto de solicitar, quedaría petrificado. Alguien ya lo habría hecho, por supuesto, tal vez mucha gente, y por motivos que ella consideraría inquietantes, pero no deseaba demorarse en aquellos pensamientos.

C'est la vie, reflexionó, pero si al menos una vez me decidiera a ser mala...

Abraham Prives; el nombre destelló en sucesivas pantallas mientras se recopilaban los datos de su archivo. Parecían fríos e impersonales, en tanto se almacenaban electrónicamente. Janie tocó la pantalla para detener el proceso cuando apareció una imagen fotográfica del muchacho: una instantánea de un precioso niño de unos diez o doce años, que sonreía a la cámara. Los grandes ojos castaños revelaban inteligencia, pero albergaban cierto recelo. Janie se preguntó si Abraham era un poco tímido.

En todo caso no era tan tímido como para no formar parte de un equipo de deportes. De hecho, Janie revisaba su archivo porque había sufrido un accidente jugando a fútbol, un simple encontronazo con un compañero, de resultas del cual Abraham terminó tendido en una cama del Jameson Memorial Hospital, con dos vértebras astilladas como una copa de cristal hecha añicos. Las esquirlas de hueso habían causado graves daños en la espina dorsal. Era una lesión misteriosa e incongruente, dada la naturaleza del accidente, y aquella anormalidad había impulsado a alguien de la zona de acogida del Jameson Memorial Hospital a ponerse en contacto con la Nueva Fundación Alquímica, donde Janie trabajaba como

investigadora adjunta.

El archivo sería transferido a su banco de datos de la fundación, de donde más tarde lo rescataría y examinaría en detalle. No obstante, antes de efectuar el transvase y cerrar el sistema operativo de Big Dattie, ojeó la información sobre Abraham con la esperanza de formarse una idea más completa sobre él. Descubrió que se encontraba en el percentil de inteligencia noventa y cuatro, estaba inmunizado por completo, su padre había muerto durante las epidemias. Practicaba el deporte y estudiaba ruso en el colegio. Un estupendo ejemplar de niño de trece años postepidemias.

Se había roto un hueso antes: la muñeca, el año anterior. Había sido una fractura complicada, que confundió a su traumatólogo y tardó un tiempo excesivo en curar. El traumatólogo le había sometido a diversas pruebas para descartar una osteogénesis imperfecta, un tiro al azar, pero aquella rara anomalía ósea solía aparecer poco después del nacimiento, y los resultados de Abraham fueron, como cabía esperar, negativos.

Un mes después de que el muchacho volviera al campo de fútbol, ocurrió la tragedia.

«Se desplomó como un saco de patatas y no pudo mover ningún miembro —le había comentado el entrenador cuando se puso en contacto con él—. No lo entiendo».

Janie sí lo entendía, en especial lo del saco de patatas. La mala noticia es..., pensó mientras hacía clic en el icono de la pantalla que transfería el archivo a su ordenador.

En su lista de deberes relacionados con Abraham Prives figuraba hablar con la persona del Jameson que había llamado a la fundación pero, cuando preguntó en el hospital el nombre de dicha persona, dio la impresión de que nadie le conocía. Decidió que su supervisor no debía de recordarlo bien y se irritó con él, un estado habitual en su tensa relación. De todos modos, daba igual quién hubiera telefoneado; lo importante era que habían hecho la llamada. No se ocupaba de buscar recaderos.

Antes de cerrar Big Dattie, echó un vistazo a los mensajeros de la perdición (los contadores de enfermedad) y experimentó un enorme deseo de cerrarlos. Era justo lo que esperaba: la tuberculosis había descendido ligeramente, la neumonía había subido un poco, y el sida, como siempre, ascendía de manera insidiosa. Sin embargo, cuando se desplazó a la lista del DR SAM, Big Dattie le informó de que el contador de aquella patología en particular estaba inhabilitado temporalmente.

Siempre se reducía al dinero. Eso no había cambiado, y era probable que nunca lo hiciera.

—Escucha, es un caso interesante, y entiendo tu interés por llevarlo, pero carezco de presupuesto —dijo Chester Malin.

—Entonces ¿para qué me enviaste allí?

—Alguien llamó. ¿Qué iba a hacer? ¿Pasar de todo? Hemos de echar un vistazo a esos candidatos, pero no tenemos por qué aceptarlos.

Janie se preguntaba con frecuencia cómo había llegado aquel hombre a convertirse en supervisor. Éste cruzó los brazos sobre su amplio estómago y echó la silla hacia atrás, de forma que sólo se apoyó sobre dos patas. Como siempre, llevaba subidas las mangas de la camisa, que revelaban unos velludos antebrazos, uno de los cuales exhibía un tatuaje de pistolas cruzadas. El Hombre Mono, así lo llamaban sus compañeros de trabajo a sus espaldas, un apodo que él alentaba sin saberlo debido a su costumbre de rascarse la calva siempre que reflexionaba.

Chester se había insinuado en más de una ocasión a Janie, quien había decidido nombrarle miembro de honor de su club del Último Hombre Vivo.

Trató de hacer caso omiso de aquellas particularidades, pues debía convencerle a toda costa.

—Oh, venga, Chet. Alguien pensó que este caso encajaba con el perfil. Además, ayer recibí una llamada del Northern Hospital de Boston sobre un caso que parece similar, aunque todavía no lo he estudiado. Estos dos muchachos comparten un problema de columna tan brutal que hemos de incluirlos en nuestro proyecto, o alguien preguntará por qué no lo hemos hecho. Podrían acusarnos de intentar tergiversar los resultados. Dos casos. ¿No te parece un poco raro? Quizá esté brotando una enfermedad. Piensa en lo que eso significaría para este lugar. Nuestra fama aumenta...

—No se trata de ningún brote epidémico —la interrumpió el supervisor—. A juzgar por lo que vi en el monitor, no es más que una fractura de columna bastante grave. Tal vez ese entrenador de fútbol intenta cubrirse el culo por dejar que el muchacho se metiera en una situación peligrosa.

—He telefoneado a un par de personas que presenciaron el accidente. El entrenador me facilitó sus nombres. Confirmaron lo que él dijo: no fue un encontronazo fuerte, sino el típico choque tras el cual los niños se levantan, se sacuden el polvo y siguen jugando. Eso hizo el otro jugador, pero Prives no. Me pregunto por qué.

—Bien, siento decírtelo, pero no vas a averiguarlo. Costaría demasiado dinero.

—Debe de existir un fondo de contingencia para un caso como éste, y ya estamos brindando una asistencia muy cara a los participantes en el proyecto actual. Uno más pasará inadvertido.

—¿Bromeas? Los peces gordos se fijan en todo.

Janie frunció el entrecejo.

—¿Crees que no lo aceptarán?

—De ninguna manera.

—Y tú no me apoyarás.

—No, a menos que me des mejores motivos.

Cuando Janie salió del despacho hecha una furia, Chet abrió el programa personal de su ordenador. Tecleó unas pocas palabras y volvió a cerrarlo.

Hacía meses que no veía a su antiguo asesor académico y Janie quedó sorprendida cuando llamó a John Sandhaus y descubrió que se había mudado de su espaciosa casa en las afueras de la ciudad al apartamento residencial de uno de los dormitorios de la cercana universidad.

—Hola —saludó con una sonrisa cuando Janie entró—. Me alegro mucho de verte.

—Sí —dijo ella al tiempo que le abrazaba—. Hemos de procurar vernos con más frecuencia.

—Tienes razón. Al parecer mi vida transcurre cada vez más deprisa.

—Conozco la sensación. —Janie abarcó el apartamento con un gesto—. Pero todo esto es nuevo para ti.

—Comienzo a acostumbrarme. De hecho, creo que llegará a gustarme; al menos a Cathy ya le gusta. El otoño pasado, un día, mientras miraba por la ventana cómo caían las hojas, un pensamiento se me vino encima como una tonelada de ladrillos: debo de haber pasado seis meses de mi vida rastrillando hojas. Fue en ese preciso momento cuando comprendí que no podría rastrillar ni una más. Nunca. Las hojas muertas se convirtieron en el símbolo de mi encorsetamiento en los rígidos usos de la sociedad moderna. Y yo, necio de mí, dedicaba un montón de tiempo a intentar que la naturaleza se comportara. Así pues, nos mudamos. Ahora contamos con todo un batallón de canguros, que se autor renovarán cada septiembre.

—Y un ejército de adolescentes empapados en cerveza, que también se autor renovarán. El problema es que no podrás darles una azotaina.

—¿No? Mírame bien. Hasta el momento todo va bien. Nos gusta. No habría soportado uno de los nuevos dormitorios, demasiado esterilizados, pero éste es bonito. Me recuerda un edificio de apartamentos en el que viví cuando estábamos en Cambridge. Además, el alquiler es decente, te lo aseguro.

—Espero que consiguierais vender la casa a buen precio.

Mezzo, mezzo, indicó con la mano.

—Un precio razonable, dada la saturación del mercado. Lo cierto es que me alegré de poder venderla.

—Pues yo no pienso mudarme nunca más. Tendrán que arrancarme del suelo de la cocina de casa.

—Bien, muchos recuerdos te atan a ella. A nosotros no nos fue tan mal.

—Tuvisteis mucha suerte.

—Sí, desde luego. —Siguió un momento de respetuoso silencio—. Ven —dijo John para romperlo—, te enseñaré el apartamento.

Después de la visita, se sentaron a la mesa de la zona del comedor, junto a la cocina, y continuaron intercambiando las novedades de los últimos meses.

—La chica que trabajó para ti en Inglaterra... —dijo John.

—Caroline.

—Sí. ¿Cómo está?

—Mucho mejor. De hecho, se casó hace un par de meses.

—¿De veras? Es estupendo. —Hizo una breve pausa—. Recuerdo que me hablaste de un poli inglés que estaba loco por ella. ¿Se casó con él?

—Exacto. Ahora es teniente en la división de la policía biológica del oeste de Massachusetts.

—Caramba. Impresionante. En realidad, quería preguntarte por su, ejem...

—Estado —dijo Janie con una sonrisa—. Cada vez mejor. El dedo del pie se ha curado muy bien. Se inflama de vez en cuando, aunque no sé muy bien por qué, y ella no quiere consultar a otro médico. —Muy comprensible.

—Supongo que sí. Le va muy bien. Estaba decidida a recorrer el pasillo de la iglesia sin cojear, y por Dios que lo consiguió, aunque le costó un gran esfuerzo. Por lo demás, no estoy segura de que su psique llegue a curar algún día por completo. Por suerte, Michael es muy comprensivo. —Hizo una pausa—. Para ser un policía biológico. Caroline era la última persona a la que hubiera emparejado con alguien tan serio. Sin embargo, a juzgar por las apariencias, están muy enamorados...

—Eso es lo único que importa, ¿verdad? Hasta los polis se enamoran. A veces olvido que hay seres humanos auténticos dentro de esos trajes. Me alegro de no haber visto a muchos en los últimos tiempos.

Una pregunta destelló en la mente de Janie tras el comentario de John: ¿no será que estamos viendo más? Eso le parecía en ocasiones.

—Vivió una auténtica odisea —añadió John—. Tú también.

—Sí, lo fue. Creo que, de alguna manera, aún la estamos viviendo.

—Procura recordar. Pudo ser peor, mucho peor. Oye, ¿y el tío que conociste allí? ¿Aún intentas sacarle?

Janie clavó la vista en su taza de café.

—Sí, pero es un proceso frustrante. Mi abogado se está haciendo de oro.

—¿Tom?

—Sí.

—¿Cómo ve las posibilidades?

—No son muy buenas, por desgracia. Lo peor es que Bruce es ciudadano estadounidense. Ha residido en Inglaterra durante veinte años, pero aún tiene pasaporte norteamericano.

—¿Cuál fue el problema?

—Cuando pasaron su pasaporte por el escáner, saltaron toda clase de timbres y silbatos.

—Sin embargo a ti no te ocurrió nada.

—No, aunque parezca asombroso.

—La suerte de las tías de piernas largas, supongo. Bien, nunca se sabe, tal vez cambien las cosas y consiga regresar.

—No vivo pendiente de un hilo.

John sonrió.

—Nadie lo hace ya. Bien, cuando llamaste dijiste que querías que te prestara mi cerebro.

Janie se enderezó, y su expresión se iluminó.

—Y tu ordenador, si no te importa.

—Pido un millón de pavos por tocar un ordenador.

—No es necesario que lo toques tú, John. Sólo necesito saber dónde he de buscar algo, eso es todo.

—¿Qué puedo saber sobre eso que tú no sepas ya?

—Necesito averiguar cuánto dinero para subvenciones corre por ahí. Tú siempre pareces tener recursos a manta, y hace tiempo que yo no doy una... Eres como el rey de las subvenciones, ¿verdad? ¿O es que has perdido tu toque?

—Venga, Janie.

—No, de veras. Siempre te las apañas para conseguir becas. Eres como un imán para el dinero.

—¿Para qué lo necesitas?

—El crío fue remitido al estudio de regeneración espinal de la fundación, pero mi supervisor me da largas a la hora de ingresarle. Podría haber otro caso similar en Boston que me gustaría incluir. Por lo visto, la fundación no tiene fondos.

John le dirigió una mirada de curiosidad.

—Claro que tiene. ¿Con esa dotación? Si fuera una empresa con ánimo de lucro, no podría afrontar semejantes gastos. —Removió el café y dio unos golpecitos en el borde de la taza con la cuchara—. No quieren gastar un pavo, así de sencillo. Confío en que no te sorprenda.

—Supongo que no... Estoy decepcionada, lo reconozco, pero no sorprendida.

—Bien. Mi elevada opinión de ti descendería en picado si lo estuvieras. —Existe otro motivo...

Explicó lo que Tom le había dicho acerca de la renovación de su permiso.

—Cuanto más averiguo sobre este niño, más me convengo de que se trata de un caso único.

—No lo entiendo. Se rompió un hueso... No es una enfermedad neurológica.

—Su columna ha sufrido graves traumatismos; eso sí es un problema neurológico. Escucha, ya sé que no es tu especialidad, y es posible que no compartas mi punto de vista, pero confía en mí, hay algo único ahí. Tal vez lo bastante único para que me renueven el permiso si investigo a fondo.

—¿Tan importante es para ti?

—Detesto mi trabajo. Carece de sentido. Me siento como una especie de ordeñadora. No hago más que mover cubos de información de un sitio a otro para dar la impresión de que los fármacos son eficaces.

—Bien, ¿lo son?

—Tal vez. Un par son prometedores. Ahora que cuentan con tanto dinero y personal dedicado a conseguir que algo funcione, han de tenerlo todo en marcha. De lo contrario, las inversiones que ya han realizado se irán por el desagüe; otra razón por la que sospecho que hay fondos suficientes para traer a ese chico.

—Nunca se sabe por qué esas organizaciones actúan como lo hacen. Tienen una junta directiva, como cualquier empresa grande. En realidad, no son más que eso, grandes empresas, aunque proclamen que no persiguen obtener beneficios. El gobierno les deja vía libre por algún motivo. Política excesiva, ciencia insuficiente.

—No me gusta pensar así. Me siento como... una puta, en cierto modo, pero supongo que es cierto. Acepté el empleo en la fundación porque quería trabajar. Lo necesitaba para desconectar mi mente de... cosas, pero también porque pensaba que había una conciencia en esa tarea. Al menos la había en aquel momento. Ahora empiezo a dudar.

John lanzó una risita irónica.

—Eso mismo pensé cuando empecé aquí, y ahora me descubro haciendo la vista gorda todo el tiempo. La Torre de Marfil. No quería ser un ejecutivo de éstos que se abren paso hacia el apretón de manos dorado a base de lamer culos, pero lo soy. La única diferencia es que tengo un empleo fijo. ¿Qué vas a hacer? Así va el mundo últimamente. —Se encogió de hombros y sonrió—. Sólo podemos hacer lo que se puede, ¿verdad?

—Exacto. Y tú puedes consultar algunas listas de subvenciones. —Janie sonrió.

Era siempre por la noche, cuando él estaba dormido en Inglaterra y ella despierta y sola en Massachusetts, cuando Janie más deseaba que Bruce hubiera logrado entrar en el país. Sólo había pasado con él unas pocas veladas tranquilas en Londres, el año anterior. Excepto muy al principio, su relación en Inglaterra había supuesto una dificultad tras otra. Sin embargo, se había aficionado con gran rapidez a esas veladas y, ahora, su mente conjuraba aquella serena y agradable imagen de los dos cuando pasaban el tiempo juntos, como un par de novios de la infancia unidos desde hacía años, que conocían y perdonaban los defectos del otro. En realidad, había mucho

territorio inexplorado entre ellos, y quedaba mucho por descubrir.

Si bien Tom estaba bastante seguro de que Janie no tendría que padecer más dificultades relacionadas con el «problema» que tenía en Inglaterra, para Bruce el peligro aún subsistía. Todavía vivía allí y seguía sometido a investigación, aunque no le habían acusado de nada, y lo más probable era que nunca lo hicieran. Los policías biológicos ingleses que le vigilaban no habían descubierto, hasta el momento, nada más incriminador que el hecho de que se hubiera acostado con una yanqui, pero conocían su implicación en cierto asunto comprometido y procuraban amargarle la vida lo máximo posible para compensar su ineptitud.

Janie se descubrió revolcándose en el desconocido y extraño charco de la autocompasión mientras veía el sol ponerse sobre su amado jardín. Sacúdetelo de encima, se dijo. Eres más fuerte de lo que piensas. En efecto, era ingeniosa y no le costaba acomodarse a las circunstancias. Sin embargo, daba la impresión de que, en los últimos tiempos, su instinto de conservación no era tan intenso como antes.

Empezaba a pensar que estaba un poco deprimida. No me extraña: odio mi trabajo, y el hombre al que quiero está al otro lado de un océano muy grande. Respiró hondo y centró su atención en el objeto que descansaba sobre su regazo. Aunque, envuelto en su camiseta sudada, la travesía no había empeorado su estado, era evidente que se trataba de un diario muy antiguo y frágil. A juzgar por las grietas de la piel que lo encuadernaba cuando llegó a sus manos, y lo gastadas que estaban las hojas de pergamino, estaba segura de que había sido un libro de trabajo, consultado con regularidad, tal vez cada día, por una serie de propietarios a lo largo de su historia. Cada uno había dejado una huella inconfundible en él (anotaciones, traducciones, una tachadura aquí, una mancha allí, la ocasional punta doblada), desde la fotografía del dueño que la había precedido hasta la casi borrada y fina caligrafía del hombre para el que lo habían encuadernado.

¿Era caro cuando su padre se lo regaló, más de seiscientos años antes?, se preguntó. ¿Qué moneda de qué reino había utilizado para adquirirlo? El orgulloso padre de Alejandro Canches debía de haber acudido a un encuadernador con el fin de que, cuando su hijo marchara para continuar sus estudios, tuviera un lugar permanente donde documentar los progresos de su intelecto. En algún momento de su estancia en la Facultad de Medicina de Montpellier, sus anotaciones habían cambiado del hebreo al francés. Eran estas últimas las que Janie había descifrado a duras penas, palabra por palabra, gracias a la correspondencia con un grupo de francófilos de Internet fanáticos de *la langue française ancienne*. Nunca había enseñado el libro a nadie.

No obstante, por más veces que pasara las páginas y leyera las notas, había preguntas sin respuesta. Ahora que contaba con tiempo libre y tenía un motivo para querer distraerse, se volcaba en él cada vez más. Comenzaba a volverla loca.

—¿Por qué desapareciste de vista tan de repente? —preguntó.

La mitad de la población de Londres había muerto en 1348.

—¿O huiste, como yo? —inquirió otra vez al antiguo médico.

Pero si huyó, ¿por qué abandonó algo de tan vital importancia para él? No conseguía imaginar qué clase de hombre sería para haber abandonado algo tan valioso.

—Bien, en algún momento falleciste, de modo que descansa en paz.

La vieja mecedora de madera emitía unos tenues y rítmicos crujidos mientras Janie se balanceaba con el libro abierto en el regazo. Yo abandoné a Bruce, y era importante para mí.

Sin embargo los tiempos que corren son muy diferentes de los de entonces.

¿O no?

Tres

En épocas anteriores habrían tenido a mano otro tipo de materiales para la tarea que les estaba esperando, pero ahora Kate tuvo que sacrificar algo con ese fin. Observó con desolación cómo Alejandro desgarraba uno de los dos camiones que le quedaban y utilizaba las largas tiras blancas para atar al hombre herido a la mesa.

—Te compraremos otro —aseguró para animarla.

—No cabe duda de que las Compañías Libres han dejado en paz a las tejedoras para que sigan confeccionando ropa interior de mujer —comentó casi con amargura—. No será fácil conseguir otro, *père*.

—Lo sé —repuso Alejandro con una leve sonrisa de disculpa—. Si tuviera una camisa de más, la habría utilizado.

—¿Por qué no has cogido las ropas del muerto?

Karle protestó.

—¿Le enviaríais totalmente desnudo al encuentro con su dios? Desde los tiempos de Adán los hombres se han cubierto ante el Creador.

Kate exhaló un profundo suspiro.

—Ojalá hubiéramos tenido algo para fabricar cuerdas. Cabe suponer que alguna enredadera habrá escapado a los incendios. —Miró al hombre semiinconsciente, amarrado a la mesa con los restos desgarrados de su camisón—. De todos modos espero que haya servido a un buen propósito.

—Sí —dijo Alejandro—. No ha de moverse, o volverá a sangrar. —Se inclinó y habló con dulzura al oído de su paciente, aunque consideraba improbable que lo oyera—. Regresaremos lo antes posible. Aquí estaréis a salvo. Procurad no gritar.

Confiaba en encontrar al hombre con vida cuando volvieran. Se abstuvo de expresar sus dudas.

Cuando partieron antes del amanecer, con el cadáver del soldado anónimo sobre la carretilla, la luz era escasa todavía y tuvieron que avanzar con cautela cuando el bosque se espesó. Al cabo de un rato largos haces de luz facilitaron su progresión. Pequeños animales se removieron en los zarzales mientras recorrían el sendero, apenas transitado. Cada vez que se adentraban en algún territorio sagrado de las aves, el aire se estremecía con sus chillidos de protesta, pero ninguno de los ofendidos descendió de las copas de los árboles para ahuyentarles. Su siniestro cargamento constituía una disuasión suficiente.

—Maldigo vuestro caballo —dijo Karle mientras caminaba trabajosamente—. Es una bestia miserable e intratable. De haber sido mío, le habría golpeado con una rama

robusta por tal comportamiento.

—Nunca le ha gustado el olor de la muerte, —explicó Alejandro—. Por eso se plantó. Yo también he sufrido las consecuencias de un animal tozudo con bastante frecuencia. No me apetece padecerlas otra vez.

La visión del asno que se encabritaba para protestar pasó por su mente, acompañado por el grito de la joven española cuando el cadáver que iba en el carro cayó al suelo: el inicio de su tortuosa huida a través de toda Europa, con su doloroso final en Londres. Desechó aquellos recuerdos y agarró con fuerza las varas de madera de la carretilla.

—¿Hemos de cargar con esta cosa? —preguntó—. ¿No sería más fácil arrastrarla?

—Sí, y dejaremos un rastro en el suelo del bosque que hasta un noble sería capaz de seguir —replicó Karle—. Quiera Dios que Navarra no salga en mi busca antes de que volvamos por Jean. Estaba oscuro cuando borramos nuestras huellas anoche, y yo tenía prisa por escapar. No estoy seguro de que las ocultáramos bien. —Miró hacia atrás con nerviosismo e inspeccionó el rastro que dejaban sus pies en las hojas y las ramas—. Necesitaremos un perdonante de extraordinario talento para borrar el pecado de nuestras huellas en el lecho del bosque.

—Una rama cortada resultará mejor que cualquier perdonante, y nos saldrá más barato —repuso Alejandro.

—Bien sabe Dios que habéis dicho una gran verdad —dijo Karle entre jadeos—. Y aquí hay otra: he de descansar.

Al cabo de pocos minutos el trío reanudó su camino. Kate sujetaba en una mano la pequeña pala de Alejandro, un objeto ridículo comparado con la robusta azada de hierro que el herrero Carlos Alderón le había forjado mucho tiempo atrás en España. Ojalá hubiera tenido un perdonante entonces, para eliminar las consecuencias de aquel «pecado», pensó el médico. Pero ¿qué perdonante absolvería a un judío de sus pecados? ¿Y a qué precio exorbitante?

Una mosca se posó perezosamente sobre su nariz. Sopló hacia arriba, y el insecto fue en busca de otra víctima sudorosa a la que molestar, para aterrizar por fin sobre el cadáver.

Empero, ¿qué pecado era buscar conocimiento?, se preguntó.

Sus pasos, regulares y laboriosos, le permitieron bucear en los recuerdos.

Hace casi diez años. Le acometieron terribles remordimientos y se hundió en la melancolía. Años caóticos de peste, confusión y huida, de obligado vagabundeo por toda Europa, los últimos dedicados a intentar esquivar a las fuerzas de Eduardo Plantagenet y a un montón de primos del mismo rey inglés, todos de la monarquía francesa, ninguno de los cuales parecía comprender que el auténtico soberano de Europa era una pestilencia tan repugnante que hasta el mismo Creador debía de sufrir

bascas en su presencia. Durante una larga década Alejandro había visto la peste remitir, regresar, remitir, regresar. Había asolado Francia, Inglaterra, España, Bohemia y cualquier lugar donde las ratas, sus portadoras, pudieran esconderse y enviar a la tumba a casi la mitad de los ciudadanos de aquellas sociedades «ilustradas». Durante la décima parte de un siglo, la muchacha y él habían huido de un lugar «seguro» a otro, ocultando su identidad, para descubrir a la postre que no había ningún lugar seguro. Y siempre habían visto las cejas arqueadas que provocaba la visión de la niña rubia acompañada del hombre de aspecto árabe. ¿A quién se parecía la pequeña belleza? Es imposible que sea vuestra hija, expresaban las miradas incrédulas. Yo he visto antes esta cara, o una muy parecida...

Habían pasado aquel primer frío invierno escondidos en las afueras de Calais, de una casa abandonada a otra, siempre un par de pasos por delante de quienes les buscaban por la bonita recompensa que les depararía su cabeza. Oyó hablar de un gueto en Estrasburgo, y fueron allí esperanzados.

Aquella tarde de invierno no encontraron el refugio anhelado, sino *confutatis, maledictus*. Los judíos estaban congregados en la plaza de la ciudad, con los fardos donde guardaban sus pertenencias, rodeados de arqueros preparados. Los habían conducido allí desde Basilea y Friedberg cristianos fanáticos que vociferaban rabiosas y absurdas acusaciones acerca de pozos envenenados. Cuánto había admirado a los valientes diputados de Estrasburgo, que repetían sin cesar que no tenían queja alguna de sus judíos. Había rezado a cualquier dios que quisiera escucharle para que la cordura prevaleciera, pero la tarde del viernes 13 vio con horror que las turbas airadas expulsaban a los diputados de Estrasburgo de la sala del consejo y los sustituían por sus simpatizantes. La mañana de San Valentín, se comunicó a los judíos la decisión: debían elegir entre el bautismo o morir en la hoguera. Un millar había accedido a recibir el sacramento de san Juan. El resto, unos mil quinientos, según se decía, fueron quemados vivos, y muchos escogieron la autoinmolación en el gueto, antes que asarse lentamente con los suyos en las piras.

Casi sintió que sus cenizas flotaban alrededor de él, y el relincho de su asustado caballo le ensordeció. Tuvo la impresión de que el barro de las calles le golpeaba en la cara, le cegaba, llenaba sus ojos de lágrimas. Tuvo la impresión de que se hundía en el horror, que pedía clemencia a voz en grito, rezaba para obtener la liberación...

Se sobresaltó un poco cuando la dulce voz de Kate le rescató del abismo.

—*Père*.

La muchacha había visto aquella expresión en su cara mil veces, los ojos vidriosos de un dolor que parecía incapaz de disimular. Lo asaltaba con frecuencia, sin previo aviso, como la sombra de una montaña, y le despojaba de toda luz.

—*Père*, ya hemos llegado.

Por un momento se mostró confuso.

—Ejem... ¿A dónde? —Al claro.

—Ah, sí —dijo con voz vacilante—. ¿Tan pronto? Aquel silencioso ritual de salvación, tantas veces practicado, no pasó por alto a su acompañante. El francés Karle observó sus rostros, y sospechó que la hija había rescatado al padre en muchas ocasiones. Le ha liberado de algún recuerdo espantoso, dedujo mientras depositaba las varas en el suelo. Alejandro le imitó, casi como un autómata.

—No tan pronto —dijo el joven francés al tiempo que agitaba los brazos para desentumecerlos—. ¿Vais a castigaros más?

Karle observó con detenimiento al médico, que meneó la cabeza para despejarse y se frotó la cara.

—No —susurró—, ya hay bastante castigo por ahora. —Cogió la pala de manos de Kate, apoyó la punta en el suelo y comprobó su firmeza—. Aquí la tierra es blanda. Yo la removeré, si vos la apartáis.

Karle asintió y se arrodilló. Alejandro empezó a cavar la tierra y, cada tanto, el francés apartaba los terrones con las manos desnudas. Kate colaboró, y al cabo de poco tiempo la fosa era demasiado profunda para quitar la tierra desde el borde, de modo que Karle bajó al fondo y continuó su tarea. Se detuvieron cuando estuvieron hundidos en el agujero hasta el pecho.

—Creo que será suficiente —observó Karle. Debería tener la profundidad de la altura de un hombre, de lo contrario acudirán los animales, pensó Alejandro. Sin embargo, había visto tumbas poco hondas, fosas comunes donde cientos de víctimas de la peste descansaban bajo lo que parecía una simple paletada; en comparación, el agujero que habían abierto parecía casi una cripta real. Dio la mano a Karle para ayudarlo a salir, y los dos arrojaron el cadáver a la sepultura, junto con el brazo seccionado de Jean.

Una vez tapada la tumba, los dos permanecieron en silencio a su lado. A Kate le sorprendió que Karle, que tan ansioso se había mostrado por enterrar a su camarada como era debido, tuviera tan poco interés en ocuparse de su alma. Tal desdén era lo que cabía esperar de Alejandro, ya que despreciaba los rituales cristianos. Advirtió que el judío y el francés se miraban con recelo. Ninguno pronunció una plegaria por el muerto.

Ah, *père*, pensó con tristeza, ¿cuándo perderás tu amargura? Sabía que le costaba muchísimo confiar en los desconocidos y, hasta que se sintiera seguro, guardaría para sí sus pensamientos.

En cambio el francés no era tan cauteloso ni tímido.

—Bien, ya hemos terminado —dijo—. No habría podido hacerlo solo, y os estoy más que agradecido. Aunque no me conocéis, me habéis prestado vuestra ayuda. Tal vez eso indique que existe un parentesco entre nosotros del que no somos conscientes. —Salió del claro y rompió tres ramas largas, cargadas de hojas, de un

árbol cercano—. Obedientes perdonantes verdes para los pecados de nuestros pies, y muy baratos. —Entregó una rama a cada uno—. Tal vez mientras salimos del bosque podamos descubrir nuestras similitudes. Tal vez explicaremos por qué nos escondemos.

Sin embargo Alejandro y Kate apenas hablaron, pues Guillaume Karle no les concedió la oportunidad.

—La batalla fue una grotesca pantomima —explicó—. En cierta ocasión un mercenario de Florencia mencionó una palabra que utilizan allí, «fiasco», para describir lo que ocurre cuando todo sale mal. Bien, la batalla no podía ir peor. Nos superaban en número de hombres y armas, los soldados de Navarra eran mucho más tenaces de lo que esperábamos, aunque parece mentira que ese monstruo sea capaz de inspirar lealtad.

—Exhaló un suspiro de aflicción. Nos alzamos contra sus fuerzas ayer por la tarde, al enterarnos de que pretendía confiscar una valiosa reserva de lana de un granjero que había tenido la prudencia de guardarla. El propietario confiaba en ganar una buena cantidad cuando la vendiera, unos beneficios que su inteligencia merecía, pero Navarra había decidido enviarla a sus tejedoras con el fin de que confeccionaran mantos de invierno para sus seguidores... No es suficiente que se haya apoderado de todos los sacos de trigo y todas las salchichas que había desde aquí y Bohemia. Ahora ha de poseer los medios que permiten a estas pobres almas cubrirse la espalda contra el frío inminente. Para colmo de fortuna, la reina y sus damas estaban en el castillo de Meaux. Se atracaban de manjares deliciosos mientras los campesinos se mueren de hambre.

¡Comida! Kate notó que su estómago protestaba. Mientras el francés hablaba, recordó las hogazas doradas que Alejandro, en sus anteriores viajes, siempre sacaba de su morral, un hábito que había heredado de un admirado camarada, muerto mucho tiempo atrás. ¡Y yo, tonta de mí, pensaba que era magia! Ahora sé que era prudencia. Miró a Alejandro y advirtió su expresión descompuesta. No cabe duda de que sueña con aquellas hogazas mágicas mientras escucha los lamentos del francés.

Karle seguía andando y charlando, arrastraba la rama detrás de sí, y, de vez en cuando, miraba hacia atrás.

—No cedimos terreno, estábamos ganando. La victoria parecía al alcance de nuestras manos. —La ira se insinuó en su voz—. De repente aparecieron dos caballeros que acababan de regresar de las cruzadas. ¡Tanta mala suerte es inconcebible! Primos, uno inglés, otro francés. Los dos habían jurado auxiliar a las damas en apuros, aunque se acuesten con bellacos. —Daba la impresión de que no necesitaba descanso, pues sus palabras le espoleaban—. Tratan a los campesinos como si fueran animales, pero esperan que produzcan, produzcan, produzcan. Sin

embargo no se encuentra un arado en toda Francia, gracias al pillaje de las Compañías Libres... y, aunque lo hubiera, los jamelgos que no han requisado están demasiado decréptos para tirar de ellos. Y si, por milagro, hubiera caballos y arados, no hay semillas. Se las han comido todas...

Habían escuchado expresiones de descontento semejantes a lo largo de sus viajes pero, por necesidad, se habían mantenido al margen, sin hacer caso del creciente caos. No obstante, Guillaume Karle relataba la cruda situación de Francia con verdadero apasionamiento. Mientras escuchaba el recuento de sus esfuerzos en favor de los campesinos desvalidos, Kate empezó a comprender que el francés había cargado sobre sus hombros con el peso de los súbditos menos favorecidos del rey Juan y, como Alejandro y ella, era un fugitivo.

Y fuertes hombros eran, observó. Era un hombre apuesto, de elevada estatura para ser francés. Era rubio, como sus compatriotas; su paso, firme y decidido, y sus ojos grises destellaban con el fuego de la energía. Daba la impresión de que había superado los horrores del *coup de grace* de la noche anterior y ya conspiraba de nuevo.

Antes de que el sol llegara a su cénit, reconocieron el terreno donde se hallaban. Se detuvieron en una arboleda, de la que la casa distaba apenas un centenar de metros.

—No veo ninguna señal de que haya sucedido algo extraño —comentó Alejandro mientras miraba entre las ramas—, pero la quietud en sí es preocupante.

—Comparada con el fragor de la batalla, es una bendición —repuso Karle, a punto de incorporarse.

Alejandro le agarró por la muñeca.

—Esperad.

—¿Y Jean? ¿No deberíamos ir a cuidarle? —preguntó Karle. Intentó liberar el brazo.

Alejandro le aferró con más firmeza.

—Si su destino hubiera sido morir a causa de sus heridas, ya habría muerto. Sed paciente. A veces, los problemas tardan en materializarse. En ocasiones el corazón presiente lo que los ojos son incapaces de ver. En este momento, mi corazón desconfía de la paz que ven mis ojos.

Karle se agachó de nuevo, a regañadientes. Escrutó entre las ramas.

—Ni el corazón ni los ojos me advierten de nada. Alejandro gruñó con cinismo mientras oteaba entre los árboles. Se volvió hacia Karle.

—Vuestro corazón es joven. Cuando llegue a mi edad, seréis consciente de que puede romperse en cualquier momento. En otro tiempo tenía un amigo que era un guerrero ducho. Solía asegurar que una serenidad como la que reina ante nuestros ojos puede perturbarse en cualquier instante.

Permanecieron donde estaban, vigilando la casa.

—Ahí no hay nadie —dijo por fin Karle—. Vamos a ver al hombre herido. Lo llevaré con su familia y después intentaré ocuparme de los que quedaron atrás.

Una vez más Alejandro disuadió su entusiasmo juvenil.

—Esperad aquí. Me adelantaré para comprobar que no hay visitantes indeseables. Me parece que, de momento, os acosan más a vos que a mí. —Se levantó despacio—. Volveré por vosotros en cuanto me haya asegurado de que no hay peligro. Siguió un breve silencio.

—¿Y si no? —preguntó Karle.

—Entonces, ulularé como un ave de presa. —Señaló a Kate con la cabeza—. Vos cogeréis la mano de mi hija y huiréis. Ella sabe dónde encontrarme. —Sonrió a la joven y le acarició la mejilla con afecto paternal—. Todo irá bien, estoy seguro. —Echó a andar hacia el claro y se detuvo antes de salir de la espesura—. Pero... —añadió, con cierta vacilación. Buscó en un bolsillo y extrajo una bolsita, que dejó en la mano de Kate. Tintinearón monedas, y la joven se la guardó en la faltriquera al tiempo que asentía.

Alejandro miró a su hija antes de volverse hacia Karle.

—Os hago esta promesa: si Dios tiene a bien separarnos, volveremos a reunirnos y, cuando eso suceda, será mejor que ella no tenga motivos de queja.

En todos los lugares donde se escondían desde que habían llegado de Inglaterra, daba la impresión de que no podía librarse de las ventanas. Con frecuencia, lo primero que preguntaban al otro cuando observaban una casa en apariencia abandonada era: «¿Hay muchas vías de entrada?». El médico judío y su hija inglesa adoptada habían adquirido más habilidad de la que deseaban en ocultarse utilizando pergamino, tela entretejida o tablas de madera. Él le había impartido clases, consolado y castigado bajo el resplandor de antorchas y velas. Su anhelo de la luz del día era continuo y, a veces, casi desesperado, pero su armonía con la oscuridad había llegado a ser casi perfecta.

En cambio ahora era él quien deseaba ver el interior, espiar su propia casa para averiguar qué había ocurrido durante su ausencia. Sólo había una ventana que le habría permitido hacerlo si no lo hubieran cegado con tanto cuidado como las demás que habían hallado en sus viajes, de modo que no había forma de ver nada. Alejandro maldijo su perfeccionismo y, por una vez, deseó haber cometido algún error.

Se deslizó entre los árboles y entró en el establo, donde encontró a su caballo, que mordisqueaba en el pesebre la gran pila de hierba que le había dejado el día anterior. Un rápido vistazo al agua le reveló que era necesario poner más, pero no podía ir al riachuelo con un cubo hasta haberse asegurado de que no había peligro alguno. Saludó al enorme corcel con unas caricias en el hocico. El animal resopló con

suavidad, como si intuyera que no debía delatar la presencia de su amo. El médico le susurró unas palabras tranquilizadoras y salió de nuevo.

Con la espalda pegada a la pared rodeó la casa hasta la parte posterior, siempre al amparo de las sombras. Cuando llegó a la esquina de la pared delantera, se agachó y asomó la cabeza con cautela. No había caballos amarrados, pero distinguió marcas de cascos en la blanda tierra seca, demasiadas para ser de una sola montura. Dedujo que una partida numerosa había pasado por allí, pero el polvo ya se había aposentado, lo que indicaba que había transcurrido mucho rato desde que se habían marchado.

Podríamos haber estado aquí, pensó con inquietud, si no hubiéramos ido a enterrar al muerto. ¿Habrán dejado a alguien esperando dentro para sorprenderme? No había huellas de pisadas que condujeran a la puerta, pero bien habrían podido borrarlas con una rama, como ellos habían hecho en el bosque. La frialdad del miedo se enroscó en su estómago, si bien no existía una causa precisa. La puerta estaba como la había dejado cuando partieron al amanecer, pero alguien habría podido abrirla y cerrarla, sin alterar nada. ¿Por qué no dejé una ramita, una piedra, cualquier otra cosa escondida ante la puerta, como siempre hago, para averiguar a mi regreso si la han movido?

La respuesta era evidente: porque la repentina aparición del francés y sus miradas a Kate le habían perturbado hasta el punto de no permitirle pensar con lucidez. Era un descuido imperdonable, y se maldijo.

Se deslizó a lo largo de la fachada y llamó a la puerta para retroceder al instante, a la espera de oír algún ruido dentro, pero sólo percibió los gemidos de dolor del hombre atado a la mesa. Alejandro aguardó unos segundos, que se le antojaron eternos, pero nadie apareció. A continuación procedió con audacia (con temeridad, pensó él) y abrió de un empujón la pesada puerta, que chirrió hasta detenerse.

Era la viva imagen de la indecisión. Casi esperaba encontrarse con algún caballero sonriente, que se felicitaba por la estupenda recompensa que recibiría cuando entregara a los fugitivos. Era probable que se ofreciera una buena cantidad por la cabeza de Karle, más generosa aún que la prometida por él. Si a eso se sumaba la bolsa que merecía la hija real, el caballero que obtuviera tal premio sería muy afortunado.

Sin embargo, loado fuera Dios, ningún captor sonriente le esperaba. Sólo oyó las súplicas del manco, que a pesar de sus otras desventuras tenía la suerte de respirar todavía. Se había hecho sus necesidades encima en ausencia de sus cuidadores, que le habrían ayudado a aliviarse de una forma más digna, y las vendas estaban empapadas de un líquido rosado. La pequeña vivienda hedía a las diversas exudaciones del hombre, pero estaba vivo, lo bastante para gemir. Todo va bien, pensó Alejandro con alivio.

Entró con cautela, miró detrás de la puerta y, como no descubrió a nadie dispuesto

a matarlo, la cerró de nuevo. Removió las cenizas del hogar con el atizador y encontró un carbón encendido, que aprovechó para encender una vela. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la tenue luz, echó un veloz vistazo en derredor. Está igual que antes, pensó, demasiado para mi gusto. El libro que había estado estudiando continuaba cerca de la lumbre, junto a su jergón, donde lo había dejado la noche anterior. Buscó debajo de la paja hasta que sus dedos encontraron la anilla de metal oculta. Tiró de ella con fuerza y subió el panel de madera sobre el que descansaba su yacija. Echó un vistazo al sótano secreto y observó que su amada alforja de piel seguía en su sitio. La cogió por el asa, y su peso le convenció de que nadie había sacado su contenido. La dejó caer y cerró la trampilla. Sonrió con alivio y pensó que, cuando volvieran a establecerse, compraría a Kate todos los camisones de Francia, si así lo deseaba.

Porque tendrían que mudarse de nuevo. No le cabía duda de que los perseguidores del rebelde Guillaume Karle no cejarían en su empeño. El francés poseía una valentía increíble o una temeridad que lindaba con la locura. Había dirigido un ataque contra un castillo que alojaba a mujeres y niños de sangre real. Era un acto que recibiría venganza.

—Tendríais que haber supuesto que los caballeros se enterarían —había comentado Alejandro durante la travesía del bosque—, estuvieran donde estuvieran... Había damas en peligro, y esas situaciones nunca se toman a la ligera, ni aunque se trate de un enemigo. Cualquier caballero que se precie acudiría en su ayuda, fuera francés, inglés o incluso bohemio. Tal es la obligación de todo gentilhombre.

—¿Cómo sabe un médico esas cosas? —había preguntado Karle.

—Soy un hombre culto —fue todo cuanto se atrevió a decir, y añadió para sus adentros: un hombre culto al que el mismísimo rey de Inglaterra juró nombrar caballero, amén de concederle la mano de la dama de compañía de la reina Isabel...

Jean despertó con un chillido de dolor, y Alejandro concentró su atención en el pobre individuo atado a la mesa. El hombre sudaba, pero cuando le puso la mano en la frente advirtió que no tenía fiebre. Transpiraba a causa del dolor, comprendió el médico, no de la fiebre. Vertió un poco de agua en la boca del herido y le secó con la manga los hilillos que resbalaban por su barbilla.

—Lamento no tener nada más con que aliviaros —dijo.

El soldado consiguió por fin articular algunas palabras.

—No siento dolor en lo que queda, pero lo que ya no existe parece al rojo vivo. Es como si el brazo ardiera en el infierno y siguiera unido al muñón.

Otros hombres mutilados le habían comentado lo mismo, que el miembro cercenado poseía vida propia y gobernaba el resto del cuerpo con su desesperada necesidad de ser recordado.

—Lo hemos enterrado. Lamento haberlo amputado, pero de lo contrario me habría visto obligado a entregar todo vuestro cuerpo a la eternidad.

—Si Navarra nos encuentra —musitó el hombre—, estará encantado de cortarme el otro brazo. —Intentó levantar la cabeza para mirar alrededor—. ¿Dónde está Karle? ¡No deben capturarlo, o nuestra causa estará perdida!

Alejandro le enjugó la frente.

—Nos espera en un lugar seguro con mi hija, no muy lejos. Cuando haya terminado con vos, les indicaré que regresen. Trabajaré más deprisa si no está observando por encima del hombro. Me distrae. —Sus palabras parecieron tranquilizar al paciente, de modo que siguió hablando mientras le atendía—. No creo que este tal Navarra os haga más daño. Sería un grave pecado no demostrar misericordia por un tullido, sobre todo después del esfuerzo que nos ha costado salvaros. Dios castigaría a cualquier hombre por una ofensa semejante.

—Dios hace la vista gorda cuando Navarra se pone en acción.

—Dios nunca hace la vista gorda, amigo mío. Lo ve todo. Ahora, Dios mirará vuestra herida cuando la deje al descubierto.

Empezó a desenrollar el vendaje del muñón. ¿Una vida sin brazos sería peor que la muerte?, se preguntó Alejandro con un estremecimiento y agradeció que tal vez nunca supiera la respuesta.

En el silencio, percibió el tenue sonido de cascos en lontananza. Interrumpió su tarea y aguzó el oído. El ruido pareció desvanecerse un instante, pero regresó de nuevo, más nítido y cercano. El paciente miró hacia la puerta de madera y empezó a murmurar presa del miedo. Alejandro observó que el pobre hombre se había ensuciado de nuevo, antes incluso de que le limpiara. Enrolló a toda prisa el vendaje al tiempo que maldecía su suerte, porque había tocado las vendas, con las manos sucias aún de haber enterrado el cadáver del otro soldado.

Mas nada importará si esos jinetes no pasan de largo, pensó, con el corazón acelerado. Tal vez no verán la casa y continuarán su camino, sin reparar en ella. Había elegido la vivienda por su discreción. Con tantos muertos a causa de las guerras y la peste, había cientos de moradas abandonadas. No obstante Karle la había encontrado con bastante facilidad y, si bien había intentado borrar su rastro, algo habría quedado. Maldito sea todo lo que camina, vuela, nada o se arrastra, pensó encolerizado. ¿Por qué no elegí algo mejor?

Empezó a desatar a su paciente, que no dejaba de gimotear, mientras el ruido de los cascos se oía cada vez más cerca. Extrajo un cuchillo de su bota y empezó a cortar las tiras que había desgarrado del camión de Kate. Daba la impresión de que el algodón se había convertido en roble durante su ausencia, y que la hoja se había embotado. Con el paciente atado en parte a la mesa, corrió a la ventana. Arrancó el pergamino que la cubría, hizo bocina con las manos y gritó como el halcón que

deseaba ser en aquel momento. Agarró la anilla de metal y tiró de ella. Había sitio para dos en el sótano oculto.

El enemigo más temible no era el espacio, sin embargo, sino el tiempo. Los cascos resonaban como truenos, y los caballos relinchaban. ¿Admitiría Dios, cuando llegara el día de su juicio, que tenía la obligación de salvarse, si no por él, por Kate? ¿Por todos aquellos cuyos sufrimientos podría aliviar en el tiempo que le quedara?

No podía entretenerse con aquellos interrogantes.

—Perdona, compañero —susurró a toda prisa—, lo siento con toda mi alma... Te suplico que no nos delates. Por el bien de mi hija. Que Dios te acompañe.

Entró en el sótano y dejó caer la trampilla sobre su cabeza. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, los caballos ya se habían detenido ante la casa de piedra. Oyó el ruido de la puerta al abrirse y voces masculinas que hablaban en francés. De pronto tuvo la sensación de que su vejiga iba a estallar y suplicó al dios que le estuviera escuchando que le concediera la oportunidad de vaciarla de pie una vez más.

Cuatro

Sentada en una silla junto a la cama de Abraham Prives, en su habitación del Jameson Memorial Hospital, había una mujer que sin duda era su madre, si no por el parecido, por la expresión de abatimiento y consternación de su cara. Janie levantó la mano para llamar a la puerta abierta, pero se contuvo al observar que la señora Prives cogía la mano de su hijo y le hablaba en voz baja. Pensó que no debía interrumpirla.

Es muy probable que pueda oírlo todo, reflexionó con tristeza Janie mientras contemplaba la escena, si bien no lo sabría con total seguridad hasta que tuviera la oportunidad de estudiar a conciencia el oído del niño. Entretanto, la madre esperaba una señal de que él la oía, alguna indicación de que el muchacho iba a volver. Janie sabía que estaba en excelente compañía, porque en algún lugar del mundo siempre hay un padre esperando que su hijo vuelva de algo.

Janie se había detenido, varios años antes, ante una verja erigida a toda prisa alrededor de ese mismo hospital, un efecto escalofriante de la ley marcial que ni ella ni nadie había conocido antes de la plaga del DR SAM que la había provocado. Jamás había vivido guerras internas ni insurrecciones civiles, pero la verja parecía un invasor extranjero. La odiada barrera había hecho su trabajo sucio, y la habían retirado mucho tiempo atrás, pero siempre permanecería grabada a fuego en su memoria. Janie y cientos de personas más habían suplicado que les dejaran pasar, pero los fusiles de unos policías tan asustados como la gente a la que debían contener les habían mantenido a raya. Muchos miembros de ambos bandos tenían dentro del hospital parientes, amigos o socios que habían caído víctimas de la bacteria. El DR SAM lo había cambiado todo, en todas partes, a casi todo el mundo, y aunque las condiciones se habían suavizado y la vida era más normal, nunca volvería a ser como antes.

Esperó ante la puerta de la habitación de Prives a que la escena cambiara y se frotó la palma con aire ausente en el punto de la inyección, mientras le asaltaban los sombríos recuerdos de aquellos días. Sus sentidos la traicionaron, y todo le pareció real: los fríos eslabones de metal, entrelazados hasta perderse de vista, el olor metálico que dejaban en los dedos, las luces destellantes de las caravanas de ambulancias que desfilaban lentamente por la carretera 9 hasta el hospital, en dirección al crematorio provisional, que aún no habían desmantelado. En los días húmedos, a veces aún creía percibir el olor del hollín de los cadáveres que se quemaban para que la epidemia no se extendiera. No obstante se había extendido, y en algunos lugares todavía existía. Nunca la eliminarían por completo. Sólo lograrían contenerla.

Entre aquellos cadáveres estaba el de su única hija, que no regresaría por más que

Janie esperara.

Aguardó unos segundos más antes de llamar con suavidad. La madre se volvió hacia ella.

—¿Señora Prives? —preguntó Janie, vacilante.

Un asentimiento esperanzado.

—Soy Jane Crowe, de la Nueva Fundación Alquímica. Nosotros, ejem...

La señora Prives, una mujer con el cuerpo en forma de pera, cabello gris y gafas de cristales gruesos, se puso en pie al instante y se alisó la falda con nerviosismo.

—Oh, sí —dijo con un hilo de voz.

Janie siguió inmóvil en el umbral, sin saber qué hacer. La señora Prives hizo un gesto.

—Entre, por favor.

—No quisiera molestar...

Una leve sonrisa apareció en el rostro de la mujer, se volvió hacia su hijo.

—Abe todavía no está... despierto, de modo que no va a molestarle.

Janie le devolvió la sonrisa al acercarse a la cama.

—Nunca se sabe. Ojalá le molestara. También confío en que pronto sepamos si le molesto o no.

La señora Prives echó un vistazo a su hijo y luego miró a Janie.

—Sería un progreso. ¿Tiene alguna noticia? Quiero decir, ¿puede contarme algo más?

Janie sabía lo que la mujer quería preguntar. Le entristecía que, con demasiada frecuencia, a la gente le costara solicitar información. ¿Por qué se había generalizado tanto aquella reticencia? También ella la sentía a menudo, y la detestaba, porque el armazón que sustentaba la renuencia sólo podía ser el miedo.

—Estoy intentando trasladarle al centro de atención a pacientes de la fundación. De todos modos, le seré sincera: he tropezado con algunas dificultades. Antes hay que solucionar ciertos problemas económicos. La amargura se reflejó en el rostro de la madre.

—Siempre igual.

—Lo sé. Lo siento, sobre todo si le he hecho albergar vanas esperanzas. Si le sirve de consuelo, le diré que no está sola. Estamos tratando de ingresar a otro chico con un problema similar al de Abraham... La señora Prives la interrumpió.

—¿Similar en qué sentido?

—La misma clase de fractura ósea.

—El personal del hospital me ha dicho que es una fractura muy poco común.

—Todos lo pensamos.

—¿Usted también?

Janie vaciló, pues deseaba responder con sinceridad y, al mismo tiempo, no

desanimar a la mujer.

—Es tan poco común que apenas se ha estudiado. Estoy intentando conseguir un permiso para llevar a cabo una investigación de amplio alcance y averiguar si existen casos parecidos.

—¿Es difícil conseguirlo?

—Por desgracia, o por suerte, según como lo mire, sí, es difícil, pero no imposible. La fundación tiene un buen índice de éxitos en la obtención de permisos de investigación de bases de datos.

—¿El otro chico es de aquí?

—No, de Boston.

—Oh. No será fácil, pues.

Janie guardó silencio un momento.

—No; creo que no.

Mientras cruzaba los dedos en silencio para que le concedieran el permiso, pensó: en un caso como éste, las distancias deberían borrarse.

Se concentró tanto en las pesquisas telefónicas referentes a Abraham que por un momento olvidó su cita de la tarde, hasta que echó una rápida ojeada a su agenda y lo vio: una entrevista que había concertado días antes y casi había olvidado.

Rechazo, comprendió. Cogió su bolso y salió corriendo.

El ascensor con revestimiento de madera oscura y adornos de latón en el que bajó aún parecía típico del banco comercial que en otro tiempo había ocupado el edificio, hasta que fue engullido cuando su presidente y casi toda la junta directiva se inclinaron ante el DR SAM y no pudieron levantarse de nuevo. Era un ejemplo clásico de las fusiones comerciales ocurridas durante la epidemia, un pez gordo que daba ejemplo de supremacía en la cadena alimenticia al comerse a otro pequeño, y en que la mayoría de los beneficios caían en los regazos de unos pocos pero afortunados accionistas que habían tenido la previsión de aprovechar la ocasión mientras la plaga asolaba.

Su cálculo de tiempo fue mejor de lo acostumbrado. El autobús que iba a la universidad frenó junto al bordillo cuando ella bajaba por los escalones de granito. Pasó la mano derecha sobre el sensor de la entrada y subió tan pronto como la puerta se abrió con un siseo. Lástima que no pudiera justificar la gasolina que costaría el desplazamiento en coche. Tardaría menos, sin duda. En las entrañas de Big Dattie, el medidor de sus viajes en autobús subiría un punto en cuanto los datos de los usuarios del día se introdujeran, pero como era soltera, sin hijos ni familiares ancianos a quienes mantener, sólo tenía derecho al combustible mínimo, y estaba utilizando una cantidad excesiva de su estipendio anual en pequeños trayectos cuestionables. En

consecuencia, el medidor seguiría ascendiendo de vez en cuando. Se obligó a dejar de pensar en eso.

Si facilitaran la inmigración, habría trabajadores suficientes para que la producción de gasolina volviera a la normalidad, pensó mientras el vehículo reemprendía su camino.

Tal vez Bruce podría entrar si accediera a trabajar en una refinería...

Sonrió con ironía al comprender que su amante transoceánico, si alguna vez tenía la suerte de que le permitieran residir en Estados Unidos, ganaría más dinero como empleado de un yacimiento petrolífero que como médico en un hospital.

El Depósito Nacional de Libros Hebreos se encontraba a poca distancia de la parada final del autobús, en medio de un exuberante bosque que se alzaba en el extremo sur del campus universitario. Era un hermoso edificio contemporáneo, que conseguía transmitir la engañosa impresión de ser poco más que una cabaña porque un inteligente diseño había logrado mitigar su extensión. Debido a sus investigaciones en el lugar, Janie sabía que gozaba de una seguridad casi increíble, debido a la insistencia de la conservadora con quien había de entrevistarse. El tocosco exterior ocultaba un armazón de acero y cemento a prueba de bombas, proyectiles e incendios, que protegía su precioso contenido del odio que un lugar con tal carga política podía despertar.

La conservadora, Myra Ross, era una mujer de unos sesenta años, gruesa, de cabello cano, cuya baja estatura parecía incongruente con su inmensa personalidad. El primer día que se habían conocido, un par de semanas antes, durante la inauguración de una exposición, había mirado a la larguirucha Janie, aún con el cabello oscuro, con envidia en absoluto disimulada, y no había tardado en conquistarla con su ingenio, encanto e inteligencia. Janie encontraba divertida aquella envidia, a la vista de la energía por centímetro cúbico que la conservadora parecía poseer, una vitalidad que se le antojaba imposible en su caso.

Saludó a Janie con un firme apretón de manos en la zona de recepción de su despacho y después la condujo a su madriguera.

—Debo decirle, doctora Crowe, que pocas veces rodea tanta intriga a una donación en potencia. Por lo general, conozco las piezas que la gente me propone, pero usted me tiene desconcertada por completo, además de fascinada.

Señaló una mullida butaca, y Janie tomó asiento.

Echó un rápido vistazo alrededor y observó que las paredes estaban cubiertas por un impresionante despliegue de diplomas y certificados de honores, mezclados con fotografías de Myra, que sonreía en presencia de una asombrosa colección de contribuyentes célebres.

—¿Conoce a Barbra Streisand? —preguntó Janie, embelesada.

—Nos hemos encontrado en varias ocasiones. Es una gran defensora del depósito.

—¿Cómo es?

—Un encanto —respondió Myra—. Toda una señora, a diferencia de algunos de nuestros contribuyentes. «Coja el talón y lárquese», han tenido el morro de decir, pues en realidad no quieren implicarse. En cambio Barbra asistió a la fiesta privada de inauguración. Fue emocionante, se lo aseguro. Aún es muy guapa. Todas deberíamos conservar un aspecto tan estupendo.

—En esta vida no —repuso Janie con una sonrisa irónica.

—Sí, bien... Todos aguantamos nuestras cargas, aunque usted no tiene motivos de queja. ¿Por qué no me cuenta algo más sobre su libro? Como ya le he comentado, estoy intrigada. Janie respiró hondo.

—Creo que es más un diario que un libro —explicó—. Pertenecía a un médico judío del siglo XIV. Pasó por las manos de una serie de personas que lo utilizaron como lo que era, en esencia, un manual de medicina. Todos lo llenaron de anotaciones, pero él fue el primero, y el más prolífico. —Hizo una pausa—. Con toda sinceridad, me habría sorprendido que usted conociera su existencia. Nunca ha circulado de mano en mano, al menos que yo sepa. Permaneció en el mismo lugar durante más de seiscientos años, en una pequeña casa de las afueras de Londres. La forma en que llegó a mí podría calificarse de «intrigante». Por eso me he mostrado un poco reservada.

—Me gustaría saber cómo lo adquirió, doctora Crowe. Le aseguro que todo cuanto me diga será confidencial.

—Entiendo —susurró Janie—, y no dudo de su palabra, pero la forma en que lo conseguí no fue del todo legal. Quizá no deba saber más al respecto, a menos que sea absolutamente necesario. —Se removió en la butaca con incomodidad—. No obstante, creo que el libro debería estar en un lugar más seguro, de manera que he iniciado una investigación para decidir dónde debería guardarse. Usted es mi primera parada.

Myra Ross le dirigió una inesperada mirada de severidad, el equivalente a un dedo índice agitado ante su nariz.

—Tendrá que decirme si es robado, porque en tal caso, como comprenderá, no nos será posible...

—No. No lo robé. Tampoco creo que otra persona lo hiciera. Como ya he comentado, estuvo perdido para el mundo durante mucho tiempo. Hasta que... bien, sólo diré que su último propietario ha muerto. Pereció en el incendio que destruyó esa casa. —Era la verdad, aunque un poco exagerada—. No tenía herederos. Rescaté el libro cuando ocurrió la desgracia. De lo contrario, se habría quemado. Habría sido una pérdida terrible, créame.

—Si usted lo dice, será verdad. —Myra se reclinó en su silla y contempló a Janie en silencio, como si sopesara sus palabras—. Bien. Tal vez quiera depositar su diario

aquí. Perdona que sea mal educada, pero supongo que pedirá algo a cambio. Suele ser así.

—Sólo quiero que se me garantice que podré acceder a él siempre que lo desee y que me prometa que, si me lo compra, nunca lo venderá.

—Bien, sólo puedo prometerle el acceso cuando el depósito esté abierto, a menos que tome por anticipado las disposiciones necesarias. Si nos lo entrega, haremos lo posible por complacerla, pero debe comprender que existen ciertas medidas de seguridad.

—Sí, por supuesto. A eso me refería.

—En cuanto a venderlo, cualquier duda sobre sus derechos de propietaria pasaría a nosotros si se lo compráramos, de manera que no podríamos revenderlo. No obstante, no es probable que sus pretensiones de propietaria susciten las mismas preguntas que se plantearían en nuestro caso, de modo que tal vez no sería una buena idea que nos convirtiéramos en dueños del libro. Existen muchas otras posibilidades. La primera que me viene a la mente es un acuerdo por el que muchas instituciones como la nuestra se decantan: un préstamo «permanente» bajo contrato. De esa forma, el diario será siempre suyo. Nosotros lo guardaríamos aquí y lo exhibiríamos, pero seguiría siendo de su propiedad. Podría cederlo en préstamo si necesitara dinero, recuperarlo para su uso personal cuando quisiera, etcétera. Supongo que habrá visto en los museos esas placas que rezan algo así como «cedido en préstamo por la colección tal y cual».

—Sí, pero no me gustaría que constara mi nombre.

—Podríamos poner «colección anónima», si lo prefiere.

—La verdad es que sí.

—Ningún problema. Es una práctica muy extendida. Bien, si ese acuerdo le satisface y decide que éste sea el nuevo hogar del libro, lo someteríamos de inmediato a una tasación, con el fin de asegurarlo como es debido. ¿En cuánto lo tiene asegurado ahora?

—Me avergüenza decir que en nada. Al menos, en nada que sobrepase el seguro de mi casa.

—¿Qué tal duerme por las noches, señora Crowe? —preguntó la conservadora con una mirada cargada de intención.

Janie bajó la vista, con expresión culpable.

—No duermo bien. Al menos, algunas noches. Por eso he venido, en parte.

—Bien, vamos a ver si podemos remediarlo, ¿de acuerdo? Tráigame ese tesoro para que le eche un vistazo. Cuanto antes mejor. Y vaya con cuidado.

Janie no acababa de acostumbrarse a la diferencia horaria. Aún seguía trabajando, y Bruce estaba a punto de acostarse. Habían concertado la llamada, pero Janie llegó

unos minutos tarde, de modo que, cuando conectó el ordenador, le encontró ya en la pantalla, con una sonrisa casi ansiosa, una visión en franela a cuadros.

—Bonito pijama —comentó—. ¿Es nuevo?

—Sí. ¿Te gusta?

—Lo compré en Harrod's. También cogí algo para ti. En la sección de lencería.

—¡Enséñamelo!

—No. Tendrás que esperar hasta que te vea en persona.

—Lo cual, te informo complacida, sucederá el mes que viene.

—¿De veras? ¡Es estupendo! ¿Adónde iremos?

—Nunca lo adivinarías. A Islandia.

El entusiasmo de Bruce disminuyó un ápice.

—Tienes razón. Nunca lo habría adivinado.

—En la agencia de viajes me han asegurado que es un lugar maravilloso.

—Es una roca grande, Janie, en medio de ninguna parte.

—¿Y qué más nos da? Estaremos muy atareados.

Además, van a enviarme un folleto informativo, de modo que, cuando no estemos ocupados, sabremos qué se puede hacer.

—¿Cuánto tiempo puedes escaparte?

—Cinco días, quizá seis.

—Entonces no necesitaremos folletos.

Janie rio.

—Yo he pensado lo mismo. La agencia me remitirá el itinerario definitivo antes de dos días.

—Estupendo. Me lo enviarás...

—Claro, en cuanto lo tenga. —Hizo una pausa—. Dios, cómo te echo de menos. Sé que no se transmite por las ondas, pero espero que lo sepas y lo sientas. Quiero que lo sientas.

—Sí, yo también te echo de menos.

—Lamento haberme retrasado.

—No importa. No estaba durmiendo. Hace un par de noches que no paro de dar vueltas. Me siento inquieto, con tanta energía sin gastar.

Janie dejó escapar una risita obscena.

—¿Le ocurre algo a tu mano derecha?

—Ja, ja. Soy zurdo, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. Ha pasado tanto tiempo que lo había olvidado. De todos modos, te pido perdón. Tenía una cita importante. —Hizo una pausa—. Esta tarde he ido al Depósito de Libros Hebreos.

El rostro de Bruce se ensombreció.

—¿Para qué?

—Estoy pensando en dejarles el diario.

—Por el amor de Dios, ya empezamos. Me prometiste que no te obsesionarías con él.

—No estoy obsesionada. Sólo intento ser... precavida. Me preocupa. ¿Y si le sucediera algo? Nunca me lo perdonaría.

—Janie, ¿qué podría ocurrir? Tienes alarmas de incendio... Me has dicho que es un barrio seguro...

—Sí, pero ha habido algunos robos con escalo no lejos de aquí. Tengo miedo...

—Y claro, un ladrón irá directo por un viejo diario mohoso, cuando guardas todas tus joyas en la casa. Venga ya. Creo que no deberías preocuparte por la posibilidad de que lo roben.

—Tal vez no, pero me preocupa.

—Bien, lo considero de todo punto innecesario, pero haz lo que quieras. Creo que deberías concentrar tu energía en otros asuntos más importantes. Se produjo un repentino silencio.

—Por cierto, ¿alguna novedad? —inquirió por fin Bruce.

—Pues sí. —Janie suspiró—. Tom me ha informado de que han rechazado de nuevo mi solicitud de reincorporación al trabajo.

—Lo siento —murmuró Bruce. Tardó varios minutos en formular su siguiente pregunta—. ¿Qué dijo sobre lo otro?

—Aún no sabe nada.

—¿Comentaron cuándo tomarían la decisión?

—No.

—Qué coñazo. Janie asintió.

—Confiaba en que, a estas alturas, ya sabríamos algo más concreto. —Tomó prestadas las palabras que Tom había pronunciado durante la conversación que habían mantenido el día anterior—. Creo que deberemos tener paciencia.

—Supongo. Es duro, pero estaremos juntos el mes que viene. Tengo la impresión de que ha pasado una eternidad desde la última vez que te vi. Me refiero en persona.

Janie esbozó una sonrisa triste.

—En realidad así es.

Janie tardó un rato en olvidar su conversación con Bruce. Para entretenerse, decidió ocuparse de algunos detalles estúpidos concernientes a su trabajo. Completó algunas anotaciones, envió datos y examinó su correspondencia, en su mayor parte electrónica.

Abrió su correo electrónico y vio al hombrecito vestido con el uniforme de cartero, que agitaba un puñado de cartas, lo que indicaba que la esperaban varios mensajes. Después de ejecutar unos pasos de claqué, manifestó su disposición a

satisfacer todas sus necesidades relacionadas con la correspondencia.

Que sea la necesidad de correrse, pensó Janie, y trato hecho...

Recogió la correspondencia.

Como siempre, la mayor parte era basura. Había una breve nota amorosa que Bruce le había enviado antes de hablar con él; una invitación para asistir a un seminario sobre tecnología médica, patrocinado por la facultad de medicina donde había cursado sus estudios; un montón de publicidad no solicitada, que desintegró alegremente, y un escueto y extraño mensaje: «¿Quién es usted?».

Janie observó el críptico y sucinto comunicado, firmado por «Wargirl». Produjo un efecto estimulante en su mente y la intrigó, aunque ignoraba por qué.

Analizó las características electrónicas de la transmisión. A juzgar por su falta de encabezamiento, era un mensaje personal. Eso fue todo cuanto pudo deducir, porque la fecha y la hora de envío habían sido bloqueadas, y no había remitente visible. El recado indicaba que podía contestar si quería, pero Janie no sabía adónde.

¿Por qué tomarse la molestia de ocultar los datos? Era un proceso complicado, diseñado para disuadir a fanáticos del correo electrónico.

Por tanto, o no era un fanático, o era un fanático muy obstinado.

—Muy bien, jugaré —susurró Janie. «¿Quién quiere saberlo?», escribió.

Wargirl. El mote sonaba infantil. Críos, pensó. Críos listos. Demasiado listos.

A continuación efectuó unas llamadas telefónicas, la última a John Sandhaus.

—He encontrado algo que vale la pena explorar, pero no por mediación de Ednet —anunció John—. Hay un lugar del que me ha hablado uno de mis alumnos. Tú esbozas tu propuesta, y ellos la confrontan con una lista de patrocinadores de la clase de trabajo que te interesa. Te facilitan todo el proceso en un par de días.

—Parece demasiado fácil —observó Janie con escepticismo.

—Sí, es cierto. Además, hay que pensar en los honorarios. Te cobran el uno por ciento si consigues la subvención. Nada, en caso contrario.

—Supongo que merece la pena probar, sobre todo con esas condiciones. Si cobraran por adelantado, ni siquiera me pararía a pensarlo.

—Ni yo. ¿Por qué no te pasas por aquí y te ayudo a rellenar la solicitud?

—¿Te ofreces a tocar un ordenador?

—¿Quién ha hablado de tocarlo? Tú vas a hacerlo. Yo me colocaré detrás de ti y ladraré instrucciones, punto. Creo que vale la pena probar, y no tienes nada que perder.

En teoría, algo de privacidad, aunque en realidad a Janie no le quedaba mucha. GetGrant no se contentó con su dirección electrónica y una descripción del trabajo propuesto. También quisieron saber todo sobre ella, casi hasta el número de pie que gastaba.

—¿No te molesta proporcionar toda esta información sobre ti? —preguntó John.

—Como consto en las bases de datos de todo el mundo, apenas importa ya —
respondió Janie, mientras tecleaba los últimos fragmentos de información—. Enviar
este currículum una vez más no supondrá un gran cambio en mi vida.

Eso creo, añadió para sí.

Cinco

El sonido de los cascos de los caballos llegó al matorral tras el cual se escondían Kate y Karle, que oyeron con horror cómo el rítmico clop clop clop aumentaba de volumen, mezclado de manera incongruente con el canto de los pájaros posados sobre la copa de los árboles.

Después, el retumbar de los caballos casi semejó truenos, y su estruendo lo dominó todo por completo, salvo la señal inconfundible de Alejandro. El reclamo se impuso al zumbido de los insectos y silenció a las aves durante un instante, hasta que el coro enmudecido inició un alboroto de chillidos, lo bastante potentes para despertar a la pobre alma a la que acababan de enterrar aquella mañana.

—Oh, *père*... —gimió Kate mientras Guillaume Karle la agarraba de la mano y trataba de llevársela.

La muchacha se resistió e intentó liberarse, y al final el francés se vio obligado a arrastrarla. No obstante, cuando dio la impresión de que los jinetes se encontraban a escasos metros de distancia, Kate comprendió que la única posibilidad era huir. Se alejaron a toda velocidad, pese a que los espinos desgarraban sus vestiduras y les arañaban los brazos y tobillos. Corrieron hasta quedar sin aliento. Por fin, Kate tiró con fuerza de la manga de Karle para detenerle, porque no podía continuar sin descansar, siquiera por unos momentos. El soldado quedó sorprendido y se detuvo con tal brusquedad que la muchacha chocó contra él. Se tambalearon abrazados unos instantes, antes de recuperar el equilibrio. Después, cayeron de rodillas, aún enlazados, y aspiraron el aire perfumado a pino del lecho del bosque.

El hombre que desmontó envuelto en una nube de polvo sería rey de Francia si todo salía según sus planes o, como le gustaba vociferar cuando las limitaciones de su poder le frustraban, «¡si mi madre hubiera sido hombre!». Su madre, la hija de Luis X, había sido enviada a los dominios montañosos de Navarra, de los cuales Carlos podía considerarse ahora rey con toda propiedad, un reino demasiado insignificante y remoto para satisfacer sus elevadas ambiciones.

Era un hombre menudo, aunque temible, y un aura de depravación parecía rodearle siempre, como si albergara un plan secreto que no pudiera fructificar. Se decía que, cuando oyó por primera vez que le llamaban Carlos el Malo, el joven monarca de Navarra sonrió. ¡Que me crean malo, que me teman!, rugió con satisfacción. Le ayudaría a conseguir sus propósitos. No podría hacer nada si los demás nobles le consideraban débil y vulnerable.

Abrió la puerta y entró en la pequeña casa de piedra, con la espada desenvainada,

el porte majestuoso, sin permitir que el joven caballero que le acompañaba investigara si el lugar estaba vacío. Tras una veloz y despectiva mirada al hombre herido que yacía sobre la mesa, Carlos de Navarra registró el interior y presionó algunos lugares con la punta de su acero, hasta quedar convencido de que el manco estaba solo en la vivienda. Se acercó a la mesa, se irguió sobre el aterrorizado hombre y sonrió.

—Vaya, vaya, vaya, fijaos en esto —dijo a su compañero—. Parece que Karle me ha dejado algo de trabajo. De hecho, ya ha empezado el trabajo por mí. Debo ser castigado por considerarle poco generoso. —Pinchó el muñón con la punta de la espada, y el soldado profirió un chillido de dolor—. No obstante admito que habría preferido un campesino entero para torturarlo hasta que me revelara su paradero.

—Cerdo —masculló el herido, desafiante.

Carlos le pinchó de nuevo, y el hombre aulló en su agonía. El menudo noble se inclinó sobre el soldado herido y olfateó el aire.

—Oléis a miedo, monsieur Jacques. Creo que lo ocultáis en vuestros pantalones. —Sonrió con maldad—. No debéis temerme. Soy un hombre de gran misericordia y compasión. Decidme lo que sabéis, y me ocuparé de vuestro bienestar.

—No sé nada... —gimió el herido.

—¡Oh, por favor! ¿Me creéis estúpido? Ni siquiera los Jacques van a la batalla sin un plan de escapada. ¿O estaba el hideputa de Karle tan ebrio de arrogancia, como el resto de sus compinches de Picardía, que no consideró necesario tal plan?

Alejandro oyó los sollozos del hombre a través de las tablas cubiertas de paja.

—Nada...

—¿Eh? ¿Nada? —oyó decir a Navarra—. ¿Nada de nada? Bien, pues ahora vas a saber algo. Nunca más tendrás el placer de rascarte el culo.

Alejandro oyó que la espada cortaba el aire y después el impacto contra el hueso cuando cercenó el brazo que le quedaba al soldado. La fina arma de metal sonó como una campana cuando golpeó la madera de la mesa. Su paciente emitió un chillido largo y estremecedor y luego enmudeció.

Carlos de Navarra arrancó la manga del brazo mutilado y la utilizó para limpiar la sangre de la espada. A continuación clavó el acero en el jergón de paja y profirió una blasfemia tan horrisona que Alejandro, al oírla desde su escondrijo subterráneo, pensó que sus posibilidades de entrar en el paraíso cristiano habían disminuido de forma significativa.

La punta de la espada se hundió en la trampilla. Alejandro buscó al instante algo que agarrar, para que cuando Navarra desclavara el arma no arrancara las tablas. Motas de polvo se filtraron a través de las grietas y se colaron en sus ojos. Los cerró y tanteó en la oscuridad. Encontró un agujero de nudo e introdujo el pulgar, para luego tirar hacia abajo con todas sus fuerzas cuando el noble extrajo la hoja. Por suerte, la

espada quedó libre, justo en el momento en que Alejandro reprimía un estornudo.

Navarra examinó la punta del acero para comprobar que no había sufrido daños y, una vez satisfecho, la guardó en la vaina ornamentada que llevaba ceñida al cinto. Su rostro moreno expresaba un desagrado absoluto.

—Una vez más, ese bribón ha huido —comentó al caballero—. No volverá aquí, os lo pronostico. Este lugar ya no es seguro para él. Tampoco regresará a Meaux, porque sus fuerzas se han dispersado. ¿Por qué no presentan batalla como verdaderos caballeros? ¿Por qué huyen y se ocultan como cobardes?

—Señor, carecen del adiestramiento y el espíritu adecuados, y desconocen las cortesías de la batalla... Van mal armados y tienen miedo...

—¡No obstante, su poder de destrucción es considerable! El inaudito éxito de su rebelión me ha puesto en evidencia ante mis iguales.

—Señor —protestó el caballero—, ¿de qué éxito habláis? Los Jacques fueron aplastados en Meaux. Ya no albergarán esperanzas de reunir el número suficiente de partidarios para levantarse...

—Casi se apoderaron del castillo antes de que les «aplastáramos», si así queréis llamarlo. ¡Estaban a punto de tirar la puerta abajo cuando les «aplastamos»! De haber sido por la llegada inesperada del capitán de Buch y el conde Febo, la habrían derribado y disfrutado de una agradable velada con trescientas mujeres y niños. ¡Y yo habría sido la vergüenza de toda Francia! Si hubieran tomado rehenes, ni un solo noble me habría apoyado.

—Sí, señor, pero por suerte...

—No me habléis de suerte, porque no me sonreirá hasta que vea muerto a Guillaume Karle. Será proclamado rey de los Jacques en cuanto le ponga las manos encima, destronado sumariamente a continuación, y su cabeza coronada caerá a mis pies, para depararme el gran placer de patearla. —Descargó su mano enguantada sobre la mesa donde yacía el hombre mutilado, que estaba a punto de expirar—. No creo que éste nos diga nada más.

El caballero contempló en un tenso silencio a su rey, que se paseaba por la pequeña casa con una energía nerviosa, casi explosiva. Daba grima mirar, de tan intensa que era la agitación de Navarra. Exhaló un leve suspiro de alivio cuando el rey se detuvo por fin.

Carlos reparó en un objeto que parecía fuera de lugar: un enorme libro cubierto de latón, al lado de la chimenea. Se arrodilló, lo abrió e indicó por señas al caballero que se acercara.

—¿Qué deducís de esto? —preguntó con suspicacia.

—¿Qué deduzco de esto, señor? Será algún escrito ateo. No sé nada de esas obras. Carlos de Navarra pasó otra página.

—Yo he visto esta escritura antes. Es judío.

El paje compuso una expresión de perplejidad.

—¿Aún queda alguno por aquí?

—No que yo sepa —contestó Navarra—, pero parece que Karle ha conseguido encontrar a uno y ha acudido a él en busca de ayuda. Tal asociación es digna del hombre en que se ha convertido, un defensor de los campesinos, los mendigos y las criadas. Era lógico que acabara admirando a los judíos.

Sin embargo, el libro no ofrecía pistas sobre el paradero del fugitivo, de modo que lo dejó donde estaba. Por fin, después de propinar un puntapié al miembro mutilado y escupir al soldado agonizante, salió de la casa y caminó hacia su caballo. Montó con un movimiento elegante, tiró de las riendas y partió al galope.

El joven caballero le vio alejarse con semblante compungido, pues sabía que los consejeros militares de Carlos le aplicarían un castigo por dejarle marchar sin que ellos estuvieran presentes. Más tarde, los nobles que se habían aliado con Carlos le insultarían por haberle permitido registrar el presunto escondite de Karle sin protección. Salió a toda prisa de la vivienda, sin molestarse en cerrar la puerta, y subió a lomos de su caballo. Cabalgó a un trote lento, precedido por el polvo que levantaba la montura de su señor. Que le insultaran si querían. No era lo bastante hombre para impedir que el impetuoso Navarra cometiera las locuras que, con tanta frecuencia, le inspiraba su indignación. Llegarían a su fortaleza demasiado pronto para el gusto del caballero, aunque avanzaran a paso de tortuga.

Sólo tras un largo rato de silencio osó Alejandro levantar la trampilla que ocultaba su escondite y, cuando por fin salió a la luz de nuevo, comprendió que era demasiado tarde para ayudar al pobre desdichado que yacía inmóvil sobre la mesa. Lo que quedaba de él recordaba más al tronco de un árbol que a un hombre. El brazo que Carlos de Navarra había sajado con tal destreza estaba en el suelo, cubierto de polvo, y empezaba a ser pasto de las moscas. El soldado estaba blanco como el papel y apenas se movía, pero aún respiraba.

Nos aferramos a la ilusión de la esperanza cuando se ha perdido toda esperanza, reflexionó con tristeza Alejandro. ¿Qué horrores surcan su mente?, se preguntó mientras se inclinaba sobre el moribundo, que en su momento había demostrado gran valor, que había logrado sobrevivir a lo que Guillaume Karle había descrito como una batalla sangrienta.

Quiera Dios que nunca conozca tales horrores. Decidió prescindir una vez más de su juramento hipocrático y cogió el cuchillo que siempre llevaba en la bota, el que su padre le había regalado tanto tiempo atrás, en España.

—Te encomiendo a tu dios —susurró al soldado antes de clavarle la hoja en el corazón.

La vida escapó de aquel cuerpo, antes incluso de que Alejandro limpiara el

cuchillo y lo devolviera a su bota.

—A París, pues —dijo, y le sorprendió el sonido de su propia voz. Si Dios era bueno y Guillaume Karle cumplía su palabra, en la ciudad encontraría a Kate, en el lugar que habían visitado con tanta frecuencia cuando ella era una niña que suplicaba aprender cualquier cosa que él pudiera enseñarle. Sacó la alforja del sótano y la dejó en el suelo. Contenía su fortuna: el oro de su familia, el oro del Papa, el oro del rey Eduardo, apenas diezmado en una década de huidas. Oro suficiente para cubrir las calles de París de delicados camisones femeninos... si en verdad era posible encontrar alguno. Guardó en el morral la escasa comida que le quedaba y se dispuso a partir. Cuando miró alrededor por última vez, vio el pesado manuscrito al lado del hogar.

No abandonaría otro libro, como cuando escapó de Inglaterra. Los secretos que contenía no debían caer en manos pecadoras.

Karle se mostró sorprendido, aunque no disgustado, cuando Kate dijo que el lugar concertado era París.

—¿Por qué allí? —preguntó—. Deduzco que vuestro *pere* y vos sois tan fugitivos como yo. Se me antoja un lugar muy peligroso para encontrarse.

—Lo es —admitió la joven—, pero en estos tiempos es una de las escasas poblaciones que habrán sobrevivido. ¿Cuántas aldeas quemadas y castillos destruidos habéis visto en la campiña? Muchos. ¿Podría correr París la misma suerte? Jamás. Siempre sobrevivirá, y yo siempre sabré llegar a ella. Todos los caminos llevan a París, dice *pere*.

—Todos los caminos llevan a Roma, reza el refrán.

—Ah, eso se decía hace muchos siglos, cuando Roma estaba en pleno apogeo. En estos tiempos modernos, París se ha convertido en el centro del mundo. Además, conozco muy bien algunas partes de la ciudad.

—¿Cómo la conocéis tan bien? —preguntó Guillaume Karle.

—Pasamos mucho tiempo allí cuando yo era una niña.

—No me había dado cuenta de que ya no lo erais —observó con aspereza el francés—. No obstante, temo que encontraréis París muy cambiado.

—Tengo diecisiete años —dijo Kate al tiempo que alzaba el mentón—, y soy el ama de la casa de *père*.

—Hummm. No creo que os quede mucha casa.

La joven frunció el entrecejo y agitó un dedo en su dirección.

—Nuestro hogar bastó para servirnos a vos y vuestro hombre y ahora, gracias a vuestra irrupción, si encuentro a *père* nos veremos obligados a buscar una morada nueva.

Karle, reprendido como se merecía, no replicó. Descansaron junto a un riachuelo mientras los caballos bebían. El francés los había sustraído de los establos de un

hacendado local, mientras Kate, cómplice a regañadientes del robo, vigilaba fuera. Karle se sintió nervioso mientras llevaba a cabo su fechoría, pues no paraba de preguntarse qué haría ella si les sorprendían con las manos en la masa, cómo reaccionaría si aparecía un mozo de cuadras iracundo. ¿Le estrangularía con sus propias manos, de dedos largos y ahusados, o le propinaría una patada en la virilidad con su delicado pie?

Improbable, pensó. A lo sumo, gritaría para advertirme. Por fortuna no les habían descubierto, y Karle observaba ahora a las malhumoradas bestias, porque los animales no estaban acostumbrados a su compañía y, por tanto, eran impredecibles. Esperó con paciencia a que se saciaran y los ató a un árbol antes de ir a refrescarse.

Hundió las manos formando cuenco en el agua transparente, y cuando se llevó el líquido a la boca Kate le tocó el brazo para impedirselo.

—Sólo lavaos. Antes de beber, hay que filtrarla con un paño.

Karle dejó que el agua se escurriera entre sus dedos.

—Eso es una tontería —replicó.

—En absoluto. Gran sabiduría.

—Curiosa sabiduría, y no de aquí —añadió el francés con suspicacia.

—Hay bestias diminutas que viven en el agua —explicó Kate—. Lo dice *père*. Asegura que mucha gente padece dificultades intestinales porque no es cuidadosa con el agua que bebe.

Karle la miró con incredulidad.

—¿Ha visto esas bestias, o sólo ha soñado con ellas?

—Sabe que existen.

—¿Cómo ha adquirido ese conocimiento?

—*Père* analiza todo lo que ve. Estudia cosas que sólo puede intuir cuando concentra sus pensamientos en ellas. Es un hombre muy culto, como ya os comenté. Ha servido a un papa, estudiado con los mejores profesores y cuidado de la salud de mu..., ejem..., mucha gente importante. —Balbuceó las últimas palabras y apartó la vista para recobrar su confianza.

Si sus comentarios habían despertado la curiosidad de Karle, éste procuró disimularlo. Cuando hubo recuperado la compostura, Kate le enseñó un pañuelo de seda finamente trenzada.

—Los dos llevamos uno de estos paños para purificar el agua que bebemos. Si es posible, hasta la hervimos.

—¿Por qué lo hacéis? Le roba la vitalidad.

Kate sonrió.

—¿Conocéis algún animal, grande o pequeño, capaz de sobrevivir a un hervor?

El francés soltó un gruñido.

—No —respondió.

La curiosidad empezó a aguijonearle, y le asaltó un montón de preguntas no verbalizadas. Las afirmaciones de la joven eran muy atrevidas (servir a un papa, saber que el agua contenía animalitos invisibles). Su *père* parecía un hombre poco común. No obstante, decidió aplazar su interrogatorio hasta el momento en que hubiera conquistado su confianza, porque sabía que la muchacha sería más sincera si confiaba en él. Pensó en la mejor forma de acelerar el proceso. Demuestra interés, se le ocurrió de repente. Es una estrategia irresistible para las mujeres, para las doncellas, y les desata la lengua. Su astucia le satisfizo.

—¿Este método ha curado vuestros problemas intestinales?

—No lo sé —contestó con orgullo Kate, porque no padezco ninguno.

Karle la miró con las cejas enarcadas. No conocía a casi nadie inmune a brotes ocasionales de diarrea o disentería, sobre todo en esa época de guerras, cuando ríos y arroyos se teñían con el rojo de la sangre y todos los pozos eran sospechosos.

—¿Filtráis toda el agua que bebéis con este... paño?

—Sí —respondió Kate al tiempo que se lo ofrecía—. Fijaos en lo fina que es su trama. *Père* me contó que procedía del mismísimo fin de la tierra, de un lugar llamado Nipón, donde es tan común como nuestra lana más basta. Es un tejido precioso, y me maldeciría si lo perdiera. Todas las bestias impuras quedan atrapadas en él. Lo hiervo siempre que se me presenta la oportunidad.

—Muy notable —comentó Karle. No era necesario fingir interés, porque lo que le explicaba le resultaba fascinante. Le devolvió el paño—. Nunca había visto un prodigio semejante.

—*Père* sabe muchas cosas que los demás ignoran.

—Parece un hombre poco común, en verdad. Kate suspiró y se frotó un ojo.

—Más de lo que suponéis. Es un médico excelente. —Miró a Karle a los ojos y decidió confiarle algo que sabía le costaría creer—. Me salvó de la peste cuando tenía menos de siete años, y después se salvó él mismo, cuando la contrajo.

Era una revelación asombrosa. Karle la miró con abierta incredulidad.

—¿Habéis sobrevivido a la peste? Kate dejó el paño sobre su regazo y se quitó el mantón para exponer su largo cuello a los ojos curiosos del francés. A continuación señaló una serie de pequeñas cicatrices, rodeadas por una zona algo descolorida, las huellas inconfundibles de las bubas que sufría toda víctima de la peste.

El médico tenía una cicatriz en el pecho. La vi cuando se lavó, pensó Karle.

—¿Cómo lo consiguió?

—Me dio una medicina de sabor repugnante, me cuidó, y al cabo de quince días estaba curada.

Aquellas afirmaciones eran demasiado increíbles para él. No obstante, la muchacha tenía señales; eso era innegable. Tendió una mano hacia su cuello con cierta vacilación, pues temía que no le permitiera tocarla, pero ella no le detuvo.

Palpó la dureza de las cicatrices con la yema de los dedos.

—Perdonadme esta intimidación —se disculpó, al tiempo que retiraba la mano—, pero me cuesta mucho creer lo que decís. Nunca he oído de alguien contagiado que viviera para contarlo. Hubo supervivientes, desde luego, pero no después de que aparecieran las pústulas.

—Es muy raro, lo sé —reconoció Kate—, y *père* afirma que sólo la voluntad de Dios mantiene vivo al que sufre. Algunos parecen reunir defensas contra la epidemia. Sus cuerpos luchan, como si empuñaran espadas. No entiende por qué.

—No puede entenderlo todo.

—No debéis subestimarle. Estaba tan mal que nadie habría vaticinado que sobreviviría. Mi enfermedad era grave, muy grave. —Desvió la vista con aire pensativo y después se volvió hacia él—. No recuerdo gran cosa, salvo que *père* estaba siempre a mi lado, como... —Hizo una pausa y exhaló un suspiro—. En mi opinión, el éxito fue de la medicina. Consiguió una cura.

La convicción de su voz confirió un curioso crédito a la historia apenas verosímil que contaba. Y si bien era cierto que Kate estaba preocupada por la separación de su presunto padre, Karle no creía que estuviera loca.

—No parece que padezcáis la típica debilidad del temperamento femenino que conduce al autoengaño —observó—. Me atrevería a decir que estáis persuadida de que lo que explicáis es cierto.

La joven le lanzó una mirada desafiante, teñida de cautela.

—¿Qué ganaría contándoos mentiras? —preguntó.

—Lo ignoro —contestó Karle. ¡Qué historia tan fantástica! Quiso plantear más preguntas, pero se contuvo a regañadientes. No debo intimidarla, se advirtió en silencio, pues da la impresión de que puedo aprender muchas cosas de ella. Se limitó a mirarla. Observó su piel cremosa, su dorada cabellera, la imposible mujer-niña curvilínea en cuya compañía se había visto arrojado de repente. Se descubrió pensando: Pocas veces obra la naturaleza maravillas semejantes. Desvió la vista hacia los caballos.

—Tengo un hambre espantosa —comentó la joven—. Ahora que estamos a salvo por fin, mi estómago pide a gritos que lo llene. ¿Tenéis comida?

—Ni un mendrugo —contestó Karle. Habían atravesado un huerto, pero consideró imprudente detenerse hasta estar seguros de que no les perseguían. Había desdeñado la fruta con grandes remordimientos.

—¿Tenéis algún arma para cazar? —preguntó Kate.

—Sólo mi espada.

—Pues tendremos que arreglarnos con ella.

Kate se levantó la falda y sacó un cuchillo del borde de la media. Era pequeño y delgado, pero la hoja casi centelleaba, y Karle supuso que estaba muy afilada.

—No paráis de sorprenderme, señorita —dijo.

—*Père* siempre me ha dicho que debía estar preparada para huir en un abrir y cerrar de ojos. Afirma que debo esperar lo inesperado.

—¿Es que sólo surge sabiduría de la boca de ese hombre? ¿No dice nunca estupideces o necesidades? Kate lanzó una risita.

—Es hombre de pocas palabras. La mayoría son perlas, pero no hablemos de eso ahora. Despellejaré lo que cacéis —aseguró mientras extraía del bolsillo de su falda un pequeño cristal para encender fuego—. Y también lo asaré.

—Temo que he perdido la práctica de cazar —reconoció Karle—. En los últimos tiempos, esta espada ha segado más cuellos de hombres que de animales.

—Y antes de que usarais esa espada, ¿no llevabais un arco?

—Desde mi infancia no —contestó el francés desconsolado—. Me destinaron al servicio de un contable que trabajaba para un noble picardo. Antes de que me uniera a esta rebelión, me desenvolvía mejor con cifras que en el bosque. Aprendí muchas cosas gracias a mi inteligencia superior, según mi maestro. Sé algo de literatura francesa y latina, y soy experto en libros mayores.

—No cabe duda de que vuestra modestia sirvió para convencerle de vuestra valía —comentó Kate con ironía.

—Trabajé como hubiera hecho cualquier otro hombre.

—No lo dudo, y debisteis de salir mucho más barato, de lo que se benefició vuestro amo.

—Ya lo creo —admitió Karle—. Siempre son los señores y las señoras quienes se benefician de la labor de sus subalternos. Ahorré un poco, y a menudo le propuse comprar el resto de mi servidumbre. Fue una suerte que no estuviera casado y obligado a alimentar a una esposa y unos hijos. De todos modos, quería ascender... para cuando tuviera una familia. Siempre me negó mi libertad.

Kate percibió amargura y resentimiento en su voz, y se compadeció de él.

—Me da la impresión de que su negativa os decepcionó —dijo con dulzura—. En todo caso, hemos de procurarnos comida. Si habéis olvidado esas habilidades, decidlo.

Su silencio fue más elocuente que mil palabras, y Kate, con un suspiro de resignación, se levantó para poner manos a la obra.

—Prepararé una trampa y, si Dios vela por nosotros, conseguiremos un conejo. Me gustan mucho las hembras bien asadas, excepto cuando llevan crías en su interior, pero no es necesario comerlas. Claro que si tenemos hambre, estoy seguro de que las encontraréis muy apetitosas...

Karle se alegró cuando la muchacha desapareció entre la espesura y dejó de perorar sobre los placeres de devorar fetos de conejo, si bien no dejó de vigilar su actividad. Oyó cómo trajinaba, cortaba ramitas, y observó con enorme curiosidad que

formaba con ellas una trampa en forma de balde. A continuación la joven le indicó con un gesto que se alejara. Karle se escondió detrás de un arbusto y pocos momentos después oyó que Kate armaba un gran escándalo. Al cabo de pocos minutos, un conejo surgió de la maleza y se precipitó en la trampa. Kate se abalanzó sobre el animal al punto y lo degolló.

—Un macho —anunció tras examinarlo—. Es una pena. Bien, de todos modos saciará nuestro apetito.

Karle contempló con asombro cómo la muchacha de cabello dorado, a la que en teoría debía proteger, encendía un fuego y preparaba la comida, que gracias a su esfuerzo solitario había cazado y matado. Despellejó, destripó y empaló en un palo afilado al pobre animal.

—El pelaje es muy suave —comentó la muchacha mientras se acariciaba la mejilla con el pellejo todavía caliente—. Es una lástima que no podamos confeccionar guantes con él, porque ¿dónde lo guardaríamos? Siempre vamos de un sitio a otro. —Envolvió las patas y las vísceras en él y lo arrojó al otro lado del arroyo—. *Monsieur le Renard* se dará un festín cuando nos hayamos marchado —añadió con una sonrisa.

Al poco, el aroma embriagador de la carne asada impregnó el aire, y Karle expresó en voz alta su preocupación de que atrajera la atención hacia ellos.

—Tendríamos que llevarnos este manjar y comerlo lejos de aquí —propuso—. Este olor puede despertar toda clase de preguntas.

Kate asintió y pinchó el asado con el cuchillo.

—Creo que ya está bastante hecha —observó, y sacó el espetón del fuego. La carne todavía chisporroteaba cuando montó a caballo, con el pincho en la mano—. ¿Hemos de temer la aparición de osos o nobles? —inquirió.

—Ambos serían muy poco bienvenidos —contestó el francés—. Y a decir verdad, señorita, no me habría importado comerme el conejo crudo.

—*Père* afirma que la carne debe cocerse bien, debido a...

—¿A los diminutos animales que viven dentro de los animales? —interrumpió Karle con tono burlón.

—Sí —respondió la muchacha con suma seriedad—. ¿Cómo lo sabéis? Abundan sobre todo en los pequeños animales peludos. Tengo completamente prohibido comer ratas. Dice que es preferible morir de hambre. Cuando nos alimentamos de las bestias más grandes, corremos el peligro de ingerir las pequeñas... Karle volvió a interrumpirla.

—Los animales grandes devoran a los pequeños, independientemente del veneno que contengan, y no pueden permitirse el lujo de cocerlos antes. Es la voluntad de Dios. No hay que tener muchas luces para saberlo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia un lugar más recóndito, donde pudieran

degustar la tierna carne del conejo, como era la voluntad de Dios, con animales diminutos o no.

—Se me antoja que esto es lo que debe de comer Dios —comentó Karle, mientras hilillos de jugo le resbalaban por la barbilla—. Por eso es Dios. Porque ha paladeado un manjar tan delicioso.

Kate arrojó a un lado un hueso mondo y lamió la grasa pegada a sus dedos.

—A veces me gustaría que el dios encargado de las pequeñas cosas hubiera creado conejos más grandes. Me comería otro.

—O dos más —admitió Karle.

—Ahora debo ocuparme de ciertas cosas femeninas —dijo la joven, y se puso en pie.

¿A qué se refería? ¿Qué clase de cosas femeninas?

—¿Adónde vais? —preguntó.

—A la laguna cercana —contestó Kate, y señaló al oeste.

—¿Hay una laguna? ¿Cómo lo sabéis?

La joven rio.

—Por los gansos. ¿No los oís? Con un poco de suerte, quizá logremos cazar uno.

Karle aguzó el oído y captó los lejanos graznidos. Claro que los había oído pero, azuzado por el hambre, no había pensado en lo que significaban, que había una extensión de agua en los alrededores. Lanzó el hueso que estaba rebañando y se levantó.

—Iré con vos.

Kate se ruborizó un poco.

—Deseo cierta intimidad, señor.

Karle se turbó.

—Pero debo vigilaros. Se lo prometí a vuestro *père*.

—Regresaré sana y salva, os lo aseguro. Sólo deseo lavarme.

—Me quedaré cerca de vos. Volveré la vista. Ella le miró con desagrado.

—Como gustéis, pero haced el favor de respetarme. Una mujer necesita soledad de vez en cuando.

Aún sois una muchacha, estuvo a punto de decir Karle, pero ella ya había dado media vuelta y caminaba en la dirección que había señalado. Mientras la seguía con la mirada, no pudo por menos que observar sus movimientos, que en absoluto eran infantiles. Antes de que se hubiera alejado demasiado, desató los caballos y tiró de ellos mientras andaba por la alta hierba.

Atravesaron una extensión de espesos matorrales hasta llegar a la orilla de una laguna, y a la luz desfalleciente vio que se elevaba vaho del agua calma. El paisaje era muy hermoso, y Kate exhaló un suspiro.

—*Père* dice que el aire pierde su calor con más rapidez que el agua y, como desea el calor, lo absorbe de ésta. Por eso le gusta bañarse a esta hora del día. Al igual que yo.

—¿Vais a bañaros? —preguntó Karle sorprendido—. Dijisteis que sólo queríais lavaros.

—¿Qué mejor manera que bañándose? Karle estaba desconcertado. —¿No será perjudicial para vuestra salud?

—Os aseguro que la beneficiará en grado sumo —respondió la joven—. Bien, me habíais prometido intimidad, ¿o lo habéis olvidado?

Karle dio media vuelta y no tardó en oír el roce de la tela contra el cuerpo de la joven cuando se quitó la falda y la camisa mugrientas. Enseguida oyó el chapoteo de sus pies en el agua, hasta que comenzó a nadar. Está sumergida en la laguna, pensó, de manera que puedo mirar. Cuando volvía la cabeza, algo grande, gris y húmedo pasó silbando a su lado. Se agachó, y el objeto no le alcanzó por poco. El pez cayó en la hierba y empezó a agitarse.

—Desayuno —exclamó la muchacha con voz dulce y alegre, con un curioso acento inglés—. Procurad que *monsieur le Poisson* no vuelva al agua, o tendréis que procuraros vuestro *petit déjeuner* por vuestros propios medios.

Kate se secaba el cabello, que había escurrido previamente, al calor de la pequeña hoguera que habían encendido. Se habían refugiado en un claro rodeado de árboles muy altos, de manera que el humo se disiparía entre las ramas antes de ser observado, si es que alguien vigilaba desde las almenas de un castillo. Kate estaba envuelta en su único mantón, mientras sus restantes prendas colgaban de un arbusto cercano, para que se secaran después de un apresurado pero necesario lavado en la laguna.

—Quiera Dios que no nos sorprendan en plena noche, o tendré que huir a caballo cubierta tan sólo con mi pelo y mi mantón.

Karle imaginó la escena con cierto placer.

—Dios no lo quiera —susurró.

Habían caminado hasta un manzano solitario, no muy alejado de la balsa, y recogido todos los frutos que cupieron en su ropa mojada. Cuando se acomodaron en el lugar donde iban a pasar la noche, tenían la cara y las manos pegajosas del jugo de la fruta, y el estómago hinchado. Kate cortó una manzana por la mitad con su cuchillo y extrajo la pulpa con destreza para improvisar dos pequeñas copas. Filtró el agua con el paño de seda hasta llenar una y la ofreció a Karle, que bebió con avidez.

—*Père* siempre me aconseja que tome agua fresca hasta saciarme, aunque con el estómago tan lleno de manzanas, apenas queda sitio para el agua.

Karle no habló. Dejó su copa improvisada bajo la seda chorreante y miró a Kate a los ojos.

—No es vuestro *père* —dijo con firmeza—. Es imposible. No os parecéis en nada.

La muchacha se removió con inquietud y se ciñó el mantón alrededor del cuerpo. Apartó la vista.

—¿Cómo os atrevéis a decir eso? No sabéis nada de nosotros.

—¿Dónde está vuestra *mere*? —inquirió Karle.

La pregunta pilló desprevenida a Kate, que sin embargo contestó tras un breve momento de vacilación.

—Murió.

—¿Cómo?

—De la peste —respondió la muchacha con voz inexpresiva.

A juzgar por el dolor que reflejaba su semblante, Karle comprendió que le decía la verdad. Tampoco dudaba de que había sido sincera al afirmar que aquel hombre había curado a ella y a sí mismo de la enfermedad. Entonces ¿por qué no a la madre también?

La joven pareció leerle el pensamiento.

—Fue antes de que perfeccionara la cura, pero vivió dos semanas antes de fallecer —se apresuró a añadir—. ¡Dos semanas!

Por un momento Karle tuvo la impresión de que un recuerdo grato iluminaba su rostro, que no obstante enseguida se ensombreció. No había dicho nada respecto a su primera afirmación, de manera que la repitió.

—Sospecho que no es vuestro *père*.

La muchacha le miró bajo el resplandor del fuego. Su rostro estaba teñido de una luz anaranjada espectral, y parecía destilar odio. Le sorprendió lo mucho que su suposición le afectaba. Intentó con desesperación traspasar la máscara, pero ella no se lo permitió. Por fin, cuando ya no pudo soportar más el silencio, lo rompió con acusaciones.

—Ni una gota de su sangre morena fluye por vuestro cuerpo de piel clara. Las hijas de los médicos no son tan cultas como vos. Tenéis acento inglés. Parecéis inglesa, incluso habláis esa pérfida lengua. Vuestro francés es el que se oye en la corte. Además, habéis comentado que sabéis leer, algo inusitado en las mujeres, a menos que sean de alta cuna.

—*Père* me enseñó, os aseguro que no es de alta cuna.

—Sin embargo es un hombre culto. Su francés tiene acento español y, como se llama Alejandro, cabe suponer que sea de esa nacionalidad.

Kate desvió la vista y agachó la cabeza, como si ya no aguantara más el peso del interrogatorio. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, su expresión era de puro desafío.

—Sois un hombre astuto para haber observado todos esos detalles.

—Soy un hombre de honor, empeñado en comprender la naturaleza de una doncella cuyo bienestar ha sido entregado a mi cuidado. Tengo la intención de no faltar a la palabra que di al hombre que os confió a mi tutela, sea quien sea, y cumpliré mejor mi deber si conozco, al menos en parte, vuestras circunstancias. — Removió las brasas con un palo para que liberaran más calor—. Por otro lado admito que soy curioso —murmuró—. Formáis una pareja muy extraña.

Kate le observó mientras atizaba la hoguera. Sus movimientos eran seguros pero cautelosos, y consiguió alcanzar su propósito sin levantar una nube de chispas que hubieran delatado su presencia. Cuando la muchacha habló por fin, se percibía cierta amargura en su voz.

—Tenéis razón. No es mi verdadero padre, pero el hombre que derramó su semilla entre los muslos reacios de mi madre, Dios la tenga en su seno, no fue más padre para mí que una rata de un lirio. Sí, soy de alta cuna, pero en el hogar del hombre que me engendró yo era como polvo bajo la cama, que podía barrerse con idéntica facilidad. *Père* se ha portado conmigo como un verdadero padre, mejor aún, y lo ha hecho porque me quiere. Sólo le obligaron la bondad y la compasión de su corazón. Para mí es una bendición que me adoptara un hombre como él.

Dio media vuelta y se tendió sobre la pinaza, una señal inconfundible de que la conversación había terminado. Karle observó que su mantón, aunque amplio, era de una tela fina y, si bien protegía su recato, no podía proporcionarle mucho calor. Sus ropas aún estaban mojadas, y Guillaume Karle empezó a preocuparse de que pillara un catarro. «Sana y salva», le había conminado el hombre a quien ella llamaba *père*. Pese a su valentía y habilidades, no era más que una jovencita fugitiva, sola con un hombre al que apenas conocía; una muchacha que confiaba en reunirse con la familia que había perdido, una familia compuesta tan sólo por el hombre enigmático que no era su verdadero padre.

Para su corta edad, carga con un peso muy grande, pensó compadecido; así como con demasiados secretos.

—Os pido disculpas si mis preguntas os han disgustado —dijo con dulzura—. Era simple curiosidad. Vuestras circunstancias son... únicas.

—Oh, son diferentes. —Kate suspiró—. No lo niego. —Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—La temperatura comienza a bajar —observó Karle—. En estos momentos, el calor de la laguna, asciende al aire en forma de grandes nubes blancas. —Dejó escapar una risita, con la esperanza de que su comentario divirtiera a la joven, pero ella siguió en silencio—. Además, estáis tiritando —añadió al tiempo que se acercaba más a ella.

—Siempre tengo frío —replicó Kate con desdén—. Parece que nunca encuentro suficiente calor.

De pronto rompió a llorar.

Karle se tendió a su lado y la muchacha, si bien se puso un tanto rígida al principio, no le apartó cuando apoyo el estómago contra su espalda. El francés le rodeo el pecho con los brazos y le dio su calor. Al cabo de un rato, notó que ella se relajaba y se sumergía en el sueño. Siguió despierto, aspirando el olor a humo de su cabello.

Seis

Cuando Janie llegó por la mañana a su unidad de investigación, el Hombre Mono le tendió una página impresa, acompañada de una mirada que decía con absoluta claridad: explícate.

Janie adoptó una expresión de inocencia y leyó en silencio el papel mientras intentaba ocultar su entusiasmo, como si el contenido del escrito constituyera un completo misterio para ella.

—Oh, Dios mío, Chet. Han aceptado mi solicitud para realizar una investigación de amplio alcance.

—Eso he leído. Ni siquiera sabía que la habías presentado. —Su rostro reflejaba desaprobación—. Creo recordar que hablamos de esto ayer.

—Sí, pero creí que no llegaríamos a ninguna conclusión. Supuse que no haría ningún daño seguir adelante con la solicitud, por si acaso. No hace falta que la utilicemos, si no queremos, pero si nos interesa...

—Me parece que no tienes tanta experiencia en estas cosas como yo pensaba —replicó Chester con desdén—. Ellos siguen de cerca estos asuntos. Si pides permiso para emprender una investigación, te lo conceden y, si luego no lo empleas, aparecerá en nuestro historial una breve anotación que reza: «hicieron perder el tiempo al personal encargado de aprobar solicitudes de investigación y luego no la llevaron a cabo», o algo por el estilo. Joder, Janie, no puedes obligar a esa gente a iniciar un proceso de aprobación de una petición para luego decir «paso de todo».

Janie se preguntó quién sería «esa gente», pero calló, porque a la larga carecía de importancia.

—Bien, aún existe la posibilidad de que...

—¿De qué? ¿De que caiga dinero del cielo? Recuerdo haberte dicho que las posibilidades de que eso suceda eran muy remotas.

Era cierto. No podía negarlo. Sólo podía confiar en apaciguar su ira.

—Estoy siguiendo la pista de una subvención —explicó—. No sé si la conseguiré, es evidente, pero creo que deberías comentar el caso en las altas jerarquías. ¿Qué podemos perder?

—No lo sé, pero quien perdería algo sería yo, no tú. Para empezar, podrían despedirme de una patada en el culo.

—No van a despedirte. Y cabe la posibilidad de que den el visto bueno.

—Escucha, Janie, lo que van a decirme arriba acerca del chico Prives es no. Es demasiado arriesgado. Si le aceptamos y no responde como los demás, disminuirá nuestro porcentaje de éxitos. Entonces la patente del fármaco o el protocolo que se deriven de esto valdrá menos cuando intentemos que se autorice. No hace falta que

mencione lo que eso significará para todos los que trabajan aquí.

Disminución de fondos, recortes presupuestarios, posibles despidos, agitación institucional; médicos y técnicos que se plantearían trabajar en líneas de montaje, tal vez incluso ella. Exhaló un ruidoso suspiro.

—No; no hace falta.

Pero ¿y si tenían éxito? La recompensa podía ser enorme. Janie dirigió a Chet una mirada desafiante.

—¿Has pensado qué sucedería si el protocolo funcionara para este chico en particular? Quién sabe cuántos hay como él.

—Se trata de una clase de traumatismo muy raro. ¿Cuántos más podría haber?

—Lo ignoro, pero lo sabré todo después de realizar la investigación.

—No vas a realizar esa investigación.

—Pero... acabas de decir que no deberíamos dar una mala impresión —balbuceó Janie.

—Utiliza el permiso, pero para algo disparatado. Averigua cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de una aguja. Después, no vuelvas a dar un paso semejante sin consultarme primero.

Janie permaneció en silencio unos segundos.

—No sabes qué descubriré si llevo a cabo esta investigación, Chet. No puedes saberlo.

—Tal vez no, pero me da igual. Tengo en marcha un estudio sólido y no quiero joderlo con una colección de casos desesperados. Lo que sí sé es que terminaré haciendo el ridículo, porque los peces gordos pensarán que he bendecido el proyecto. No quiero que piensen que me embarcaría en algo semejante. Las probabilidades son muy remotas.

—Lo mismo se pensaba del fotocopiado —replicó Janie—, hace mucho tiempo. Tal vez debería buscar apoyo en otra parte. Piensa en todas las explicaciones que deberás dar arriba si descubro algo que funciona y tú has desdeñado.

Chet frunció el entrecejo.

—Si no fuera necesaria tu identificación, lo haría yo mismo y terminaría de una vez. Ahora, entra ahí y averigua cuántos papas eran católicos. Después, entrégame un bonito y pulcro informe. Y no se te ocurra husmear por ahí sin contar con nadie más. Nos haces quedar mal.

Janie consiguió, contra todo pronóstico, cerrar la puerta de su cubículo sin arrancarla de los goznes. Dedicó los siguientes minutos a mascullar epítetos basados en el sexo que no podían decirse en voz alta en el puesto de trabajo sin dar lugar a acusaciones, bien fundadas, de vejación. Su cólera iba dirigida contra Chet Malin y, cuando por fin se disipó lo suficiente, se dedicó a despejar con frenesí el escritorio con el fin de limpiar su cabeza de la agitación que tales encuentros institucionales

parecían inducir.

Capullo, pensó. Tenía que haber hecho algo a alguien para conseguir aquel empleo.

Expulsó la negatividad de su conciencia. Aterrizó a sus pies con un ruido placentero.

—Que te den por el culo, Chet —susurró—. Allá voy. Cógeme si puedes.

Flexionó los dedos, entró en Big Dattie y, mientras las puertas de la información se le abrían, recordó el firme pero afectuoso consejo de Tom Macalester: «Basta de excavar».

—¿Quién eres, mi ángel de la guarda? —musitó. Casi podía verle sonreír desde la cabeza de un alfiler enorme, y procuró desterrar la imagen de su mente. Apareció la advertencia de Big Dattie, después la pantalla amarilla y por fin obtuvo permiso para entrar sus parámetros de investigación. Aparecieron docenas de páginas. Examinó la lista y vio el nombre de Abraham Prives, tal como esperaba, así como el del chaval de Boston. No obstante, la información todavía era vaga, de modo que pidió a Big Dattie que le facilitara sólo los casos en que la lesión se había descrito como fractura o astillamiento.

Suponía que los datos sólo tardarían unos segundos en pasar por los filtros, porque cuando Big Dattie encontraba pocos o ningún elemento, suponía que se trataba de un error y volvía a verificarlo automáticamente, lo que provocaba cierto retraso. Sin embargo, los resultados fueron casi instantáneos, y Janie se sorprendió al ver una lista de más de treinta nombres.

Retrocedió y aumentó la edad en un año en cada dirección. El ordenador le proporcionó una relación de más de cien nombres.

«*Clasifica los resultados —ordenó a la máquina—. Encuentra las correlaciones. Confecciona una lista por la fecha de la lesión*».

—Vaya, vaya, vaya... —susurró, mientras leía el producto final—. Mira lo que tenemos aquí.

Cuando Janie llamó a Tom Macalester para concertar una cita, el abogado dijo:

—Hace un día demasiado bonito para encerrarnos en un despacho. Quedemos en la plaza. Yo también quiero hablar contigo de algo.

—Tú primero —propuso Janie cuando se encontraron, una hora después.

—Pensaba que eran las señoras quienes siempre tenían preferencia.

—Estás mal informado. Es «las señoras deciden».

—De acuerdo. Quizá no te guste, pero escúchame antes de empezar a chillar.

—¿Yo chillar?

—A veces. Ésta podría ser una de tales ocasiones. He analizado los problemas de inmigración de Bruce y tengo la impresión de toparme con una pared. Es la pared con

la que todo el mundo se topa en situaciones semejantes, de manera que no es del todo alarmante, y creo que a la larga todo saldrá bien. De todos modos, no soy un experto en ese tema y no sé muy bien cómo escalar esa pared. Tal vez no soy la persona más adecuada para defender a tu hombre.

No la miró a los ojos. Janie se preguntó por qué.

¿Mentía, le ocultaba algo que tal vez no querría oír? ¿Quizá callaba ideas personales acerca de su situación que a ella le molestarían? Por lo general Tom era muy directo. Janie consideró su comportamiento casi irritante.

En cualquier caso, siempre había confiado en él y no encontró motivos para empezar a recelar ahora.

—Tengo una gran fe en ti —susurró.

Recuperó el contacto visual. Siempre se le antojaba muy intenso.

—Lo sé —repuso Tom—. Te lo agradezco. Me halaga, pero es que... Bien, Bruce no es, en realidad, cliente mío y, para ser sincero, las leyes sobre inmigración no son mi punto fuerte. Me he especializado en medicina legal y bioética hasta un punto en que no siento la misma confianza cuando trabajo en otras parcelas. Creo que te iría mejor con alguien más versado en la materia que yo.

Tenía razón: Janie tuvo ganas de chillar. No obstante, Tom había expuesto sus argumentos de una forma tan razonable y meditada, y estaba tan preocupado por lo que consideraba un fallo personal, que Janie casi se compadeció de él. Vio la decepción reflejada en su rostro y, por primera vez, observó algunas arrugas en su frente. Le cogió la mano y le dio un apretón mientras se encaminaban hacia un grupo de bancos. La palmeó y luego la soltó.

—Tú eres mi abogado, Tom, y sé que consultarás a quien te parezca más conveniente. No quiero contratar a otro letrado, sobre todo ahora, cuando todo parece torcerse. —Le miró y sonrió—. Supongo que me he acostumbrado a tu cara, o algo por el estilo.

Tom sonrió, meneó la cabeza y suspiró.

—Siempre la reina de los tópicos.

—Lo siento.

—No importa. Te perdono. De todos modos, lo digo en serio. La inmigración está fuera de mi alcance, al menos a este nivel. Además, me han surgido otras obligaciones que no son negociables, que me ocupan mucho tiempo.

Janie le miró con curiosidad.

—¿Por ejemplo?

—Un grupo de expertos en bioética se ha puesto en contacto conmigo. Por algún motivo ignoto, creen que necesitan un abogado. Me parece que buscan consejo sobre algunas biopatentes.

—Es fantástico, Tom... El abogado exhibió una amplia sonrisa.

—Lo sé. La legislación sobre ese tema me encanta, la conozco al dedillo, pero el caso me exigirá cierto tiempo, al menos hasta que me adapte. La cuestión es que no debería aceptar tu dinero si no hago bien mi trabajo.

—Una actitud periclitada.

—Eh, por eso me llaman Tomosaurus Rex. —Señaló el carrito de un vendedor ambulante—. ¿Te apetece un perrito caliente?

—Aj. No, gracias. ¿Tienes idea de lo que contienen esas cosas?

—Sí. Toda clase de mierda. —¿Y aun sabiéndolo las comes?

—Con sumo placer, ja, ja.

—Caramba, Tom, y tú me acusas de ser tópica. Tus bromas empeoran con los años.

—Junto con todo lo demás, querida.

—Sí, esta vida es una larga pendiente hacia el abismo. Escucha, agradezco tu sinceridad, tanto sobre tu situación como sobre la mía, pero no quiero cambiar de abogado. Si es necesario, consigue a alguien que se ocupe del trabajo, y yo pagaré la factura, pero no deseo hablar con nadie más. Eres el único abogado que he conseguido llegar a soportar. Haz el favor de ser mi parachoques. Es lo único que te pido.

—De acuerdo.

Tom esbozó una sonrisa, pero a Janie le pareció que estaba teñida de tristeza.

—Si estás seguro —añadió.

—Lo estoy.

La sonrisa se desvaneció, y una breve expresión de incertidumbre apareció en la cara de Tom. Por un momento Janie estuvo a punto de preguntarle si le preocupaba algo, pero al cabo de un segundo volvió a ser el hombre que conocía desde la niñez.

—Bien, ya me he quejado bastante sobre mis temores de ineptitud profesional. ¿De qué querías quejarte tú?

—De nada, en realidad. Necesito enseñarte algo muy excitante.

Tom sonrió, miró alrededor con aire casi furtivo y se inclinó hacia ella.

—¿Aquí? La cosa tiene su morbo, pero estamos en público...

Janie no pudo contener una risita.

—Cálmate un poco. El otro día dijiste algo acerca de tener una especialidad única. ¿Trabajar en un problema único obraría el mismo efecto, aunque no fuera necesariamente mi especialidad?

—Dependería del problema, pero sí, es posible. ¿Has conseguido algo?

—Creo que sí. Sospecho que me he topado con un nuevo síndrome. —Le entregó la lista de nombres—. Todos estos chicos sufren un problema «muy raro» de huesos astillados. Lo descubrí durante un viaje al interior de Big Dattie. No te preocupes, tenía permiso.

—Menos mal.

—No hice nada ilegal. Procuero no hacerlo... siguiendo los consejos de mi abogado.

—Estoy absolutamente seguro de que tu abogado lo agradece.

—No obstante podría reducir sus ingresos.

—Sobrevivirá.

—Conmigo o sin mí, no me cabe duda. Bien, he descubierto que todos tienen los huesos no rotos, sino destrozados. La similitud es demasiado casual para pasarla por alto. Los he ordenado por fechas. Échale un vistazo. —Le tendió una gráfica que mostraba la pauta de los accidentes—. Se aprecia un repentino aumento de frecuencia.

La gráfica mostraba un pico muy pronunciado.

—En todos los casos que he leído hasta el momento, existe un elemento común sorprendente: las lesiones no explican por sí solas la gravedad del problema.

—¿Qué quieres decir?

—Ha de existir una debilidad inherente, algo que provoca una vulnerabilidad capaz de dar lugar a fracturas súbitas e inexplicables; tal vez genética. También podría ser por culpa de una enfermedad. No he visto indicios de que alguien esté investigando el historial de estos críos. Por tanto, podría ser algo único, ¿verdad? —Supongo que sí. Deberías consultar con un especialista en enfermedades óseas.

—¿Crees que será muy difícil? Sacaré a alguien de una instalación petrolífera.

Esperaba que Tom riera, pero el abogado frunció el entrecejo.

—Janie, creo que vas bien encaminada. No sería mala idea analizar esta... pauta. Quiero que me mantengas bien informado en todo momento. Sin embargo, utilizar tus investigaciones como una forma de que te renueven el permiso de trabajo... no sé si... Es arriesgado.

Janie permaneció en silencio, con expresión pensativa.

—Tal vez, pero tendré que arriesgarme —repuso con decisión—. Mi trabajo no significa nada para mí. Si me permite renovar el permiso, ésta es la oportunidad de beneficiar a mucha gente. Por eso estudié medicina. Parece que lo olvidé en algún momento. No quiero renunciar a esto.

Caroline Porter Rosow estaba sentada en una silla a la mesa de su cocina, con la pierna extendida y el pie apoyado sobre un plástico que cubría el regazo de Janie. Lo giró un poco para que ésta viera mejor el muñón del meñique, mutilado en parte, todavía tierno casi un año después. Janie, que llevaba puestos unos guantes bioimpermeables, movió de un lado a otro lo que quedaba del dedo.

Hablaba mientras examinaba el apéndice, en parte para distraer a Caroline de la incomodidad de sus sondeos, y en parte porque tenía noticias que comunicarle.

Después de su terrible experiencia en el extranjero, eran más que amigas y había muy pocos secretos entre ellas.

—Bien, parece que el sexo va a volver a mi vida.

—No habrás comprado una de esas... cosas, ¿verdad?

—No, gilipollas. La agencia de viajes me ha asegurado que hay muchos visados disponibles para Islandia. Bruce y yo nos encontraremos allí el mes que viene.

—Janie, es maravilloso...

—Lo sé. Estoy en ascuas. Sin embargo, Bruce pareció un poco decepcionado cuando supo que íbamos a Islandia.

—Bien, la principal atracción son los géiseres... de modo que no olvides meter un paraguas en la maleta; uno grande, a prueba de incendios. No será la misma agencia que organizó nuestro viaje a Londres, ¿verdad?

Janie palpó otro dedo, esta vez con más fuerza, y luego se concentró en el muñón de nuevo.

—La misma.

—Oh, oh...

—Allí no puede pasar nada. Es una roca, ¿recuerdas? No podré excavar nada. —Manipuló todo el pie—. No te duele, ¿verdad?

—Un poquito. —Caroline se encogió un poco y se removió en la silla, como si cambiar la posición de la espalda repercutiera en su pie—. Dios, ya es hora de que os reunáis. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cuatro meses. Desde México. No hace falta que te diga que Islandia supondrá una mejora. —Janie apretó el dedo—. ¿Te duele más que la semana pasada?

—No. —Dio un respingo—. He mentido. Sí. Me duele más cuando llueve, y cuando lo mueves. En circunstancias normales, no.

—¿Te dolía cuando llovía antes de enfermarse?

—A veces.

—Ah. Bien, puede ser la explicación. El milagroso fenómeno del dolor fantasma. —Apartó el muñón del dedo contiguo y examinó la piel que los separaba—. Está un poco roja. Eso no me gusta. ¿Qué tal van los zapatos?

—Tan mal como siempre. Todavía me hacen daño.

—¿Incluso con el relleno de espuma?

—No sirve de gran cosa. Ayuda, pero no me alivia demasiado. Dios, mataría por volver a llevar tacones altos.

—Temo que tus días de putón verbenero han terminado, nena. Lo siento. Al menos no perdiste el pie... y siempre podrás llevar medias de malla, si te apetece. —Dio una palmada en el pie de Caroline con afecto y lo soltó—. Déjame ver tu mano.

Caroline tendió su pecosa mano izquierda, al tiempo que exhibía a propósito su alianza. Extendió los dedos con aire burlón y rio. Janie le dio una palmada en el dorso

de la mano y la cogió para examinarla con más detenimiento.

—De acuerdo, estoy celosa —admitió—. ¿Estás contenta? Tu chico entra, el mío no. El tuyo se casa contigo. El mío dice que se casará conmigo si algún día le dejan entrar. ¿Tengo un anillo ya? No.

Caroline rio y meneó la cabeza.

—Siempre estamos tan abstraídos en nosotros mismos... Necesitas otro trabajo.

—Supongo que sí —concedió Janie con una risita irónica. Giró la mano de Caroline y examinó la palma, sin ver nada inesperado. Los moratones habían desaparecido, y sólo quedaban un par de cicatrices de las pústulas—. Tiene muy buen aspecto. Te las has cuidado bien. Temía que tu cuerpo sufriera una reacción exagerada cuando te inyectaran el sensor de identificación, porque tu sistema inmunológico quedó destrozado por culpa de la peste, pero no fue así. Todo va bien.

Caroline retiró la mano con brusquedad.

—Eso fue hace casi un año. ¿Por qué no me dijiste antes que estabas preocupada?

—No quería asustarte —respondió Janie al cabo de unos segundos—. Te advertí que tuvieras cuidado, ¿verdad?

—Sí, pero no me explicaste el motivo.

—Bien, no ha ocurrido nada, de manera que no te comas el tarro.

—Me como el tarro por todo, ya lo sabes.

—Que Dios nos ayude cuando tengas hijos. —Bajó la voz para que el marido de Caroline, Michael, no la oyera—. A propósito, ¿te ha venido la regla?

Caroline negó con la cabeza.

—Vaya. Bien, tal vez... ¿Cuánto llevas de retraso?

—Un día.

—Bien, crucemos los dedos.

—Gracias.

La infección había afectado de tal manera a Caroline en Londres que Janie sospechó que afectaría a todo su sistema vital, y sus riñones ya no eran los de antes, a decir verdad. «*Cuando te quedas embarazada —le había dicho—, te pasarás la vida en el cuarto de baño*».

Sin embargo no había quedado embarazada, al menos durante los ocho meses en que lo había intentado cada día, incluso hasta dos veces, en función de su ciclo, sin utilizar métodos de control de natalidad. No era una buena señal.

«*Una caída grave —había explicado al agente de Inmigración del aeropuerto de Logan—. Se arañó la mano*». Eso justificaba el hematoma, los vendajes, la mano flácida, el estado mental de Caroline cuando había entrado en la oficina de Inmigración de Boston. «*Sufrió una leve contusión —contó Janie en su nombre—. Aún está un poco aturdida*». Si bien su entrañado estado había provocado que algunas cejas se enarcaran, Caroline no disparó ningún biosensor, porque se habían asegurado

de que no pudiera contagiar a nadie antes de salir de Inglaterra. Janie contuvo el aliento cuando Caroline pasó a través de los lectores y lo expulsó con placer.

—Bien, hablemos ahora de tu pie. No acaba de gustarme. Parece un poco tierno.

—Está un poco tierno.

—¿Siempre llevas calcetines?

—Excepto cuando uso sandalias.

—No deberías llevar el dedo al aire. Si te lo rozas o golpeas con algo, podría suponer un problema. ¿Te cambias los calcetines con regularidad?

—Sí.

—¿Los lavas con agua caliente y lejía?

—Por supuesto.

—¿Lavas los nuevos antes de ponértelos?

Silencio.

—Es importante, Caroline.

—Lo sé, pero a veces me olvido.

—Pues procura no olvidarlo, por favor. Muchos son de importación. No los someten a inspecciones tan rigurosas como a los productos norteamericanos.

—Por eso puedo permitirme el lujo de comprarlos. Está bien, seré más cuidadosa.

Mientras Caroline se ponía un calcetín de algodón limpio en su pie dañado, Janie se quitó los guantes y los arrojó en una bolsa de plástico. Al día siguiente se desharía de ellos en la sala de reciclaje de desperdicios de la fundación.

—De modo que tu príncipe sigue siendo encantador... —dijo mientras se lavaba las manos en el fregadero de la cocina.

—Sí, pero se queja de que aquí no tenemos realeza.

—¿Cómo? ¿No ha oído hablar nunca de los Kennedy?

—Demasiado irlandeses para él.

—Pobre chico. ¿Aún insiste en que prepares budín de Yorkshire?

—Creo que ya ha desistido. La última vez que lo intenté fue la semana pasada, pero no puedo manosear toda esa grasa sin que me entren náuseas, de manera que quedó seco. Se llevó una gran decepción.

—¿Aún se niega a que trabajes?

—Sí y, si quieres que te diga la verdad, no me desagrada nada estar en casa.

—Y cada día menos, supongo —conjeturó Janie mientras se secaba las manos con una servilleta de papel—. Lo sospechaba. Ya ni me acuerdo de la sensación. La última vez que no trabajé ni fui a la facultad, Betsy aún era pequeña. —Arrojó la servilleta al cubo de la basura—. Y sólo duró unas pocas semanas.

Se hizo un silencio elocuente. Caroline advirtió la incertidumbre que reflejaba el rostro de su amiga.

—Quedarse en casa no está hecho para todo el mundo. Tú tenías una profesión.

—Y espero volver a tenerla.

—¿Cómo va eso?

—Bueno, hasta hace poco, no muy bien.

—¿Hay novedades?

—Pues sí. He descubierto algo que tal vez sea lo bastante extraordinario para reiterar mi solicitud. —Explicó una vez más lo que había hallado. Cada vez que lo contaba, se convencía más de que valía la pena probar suerte—. La cuestión es que necesitaré un poco de ayuda... con un análisis de datos. Cuando reviso lo que he averiguado hasta el momento, hay un par de cosas que exigen un estudio más exhaustivo. —¿Por ejemplo?

—Bien, para empezar, ¿por qué ha surgido de repente? ¿No tendría que haber casos previos a este brote súbito?

—Tal vez los hubo y nadie los comunicó.

—Es posible. Tal vez sucedió antes de que se crearan las bases de datos.

—Oh, es cierto, ocurrieron cosas antes de las bases de datos. A veces lo olvido.

—Sí, y aunque tenemos una visión idílica de aquellos tiempos, no todo era agradable. —Exhaló un largo suspiro—. Es posible que se dieran algunos casos de esto, sea lo que sea, y nadie los relacionara, o quizá alguien los relacionó, pero estaba trabajando en otra cosa y no sobrevivió a las epidemias.

—Una deducción razonable.

—Me preocupa la rapidez con que se ha manifestado, porque sospecho que se trata de un problema genético. Al menos existe una propensión genética.

—¿Por qué piensas eso?

Janie sacó del bolso una copia de la lista de nombres y la entregó a Caroline.

—Échale un vistazo. Dime si te llama la atención algo.

Caroline cogió el papel y empezó a recitar los nombres.

—David Aaronson, Elliot Bernstein, Michael Cohén... —Alzó la vista y se encogió de hombros—. Todos estos chicos son judíos.

Caroline guardó silencio.

—Si es así, ¿a quién vas a pedir que te ayude?

—A tu príncipe, querida. A tu encantador príncipe medio judío.

A Michael Rosow, ex policía biológico inglés y perseguidor de biodelincuentes internacionales (con uno de los cuales se había casado), hijo de padre judío y madre inglesa, no le gustó la idea cuando Janie se la expuso.

—A mi rey no le hará ninguna gracia —replicó.

—Tu rey apenas sabe que lo es, y no reconocería una base de datos ni aunque surgiera del lago Ness y se lo tragara. Además, su opinión debería importarte un bledo. Tardarás mucho en volver. Dime qué te preocupa en realidad.

El hombre guardó silencio.

—Tengo miedo de que me pillen, eso es todo —explicó al cabo de unos segundos.

Janie no tenía argumentos para refutar aquella respuesta.

—Lo entiendo y me sorprendería que no te preocupara esa posibilidad. No obstante, si descubrimos una forma de que entres allí sin que te pillen, ¿lo harías?

—No lo sé.

—Podríamos tomar prestada una identidad.

Michael le dirigió una mirada de reproche.

—¿Le cortamos la mano a alguien?

Janie se encogió al recordar el repugnante episodio de Londres que había suscitado la pregunta de Michael.

—No; creo que no.

—Exacto —dijo Michael—. Preferirás que pase un año, por supuesto. Es lo más correcto.

Al final, después de que Janie insistiera hasta extremos casi intolerables, Michael explicó que, cuando alguien conectaba un ordenador y establecía una identidad, podía utilizar el aparato de infrarrojos especializado, un elemento habitual de las guías de palmas de los policías biológicos, para acceder de forma anónima a la base de datos. Ésta registraba la entrada como efectuada por la persona cuyo sensor había activado el ordenador, y no quedaba rastro del intruso.

—¿Cómo puedo conseguir uno?

—Estás de broma —dijo Michael—. Yo lo tengo porque soy teniente. Está prohibido a todos los agentes de categoría inferior.

Bien, pensó Janie, él puede lograrlo. Sólo necesitaba un cómplice involuntario.

Camino de casa, Janie se detuvo frente a un bar del barrio, en el que había reparado con frecuencia. Aquella noche no había cola, de modo que se atusó el cabello, se alisó la ropa y entró.

El ciberbar era de cromo y vidrio, con luces amortiguadas, como Janie suponía, y elegante en virtud de su excelsa clientela. Entró en plena *happy hour*, cuando manadas de jóvenes nuevos ricos de la tecno élite acudían y dilapidaban créditos, los nuevos dólares electrónicos, en bebidas de precio exagerado, a una velocidad que hubiera alarmado a Rockefeller, al tiempo que intentaban hacer un poco de cibertiempo. Se sentaban a sus terminales numeradas e intercambiaban agudezas anónimas con clientas atractivas que ocupaban otras terminales. Si bien se sentía satisfecha de sus propios conocimientos tecnológicos, y no le intimidaba en absoluto la brillantez desparramada alrededor, Janie se encontró fuera de lugar. Era veinte años mayor que las demás mujeres del local.

Se sentó en un extremo de la barra, al calor de una copa de Pinot Noir, mientras la comedia se desarrollaba en torno a ella. Observaba el comportamiento de aquellos elegantes ciberjóvenes, atenta a cualquier detalle que pudiera darle una idea.

Por fin obtuvo su recompensa, no gracias a un detalle sorprendente, sino a una pauta que cobró cuerpo poco a poco, en mitad de su tercera copa de vino, que se permitió porque aquella noche volvería a casa en autobús, sola, para variar, pero no desdichada. Había observado que la gente se ponía en contacto mediante sus terminales y, si alguien demostraba interés, la persona en cuestión se levantaba y dejaba el aparato en modo operativo para dedicarse al contacto humano real. El ordenador mantenía el modo operativo durante cinco minutos más. Así pues, podían entrar, y quien hubiera utilizado la terminal gozaría de una coartada. Nadie cargaría con las culpas.

Apuró la copa y salió del bar sin haber intercambiado una frase con nadie.

—Mañana por la noche quiero que salgamos juntas, tú y yo —propuso a Caroline por teléfono más tarde, cuando los efectos del vino se disiparon un poco.

—¿Qué vamos a celebrar?

—Nada, todavía, pero estoy en ello.

Explicó su plan.

Caroline accedió a colaborar de mala gana.

—Caroline, es fantástico. No sabes cuánto agradezco tu ayuda.

Su amiga suspiró.

—Sólo confío en que salga mejor que la última vez, cuando nos disfrazamos para conseguirte algo que alguien no quería que obtuvieras.

Siete

El caballo de Alejandro se mostró un tanto nervioso toda la tarde, porque no había forma de escapar al olor de la muerte. Las calzadas estaban sembradas de los cadáveres hinchados de los hombres que habían sucumbido en su intento de escapar a la ira de Carlos de Navarra. Alejandro no tardó en llegar a un tramo en que los cuerpos estaban totalmente carbonizados, como si algún generoso benefactor hubiera acudido y sacrificado el aceite necesario para quemarlos, al menos lo suficiente para mantener a raya a las alimañas.

Había visto horrores parecidos una década antes, camino de Inglaterra, cuando salieron de París y se dirigieron a Calais. La peste había asolado sin piedad París, y daba la impresión de que había plantado su beso en todas las frentes que había encontrado durante su viaje de terror a través de Europa. Por aquel entonces, la guerra acababa de iniciarse y todavía había aceite en abundancia, mucho más que hombres con ánimo para cavar tumbas. Los cadáveres habían ardo donde reposaban; Alejandro recordaba bien las piras. Había escrito sobre aquel trayecto en su libro de sabiduría, perdido tanto tiempo atrás.

¿Quién estaría leyéndolo, en el caso de que tal circunstancia se diera? ¿Quién había descubierto los secretos de su vida, las intimidades de su alma, que había desnudado en el pergamino? Nunca lo sabría, a menos que regresara a Inglaterra, lo que parecía imposible.

Mientras avanzaba, encontraba cadáveres en llamas y comenzó a rezar por el alma de los muertos. Guio al inquieto caballo entre los arbustos y atravesó el bosque en una ruta paralela, porque no quería dejar la menor huella de su paso.

Se detuvieron en todos los lugares donde había agua y, cuando Alejandro decidía que era potable, la filtraba a través de su paño y se saciaba. En un punto, le pareció especialmente buena, la purificó y bebió hasta que estuvo a punto de reventar.

Cuando llegó al siguiente arroyuelo, no tenía sed, pero espolé al caballo hacia adelante. No distinguió peces, ranas o insectos. El animal no demostró el menor interés.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Tan seguro estás de que volverás a beber que desdeñas esta posibilidad? Debes de ser más listo que el hombre que te monta.

Se apeó, lo cogió de las riendas y lo condujo hasta la orilla, pero el corcel no probó una gota.

—Conque es cierto eso que dicen de que los caballos guían hasta el agua. —Le acarició el cuello—. Creía que era un cuento de brujas.

Se arrodilló en la ribera y, mientras se mojaba los dedos, captó un olor conocido.

Sulfuro. El mismo olor que había percibido ante la casa de la madre Sarah, cerca de Londres.

Olfateó el aire. No cabía duda. Había pensado que nunca más volvería a toparse con aquel producto químico. Corrió hacia su caballo, cogió la cantimplora y apuró el agua filtrada que contenía. Luego, sin utilizar su paño nipón, la llenó del mágico líquido amarillento que brotaba del suelo.

Tendría que hacerse con otra cantimplora, pero no le importaba. No podía desperdiciar aquella oportunidad.

—Ya deberíamos estar en París —dijo Kate con disgusto.

—No está lejos.

—No paramos de cabalgar, y parece que nunca llegamos... No entiendo por qué habéis elegido esta ruta. *Père* estará preocupado.

No era la primera vez que protestaba por el camino que Guillaume Karle había escogido y, como antes, éste se esforzó por calmarla. Cuando la muchacha insistió, acalló sus quejas con una explicación críptica.

—Vuestro padre sólo dijo que debía entréglalos sana y salva. No especificó una ruta, ni una fecha.

—Me encuentro peor a cada legua que recorremos. ¿Por qué hemos de detenernos con tanta frecuencia en las granjas? Entráis, y debo aguardaros fuera, para que todo el mundo me vea.

Los razonamientos del francés la tranquilizaban, pero no hasta el punto de enmudecerla por completo. Por tanto, esperaba fuera de cada casa con nerviosismo, impaciente, mientras Karle entraba con el propósito de comunicar noticias, recibir mensajes o trazar nuevos planes para promover su rebelión. A veces salía con comida, pero por lo general dejaba algo de lo poco que tenían.

Regresó de una granja con media hogaza de pan. La partió en dos y tendió un trozo a Kate. Aunque distaba mucho de estar recién cocido, lo cogió con avidez y dio un mordisco.

—Si estuviéramos en París —comentó con tono un tanto burlón—, podríamos acompañarlo con jamón. Podríamos incluso comer pan con regularidad.

—No tardaremos en llegar, y podréis comer pan con todas las exquisiteces que encontréis, pero hasta en París escasean los bocados deliciosos en estos tiempos. — Le dirigió una mirada de franca desaprobación y la regañó—. Parecéis una princesa, con vuestra preocupación por esas cosas.

Kate se sonrojó.

—Las exquisiteces me son indiferentes —replicó con irritación—, incluido el jamón, pero a veces pensar en algo bueno me conforta. No hago daño a nadie con mis fantasías. El único placer que ansío de veras es reunirme con *père*.

—Pronto —repuso Karle.

El retraso empezó a molestarla.

—Tal vez abandonaré vuestra compañía e iré directamente a París —anunció el tercer día de viaje—. Podréis dedicaros a vuestros importantes asuntos, y yo a los míos. —Enderezó la espalda con orgullo, esperando recibir las gracias por la noticia de que el francés pronto se libraría de su obligación de velar por ella.

—¿Estáis loca? —preguntó Karle con incredulidad—. Una joven sola sería presa fácil de un caballero andante, hay muchos. —Lanzó una risita cínica—. Y si bien admito que lo empleáis muy bien, vuestro cuchillo de poco os serviría ante una espada.

—¡Ningún verdadero caballero se portaría como un bellaco conmigo!

La montura de Karle cabrioleó con nerviosismo debido a la agitación de su jinete.

—No es posible prever los actos de los falsos caballeros —afirmó Karle con un tono que no admitía réplica—. ¿Cómo es que os mantenéis tan ignorante de la verdad de estos tiempos? ¿Acaso vuestro padre os ha encerrado en una vitrina?

Kate desvió la vista, avergonzada. No podía explicar los motivos del aislamiento en que Alejandro y ella habían vivido.

—Os contaré cómo se comportan los caballeros, incluso los verdaderos —añadió Karle—. Vagan por toda Francia, bajo ninguna bandera. No hay señores que les paguen, porque éstos engordan sentados a la generosa mesa de Eduardo. Si algún señor fuera lo bastante estúpido para renunciar a los lujos de la corte inglesa y retornar al caos de Francia, sus vasallos carecen de medios para comprar su libertad. Los caballeros anhelan el consuelo de cualquier alianza y, para encontrarlo, se unen a las Compañías Libres. Estos «héroes» han robado todo cuanto no ha sido expropiado, incluidas mujeres, que utilizan para su placer y luego desechan.

—¡No es cierto! Los monstruos que describís no pueden existir...

—Perdonad —la interrumpió Karle con sarcasmo—. Exagero, lo reconozco. Un par se ha sumado a nuestra causa. Algunos que sirven a Dios antes que al rey no colaborarán en la profanación de Francia, pero no estaréis a salvo de los demás... sola, no. —La miró con una expresión de censura—. ¿Cómo es posible que no lo sepáis?

¿Qué podía decirle para excusar su ignorancia? Buscó una respuesta plausible.

—Me he dedicado al..., ejem, estudio de... —tartamudeó— la obstetricia.

—De poco sirve ser experta en obstetricia si caéis muerta en la cuneta de una calzada, asesinada por un supuesto noble caballero. Tenéis que procurar sobrevivir para utilizar bien vuestro talento. Si lo que afirmáis es cierto, seríais de gran ayuda en nuestra causa. —La miró fijamente—. Venid conmigo y lo veréis.

Espoleó al caballo y se alejó. Kate le siguió, bien a su pesar.

Esta vez la joven no esperó fuera. Los recibió en la puerta de una pequeña y

decrépita casa de piedra una mujer triste, de brazos esqueléticos y vientre hinchado por el embarazo. De sus mejillas flácidas Kate dedujo que el feto se alimentaba de todo lo que podía y había dejado a la mujer casi desnutrida.

Quiera Dios que no me encuentre nunca en una situación semejante, rezó en silencio mientras la observaba. Tan desesperada fue la oración que casi temió haberla pronunciado en voz alta.

La mujer la miró con suspicacia, pero cuando Karle la llamó a su lado invitó a ambos a entrar.

La vivienda estaba vacía, a excepción de los muebles más indispensables. Estaba a oscuras, sin ninguna vela que la alumbrara, y fría, porque el hogar estaba apagado. El interior olía a enfermedad.

—*Bonjour, madame* —saludó Kate con educación al tiempo que inclinaba la cabeza.

La mujer hizo una reverencia, lo que sorprendió a la joven. Después sonrió a Karle, que inclinó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo está vuestro marido?

La mujer señaló hacia un jergón dispuesto ante el hogar apagado. Sobre él yacía su esposo, inmóvil, delgado como una rama, pálido como la luna.

—Sólo se levanta para vaciarse —explicó la mujer—. Gracias a Dios que aún puede hacerlo, porque yo ya no tengo fuerzas para ayudarle. Todo lo que toma sale de su cuerpo como agua sucia —susurró con tristeza—, aunque apenas come nada.

—¿Y el pequeño? —inquirió Karle.

La dueña de la casa tendió la mano hacia un rincón en penumbra. Allí vieron a un niño, que los miraba desde la oscuridad con los ojos inexpresivos del que sólo piensa en comida.

—No ha enfermado, gracias a Dios, pero no crece desde hace dos veranos. Además no habla —añadió con expresión contrita—. Temo que se ha idiotizado.

Kate miró alrededor, pero no vio más chiquillos.

—¿Hay otros?

La mujer lanzó un sollozo y se llevó la mano al pecho.

—¡Muerto! Por obra de la peste.

Kate y Karle intercambiaron una mirada.

—¿Hay peste por estos pagos? —murmuró Karle.

—Nos visita de vez en cuando —consiguió responder entre lágrimas la mujer— y siempre se lleva a alguien antes de volver a su agujero.

Kate avanzó y le puso una mano en el hombro con intención de consolarla. La mujer se estremeció un poco, y la joven pensó que los huesos debían de sobresalir de la carne bajo el vestido raído.

—¿Cuándo murió vuestro hijo?

—En la última fase de la luna.

—¿Le enterrasteis?

—Lo mejor que pudimos... Cavé un agujero poco hondo en el borde del campo del oeste, le depositamos en él y luego lo cubrimos con rocas. Rezo para que los animales no le hayan devorado.

Hacéis bien, pensó Kate.

—Madame, ¿hay ratas?

La mujer la miró.

—¿Son necesarias tales preguntas?

—Lo pregunto porque algunos médicos opinan que las ratas son el origen de la peste.

—En ese caso, todos moriremos, porque nos hemos visto obligados a comerlas.

Kate sintió náuseas.

—Vuestro hijo, el que murió, ¿también las comió?

—Es posible. No puedo asegurarlo. Tenía edad para cazar solo. Llegamos a un punto en que ni siquiera compartíamos las piezas que conseguíamos. —Se persignó con movimientos rápidos—. Que Dios nos salve de ese pecado. Tal vez el niño atrapara una y, azuzado por el hambre, la comiera sin decir nada, pero lo ignoro.

Sin la precaución de purificar la carne en la olla, pensó Kate.

—Nadie debe comer ratas —dijo con firmeza—. Nunca más. Hacerlo significa, casi con toda certeza, la muerte.

—De todos modos, vamos a morir. Kate no encontró palabras para aquel comentario desesperado. Le abrumaba la desesperanza que veía, y entregó las manzanas que le quedaban a la mujer. De pronto se sintió avergonzada por la salud de que gozaba, por la carne que recubría sus huesos.

—¿No tenéis pan? —preguntó.

—¿Cómo vamos a prepararlo? Nos han requisado el arado, de forma que no hay trigo y, por tanto, tampoco harina. Mi marido no puede trabajar la tierra. No se tiene en pie. Ni siquiera podemos cultivar nabos. ¡Navarra se ha apoderado de todo nuestro ganado!

La mujer volvió la cabeza a un lado y escupió en el polvo que cubría el suelo. De pronto rompió a llorar. El chiquillo se levantó y se aferró a su falda.

—¿Cómo hemos caído tan bajo? —susurró entre sollozos—. ¡Había tanto por lo que dar gracias! Ahora no queda nada.

Guillaume Karle se acercó a Kate.

—¿Podéis hacer algo por este buen hombre... comadrona?

La joven le dirigió una mirada de incertidumbre y temor antes de acercarse al lecho del campesino. Obtuvo cuanta información pudo sin siquiera tocarle, porque hacerlo supondría contagiarse. El cólera, concluyó a partir de su breve observación.

Alejandro le había descrito con frecuencia los síntomas. Había hablado con afecto agrídulce de un camarada, un viejo soldado que temía el cólera de la guerra pero en cambio había entregado su alma a la plaga. Se volvió hacia Karle.

—Hay poco que hacer —murmuró—, pero no me atrevo a abandonarles sin la menor esperanza. —Miró a la mujer—. Debéis recoger cuanta leña podáis, porque es preciso hervir toda el agua que beba vuestro marido. Cuanta más tome, mejor. A juzgar por el aspecto de su piel, la necesita en abundancia. —Se volvió hacia el niño—. ¿Conoces el diente de león? —preguntó.

El pequeño asintió en silencio.

—Has de coger todo el que puedas, porque servirá para que tu *père* se recupere. Lleva las hojas a tu *maman*, y ella le preparará una tisana. —A continuación se dirigió a la mujer—. La infusión de hojas de diente de león le aliviará el estómago. Entonces tal vez pueda ingerir alimentos. —Apoyó una mano sobre el estómago hinchado de la mujer—. Debéis secar las hojas que queden después de hervirlas con el agua y molerlas para tomarlas en forma de polvo. Contienen una magia que os fortalecerá a vos y al bebé.

La mujer, que parecía doblar en edad a la muchacha, lanzó una mirada suspicaz a Karle. Éste la trasladó a Kate.

La joven comprendió su escepticismo.

—Mi *père* me enseñó algunas cosas —dijo con firmeza. Bajó la vista y susurró a Karle—: Cuando me hablaba a través de la puerta de mi vitrina.

Karle no pudo reprimir una sonrisa, aunque intentó ocultarla a la mujer.

—Es un buen consejo —dijo a la campesina—. Deberíais seguirlo.

—Pero es muy joven... —repuso la mujer.

—Su *pere* es médico y, aunque joven, esta comadrona ha adquirido mucha experiencia gracias a él.

Sus palabras al parecer satisficieron a la dueña de la casa, porque dio un abrazo al niño y le envió a buscar la planta.

—Quizá haya leña suficiente para encender fuego —dijo mientras se ceñía a los hombros un mantón raído—. Detrás de la casa.

La siguieron y recogieron madera suficiente para encender la lumbre. Después Karle se despidió de ella.

—Rezaré cada día por la recuperación de vuestro esposo.

Luego abandonaron la vivienda y a sus patéticos ocupantes.

—¿Por qué me hizo una reverencia? —preguntó Kate, una vez que hubieron montado.

—Porque hacía mucho tiempo que no veía una piel tan saludable como la vuestra, y os habrá tomado por una diosa. —Sonrió con cinismo—. Al menos, por una princesa.

Ella le miró con sorpresa, hasta que comprendió que bromeaba. A continuación escrutó el cielo.

—Al oeste —exclamó, y obligó al caballo a dar la vuelta.

—¿Adónde vais? —preguntó Karle al tiempo que la seguía.

—Al camino del oeste —respondió ella.

Encontraron la tumba del niño sin dificultad. Algún animal había apartado unas pocas de las rocas, pero no había conseguido terminar el trabajo. De todos modos, Kate se alegró de que una criatura provista de garras le hubiera facilitado la faena.

Mientras retiraba las piedras restantes con sus pequeñas manos, Karle la miró con admiración y curiosidad. Cuando intentó acercarse, ella le disuadió.

—Retroceded. Así nadie podrá acusaros de haber participado.

—La profanación de sepulturas se castiga con la muerte. ¡Debéis parar!

—No puedo. Es muy importante.

—¿Por qué? ¿Qué puede desear una joven...?

—En este momento, actúo como una comadrona, no como una joven, de modo que montad guardia...

La pila de rocas arrojadas a un lado había aumentado de forma considerable, y Kate empezó a preguntarse si la mujer había atinado al decir que la tumba era poco honda. De pronto topó con lo que supuso era la carne podrida de una pierna. Sacó unas pocas piedras más, hasta que descubrió el brazo del niño muerto, apoyado contra el muslo y rematado por una mano marchita. Mientras Karle presenciaba la escena horrorizado, Kate extrajo el cuchillo de su media y cortó la mano. Envolvió el apéndice ennegrecido con un trozo de su mantón. Tras cubrir de forma precipitada la tumba, se levantó, presa de unas náuseas irresistibles.

Cuando sus miradas se encontraron, Karle distinguió un destello de ferocidad en sus ojos.

—Estáis loca —masculló.

De repente, volvió a ser la jovencita de antes, muy consciente de la naturaleza de sus actos.

—No lo digáis tan convencido, Karle —susurró, mientras recobraba la compostura—. Dios podría oíros. Tenéis que creerme cuando os digo que ha sido un golpe de suerte encontrar esto, porque tal vez lo necesitemos. Con todo, la mayor suerte es que ya no huele.

Alejandro miraba desde la pequeña ventana de su desván de la rue des Rosiers, mientras una anciana vestida con una sencilla bata gris y un delantal blanco saludaba el día con una escoba en una mano y un cubo en la otra. Primero limpió las deyecciones nocturnas que cubrían los adoquines, mascullando al tiempo que arrojaba las pilas marrones al arroyo. Después vació el cubo de agua sobre las piedras

y volvió a barrerlas, con el vigor suficiente para procurar que nada ofensivo sobreviviera a su enérgico tratamiento. La había visto hacer lo mismo el día anterior, y también el de antes.

Si los ciudadanos de Londres hubieran sido igual de concienzudos, tal vez habrían sobrevivido más, meditó con pesar... No obstante, muchos parisienses habían muerto en la primera oleada de la peste negra, pese a la relativa limpieza de la ciudad, de modo que no podía culparse a la suciedad de Londres de la devastación ocurrida. Muchos afirmaban que los ingleses eran diferentes de los franceses, más salvajes, casi bárbaros. En verdad, no recordaba haber visto nunca a una inglesa atacar la basura omnipresente de los adoquines de Londres con la ferocidad que demostraba la anciana *dame* parisiense. Sin embargo, tampoco estaba de acuerdo con la idea, muy extendida entre los franceses, de que los ingleses eran un pueblo indolente, porque atacaban muchas otras cosas con gran ferocidad.

A los franceses, por ejemplo. Lo más a menudo posible. Sonrió para sí.

La mujer abrió los postigos que mantenían sus quesos a salvo de aquéllos que les concederían gustosamente la libertad, *sans son*, por la noche. Debido a la escasez provocada por la guerra, la comida era muy apreciada, y una porción generosa de queso se había convertido en un gran lujo del que sólo disfrutaban los muy ricos o los muy astutos. Liberado de su prisión nocturna, el olor penetrante se esparció por la calle. Era el aliciente que Alejandro necesitaba para abandonar las telarañas y la paja húmeda de su escondite provisional para bajar a buscar algo que calmara los gruñidos de su estómago.

Sobre la pequeña tienda colgaba un enorme letrero de madera, en forma de porción de queso, pintado de amarillo, con la palabra «*fromages*» tallada en la superficie. El hollín y la suciedad se adherían a las letras, porque estaban fuera del alcance de la mujer. Por un momento pensó en ofrecerse para realizar el trabajo por ella. Sería un detalle por su parte, porque, pese a todas sus tribulaciones, Alejandro todavía era un hombre bondadoso.

No obstante no era tan idiota como para hacer la oferta, ya que su bondad le dejaría grabado en la memoria de la anciana. Desde su llegada a París, evitaba repetir la misma actividad para no llamar la atención. Aparte de trabajar en el libro de Abraham, lo único que podía hacer era observar. Se había fijado en la voluptuosa joven que invitaba a los caballeros a subir por su oscura escalera, tanto de día como de noche; los rudos muchachos que jugaban con palos hasta sangrar en sus batallas de mentirijillas; la tímida viuda joven vestida de luto, que arrastraba a un niño lloriqueante y cargaba con una cesta que siempre parecía terriblemente vacía. Ya conocía a todas estas personas, aunque sólo llevaba unos días en aquel *arrondissement*. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien reparara en él?, se preguntaba.

El día anterior había oído la dulce voz de una niña (había exclamado «*père!*»), y el sonido le había robado el aliento. Había girado en redondo, justo a tiempo de presenciar la feliz llegada a casa de su afortunado *père*, que regresaba con cosas que la pequeña necesitaba, en especial su corazón y su afecto. Abrazó a la criatura y cubrió su carita de besos mientras Alejandro los miraba con envidia.

No sabe lo poco que durará, lo pronto que se convertirá en una mujer y ya no le necesitará.

Alternaba sus visitas a diversos establecimientos, y nunca se demoraba en el mismo lugar más de unos minutos, pero siempre observaba, porque Kate le Buscaría en esa calle, entre ese grupo de pequeñas tiendas y mercados, entre los últimos judíos de París.

No le preocupaba que aún no hubiera llegado, porque él había contado con la ventaja de ir a caballo, mientras que ella viajaba a pie. ¿Habrían conseguido adquirir monturas? ¿Todavía irían juntos? El médico se preguntaba con una terrible sensación de impotencia si el francés era de confianza, tal como había creído, o si se habría apoderado del oro que había recibido para cuidar de la muchacha y la habría abandonado. Kate guardaba más oro en un bolsillo secreto de su falda, cerrado con un botón, para que las monedas no cayeran por accidente. Le había enseñado que nunca debía carecer de algo que pudiera intercambiarse en aras de la supervivencia. Una moneda de oro podría comprarle un viaje a través de media Europa, si la gastaba bien, y la había educado en la frugalidad. Sería una buena esposa, pensó con orgullo. Cuando se casara, administraría los asuntos de su marido y la casa con prudencia y educaría bien a sus hijos.

Quiera Dios que el mundo recobre de nuevo la cordura, y que algún día Kate pueda disfrutar de esos placeres sencillos.

Se paró ante los quesos y oyó que la mujer de la bata gris le preguntaba por sus preferencias con una voz más firme de lo que había sospechado. Señaló su modesta elección y pagó con monedas pequeñas. Después de darle las gracias con una sonrisa y una inclinación de la cabeza, cruzó a toda prisa la calle y se encaminó hacia la *boulangerie*, donde compró una hogaza de *pain dorado*, todavía caliente. No pronunció ni una palabra desde el momento en que salió de su habitación hasta que regresó con la comida.

Se sentó ante la ventana de nuevo y miró.

Kate guardaba silencio mientras cabalgaban, y apenas habló hasta que llegaron al siguiente arroyo.

—Lo que esa mujer contó... ¡Me avergüenza que tales cosas ocurran! Arrebatarse la riqueza de un hombre ya es deshonesto —dijo mientras el agua goteaba a través de su paño de seda—, pero quitarle los medios de sustentar a su familia es peor aún. Es

el más vil de los robos.

—Han despojado de todo a estos campesinos —replicó Karle con cinismo—. Jacques Bonhomme, el campesino bonachón. El peor pecado de estos desgraciados es el de haber nacido sin privilegios.

—Todos nacemos en pecado —repuso la muchacha—, pero nacer pobre no es ningún pecado. El único pecado consiste en no hacer nada por mejorar la suerte de uno.

—Los nobles de Francia se lo impiden a sus súbditos.

—Si me hubieran tratado de esa forma, yo también me habría rebelado —aseguró Kate—; de lo contrario no sería capaz de mirar a la cara a mi dios. No entiendo por qué no os ha permitido vencer. —Meneó la cabeza en señal de perplejidad—. El fracaso de vuestro ejército debe de formar parte de algún plan, un proyecto más grande, porque vuestra causa ha de ser justa a los ojos de Dios. No siempre podemos conocer sus designios.

Dio la impresión de que su comentario irritaba a Guillaume Karle.

—¡No fue designio de Dios, sino suerte, pura suerte! De no haber sido por la llegada inopinada de sus paladines, la esposa del hijo del rey estaría en nuestro poder, y negociaríamos con su cabeza.

Kate le miró con severidad.

—No creo que osarais decapitar a esa mujer.

—¿Por qué no? ¿Ha de seguir sobre su cuello sólo porque es de sangre real? ¿Hay que ahorrarle el mismo trato que padecen los súbditos de su marido, a menudo por motivos triviales? Si su cabeza pudiera comprar mil arados, ¿no sería razonable por su parte cederla?

La joven, cuya captura permitiría adquirir mil arados y más, se llevó una mano al cuello.

—Tal vez a vos os parece justo ese intercambio, pero os aseguro que la dama labraría todos los campos de Francia con sus propias manos con tal de salvarse.

Karle dejó escapar una risita burlona.

—Quizá valdría la pena perdonarle la vida para ver tal prodigio. Ahora que está bajo la protección de Navarra, no tendré la oportunidad de decidir... de momento, pero ya veremos si se presenta otra ocasión.

La única distracción con que contaba Alejandro para ahuyentar su creciente preocupación era trabajar en el precioso libro que Kate le había comprado, y ni siquiera eso le consolaba. Por un momento las páginas le capturaban con su promesa de revelaciones, y al instante siguiente su mirada se desviaba hacia la calle, en tanto que su corazón aleteaba con la esperanza del reencuentro. Estaba encorvado sobre el antiguo libro a la luz de su única ventana y miraba hacia el exterior a intervalos cada

vez más cortos, con el entrecejo fruncido. Sus ojos fijaban la vista con ansiedad en las jóvenes que pasaban, impulsados por la ilusión de que la siguiente sería la que buscaban.

Se sentía abrumado por la decepción de mirar a una desconocida tras otra, sin ver a la que anhelaba. De todos modos, su trabajo avanzaba casi por voluntad propia y pronto se convirtió en su única alegría. Línea tras línea desvelaba el significado de los símbolos, y las palabras que formaban empezaban a grabarse en su memoria. Sin embargo, eso también atizaba sus preocupaciones. ¿De qué serviría esa información liberada, y luego memorizada, a aquellos judíos, dispersos por la voluntad de Dios en la Galia, si las cosas que necesitaban saber permanecían encerradas en su cabeza? ¿Y si...?, pensó con un estremecimiento; ¿y si muero antes de poder transmitir estas palabras? Una vez interpretadas, deberían ser conservadas, no cabía la menor duda.

Había comprado pluma y tinta, pero no tenía nada en lo que escribir sus traducciones, excepto las propias páginas.

¡Sacrilégio!, le reprendía su conciencia. ¡Profanar tal belleza con tus garabatos! Pertenece a esos desgraciados judíos, para cuyo beneficio se escribió.

Entonces su razón exclamaba con indignación: ¿Acaso no soy yo uno de ellos?

Su razón triunfó por fin. De no ser por mis esfuerzos, lo perderían por siempre jamás.

Bien, pensó, y se permitió un breve momento de buen humor; la discusión ha concluido y se ha inclinado en mi favor. Mientras el sol llegaba a su cenit en el cielo, cayó en la cuenta de que no había pronunciado ni una sola palabra en todo el día.

—Querido Dios —rezó en voz alta—, concededme al menos la presencia de alguien con quien discutir, para que se me ahorre la ignominia de hacerlo sólo conmigo mismo.

Empezó a escribir la traducción en las hojas, con infinito cuidado. El hebreo era arcaico, del estilo que los judíos incultos no sabrían leer. El francés era la mejor alternativa, porque no dejaría de ser la lengua más importante del mundo y siempre habría un judío que la entendiera.

¿Cómo había obtenido el boticario aquel tesoro? No se lo habría entregado Abraham, porque el libro era muy viejo. Alejandro estaba convencido de que el inteligente autor del manuscrito había fallecido mucho tiempo atrás y habitaba en paz con las sombras de sus antepasados. ¿Lo habría robado el hombre taimado que se lo había vendido a Kate de algún bolso, o quizá una madre viuda, desesperada por alimentar a sus hijos, se lo habría ofrecido por un puñado de peniques?

Suspiró al comprender que nunca conocería los detalles de cómo había llegado a sus manos. Sólo sabía que valía la corona de oro que Kate había pagado por él, y más. Ay, Abraham, pensó, que Dios te conceda la paz, porque has dejado una obra que merece la más dulce de las recompensas. Lo sacó de su escondrijo una muchacha

cristiana, que poseía la sabiduría suficiente para valorar lo que contenía. Eso constituiría una sorpresa para el sacerdote, si le estaba viendo desde su asiento al lado de los profetas.

No obstante, las revelaciones del levita no eran del todo agradables. Después de su saludo bondadoso, Abraham había lanzado una serie de severas admoniciones contra el mal uso de su sabiduría. «*Maranatha!*», había escrito, una palabra que Alejandro no sabía traducir, si bien su sonido impresionaba al médico convertido en escriba. Aparecía repetidas veces entre las rigurosas advertencias pero, pese a sus esfuerzos, no había conseguido descifrar su significado a partir de los términos que la rodeaban.

«Maldito sea el que pose sus ojos sobre estas hojas y no sea un sacrificador o un escriba. *Maranatha!*».

Esto le preocupaba. En el momento presente podía considerarse un escriba, reflexionó, pero ¿qué era un sacrificador? ¿Era prudente que siguiera adelante sin aquel conocimiento? ¿Qué maldición podía arrojar sobre él aquel antiguo texto?

En verdad, ¿qué maldición no ha caído ya sobre mí, para que tema otras?, se dijo.

Los ojos empezaban a picarle, de modo que los frotó un momento para calmar la tensión. Recordó a Kate, los consejos que le había dado: no estropees tus ojos con demasiada lectura. Se atusó el cabello y lo apartó de su cara. Un mechón volvió a caer. Se posó entre las dos páginas de papiro. Intentó retirarlo, pero tenía los dedos entumecidos.

No servirá de nada, decidió por fin. Guardó con cuidado el libro en su bolsa, echó una última mirada por la ventana y salió en busca de alguien que pudiera revelarle el significado de la palabra misteriosa. Tal vez un sacerdote podría ayudarle, aunque consideraba a todos unos charlatanes parásitos. Conocen los nombres de todos sus enemigos, recordó. Alguno conocería la palabra. Preguntaría sin demostrar excesivo interés, con discreción. Afirmaría ser un erudito. ¡Ah! Buena idea. Podría preguntar a un erudito. No faltarían en la universidad, que se encontraba a corta distancia. Quizá podría iniciar una investigación intelectual sin llamar la atención. Tal vez incluso encuentre a alguien con quien conversar...

Kate se presentaría tarde o temprano, estaba seguro, y ni su preocupación ni su voluntad podrían cambiar el momento de la llegada. No tardaría mucho, apenas unas pocas horas, y la joven le esperaría si llegaba al lugar de encuentro y no lo hallaba. Sabía que no necesitaba estar pendiente de su aparición. Sólo le impulsaba a hacerlo su gran anhelo de reunirse con ella.

Ocho

La expresión de Caroline Rosow cuando echó un vistazo al ciberbar fue una mezcla incongruente de curiosidad y desdén.

—Me esperaba otra cosa —dijo.

Janie se acercó más a ella.

—¿Qué esperabas?

—No estoy muy segura, pero no esto. Es... triste.

—Entre otras cosas —repuso Janie. A continuación susurró—: Me alegro de que hayas venido. Tenía miedo de que cambiaras de opinión.

—Estuve a punto. Michael estaba de mal humor cuando llegó, y no estaba segura de que quisiera quedarse en casa. Si salía otra vez, hubiera echado de menos la guía de palmas.

Janie frunció el entrecejo.

—¿Le ha pasado algo en el trabajo?

—A él en concreto no, pero ocurrió algo. —Hizo una pausa—. Han ingresado a uno. Hacía tiempo que no sucedía. Llegó a casa muy disgustado, había olvidado lo terrible que puede ser. Por lo visto, el tipo no había solicitado tratamiento médico. —Suspiró y flexionó los dedos—. Me contó que los dedos de las manos y los pies del hombre habían desaparecido casi por completo cuando murió.

—Aj. —Janie se preguntó si Michael estaba enterado de la víctima que ella había visto cerca del supermercado—. ¿De dónde era?

—De Kendall.

—Dios, eso está cerca.

—Lo sé. Michael me explicó que procedía de una comunidad donde rechazan el tratamiento médico, salvo en las circunstancias más extremas.

—¿El DR SAM no es extremo?

—Tal vez se propagó con rapidez.

—Siempre es así.

No obstante, incluso alguien tan estúpido como para dejarse morir por sus creencias irracionales despertaba compasión. Dios te salve María... rezó para sus adentros. Se interrumpió al oír que la puerta se abría y echó un rápido vistazo hacia atrás.

—Oh —susurró—, éste me parece perfecto.

Janie retrocedió al anonimato de las sombras y observó la pequeña comedia, que se repetía innumerables veces cada día en todo el mundo, protagonizada por personas de todas las formas, tamaños y colores, mientras se desarrollaba ante sus ojos con un estilo inconfundiblemente estadounidense. Caroline, vestida con suma elegancia,

maquillada y peinada del modo más seductor, dedicó una sonrisa al joven que entraba cuando pasó a su lado. Éste vaciló un momento y sonrió a su vez antes de mirarla de arriba abajo con aire de aprobación. Siguió andando con decisión hacia una terminal libre.

Caroline le imitó. Janie advirtió que cojeaba un poco y observó los pies de su amiga. Reprimió una exclamación al ver que estaban embutidos en un par de zapatos de tacón alto, viejos pero de aspecto matador.

—Mierda —masculló Janie—. ¿Qué diablos estás haciendo, Caroline?

Sin embargo Caroline no estaba concentrada en sus pies, como a Janie le hubiera gustado. La joven pelirroja se había conectado a la terminal, y al cabo de apenas tres minutos se rascó la oreja, la señal acordada para comunicar que se había puesto en contacto con alguien sentado a otra terminal. Después una leve sonrisa reveló a Janie que se trataba del tipo con el que había intercambiado una mirada en la puerta.

Janie observó a su amiga, que decía algo con voz seductora, supuso, aunque había demasiado ruido en el bar para oírla. Como era de esperar, el joven se levantó de su terminal y caminó hacia ella con una sonrisa victoriosa en la cara y una botella de vino. Se sentó a su lado, y tendió la mano para presentarse.

—No la toques —susurró Janie.

Sin embargo Caroline la estrechó. Janie lanzó una exclamación ahogada. Podrían quedar rastros.

Por el amor de Dios, Crowe, te estás volviendo paranoica...

Cerró los ojos y trató de sacudirse de encima sus preocupaciones. Cuando los abrió, Caroline y su ligue estaban interactuando con gran éxito. El joven tenía un aspecto poco corriente; era alto y delgado, con un extraño atractivo, pensó Janie. Aparentaba unos treinta años, con un halo de espesos rizos de un rubio rojizo y una perilla ridícula, que había pasado de moda a principios de siglo.

—Mantenle ocupado unos minutos —murmuró Janie.

Se levantó del taburete y se encaminó hacia la terminal abandonada. Se sentó a escasa distancia y sacó del bolso el ordenador de bolsillo de la policía biológica que habían robado a Michael. Lo abrió con el pulgar y lo conectó utilizando el número que Caroline le había facilitado, sin el cual sería el objetivo de una inminente detención. Apuntó el transmisor de infrarrojos en dirección a la terminal abandonada y, al cabo de unos segundos, el pequeño ordenador se combinó electrónicamente con su señal.

Miró el indicador de tiempo de la pantalla. Antes de tres minutos, la terminal se pondría en modo de hibernación.

—Tendré que apañármelas con eso —susurró con determinación.

Pulsó las teclas con cuidado, porque el aparato no reaccionaría a su voz. Pasados unos segundos, la pantalla de la guía mostró la familiar página amarilla de

advertencia de Big Dattie.

Había memorizado las órdenes necesarias y las introdujo con rapidez, como si intentara desactivar una bomba nuclear antes de que el tiempo se acabara. Se mordió el labio mientras sus dedos volaban, al tiempo que profundizaba más y más en la base de datos, hasta obtener el material que necesitaba.

La pantalla se llenó de nombres de archivos. Había muchos. Se preguntó si cabrían en la memoria del pequeño ordenador. Dejó las preocupaciones a un lado, porque debía conformarse con lo que obtuviera de la base de datos. No había otras opciones, otros planes viables. Debería contentarse con lo que consiguiera de aquella incursión ilegal.

El tiempo transcurría, y por fin, cuando faltaban menos de diez segundos, el último archivo cruzó las ondas y se integró en el ordenador de bolsillo.

Quedaban seis cuando cerró la tapa del pequeño aparato.

—Era mono —comentó Caroline.

—Una pinta un poco rara —repuso Janie.

—Parecía un tío muy agradable. Era experto en informática, pero ahora es entrenador de baloncesto en la universidad.

—Qué curioso. No encaja con su imagen. La estatura, tal vez, pero parecía muy listo...

—Y lo es, creo —afirmó Caroline—. Me ha gustado. Mucho.

Mientras Janie pasaba los datos robados del ordenador de bolsillo a su ordenador portátil, dirigió a su amiga una regañina burlona.

—Eso ha sido todo por el momento, señora Rosow. Has disfrutado de un bonito interludio, pero ahora vuelves a ser una mujer casada.

Una sonrisa sagaz apareció en los labios rojos de Caroline. Al estilo de Mae West, se ahuecó el pelo con una mano mientras apoyaba la otra en la cadera con aire seductor.

—¿Y cómo ha de actuar una mujer casada?

Mientras cerraba la tapa del portátil, Janie suspiró.

—No me acuerdo muy bien, pero supongo que no debe ser así.

Gracias a los efectos milagrosos de la cafeína, Janie seguía despierta a las dos de la madrugada, mientras su programa de bioestadísticas clasificaba, reordenaba y desarrollaba los datos robados. Habría sido más fácil y rápido utilizar los mecanismos de filtración de Big Dattie, pero resultaba alentador poseer los datos no elaborados, sin contaminar por ideas ajenas de cómo debían interpretarse. Las cifras, listas y códigos de ADN le hablaban en un lenguaje propio, y decían: Aquí hay algo. Sólo

tienes que mirar.

Janie esperó a que el recopilador realizara su trabajo. Le gustaba que los datos la sorprendieran. Le proporcionaban una sensación de impaciencia que era difícil obtener de otra manera. Esa tarea siempre sacaba a la superficie a alguna antigua diosa iracunda, agazapada en el interior de su psique, que esperaba, tras milenios de inhibición, el momento de desatar su furia creativa en persecución de alguna verdad escurridiza.

Estaba arrancando las verdades con métodos de investigación prohibidos, y surgían a regañadientes, pauta tras pauta, pero en un determinado momento se encontró en un callejón sin salida. Ninguno de los padres de los niños presentaba señales de fracturas anormales o repetidas.

Consultó el reloj de pared. Bruce estaría despierto en Londres, absorto en su rutina matutina:

Le telefoneó. Él escuchó con paciencia y consideración, como siempre, sus elucubraciones sobre el problema que la preocupaba.

—Pensaba que era genético —explicó Janie—, pero ahora no estoy tan segura. Todos los padres son normales. Tal vez sea ambiental.

—¿Conseguiste ya la información demográfica? ¿Dónde viven, cuáles son sus actividades?

—Sí. Me asombra lo que obtuve en un espacio tan breve de tiempo.

—Pon marcas en un mapa —aconsejó Bruce—. Quizá descubras algo.

Era una sugerencia muy lógica.

—Gran idea —admitió—. Ya sabía yo que existía algún motivo para quererte.

—Formamos un buen equipo, aunque nos separe un océano.

Janie suspiró. Ardía en deseos de abrazarle, y experimentó la repentina necesidad de que alguien acariciara su cuerpo. Oyó ruido de agua al otro lado de la línea.

—¿Te estás afeitando?

—Sí.

—Ojalá pudiera oler tu loción...

—A mí también me gustaría que la olieras.

—Islandia —susurró Janie.

—No puedo esperar —repuso Bruce.

Cuando llamó a Tom por la mañana, después de una noche de dormir muy poco, Janie oyó el mismo ruido de agua, de una navaja sobre la barba incipiente, y se preguntó cómo sería su rutina matutina.

Más tarde, cuando Tom se sentó a la mesa del restaurante donde habían quedado para desayunar, el perfume de su loción para después del afeitado era muy real, y olía de maravilla.

Janie le dedicó una gran sonrisa de bienvenida y trató de ocultar el leve rubor que

había acudido a sus mejillas, espoleado por el aroma del que parecía estar más hambrienta de lo que creía. Piensa en él como en un sacerdote, se dijo. Eso debería bastar para calmar al instante esos impulsos. Respiró hondo.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—Oye, Janie, no me gusta nada cuando empiezas una conversación de esa manera. Muy bien, ¿qué has hecho esta vez?

—Decidí excavar de nuevo, pero no en tierra.

—Bueno, eso me tranquiliza. Al menos...

—Quizá no. Tomé prestados unos datos de Big Dattie.

—¡Janie! ¿Qué coño has...? —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. No estoy seguro de querer saberlo.

—Me pediste que te contara todo lo que...

—Todo lo relacionado con tu solicitud de readmisión.

—Bien, esto guarda cierta relación, al menos de manera indirecta.

—No puedes incluir una información obtenida de forma ilegal en una solicitud de readmisión laboral. Esperaba que todo fuera lícito.

Janie permaneció en silencio, dolida por la reprimenda.

—Si todo lo que hiciera fuera legal, ¿para qué iba a necesitarte?

Tom tomó aire. Janie casi le oyó contar hasta diez. El abogado se enderezó, recobró la compostura y, cuando habló por fin, sus palabras fueron mesuradas.

—Para nada, a menos que te preocupara cómo va el resto de tu vida. Si eres feliz con tu actual situación profesional, no me necesitas. Si te basta el sexo por teléfono, tampoco me necesitas aunque, como ya te he dicho, es probable que obtuvieras mejores resultados de Inmigración con otra persona. Si estás absolutamente segura de que nunca habrá repercusiones por lo que sucedió en Londres... —Hizo una pausa y se esforzó por reprimir su irritación—. ¿Sabes cuál es la pregunta que los abogados jamás formulan a sus clientes?

—Pues no.

—Te lo diré. Es «¿Lo hizo?». Te explicaré porqué: no queremos saberlo. Así, si alguien pregunta: «Señor abogado, ¿su cliente es culpable?», podemos contestar algo así como «Sin comentarios», o «No tengo conocimiento personal»...

—Tom...

—Así pues, si algún miembro de la policía biológica quiere saberlo todo sobre tu pequeña excursión no autorizada a la base de datos, que como sin duda te constará se castiga con una pena bastante severa, prefiero decir con toda sinceridad que no tengo conocimiento personal de ello. —Hizo una pausa y se controló—. No puedo creer que Caroline se aviniera a colaborar.

—Pensó que no era demasiado arriesgado.

—Pues claro que lo es. Todo lo relacionado con esos capullos es peligroso.

Janie esperó a que Tom se calmara.

—Lo siento. Nunca se me ocurrió que debiera ocultártelo. Jamás hemos tenido secretos.

—¿Harry y tú teníais secretos cuando estabais casados?

—Algunos, por supuesto.

—Pues ya está —dijo, como si fuera la última palabra. Por un momento Janie se sintió tentada de recordarle algunos de los secretos que había ocultado a Harry antes de que muriera, experiencias que había compartido con el propio Tom, indiscreciones juveniles agrisadidas, algunas de las cuales habría preferido olvidar, acontecimientos que Tom conocía porque había sido el coprotagonista. Un porro apagado a toda prisa, una botella de cerveza tirada a tiempo; una sesión de súplicas con un poli que había pillado a Janie y Tom en un coche aparcado en una carretera rural desierta, a punto de rematar la jugada, cuando todavía había granjas en la comunidad donde habían crecido juntos y la gente se ofendería si se los encontraba en aquel estado; la humillación de verse obligados a bajar del automóvil, medio desnudos, mientras el poli observaba a la luz de la linterna sus cuerpos jóvenes, hasta avergonzarles por completo; una manta en una playa de Wellfleet invadida por la niebla, donde la única persona en kilómetros a la redonda era un solitario y bastante preocupado practicante de surf, y donde se habían acariciado con placer y reverencia juveniles.

Sin embargo no le pareció buena idea resucitar el pasado.

—Bien, en cualquier caso, ahora lo sabes.

—Sí —dijo Tom con enojo—, y no me gusta. Ándate con cuidado cuando vayas husmeando por ahí, por favor. Nunca sabes quién está mirando.

No estaba muy segura de a qué se refería, pero accedió a su petición.

—Iré con cuidado, te lo prometo.

En cuanto se deshizo de sus obligaciones laborales más acuciantes, Janie abrió un programa de datos del ordenador de la fundación. Pronunció todas las palabras mágicas, y un mapa festoneado con puntos rojos apareció en la pantalla. Cada uno indicaba la ciudad natal de los sujetos de su estudio.

Parpadeó cuando lo miró por primera vez. El mapa mostraba todo Estados Unidos, pero los puntos estaban distribuidos por el noreste, con escasas excepciones. Había un par en la costa Oeste, en Los Ángeles, y unos pocos en la zona de Chicago. Sólo había uno en el Medio Oeste, en St. Paul (Minnesota).

Todas las familias eran urbanas, la mayoría del Este. Casi la totalidad vivía entre la ciudad de Nueva York y el área del oeste de Massachusetts, donde residía Janie.

Los apellidos eran judíos. Ninguno de los padres había padecido los problemas que sus hijos evidenciaban. Daba la impresión de que habían surgido en la generación actual.

Había llegado el momento de hablar con algunos.

El teléfono zumbó en su cinturón e interrumpió su concentración. Contestó enseguida, escuchó unos momentos y después puso su programa en hibernación. El Hombre Mono quería verla.

—Aún espero ese informe sobre los papas católicos —dijo.

—He estado un poco ocupada, Chet.

—¿En qué?

—En el trabajo que debo hacer, ¿qué te piensas?

—Una mera comprobación. No me gustaría que cometieras alguna estupidez.

Janie frunció el entrecejo.

—Chet, todo lo que hago en este trabajo son estupideces.

Malin se sorprendió de que le plantara cara y por un momento quedó sin habla.

—Bien —dijo por fin—, ve con cuidado. Las actividades estúpidas no autorizadas pueden suponerte montones de problemas.

—Procuraré recordarlo.

Carecer de la bendición de su patrón era muy frustrante. Sabía que podía hincar el diente en lo que había descubierto, algo que cada vez le intrigaba más. Decidió ponerse en contacto con las familias con la esperanza de que le aportaran alguna pista. Como todos los buenos médicos, en activo o no, Janie sabía que la mejor forma de empezar a tratar a un paciente era contar con un historial completo. Había numerosas preguntas que una evaluación de los datos no podía contestar.

Eso justificaría una visita a Abraham Prives, aunque tal vez no en opinión de Chet Malin... pero no estaba dispuesta a permitir que la sojuzgara.

Cuando llegó al Jameson Memorial, entró por la ruta habitual, la entrada de urgencias, porque había que recoger análisis de tejidos y era el camino más corto hasta la habitación de Prives. Reinaba una gran actividad, como de costumbre. Había cubículos a ambos lados del pasillo que conducía al edificio principal del hospital, cada uno con su puerta y una cortina opaca. Janie vio críos con cabestrillos, ancianos con goteros, un hombre con aspecto de obrero de la construcción que llevaba la mano envuelta en un vendaje ensangrentado, la clase de pacientes habituales.

De pronto vio a los polis vestidos de verde...

Se detuvo. Había más que de costumbre, observó cuando echó un vistazo al interior del cubículo. Existían motivos para que la gente sufriera convulsiones en el suelo del ala de urgencias, pero los agentes biológicos arrojaban una luz diferente sobre la situación.

Uno de los hombres de verde la vio y corrió la cortina opaca.

Janie recorrió a grandes zancadas el resto del pasillo y sólo se permitió respirar cuando estuvo dentro del ascensor.

Si fuera un caso de DR SAM, la habitación estaría aislada hasta que pudieran derruirla, pensó mientras subía. Oh, por favor, que no sea eso, rezó en silencio.

Cuando salió en la planta de Abraham, se sentó en la sala de espera hasta que logró serenarse. Después caminó hasta la habitación del muchacho.

La señora Prives estaba en el sitio donde la había visto por primera vez, sentada en una silla junto a la cama, hablando con su hijo inconsciente.

—Ojalá pudiera decirle algo más —dijo Janie tras contestar a la retahíla instantánea de preguntas de la mujer—. Aún no he encontrado ninguna subvención, pero no he abandonado la búsqueda. Lleva su tiempo.

—Parece que todo lleva su tiempo.

—Lo sé. Ha de ser difícil para usted. —Hizo una pausa—. ¿Qué le han dicho los médicos?

—Que no pueden hacer gran cosa por Abraham de momento, al menos hasta que baje la hinchazón.

—Es probable que estén en lo cierto. Hasta entonces, no se podrá hacer nada por él. Es la causante de todo. La columna es demasiado grande para el espacio que le corresponde. En el caso de Abraham, ese espacio se ha visto afectado, de modo que hay que esperar.

—¿Para qué ha venido, si no se puede hacer nada? —inquirió la mujer con amargura.

—No he dicho que no se pueda hacer nada, sino que es lo más adecuado en este momento. He venido porque me gustaría hacerle algunas preguntas. Por supuesto, no está obligada a atenderme. Puede pedirme que me vaya, si lo desea.

—No —dijo la madre con voz cansada—. No quiero que se vaya. Perdóneme si he sido maleducada con usted. Últimamente soy maleducada con todo el mundo.

—La entiendo muy bien. —Janie respiró hondo y a continuación hizo un resumen de sus hallazgos, sin revelar el elevado número de víctimas. Después inició su interrogatorio—. He visto en la base de datos que residen en la ciudad desde hace cinco años.

La madre asintió.

—Tengo familia en la zona. El sistema escolar es bueno. Cuando mi marido murió, preferí mudarme.

—¿Dónde vivían?

—En High Falls, Nueva York, un pueblo del valle del Hudson. Mi marido daba clases en Vassar, al otro lado del río. Era un lugar muy bonito.

—Conozco la zona. Hay parajes muy hermosos por allí. ¿Abraham nació allí?

—En realidad nació en Manhattan. Nos trasladamos a High Falls cuando tenía dos años. —Miró a su hijo—. Recuerdo que al principio fue un poco duro. Estaba acostumbrada a tenerlo todo a mano. Cuando me familiaricé con los alrededores, llegó a

gustarme mucho. Me acostumbré a la tranquilidad, Abraham tenía amigos con los que jugar. Durante un tiempo, me pareció un paraíso.

Janie sacó una libreta del bolsillo y escribió «High Falls, Nueva York», en la primera página.

—Durante el tiempo que vivió allí, ¿recuerda algún problema o incidente de carácter ecológico?

La señora Prives arrugó la frente mientras se concentraba.

—No. Tal vez mi marido se hubiera acordado de algo, porque leía los periódicos mucho más que yo y prestaba atención a esa clase de noticias. Yo estaba demasiado ocupada criando a mis hijos para fijarme en lo que sucedía alrededor.

—¿No le viene nada a la mente? ¿Algo acerca del agua o un lugar contaminado?

—Oh, bebíamos agua embotellada, por supuesto, aunque no era necesario, ya que la analizaban con frecuencia. Era muy dura. Recuerdo que debía añadir un producto a nuestra colada para que no destiñera. En cualquier caso, no estaba contaminada.

«Agua dura», escribió Janie, aunque pensó que no tendría mucha importancia. En casi todos los estados de la nación podía encontrarse agua con un alto contenido mineral, y no provocaba fracturas de hueso, antes al contrario, las prevenía.

—He leído en el historial de Abraham que estaba inmunizado por completo. ¿Padeció alguna enfermedad poco común, algo que no aparezca en la base de datos?

—No que yo recuerde. Siempre fue un niño muy sano, por eso cuesta tanto aceptar esto. —Miró a su hijo—. Era muy activo. Le gustaba ir de excursión, nadar y... —Hizo una pausa, y su frente se arrugó mientras se esforzaba por recordar—. Me viene a la mente una cosa —dijo por fin—. Una vez, cuando Abraham estaba de campamentos, fue a nadar a un estanque que contenía una especie de bacteria de los castores, lo que descubrieron más tarde. A todos los muchachos se les inyectó un antibiótico para impedir que sufrieran una infección estomacal. Me acuerdo bien porque me llamaron para pedirme permiso. El chico odia las inyecciones. Sentí la tentación de ir en coche hasta el campamento. Está a este lado de la frontera del estado.

Una pequeña luz se encendió en el cerebro de Janie. Tal vez no sea relevante, se dijo.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Seis años, creo. Sí, seis. Era la primera vez que iba de campamentos. Gracias a Dios que pudo ir, porque hubo que cerrar las instalaciones durante un par de años después de las epidemias. Los propietarios murieron y ningún miembro de la familia quiso responsabilizarse de ellas. Encontraron a alguien pasados un par de veranos.

—¿Abraham volvió?

—Oh, sí. Acudía cada año que podía. Era un campamento religioso para niños que estudiaban hebreo. Nosotros no éramos muy religiosos, en realidad, pero aquel

otoño iba a celebrar su *Bar Mitzvah*^[2]. —Miró de nuevo al chiquillo y suspiró—. Pero me temo que va a retrasarse un poco.

Janie le hizo algunas preguntas más sin importancia, sólo por educación. Tomó unas notas antes de plantear la cuestión que le interesaba.

—A propósito, tal vez decida ponerme en contacto con la gente del campamento, para ver si pueden decirme el antibiótico que utilizaron. ¿Le importa que use su nombre como referencia?

—No, en absoluto, si le sirve de ayuda —contestó la señora Prives—. Se llamaba Camp Meier. Por Golda. Está en una pequeña ciudad muy cerca de la frontera llamada Burning Road.

Se sentó con el libro sobre el regazo y se meció en el aire frío de la noche. Burning Road, pensó casi con incredulidad.

«... y a menudo los cadáveres no encontraban reposo en el suelo, porque no había sitio ni enterradores adecuados, y los que eran abandonados al borde de las calzadas para ser recogidos debían quemarse donde estaban... Algunos días parecía que las propias calzadas ardían».

—Sé cómo te sientes —dijo a su colega, muerto tanto tiempo atrás, el médico de la peste que había escrito aquellas palabras con su elegante caligrafía. También entonces había carreteras en llamas. A donde voy, parece que siempre encuentro una.

A su lado, sobre el columpio, había un periódico. Un pequeño artículo en la segunda página refería tres pequeños brotes de *Staphylococcus aurem mexicalis* resistente a los fármacos. Janie se estremeció mientras leía la noticia sobre aquellos nuevos casos de DR SAM.

Una pesadilla despertó a Janie en plena noche. En el sueño se abría paso entre piras funerarias, y su primer pensamiento fue de alegría, por haber escapado de él. Sin embargo cambió de opinión cuando se dio cuenta de que la había rescatado de un infierno una puerta que se abría a otro... un infierno mucho más cercano y real. Fue el ruido de fragmentos de vidrio que caían como una cascada cristalina sobre el suelo de la cocina. Mientras dedos helados de terror subían por su espina dorsal, buscó instintivamente el interruptor de la luz. Se detuvo al ver que la puerta que daba al pasillo estaba abierta; por eso el estrépito había conseguido despertarla.

Verán la luz, comprendió. Se sentó en la cama, se cubrió con las sábanas hasta el cuello y clavó la vista en la oscuridad durante un terrible momento, con el deseo, proclamado por cada célula de su cuerpo, de poder tender la mano y despertar a alguien.

Más sonidos, mal definidos pero igualmente pavorosos, recorrieron la casa desde la cocina, que no daba a la calle, sino al bosque. Descolgó el auricular del teléfono de la mesita de noche con mano temblorosa y marcó el 911, pero enseguida advirtió que no había línea.

¿Dónde dejé el móvil? En la cocina, conectado al enchufe de la pared para recargarlo, porque había olvidado exponerlo a la luz y la batería se había agotado.

Estaba en una esquina de la encimera, fuera de la vista, porque Janie pensaba que la unidad de carga era fea. No quería verla, y ahora estaba fuera de su alcance.

Se levantó de la cama con suma cautela y caminó de puntillas sobre la alfombra. Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta, mientras murmuraba una oración de agradecimiento al dios de los goznes, porque no habían chirriado cuando empujó la hoja. El tenue camisón se le antojó de lo más inadecuado para el aire nocturno, de modo que se envolvió los hombros con una toalla.

Esperó, temblando, con sólo una puerta de madera cerrada con llave entre el intruso y ella. Aplicó la oreja a la pared que comunicaba con el pasillo y aguzó el oído. Percibió los sonidos inconfundibles de una búsqueda desordenada. Sólo se atrevió a salir del baño cuando no oyó nada durante quince minutos seguidos.

Cuando recuperó el móvil, intentó pronunciar el nombre de Caroline, pero su voz temblaba tanto que el aparato no la reconoció. Tuvo que buscar el número en su agenda y marcarlo. Después llamó a Tom.

Sólo entonces se atrevió a encender la luz de la cocina e inspeccionar el desastre. Cajones vaciados, sillas volcadas, el escritorio registrado a fondo... y, donde había dejado el ordenador portátil antes de acostarse, nada. Se lo habían llevado.

¿Para qué? Son tan baratos ahora...

De pronto comprendió. Contenía información, que había conseguido por medios sólo en parte legales. Por un momento fue presa del pánico, hasta que recordó que sólo podían relacionarla con aquella adquisición mediante un permiso, que entraba dentro de sus maniobras legales. Además, había copiado todos los datos en un disco para llevarlo a su despacho. Ese disco estaba en su bolso, colgado por la fuerza de la costumbre de un gancho en la parte interior de la puerta del ropero, que el ladrón, por algún motivo inextricable, había pasado por alto.

Se dirigió a la sala de estar (más estragos) y posó la vista en la biblioteca.

El diario de Alejandro estaba en su sitio. Corrió hacia él, lo sacó del estante y lo apretó contra su pecho.

Todos llegaron a la vez: Michael, Tom y los coches de policía. La presencia de agentes y amigos no contribuyó en mucho a eliminar la sensación de violación, horrible y nauseabunda, que se apoderó de ella en cuanto comprendió lo que había sucedido. Se sentó en una butaca de la sala de estar, con la toalla todavía alrededor de

la espalda, y se meció con el libro apretado contra su corazón, mientras Tom apoyaba una mano sobre su hombro en un gesto cariñoso.

Al cabo de una hora quedó claro que el autor del asalto estaba familiarizado con las técnicas de investigación, porque no había dejado la menor huella.

—Ojalá pudiera decirte que cogemos a ese hijo de puta, pero lo dudo mucho —reconoció Michael—. Debía de llevar un traje de neopreno. No hay pelos, caspa, ni pisadas, nada. Un fracaso total. Lo único que podría ayudarnos a atraparlo es el botín. ¿Qué has echado en falta?

—Sólo el ordenador. —Janie alzó la vista y reparó en la expresión preocupada de Michael—. Ni siquiera se molestó en entrar en el dormitorio. Gracias a Dios, porque no sé qué habría hecho. Guardo mis joyas en él, aunque no sean las de la corona.

—Lo cierto es que un ladrón habría echado un vistazo al dormitorio —repuso Tom.

—Tampoco se llevó mi vajilla de plata. Era de mi abuela, y está en un estuche de plata, encima del bufete. Debe de valer una fortuna.

Michael suspiró y se sentó en el sofá.

—Entonces, sólo quería el ordenador.

—Y asustarme —dijo Janie—. A base de bien.

Los investigadores de la policía se demoraron un poco más. Cuando las primeras luces del alba se filtraban entre las copas de los árboles, Janie observó que su furgoneta arrancaba del camino particular.

—Caroline dice que has de venir a casa conmigo ahora mismo —explicó Michael—. Quizá quieras coger algunas cosas...

—No, estoy bien. —Janie señaló la ventana—. Ya ha amanecido. Iré a mi despacho de la fundación dentro de un rato, después de ducharme. De todos modos, creo que no podría dormir. Estoy demasiado nerviosa.

—Te prepararé el desayuno —se ofreció Tom— y te acompañaré a la fundación.

Ella le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Eres mi héroe. No sabes cómo te lo agradezco. —Se volvió hacia Michael—. Dile a Caroline que aprecio mucho su invitación y que estoy bien.

Tom se desenvolvió como si estuviera en casa en la gran cocina de Janie y, mientras ésta intentaba en vano borrar con una ducha la sensación de haber sido invadida, preparó una fabulosa tortilla mejicana, con tostadas y ensalada de fruta. Cuando Janie terminó de comer, se sintió casi normal.

Pero no a salvo, ni por asomo. Mientras Tom recogía los platos, fue a la sala de estar y sacó el diario del estante, donde había vuelto a colocarlo antes. Acto seguido se dirigió al ropero del pasillo y extrajo el disco de su bolso. Lo puso entre las páginas del diario y lo introdujo todo en un sobre de papel manila.

—¿Te importaría guardar esto en la caja fuerte de tu despacho?

—Por supuesto que no. ¿Qué...?

—Objetos de suprema importancia personal. Sólo hasta que compre una caja fuerte.

—Te has asustado, ¿verdad?

—Ya lo creo.

Se dirigieron en silencio hasta el centro. Tom conducía, Janie ocupaba el asiento del pasajero. Después de prometer que la llamaría más tarde, Tom le dio un beso en la mejilla y le dedicó una sonrisa de aliento. Mientras subía por los escalones de la entrada principal de la fundación, Janie casi sintió su mirada clavada en ella. Tuvo ganas de dar media vuelta y saludar, pero reprimió el impulso, de una intensidad sorprendente. No se volvió hasta que oyó el zumbido del motor del coche, que se alejó del bordillo. Sabía que Tom ya no tendría la vista clavada en ella, sino en la calle, de modo que podía mirarle sin peligro. Lo hizo, con una creciente sensación de asombro y curiosidad.

¿Por qué le había avisado, cuando Michael era la persona más adecuada para ayudarla?

Me pareció la cosa más natural del mundo, se dijo. Además, era su abogado.

Las puertas del ascensor se abrieron delante de ella, y entró en la cabina revestida de latón reluciente. Cuando llegó a su despacho, se le antojó bastante seguro, en un momento en que la seguridad era la necesidad más acuciante. Se sentó ante el ordenador y dio comienzo a la serie de tareas que inauguraban el día. Comprobó todo lo que había de comprobar y descubrió con gran alivio que no tenía citas. Y sólo debía leer notas ínter, así como los mensajes del correo electrónico. El pequeño cartero, tan entrañable, agitó un puñado de cartas. La primera era de Caroline: *«Llámame si necesitas algo. Hay ordenadores portátiles de oferta en Computer Heaven, si quieres sustituir el tuyo. Te recogeré más tarde si te apetece ir. Michael me ha conseguido mucha gasolina»*.

Otra del mecánico del coche: *«Ya es hora de cambiar el aceite»*.

Una de Bruce: *«Te quiero, te añoro, te llamaré después, adiós»*. No se había enterado de su agitada noche. Lo cierto era que no ardía en deseos de contárselo, pues iniciaría una retahíla inacabable de lamentaciones por no estar a su lado cuando le necesitaba.

Y una más. «No tenga miedo», rezaba. La firmaba Wargirl.

Aueve

Durante toda la mañana, Carlos de Navarra presenció desde una torre elevada del Château de Coucy la procesión de nobles que entraban al patio. Todos habían ido a verle con la esperanza de formar una alianza, porque el caos en que estaba sumida Francia había alcanzado proporciones desastrosas y era necesario ponerle fin. Si bien los nobles que ahora buscaban su liderazgo habían logrado someter a los campesinos que se habían levantado contra ellos en Meaux, el rey de Navarra sabía que el resultado favorable de la contienda no estaba asegurado antes de que se iniciara. Si los insurrectos se hubieran unido bajo un mando capaz, tal vez habrían ganado. La Jacquerie rebelde había estado demasiado cerca de la victoria para que la nobleza francesa respirara con alivio, y todos aquéllos que habían escapado con sus propiedades intactas estaban de acuerdo en que era preciso asestar un golpe final, rápido y definitivo, si querían conservar su derecho a gobernar y cobrar impuestos.

El día era claro y azul, soplabla una brisa ligera y el brillo del sol era tan intenso que Carlos tuvo que hacer sombra con las manos para protegerse los ojos. Mientras contemplaba la propiedad de su anfitrión, sintió envidia, porque bastaba con mirar la exuberante campiña para saber cómo había heredado tanta riqueza el valiente y apuesto barón de Coucy. No obstante, dadas las privaciones y penurias indescriptibles de los *pauvres miserables* que trabajaban en las tierras de Coucy, ¿cómo iban a pagar más impuestos? Hasta Carlos el Malo, el déspota más despreciado de toda Francia, comprendía que era imposible extraer sangre de las piedras.

Aun así, los de su calaña y él lo habían intentado. No podía culpar a los desposeídos por haberse sublevado, ni a la *bourgeoisie* por apoyarles, ni a algunos miembros de su propia clase por su aparente renuencia a aplastarles. Era fácil justificar la rebelión en unos tiempos de tanta zozobra.

Sin embargo, no debía tolerarse, ni ahora ni nunca. Consideraba que su deber sagrado consistía en aferrarse al poder y aniquilar a los insurrectos, para unir a los nobles que habían sobrevivido al terror bajo su férrea autoridad. Era un derecho, tal vez incluso una obligación, que Dios había concedido a su abuelo, el gran Luis. Agradecía el reto, porque el pequeño reino de Navarra no bastaba para satisfacer sus ambiciones y, encajado entre las montañas de los Pirineos, estaba demasiado alejado de los centros de poder y riqueza.

Maldito sea el delfín, pensó mientras continuaba el desfile de nobles, y ojalá su patético padre Valois aumente en peso y estupidez mientras esté cautivo en la corte del idiota de Eduardo. Ojalá Jean de Valois no abandone jamás esa isla húmeda y miserable.

Guillaume Karle contempló el lamentable espectáculo.

—¡No! —exclamó, al tiempo que saltaba del caballo—. ¡Otra vez no!

Kate aferró las riendas con tanta fuerza que los puños se le pusieron blancos. Cerró los ojos y comenzó a rezar con desesperación.

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...

—¡Maldito hijo de puta! —vociferó Karle—. ¡Se propone matarnos a todos! —Cerró el puño y lo agitó en el aire—. ¡Ni el mismísimo Satanás habría imaginado una tortura más cruel!

—... ahora y en la hora de nuestra muerte —concluyó Kate. Se persignó con una mano temblorosa y secó una lágrima que resbalaba por su mejilla. Por último susurró —: Amén.

Ante ellos estaba el cadáver de un campesino esquelético, atado a un árbol con las manos a la espalda y los tobillos sujetos a la base. La cabeza, aún unida al cuerpo por algún milagro, colgaba sobre el pecho, y los ojos, abiertos de par en par, contemplaban sin ver sus propias entrañas, que yacían a unos tres pasos del cuerpo. Un charco de sangre indicaba que habían sido mordisqueadas por algún animal.

—Un lobo ha pasado por aquí —observó Karle, mientras se acercaba al macabro hallazgo—. Cada día son más audaces, porque la gente está débil a causa del hambre. Son tan astutos que la huelen.

O tal vez una comadreja o un zorro. Kate se preguntó durante cuánto tiempo, antes de perder la conciencia, el hombre había visto a los animales del bosque, cuyos ojos brillaban en la oscuridad como ascuas, disputarse sus tripas.

Por fin reunió valor para desmontar, en el momento en que Guillaume Karle daba media vuelta y vomitaba.

—Esto es obra de Navarra —dijo con amargura mientras se limpiaba la boca. Escupió en el suelo—. ¿Cómo puede haber estado en todos estos lugares?

—Tal vez haya sido alguno de sus partidarios.

—Eso significa que les ha enseñado sus trucos más crueles.

Apenas una hora antes habían visto otro ejemplo de la campaña vengativa de Navarra, apoyado contra un barril podrido, con la cabeza cortada depositada sobre el regazo. El día anterior habían sepultado a otros tres, uno crucificado, otro asado vivo, y el tercero con los ojos arrancados y la lengua cercenada. Cada nueva tumba que cavaban con sus lastimosos palos y piedras era menos honda que la anterior, y cada vez se convencían más de que su viaje se vería salpicado por una sucesión de laboriosos entierros. Desataron al hombre del tronco y lo tendieron en tierra. Con la punta de la bota, Karle empujó las entrañas hasta que descansaron sobre el estómago del cadáver. No intentó meterlas dentro.

—¿Por qué han de torturar a esta pobre gente, en el nombre de Dios? —se preguntó Kate—. ¿Por qué no se limitan a matarlos?

—Ésa es una pregunta que tal vez ni siquiera Dios sepa contestar. Navarra ha convertido a sus caballeros en una partida de carniceros. —Karle la miró con expresión cansada—. ¿Enterramos a éste también?

—¿Os quedan fuerzas? A mí no, de eso estoy segura.

—No podemos dejarle aquí —protestó Karle.

—Si sepultamos cada cuerpo mutilado que encontremos, nunca llegaremos a París.

Karle sabía que tenía razón. Se sentó sobre un tronco caído.

—¿Cómo vamos a resistir esto? Parece que no existe la menor esperanza.

Kate guardó silencio y se sentó a su lado.

—Debéis combatir este fuego con el vuestro —dijo.

Karle la miró con cansancio.

—No lo entiendo. Somos velas pequeñas, que se apagan con un leve soplido. En cambio Navarra es una antorcha, difícil de extinguir.

Kate le puso la mano en el hombro con la esperanza de consolarle.

—Lo comprendo, pero lo lógico es combatirle con las mismas armas que él ha utilizado contra vosotros. La mejor forma de responder a un ataque es con otro de naturaleza similar. —Reflexionó unos minutos—. Os diré algo que me explicó *père*.

Karle gruñó.

—No es el momento más adecuado para otro de los cuentos de vuestro *père*.

—Antes de opinar, debéis oírme. ¿Recordáis que me curó de la peste?

—Sí, y aún no estoy seguro de que eso sea cierto.

La expresión de Kate se endureció.

—No deberíais dudarle. Es algo de lo que podéis extraer una gran lección, que os será de provecho si la comprendéis. Me contó que utilizó el polvo de los muertos para sanarme, la piel seca y convertida en polvillo de los que habían perecido de la misma enfermedad que me afectaba. Por eso cogí la mano de aquel niño que murió de la peste, para guardar la piel y secarla. Es un secreto que le transmitió una comadrona muy experta, la misma que ayudó a mi madre a darme a luz.

Karle exhaló un largo suspiro de frustración, y sepultó la cara entre las manos.

—Aunque estoy convencido de que consideraréis estas perlas de la medicina adecuadas a mi situación, aún no comprendo...

Kate atajó sus protestas.

—Pensad, Karle, en la lógica que encierran mis palabras. ¿Hay algo más inteligente que utilizar la peste para combatir la peste? Del mismo modo debéis combatir a Navarra.

—¿Le atacaremos con una enfermedad? —preguntó con sarcasmo el francés.

—No es tan estúpido como pensáis, pero no me refería a eso. —Los ojos de Kate destellaron de entusiasmo y determinación—. Debéis convertirlos para él en el mismo azote que significa para vos. Está organizado, tiene armas, dirige sus fuerzas al modo militar. Debéis hacer lo mismo.

—¡No podemos atacarle de la misma forma! —Debéis intentarlo, en la medida de lo posible, en lugar de dispersaros como ratas ante un ejército de perros.

Karle meditó al respecto durante largo rato. En el silencio, oyó el zumbido de las moscas que volaban alrededor del cadáver. De vez en cuando algunas se posaban para depositar sus huevos en la herida húmeda. Un cuervo llamó a sus congéneres, una invitación al festín que aguardaba.

—Unid a vuestros seguidores —insistió Kate—. Citadlos en un lugar y fecha determinados y pedidles que acudan con todo cuanto pueda servir como armas. Inventad una bandera y alzadla ante ellos. Entonces pensarán que son soldados y empezarán a comportarse como tales.

Jamás se le había ocurrido aquella posibilidad. Eran Jacques, no soldados.

—Esos hombres son simples campesinos, que no saben nada de la milicia.

—¡Pues enseñadles! —replicó la joven—. Hasta los campesinos pueden ser soldados si se les instruye como es debido.

—Pero ¿quién? ¿Cómo?

—No os subestiméis, Karle, ni a los hombres que os seguirán. Vuestro enemigo no esperará tal reacción. Os proporcionará una ventaja de la que jamás habéis disfrutado.

Hasta en Meaux, donde sus fuerzas eran numerosas, habían sido vencidos por su negligencia, pero ¡casi habían triunfado! ¿Habrían conocido la victoria de haber avanzado como un verdadero ejército, en líneas, con jefes, y empleado estrategias militares?

—Tenéis toda la razón —reconoció, mucho más animado. Observó el rostro de la joven en busca de la fuente de tantos conocimientos sorprendentes—. Siendo tan sólo una muchacha, ¿cómo habéis llegado a entender las artes de la guerra?

Kate compuso una expresión de tristeza cínica.

—Cuando era pequeña, los hombres que frecuentaban nuestra casa apenas hablaban de otra cosa. Casi nunca hacían caso de mis interrupciones, porque mis preguntas eran aburridas y no les interesaba en absoluto lo que yo pudiera decir. Mi única alternativa era escuchar mientras conversaban, siempre sobre la guerra, las armas, la estrategia, la vida militar. Tal vez se me contagió algo de todos aquellos conocimientos.

—Eso parece, y por vuestra mediación quizá se me contagie a mí. —Se levantó y se frotó las manos—. Ahora utilizaré mi sabiduría recién adquirida para decir que deberíamos, tal como habéis indicado, llegar a París. Allí hay hombres que me

ayudarán a trazar una estrategia.

Kate no ocultó su alegría.

—¡Por fin! —exclamó.

—Es la opción más sensata. Me habéis convencido de que no puedo hacer nada solo. Debo buscar la ayuda y el consejo de Étienne Marcel.

—¿Quién?

Karle la miró con estupefacción.

—Marcel. ¿Cómo es posible que una *brillante* como vos no haya oído hablar del preboste de París?

Kate se encogió de hombros con expresión divertida.

—*Père* detesta la política. No hablaba de esas cosas cuando me tenía encerrada en la vitrina.

—Entonces yo os hablaré de esos asuntos durante el trayecto. No debéis vivir en la ignorancia.

Enlazó las manos y las tendió hacia Kate, que apoyó el pie en ellas. Karle la izó sobre el caballo y después montó en el suyo.

—Cuando nos reunamos con vuestro *père* en París, le diré que debe daros permiso para que conozcáis mejor el mundo.

Kate miró por última vez al campesino muerto.

—Creo que ya he visto más de lo que deseaba —repuso mientras se alejaban.

Alejandro caminaba por la rue des Rosiers en dirección a la de Vieux du Temple. Examinaba cada portal ante el que pasaba, en busca de las huellas de los *mezuzahs* de bienvenida, las cajitas que contenían un rollo de pergamino con versículos del *Deuteronomio*, que antaño los adornaban. Los habían quitado todos. Sólo vio el tenue perfil de los recipientes, porque habían frotado el hollín o blanqueado la madera, si el propietario podía permitirse semejante lujo. Se preguntó qué habrían pensado las amas de casa judías de París mientras se esforzaban por eliminar las marcas, cuya presencia significaba la condenación para los moradores de la casa. ¿Habrían salido todas a la calle al mismo tiempo, para compartir su sino? ¿O lo habrían hecho de una en una, para padecer en privado su vergüenza? Daba igual, supuso. Las cajitas habían desaparecido. Ningún judío de París quería que se supiera su raza, porque sólo podía traerle desdicha.

Pero si uno sabía buscar, aún se apreciaban las huellas de su presencia. Había descubierto aquel barrio de París muchos años antes, gracias a discretas investigaciones, después de que Kate y él huyeran del holocausto de Estrasburgo, y confiado en que, si era necesario, podría perderse entre la gente que vivía allí, al menos por un tiempo. De vez en cuando olía, oía o presentía algo que le evocaba su pasado. En ocasiones aquellos recuerdos conseguían que su corazón se partiera de

soledad, pero aun así los atesoraba.

Dobló al sur por Vieux du Temple y después se encaminó hacia el este siguiendo el Sena, que le maravilló por su limpieza relativa, en contraste con la deplorable suciedad del Támesis. Recordó su primera impresión del río cuando llegó a Londres: cadáveres que flotaban en las aguas fétidas, el hedor que subía hasta las tablas del alto puente, remeros que llevaban la boca y la nariz tapadas con tela. Los londinenses se dedicaban a sus actividades como si tal cosa, como si no estuvieran viviendo en las orillas de una letrina. En París, se podía cruzar el Sena por muchos puentes sin sentir náuseas, porque sus ciudadanos no toleraban que su hermoso río fuera maltratado.

De todos modos, sólo un hombre desesperado bebería de estas aguas, pensó.

Había poco más que tráfico peatonal en el puente, porque los caballos se cotizaban mucho. Había pagado una elevada cantidad por instalar su montura en un establo situado en las afueras de la ciudad y prometido aún más al mozo de cuadras cuando regresara, más de lo que éste podía esperar ganar si vendía el caballo. Los nobles se habían atrincherado en sus mansiones o escapado de la ciudad, y se veían muy pocos carruajes. Se cruzó con alguna carreta tirada por mulas, pero casi todo el tráfico era peatonal.

Se detuvo cuando llegó a la isla y alzó la vista hacia la catedral de Notre-Dame, que por un momento le aplastó con todo su peso cristiano. La belleza del edificio se imponía al poder que emanaba del lugar, y Alejandro se sintió desgarrado entre su admiración por tal magnificencia y el conocimiento de lo que representaba. Supuso que, a aquellas alturas, ya estaría terminado. Los guardias papales que le habían acompañado en su viaje a través de Francia una década atrás habían hablado de la catedral y lamentado que no tendrían la oportunidad de verla. No obstante, sus descripciones, con una torre acabada y la otra a medias, habían quedado grabadas en su mente. Comparó de un vistazo los dos remates y juzgó que eran muy parecidos. Se preguntó cómo habían encontrado obreros cualificados después de que la peste hubiera devastado al populacho. Lo más probable es que obligaran a trabajar a aquéllos que poseían habilidades conocidas, les gustara o no, conjeturó. Los sacerdotes cristianos tenían un método para persuadir a sus creyentes de que cumplieran la voluntad de Dios. En realidad tenían muchos métodos.

En el interior encontraría sacerdotes, estaba seguro. Aunque otras iglesias se habían quedado sin curas, habría de sobra en la joya de la corona de la cristiandad francesa. No envidió a los feligreses.

Cruzó la amplia plaza, con cuidado de esquivar a las palomas omnipresentes, y se preguntó por un momento por qué no se las habían comido ya. La forma de cada adoquín se grababa en sus pies a través de las suelas blandas de sus botas de piel, y la catedral aumentaba de tamaño a cada paso que daba. Experimentó un escalofrío cuando se cobijó a su sombra y sintió un gran peso sobre sus espaldas, como si las

manos del dios de los cristianos se hubieran apoyado sobre sus hombros. De pronto, las piedras se tornaron frías bajo sus pies, y se detuvo.

El sonido de las voces que cantaban escapaba por la puerta abierta del magnífico edificio. Alejandro permaneció inmóvil y escuchó. Pese a su desconfianza hacia todo lo relacionado con el cristianismo, permitió que los tonos, armoniosos y cautivadores, elevaran su alma. ¿Por qué era su música tan condenadamente hermosa, cuando todo lo demás era condenable, a secas? Su amada Adèle a menudo le había confesado pecados bajo su hechizo, y en una ocasión, mientras esperaba a que terminara, se había sentido embelesado por sus sonidos perturbadores.

Sin embargo ahora no le aguardaba ningún penitente, y no podía permitir que la música le subyugara, porque su mente no estaba libre de momento para zambullirse en aquel lujo sensual. Tenía que descifrar una palabra.

—*Maranatha* —dijo con cautela al primer sacerdote con el que se cruzó—. ¿Qué significa?

El clérigo, un hombre mucho más zafio de lo que esperaba encontrar en una catedral semejante, se limitó a mirarle y siguió caminando. El siguiente sonrió al menos.

—Dios lo sabrá, hijo mío, pero yo no —respondió.

Alejandro agradeció la amabilidad del hombre, pero le decepcionó su falta de conocimientos. El tercero negó con la cabeza y se encogió de hombros.

Tendré que probar suerte en la universidad, pensó con cierta frustración y, aunque la idea de ir allí le exaltaba, había confiado en que no sería necesario, porque le alejaría de la rue des Rosiers más de lo que deseaba. Echó un vistazo al sol. Aún estaba lo bastante alto para permitirse atravesar el Sena. Salió de las sombras de Notre-Dame y cruzó el puente en dirección a la *rive gauche*.

Era asombroso que la cultura todavía sobreviviera en aquellos tiempos, pero apreció signos inconfundibles de que así era. Aunque había muchos menos que en épocas de paz, vio a jóvenes ataviados con las sencillas togas de estudiante. ¡Y algunos hasta llevaban libros! Le habían hablado en susurros de libros llamados *incunabula*, con páginas reproducidas mediante bloques de madera cortados, entintados con grasa y hollín, y después encuadernados, pero tales prodigios, había pensado, sólo existían en Oriente. ¿Era lo que aquellos muchachos cargaban? ¡Qué maravilla si fuera verdad! Estaban sentados a mesas pequeñas o apoyados contra muros de piedra, bebían el vino más barato que vendían las tabernas e intercambiaban opiniones con la certeza perentoria de la juventud impoluta, aunque no entendía cómo podían mantenerse inmunes a la peste, la guerra y la hambruna. De pronto recordó la gloria embriagadora de sus días estudiantiles y lo comprendió todo. Por aquel entonces se había sentido inmortal, inconmovible. No sospechaba lo que se avecinaba.

Pasó ante una hermosa mansión. Se veía tan moderna y nueva entre las casas antiguas que la flanqueaban que se detuvo un momento para admirarla. Quedó impresionado por la solidez de la mampostería, e intrigado por los detalles ornamentales. Vio cristal (¡cristal!) en todas las ventanas. En esa *maison*, sus habitantes disfrutarían de la bendición de la luz sin la molestia del viento.

Después de examinar el edificio, se encaminó hacia la place de la Sorbonne. Al llegar se encontró rodeado por los dulces sonidos del latín, ya que los eruditos de Europa que se congregaban en París sólo podían entenderse en aquel idioma antiguo y eterno. De todas las lenguas que hablaba, era con mucho su favorita, porque fluía de los labios con la dulzura de un beso y se posaba con suavidad sobre el oído del oyente. Gracias a su dominio del latín había logrado aprender el inglés, tan aburrido y difícil, que tomaba prestadas palabras con toda libertad. No entendía por qué ganaba tantos adeptos. Todo el mundo se mostraba de acuerdo en que era muy poco adecuado para un uso culto; era demasiado feo. Kate lo hablaba bastante bien, pero a veces contaminaba su francés, y él le había advertido a menudo sobre su nefasta influencia.

¿Habría una palabra o una frase en inglés que significara lo mismo que la misteriosa *Maranatha*? Era improbable. La falta de profundidad será la causa de que caiga en desuso, reflexionó; algo que nunca le sucedería al latín.

Pasó ante un grupo de alumnos togados y caminó más despacio. Los observó y, no muy lejos de allí, vio a dos soldados que parecían aburridos y fuera de lugar. Alejandro pensó que ni siquiera entenderían lo que decían los estudiantes. De hecho tampoco les importaría.

¿Por qué no les pregunto? No correría peligro si les hablaba en latín. Pensarían que era uno de los suyos, pese a su pobre indumentaria, tal vez un profesor itinerante. Después, una vez desentrañado el misterio, regresaría a la rue des Rosiers y se encerraría en su escondite para esperar a Kate.

Se acercó a ellos. Pidió disculpas por la interrupción y deseó a todos buena salud. Si bien le recibieron con cortesía, notó que lo observaban atentamente. Sintió su curiosidad como la punta de cuchillos afilados que exploraban sus partes más íntimas. Pero ya que estoy aquí, pensó para ahuyentar su inquietud, voy a preguntar.

—*Maranatha*. —Pronunció cada sílaba con esmero y a continuación añadió en latín—: He encontrado esta palabra en un manuscrito e ignoro su significado. Esperaba que alguno de vosotros me iluminara.

Ante su sorpresa, le contestaron en francés y, antes de que viera la cara de su interlocutor, reconoció la voz.

—*Il veut diré: «venez, mon dieu»* —respondió Guy de Chauliac—, es decir, «venid, Señor». Es arameo. Tuve que aprenderlo cuando estudiaba. *Bienvenu a Paris*, colega. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

A Guy de Chauillac le bastó con chasquear los dedos y señalar con la cabeza a Alejandro para que los dos soldados aburridos, a todas luces los guardias personales del dignatario francés, se abalanzaran sobre el médico. Le agarraron por detrás y, aunque se revolvió como una fiera, no era rival para dos hombres fuertes, de manera que le redujeron al instante. De todos modos, continuó debatiéndose, ante lo cual el elegante De Chauillac reaccionó con una expresión de desagrado y un gesto. Como resultado, el médico judío recibió un fuerte golpe en la nuca y cayó a cuatro patas, al tiempo que soltaba su preciosa bolsa. La cogió e intentó escapar entre las piernas de sus captores, que lograron cogerle de la camisa y volvieron a atizarle.

Después los dos colosos le llevaron a rastras por las calles, precedidos por De Chauillac, que caminaba con aire majestuoso, cargado con las pertenencias de Alejandro. Mientras le arrastraban entre los montones de excrementos de caballo y sobre los duros adoquines, como si fuera un delincuente, los transeúntes se apartaban para dejar paso y le miraban. No era de extrañar: protestaba a voz en grito como un poseso, sangraba a causa de los puñetazos y olía a mil demonios. Su vergüenza sólo era superada por su ira.

De Chauillac le miró desde lo alto de un tramo de escalera cuando los dos rufianes lo arrojaron al interior de una húmeda cripta. Quedó tendido sobre el frío suelo, aturdido por la caída y el repentino giro de su suerte.

Recuperó el aliento poco a poco y se apoyó sobre los codos para pasear la vista en derredor. Su visión era borrosa y le dolía la cabeza a consecuencia de los golpes, pero pronto se sintió mejor. Agradeció los haces de luz que entraban por una estrecha ventana situada cerca del techo. La mazmorra en que le habían encerrado antes de partir de España, una década antes, carecía de toda iluminación. Reparó en un largo rectángulo de piedra, adornado con una sencilla cruz sobre la tapa. Una cripta; de modo que estoy enterrado. Después de pedir disculpas en silencio al inquilino del sepulcro, se aferró a un borde y trató de incorporarse, pero descubrió atribulado que uno de los tobillos no colaboraba. Se sentó, se encogió de dolor y palpó la articulación paralizada. La presionó con los dedos y, con gran alivio, llegó a la conclusión de que no estaba rota. De todos modos, comenzaba a hincharse y era preciso vendarla.

Se quitó la camisa, y se disponía a rasgar una manga para utilizarla a modo de venda, cuando la puerta se abrió al final de la escalera. Miró hacia arriba y vio las siluetas de sus captores, que bajaban. Se puso la camisa a toda prisa y, segundos después, le cogieron por los codos y le levantaron en volandas.

Cruzó la cripta cojeando y subió por un tramo diferente de peldaños. Cuando salió de nuevo a la luz del día, se encontró en el patio de la hermosa mansión que se había parado a admirar un rato antes. Se preguntó por qué no había sentido un

escalofrío al pasar por delante, teniendo en cuenta quién era su ocupante.

El noble *hôtelier* le esperaba en una amplia sala revestida en madera, de muebles elegantes y colgaduras muy trabajadas. Depositaron con rudeza a Alejandro sobre una alfombra preciosa, delante del médico patricio, que estaba sentado en una silla de respaldo alto y le miraba con visible malevolencia al tiempo que exigía en silencio la narración de lo ocurrido en toda una década.

No creerá mis vicisitudes. Pensará que estoy loco.

Alejandro observó la sala y le asombró los numerosos libros que contenía. Examinó los estantes e intentó calcular la cifra. Debería de haber cientos de volúmenes, y si bien había oído relatos increíbles sobre una biblioteca de Córdoba, con más tomos de los que un hombre podía contar en una semana, no veía tantos atesorados en un solo lugar desde que estudiaba en la Universidad de Montpellier. La biblioteca del rey Eduardo en el castillo de Windsor no era ni la mitad de grande.

—Está claro que os sorprende el contenido de mis estanterías, médico —observó De Chauliac—. No me extraña. Aquí hay muchos volúmenes valiosos. Los he reunido con grandes dificultades.

Alejandro se limitó a mirarle. No tenía ni idea de lo que debía decir. Sonrió con ironía.

—Mis saludos, monsieur de... ¡Ay, perdón! Quería decir doctor De Chauliac... Ha pasado mucho tiempo, en verdad. Los dos somos ahora más viejos, pero debo reconocer que habéis envejecido bien, y da la impresión de que gozáis de una salud espléndida.

—*Mera*, doctor Canches. Recuerdo, del breve período en que estudiasteis conmigo, que poseíais excelentes dotes de observación.

Era lógico que De Chauliac hubiera averiguado su verdadero nombre. Los soldados españoles se lo habrían dicho cuando llegaron a Aviñón para detenerle y descubrieron que ya había huido.

—¿Cómo se encuentra vuestro patrón, Su Santidad el papa Clemente?

Ah, sois muy amable por preguntarlo, pero debéis de haber vivido en una cueva, supuso que contestaría De Chauliac. En cambio el francés respondió:

—Lamento deciros que mi santo patrón cayó fulminado por un rayo después de enviaros a Inglaterra. No pude salvarle por más que lo intenté. La fuerza del impacto hizo hervir su sangre. Fue un, digamos, accidente desafortunado y bastante desagradable.

Una ironía demasiado risible para creerla, pensó Alejandro.

—Qué tragedia... Sobre todo, después de que cuidarais tan bien de su salud.

Alejandro no pudo por menos de sentir cierta admiración por el antiguo médico del difunto papa. Pese al daño que le habían ocasionado De Chauliac y el papa Clemente al enviarle a Inglaterra, había aprendido mucho en el corto tiempo que

había estudiado con ese maestro.

«Debéis utilizar todas vuestras habilidades para aislar a vuestros pacientes del contagio —le había recomendado De Chauillac cuando preparaba el viaje—, pues creo que se transmite por el aire de una víctima a otra y no podemos verlo. Dios ha querido que el vehículo de la peste sólo sea visible para él, de momento. Sólo podemos imaginarlo, pero existe, tan seguro como los siete días de la Creación. Existe, y un día, Dios mediante, conseguiremos verlo».

Como las minúsculas bestias que vivían en el agua, De Chauillac había sospechado la presencia de diminutas bestias en el aire.

—Eran ratas —barbotó el judío.

De Chauillac enarcó una ceja y se inclinó.

—*Par don.*

—Ratas —repitió Alejandro.

Los ojos azules de De Chauillac desviaron la vista al instante.

—Os aseguro que aquí no hay ratas. Tal vez en la cocina, pero está muy lejos, en el sótano. —Su voz adoptó un tono ofendido, que sorprendió a su interlocutor—. Pensaba que mi colección os impresionaría más.

—¡No! —dijo Alejandro—. Quiero decir, sí. Vuestra biblioteca es... —vaciló, mientras buscaba la palabra precisa—. ¡Magnífica! No veía una igual desde hacía mucho tiempo.

El francés esbozó una sonrisa de satisfacción. Sin embargo, de pronto su frente se arrugó de incertidumbre.

—¿Por qué habláis de ratas, pues?

—¡El contagio! —contestó Alejandro—. La peste. La transmiten las ratas, estoy seguro.

De Chauillac le miró un momento y lanzó una serie de risitas, que al final se convirtieron en una estentórea carcajada burlona. Se aferró los costados.

—¡Estoy seguro! —repitió Alejandro, casi a voz en grito, y las carcajadas cesaron.

De Chauillac se puso en pie, avanzó hasta situarse a escasos centímetros de Alejandro y susurró:

—Mientras seáis un invitado de esta casa, monsieur, no alcéis la voz. Creo que no es forma de comportarse.

El médico judío permaneció en silencio. Al oír la palabra «invitado» recordó que era un prisionero en aquella biblioteca hasta que De Chauillac le devolviera a la cripta y decidió que no volvería a alzar la voz.

—Mis disculpas, monsieur —dijo con adecuada contrición—. No era mi intención molestaros. Fue la ansiedad por compartir con vos este conocimiento lo que me impulsó a gritar.

De Chauliac lo miraba de hito en hito, y Alejandro percibió en sus ojos algo que no pudo discernir. ¿Era...? No, imposible. Por un brevísimo instante había creído distinguir algo cercano a la tristeza en ellos, como si el francés se sintiera... traicionado.

Su anfitrión giró sobre sus talones de repente y cogió una pila de ropas limpias de una mesa cercana.

—Tened —dijo, y arrojó las prendas a Alejandro—. Ya hablaremos más tarde de vuestra disparatada teoría, durante la cena. —Señaló con un dedo los pantalones sucios de Alejandro—. Pero antes, lavaos. Apestáis.

Salió con porte majestuoso de la sala y dejó solo a Alejandro con sus guardias y una fortuna en libros. El médico no tuvo ocasión de disfrutar de los volúmenes, pues los dos hombres se apresuraron a conducirlo, a través de una serie de largos salones y pasadizos tortuosos, a una pequeña habitación situada en el último piso de la mansión, que parecía albergar un número casi infinito de estancias. Se esforzó por memorizar la ruta pero, cuando cerraron la sólida puerta de madera a su espalda, comprendió que escapar sería imposible. Había una ventana acristalada lo bastante ancha para que su cuerpo pasara, pero cuando la abrió y miró hacia abajo la altura se le antojó vertiginosa, excesiva para sobrevivir a un salto sin protección. Había mucho tráfico en la calle, y si no se rompía las dos piernas le capturarían al instante y después ¿qué?

No. Esperaría y trataría de reunir información antes de tomar una decisión.

Desde la ventana apenas se divisaba el río. Al otro lado aguardaba la relativa seguridad de la rue des Rosiers, en el Marais. ¿Habría llegado ya Kate, le esperaría en vano? En ese caso, el único culpable era él. Había sentido curiosidad por una extraña palabra, cuyo significado, cuando al fin lo descubrió, parecía insignificante comparado con el daño que le había causado. «Maldito sea el que...». Se estremeció al recordar la frase del manuscrito. Por lo visto, el tal Abraham también era profeta.

Dios maldiga mi curiosidad, pensó desalentado, porque siempre me perjudica. De no haber sentido curiosidad por las causas de la muerte de Carlos Alderón, no habría diseccionado el cadáver, lo que le obligó a huir de España. De no haber sentido curiosidad por una práctica médica que se realizaba en Aviñón, no habría sido reclutado por De Chauliac, a la sazón agente del astuto y manipulador papa Clemente VI, y enviado a Inglaterra para conservar la salud de la familia real. Y una vez en ese país, de no haber investigado una cura contra la peste que una comadrona inglesa afirmaba haber descubierto, no habría tenido que escapar a Francia.

Sin embargo, si hubiera obrado de otro modo, Kate no habría sobrevivido. Ni yo.

A la vista de esa conclusión, no había mal que por bien no viniera. Se sentó en una silla pequeña e intentó serenarse. En ese estado de relativa calma, los olores que impregnaban su cuerpo se revelaron. Había una jarra de agua sobre una mesita, y un

pañó al lado. Siguió los consejos de De Chauliac y se lavó, luego se puso la ropa limpia que le había entregado, mientras analizaba los acontecimientos del día, sobre todo la conversación con el francés. Pese a su desdicha, cayó en la cuenta con una inesperada pero bienvenida punzada de placer de que, por primera vez en muchos días, había dirigido su discurso a otra persona que no fuera él: a los sacerdotes, después a los estudiantes y, por fin, a su antiguo profesor. Algo que había dicho De Chauliac, descubrió, estaba hincado en su mente. Por más que se esforzaba, no salía. ¿Algo referente a diminutos animales en el aire? Le torturaba, y sabía que debía arrancarlo para someterlo a examen.

Porque pese a su comprometida situación, volvía a sentir curiosidad.

Diez

Janie entró en el ordenador Camp Meier. Sentía curiosidad y pensaba que la búsqueda la conduciría a algún sitio donde aguardaran algunas respuestas.

La primera página web era un folleto publicitario para las familias de los posibles excursionistas. Revisó cada página con atención, visitó todos los enlaces, volvió atrás cuando era necesario. Había hermosas fotos de parajes idílicos, del interior de las cabañas, cuya limpieza era exagerada, porque no había telarañas, tábanos ni toallas mojadas abandonadas sobre catres sin hacer. A los padres les gustaría tal pulcritud, pero sus hijos adivinarían la verdad. Había menús detallados de las comidas que se servían, seguidos por entusiastas comentarios del director y los supervisores. Monitores de aspecto saludable, con camisetas azul Israel y pantalones cortos caqui, sonreían desde una foto de grupo, en la que todos los participantes estaban cogidos del brazo. También había instantáneas de jóvenes con la cara limpia y un bronceado envidiable, ni un descosido en la ropa. Todos felices y contentos.

En el segundo sitio, Camp Meier figuraba entre los primeros lugares de una larga lista alfabética de campos de verano en que se enseñaba el hebreo, y estaba enlazado con el sitio que acababa de visitar. El tercero contenía un directorio de todos los campamentos del estado de Nueva York, de modo que pasó rápidamente de largo.

El último era mucho más interesante. Se trataba de la página principal de un niño de catorce años que, de entre otras actividades que le habían gustado, hablaba de Camp Meier. Quería ponerse en contacto con otros alumnos del campamento. En la página principal del sitio figuraba la fotografía del chaval, que sonreía desde su silla de ruedas.

Janie la marcó, imprimió y guardó en su bolso.

La señora Prives seguía sentada junto a la cama de su hijo, vestida con la misma indumentaria de aspecto usado que Janie había visto cada vez que había visitado la habitación. Se preguntó si la pobre mujer había abandonado su puesto de vigilancia para algo más que ir al cuarto de baño, o si tenía a alguien (amigos, familiares, vecinos) que pudieran llevarle ropa limpia de casa. Si no, decidió Janie, se ofrecería voluntaria.

Estaba a punto de saludarla y proponerle su oferta, cuando la señora Prives se volvió hacia ella. Janie quedó sorprendida por el cambio de expresión en su cara.

—Su estado ha mejorado —anunció la mujer con nerviosismo—. Se despierta de vez en cuando.

Su sonrisa era tan esperanzada como patética.

Janie permaneció unos segundos en silencio. Un cambio en el estado de conciencia del pequeño, si bien era un signo positivo, no significaba gran cosa en cuanto a la lesión de la médula espinal, pero calló sus reparos y procuró que su sonrisa pareciera sincera.

—Es maravilloso —susurró.

Volvió a la puerta y se asomó al pasillo. Como no había nadie a la vista, la cerró. Después regresó junto a la cama y, con una mirada, pidió permiso para examinar a Abraham. La madre asintió, casi con impaciencia.

Realizó un veloz examen, en busca de la mínima indicación de que su estado hubiera mejorado de verdad, pero seguía como de costumbre, por lo que pudo deducir. A continuación extrajo algunas células cutáneas del brazo y las depositó en una bolsa de plástico, que cerró con cuidado. Echó un vistazo al historial electrónico sujeto al pie de la cama con dolorosa frustración, porque su chip de identificación no se encontraba entre los que activaban la pantalla. Aunque la señora Prives le diera su consentimiento para consultarlo, no lograría convencer a los administradores del hospital, debido a que carecía de autorización oficial, y Chet no colaboraría; en todo caso, le pondría la zancadilla.

Lo dejó correr, porque dudaba de que el historial electrónico le revelara algo más de lo que ya sabía. Tampoco podía decirle a aquella madre esperanzada que recobrar la conciencia no sería el desafío más difícil de Abraham. Está paralítico, pensó, y si recobra la conciencia, no tardará en darse cuenta. De todos modos, el hecho de que despertara representaba una evidente alegría para la madre, cuya vigilancia merecía una recompensa, aunque fuera por poco tiempo.

Janie calló sus opiniones y cambió de tema.

—Ese campamento al que Abraham fue, donde le administraron la inyección por esa cuestión de los castores... Me gustaría saber algo más, si no le importa.

—¿Por qué?

—Por lo que me ha contado, tal vez estuvo expuesto a algo llamado *giardia*. Es una enfermedad causada por un parásito y se propaga por contacto con cualquier manantial de agua donde vivan las esporas. A veces, los síntomas son difíciles de detectar —mintió—, pero pueden producirse... —añadió mientras lanzaba una mirada significativa hacia Abraham— secuelas; años después, en ocasiones.

La sonrisa de la señora Prives se desvaneció.

—Oh, cielos, no tenía ni idea... Nadie me dijo nada entonces.

—Bien, no es algo muy sabido y, si quiere que le sea sincera, no prestábamos mucha atención a enfermedades como la *giardia* durante la peor época de la plaga. El DR SAM absorbía todos nuestros esfuerzos. Tal vez guarde usted informes de aquella época.

—No guardé nada. La última vez que nos mudamos, tiré todo lo que no era

absolutamente imprescindible. —Sonrió—. Al cabo de un tiempo, una se cansa de cargar con todo y, después de las epidemias, bien, todos aquellos papeles me parecieron carentes de importancia.

—Claro —asintió Janie.

—En todo caso, no recuerdo haber visto nada parecido a eso cuando hicimos la última limpieza.

—¿Le importaría que me pusiera en contacto con el campamento y pidiera los registros de Abraham?

—No, en absoluto. —La señora Prives hizo una pausa, con expresión pensativa y preocupada. Después miró a Janie a los ojos—. ¿No pensará...? —No pudo terminar la pregunta.

¿Que su estancia en el campamento está relacionada con su actual situación? Seguro que sí, pero aún no sé de qué modo. Una vez más, Janie mintió.

—Lo dudo. No quiero hacer conjeturas, pero creo que vale la pena investigarlo. Necesitaré una carta de autorización. —Sacó del bolso una hoja de papel y una pluma—. He traído una, por si...

La señora Prives cogió el escrito y la pluma y lo firmó sin leerlo.

—Cualquier cosa que pueda ayudarla. —Le devolvió la carta con expresión de amargura—. ¿Ha tenido alguna noticia... de la subvención?

—No. Lo siento mucho. Sigo en ello, de todos modos. No desistiré hasta que agote todas las posibilidades. Ni siquiera hemos llegado a ese punto aún.

—Bien. Le doy las gracias por su perseverancia.

—Confiemos en que sirva de algo. —Hizo una pausa—. ¿Qué le han dicho sobre el hecho de que Abraham despertara?

—Nada.

Janie le dirigió una mirada que daba a entender: Entonces ¿cómo...?

—Soy su madre, doctora Crowe. Una madre conoce a su hijo.

Janie no pudo llevarle la contraria.

Estaba nerviosa por la falta de sueño, confusa por los acontecimientos de la noche, y tendría que haber vuelto a casa para comer y echar una siesta, de modo que cuando se despertara su mente se pusiera en funcionamiento y fuera capaz de deducir algo del demencial torbellino que, de pronto, parecía envolverla.

Por favor, déjame ir a dormir y, cuando abra los ojos, que sea Navidad, con todos estos problemas solucionados. Un inoportuno villancico navideño cruzó su mente, con una letra desconocida...

Empiezo a sentir lo mismo que en Londres.

Se le hizo un nudo en el estómago. No, por favor. Como en Londres no. Cualquier cosa, excepto como en Londres...

... con sus cibermédicos y policías biológicos y la gente sonriente que te denunciaba por estornudar sin taparte la boca con un pañuelo, pero sólo después de una cortés invitación a tomar el té. Todo le había parecido muy civilizado y educado al principio, a su llegada, pero cuando logró escapar tuvo ganas de gritar: No hay nada como la patria, no hay nada como la patria...

Ahora ni siquiera la noción de patria conservaba su atractivo habitual, por motivos evidentes. Obedeció a su mente privada de sueño y se acercó al restaurante más cercano para darse un chute de cafeína y, tal vez, comer algo.

En un día normal se habría sentado a la mesa del rincón más apartado, abierto el ordenador portátil y procedido a devorar su bocadillo mientras leía la información local en Internet. Pasaría de las noticias internacionales a las nacionales, luego a las científicas, después a las deportivas y, si tenía tiempo, echaría un vistazo, con cierta sensación de culpabilidad, al sitio de la revista *People*. Era una actividad cotidiana y predecible, interrumpida por su repentina y penosa carencia de ordenador.

Cada vez que John Sandhaus había denunciado el poder excesivo de la informática y predicho la rebelión de los tecno explotados, a los que calificaba de «nuevos bolcheviques», cada vez que había arrojado algo contra su propio ordenador y rezado por el derrocamiento de las gigantescas bases de datos que parecían saberlo todo sobre todo el mundo, Janie agitaba un dedo ante su cara y decía: «Muérdete la lengua, neandertal. ¿Cómo viviríamos sin ordenadores?».

Respondió a su pregunta con la compra de un periódico.

La triste verdad era que la máquina de «periódicos» no era más que una terminal de Internet preparada para imprimir y, encima, le permitía pagar con su sensor de identificación. Apoyó la mano sobre el receptor de créditos, oprimió un botón, retrocedió y miró mientras imprimía un ejemplar del diario local, que se actualizaba cada hora. Sabía que algunas de las máquinas más recientes incluso los doblaban.

Ésta no. Lo dobló con las manos y disfrutó de los familiares crujidos del papel. Cogió un bocadillo y un café en el mostrador y se abrió paso entre el paisaje de mesas hasta encontrar una lo bastante apartada. Se sentó y de repente se sintió vieja y cansada.

Dejó el diario sobre la mesa, con la mitad superior a la vista, y leyó el titular impreso en negritas:

LAS AUTORIDADES SANITARIAS TEMEN UN NUEVO BROTE EPIDÉMICO.

Se quedó sin respiración. Era el segundo artículo de tales características que veía en un par de días. Sin embargo, el DR SAM ya había pasado a formar parte de sus vidas y no merecía tanta propaganda. La prensa nacional sólo lo mencionaba cuando el brote era repentino y mortífero.

Dejó la taza de café sobre el platillo. Tiene que ser grave.

«Los responsables de la única escuela elemental de la ciudad se vieron obligados a clausurar el edificio hasta nuevo aviso».

Oh, no, los niños no, no más niños, por favor.

Estaba a dos mil quinientos kilómetros de distancia, pero la víctima de la que Caroline le había hablado vivía a menos de treinta. Los kilómetros podían ser muy cortos para la epidemia, según el transporte en que viajara.

Habrà alguna buena noticia en este libelo, pensó con amargura. Dio la vuelta al periódico y leyó el siguiente titular.

POPULAR ENTRENADOR MUERE EN ACCIDENTE DE BICICLETA.

A continuación el subtítulo, en minúsculas, rezaba: *«Las autoridades universitarias exigen una investigación del accidente inexplicado».*

Había una fotografía. Tal vez era de dos o tres años atrás: no había perilla, y el cabello era más largo, pero no cabía duda de que era el hombre al que Caroline había incitado a abandonar su terminal de ordenador unas noches antes.

La descarga de adrenalina fue casi abrumadora. Aunque en su estómago ya no quedaba nada del desayuno que Tom le había preparado por la mañana, por un momento pareció que quería arrojar hasta su recuerdo. Le entraron náuseas, y una capa de sudor frío y viscoso cubrió su piel. El periódico resbaló de sus manos y cayó al suelo ruidosamente.

La gente que la rodeaba la miró un momento, y Janie se enfrentó a aquellos ojos curiosos con una expresión casi amenazadora, que daba a entender: No es problema vuestro. Cuando se sintió liberada de aquella vigilancia, cerró los párpados y apoyó la frente en una mano. Se obligó a recoger el diario y leer el artículo en cuestión, aunque le aterrorizaba lo que el texto podía revelar.

«... un ciclista experimentado que jamás había sufrido un accidente... camino de casa desde el trabajo por el carril bici... su ruta acostumbrada... tramo desierto... ninguna explicación clara de por qué fue a parar a la cuneta... el casco le salvó de lesiones en la cabeza, pero se rompió el cuello, y murió en el acto».

Janie sacó el teléfono móvil del bolso. Pronunció el nombre de Caroline y por fortuna el aparato reconoció su voz temblorosa. Su amiga descolgó después de dos timbrados.

—Debemos contárselo a Michael —dijo Caroline en cuanto se enteró de la noticia.

—Lo sé —repuso Janie, aunque temía la reacción del policía.

No quiso ir a la comisaría, sino que insistió en reunirse con él en la plaza, donde

nadie pudiera oírles.

—Santo Dios —dijo Michael cuando leyó el artículo—. No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender? El tío ha muerto, así, de repente. Estuvimos con él hace sólo unos días.

—No puede ser más que una coincidencia —repuso Michael, mientras intentaba, con escaso éxito, volver a doblar el periódico.

—Por favor, Michael. Eres policía. Sabes que estas cosas nunca son una coincidencia. Alguien entra en mi casa por la fuerza y no se lleva nada, excepto mi ordenador, que contiene algo interesante, datos robados. Después, ese tío, que estaba relacionado con la adquisición de esos datos...

—Él no lo sabía, de modo que no se lo pudo decir a nadie.

—No hizo falta. La identificación de la terminal del cyberbar era suya. Me preocupaba que alguien sospechara de él, en el caso de que se descubriera la intrusión, pero también me preocupaba una investigación oficial. Jamás se me ocurrió pensar que algo así fuera a suceder... y fuimos muy cuidadosas, para que nadie se las cargara. Sólo quería conseguir esos datos, y ahora... Oh, Dios.

—Janie, siempre suceden accidentes de bicicleta, con víctimas mortales, y la causa suele ser fractura de cuello.

—Michael, ¿para qué has venido? —preguntó Janie con brusquedad.

Michael quedó perplejo.

—Porque me has llamado. Me pediste una cita.

—No, quiero decir ¿qué haces en este país?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Yo te lo diré: has venido porque, cuando la gente empezó a morir de la peste en Londres y el ADN de Caroline apareció bajo las uñas de los dedos de una víctima, no creíste que fuera una coincidencia.

El policía la miró.

—Porque casi como todo el mundo con un gramo de cerebro crees que las verdaderas coincidencias no abundan. De todos modos aún no te lo he contado todo. Esta mañana recibí un mensaje electrónico muy extraño, sin remitente. Ya me habían mandado otro firmado con el mismo mote: Wargirl. El primero rezaba tan sólo: «Hola, ¿quién es usted?», y pensé que lo habían transmitido al azar, o que se trataba de un niño que jugaba con las teclas del ordenador. En el último se leía: «No tenga miedo». —Hizo una pausa—. Llegó en un momento en que estaba asustada, al parecer con buenos motivos. Dudo de que sea una casualidad.

Michael no abonó su hipótesis, pero tampoco contaba con argumentos para refutarla.

—Puedo hablar con los que se encargan de la investigación y preguntarles qué opinan. Las cosas no siempre suceden como las cuenta el periódico.

Janie le miró con cinismo.

—No. Ahora sí me has jodido. Acabas de destrozar mi fe en los medios.

—Lo siento, cariño. Estoy un poco confuso. Me has pillado por sorpresa.

Tendría que haberla abochornado a gritos. Pese a que le había robado su aparato, Michael se comportaba como un caballero.

—Lo lamento, Michael —dijo Janie de todo corazón—. Sé que fue...

—Olvídalo. Supongo que yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Bien, en cuanto a ese mensaje... ¿cuál era el mote? Intentaré averiguar algo.

—Wargirl —respondió Janie con alivio.

Cuando entró en la zona de recepción del bufete de Tom aquella tarde, las arrugas de su frente eran tan visibles que la secretaria le preguntó si se encontraba bien. Janie contestó que sí, aunque no era cierto, y le dio una explicación vulgar.

—No he dormido muy bien esta noche, eso es todo.

Como la secretaria conocía los detalles básicos de las circunstancias legales de Janie, asintió en señal de solidaridad.

—Oh, lo siento. Debe de estar pasándolo muy mal, pero la situación mejorará pronto, estoy segura. El señor Macalester está volcado en su caso.

Casos, pensó Janie, pues todo apunta a que puede haber otro.

—Lo sé. Tengo una fe ciega en él. Escuche, no he concertado cita, pero no necesito más de un par de minutos. Entregué algo a Tom para que lo guardara en la caja fuerte. Quería recuperarlo, si es posible, por favor.

—¿Por qué no se sienta? Voy a ver si está muy ocupado.

Janie estaba muy tensa, y habría preferido pasear para quemar un poco de energía, pero obedeció. La butaca era tan mullida y cómoda que cuando Tom salió de su despacho unos minutos después, Janie estaba medio dormida. Para despertarla, apoyó con suavidad una mano sobre su brazo.

—Eh, dormilona.

Janie se incorporó al instante. Se frotó los ojos y se atusó el pelo.

—Vaya. Tendría que haberlo imaginado.

—No te preocupes. —Tom sonrió con afecto y le dio una palmada en el hombro—. Hasta Superwoman necesita dormir de vez en cuando. Momea dijo que querías recuperar tus cosas.

—Sí, pero sólo una. Puse dos objetos en ese sobre. Me gustaría dejar uno aquí, aunque es probable que vuelva a buscarlo muy pronto. Antes he de arreglar unos asuntos.

—Muy bien. Entra en el sanctasanctórum.

Janie se levantó y siguió a su abogado. Había estado en la oficina muchas veces y la conocía como la palma de su mano. Además, era mucho más acogedora, y tan

espartana como el propio Tom: nada ajeno a la profesión, nada que careciera de significado o función. Los muebles eran caros, escogidos con mucho gusto, pero en absoluto ostentosos, una prueba del éxito de Tom en su trabajo, discreto pero siempre brillante.

Tom se dirigió a un armario de madera que había detrás de su escritorio y lo abrió con una llave de latón. Janie vio una caja fuerte gris empotrada en la armazón de madera.

—Date la vuelta —ordenó el abogado—, de lo contrario alguien podría torturarte para averiguar la combinación.

—Eso sí me despertaría...

Tom rio, apretó una serie de botones en el panel, y la puerta exterior se abrió. Hizo lo mismo con la puerta interior.

—Menuda caja fuerte —observó Janie, que escuchaba de espaldas—. ¿Qué guardas ahí? ¿Secretos militares?

—Sólo los tuyos. Ninguno de mis clientes es la mitad de interesante que tú. —Buscó en el interior y sacó el sobre que Janie le había dado. Después se lo entregó—. Te ofrezco una taza de café, si te apetece. Tal vez te despeje.

Como si no le hubiera oído, Janie cogió el sobre y lo sostuvo frente a sí, mientras palpaba su contenido. Lo colocó sobre su regazo y extrajo el diario, que a continuación abrió con suma reverencia. Tom quedó fascinado al ver que sacaba un disco informático del siglo XXI de entre las páginas de un libro del siglo XIV.

—¿Debo adivinar cuál de los dos objetos vas a llevarte?

—El disco —contestó Janie—, pero sólo para hacer una copia. Luego lo devolveré. Dejaré el diario aquí, tal vez unos días más, si no te importa.

—En absoluto. Si quieres, copiaremos el disco ahora mismo. Después te llevas la copia y guardamos el original en la caja fuerte.

Debido al agotamiento, no se le había ocurrido una solución tan sencilla.

—Sería fantástico. Me ahorraría algunos problemas.

Tom pulsó el botón del intercomunicador. Su secretaria apareció en la puerta unos segundos después.

—Llévate este disco, por favor, y haz una copia.

—Por supuesto.

Una vez resuelto el problema, Tom le ofreció de nuevo un café.

—Gracias, pero creo que cogeré el disco y me iré. Estoy tan cansada que apenas me tengo en pie. Ha sido un día de locura.

—Noche, querrás decir.

—No, quiero decir día. Han pasado algunas cosas...

—¿Algo de lo que te apetezca hablar? —preguntó Tom, intrigado por su vacilación.

—Sí. Necesito hablar contigo de algunas cosas, pero no ahora. He de descansar. Mañana, tal vez.

Momea regresó con dos discos. Janie guardó uno en el bolso y el otro en el sobre, que devolvió a Tom. Éste lo introdujo en la caja fuerte.

—Muy bien —dijo Janie—. Eso es todo, supongo. Será mejor que me vaya a casa, antes de que me derrumbe. No es que tenga muchas ganas, pero creo que será lo mejor. —Lanzó una risita—. Al fin y al cabo, vivo allí, supongo.

—Te acompañaré en coche. Doy por terminada mi jornada laboral.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ardo en deseos de salir de aquí. Necesito un poco de tranquilidad para concentrarme, y lo haré en mi casa mejor que en el despacho.

—Eres muy bueno conmigo, Tom. Gracias. Temo que me habría dormido en el autobús.

—No. No permitiré que eso suceda.

No se sintió como en casa cuando llegó a ella. Se le antojó degradada y violada, incluso corrompida. Sabía que esa sensación se disiparía al cabo de un tiempo, pero el tiempo no pasaba con rapidez. Abrió la puerta con la llave y entró con cautela, seguida muy de cerca por Tom.

La recibieron los restos del naufragio, pero no fue demasiado terrible. Los policías que habían acudido con Michael se habían tomado la molestia de poner un poco de orden en el caos. Janie sabía que devolverla a su primitivo estado exigiría algún tiempo de trabajo con escobas, cubos y cepillos. Y María Callas. Tal vez un exorcista..., pensó.

Al final del pasillo estaba su cama, con sábanas limpias, almohadas mullidas y una colcha de seda.

Descolgó el auricular del teléfono, y el tono de marcar le reveló que la compañía telefónica había cumplido con su promesa. Miró alrededor y se volvió hacia Tom con expresión de desaliento.

—¿Sabes qué? Me voy a la cama. Ni siquiera tengo fuerzas para pensar en hacer otra cosa.

Tom sacó una silla de la cocina y se sentó.

—Me quedaré hasta que te hayas dormido.

—¿Tienes tiempo? ¿Y el trabajo?

—Llevo mi maletín en el coche, de modo que no hay problema.

—Siempre me salvas la vida. Me pregunto qué he hecho para merecerlo. —Bostezó y se masajeó la frente—. Me gustaría prepararte algo de comer, pero me temo que no estoy muy inspirada.

—Olvídalo. Bien, supongo que debo desearte buenas noches.

Tras una breve vacilación, Janie dio media vuelta y se encaminó hacia su

habitación.

—Janie.

—¿Qué?

Siguió un momento de silencio.

—Deja la puerta abierta. Así sabré cuándo he de marcharme.

Tom estaba a punto de salir cuando el teléfono sonó. Aunque no era el suyo, le dominó el ansia universal de descolgar el auricular. Lo hizo antes del segundo timbrado.

—Residencia de la doctora Crowe —dijo con tono vacilante.

Tras un breve silencio, oyó la voz sorprendida de un hombre.

—¿Quién habla?

—Soy el abogado de la doctora Crowe.

—¿Tom?

—Sí...

—Soy Bruce.

—Ah. Hola.

Otra breve pausa.

—¿Está Janie?

—Sí, pero dormida.

Dio la impresión de que Bruce luchaba por encontrar las palabras.

—¿Son las... siete ahí? ¿O lo he calculado mal?

—No, has calculado bien. Las siete y ocho minutos, para ser exacto. Janie tuvo un pequeño problema anoche.

El sobresalto de Bruce cruzó el Atlántico por el teléfono.

—¿Qué clase de problema?

—Alguien entró por la fuerza.

—Oh, Dios, ¿se encuentra bien?

—Está bien. Consiguió esconderse en el cuarto de baño. El tío no llegó ahí. De todos modos, está agotada. Sucedió después de las dos, y la policía estuvo aquí hasta el amanecer. Se encontrará bien después de dormir toda la noche, pero está un poco nerviosa.

—Bien, ¿qué...? ¿Quién...?

—Aún no lo saben. Michael Rosow se presentó enseguida, pero no hallaron muchas pruebas y no parece que vayan a detener a nadie. En cualquier caso, sólo se llevaron el ordenador. Supongo que fue muy rápido, aunque a ella debieron de parecerle horas, claro.

Bruce permaneció en silencio mientras asimilaba la información.

—¿Estás seguro de que se encuentra bien?

—Todo lo bien que cabe esperar. La he traído a casa en coche. Estaba... a punto de irme.

—Antes de irte, ¿le dejarás una nota?

—Claro.

—Di sólo que he llamado. No, espera. Dile también que la quiero.

Tom, obediente, escribió las palabras «Ha llamado Bruce» en un bloc de papel y luego añadió «Te quiero». Lo dejó sobre la encimera, a la vista, y se marchó.

Gracias a los centinelas que había nombrado el preboste para aumentar la vigilancia, cada vez resultaba más difícil cruzar las murallas de París. Una tras otra, las puertas de la ciudad se habían cerrado durante los días anteriores, y quienes pretendían entrar dependían ahora del buen talante de los rudos hombres que las custodiaban. No obstante, Karle había llevado a cabo discretas pesquisas y averiguado quiénes eran simpatizantes secretos de su causa, con lo cual consiguió que uno les permitiera entrar. Le dejaron los caballos, con la promesa de pagarle por sus cuidados y el acuerdo de que se quedaría los animales si no regresaban al cabo de un período de tiempo determinado. En cualquier caso, el hombre salía ganando, y se sintió muy complacido de poder servirles.

Kate le dijo el lugar que había acordado con Alejandro, y se dirigieron allí.

—¿Por qué quiere que os encontréis aquí? —preguntó Karle—. Es un barrio habitado por judíos.

—Porque a nadie se le ocurriría buscar aquí —contestó Kate tras un momento de vacilación.

Karle aún ignoraba de qué huían.

—Debéis decirme quiénes os buscan.

Kate se limitó a sonreír.

—Eso lo dejo a *pere*.

Karle había descubierto que la sonrisa de Kate se había convertido en un inesperado placer para él. Le distraía, siquiera brevemente, de las malas noticias, las matanzas y la desdicha. Añoraré el sonido de su voz cuando se haya marchado, comprendió. Y su misteriosa sabiduría. Guardaba tales pensamientos para sí, porque sabía que todo le iría mejor si se marchaba. A medida que su labor para instigar a la insurrección se hiciera más difícil, la presencia de Kate le distraería cada vez más, y ya no le depararía alegría. Habría peligros, y no tendría tiempo para proteger a una mujer, pues debería concentrarse en la rebelión.

Una muchacha, quiero decir. En cualquier caso, una fémina, lo que significaba problemas.

Al cabo de un rato de espera, durante el cual las sombras se habían alargado de forma considerable, empezó a preocuparse por ella.

—¿Estáis segura de que es el lugar correcto?

—Sin la menor duda.

—¿Hace mucho que estuvisteis aquí?

—Muchos años, pero no ha cambiado apenas. —Señaló el letrero en forma de

cuña del *fromagier*—. Está en el mismo sitio de siempre.

En vista de su seguridad, Karle prefirió no hacer más preguntas y guardó silencio durante un rato. Sin embargo, a medida que el día moría, empezó a impacientarse y se sintió impulsado a reanudar su interrogatorio.

—¿Qué pasará si se retrasa? No podemos esperar aquí toda la noche.

—No hace ninguna falta que esperéis. Habéis cumplido con vuestra obligación. Devolvedme mis monedas, por favor. —Tendió la mano.

La despedida sorprendió a Karle.

—¿Cómo podéis ofenderme con tanta ligereza, después de lo que hemos pasado juntos? ¿Pensabais que iba a robaros vuestro dinero y dejaros desvalida?

Su irritación dejó perpleja a la muchacha.

—Yo... lo siento. No quería faltáros el respeto... En todo caso, no me quedaría desvalida.

Karle se preguntó si era el miedo lo que la inducía a comportarse con tal fanfarronería. ¿Intenta disimularlo? Quizá debería ser más amable con ella.

—Es posible que vuestro *père* no lograra atravesar las murallas antes de que cerraran las puertas.

—Es improbable que se permitiera llegar con tanto retraso como nosotros. En cualquier caso, encontrará una forma. Es un hombre muy inteligente.

—Eso decís vos.

—Es cierto. Y ha hecho de mí una doncella inteligente.

—No obstante, esperaré con vos para asegurarme de que viene.

—Como gustéis.

No volvieron a hablar hasta que el sol desapareció detrás de los edificios más altos de la ciudad.

—He de visitar a Marcel —anunció Karle por fin.

—Marchad, pues —dijo Kate, que añadió con voz queda—: Con mi agradecimiento por vuestra escolta y vuestra compañía. —Tendió la mano de nuevo para que le devolviera la bolsa de monedas.

Karle no sabía qué hacer. Comenzaba a oscurecer, la joven no tenía alojamiento, estaba sola y...

... y aún no deseaba separarse de ella.

—Detesto dejaros aquí —declaró—. Me parece indigno de un hombre, puesto que prometí cuidaros. Venid conmigo a casa del preboste. Os dará asilo por una noche. Mañana, volveremos aquí. Pronto estará demasiado oscuro para ver a vuestro *père*, si es que llega. Además, estoy seguro de que no querría que os quedarais sola.

Tras la firmeza de la expresión de Kate, vio a una doncella preocupada, tan indecisa como él sobre lo que debía hacer.

—Por favor —agregó.

—Muy bien —concedió Kate por fin—, pero os exigiré que cumpláis vuestra promesa de regresar mañana.

Karle experimentó un gran alivio, pero no permitió que ella se diera cuenta.

—No os fallaré —dijo con solemnidad. Después, la cogió de la mano y la guio hasta el río.

—Ah, doctor Canches —dijo De Chauillac, cuando su prisionero, provisto de ropa limpia, entró cojeando en la *salle a diner*, iluminada con velas—, sentaos. —Indicó una silla situada al otro lado de la mesa, frente a él—. Debéis descansar vuestra pierna.

Los guardias se quedaron ante la puerta, mientras el médico renqueaba hacia su asiento.

—¿Habéis determinado la naturaleza de vuestra lesión? —preguntó su maestro.

—Creo que no hay huesos rotos —contestó el hombre más joven—. Curará dentro de unos días, a lo sumo.

—Ah, excelente noticia. La examinaré, por supuesto. Mientras disfrutéis de mi hospitalidad, no deseo que padezcáis el menor daño. Lo haré después de cenar.

—Como queráis, De Chauillac, pero comprobaréis que mis huesos están intactos.

—He descubierto que los judíos tienen los huesos frágiles. Mientras viví en Montpellier, observé que sobre todo los ancianos sufrían fracturas con frecuencia.

—No es tan fácil quebrantarnos como pensáis.

—Ah. Recuerdo bien, y con afecto, vuestro espíritu desafiante. Sois una excelente compañía cuando os sentís inquieto. —Hizo una seña y apareció un criado con una botella. Llenaron sus vasos de un líquido oscuro y aromático. De Chauillac levantó el suyo y agregó—: Propongo un brindis, por muchas conversaciones brillantes. —Exhibió una amplia sonrisa—. Y por el regreso del hijo pródigo.

—He oído hablar de esta parábola de vuestro Cristo —repuso el médico—, pero no la entiendo.

—Ah, sí. Al igual que no entendíais qué significaba *Maranatha*.

Alejandro se removió en su silla, mucho menos cómoda de lo que parecía a simple vista. Juega conmigo, pensó, y disfruta.

—Os la explicaré —agregó De Chauillac—. El hijo toma su parte de la riqueza paterna y huye a una tierra lejana, donde la dilapida. Cuando vuelve sumido en la pobreza, el padre se regocija, le da la bienvenida y perdona al vástago descarriado sus costumbres disolutas.

—El perdón es algo maravilloso —afirmó el médico, que cada vez se sentía más incómodo—, sobre todo entre padre e hijo, pero yo no he dilapidado la riqueza del mío. Tampoco tengo hijos, de manera que no estoy seguro de por qué sacáis a colación esa historia.

De Chauliac le miró a la luz de las velas.

—Sin embargo, nos comunicaron desde Inglaterra que tenéis lo que podría llamarse una hija.

Alejandro sintió una punzada de miedo.

De Chauliac lo adivinó por su expresión, y una sonrisa casi pérfida asomó a su rostro.

—No obstante la parábola no trata de hijos o hijas, sino del regalo que no se utilizó con sabiduría. Vos recibisteis un regalo en Aviñón, de mí, de Su Santidad el Papa, y lo dilapidasteis.

Dejó el vaso y movió la cabeza en dirección al criado, que colocó una bandeja de carne sobre la mesa, entre los dos hombres.

De Chauliac olfateó el aroma que despedía el guiso.

—Delicioso —dijo. Cerró los ojos y se deleitó con el olor a cebollas y especias—. No hablemos ahora de estas cosas. Son demasiado penosas y nos estropearían la digestión. En estos tiempos, es difícil conseguir exquisiteces como las que os ofrezco, muy difícil. —Cogió un cuchillo y cortó un trocito de carne, que después pinchó con la punta y se lo llevó a la boca—. Comed, por favor —dijo mientras masticaba—. Aunque tenéis buen aspecto, yo diría que estáis un poco delgado.

Alejandro comió en silencio, mirando con desconfianza a su carcelero, mientras pensaba: Es como si hubiera previsto mi regreso.

—Debéis hablarme de vuestros viajes, médico. Después de que huyerais de Canterbury, recibimos menos noticias de vos de las que habríamos querido.

¿Por qué hablaba en plural? Casi de manera inconsciente, Alejandro aferró el cuchillo con más fuerza, y las venas se destacaron en el dorso de su mano. Por un momento deseó degollar al hombre malvado y arrogante que le mantenía prisionero.

Como no quería alarmar a su carcelero, dejó el cubierto sobre la mesa, pero sin alejar la mano, mientras la idea de dar muerte a De Chauliac remolineaba en su mente. Bastaría una fracción de segundo, pero los guardias se abalanzarían sobre él al instante, y no ganaría nada con ello.

Además, sería un acto propio de un animal. Al contrario que el repugnante obispo de España, De Chauliac poseía un intelecto que valía la pena conservar. Estoy cansado de tanta muerte, admitió para sí. Tiene que haber otra manera.

Alejó la mano del cuchillo y suspiró.

—El relato de mis viajes es largo y triste —afirmó—. No os divertirá.

De Chauliac sonrió.

—Yo creo que sí, a menos que hayáis cambiado desde la última vez que nos vimos. He observado que algunas cualidades persisten; por ejemplo, todavía sois un hombre proclive a la investigación. ¿Por qué, si no, llevabais encima un manuscrito cuando os encontramos?

El médico judío se alarmó al recordar el libro.

—No temáis —añadió De Chauliac—. Debéis comprender que yo, de entre todas las personas, siento un gran respeto por ese ejemplar. Lo trataré con cuidado.

Alejandro se tranquilizó un poco.

—Empezad con vuestras aventuras después de partir de Canterbury —indicó De Chauliac—. Me han contado lo que sucedió antes. Si hubierais estado en alguna corte de Europa, habríais oído a muchos trovadores cantar vuestras hazañas. Os habéis convertido en una especie de leyenda.

Karle esperó a que oscureciera por completo, cuando todos los ciudadanos de París, al menos los que tenían comida, estarían cenando.

—Incluso en tiempos nefastos como éstos, los que patrullan las calles se detendrán y compartirán algo de lo que tienen —explicó a Kate—. París aún conserva algo de civilización.

Sin embargo, no fue tan imprudente como para dirigirse a la puerta principal de la mansión donde Marcel vivía desde que había sido nombrado preboste. Era absurdo correr riesgos innecesarios. Se acercaron a la entrada de la cocina y miraron por la ventana. Vieron a una criada que removía el contenido de una olla de hierro.

Karle tabaleó con los dedos sobre el cristal. La mujer volvió la cabeza, pero no hacia la ventana, sino hacia la puerta. Una expresión expectante asomó a su rostro.

—Debe de tener un amante —susurró Karle a Kate—. Creo que, por casualidad, hemos dado con su señal secreta.

Así era, porque la joven se secó las manos en el delantal a toda prisa y se alisó el cabello.

—Tened preparado vuestro cuchillo —indicó Karle a Kate.

—¡Karle! —murmuró la muchacha, horrorizada—. ¡Sólo es una niña! Ni siquiera es tan mayor como yo...

—No le haréis ningún daño. Solamente quiero asustarla. No puedo amenazarla con un cuchillo y razonar con ella al mismo tiempo. Quiero que nos guíe hasta Marcel.

—¿No conocéis a ese tal Marcel?

—No, pero somos hermanos en el espíritu de la rebelión.

Antes de que Kate pudiera discutirle, la criada se precipitó hacia la puerta de la cocina. La abrió, se asomó y salió, a la espera de un abrazo.

Karle se apresuró a sujetarla y le tapó la boca con una mano.

—¡El cuchillo! —masculló.

Kate lo extrajo de su media y lo blandió ante la nariz de la sirvienta, que abrió los ojos de par en par, aterrorizada. Kate se preguntó si repararía en el temblor de su mano.

—¿Está Marcel en la *maison*? —preguntó Karle con brusquedad.

La joven asintió.

—En ese caso, nos conducirás a él. No quiero hacerte daño, pero tampoco deseo que nadie me vea, de manera que haré todo lo posible por protegerme. Apartaré la mano de tu boca pero, si chillas, te golpearé, no lo dudes.

Kate obedeció con estupefacción y sin rechistar las instrucciones de Karle y apoyó la punta del cuchillo en la nuca de la criada. El francés retiró la mano de la boca de la muchacha y se apoderó del arma. Después le sujetó las muñecas a la espalda y la empujó hacia adelante.

—Dirígenos —ordenó.

La criada les condujo por un tramo de escaleras angostas y oscuras hasta entrar en la *maison*, iluminada por antorchas. La siguieron hasta el salón y, cuando cruzaron el umbral, vieron a un hombre sentado en una silla, inclinado sobre un pergamino que leía a la luz de varias velas.

—*Monsieur le prévôt* —susurró la doncella.

—*Oui* —dijo Marcel con aire distraído.

—Unos, ejem, invitados han venido a verle.

Étienne Marcel dejó la carta, volvió la cabeza y, al observar vio que un desconocido sujetaba a la criada, se levantó con brusquedad al tiempo que su mano volaba hacia la espada corta que colgaba de su cinto.

—Soltadla —ordenó—. Sólo un cobarde se parapeta detrás de una muchacha.

—No soy un cobarde, señor, sino un hombre que os respeta. Como ignoraba qué tipo de recibimiento me depararíais, consideré prudente procurar que fuera amable. Hemos venido en son de paz.

Soltó a la criada, que, presa del pánico, se arrojó a los brazos de su patrón.

Karle enseñó el cuchillo e hizo una seña a Kate, que se refugió a su espalda, cogió el arma y la guardó en su media.

—Vos sois Marcel, supongo —dijo Karle.

Étienne Marcel, que estaba preparado para desenvainar su espada, asintió.

—¿Y vos, señor?

—Soy Guillaume Karle.

El preboste apartó la mano de la vaina y la tendió hacia el intruso.

—*Mon Dieu!* —exclamó al tiempo que daba un vigoroso apretón a Karle—. ¡Sois la última persona que esperaba ver aquí! —Se volvió hacia la perpleja criada—. ¡No te quedes ahí! ¡Trae vino, y mucho!

La sirvienta se apresuró a cumplir sus órdenes.

Marcel les indicó que se sentaran.

—¡Por fin! Era voluntad de Dios que nos encontráramos.

¿Cómo podía Alejandro describir aquel período de tiempo, incluso a alguien tan inteligente como De Chauillac? Todo cuanto había visto, los lugares donde había estado; el infierno en la tierra... ¿o era el cielo? Jamás había soñado que fuera posible una combinación tan excéntrica de ambos. Al intuir la renuencia de Alejandro, De Chauillac formuló una pregunta que debía obtener respuesta.

—¿Por qué corristeis el peligro de llevaros a la niña?

—Porque tanto ella como su aya me lo suplicaron. Las dos temían la ira de Isabel, y creo que con fundadas razones. —Miró a los ojos de su carcelero—. Estabais en lo cierto cuando me advertisteis sobre ella. Tendría que haber estado más atento.

De Chauillac dejó escapar una risita cínica.

—Ni siquiera Adán logró reconocer a la serpiente.

Alejandro sonrió con ironía, pero recuperó su seriedad en cuanto continuó el relato de sus cuitas.

—Después de abandonar Inglaterra, nos trasladamos de un sitio a otro. Tenía la impresión de que había soldados ingleses por doquier. Sabía que existían muchos otros motivos para justificar su presencia en Francia, pero sólo pensaba en que me perseguían. No podía permitir que la muchacha, Kate, hablara, porque se habría delatado. Era una niña muy parlanchina, amén de encantadora, y me dolía condenarla al silencio.

—Deduzco que la queréis mucho.

Alejandro suspiró.

—Como si fuera mi hija. He abandonado la esperanza de transmitir mi espíritu a un hijo, de modo que significa mucho para mí.

Bajo los efectos del vino, De Chauillac se mostraba mucho menos sarcástico, casi compasivo.

—Aún sois joven —repuso—, al menos mucho más que yo y, si sobrevivimos a esta época terrible, lo más seguro es que tengamos la oportunidad de procrear. No he visto escasez de úteros vigorosos en París, aunque sólo Dios sabe cuántos llegarán a dar a luz. En cualquier caso, la vida sigue, médico, como siempre ha sido y, si Dios lo permite, como siempre será. Muchos afirman que todos los judíos deberían perecer de una vez por todas, pero yo no estoy de acuerdo, pues opino que en este mundo hay un lugar para todo y para todos. Dios tuvo a bien conservar una pareja de cada animal por mediación de Noé. Con toda sinceridad, dudo de que entrara en su plan eliminar a los judíos.

La cordialidad que se había creado entre ambos desapareció en cuanto Alejandro oyó aquellas palabras. Así pues, para él somos animales, pero no tiene la intención de matarme. Esa certidumbre le proporcionó un alivio temporal. Entonces ¿qué planea hacer conmigo?, se preguntó en cuanto el alivio se disipó.

—Si los judíos salieran adelante y se multiplicaran, me gustaría que todos fueran

como vos.

—¿Judíos que no parecieran o se comportaran como tales?

—Hombres de intelecto, razonamiento y sabiduría, que entendieran el mundo como debe ser.

—El mundo debería ser mejor —declaró Alejandro.

—Tenéis toda la razón, colega. Da la impresión de que todos, judíos y cristianos, bailamos en las manos de Satanás mientras nos observa con perversa alegría. Con el tiempo, confío en que esto cambiará. —Sonrió—. Continúad vuestro relato, os lo ruego.

Alejandro prosiguió tras vacilar por un instante.

—Después del primer invierno, fuimos a Estrasburgo.

—Fue una pena lo que ocurrió allí —dijo De Chauliac, al tiempo que meneaba la cabeza con tristeza.

—Creo que debería utilizarse una palabra más contundente. Aberración, por ejemplo. Independientemente de los calificativos que merezca esa tragedia, el resultado fue que no pudimos quedarnos. Nos instalamos en París una temporada, y vivimos en el Marais, entre los demás judíos.

—¿Estuvisteis aquí, en París?

Alejandro asintió.

—Al cabo de un tiempo, huimos hacia el norte.

—¿Adónde fuisteis?

—Sería difícil concretar adónde no fuimos. —Alejandro suspiró—. No podíamos llegar a un pueblo y anunciarnos. *Attendez!* Aquí estamos, un judío fugitivo, despreciado y perseguido por la princesa de Inglaterra, y la hija ilícita del rey Eduardo, raptada de la corte de su cruel padre a petición propia. ¿Quién recibiría con los brazos abiertos a semejante pareja, salvo con la intención de cobrar la recompensa?

—¿Cómo vivíais, pues? Nadie debía acogeros.

—Nunca hubo escasez de casas abandonadas. Siempre escogíamos las más aisladas y nos marchábamos antes de llamar la atención. Luego nos trasladábamos a otra, cargados con nuestras exiguas pertenencias, que ahora obran en vuestro poder.

De Chauliac gruñó.

—Tampoco son tan exiguas. Aún conserváis vuestro oro, parte del cual os entregó mi santo patrón, sin duda. Los judíos sois muy frugales.

—Cuando nos conviene.

—¿No practicasteis la medicina en todo ese tiempo? Vuestra bolsa contiene algunos instrumentos muy interesantes.

Alejandro exhaló un suspiro de frustración.

—Muy pocas veces.

De Chauillac se reclinó en la silla.

—¿Lo veis? Dilapidasteis vuestra dote.

—Cedí mi dote a la niña, pues le enseñé todo cuanto había aprendido —protestó Alejandro—. Se ha convertido en una excelente curandera. En casos de extrema necesidad, no dudaba en hacer uso de mis conocimientos pero, cada vez que nuestra fama se extendía, nos veíamos obligados a huir. El peligro de que nos capturaran era excesivo.

—Creo que os preocupabais en demasía por esa cuestión. —De Chauillac se inclinó y enlazó las manos—. Os explicaré lo que me han comunicado mis espías. Durante el primer año, sobre todo cuando Clemente estaba vivo, se os persiguió con saña. El pontífice se llevó una gran decepción cuando descubrió quién erais en realidad, y si bien se le podía calificar de simpatizante de los judíos, creyó que había sufrido una espantosa humillación al enviaros a Inglaterra. Hice cuanto pude por defenderos, claro está, y subrayé que habíais triunfado en vuestra misión, ya que ningún miembro más de la familia real inglesa murió a consecuencia de la plaga. De todos modos, no quedó satisfecho.

—Por tanto, estábamos en peligro.

—Durante un tiempo. Sin embargo, tras la muerte de Clemente, Isabel era la única que os guardaba rencor. Su padre estaba demasiado ocupado con los asuntos de Estado. Isabel logró que la persecución se prolongara unos años más, pero cuando Eduardo concentró todas sus energías en continuar la guerra, su interés por complacerla se desvaneció.

—Parecía apreciarla sobremanera cuando yo estaba allí.

—Sí, os creo. La idolatraba sin el menor recato. Ahora sólo le interesa que Isabel se case.

—¿Aún está soltera? Ya tendrá veintiséis o veintisiete años.

De Chauillac rio.

—¿Por qué os sorprende? Una arpía real no deja de ser una arpía. Consiguí imponer vuestra persecución a su hermano Eduardo, que ha visitado Francia con más frecuencia que su padre. Se ha convertido en un guerrero temible. Le llaman el Príncipe Negro por la armadura que lleva. En uno de sus viajes aquí, me interrogó acerca de vos. Sospecho que sólo os perseguía debido a la insistencia de su hermana. Se quieren mucho, por motivos que desconozco.

—Lo sé. Me parece curioso.

—Muy cierto. Ahora, os ha olvidado por completo.

De Chauillac advirtió que Alejandro se sentía aliviado. Como el efecto de sus palabras no le gustó, añadió:

—Su hermano Lionel, en cambio, no estaba tan preocupado por la guerra. Ahora reside en París, con toda su familia. En alguna ocasión han solicitado que les atienda.

En cierto modo, he perdido el favor del clero, pero parece que mis servicios aún se valoran entre la realeza.

Observó que el rostro de Alejandro volvía a reflejar preocupación y lanzó una carcajada.

—No temáis. Lionel no se acuerda de vos. Ya le he interrogado, para su irritación. Sus criados iban y venían de vez en cuando hacia el final de vuestra estancia en Windsor, y es posible que algunos os vieran, pero Lionel se alojó en Eltham con Gaddesdon cuando se produjo el brote y no se llevó a sus criados.

—Vaya —dijo Alejandro—, el inimitable maese Gaddesdon.

—Un idiota —comentó con placidez De Chauillac—. No comprendo por qué Eduardo confía en él.

«*Traednos pruebas* —había ordenado Gaddesdon cuando Alejandro le suplicó una entrevista con el rey Eduardo—. *Entonces obtendréis vuestra audiencia*».

—Tampoco me creyó cuando le hablé de las ratas.

De Chauillac se sacudió un trocito de carne pegado a la yema del dedo y se inclinó.

—Ah, sí, las ratas. Perdonad mis anteriores befas. Al principio me pareció una teoría estúpida, pero me gusta escuchar. Soy todo oídos.

—Una dote que no se dilapidará —comentó Alejandro.

Casi todo París había salido a la calle para gozar del poco aire fresco que soplaba, con las notables excepciones de Étienne Marcel y Guillaume Karle, que continuaban en el interior de la sofocante casa, pues guardaban secretos que estaban ansiosos por compartir.

Kate padecía el calor con ellos y se veía obligada a recordarles con frecuencia que bajaran la voz, porque hablaban a voz en grito con las ventanas abiertas de par en par.

Con qué rapidez han descubierto esos dos sus afinidades, pensó. Acaban de conocerse, pero conversan como si fueran viejos amigos.

—Navarra es un noble más —insistió Karle—, aunque se haga llamar rey. Aspira a gobernar toda Francia, y todos lo lamentaremos. No es mejor que lo que tenemos ahora, no se diferencia en gran cosa.

—No estoy de acuerdo, camarada, es mucho mejor que nuestro actual monarca; más enérgico, al menos.

—Ya he visto las pruebas de su energía. Que Dios nos libre de ella.

Marcel frunció el entrecejo.

—Nos rendirá un buen servicio. Nos guiará contra los de su propia clase. Estoy seguro de que nos irá mucho mejor con él que sin él.

—Es un bribón malvado, y no debemos confiar en él.

—Hay que confiar en que velará por sus intereses, y para asegurar nuestro éxito

bastará con lograr que sus intereses coincidan con los nuestros.

—¿Cómo? Se convertirá en nuestro nuevo amo y será mucho más cruel que el apocado que aspira ahora al trono. No hará nada por detener las guerras, porque contribuyen a sus propósitos. Todo el mundo está en guerra: Juan combate contra Eduardo, Navarra contra el delfín, los campesinos contra los nobles, los nobles contra sus iguales. Francia está sumida en un estado de anarquía como no se había visto jamás. Hemos de alzarnos mientras tengamos la oportunidad y hacernos con el control.

—Esas ideas son muy bonitas, Karle, pero están mal enfocadas —repuso Marcel—. Si prometemos apoyar la rebelión de Navarra contra el delfín, la nobleza se enzarzará en una guerra intestina, y nosotros estaremos armados, y pendientes de lo que ocurra. Cuando las batallas terminen, aún seguiremos armados, y su número se habrá reducido. Se habrán debilitado, y estaremos en condiciones de asestarles el golpe de gracia.

Karle recordó que Kate había esbozado el mismo plan. Si bien detestaba la idea de apoyar la causa de Navarra con el fin de favorecer la suya, parecía un buen método de colocarse en una posición ventajosa para alzarse contra el noble.

—Debo admitir que podría salir bien —reconoció.

—¡Por fin hemos llegado a un acuerdo! —exclamó Marcel. Hizo una seña a la criada, Marie, que había recibido las profusas excusas de Karle y Kate después de su violenta presentación—. Bebamos por el éxito de un noble sobre otro. Que se aniquilen entre sí y dejen a Francia al cuidado de los demás.

La muchacha se adelantó y llenó los dos vasos. Marcel propuso un brindis.

—Por la caída de toda la nobleza.

Karle entrecrocó su vaso con el de Marcel.

—Y por nuestro éxito en conseguir que Navarra se encuentre entre los caídos, porque mi cabeza rodará por el polvo, cercenada por mi propia mano, antes que llamarle rey.

Marcel se inclinó y agitó un dedo ante la cara de Karle.

—¡Le utilizaremos a nuestra conveniencia, y sois un necio si no os dais cuenta de los beneficios que obtendremos!

Sus palabras combatían en el aire. Se ponían de acuerdo, disentían, se insultaban, se calmaban y, entretanto, bebían. Muy francés, pensó Kate mientras les veía batirse con palabras y vasos. Brindaban y se maldecían mutuamente al mismo tiempo. Agitaban teorías revolucionarias como carbones al rojo vivo. Kate ya no pudo contener su lengua.

—¡Caballeros! —exclamó—. ¡Os lanzáis estocadas desde el mismo bando del campo de batalla! Marcel tiene razón, y Karle también, pero creo que Karle tiene quizá más razón.

—¿Lo veis? —ronroneó Karle—. Hasta una mujer se da cuenta.

Marcel la miró con los ojos entornados.

—¿Eh? ¿Qué tonterías dice vuestra sirvienta?

—Esta sirvienta ha visto la obra de Navarra —contestó Kate—. Si fuera campesina, seguiría al diablo al infierno antes que someterse a Carlos de Navarra.

Marcel, que estaba un tanto ebrio, le dirigió una mirada de curiosidad.

—Sois una campesina, y encantadora, por cierto.

Karle guiñó el ojo a Kate y alzó su vaso, muy borracho.

—¡Un brindis por la belleza de esta sirvienta campesina!

Kate, que estaba roja de vergüenza, no sabía si debía sentirse halagada o insultada.

Bebieron en su honor, y el tono de la discusión aumentó a medida que su discernimiento disminuía. Al cabo de un rato Kate ya no pudo aguantar más. Alzó las manos al cielo e intervino.

—*Monsieurs!* —masculló—. ¡Ya no sois vosotros quienes hablan, sino el vino! Y no se dice nada importante.

Marcel la miró y la vio doble.

—Hermosa y audaz. —Observó con ojos vidriosos a Karle—. ¿Dónde habéis dicho que la encontrasteis?

Karle la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. La joven se debatió unos instantes, pero acabó sentada en su regazo.

—No es una sirvienta —aclaró Karle con orgullo—, sino una comadrona. Su *père* la dejó a mi cuidado.

Kate quedó horrorizada. En su estado de embriaguez, ¿la delataría Karle, después de haberse mostrado tan protector con ella?

Marcel prorrumpió en carcajadas y descargó la mano sobre la mesa.

—*Mais oui*, por supuesto, pero bajo el velo de este vino la confundí con el resultado reciente de los esfuerzos de una comadrona. Aún parece una niña. Fresca como una rosa, y regordeta como una recién nacida, ¿no?

Las mejillas de Kate ardieron de vergüenza e irritación. ¿Cómo se atrevían esos patanes ebrios a hablar de sus habilidades con tanta ligereza, y aludir a ella como si no estuviera presente? Los fulminó con la mirada. Karle no se percató, porque empezaba a bizquear.

Marcel lanzó otra carcajada.

—Ya es hora de que este viejo borracho se retire a su blanda cama.

Intentó levantarse, pero se lo pensó mejor y se reclinó de nuevo en la silla de madera. Se inclinó con brusquedad y apoyó la cabeza sobre el brazo. Sus párpados se cerraron, y al cabo de pocos segundos estaba roncando.

La criada se acercó en silencio, retiró los vasos y regresó con un par de velas

encendidas. Miró a los dos nombres con franca desaprobación y meneó la cabeza.

—Seguidme —indicó a Kate—. Traed a vuestro «caballero».

—No es mi caballero —replicó Kate mientras bajaba de su regazo. Con un esfuerzo considerable, puso en pie al aturdido Karle—. De momento, parece un saco de harina, e igual de colaborador.

—No soy un saco de harina —protestó el francés.

—Y mucho menos mío —repuso Kate.

Dejó que se apoyara en su brazo y trató de no respirar los olores a falta de higiene y vino tinto peleón mientras la criada los guiaba por un estrecho tramo de escalera.

Cuando llegó al final, les indicó una pequeña habitación, con un jergón de paja junto a una ventana y un orinal en un rincón.

—Es todo lo que hay —dijo la criada al ver la expresión de decepción de Kate—. Excepto el dormitorio del amo.

Que el amo no utilizará esta noche, a menos que lo lleven en brazos. Y la muchacha era demasiado menuda para eso. Así pues su amplia cama la ocupará la sirvienta, mientras yo sudo al lado de este cerdo borracho.

—Ayudadme a acostarlo, por favor —rogó, y las dos jóvenes consiguieron tender al larguirucho Karle sobre la yacija. Kate pasó por encima de él y abrió los postigos de la pequeña ventana—. ¿Podéis traerme un cuenco con agua y un paño, por favor? No compartiré el lecho con este perro sin lavarle antes, porque corro el riesgo de despertar llena de piojos.

Marie regresó al cabo de pocos minutos. Entregó el cuenco y el paño a Kate y salió de la habitación con una sonrisa irónica.

—*Bon chance, mademoiselle.*

Kate, ya a solas con su innoble héroe, le despojó de toda la ropa. Lo más difícil fue quitarle las botas, porque la piel era vieja y se había amoldado a la forma de su pierna. Tiró de ellas con todas sus fuerzas para liberar los pies de Karle, que debían de estar doloridos y con ampollas de tanto viajar. Los suyos sí lo estaban, a pesar de que los zapatos no le apretaban tanto como el calzado de Karle. Mientras le desanudaba los calzones, Karle se revolvió en su borrachera, y se vio obligada a sujetarle con una mano mientras con la otra remataba la faena. El cabello de Karle se enredó con algunos jirones del manto cuando lo sacó por encima de su cabeza. Si quería seguir llevando aquella prenda, tendría que remendarla. Las ropas estaban sucias, sudadas y olían fatal, de modo que las arrojó a un rincón, cerca de la ventana. Karle yacía sobre la paja, desnudo e indefenso, ignorante de los estupendos servicios que le rendía una joven que en circunstancias diferentes...

Kate le observó a la luz de la vela, admiró su fuerte cuerpo, mientras sus mejillas enrojecían. De pronto tuvo la impresión de que el calor había aumentado de manera considerable, de modo que hundió los dedos en la jarra de agua y se aplicó unas gotas

a la frente para refrescarse, pero causaron poco efecto.

Si *père* la viera ahora... ¿qué diría? Se preguntó si Alejandro la reprendería por desnudar al pobre hombre y mirarle cuando era incapaz de cubrirse.

Lo entendería, dado el estado de Karle, en especial su falta de limpieza, porque *père* era un enamorado de la higiene. Entraba la tenue luz de la luna, de modo que apagó las velas y las apartó, con lo que concedió a Karle un poco de recato. Vertió agua en el cuenco, humedeció el paño, lo escurrió, y procedió a eliminar con cuidado la suciedad adherida a la piel del hombre.

Karle gruñó en su estupor, y Kate supuso que le molestaba el contacto del trapo mojado, pero a la luz que se colaba por la ventana vio que, pese a que tenía los ojos cerrados, sus labios estaban abiertos en la más invitadora de las sonrisas. Le gusta sentir el frío del agua sobre la piel, dedujo, y decidió que ella también se refrescaría cuando hubiera terminado de asearle. Enjuagó el paño en el cuenco y, cuando lo deslizaba por su pecho, un movimiento atrajo su atención.

Bon dieu, pensó, conque se refieren a esto cuando hablan de... Se sentó y contempló el miembro erecto de Guillaume Karle con cautelosa admiración. Su curiosidad la quemaba, azuzada por una oleada de calor surgida en una parte de ella que nunca se había manifestado antes. Observó la cara de Karle. Estaba perdido en su mundo, borracho como una cuba. Tendió la mano con lentitud, los dedos algo temblorosos, y le tocó en su parte íntima.

Dejó que los dedos descansaran sobre el miembro, que de repente volvió a moverse, de modo que apartó la mano a toda prisa y la apretó contra su pecho.

El tacto de la piel del hombre seguía impreso en la yema de sus dedos. Tendió la mano y la examinó. Parecía la misma, y estaba segura de que era su mano. No obstante, se le antojó diferente.

Temblorosa, enjuagó el trapo sucio y después arrojó el contenido del cuenco por la ventana. Volvió a llenarlo con el agua de la jarra, se quitó en silencio la ropa y se lavó. De vez en cuando miraba a su mojado *gentil-homme*. Se puso la camisa de dormir y se acostó. Cuando la paja crujió bajo su peso, Guillaume Karle tendió la mano con toda naturalidad y la apoyó en su brazo. Abrió los ojos, apenas una rendija.

—¿Estaba soñando, o me habéis puesto las manos encima? —murmuró.

Kate vaciló.

—Hedíais, de modo que os he lavado. Sólo nos han dado este jergón.

Karle parecía confuso, y arrugó el entrecejo.

La mano posada sobre su brazo era cálida, y el tacto, suave, y casi contra su voluntad Kate sintió por él algo similar al cariño, pero enseguida recobró su autocontrol.

—No había más remedio que compartir la cama —explicó con voz severa—. Confío en que os portéis de una manera honrosa. De lo contrario, me veré obligada a

derramar el agua restante sobre vos.

—Sin embargo juraría que... —susurró Karle.

Kate le puso un dedo sobre los labios.

—Estáis borracho, Karle. Dormid de una vez.

El francés cerró los ojos.

—Ay, sí. Tenéis razón; estoy borracho. —Hablaban con voz pastosa, de modo que era difícil entenderle. No obstante, las últimas palabras que pronunció antes de dormirse fueron inconfundibles—: Y vos muy bella.

Alejandro eructó, lo que sirvió para aliviar en parte su incomodidad, y por un momento le preocupó la posibilidad de que Kate estuviera pasando hambre en las calles de París, mientras él estaba a punto de reventar en una hermosa mansión.

¿Dónde estará ahora? ¿La cuidará bien ese bribón de Karle?

También se preguntó si De Chauliac sentía vergüenza por la abundancia de su mesa, mientras muchos campesinos franceses morían de hambre en la campiña, pero decidió que no era propio de aquel hombre inquietarse por tales cosas. Sin duda querrá que le haga cumplidos, pensó.

—Os doy las gracias por vuestra hospitalidad —dijo, y notó un sabor amargo en la boca al pronunciar las palabras—. No comía tan bien desde que estaba en la corte de Eduardo.

—Me halagáis, médico, porque Eduardo es un anfitrión notable. —De Chauliac enarcó una ceja—. No obstante, habríais podido permitirnos vivir bien.

Y ahora, puesto que posees mi fortuna, seguro que tú también.

—No era un problema de gastos —explicó el judío—. No deseaba atraer la atención con un comportamiento ostentoso.

—Comer bien no puede considerarse ostentoso. No olvidéis que estáis en Francia. Aquí todo el mundo come lo mejor posible. Algunos mejor que otros, por supuesto.

Alejandro se preguntó si De Chauliac tenía idea del hambre que padecía el campesinado francés. La actitud de su arrogante carcelero le indignaba, pero consiguió controlar la ira. Adoptó una expresión serena, aunque por dentro hervía de rabia. Sólo podía pensar en escapar y reunirse con Kate. Si no podía reclamar su oro, mala suerte. Sobreviviría.

Pero ¿y el libro de Abraham? No cabía duda de que De Chauliac apreciaría su valor y lo trataría con la debida reverencia, mas, en manos del francés, su decisivo mensaje no llegaría al público al que estaba destinado.

Quizá me lo devuelva.

No. Sería ridículo pedirlo. De Chauliac nunca lo consentiría.

Sin embargo, no logrará descifrar sus secretos sin la ayuda de un judío, y yo soy el único que tiene a mano.

Discutía de nuevo consigo mismo, en presencia de otro ser humano, y eso no servía para nada.

—El manuscrito que traje...

—Ah, sí —interrumpió De Chauillac. Esperó expectante a que Alejandro continuara.

—Es un objeto de cierto valor para mí.

—Debo admitir que se trata de un hermoso volumen. —El francés compuso una expresión de perplejidad—. No obstante no parece más valioso que cualquier otro. ¿Dónde reside su importancia?

De Chauillac jugaba con él de nuevo, porque la parte traducida bastaba para revelar la naturaleza de sus secretos.

Quiere oírmelo decir, concluyó Alejandro.

—Contiene mensajes de sabiduría para mi pueblo.

—¿Mensajes de vuestro dios?

—No.

Las preguntas de De Chauillac adquirieron el tono de un interrogatorio.

—Entonces ¿de quién?

Alejandro guardó silencio.

—¿De quién? —insistió De Chauillac.

—¡No lo sé! —exclamó el médico—. Sólo sé que el nombre del autor es Abraham, quien afirma ser sacerdote y levita.

—Hay símbolos alquímicos en esas páginas, colega. ¿Era practicante de ese arte el tal Abraham?

—Aún no he descifrado bastante texto para saberlo.

De Chauillac guardó silencio unos momentos, con aire meditabundo. Alejandro observó que el elegante francés permanecía inmóvil en su silla tallada, con la vista perdida, como si hubiera olvidado la presencia de su invitado.

De pronto el médico de mayor edad se levantó de la mesa y empezó a pasear por la sala, absorto en sus pensamientos. Por fin miró a Alejandro y habló.

—Mañana invitaré a comer a algunas personas, entre ellas, un hombre familiarizado con el arte de la alquimia.

Alejandro dirigió a De Chauillac una mirada gélida. ¿Mañana?, pensó. No; mañana no, porque mañana me habré ido, aunque me rompa la pierna.

—Como gustéis —repuso mientras asentía con solemnidad—. Será un placer.

Cuando un par de guardias le devolvieron a su pequeña habitación, Alejandro quedó decepcionado al ver que habían añadido a la ventana barrotes de madera. Era un trabajo apresurado, efectuado sin mucha minuciosidad, y el carpintero había dejado trozos de madera en el suelo. Cogió uno y le dio vueltas entre los dedos un

momento.

Me mantendrá encerrado aquí, pensó. No me entregará a ninguna autoridad.

Dejó escapar una carcajada de amargura.

Ya no quedan autoridades.

Intentó asomarse, pero su cabeza no cabía entre los barrotes. Al menos podrían haberme concedido eso, se dijo con abatimiento; una vista del río, algo esperanzador.

Doce

Pájaros.

Luz del sol a través de los visillos.

El olor del café.

Tom debió de programar la cafetera ayer antes de marcharse, supuso Janie. Su gratitud es inmensa. Es una pena que no esté aquí para preparar el desayuno otra vez, se sorprendió pensando.

De pronto el maravilloso aroma de las tortitas le llamó la atención. Se ha quedado, se dijo. La idea le resultó de lo más atractiva. Quizá había dormido en el sofá. Se puso una bata sobre el camisón, ató el cinturón con un solo nudo y siguió el rastro de olores, que le llevaron a la cocina.

Había una bandeja de tortitas sobre la encimera, y un poco de mantequilla resbalaba por un costado de la pila dorada. Al lado había un tazón de café, con un platillo encima, y junto a él vio una nota.

«Bruce ha llamado. Te quiero».

Oyó ruidos procedentes de la sala de estar, y volvió la cabeza en aquella dirección.

—¿Tom? —preguntó.

No hubo respuesta. Con la nota en la mano entró en la amplia sala de techo alto, anticipando un caluroso recibimiento.

Sin embargo no encontró a Tom, su amigo y abogado, sino a una completa desconocida, una joven de unos veinte años a quien no recordaba haber visto en la vida, y mucho menos en su casa. La chica canturreaba mientras se agachaba y levantaba, pues estaba recogiendo los restos del asalto del día anterior. Era algo huesuda, de miembros largos, y espeso cabello rubio oscuro, rizado, recogido con un pañuelo. Su aspecto era bonachón y llevaba un delantal, de modo que habría podido pasar por un ama de casa o una criada dedicada a sus labores.

En todo caso era una intrusa. Janie lanzó una exclamación ahogada, blasfemó y, sin soltar la nota, corrió hacia la cocina en busca de algo afilado y amenazador.

La muchacha arrojó los objetos que había recogido y la siguió.

—Espere...

Cuando la desconocida entró en la cocina, se encontró con un brillante y reluciente cuchillo de carnicero, que sujetaba con firmeza la mano derecha de Janie.

—Largo —siseó ésta.

—No, espere. No es lo que piensa...

—¿No tuvo bastante la última vez?

Janie agitó el cuchillo.

—No, doctora Crowe, espere un momento... No soy una ladrona. Si deja ese...
Janie acuchilló el aire, esta vez con un gesto más amenazador. La joven retrocedió.

—¿Quién es usted?

Siguió un silencio.

—Le hice esa pregunta una vez.

—No. Es la primera vez que nos vemos.

—No nos conocíamos en persona —repuso la joven—. Deje el cuchillo, por favor.

—No, hasta que me dé una explicación convincente de su presencia aquí. —Su voz temblaba de miedo, pero se mostró firme—. Si tiene suerte, decidiré no utilizarlo. La muchacha retrocedió un poco más y tendió una mano para protegerse.

—No tenga miedo —susurró.

—¿Qué?

—He dicho que no tenga miedo.

El correo electrónico. Debía de ser la persona que le había enviado el enigmático mensaje.

—Oh, Dios mío.

Janie y la joven sostuvieron la mirada, y al cabo de unos momentos bajó poco a poco el cuchillo y lo dejó sobre la encimera. Apoyó la mano sobre el mango, y su mirada comunicó a la desconocida: No cometas ninguna estupidez.

La muchacha exhaló un suspiro y mostró sus manos vacías.

—Estoy desarmada. Ni siquiera llevo una lima de uñas.

Seguía sin explicar su presencia.

—Continúe hablando —dijo Janie.

—Sí, sí, pero tranquilícese. Me llamo Kristina Warger. —Avanzó con paso vacilante y tendió la mano—. Tenía muchas ganas de conocerla.

Janie aún no estaba dispuesta a estrechar la mano de aquella desconocida, de manera que retrocedió y se ciñó mejor la bata.

Warger. Muy lista.

—Wargirl —dijo.

Kristina sonrió.

—Ésa soy yo.

—¿Qué hace en mi cocina?

Como si la pregunta de Janie la hubiera sorprendido, Kristina señaló la bandeja y el tazón con una expresión de completa inocencia.

—Le estaba preparando el desayuno. Pensé que estaría hambrienta. —Ladeó la cabeza en dirección a la sala de estar—. Se me ocurrió que no estaría mal ordenar un poco las cosas. Estaba a punto de despertarla, porque no sé dónde poner algunos

objetos, y las tortitas estaban a punto de...

—Basta. Basta. —Janie todavía estaba aturdida por la presencia de aquella desconocida en su casa. No era consolador que Kristina Warger pareciera tan... joven —. Necesito saber cómo entró aquí.

—La puerta no estaba cerrada con llave.

¿Cómo? Imposible. Tom era demasiado cuidadoso para no echar la llave.

Entornó los ojos con suspicacia.

—¿La ha enviado Tom?

—Tom ¿qué?

Había despertado con un hambre desaforada, pero estaba tan estupefacta por los acontecimientos de la mañana que sólo pudo probar las tortitas, aunque eran sabrosas. La nota de Tom, con su seductor doble sentido, quedó olvidada de momento durante la sesión de preguntas y respuestas que siguió a su encuentro con Kristina Warger.

—Camp Meier —dijo la joven por fin—. Por eso he venido. Sus investigaciones tocaron un punto sensible. Exigían... una respuesta.

—¿La ha enviado alguien, o ha venido por iniciativa propia?

—Oh, me han enviado. —Bebió un trago de café y sonrió.

—¿Quién?

—¿De veras quiere saberlo?

—¡Por supuesto!

—Bien, lo siento... Aún no puedo decírselo. Antes he de averiguar algunas cosas sobre usted.

Janie observó encolerizada a su descarada y presuntuosa visitante. Qué audacia, pensó. ¡Tan parecida a Betsy!

—Si están enterados de que he investigado el campamento, ya debían de tenerme vigilada.

—Pues no. Usted nos encontró, de hecho. Aceptó una *cookie* de nuestra web. Nos limitamos a seguir el rastro.

—Estoy segura de que montones de personas la visitan.

—Usted es la única que no tiene hijos.

Janie aguardó a que el dolor que le había provocado el comentario se disipara.

—Oh, venga, estoy segura de que otras personas sin buenos motivos han pasado por esa página.

—Han pasado, explorado y salido. Usted se entretuvo bastante rato en un par de sitios. Hasta imprimió uno.

Janie sintió que la sangre le hervía en las venas.

—Así pues, han estado investigando lo que hago en mi ordenador. Debo suponer que saben un montón de cosas sobre mí.

—Algunas, las que se pueden averiguar así. Los ordenadores tienen sus límites, ya lo sabe. Me gustaría que me explicara cómo descubrió Camp Meier, para empezar.

—¿Descubrirlo? No lo descubrí. Me hablaron de él. Exploré porque estoy realizando un trabajo para un muchacho que una vez estuvo en él.

Un destello de comprensión apareció en los ojos de Kristina, y por un momento Janie supuso que pronunciaría el nombre de Abraham Prives. Sin embargo se equivocó.

—Imprimió el del muchacho de la silla de ruedas —se limitó a decir Kristina—. Sabemos por su currículum...

—Espere un momento. Siempre habla en plural. ¿Quiénes son ustedes?

Por lo visto Kristina Warger no estaba acostumbrada a que la interrumpieran, y tampoco le gustaba.

—Dentro de un momento —dijo con irritación—. No quiero perder el hilo. Como decía, sabemos por su currículum, y algunos estudios suyos que hemos examinado, que es una mujer muy brillante. También es una científica concienzuda y observadora. Su actividad en el campo de la neurocirugía fue espléndida. Por cierto, es una vergüenza que no le hayan renovado el permiso de trabajo.

Janie observó con incredulidad a la joven, que continuaba hablando.

—Y su investigación del suelo de Londres... Bien, sólo puedo decir que fue magnífico. Impresionante.

—Aún no he publicado ese estudio.

Por un momento dio la impresión de que Kristina no sabía qué decir.

—Bien, en cualquier caso lo he visto. No me fijé en que aún no lo habían publicado.

—Está en el disco duro de mi ordenador..., el que me robaron, y en el de mi oficina. Mi abogado también guarda una copia impresa.

—Bien, no es importante cómo...

—Oh, sí, ya lo creo. Para mí lo es.

Kristina forzó una sonrisa y prosiguió, indiferente a las continuas protestas de Janie.

—Lo de menos es cómo nos hemos enterado de lo bien que trabaja. El caso es que lo sabemos. Por tanto, cuando exploró Camp Meier por Internet, supusimos que había sumado dos y dos y obtenido cincuenta y tres, o cualquier otra cifra.

—Es una forma de expresarlo.

Janie miró a la joven. Dentro de un mes, su hija, Betsy, habría cumplido veinte años, si no hubiera contraído el DR SAM.

Ésta no es mucho mayor. Janie cerró los ojos e intentó imaginar a Betsy sentada a la mesa de la cocina de una desconocida después de haberse instalado sin previa invitación. No era una visión que encajara bien. Betsy había sido una niña despierta,

pero no había tenido la oportunidad de descubrir sus posibilidades. No habría hecho esto.

¿De dónde sacaba esa muchacha tanta audacia, pese a su tierna edad? Sobrevivir a las epidemias había estimulado la osadía de algunos jóvenes, incluso les había endurecido. Cultos extraños habían surgido entre los grupos de adolescentes que habían sobrevivido al DR SAM. Pero ¿era dura esta chica?

No. Atrevida, sí, fuerte, tal vez. Sin embargo Janie no percibía dureza en ella. De hecho advertía cierta vulnerabilidad, una tendencia a buscar la aprobación de los demás.

—Será mejor que explique quiénes son ustedes.

Kristina Warger quedó desconcertada.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. No hace más que decir que sabemos esto, sabemos lo otro, supusimos lo de más allá... Le he preguntado quiénes son ustedes.

—Ejem...

—¿No se acuerda?

Janie observó que Kristina movía los ojos, de un lado a otro, como si buscara en su memoria. Por un momento pareció que la muchacha hubiera emigrado a otro lugar.

De repente la luz del recuerdo iluminó su cara.

—Ah, sí. Nosotros.

Recobrada del breve lapso, respiró hondo, como si se preparara para una disertación. Sin embargo, su explicación fue breve, mecánica, de modo que su atenta oyente pensó que la había memorizado y ensayado hasta el mínimo detalle.

—Somos una agencia compuesta de ciudadanos voluntarios concienciados e investigamos casos sospechosos de manipulación genética ilegal.

Muy sencillo, pensó Janie.

—¿Una agencia gubernamental?

La pregunta casi pareció ofender a Kristina.

—Oh, no —se apresuró a contestar—. Privada. Completamente independiente. Voluntarios, como ya he dicho.

—¿Cómo se financian?

La chica tardó en responder, como si estuviera decidiendo qué debía decir. Por lo visto, aquella pregunta en concreto no se había ensayado.

—Contamos con nuestros propios medios —balbuceó—, pero dudo de que eso le interese.

—Bien, pues me interesa, le guste o no, al igual que me interesa saber cómo han tenido acceso a mi trabajo de Londres y, sobre todo, qué hace usted aquí. Supongo que no habrá venido para felicitar me por mi perspicacia científica, y no creo que nadie de Camp Meier la enviara.

—No exactamente.

—Entonces es que quieren algo de mí.

—Oh, sí.

—¿Qué es?

—Queremos que haga algo por nosotros.

Menuda sorpresa.

—¿De qué se trata?

—Una pequeña investigación.

—No soy una investigadora, pero hay muchos por ahí. ¿Por qué no se ponen en contacto con ellos?

—Porque no confiamos en ninguno.

—¿Y confían en mí?

—Sí. Nos la han... recomendado.

—¿Quién, si no le molesta que se lo pregunte?

—En este momento creo que no sería positivo revelarlo.

Estaba jugando al gato y al ratón con una cría. ¿Podía haber algo más ridículo?

—Oh, por el amor de Dios, esto es...

Kristina acalló las protestas de Janie con una teoría forzada.

—Tenemos algunas personas en nuestra base de datos que podrían ser víctimas de manipulación genética. —Cuando Janie dejó de hablar, Kristina bajó la voz—. Usted se ha topado con algunas de ellas y posee los conocimientos necesarios para ayudarnos a descubrir lo que ha sucedido.

—No soy genetista.

—No importa. Yo sé mucho de genética. Contamos con gente que puede ayudarla a descifrar la información que encuentre dentro...

—Supongo que quiere decir dentro de Big Dattie.

Kristina asintió y sacó una hoja de papel doblada de un bolsillo. La desdobló con minuciosidad y echó un vistazo a lo que había escrito antes de continuar.

—Abraham Prives —leyó—. Su intuición fue perfecta. Por eso consideramos una buena idea investigarla y, cuanto más investigábamos, más nos gustaba lo que descubríamos.

Janie señaló hacia la sala de estar.

—Habrían podido ser más amables.

—¿No lo hemos sido?

—Anoche. Eso de entrar por la fuerza...

—No fuimos nosotros —afirmó la joven con suma seriedad—. Por eso he venido esta mañana. Pensamos que no era prudente esperar más.

Al principio Janie se resistió a creer que Kristina y su grupo no tenían nada que

ver con el asalto a su casa, pero la joven insistió. Pese al susto y la cólera iniciales, Janie se sintió inclinada a creerla, casi contra su propia voluntad, contra el sentido común.

—¿Quién pudo ser?

—Lo ignoramos y queremos averiguarlo. Es demasiada casualidad que sólo le robaran el ordenador que utilizaba para sus investigaciones —dijo Kristina. Se inclinó y la miró a los ojos con una expresión de intensa concentración.

Casi parecía un desafío.

Lo era.

—Sabemos que posee el talento, la motivación y la tenacidad necesarios para descubrir quién intenta proteger Camp Meier y por qué. No obstante, debo prevenirla: es posible que exista cierto peligro. Si decide ayudarnos, como esperamos, debería poner sus asuntos en orden.

A Janie se le antojó un tanto extremo.

—¿Alguien intentará hacerme daño? —inquirió.

—Físico no, pero debería hacer copias de todo y guardar sus pertenencias más queridas en una caja fuerte, por si acaso.

—¿Cuándo debo informarles de mi decisión?

—Lo antes posible.

—¿Cómo me pondré en contacto con ustedes?

—Nosotros nos pondremos en contacto con usted.

Kristina se marchó con aquella promesa. Subió a un pequeño coche que había dejado aparcado en el camino de acceso y desapareció.

Desde la puerta de la cocina, Janie observó cómo se alejaba el vehículo. ¿Adónde irá?, se preguntó.

Después se sentó a la mesa de la cocina para serenarse. El recado de Bruce, escrito por Tom, seguía allí. Cogió la nota y la examinó con la esperanza de que le hablara, pero se mantuvo en un silencio tenaz y detestable.

Nunca le telefoneaba a esa hora, pero necesitaba tranquilizarse. Sintió un inmenso alivio cuando localizó a Bruce en su despacho de Londres.

—No vas a creer lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

Bruce la escuchó sin interrumpir. A juzgar por el tono exaltado de su relato, era evidente que Janie esperaba contagiarle su fascinación por todo el asunto, pero la reacción de Bruce no fue nada alentadora.

—Sé que no te gustará —le advirtió—, pero esto no me hace ninguna gracia. En un par de días dos desconocidos han irrumpido en tu casa. Alguien te está investigando, Janie, y eso me preocupa. Todo es muy extraño, y me gustaría que no te mostraras tan entusiasmada. Quizá deberías poner tierra por medio. Tal vez deberías conseguir un visado a cualquier sitio y salir de ahí. Deja tu trabajo y lárgate. Ve a

donde sea.

—¿Qué dices, Bruce? No puedo marcharme. Sí, me encantaría dejar mi trabajo, pero el resto de mi vida... No puedo dejarla colgada.

—¿Por qué?

—Porque... porque tengo responsabilidades, por eso.

—¿Qué es tan importante como para ponerte en peligro?

La dignidad de hacer algo significativo, respondió Janie para sus adentros. La descarga de adrenalina que comporta. Abraham Prives y tal vez un montón de chicos más.

Sin embargo se abstuvo de expresar sus pensamientos.

—Para empezar, no sé si estoy en peligro.

—Un hombre ha muerto, y han forzado tu casa. Una encantadora desconocida aparece de repente y resulta que tiene la misma edad que tendría tu hija, lo que te inspira ternurita, e intenta convencerte de que hagas algo que roza la ilegalidad. Ése es el peligro.

—No me pasará nada; sé cuidar de mí...

—¿Y nosotros? Si te metes en líos, si tienes problemas, repercutirá en los dos. Puede que jamás consigamos solucionarlo, para estar juntos al fin... ¿Es eso lo que quieres?

Janie pensó que su deseo por vivir con él estaba fuera de duda, era algo por lo que siempre lucharía, y él lo sabía. ¿Cómo podía ocurrírsele que no le importaba? La irritó que lo insinuara siquiera.

—No, claro que no —respondió por fin—. ¿Qué hay de mi responsabilidad hacia mí misma? Creo que quiero hacerlo. Me parece... importante.

—Lo sé. Odias tu trabajo; lo comprendo, pero sabes que es una situación provisional, hasta que todo vuelva a la normalidad.

—Cosa que no va a suceder pronto.

—Janie, por favor, no lo hagas.

—Bruce, te ruego que no me pidas eso. Me cabrea.

Le oyó suspirar. Casi se alegró de no poder verle.

—¿Te dejó Tom la nota que le pedí?

—Sí.

—Bien, era sincera. Te quiero, y sólo deseo lo mejor para los dos.

Después de colgar, Janie arrugó la nota y la arrojó al cubo de reciclaje. Había llegado el momento de poner en orden algunos asuntos.

Telefoneó al Depósito Nacional de Libros Hebreos. Myra Ross se sintió encantada de oírla.

—Dejaré huecos en mi agenda —prometió la conservadora—. Llámeme en

cuanto recupere el diario. —A continuación añadió con entusiasmo—: Esto es maravilloso. Maravilloso. Tengo muchas ganas de verla.

Gastó una cantidad de gasolina preciosa en desplazarse en coche hasta la oficina de Tom, después de llamar para asegurarse de que estaría. Metió en una bolsa algunos objetos personales, sobre todo joyas: el anillo de compromiso que le había regalado su difunto esposo, algunas alhajas baratas pero muy queridas que habían pertenecido a su madre, víctima también del DR SAM; la vajilla de plata de su abuela; un sobrecito que contenía los dientes de leche de Betsy y un mechón del cabello dorado de la chiquilla; otro disco, con copias digitales de todo su álbum de fotografías y la colección de vídeos caseros, la crónica de su vida antes de que todo se torciera.

—Necesitaré una caja fuerte más grande si sigues trayendo cosas —comentó Tom cuando Janie llegó—. Tal vez deberías mudarte aquí.

—Si cupiera en la caja, quizá me pararía a pensarlo. Escucha, Tom, ¿está al día mi testamento?

—Por supuesto. Lo redactamos hace tres meses.

—Ah, claro. Me había olvidado.

El rostro de Tom expresó preocupación.

—Bien, últimamente tienes muchas cosas en la cabeza, pero no sueles ser olvidadiza, sobre todo cuando se trata de asuntos como éste, de modo que me pregunto...

El comentario la hizo pensar en el lapso de memoria de Kristina Warger.

Tal vez se contagiaba.

—¿Guardas copias de mis pólizas de seguros?

El semblante de Tom se ensombreció todavía más.

—¿Me ocultas algo que debería saber? Ayer dijiste que necesitabas contarme un montón de cosas. Ahora tengo tiempo.

Janie le miró y se preguntó si debía hablarle del encuentro de la mañana. Le confiaba todo lo que le sucedía, ¿por qué no ese episodio?

—No —dijo por fin, si bien la entristeció utilizar la palabra—. No era nada. Simple fatiga. A veces, la imaginación me juega malas pasadas. —Sonrió—. Ya lo sabes. Me asustó lo de la otra noche. No quiero perder las cosas que son importantes para mí. A veces pienso que es lo único que me quedará cuando sea vieja. Si llego a vieja.

—¿No eres un poco alarmista?

—No —contestó Janie con firmeza—. Ni un ápice.

Janie dejó el coche aparcado cerca de la oficina de Tom y subió a un taxi. La tarifa fue cara, pero se le antojó insignificante en comparación con la repentina sensación de que casi todo lo que formaba parte de su vida, incluido el diario, corría peligro. Se sintió muy feliz cuando el vehículo se detuvo ante la puerta del Depósito

de Libros Hebreos, pues sólo tenía que recorrer unos pasos con su preciado cargamento.

Un coche con ventanillas tintadas entró en el aparcamiento cuando ella se apeaba y ocupó un espacio libre entre otros dos. Janie miró, a la espera de que el conductor saliera, pero no bajó nadie. Se entretuvo unos segundos, con el sobre acolchado apretado contra el pecho.

No es nada. Consiguió convencerse de que era su hipersensibilidad, un estado mental natural a tenor de lo ocurrido durante los últimos días, lo que provocaba una paranoia innecesaria. De todos modos, salvó con paso presuroso la escasa distancia que la separaba de la puerta del edificio. Se identificó en el mostrador de seguridad, y le indicaron que se dirigiera a la zona de recepción, donde la señora Ross ya la esperaba.

—Vamos a una de las salas de trabajo —propuso la conservadora en cuanto apareció.

Janie asintió y, mientras recorría un largo pasillo al lado de la señora Ross, desviaba la vista hacia todas las puertas ante las que pasaban.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Myra—. Parece un poco alterada.

Eso quiere decir que se nota.

—Estoy bien —respondió Janie, que se esforzó por calmarse—. Me ha puesto nerviosa traer el diario.

Myra echó un vistazo al paquete que Janie abrazaba y le dedicó una sonrisa tranquilizadora, casi maternal.

—Es muy comprensible —dijo.

Al cabo de unos segundos se detuvo y señaló una sala situada a su derecha.

—Ya hemos llegado.

Guio a Janie hasta el interior de la amplia habitación. La luz que entraba por una hilera de claraboyas era brillante pero indirecta, sin rayos muy bien definidos. La estancia albergaba los muebles indispensables, todos funcionales. Janie dejó el paquete sobre la mesa central y lo empujó poco a poco hacia Myra.

—Utilizamos este espacio para los proyectos de restauración y reparación —explicó la conservadora—. Está muy bien equipado. —Después, con una expresión de entusiasmo que Janie creía reservada a los niños pequeños, acercó el sobre y lo abrió—. Papel de envolver vulgar de color marrón —observó con una risita—. Parece un informe, o algo similar, no un tesoro.

Myra sacó un par de guantes de látex de un cajón de la mesa y se los puso, embutiendo cada dedo según lo que a Janie se le antojó un reiterado ritual, algo que todo conservador debe hacer para examinar cualquier nuevo artículo que llega. Extrajo el libro con cuidado y lo dejó sobre la mesa. A continuación lo abrió y examinó la primera página.

—Oh, Dios —susurró.

Janie creyó ver un velo de lágrimas en sus ojos.

—Creía que yo era la única que se conmovía con esta clase de cosas.

—Oh, no tengo cura —dijo Myra—. Los objetos raros me emocionan. De todos modos, debo decirle que hace mucho tiempo que no lloraba al ver una pieza nueva. —Sorbió por la nariz—. Si esto es lo que usted afirma, y a primera vista parece auténtico —añadió mientras pasaba la mano sobre el diario, como si lo bendijera—, será magnífico. —Volvió a posar la mirada en la página—. Alejandro Canches. Español. Es un apellido poco común para un judío de aquella época.

—Sé muy poco sobre ese período histórico, sólo lo que he leído desde que el diario llegó a mis manos —explicó Janie—. He intentado comprender el contexto de la época, pero es difícil... y la mayor parte del diario no versa sobre su vida en España, sino sobre sus estudios en Francia y sus viajes posteriores. Ésa es la parte que he logrado traducir. Me han prestado una gran ayuda especialistas en francés arcaico que encontré en Ednet. Lo que realmente se me resiste es el principio, lo que está escrito en hebreo. —Hizo una pausa, confiando en que Myra diría: Oh, no se preocupe, querida, conozco esa lengua, pero la conservadora guardó silencio—. ¿Puede traducirlo? —preguntó por fin.

Myra ojeó el texto en hebreo y exhaló un suspiro de frustración.

—No puedo, al menos no sin grandes esfuerzos. Traducirlo no será imposible, pero debo decirle que hay pocas personas capaces de realizar esa tarea. No obstante, me pondré en contacto con algunas.

—Sería maravilloso, de veras.

—Es posible que lleve tiempo.

—Lo comprendo.

Myra dedicó unos momentos a examinar la encuadernación. Dio la vuelta al libro, inspeccionó el lomo, enderezó el volumen, y echó un vistazo a la parte de atrás.

—Hummm... aquí hay algo raro —observó—. Es probable que usted no se haya fijado, pero...

Janie casi lanzó una risita.

—Hay muchas cosas en que no me habré fijado. ¿A qué se refiere?

—Bueno, creo que lo han reordenado. Me refiero a las páginas. De hecho, estoy casi segura, a menos que sea una falsificación, cosa que no parece a simple vista. —Fue al final del libro y echó un vistazo a las anotaciones más recientes, en inglés—. El hebreo tendría que estar aquí. Empezamos nuestros libros por la derecha. —Volvió al principio y estudió las anotaciones—. Estas páginas no están en el orden que me esperaba. Cambiaron el orden de las páginas y lo volvieron a encuadernar. —Abrió un cajón y extrajo un puntero de metal. Recorrió con el extremo una costura apenas visible en la piel—. Mire. Justo aquí. Volvieron a coserlo.

—Dios mío...

—Oh, eso no disminuye su valor, no es más que una rareza. Supongo que encontrar esas notas en hebreo debió de ofender terriblemente el sentido del orden de alguien. Quien lo hizo no era judío.

—No puedo asegurarlo —dijo Janie, vacilante—, pero no creo que los propietarios posteriores a Alejandro fueran judíos. Sospecho que todos eran ingleses, y una cosa curiosa es que todos fueron mujeres, a excepción de mi predecesor.

Mientras volvía con cuidado una página de pergamino, Myra miró a Janie con suspicacia.

—Habría una historia detrás.

Janie suspiró.

—Ya la leerá, pero le diré que Alejandro Canches era, en esencia, un fugitivo. Estudió medicina en Francia.

—En Montpellier, sin duda.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

—Debió de ser el único lugar donde le permitieron asistir a la universidad.

—Oh —exclamó Janie con humildad—. No se me ocurrió.

—No tenía por qué. Siga, por favor.

—Tuvo que huir por toda Europa porque mató a un obispo.

—Oh, cielos... Mal asunto para un judío. —Una sonrisa iluminó el rostro de Myra—. Supongo que tuvo buenos motivos.

—En efecto. En sus últimos escritos se revela como un hombre muy serio y reflexivo. No me parece la clase de individuo que realizaría un acto semejante a la ligera.

—Nadie hace cosas como ésa a la ligera —repuso Myra con semblante pensativo—. Nadie en su sano juicio, por supuesto. Habla de él en presente, como si aún estuviera vivo.

Una expresión melancólica apareció en el rostro de Janie.

—Para mí, sí. Muy vivo. Por eso quiero asegurarme de que perviva aquí. —Tocó la cubierta del diario—. Y aquí. —Apoyó la mano sobre el corazón. Tras un breve silencio, añadió—: Debió dar la vuelta al libro y empezar otra vez en francés desde el principio. Nadie habría visto el hebreo detrás, si lo hizo.

—Es probable —admitió Myra—, a menos que lo buscara. —Pasó otra página, con una cautela casi exagerada—. Su caligrafía es muy hermosa. Muy elegante.

—Tengo la sensación de que todo en él era elegante.

Myra sonrió.

—¿De cuándo dice que data el libro?

—Del peor año de la peste negra, 1348.

—En ese caso, es posible que lo esté rodeando usted de un halo romántico. No

debió de ser el héroe aventurero que usted imagina. Es probable que hiciera muchas cosas para sobrevivir que usted no aprobaría, pero aquéllos eran otros tiempos. Ahora son más fáciles.

Janie miró el diario con aire reflexivo, y después a Myra.

—¿Usted cree? Vivir en una época como aquélla en cierto modo me atrae. Ahora estamos tan... reprimidos, por nuestro gobierno, por nuestras circunstancias...

—Perdone, querida, pero no sabe lo que es la represión. Confío en que nunca lo averigüe. —Cogió el diario y lo devolvió con cuidado al sobre—. Escuche, tendré que examinar con más detenimiento esta belleza, y hay un par de personas cuyos cerebros quiero pedir prestados. Por fortuna suelen estar disponibles y tardaré a lo sumo un par de días en proporcionarle más información. Las traducciones tardarán un poco más. Entretanto, lo aseguraré provisionalmente en doscientos cincuenta mil dólares.

Janie casi gritó.

—Caramba —dijo.

Myra rio al ver su expresión de sorpresa.

—¿Cuánto creía que valía un manuscrito de esta clase?

—No tenía ni idea, pero no tanto. Quizá deba contratar a un par de mis amigos ladrones para que entren y lo roben.

Myra le dirigió una mirada significativa.

—Creo que no les gustaría la reacción de nuestro sistema de seguridad.

—Lo siento, he dicho una estupidez, aunque fuera en broma. —Janie lanzó una risita nerviosa—. Creo que la cifra me ha trastornado un poco. En cuanto a la otra información, ¿a qué se refiere?

—Oh, existen muchos datos de interés relacionados con un objeto como éste: dónde se fabricó el pergamino, quién fue el encuadernador, qué clase de tinta se utilizó, cosas así.

—Detalles que no me harían perder el sueño —repuso Janie.

—Hay gente que lo pierde, lo crea o no.

—Oh, lo creo. Si pudiera averiguar cuál era el aspecto de Alejandro...

—Me temo que en eso no podemos ayudarla —dijo Myra—. Tendrá que preguntar a otro.

Trece

En lugar de la fría luz de la luna, entraban por la ventana los cálidos rayos del sol, que despertaron a Kate. Abrió los ojos, miró por la ventana y vio que el sol ya estaba alto en el cielo. Aunque había dormido mucho, aún se sentía soñolienta. Se incorporó con mucha parsimonia y paseó la vista alrededor.

La ropa de Karle ya no estaba en el rincón donde la había arrojado, y se preguntó cómo había logrado vestirse, teniendo en cuenta su lamentable estado. Se levantó con lentitud para adaptarse a la posición vertical, y se puso la blusa y la camisa sobre el camisón. Las ropas, antes blancas, se habían vuelto grises a causa de la suciedad y estaban manchadas. Un buen lavado y unas horas al sol obrarán maravillas, pensó mientras se alisaba el cabello con los dedos. Sin embargo, pese a tener a su disposición agua caliente, la jofaina y el jabón, el tiempo necesario para tales actividades se le antojaba un lujo.

Quedaba un poco de agua en la jarra. Estaba un poco tibia pero, cuando se mojó la cara, el sopor se disipó. Su estómago gruñó la orden perentoria de encontrar alimentos, y bajó a la planta principal.

Vio a Étienne Marcel y a Guillaume Karle sentados a la mesa del comfortable salón, estudiando lo que parecían mapas. Supuso que continuaban conspirando, aunque más bien parecían hombres versados en matemáticas, porque ambos se habían afeitado y lavado el pelo, y daban la impresión de estar concentrados en los asuntos del rey, en lugar de planear una rebelión contra él. Para su sorpresa, vio que Karle vestía ropas limpias. Se las habrá prestado Marcel. La idea no dejó de divertirla. Los dos medían más o menos lo mismo, pero Marcel era mucho más corpulento, viejo y rechoncho. Karle era delgado y musculoso, y bastante bien formado, admitió con cierta irritación. Bien, da igual que las ropas le cuelguen, pensó con alivio. Al menos, no olerá.

—*Bonjour* —susurró, y ambos la miraron.

—*Ah! Mademoiselle!* —dijo Marcel con una sonrisa irónica. Se levantó de la silla e inclinó la cabeza en su dirección—. Dormíais tan profundamente que Marie temió que hubierais ido al encuentro de vuestro dios. Me alegra comprobar que no. En previsión, os hemos guardado un poco de pan. Bajad a la cocina, la encontraréis allí. Ella os dará de comer. —Desvió la vista hacia su trabajo, en señal de despedida.

Kate miró a Guillaume Karle, que inclinó la cabeza como Marcel, un acto de adecuada cortesía. No obstante, en sus labios se adivinaba la sombra de una sonrisa, que daba a entender una intimidación indefinida. Incómoda de repente, Kate le sonrió con timidez y se retiró.

La cocina olía un poco a lejía, y Kate tuvo que abrirse paso entre las ropas tendidas de Guillaume Karle hasta encontrar a Marie.

—Quería ponérselas otra vez —explicó la sirvienta con indignación—. No se lo permití.

—Hicisteis bien —aprobo Kate.

Cogió la manga de una camisa y la acercó a la nariz. Bajo el olor penetrante de la lejía, percibió el perfume de lavanda. A Karle no le importaría, supuso. Kate se preguntó si la criada había añadido lavanda a la lejía para complacer a su acompañante, que resultaba ser ella. ¿Aparentaban estar unidos? ¿Unidos de esa forma? No osó interrogarla al respecto.

—Habéis obrado milagros —afirmó—. Aunque el «caballero» tal vez no repare en vuestra destreza, yo sí. *Merci*. Bien, monsieur Marcel me ha asegurado que encontraría algo de pan en vuestros dominios.

La criada asintió y sacó una pequeña hogaza de una cesta.

Kate la aceptó de buena gana. Se la acercó a la nariz y aspiró su aroma.

—¿Cómo habéis encontrado un trigo tan bueno?

—Monsieur tiene contactos —contestó la criada al tiempo que se encogía de hombros—. Yo no pregunto quiénes son. Me limito a coger lo que madame me da para administrar la *maison*.

—¿Madame está en casa ahora?

—*Mais non*. Monsieur la ha enviado lejos, para protegerla. Al sur, donde se aloja con su *maman*.

—¿No la acompañasteis?

Los ojos de la muchacha centellearon con coquetería.

—Claro que no. ¿Quién se ocuparía de las necesidades de *monsieur le prévôt*?

¿Quién, en verdad?, se preguntó Kate. El pan que sostenía aún estaba un poco caliente. Partió un pedazo y se lo llevó a la boca. No era como el de los campesinos, basto y de grano grueso, sino dorado, elaborado con la mejor harina, una adquisición difícil y cara, incluso en tiempos de paz. Su asombro no hizo más que aumentar cuando la criada buscó en una alacena y le ofreció una maravillosa ciruela madura.

—*Mon Dieu* —susurró Kate—. Qué maravilla.

Se sentó en un taburete y comió sus tesoros con el placer de alguien acostumbrado a tales manjares, pero privado de ellos desde hacía mucho tiempo. Después, tras un largo trago de agua y una efusiva expresión de gratitud a su benefactora, salió de la cocina para reunirse con los hombres.

Les encontró conspirando con entusiasmo, tras haber llegado a un acuerdo sobre sus diferencias de la noche anterior. Oyó las palabras de Marcel cuando se acercó.

—Existe una nítida falta de claridad sobre las alianzas.

Vio que el preboste movía el dedo sobre el mapa.

—Todo el mundo se ha dispersado —explicó—, tanto nuestros aliados como nuestros enemigos. Navarra está aquí, en el *chateau* de Coucy, donde el barón le acoge.

Me suena el nombre de Coucy, pensó Kate. Sondeó su mente. ¿Dónde lo había oído?

En la corte de mi padre. Se aproximó más.

Entonces Marcel manifestó su desaprobación. No dijo nada, pero miró a Karle como pidiéndole en silencio que se desembarazara de Kate.

Ella no esperó a que Karle reaccionara, sino que se acercó más y se paró detrás de él. Miró por encima de su hombro con interés.

Marcel entornó los ojos con suspicacia.

—¿Sabe interpretar los mapas? —preguntó a Karle.

Guillaume Karle se puso nervioso y se levantó.

—Haced el favor de excusarme un momento, *monsieur le prévôt*.

Cogió a Kate del brazo y la condujo a otra sala anexa, más pequeña, para hablar con ella en privado.

—Os ruego que me complazcáis —pidió—. Debo conferenciar con Marcel mientras goce de la oportunidad. No quiero dejaros sola, ni insultar a vuestra inteligencia, pero temo que he de hacerlo.

—¿Y qué debo hacer yo, mientras atendéis a estos asuntos tan importantes?

Karle reflexionó antes de responder.

—Tal vez la criada tenga que ir al mercado. Podríais acompañarla.

Kate consideró la remota posibilidad de que Karle hubiera dicho a Marcel que era su criada, y se dio cuenta con suma desdicha de que el preboste la trataba como si pensara que ése era el caso. Se sintió muy ofendida por la idea, pero prefirió callar.

—¿Cuándo volveremos a la rue des Rosiers? —preguntó.

—Iremos esta tarde, en cuanto haya terminado con Marcel.

Irritada, ofendida y algo perpleja, Kate accedió a dejarle a solas con Marcel.

—Muy bien —concedió—. Voy a ver si la criada desea compañía.

Se volvió con brusquedad y bajó a la cocina hecha una furia. Al menos tendría tiempo para lavarse la camisa.

Sólo después de que la camisa estuvo lavada, seca y ceñida a su cuerpo, Guillaume Karle accedió a acompañarla a la rue des Rosiers.

Kate recogió sus escasas pertenencias y se despidió de Marie, que había demostrado ser una compañía agradable durante el breve tiempo que habían pasado juntas. Marcel seguía ocupado, de modo que no pudo darle las gracias en persona. No era que tuviera muchas ganas, porque aquel hombre le daba escalofríos. Se preguntó si Karle sentía lo mismo, pero no preguntó. Pronto, cuando se reuniera con *père*, ya

no importaría.

—Confío en que le expreséis mi gratitud cuando regreséis —pidió a Karle mientras bajaban por la escalera.

—Podéis contar conmigo, mademoiselle —aseguró el hombre con galantería—. No os fallaré.

—Eso prometéis, pero casi me falláis hoy —replicó la joven—. Había empezado a creer que no seríais capaz de separaros de vuestro camarada rebelde.

—De momento no somos rebeldes. Sólo conspiramos para la rebelión. —Su expresión transparentaba esperanza y entusiasmo—. Marcel cree que, si nos aliamos temporalmente con Navarra, las tropas del rey serán derrotadas.

—Pero... ¡Navarra es un monstruo! ¿Consideráis posible confiar en él?

—No lo sé. En todo caso creo necesario reflexionar al respecto.

Kate percibió la incertidumbre en su voz y pensó que tenía buenos motivos para dudar. Sin embargo, había sido inducido por un taimado estadista a sopesar aquella extraña alianza, un político muy persuasivo, que no tenía rival en la diplomacia.

Tal vez debería intentar disuadirle de este propósito. No dará nada bueno como resultado.

—Karle, estaba pensando... —empezó a decir.

—¿Qué?

—Oh... Nada. No es importante. —Al fin y al cabo, cuando se reuniera con *père*, ya no sería problema suyo—. Sólo quería decir que os deseo buena suerte en esta empresa. Os doy las gracias por venirme a buscar. —Después, pasó a otro tema—. ¡Por cierto, ya era hora! Marie es una compañía agradable, pero su conversación... ¡Madame esto, monsieur lo otro! Me temo que la pobre criatura no sabe nada de lo que ocurre al otro lado de aquellas paredes. Me moriría si mi vida fuera así.

—En ese caso, dad gracias a Dios de que no os haya impuesto semejante vida. No obstante, pensad que Marie tiene un hogar decente, el estómago lleno y un par de *sous* que puede llamar suyos. Pocos fuera de París pueden afirmar lo mismo, y muy pocos dentro, por cierto. Marcel se ha preocupado de que goce de cierta libertad, en consonancia con su filosofía. Personas muy influyentes visitan con frecuencia su casa. Tal vez quiera dar ejemplo y enseñarles cómo se debe tratar a la servidumbre.

Admira muchísimo a Marcel, concluyó Kate con preocupación; influye en su forma de pensar.

—De todos modos, tiene una criada.

—Cierto. Su libertad está restringida. Vos, señora, disfrutáis de mucha más libertad que ella.

Menuda libertad. Sin embargo, sintió cierta vergüenza, porque sabía que Karle tenía razón.

—Agradezco a Dios lo que me ha concedido, pero ha sido muy caprichoso con

sus dones. Da, quita, juega conmigo.

—Sois tan juguete de Dios como cualquier alma mortal de esta tierra.

Kate aminoró el paso, se detuvo y le miró.

—Oh, sí, Karle, lo soy. Dios ha jugado conmigo con gran entusiasmo. Y también con *père*. Más de lo que sospecháis.

El francés la miró con curiosidad.

—Os ruego que me contéis cómo.

Su interés parecía verdadero. Kate estuvo a punto de revelarlo todo. Le proporcionaría un gran alivio poder hablar sin ambages de su vida. Confiar en alguien que no fuera Alejandro era una bendición que no conocía desde la infancia. Con todo, era una decisión que no podía tomar por su cuenta y riesgo. *Père* querrá decir algo al respecto, pensó.

—Quiero hacerlo, Karle, pero antes he de consultar con mi *père*.

Karle sentía una enorme curiosidad, pero además se daba cuenta de que Alejandro pronto reclamaría a Kate su compañía, su devoción, toda su atención. La mera presencia de la muchacha a su lado había significado un consuelo para él, y por un brevísimo instante deseó sacudirse de encima todas las responsabilidades que habían recaído sobre sus hombros, volver a ser un hombre normal, dejar atrás el derramamiento de sangre; vivir como una persona corriente, con sus malos momentos, penas y alegrías pasajeras. Aquí, a mi lado, aunque apenas es una muchacha, hay una persona cuya compañía ennoblecería cualquier vida corriente. ¡Qué gran fortuna!

Kate pronto marcharía. A cada paso que avanzaban hacia el lugar de la cita, la inminente separación se le antojaba más dolorosa. Faltaba muy poco ya para llegar a la rue des Rosiers, cuando reunió fuerzas para cogerla del brazo y obligarla a detenerse.

—Comprendo vuestra impaciencia, pero quiero hablaros de cierto asunto —dijo—. Me gustaría mucho saber que volveremos a reunirnos cuando esta locura haya terminado. —Añadió en voz baja—: Si vos queréis.

Sus miradas se encontraron, y Kate desvió la vista, con las mejillas ruborizadas.

—A mí también me gustaría —susurró.

—¿Qué opinaría vuestro *père* si decidierais quedaros conmigo?

Sus palabras sorprendieron a Kate.

—¿Sólo yo?

—No —se apresuró a responder Karle—. Los dos, por supuesto.

Emociones extrañas y desconocidas se habían apoderado de la joven: esperanza, entusiasmo, expectación. Sin embargo, no podía olvidar la realidad de su difícil situación.

—No tengo ni idea de qué le parecería ese plan. Si os referís a que nos

convirtamos en soldados de vuestra causa, no accederá, pero debe hablar por sí mismo, como sin duda hará si se lo proponéis.

Karle le cogió una mano. En contraste con la suya, era pequeña y delicada.

—¿No os molesta que hable con él sobre esta cuestión? —preguntó con mayor seguridad de la que sentía.

—No, Karle, yo... creo que me gustaría.

—Si tuvierais que hablar por vos, ¿cuál sería la respuesta? —insistió el francés.

—Sería sí.

Una felicidad indisimulada asomó al rostro de Karle y sorprendió a la joven.

—Sin embargo debo tener en cuenta los deseos de *père* —se apresuró a añadir.

—Un médico sería muy útil para nuestra causa.

—No quiere saber nada de guerras, os lo aseguro.

—¿Y una comadrona? He visto lo que sabéis hacer.

Kate sonrió con timidez.

—Aún he de aprender muchas cosas, pero procuraría ser útil.

—Ya he comprobado que podéis serlo, y mucho, pero aunque estuvierais a mi lado sin otro propósito que proporcionar el consuelo de vuestra presencia, seríais el camarada más valioso y bienvenido.

Una vez declarado su afecto, aunque con torpeza, reanudaron la marcha.

En la pequeña habitación que De Chauliac le había cedido, Alejandro pasó su primer día de cautiverio en una confortable soledad. Los guardias omnipresentes estaban apostados a la puerta, en el pasillo; dos soldados fornidos que jamás intercambiaban palabra. Alejandro no dudaba de que, si intentaba algo inconveniente, romperían su silencio y se abalanzarían sobre él al instante. Mientras se portara bien, le dejarían en paz.

La habitación de la buhardilla no era desagradable. Había aire y luz suficientes, y los techos estaban recién encalados, de modo que cuando entraba luz por la ventana resbalaba sobre las superficies inclinadas y brindaba al pequeño espacio una iluminación agradable y cálida. Su carcelero había tenido la amabilidad de procurarle un maravilloso entretenimiento, el manuscrito recién adquirido de una tragedia griega, un ejemplar raro y precioso, por el que Alejandro sentía la más sincera gratitud. Le intrigaban las ganas de complacerle de De Chauliac. Si bien casi había olvidado sus conocimientos del griego, porque su padre había desaprobado que lo aprendiera, recordaba lo suficiente para encontrar absorbente la pequeña obra. No obstante, el libro no lograba disipar la constante preocupación de que había cometido un error al dejar a Kate bajo la custodia de Guillaume Karle.

Le mataré con mis propias manos si ella sufre de alguna manera, se prometió. Sufrirá como ningún cristiano lo ha hecho jamás.

Oyó el roce de unos ropajes y unos pasos que se acercaban, levantó la vista y vio a De Chauillac en la puerta de la habitación.

—Buenos días, colega —saludó el noble francés—. ¿Cómo os encontráis en esta hermosa tarde?

El médico miró a su carcelero con frío resentimiento.

—Bastante bien, considerando mi cautiverio.

—Pensaba que os sentiríais como un invitado en mi casa. —El hombre sonrió—. Un invitado que carece de los medios para marcharse.

—Vuestra hospitalidad es notable, colega, y más a la vista de los tiempos que corren, pero supongo que no debo deciros que preferiría ser desdichado en libertad a vuestro cautivo mimado.

—Tal vez deberíais pensar que podríais ser mi descuchado cautivo —repuso De Chauillac con una sonrisa irónica.

Alejandro se levantó despacio y le miró de hito en hito.

—No soy tan tonto como para no haber pensado en esa posibilidad.

De Chauillac rio.

—No os considero tonto, amigo mío.

—Vuestros halagos son innecesarios, De Chauillac. No hace falta que seáis hipócrita. No somos amigos. Si vos creéis que sí, deduzco que definís la amistad de una manera más amplia que yo. Uno no retiene a los amigos encadenándolos.

—Por favor, Alejandro, no estáis encadenado.

—Pero tampoco puedo marcharme.

—No puedo permitir que os vayáis sin antes disfrutar de todos los placeres de vuestra visita. —De Chauillac se reunió con Alejandro junto a la ventana—. He planeado muchas cosas para vos. Hemos de hablar de numerosos asuntos, y hace mucho tiempo que anhelaba esta oportunidad; muchos años, de hecho. No penséis que vuestra visita será infructuosa. Mañana gozaremos de la compañía de algunos invitados ilustres. Como ya os dije, he preparado una velada entretenida. Creo que encontraréis la compañía agradable e inspiradora.

—Prefiero elegir yo mis compañías —replicó Alejandro—. ¿No os preocupa que mi verdadera identidad pueda ser descubierta? Tal vez alguien se me lleve prisionero, y entonces os quedaríais sin juguete.

De Chauillac le miró con sus fríos ojos azules y habló con voz serena.

—Os aseguro, colega, que no pretendo jugar con vos... todavía. Tened por seguro que os enteraréis cuando lo haga.

—Mientras espero, tal vez tendríais la bondad de devolverme el manuscrito. Aún me queda mucho trabajo por hacer. Si bien me complace en extremo la tragedia griega, creo que debería aprovechar el tiempo... hasta que decidáis lo que haréis conmigo, por supuesto.

De Chauliac permaneció callado, casi inexpresivo. Alejandro intentó con desesperación adivinar los sentimientos de su carcelero. En su rostro percibió ira reprimida, desde luego, y dudas acerca de lo que convenía hacer, pero había algo más, algo inesperado. De Chauliac parecía herido. Tras un largo silencio su anfitrión dijo por fin:

—Supongo que puedo devolvéroslo para que aprovechéis el tiempo.

Alejandro mostró su gratitud con un movimiento de la cabeza.

—Hasta mañana —dijo el francés cuando salió.

Alejandro se volvió y miró por la ventana. ¿Mañana?, pensó. Mañana ya no estaré aquí.

Kate reprimió las lágrimas hasta que casi llegaron a la casa de Marcel, pero cuando Karle y ella doblaron la última esquina no pudo contenerse más. El francés tenía la intención de entrar por la puerta principal pero, al ver luz en la ventana del salón, decidió utilizar la de la cocina.

Marie la abrió cuando llamaron.

—¿Cómo es que volvéis?

Kate lloraba desconsolada. Marie fulminó con la mirada a Karle, condujo a Kate hasta un taburete y, tras obligarla a sentarse, observó al francés con expresión acusadora.

—¿Qué os ha hecho este pedazo de animal? —preguntó a Kate.

Aunque Karle intentó defender su inocencia, la criada le expulsó al punto de la cocina.

—Reuníos con vuestros hombres —dijo airada—. Están arriba, planeando formas todavía más arteras de hacer llorar a las mujeres.

Karle, estupefacto, se apresuró a obedecer.

—Tomad —dijo Marie—, bebed esto. —Tendió a Kate un vaso de vino—. Os calmará los nervios, que parecen muy necesitados de serenidad. Decidme, ¿os ha maltratado ese rufián?

Kate sollozó con más fuerza.

—Karle no ha hecho nada para disgustarme. Ha sido amable y servicial en todo momento. Fuimos al lugar que habíamos acordado con mi *père*, pero cuando llegamos no estaba. ¡Y no me siento desdichada, como debería ser, sino desconcertada! Temo que algo terrible le haya sucedido, pero yo... yo...

—Shhh. No penséis en esas cosas. Estoy segura de que sólo se ha retrasado.

—¡Ojalá! Ya tendría que haber llegado. No hicimos planes para después del encuentro, pero ahora quiero quedarme con Karle. —Se enjugó las lágrimas—. No sé qué debo hacer. Todo esto es muy confuso.

Marie la abrazó y procuró calmarla.

—Y perturbador. Estáis desgarrada entre vuestro padre y vuestro amante, como toda mujer en un momento u otro...

—No es mi amante, pero... pero...

—Pero deseáis que lo sea.

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé! ¿Cómo se puede prescindir de lo que desea el corazón?

—¿Cuándo se sabe lo que desea el corazón? Debéis esperar hasta que se os revele.

Kate dirigió a Marie una mirada de tristeza.

—¿Qué haré hasta entonces? No tengo casa, no puedo encontrar a mi *père*, Karle es casi un desconocido para mí...

—Debéis quedaros aquí, en casa de monsieur Marcel. Es un hombre generoso y no os echará. ¡No lo permitiré! Últimamente está muy ocupado y, como madame está fuera, vuestra compañía será una bendición para mí.

Kate intentó protestar, pero la criada acalló sus objeciones.

—No debéis preocuparos. Me atrevería a decir que me seréis muy útil. Al fin y al cabo, ahora hay dos hombres en la casa, y da la impresión de que dos caballeros siempre necesitan la ayuda de un centenar de damas, ¿no os parece? No lo admitirían nunca, desde luego.

Kate no dijo que carecía de datos para extraer tal conclusión.

—No conozco las costumbres del más joven, pero vos podríais ocuparos de sus necesidades mientras yo atiendo las de monsieur Marcel —añadió Marie al tiempo que le guiñaba un ojo—. No me cabe duda de que vuestro caballero habría preferido que fuerais vos, no yo, quien lavara sus repugnantes prendas esta mañana. —Lanzó una risita—. Y yo también.

—¿Qué pensará si me dedico a servirle de esa manera? ¿Pensará que soy su... mujer? No estoy muy segura de desear que eso ocurra.

—Lo echará de menos si no lo hacéis y procurará complaceros por todos los medios. Bien, enjugaos las lágrimas y tened valor, porque vuestra confusión pronto se disipará. Os lo prometo.

Durante lo poco que quedaba del *après-midi* realizaron algunas tareas domésticas y prepararon un almuerzo tardío. Cuando los caballeros se retiraron al salón para otra ronda de discusiones sobre estrategias, Marie ayudó a Kate a lavar su largo cabello. Mientras se secaba, Kate la enseñó a jugar a cartas, lo que complació a la criada.

—Aprendéis rápido —observó Kate.

—Pero no me sirve de nada —dijo Marie—. Sólo los nobles tienen tiempo para estas trivialidades. ¿Os enseñó monsieur Karle? —preguntó con interés.

Kate dijo una verdad a medias.

—Mi madre sirvió por un tiempo a una dama inglesa de alta cuna —contestó. ¡Si supiera cuán alta!—. Aprendió muchas cosas buenas, que luego me enseñó a mí.

—Me he fijado en vuestros modales. Me preguntaba cómo los habrías adquirido.

—Se aprende mucho gracias a la observación —afirmó Kate, confiando en que la explicación satisfaría a la sirvienta.

Marie rio.

—Ojalá pudiera obtenerse algo de riqueza gracias a la observación.

—No envidiéis la riqueza. No siempre trae la felicidad.

—Me gustaría mucho poner a prueba esa teoría —repuso la criada mientras soltaba una carta y ganaba la mano—. Abrigo pocas dudas de que demostraría que es errónea.

De pronto, la campanilla interrumpió su partida. Marie dejó los naipes al instante y subió corriendo por la estrecha escalera. Al cabo de unos momentos, regresó a la cocina muy exaltada.

—*Monsieur le prévôt* necesita enviar un mensaje. No quería que fuera sola, pero dice que, como somos dos, no nos pasará nada. Si deseáis acompañarme, claro está. Podría esperar a mañana, pero me gustaría tomar un poco el aire. Es un paseo muy corto.

La mirada de preocupación de Guillaume Karle cuando salieron de la casa persistió en la mente de Kate mientras se dirigía en compañía de Marie a su destino.

La inquietud del francés la complacía. Tal vez se habría sentido menospreciada si él no hubiera mostrado cierto nerviosismo por perderla de vista, siquiera momentáneamente.

El francés ocupaba sus pensamientos casi en exclusiva desde la anterior manifestación mutua de... ¿cómo llamarlo? ¿Cariño? No, es una palabra demasiado fuerte. ¿Devoción? La devoción a su causa es mucho más grande de la que nunca sentirá por mí, o por alguien, pensó. Tenía que encontrar un término más tibio. Admiración, decidió, era el más apropiado para describir lo ocurrido entre ambos.

Se preguntó qué opinaría Alejandro de su admiración por Karle. Había confiado lo suficiente en el francés para dejarla a su cuidado, pero fue un acto casi desesperado. Con el tiempo, ¿le consideraría valiente, inteligente y animoso, como ella? Ni siquiera él podría negar que lo más natural era que Kate se uniera a un hombre que la cuidara. Era prudente y sensato.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la pasión obnubilara su sentido común?

Estos pensamientos la absorbieron hasta tal punto que apenas oyó lo que decía la parlanchina Marie durante el camino. Estaba demasiado oscuro para contemplar las maravillas de la ciudad, deslucida ahora por la anarquía, pero aún era un prodigio. Al cabo de unos minutos entraron en un patio adoquinado y se detuvieron ante una puerta de madera maciza.

—*Bonsoir* —saludó Marie al criado que las recibió—. Traemos un mensaje para

tu amo. —Le tendió un pequeño pergamino doblado—. Si es posible, hemos de llevar una respuesta.

—Esperad aquí, por favor —indicó el sirviente.

—¿No nos invitas a entrar? —preguntó con descaro Marie.

La pregunta pareció inquietar un poco al hombre, que miró hacia atrás. Su renuencia intrigó a Kate, que intentó mirar alrededor con disimulo mientras los sirvientes hablaban. No obstante había poco que ver, porque casi toda la casa estaba a oscuras. Hasta los ricos ahorran velas en estos tiempos, pensó. Detrás del criado había un amplio vestíbulo que daba paso a lo que parecían varias habitaciones. La mayoría estaban a oscuras y desocupadas, excepto una, en la que brillaba una tenue luz. El salón, decidió, a juzgar por lo que vislumbró de sus muebles. Dos soldados montaban guardia ante la puerta. Tenían la vista clavada al frente y no prestaban atención a las visitantes que curioseaban desde la entrada.

No oyó ningún sonido procedente de la sala, por lo que dedujo que alguien estaría leyendo o estudiando. Kate se sentía atraída hacia la luz como una polilla y se esforzó por ver algo. Marie aún intentaba en vano convencer al estirado mayordomo de que les permitiera cruzar el umbral.

—Será mejor que esperéis aquí —dijo por fin el criado—. Ya he oído bastantes lisonjas.

Esbozó una extraña sonrisa antes de cerrar la puerta y desapareció con el mensaje.

Kate reflexionó sobre la ironía de la situación; soy hija de un rey, y un criado acaba de cerrarme la puerta en las narices.

No tuvo tiempo de meditar más al respecto, ya que el criado regresó al cabo de unos minutos. Cuando miró hacia el vestíbulo, la sala estaba a oscuras y los guardias habían desaparecido.

Ha sido muy repentino, pensó. ¿Por qué?

El mayordomo devolvió a Marie el pergamino.

—Entrega esto a Marcel —indicó.

—*Tres bien, monsieur* —repuso Marie—. *Bonsoir, et mera.*

Dio media vuelta tras hacer una breve reverencia. Kate se demoró con la esperanza de echar otro vistazo al interior, hasta que la criada la cogió del brazo y tiró de ella.

Alejandro contemplaba la calle desde su ventana protegida con barrotes. Escudriñaba la oscuridad aterciopelada de París con la esperanza de distinguir a los inesperados visitantes que habían provocado su repentino confinamiento en la habitación. Habló en voz alta, para no perder la costumbre, sin importarle lo que pensarán los guardias. Es igual, se dijo. Ya me desprecian por ser judío. ¿Qué más da que me crean loco?

—Mañana —susurró—, me exhibiré ante sus selectos invitados, pero esta noche no quiere que esa gente me vea.

Oyó el crujido de la pesada puerta y los pasos de los visitantes, que se alejaban. Observó que dos figuras salían del patio y comprendió por qué sus pisadas sonaban tan ligeras. Son mujeres, concluyó cuando distinguió sus formas. Una es muy alta, como mi Kate. El corazón se le encogió al pensar en ella.

Las damas se fundieron con la oscuridad y, cuando las perdió de vista, tuvo el deseo de ponerse en contacto con ellas, de intercambiar unas palabras. Cambiarse por una de ellas, siquiera un momento, sería la bendición más hermosa imaginable.

En este momento, reflexionó con tristeza, no me importaría ser una mujer, si con ello accediera a la libertad.

Entraron en la cocina por la puerta de servicio.

—Monsieur dijo que vendrían muchos caballeros esta noche —explicó Marie a Kate—, supongo que para hablar de la guerra. No desea que les interrumpan. Yo tampoco quiero que sus estúpidas peticiones perturben mi descanso. Marie, haz esto; Marie, haz lo otro. Por tanto, procuraremos que no se enteren de que hemos vuelto, ¿eh?

Karle estará con ellos, pensó Kate. Le entristeció saber que no lo tendría a su lado.

Mientras jugaban a las cartas, Kate y Marie oían las voces masculinas procedentes del salón. Las palabras eran ininteligibles, pero se percibía el entusiasmo de la discusión.

—Les encanta esta guerra —comentó Marie al tiempo que meneaba la cabeza con expresión apesadumbrada.

—Sólo quienes no han sido testigos de sus consecuencias pueden entusiasmarse —repuso Kate—. Esta guerra es de una crueldad inconcebible.

Algunos fugaces recuerdos de los horrores que Karle y ella habían presenciado durante su viaje a París pasaron por su mente y la dejaron aturdida. Las atrocidades resucitaron con inusitada viveza y se posaron como un gran peso sobre su alma. De pronto se sintió agotada, como si llevara sobre los hombros una capa de lana mojada.

—De repente me siento muy cansada. Me gustaría acostarme.

—¿Dormiréis arriba otra vez? —preguntó Marie con una ceja arqueada en señal de curiosidad.

Kate recogió la baraja.

—¿Hay otra habitación?

—No, pero podría prepararos un jergón en la cocina, si lo deseáis. A veces duermo aquí, aunque aún ignoro dónde pasaré esta noche. —Guiñó un ojo y rio—. En cualquier caso, decidid lo que queráis, pero no será tan cómodo como la cama de

paja.

La comodidad era algo que necesitaba con desesperación aquella noche, fuera cual fuera la forma que adoptara.

—Creo que iré arriba.

—Sea la comodidad, pues —dijo Marie—. A monsieur no le molestará que bebáis un poco de vino antes de acostaros. Él casi siempre lo hace. Dice que mejora su... ¿cómo lo expresa? Su *tempérament*. Tal vez mejorará vuestro... reposo.

—En tal caso, agradeceré semejante poción.

Marie no tardó en encontrar un vaso y una jarra y vertió una buena dosis de vino tinto. A continuación se sirvió unas gotas en un tazón, que alzó para brindar.

—Que vuestro lecho os resulte cómodo esta noche.

Ojalá, pensó Kate mientras bebía.

Los líderes de París bajaron la voz y las miraron mientras pasaban en silencio a su lado, con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo. Era algo que los caballeros de la corte del rey Eduardo nunca hacían, pero en aquel tiempo era una niña impertinente, no el esbelto objeto del deseo de cabellos dorados en que se había transformado. Notó que los desconocidos la desnudaban con la mirada mientras subía por la escalera. Advirtió que el fuego de sus ojos se apagaba cuando sus fantasías se desvanecieron y devolvieron su atención al tema que discutían. Sus voces se alzaron de nuevo, y las intervenciones de cada contertulio estaban salpicadas de palabras bélicas.

Cuando llegó al pasillo del piso superior, la mirada de Karle todavía persistía. La sintió como una mano sobre su espalda, y siguió acompañándola cuando se quitó la ropa y se tendió sobre la paja. Mientras se deslizaba hacia el sueño, imaginó aquella mano cálida y firme sobre su cintura.

Más tarde despertó y le encontró arrodillado a su lado en la oscuridad, con la mano donde había fantaseado que estaría; los dedos dibujaban círculos sobre la piel de su cintura. Abrió los párpados y vio que la miraba con expresión de incertidumbre.

¿Cómo pude pensar que no le quería?, se preguntó soñolienta. Le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla con dulzura. La palma era áspera y callosa de manejar la espada y las riendas. A continuación lo atrajo hacia sí, y Karle se plegó de buen grado, una colcha caliente y consoladora, y la estrechó entre sus brazos. Se declararon su mutuo afecto, sin razonar más.

Alejandro despertó sobresaltado de un sueño inquietante y se esforzó por despejar la neblina de terror que había caído sobre él. Sin embargo, no pudo liberarse de los fríos dedos del miedo, que se aferraban a su estómago con determinación

inquebrantable. La idea de que sus terrores nocturnos, domeñados por fin después de tantos años, regresaran le sobrecogió.

—Ay, Carlos Alderón —susurró—, ¿has vuelto? Por favor —suplicó a la sombra que le había perseguido durante tanto tiempo—, déjame que disfrute de la poca paz que tengo.

No obstante, al buscar en su cerebro el recuerdo del sueño comprendió que no era el espectro del herrero el que le había despertado. Era Kate, no su fantasma, sino la viva imagen de la muchacha, el macabro visitante de su psique. A diferencia de las pesadillas en que aparecía Carlos Alderón, no era el herrero quien le perseguía en la noche, sino que el perseguidor era el propio Alejandro, y su presa, Kate, que había logrado dejarle atrás a una velocidad imposible. La había llamado a voz en grito y tanteado en la oscuridad para atraparla, pero la joven escapó de sus dedos, de su control, una mujer ya independiente.

Catorce

Una vez que el diario estuvo a buen recaudo en el depósito, y sus tesoros personales en la caja fuerte de Tom, Janie se sintió un poco menos vulnerable y dispuesta a embarcarse en una nueva empresa, la que Kristina Warger le había expuesto de una forma tan tentadora.

Su primer paso consistió en ponerse en contacto con los nuevos dueños de Camp Meier.

—Lo compramos a los anteriores propietarios dos años después de la primera epidemia —explicó Jason Davis cuando le telefoneó—. Mi hermano y yo solíamos ir de pequeños.

—¿Su hermano también colabora en la administración del campamento? —preguntó Janie.

—Probablemente lo haría si siguiera entre nosotros. Lo compramos mi mujer y yo.

—Lo siento mucho. Supongo que no he hecho del todo bien los deberes.

—Todos hemos perdido a alguien, doctora Crowe. No me ha molestado. En cualquier caso, mis padres pensaban que era muy importante para nuestra formación juvenil ir al campamento, de modo que invertimos parte del dinero de su herencia en la adquisición. El precio era muy bueno en aquel momento. Me parecía una vergüenza que nadie lo mantuviera en funcionamiento, y pensé que sería un homenaje muy adecuado a mis padres. ¿Lo ha visitado alguna vez?

—No —respondió Janie—, pero me gustaría. Últimamente he sido muy generosa con mi cupo de carburante. Intento administrarlo bien.

—Oh. Por desgracia los autobuses todavía no llegan hasta aquí.

—Tal vez no sea una desgracia. Su página web está muy bien y proporciona una información excelente.

—Reconozco que muestra muy bien el aspecto del lugar, sus instalaciones, pero lo que lo convierte en algo especial y no se aprecia en las fotos es su espiritualidad. No me refiero a la religión, pues el programa nunca se concentró en ese aspecto. Era algo más sutil. Tal vez... un sentido de comunidad, algo que apenas existe ya en este mundo y allí se ha desarrollado, lo crea o no. Mi madre solía afirmar que, cuando fui a Meier, ya era un buen chico pero, cuando volví, era mejor.

—Bueno, eso es algo muy importante para un adolescente —repuso Janie.

—Dígamelo a mí. Tengo un hijo adolescente. Hay momentos en que se pone insoportable.

Ese muchacho debió de ir al campamento, claro...

—¿Cuántos años tiene su hijo, señor Davis?

—Diecisiete, aunque le gusta pensar que tiene treinta. Siempre le digo que no tenga prisa por crecer.

—¿Fue al campamento antes de que usted se lo quedara?

—Sí.

—¿Estuvo el verano en que ocurrió el incidente de la *giardia*?

El hombre vaciló antes de contestar.

—Eso sucedió antes de que lo compráramos. —Carraspeó—. Mi mujer y yo pasábamos por una etapa difícil ese año. Se llevó a los niños a Maine para pasar el verano con su familia. Creímos que era lo mejor en aquel momento.

No lo sabes bien.

—Bueno, los críos se adaptan enseguida.

—Pues sí. El DR SAM aclaró las cosas, y fuimos capaces de superar nuestras diferencias. Me alegra decir que aún seguimos juntos.

—Es estupendo.

—De todos modos, mi hijo volvió al campamento después de que lo compráramos. Creo que no agradeció mucho el método que empleamos. Estaba demasiado ocupado en ser un chico del nuevo milenio. En fin... basta ya de mi fascinante historia. Dijo que estaba interesada en algunos registros antiguos.

Fue un alivio ir al grano, no porque considerara molesta la nostalgia referida a la epidemia. Casi se había convertido en algo habitual en toda conversación, una especie de saludo.

—Sí, pero de antes de que usted lo adquiriera, del verano en que se produjo el incidente de la *giardia*. Estoy a cargo de uno de los antiguos visitantes, un muchacho llamado Abraham Prives. Tuvo un desgraciado accidente, y estoy... trabajando con su madre.

—¿Qué le ocurrió?

—Se dio un encontronazo con otro chico jugando a fútbol y sufrió una grave fractura de columna.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Janie pensó por un momento que la comunicación se había interrumpido.

—¿Sigue ahí, señor Davis?

—Sí —respondió el hombre. Su tono era sereno, reflexivo—. Estoy impresionado, eso es todo. Es la peor pesadilla de todo padre. Temo que voy a decepcionarla, señora Crowe. Los registros de esa época son muy incompletos. Se conservaban en papel, y durante el tiempo en que el lugar estuvo abandonado se produjeron muchos actos de vandalismo. Unos *okupas* destruyeron gran parte de un archivador. Al final conseguimos expulsarles, pero no antes de que causaran daños importantes en las instalaciones.

Janie sintió un nudo en el estómago.

—No entiendo por qué la gente se comporta de esa manera.

—Ni yo.

—Me sería muy útil conseguir una lista de los chicos que fueron tratados de *giardia*. Si no puede ser, bastaría con una lista de los alumnos de aquel verano.

—Si quiere que le sea sincero, ignoro si guardamos ese material.

—¿Quedó constancia por escrito de quién determinó que se trataba de un caso de *giardia*?

—Supongo que alguien de la sanidad pública, pero no tengo ni idea.

—¿A qué ciudad pertenece el campamento? Tal vez alguien del gobierno municipal se acuerde.

—La ciudad de Burning Road, ¿cuál si no? Si no le facilitan ninguna información, pruebe con las autoridades del condado.

La poca fe que tenía en los gobiernos locales se hizo añicos cuando terminó de hablar con las autoridades de Burning Road y del condado al que pertenecía. No quisieron soltar prenda hasta que llenara una solicitud, utilizando los formularios del Acta de Libertad de Información.

—Quiero registros de empleo que recojan quién trabajaba en el Departamento de Sanidad en aquel tiempo, no el historial psicosexual del alcalde —replicó al funcionario que la atendió. Más tarde se arrepintió y pensó que había sido demasiado agresiva con él.

Pero ¿qué se puede hacer cuando te topas con imbéciles, psicópatas y deficientes mentales?, se dijo con cierta amargura. Aquella noche, cuando habló con Kristina Warger para informarle de los resultados de su primera gestión, se sintió impulsada a decir:

—Parte del trabajo que he realizado hoy no exigía mi intervención. ¿Por qué he de hacer esas cosas, en lugar de tú, o alguien de tu agencia?

—Porque en este momento sólo yo estoy disponible. No somos un grupo muy numeroso. Además, usted tiene más credibilidad que yo. Es más madura, tal vez mucho más ducha en el rollo social. Para colmo, cuando esa gente me ve, les recuerdo a sus hijos. No se abrirán conmigo de la misma forma que con usted.

—Yo estoy hablando contigo.

—Usted es lo bastante curiosa e inteligente para no hacer caso de mi juventud. La mayoría de la gente no lo es.

De hecho su juventud fascinaba a Janie.

—¿Qué no es? —inquirió con expresión reflexiva—. ¿Curiosa o inteligente?

—Oh, mucha gente es inteligente, pero la curiosidad es una cualidad que no abunda. Da la impresión de que ya nadie hace preguntas.

¿Ya?, quiso preguntar Janie con sarcasmo, pues parecía que la jovencísima

Kristina hubiera llegado a tal conclusión tras un prolongado período de observación, pero se reservó la pregunta para otra ocasión, cuando conociera mejor las peculiaridades de la muchacha.

De momento se limitó a darle la razón.

—Creo que es el resultado de recibir respuestas insatisfactorias durante los últimos años. Hay muchas cosas que no todos queremos saber, de modo que ¿para qué preguntar? Es muy comprensible.

—Y trágico. El caso es que la necesitamos por otro motivo. Algunos de nosotros no pasamos inadvertidos. No me malinterprete; usted no es exactamente una desconocida. Sin embargo, sería muy difícil para algunos de mis colegas investigar sin despertar suspicacias.

¿Colegas? Janie se preguntó cuándo las jovencitas habían empezado a tener «colegas».

—Creo que no era esto lo que esperaba cuando acepté. Me ocupé de algunos cabos sueltos de mi vida, pero si el proyecto va de esto, no creo que vaya a correr mucho peligro.

—La noche es joven, doctora Crowe, muy joven. No se engañe, por favor. Ahora vamos a cambiar de política. Tenemos la lista de los chicos que padecen este problema, pero no los registros del campamento, de manera que no podemos establecer comparaciones y comprobar si se superponen.

—¿Y la otra página web, la del alumno que quería ponerse en contacto con otros compañeros? Tal vez él sepa algo. Incluso es posible que esté en una lista de correo electrónico.

Siguió un silencio.

—Supongo que podríamos hablar con él, pero preferimos no implicar a los chicos en este proceso, a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Por qué?

Kristina Warger bajó la voz.

—No reaccionan bien cuando les dices que pongan sus asuntos en orden, pero si hemos de hacerlo, lo hacemos, y punto.

Michael Rosow añoraba los viejos tiempos en Inglaterra, cuando se levantaba e iba a trabajar vestido con un terno a rayas y el acostumbrado paraguas negro colgado del brazo, antes de que las pistolas fueran obligatorias. «Maldito engorro», recordaba haber pensado cuando tuvo que cambiarse el paraguas al brazo izquierdo para dejar sitio al arma. Acababa de acostumbrarse a llevar traje, uno de los privilegios de ser teniente, cuando el DR SAM apareció por primera vez en México, y él, junto con todos los policías británicos «disponibles» de cualquier rango, fue reasignado a la policía

biológica. «Sólo mientras dure», le tranquilizaron, pero la duración resultó ser eterna, como todos sospechaban, porque cada vez que el DR SAM resurgía, aunque fuera por un breve período, el pánico a las epidemias generales se desataba de nuevo. Michael estaba convencido de que el miedo ya nunca se disiparía entre aquéllos que lo habían pasado.

Cuando le trasladaron a la policía biológica de Estados Unidos, quedó sorprendido al descubrir que la reasignación había sido «voluntaria» en aquel país. «*Teníamos un buen sindicato*», le explicó un compañero. «*También tenemos la declaración de derechos —le contó otro—, de manera que no podían obligarnos a nada... al menos al principio*».

«*También tuvisteis la respuesta gubernamental más lenta a las epidemias, y la tasa de fallecimientos más alta del mundo civilizado*», recordó haber pensado en aquel momento.

Detestaba las prendas aislantes, arrugadas, de un verde cegador, conocidas como biotrajés y, cuando las balas de su arma fueron sustituidas por proyectiles químicos, se sintió indignado, si bien fue el primero en admitir que la política de «nada de sangre» era sensata, aunque complicada de llevar a la práctica. Sin embargo, adoraba los demás juguetes relacionados con su profesión, y le gustaba utilizarlos. Había visto por primera vez a Caroline en la pantalla del programa de interpretación de ADN, y allí había nacido su obsesión por ella.

Por eso, cuando se entrevistó con el hombre que dirigía la investigación sobre la muerte del entrenador del equipo de baloncesto y pidió los detalles, esperaba que le hablara de los descubrimientos que habían revelado las huellas corporales de la víctima, el contenido de la bolsa de pruebas tomadas en el lugar de los hechos y los análisis informáticos de las fotos del lugar.

—Mi mujer conoce a alguien que conocía al fallecido —explicó a su colega cuando le preguntó por qué le interesaba el caso—. Se dice que era un tipo decente... un poco ligón, pero eso no es suficiente para matarlo, ¿verdad?

—En ese caso, todos estaríamos muertos —repuso el investigador—. Escuche, estaba a punto de ir al laboratorio. Van a tomar las huellas del tipo dentro de un rato.

—¿Aún no lo han hecho?

El otro policía miró alrededor con nerviosismo.

—Van un poco atrasados —reconoció—. Han entrado algunos casos de las zonas periféricas. No disponen del mismo equipamiento que nosotros.

Michael no preguntó a qué clase de casos se refería. Casi prefería no saberlo.

—Oiga —añadió de repente su colega—, ¿quiere acompañarme?

—Estupenda idea.

Subieron a una furgoneta de la policía biológica equipada con los últimos juguetes. Mientras el otro policía conducía, Michael examinó el instrumental con

entusiasmo, al tiempo que lo comparaba con el que había tenido en su destino anterior. Todo era más grande, brillante, potente y nuevo que en Inglaterra.

—Supongo que todos estos cachivaches representan el estilo norteamericano —comentó—, pero déjeme decirle una cosa: en la vieja Inglaterra, nuestros diseñadores de armas son la hostia en verso. Voy a echar un vistazo a sus pistolas de agua.

Abrió el compartimiento de armas, esperando encontrar el surtido habitual de pistolas y fusiles, además de algunos espacios vacíos, donde en los tiempos de las epidemias descansaban los fusiles químicos. Sin embargo esos espacios estaban llenos. Contempló las armas un momento y recordó la última vez que había utilizado una en Inglaterra, contra un desventurado guardia en un incidente ocurrido en un laboratorio; un hombre que había muerto de forma innecesaria porque estaba en el sitio equivocado en el momento más inoportuno. Recordó cómo la pobre víctima se había llevado la mano a la nuca, donde el proyectil le había alcanzado, y al cabo de pocos segundos caía al suelo, pues su cuerpo ya había empezado a reaccionar al veneno. No eran muy diferentes de los dardos envenenados de las tribus primitivas, pero su carga tóxica actuaba con precisión infalible. Y en el apogeo del DR SAM, con dolorosa frecuencia.

Hacía casi un año que no las veía, desde que había marchado de Inglaterra, pero allí estaban. Cerró el compartimiento y volvió al asiento del pasajero.

—Veo que llevan fusiles químicos.

—Sí —susurró el otro policía—. Los distribuyeron hace un par de días.

¿Por qué no se lo habían comunicado?

—¿Alguien explicó por qué?

—No, y yo no lo pregunté. —Se detuvieron en un semáforo y el hombre miró a Michael—. Si quiere que le sea sincero, teniente, prefiero no saberlo. Haré lo que me digan cuando llegue el momento, pero hasta entonces no quiero pensar en ello.

El semáforo se puso verde. Permanecieron en silencio hasta llegar al laboratorio.

El silencio continuó mientras veían tender el cadáver sobre el aparato de tomar huellas corporales. Los técnicos lo acomodaron sobre el lecho de sensores con precisión y cuidado. Insertaron las sondas en todos los lugares adecuados, bajaron el módulo superior de sensores, con sus decenas de miles de receptores, que se ajustaban con facilidad. Se produjo un destello, luego otro, a medida que la luz y la electricidad alimentaban los minúsculos receptores, que transmitían las diferentes imágenes al ordenador central, con el fin de que las reorganizara en un cuadro tridimensional.

—Bien, ha salido una huella perfecta —comentó el colega de Michael cuando el técnico le entregó una lectura de datos y un disco minutos después—, pero a simple vista me parece que los resultados son muy exigüos. —Tendió a Michael una hoja de papel, escrita sólo en su tercera parte—. Una pena. Ahora que el equipo de baloncesto

empezaba a levantar cabeza...

Michael esperaba obtener unas tres o cuatro páginas de datos.

—¿Esto es todo cuanto han obtenido?

—Usted mismo vio cómo lo imprimían. Fue una lectura sólida.

Michael frunció el entrecejo.

—¿Hubo mejor suerte con el lugar de los hechos?

El policía se encogió de hombros.

—Succionamos todo lo que había. No obtuvimos nada.

—La hostia.

—Yo opino lo mismo. Este caso es muy raro. —Reflexionó durante unos segundos—. Si no fuera imposible, diría que alguien se nos adelantó y succionó todas las pruebas antes de que llegáramos. Tendríamos que haber obtenido quinientos rastros humanos positivos. Era un carril bici. ¿Cuánta gente cree que pedaleó, corrió o sudó en ese carril? Joder, el presidente corrió por ese carril. Me han dicho que sudó como un cerdo. Sin embargo no encontramos nada.

—¿Han interrogado a sus amigos y familiares?

—Sí, y de sus declaraciones se desprende que era el típico chico norteamericano; muy bien considerado en el trabajo, apreciado en su complejo de apartamentos. No era un chalado de la extrema derecha ni un pedófilo, nada de lo que suele aflorar cuando alguien muere de una forma rara.

—¿Encontraron algo en el registro externo del cadáver?

—Nada; ni vello púbico, ni residuos de perfume, ni caspa bajo las uñas de los dedos. Voy a decirle algo que sé sobre esta víctima, pero nadie debe enterarse.

—Por supuesto —dijo Michael.

—El equipo de baloncesto ha de cuidar su imagen.

—No diré ni una palabra.

El investigador se acercó un poco más.

—No había ni rastro de ADN femenino en toda su persona —susurró—. Este tío no debía de tener suerte con las mujeres. O eso, o alguien lo limpió a fondo.

Michael volvió a la comisaría con aire meditabundo y subió de inmediato a su vehículo para regresar a casa. No había registros de que su ordenador portátil hubiera entrado en Big Dattie, lo que agradeció. Janie había hecho bien el trabajo sucio.

Más tarde, Michael preguntó a Caroline si había tocado al hombre.

—Nos estrechamos la mano.

—Hummm. No había ni una molécula de micro tejido.

«Los niños no reaccionan bien cuando les dices que pongan sus asuntos en orden», había dicho Kristina, de manera que en consideración a aquella información,

por otra parte bastante obvia, Janie refrenó su primer impulso, que era establecer contacto con el chico de la silla de ruedas y pedir una lista de los alumnos del campamento que habían contestado a su página web de Internet. En cambio, probó con la señora Prives, que colaboró en lo posible, aunque parecía un poco distraída.

Le facilitó los nombres que pudo recordar.

—En casa guardo algunas direcciones —explicó a Janie—, pero sólo sigo en contacto con un par de familias. Tal vez Abraham guarde otras, pero no sé dónde las puso.

—No pasa nada —dijo Janie. Con los nombres bastaría—. Me ha sido de gran ayuda.

Debo comprar un ordenador, pensó mientras echaba un vistazo a la breve lista. De momento podría apañárselas con el portátil de la oficina, que contaba con todas las prestaciones de clasificación, comparación y evaluación, pero sería muy frustrante continuar el trabajo allí, pues estaría conectada mediante un cordón umbilical electrónico a los servidores de la fundación, que por otro lado disponía de ordenadores con algunas capacidades únicas, entre ellas la de «vigilar» que alguien cayera «fuera de los límites de la variabilidad esperada y tolerable». La primera vez que había visto aquella frase, Janie se había enamorado de ella y había decidido adoptarla como propia. Su nuevo objetivo fue encontrar un lugar «fuera de los límites», y con frecuencia se entristecía al pensar en la introversión a que la había conducido el proceso de solucionar los problemas de su vida, pese a un claro y consciente intento en sentido contrario. Había abandonado aquel estado cuando descubrió Camp Meier y lo ocurrido a sus muchachos.

Bien, pensó, si existía alguna duda, ahora ya no.

A Kristina le gustaría ver aquello.

«Mucho tiempo sin vernos», fue el mensaje electrónico que envió a Wargirl.

Kristina apareció aquella noche en casa de Janie, justo cuando ésta se disponía a preparar una cena a base de arroz integral, tofu y brócoli, pese a que tras una breve conversación con Michael había perdido el apetito.

Kristina, en cambio, parecía hambrienta.

—Coge una silla —indicó Janie—; hay suficiente para las dos.

—Gracias. Podría estar comiendo las veinticuatro horas del día.

Janie contempló el cuerpo delgado de la muchacha.

—Ya veo —repuso con cinismo.

—No consigo ganar peso.

—Conozco a otra como tú. Las dos me ponéis de mala leche.

—Antes de decir eso, debería probar a tener mi metabolismo un par de días.

Janie había observado que Kristina era una joven inquieta, cuyo temperamento

podría describirse como enérgico e incluso nervioso. Poseía una vitalidad que parecía envidiable, pero Janie se preguntó, mientras la veía comer, tan parecida a la Betsy que ahora se habría sentado a la misma mesa, cómo se las habría arreglado su madre para lidiar con una niña tan hiperactiva.

Con alegría, decidió.

—Bien —dijo después de expulsar al fantasma de su hija—, tenemos una lista. La madre de Abraham me facilitó algunos nombres. Los localicé todos en la relación de afectados de traumatismos óseos que saqué de Big Dattie. Creo que tenías razón al afirmar que no debíamos ponernos en contacto con el niño por Internet, pero deberíamos probar con su padre o su madre.

Fue muy fácil conseguir el número de teléfono. El chaval había incluido el nombre de sus padres en la página web, y ella los había impreso y guardado. Y esos padres, cuando supieron lo de la *giardia*, proporcionaron más nombres. Cuando Janie acabó de hablar con ellos, tenía ya una tercera parte de la lista comprobada.

—Bien, asunto solucionado —dijo Kristina mientras repasaban los resultados de su actividad nocturna—. Me sorprende que nadie más se haya dado cuenta.

—Nadie tenía motivos para investigar.

—Supongo que ahora pasaremos a la siguiente fase.

—¿Cuál es? —preguntó Janie.

—Hemos de confeccionar un historial completo de esos chicos. Cuando clasifiquemos todos los datos, quizá descubramos algún elemento común. Si ninguna autoridad quiere decirnos nada, tendremos que hacerlo solas.

Janie miró alrededor con expresión desvalida.

—Echo de menos mi ordenador. He de comprar uno antes de seguir adelante.

—Caramba, me había olvidado —dijo Kristina, que se levantó de la mesa al instante—. Espere aquí.

Volvió de su pequeño coche unos minutos después, cargada con una caja cerrada con cinta adhesiva, sospechosa debido a la ausencia de marcas exteriores. La depositó con cuidado sobre la encimera de la cocina.

—¿Es para mí? —preguntó Janie con cierta sorpresa, mientras Kristina levantaba la tapa de la caja.

La joven sonrió y asintió mientras sacaba rollos y rollos de plástico de burbujas. Cuando ya empezaba a parecer que la caja sólo contenía eso, Janie vio que extraía un ordenador portátil. Kristina lo colocó con reverencia sobre la mesa, delante de su anfitriona.

—Doctora Crowe, le presento a Virtual Memorial, un pequeño obsequio de nuestra agencia.

—La imagen es muy buena —comentó uno de los observadores.

—¿Estás seguro de que es el momento adecuado para darle el aparato? —preguntó el otro—. Quizá sea demasiado pronto.

—Temo que, si no se lo entregamos ahora, perdamos la oportunidad perfecta. Es como una gallina sin huevos. Si le das uno ajeno, lo empollará para mantenerse ocupada.

—¿No te preocupa utilizar los servicios de alguien de fuera? A mí sí.

—No. En absoluto. De hecho, opino que es mejor. Crea cierto aislamiento. No me gusta que Kristina se exponga tanto. Lo que sí me preocupa, y mucho, es que esta mujer esté fuera. Debería estar con nosotros.

—Ha de haber otros como yo por todo el país —dijo Janie a Kristina.

—Y algunos, los que se encuentran en el lugar adecuado, velan por otros chicos de la lista, como usted vela por Abraham. Contamos con muchos partidarios en todo el país, la mayoría en puestos de trabajo similares al suyo, donde tienen acceso a pacientes, a Mednet, a sistemas informáticos... pero no se trata de altos cargos: técnicos de laboratorio, administrativos de grado medio, investigadores que pueden observar y plantear preguntas, pero que no dejan huellas inesperadas. Son diferentes de usted en un aspecto.

—¿Cuál?

—Usted les dirá lo que deben hacer.

—No. No puedo. No me va lo de ser jefe.

Kristina reprimió una carcajada.

—No es eso lo que nos han dicho.

—¿Qué os han dicho?

—Por favor, doctora Crowe, deje de fingir que no entiende por qué la hemos elegido. La observamos y nos gustó lo que vimos.

Janie no sabía cómo reaccionar.

—Creo que estás confundiendo los términos —dijo por fin—. Soy dominante, lo admito, pero insisto en que no me va lo de ser jefe. He sido dominante durante un montón de años sin ocupar cargos administrativos, y pienso seguir siéndolo el resto de mi vida. No es mi estilo supervisar a los demás. Demasiada interacción de una clase que detesto en especial.

—Creo que se subestima. Lo haría muy bien.

—Lo dudo. Otra cosa. Me sería muy difícil ausentarme en este momento porque...

—No se preocupe por eso. No tiene por qué viajar —aseguró Kristina, como si todo estuviera decidido y la opinión o las preferencias de Janie no contaran en absoluto.

—De hecho, iré a Islandia dentro de poco.

—Lo sabemos, pero no me refiero a esa clase de viaje. No tendrá que desplazarse para hacer este trabajo. Además, nadie parece pensar que sus vacaciones entorpecerán la labor que realiza para nosotros. El tiempo no es tan importante como para que unos pocos días de retraso jodan el asunto... a menos que surja una urgencia imprevista, por supuesto.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso, ya pensaremos en lo que debe hacerse.

—Estaré ausente cinco días.

—Ningún problema. Sin embargo, si se implica en el proyecto hasta el punto de querer aplazar ese viaje, nadie se opondrá.

Janie meditó unos momentos y después se sintió algo culpable por haberlo hecho.

—Hace cuatro meses que no veo a mi hombre.

—Lo sabemos. Debería reunirse con él. Así se sentirá mejor, trabajará con más ánimos. En cuanto a su cargo directivo, su única interacción con los demás será electrónica. Le enviarán toda la información que recaben, y usted indicará a sus contactos si necesita más datos, o si los que le han proporcionado no cuadran; es decir, lo mismo que hace ahora para la fundación, con la diferencia de que podrá trabajar en casa y la única persona con quien tratará seré yo. —Kristina puso una mano sobre el pequeño ordenador—. Y con Virtual Memorial.

—De acuerdo. Has conseguido que me sienta un poco mejor. De todos modos, me pregunto por qué este amiguito tiene un nombre.

—Porque es único en su especie. Posee capacidades especiales que los miembros de nuestro grupo han diseñado a propósito para la tarea que nos ocupa; programas escritos sólo para este proyecto, aparatos de comunicación especializados, cosas que no encontrará en su tienda de informática habitual. A medida que entre documentación procedente de diversas fuentes, seleccionará automáticamente el programa correcto, sin que usted tenga que pensar. Sólo deberá vigilar el proceso.

—Pero a mí me gusta pensar —objetó Janie.

—Y lo hará. Deberá determinar qué datos faltan. Una vez que se hayan introducido todos, será preciso programar la evaluación. Cuenta con un puerto de comunicaciones seguro, al que nadie podrá acceder.

—Por lo que tengo entendido, eso ya no es posible.

—Sí, si tienes tu propio satélite.

Janie la miró fijamente.

—No me jodas.

Kristina asintió y sonrió.

—Lo lanzamos el año pasado. Funciona a la perfección desde el día en que lo pusimos en marcha. Los aparatos que le hemos proporcionado a usted y a los demás son los únicos que pueden conectarse con nuestro satélite.

—Debéis de tener mucho dinero.

—Pues no, pero lo administramos muy bien.

—¿De dónde sale?

—De diversas fuentes. Lo siento, no puedo ser más concreta.

—Algo o alguien importante os ha de apoyar. —Sólo puedo decirle que contamos con partidarios muy generosos, que creen a pies juntillas en la labor que realizamos.

Para Janie la vaguedad de sus respuestas era de lo más frustrante. Sólo contribuía a despertar sospechas indeseables.

—Me lo imagino.

—No lo dude. Confiamos en que usted también crea en el trabajo.

—De momento, no puedo definirme al respecto. Primero tendré que meterme en él un poco más.

—Con el tiempo, creemos que se integrará por completo en el proyecto —afirmó Kristina. Su expresión era casi desafiante—. Entretanto, he de explicarle algunas cosas más sobre este aparato. La primera y más importante es que no queremos que caiga en malas manos.

—Me parece una estupidez preguntarlo, pero ¿por qué?

—Porque parte de la información que reúna tal vez sea un poco delicada.

—Tengo la sensación de que todo el proyecto acabará siendo «delicado».

—Tal vez, pero eso no estará claro hasta que avancemos un poco más.

—Por tanto, no debo perder de vista a *Júnior*.

—En efecto —dijo Kristina—. Bien, debería hacer una copia de seguridad de los archivos cada día. Puede enviarlos al satélite, que se encargará de almacenarlos, pero si no manda uno actualizado para sustituir a otro entrado antes de que hayan transcurrido tres días desde la última actualización, esos archivos irán a parar a la papelera de reciclaje.

—Mierda —dijo Janie—. Qué poca gracia.

—Si hubiéramos permitido un almacenamiento más prolongado, habríamos necesitado un satélite más sofisticado. Decidimos que sería una buena idea utilizar un aparato pequeño. La FCC^[3] cree que nuestro satélite pertenece a una organización ecologista que lo emplea para investigar datos referidos al medio ambiente. Así conseguimos nuestra cuota de espacio. Compramos un satélite normal de rastreo y lo destripamos. Después, nuestro experto en informática lo remodeló por completo.

—¿Tenéis un experto en informática en dedicación exclusiva?

Una sonrisa de orgullo precedió a la respuesta de Kristina.

—Sí.

Janie meneó la cabeza.

—Estoy muy impresionada.

Todo estaba muy bien pensado. Alguien de la organización poseía visión y

voluntad, sin la menor duda, para haber puesto en marcha un proyecto semejante. Además, debía captar fondos con una facilidad asombrosa. Casi siempre sucedía lo mismo con entidades de esa índole: un ser humano era el motor. Otros le seguían, lo bastante cerca para parecer que formaban parte de la cúpula directiva, pero siempre había un único líder.

Janie se preguntó quién sería. Alguien de quien nunca he oído hablar; alguien dotado de un poder discreto y los cojones de utilizarlo. Si alguna vez llegaba a conocer a esa persona, sabía que la adoraría o la odiaría.

—Bien, ¿qué debo hacer ahora que me has enseñado dónde está la correa?

—Supongo que sacar a pasear al perro.

Quince

Cuando Alejandro abrió los ojos por la mañana, vio el manuscrito de Abraham sobre la mesa, cerca de la ventana, y a su lado, pluma y tinta. Para mayor sorpresa, vio una bandeja con unas invitadoras vituallas matutinas: una hermosísima manzana roja, un trozo de queso y una hogaza de pan dorado y crujiente. Al lado de la jofaina de porcelana había una jarra con agua y un paño limpio.

¿He dormido tan profundamente que no he oído entrar a nadie? Le molestaba pensar que sí. Comprendió con abatimiento que el trato que le dispensaba su carcelero era de la misma calidad que las atenciones que había recibido como invitado del rey Eduardo en el castillo de Windsor. Quiere que me adapte, dedujo Alejandro; que me sienta complacido.

Una tarea fácil, pensó con desagrado. Me he resignado tanto a la dura incertidumbre de vivir como un fugitivo, que la amabilidad más sencilla me trastorna por completo. Su vida había sido dura, a veces hasta extremos insoportables. Sin embargo había criado a una niña, contra todas las leyes de la naturaleza, pues el instinto de conservación impulsaba a preocuparse de uno mismo antes que de la prole de otro hombre. Le maravillaba que todavía conservara todos los dientes, porque la mayoría de los hombres de su edad se veían forzados a mojar en agua el pan antes de engullirlo, y a contemplar aquella preciosa manzana con poco más que recuerdos nostálgicos del placer de morderla. Por fortuna se mantenía fuerte, estaba dispuesto a hacer lo necesario para sobrevivir y, si bien ya no era el de antes, la energía había abandonado su alma, pero no su cuerpo.

¿Quién puede echarme en cara que paladee un momento de goce? Ya era bastante desagradable pasar gran parte de la noche intentando inútilmente reunirse con los seres queridos, o huyendo de las garras de un gigante con propósitos homicidas, para luego despertar sobre la sucia tierra del suelo de un cobertizo, como había hecho una fría mañana tras otra. Imaginaba que era la broma pesada del dios cristiano, que le observaba desde el cielo, riendo de las desventuras de aquel desdichado judío errante al tiempo que tiraba de los hilos de la suerte y descubría un placer divino en sus grotescos movimientos de marioneta. Despertar en una cama limpia, sin la presencia de ratones tan cerca que sus oídos captaran el roce de la paja y su piel notara la leve corriente de aire que levantaban al pasar, era un lujo. Se apoyó sobre el codo y paseó la vista alrededor. Si he de ser un prisionero, que sea en condiciones tan confortables como éstas.

Se lavó, llenó el estómago, masticó con su dentadura intacta y centró su atención en el manuscrito. Cuando se aplicaba con paciencia y concentración, como ahora, era

fácil descifrar el significado de las palabras de Abraham, y estuvo a punto de honrar a su inteligencia con una sonrisa.

Al cabo de un rato tropezó con un pasaje que desafiaba al sentido común.

«*Cuida tus huesos —leyó—, no dejes que se rompan. Algunos de vosotros carecéis de...*». ¿Cuál era el término? Los símbolos arcaicos que la acompañaban no ayudaban a desvelar su sentido. El significado literal era «huesos de la espalda». En el contexto del párrafo sólo podía entenderse como «columna vertebral». ¿Cuál era el motivo de una advertencia tan concreta, cuando no se hablaba con tal minuciosidad de otros temas relacionados con la salud? Además, ¿qué había dicho De Chauillac, que ahora agujijoneaba su cerebro cuando leía ese pasaje?

Dejó un espacio en blanco para escribir la palabra cuando por fin descubriera su significado. Cosa que haré, se juró. Se disponía a traducir la primera frase del siguiente párrafo cuando alguien llamó a la puerta.

No había pomo por dentro. De Chauillac lo había ordenado quitar al mismo torpe carpintero que había llenado la ventana de barrotes, de modo que la llamada fue una simple cortesía. Sus guardias omnipresentes controlaban todas las idas y venidas, y al cabo de unos segundos entró uno de ellos, con la vista baja.

La forma en que evitaba su mirada irritó a Alejandro. ¿Por qué no me miran nunca a la cara? ¿Tan sólo soy un objeto que se traslada de un sitio a otro, al dictado de su amo? Tal vez era una cuestión de discreción... En una casa tan elegante, hasta los guardias debían comportarse con discreción.

De pronto comprendió el motivo de su actitud: Me tienen miedo, pero no de que les haga daño, concluyó.

El guardia le ofreció un montón de ropa, pero sin mirarle.

—Para la fiesta de esta noche —murmuró.

Alejandro permaneció inmóvil y desafió en silencio al hombre a que le mirara. ¿Qué piensan que van a encontrar? ¿Una bestia exótica, de costumbres viles e inconcebibles?, se preguntó con amargura. Su indignación aumentaba a cada segundo que pasaba. ¿Teméis entrar y sorprenderme con el miembro erecto en una mano y una expresión de placer perverso en el rostro? ¿O acaso descubriré mis dientes y os mostraré los colmillos que todos los judíos poseen, según vuestros sacerdotes, empapados en la sangre de bebés cristianos? Se apoderó de las prendas con brusquedad, y el guardia salió a toda prisa.

Inspeccionó el regalo entre una nube de descontento. De Chauillac le había proporcionado un hermoso atuendo, y una idea insultante se infiltró en su mente: Hay que exhibir los juguetes de la mejor manera posible. Había una camisa de hilo azul y un par de elegantes calzones que le llegaban justo por debajo de la rodilla. Los alzó en el aire. Parecían de su talla. Se preguntó si De Chauillac había enviado a un sastre para que le tomara las medidas mientras dormía.

¿Qué importa?, se dijo con una sonrisa; cuando escape, iré ataviado como un noble.

Carlos de Navarra aceptó la carta que le ofrecía el paje del barón de Coucy y le despidió con un gesto. Reconoció el sello rojo al instante, porque lo había visto incontables veces en los últimos tiempos. Otro comunicado de mi aliado de París. ¡Y pensar en los caballos que habían reventado con sus misivas diarias! Era un desperdicio pecaminoso, pero necesario.

Leyó las palabras de Marcel con sumo interés.

«Guillaume Karle llegó anoche, como habíais predicho. Me parece un hombre de una inteligencia especial, aunque fervoroso en demasía, pero esta pasión va bien encaminada hacia la insurrección y puede prestarnos valiosos servicios. Para mi sorpresa, llegó acompañado de una joven criada, que sospecho le procura gran consuelo, a juzgar por su magnífico aspecto. ¿Qué hombre podría ser censurado por buscar las atenciones de una mujer en estos tiempos que corren? Al fin y al cabo, los placeres son necesarios para todo el mundo. Me complace informar de que no le distrae de la causa de la rebelión, pues su devoción hacia ella no es equiparable a la que profesa a sus compañeros. En mi opinión, largamente meditada, podría llegar a reunir un numeroso ejército de campesinos que apoyaran nuestra causa, con la adecuada persuasión.

»Sin embargo lamento comunicaros, aunque supongo que no os sorprenderá, que os detesta con tanta pasión como ama la libertad. Si lo que me ha contado de vuestras incursiones en la campiña es cierto, sus sentimientos no me extrañan en absoluto. Tal vez, querido señor, ha llegado el momento de que reconsideréis la ferocidad de vuestros ataques al campesinado. Provocad dificultades, porque así se espera, pero no los aniquiléis con un entusiasmo tan evidente. Debéis convencer a los nobles que os apoyan de que enmienden su comportamiento.

»Asimismo os ruego que reconsideréis el hostigamiento al que sometéis al propio Karle, porque de nada nos servirá muerto o encadenado. Redundará en nuestro beneficio, al menos de momento, atraerle a nuestro bando contra aquéllos que rechazan vuestras reclamaciones. Si lucháis contra él y los partidarios del rey, dividiréis vuestras fuerzas de manera innecesaria.

»Habrà que estudiar esa tregua de vez en cuando, por supuesto, y si después de haber reclamado vuestro legítimo derecho le consideráis una amenaza excesiva, deberíais hacer lo necesario para afirmar vuestra posición».

Seguían otras noticias, pero ninguna era tan importante.

—Estoy complacido con las actividades de Marcel —comentó más tarde al barón de Coucy.

Sin embargo no hace todo esto por lealtad a mí, pensó Navarra, sino porque piensa que, cuando todo haya terminado, seguirá al frente del gobierno de París.

No debía permitirse tal arrogancia a un hombre de cuna burguesa. Cuando sea rey de toda Francia, tal vez permitiré que siga en su puesto... si me apetece.

La luz del sol nunca había sido más benévola, ni un jergón de paja tan confortable.

Kate volvió la cabeza hacia Guillaume Karle, que continuaba durmiendo. Siguió el contorno de su mandíbula con el dedo, y al sentir su tacto delicado el francés abrió los ojos. Esbozó una leve sonrisa y la atrajo hacia sí.

¿Puede existir una dicha mayor que la que ahora conozco?, pensó Kate.

—Qué noche más dulce —susurró Karle—. El sol ha salido demasiado pronto para mi gusto.

—Y yo que pensaba en la belleza de su luz. —Echó a reír—. Parece que empezamos a discutir, y sobre un tema en el que no podemos influir.

Karle la besó en la frente.

—En efecto, porque el sol obedece sólo a su capricho, sin hacer caso de lo que nosotros pensemos. Se irá y volverá otra vez, ajeno a nuestros deseos. —Su sonrisa se desvaneció—. Hay otros asuntos que no se solucionarán con tanta facilidad.

En cuanto aquellas palabras surgieron de sus labios, Kate fue muy consciente del paso del tiempo, de la trágica e inevitable muerte de cada precioso momento. La noche había terminado, el día avanzaba de manera inexorable. Abandonarían su lecho de paja y continuarían la misma vida de antes, sin que sus actos de aquella jornada se vieran influidos por lo que había sucedido entre ellos. Había que preparar una rebelión, encontrar a un padre. Ninguna primera noche de amor apartaría aquellas espadas que Dios había colgado sobre sus cabezas.

Además, sabía que, cuando se reuniera con *père*, la encontraría cambiada. De hecho, Kate se notaba diferente. ¿Podía evitar que el cambio se reflejara en su cara? Ni con la ayuda de la Virgen María. Al primer vistazo, *père* comprendería que ya no era del todo su hija.

No pensará que voy a ser siempre su niña. Debe de saber que no es así.

Cuando Karle se apoyó sobre un codo para levantarse, Kate le aferró el brazo.

Aún no, por favor, se dijo con desesperación.

—¿Has de abandonarme tan pronto?

Karle volvió a tenderse y la atrajo hacia sí.

—Si estuviera en mi mano elegir —le susurró al oído—, nunca me iría de tu lado, pero no se pueden matar dragones mientras languideces en los brazos de una dama a

la que deseas proteger.

—Los dragones esperarán.

—Sin embargo hay que matarlos.

Ella le estrechó.

—Esperarán.

Los rayos de aquel hermoso sol se alargaban de nuevo en su camino hacia otro *rendez-vous* con el horizonte. Un pesado silencio pendía entre Kate y Karle mientras caminaban una vez más hacia la rue des Rosiers. Ella descubrió que casi tenía que obligar a sus piernas a avanzar, porque la confusión y el arrepentimiento pesaban sobre sus pasos. ¿Qué extraño cuerpo nuevo ha ocupado mi alma?, se preguntó. En un solo día, ha adquirido voluntad propia, ajena por completo a mí.

Aun así, ¡qué deliciosa desobediencia, qué dulce vergüenza! Era consciente de sus partes femeninas mientras andaba, utilizadas por primera vez como Dios manda. ¡Como Dios manda!, repitió en su mente.

¿A qué venía la vergüenza, pues?

La asaltaban preguntas que nunca se había planteado. Cuando un hombre y una mujer yacen juntos, ¿pasaba siempre el homúnculo de él a ella y engendraban un hijo? Claro que no, se dijo; de lo contrario, las mujeres siempre estarían embarazadas, pero ¿y si era así? ¿Adónde iban aquellos homúnculos, si no eran recibidos en el útero femenino? ¿Existía algún lugar especial para la contribución no utilizada del hombre a la paternidad? Eso parecía lo más sensato. ¿Qué debería hacer una dama si su amante deseaba conocerla, pero estaba en plena menstruación?

Por un momento deseó celebrar una reunión con su madre fallecida, o incluso con su vieja niñera, o con la comadrona, la madre Sarah, cualquiera de las cuales contestaría a esta pregunta con un guiño afectuoso o una mirada de comprensión. *Père* le había explicado, durante sus escasas y tensas conversaciones sobre asuntos femeninos, en las que intentaba ser padre y madre de ella al mismo tiempo, que los judíos tenían estrictas leyes que gobernaban las actividades entre hombre y mujer en el lecho.

«En esta cuestión los cristianos son más sensatos —había admitido a regañadientes—. No existe otra restricción que casarse ante su dios».

Sentía la punzada de aquella sagrada restricción, a la luz de su despreocupación por ella. De pronto, experimentó un miedo cervical. ¿Ardería en el infierno por lo que había hecho? ¡No, Dios, por favor! ¿Es que tus caprichos no me han causado suficientes padecimientos?

¿Acaso era justo? ¿Con cuántas mujeres se había acostado su verdadero padre, aunque sólo se había desposado con una? Nadie había llevado la cuenta, para beneficio inmerecido de su reputación, y ni siquiera se había molestado en ocultar sus

infidelidades. ¿Acaso su madre no había sido la amante de Eduardo, si bien en contra de su voluntad, sin la bendición del matrimonio?

Estaba segura de que su madre descansaba en los brazos de Dios, mientras los ángeles la consolaban con promesas de una vida eterna menos trágica que la terrenal. Otro destino para una persona tan cruelmente manipulada era inimaginable. Dios concede indulgencias, pese a lo que los curas nos quieren hacer creer, se tranquilizó.

Père había llevado a lady Throxwood a su lecho, recordó. El resultado no había sido bueno.

Tendré que rezar para obtener el perdón, se dijo.

En todo caso, ¡qué delicioso pecado! Pagaría al perdonante, y sin quejarse, con tal de enmendarlo.

Cuando regresaban a casa de Marcel, después de no haber encontrado a Alejandro, Kate experimentó un extraño alivio.

Los criados de Guy de Chauliac trajinaban por la casa para organizar los preparativos de la fiesta nocturna. Sentado a un extremo de la mesa del estudio del francés, Alejandro contemplaba la frenética actividad que se desarrollaba alrededor. El manuscrito de Abraham estaba abierto ante él. De Chauliac se hallaba en el otro extremo, con un volumen de medicina en las manos, pero daba la impresión de que no podía concentrarse en las páginas. Sus ojos juzgaban con severidad las labores de la servidumbre. Por su expresión el judío dedujo que su carcelero consideraba su tarea deficiente y se preguntó por qué no tenía un ama de llaves que se ocupara de ese trabajo. ¿Y por qué debía ser él testigo de los preparativos? «*Quiero teneros al lado mientras estudio* —había explicado el francés a Alejandro cuando lo sacó de su pequeña habitación—. *Es posible que necesite comentar con vos algunos puntos*».

«*Pues llamad a uno de vuestros alumnos* —había replicado Alejandro—. *Deben de suplicar a gritos el privilegio de estudiar a vuestros pies*».

«*Ya lo creo, pero prefiero la compañía de mis iguales durante mi lectura*», afirmó De Chauliac.

—Estáis irritado, francés; no podéis leer. ¿Por qué exigís mi compañía?

—Porque sí, español. —Sonrió con sarcasmo—. Aunque sirve de bien poco en este momento.

Porque no quiero complacerte con mi conversación. Hasta ese momento, Alejandro no había pronunciado una palabra, a menos que su anfitrión le hablara antes, si bien anhelaba una buena discusión sobre algo, lo que fuera, que le distrajera de sus preocupaciones. El sorprendente término que había encontrado en el manuscrito seguía sin descifrar, y había muchos más que requerían una clarificación, pero no podía permitirse el sencillo placer de hacer un comentario agudo, porque eso daría pie a que su carcelero le imitara y no quería contribuir a algo tan repulsivo

como proporcionar entretenimiento a De Chauillac.

A medida que las sombras se alargaban y se acercaba la fiesta, los encargados de la diversión empezaron a llegar. Primero aparecieron los músicos y un bufón, después una mujer de aspecto exótico, cabello oscuro y tez olivácea, muy parecida a la de Alejandro. De Chauillac aseguró que sus bailes le cautivarían.

—Mueve el estómago de una forma muy excitante —afirmó, con una sonrisa traviesa, casi infantil—. Está muy contenta de poder trabajar en estos tiempos difíciles, de modo que hará cuanto pueda por complacer al público.

Alejandro la siguió con la mirada cuando cruzó el vestíbulo y esbozó una sonrisa a su pesar.

—¿Qué opinarán las damas de este espectáculo? De Chauillac rio.

—No habrá ninguna esta noche. La mayoría han sido enviadas fuera, hasta que París vuelva a ser el de antes.

Alejandro pensó en Kate, que ya debía de haber llegado a París. Rezó en silencio. Le irritaba la posibilidad de que todavía estuviera con Karle.

—¿La ciudad es muy peligrosa para las mujeres? —inquirió.

—Sólo para las nobles —contestó De Chauillac—. Las de las clases inferiores van y vienen a su antojo. —Miró por la ventana y calculó la hora—. Creo que tal vez haya llegado el momento de que regreséis a vuestra habitación, aunque no deseo interrumpir nuestra agradable conversación. Deberíais descansar un rato y luego prepararos.

¿Para qué?, se preguntó Alejandro mientras los guardias se lo llevaban.

Aproximadamente una hora después, De Chauillac apareció para acompañar a Alejandro a la planta baja.

—Se os ve muy apuesto, médico —observó—, pero la verdad es que ya teníais una noble figura cuando os envié a Inglaterra con todas aquellas galas. El paso de los años no os ha despojado de vuestra donosura. Debo decir que nadie sospecharía que sois judío.

Como te pasó a ti, pensó Alejandro, pero se abstuvo de expresarlo, pues sólo contribuiría a irritar a su carcelero, y quería verle lo más contento posible. No serviría de nada a sus propósitos despertar la cólera del francés aquella noche.

Como si le hubiera leído el pensamiento, De Chauillac comentó:

—Seré tan amable de advertiros de que no intentéis aprovechar el hecho de que esté ocupado con mis invitados para tratar de escapar. Habrá muchos guardias apostados. Podréis desplazaros por la casa como cualquier otro huésped, pero seréis vigilado... continuamente. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí —respondió Alejandro.

—Bien, en cuanto al problema de vuestra identidad os presentaré como doctor

Hernández.

«¿Hay judíos entre vosotros?», recordó haber oído decir a De Chauillac años antes. El aspecto del elegante monstruo no difería mucho del que ofrecía en el palacio papal de Aviñón, donde había hablado a todos los médicos de la ciudad que habían logrado escapar de la peste. «*En ese caso, avanzad un paso*», había ordenado. Alejandro había afirmado ser su acompañante, el español Hernández, que tan sólo el día anterior le había sido arrebatado por la temible enfermedad. Recordó que, todavía aturdido por la amarga pérdida, había contemplado con una terrible envidia a los demás judíos cuando los expulsaron porque Su Santidad el papa Clemente VI los juzgó inadecuados para el trabajo. Recordó que había deseado con todo su corazón dejar que su pie hiciera lo que ansiaba; avanzar un paso, que conducía a un camino muy diferente.

De Chauillac no reparó en su aire ausente y continuó con sus advertencias.

—Confío en que no me avergonzaréis, porque tal locura no daría nada bueno como resultado. Os aconsejo que disfrutéis de la compañía, porque tardaréis en tratar a gente de tanta calidad.

—¿Y si alguien me pregunta por nuestra relación?

—Diremos, sin faltar a la verdad, que sois un antiguo pupilo mío y un médico de cierta importancia en vuestro país. —Compuso una sonrisa zalamera—. Tal vez diremos que habéis regresado a París para visitar a vuestro mentor. No es del todo mentira. No, si añadimos «con mis más vivas protestas».

—No hace falta dar más explicaciones, pero no dudéis de que conoceréis grandes sinsabores si vuestros actos me avergüenzan de alguna manera.

Una vez terminada la amonestación, De Chauillac dio media vuelta y le guio. Alejandro le siguió mientras planes demenciales se formaban en su cabeza.

Toda la casa estaba iluminada por antorchas y velas, y la música sonaba, pero no se trataba de los sonidos extraños y cautivadores que se oían en las iglesias del dios cristiano, sino de melodías más alegres y mundanas. Toda la mansión olía a las hierbas exóticas y especias que los cocineros habían utilizado con la intención de complacer los paladares de los comensales. Un par de sirvientes con librea se erguían en la entrada, y Alejandro vio más, muchos más de los necesarios para impedirle huir. Apostados en todas las posibles *sorties*, se mantenían inmóviles y sombríos, tal como De Chauillac había prometido. Cada vez que los miraba, descubría que lo observaban a la espera de que cometiera alguna estupidez.

Los brillantes invitados entraron en el reino sibarítico que De Chauillac les había preparado, y Alejandro fue presentado a cada uno, según el guion que su anfitrión había trazado. Mientras el médico judío conversaba con seis caballeros, atravesó la puerta un hombre bajo y corpulento, vestido de una forma mucho menos ostentosa

que los demás. Alejandro se sorprendió al ver que De Chauillac le dedicaba toda su atención.

El recibimiento fue de una solicitud exagerada.

—Ah, monsieur Flamel —ronroneó De Chauillac—. ¡Es un gran placer que hayáis venido! Empezaba a temer que no estuvierais con nosotros esta noche.

Mientras entregaba la capa a un criado, Nicholas Flamel dijo:

—*Je regrette, monsieur le docteur*, mi tardanza. Ha sido inevitable. A mi mujer no le gusta quedarse sola.

El recién llegado hizo una reverencia exagerada, que denotaba falta de práctica, y Alejandro recordó sus torpes esfuerzos en la corte de Eduardo hasta que Kate, una niña de siete años a la sazón, aceptó la responsabilidad de enseñarle a comportarse como era debido en aquel ambiente.

Fue mi única amiga durante un tiempo, recordó con cierta nostalgia.

Flamel se explayó en su explicación, aunque Alejandro estaba seguro, a juzgar por la expresión que había adoptado De Chauillac, que podría habérsela ahorrado.

—Me vi obligado a satisfacer sus exigencias antes de que me permitiera salir.

—Comprendo su ira ante la pérdida de vuestra edificante compañía. Tomaremos la precaución de enviaros a casa con los brazos llenos de dulces, con tal de disculparnos. Confío en que ese gesto suavizará su pérdida.

—Sólo si se los doy bocado a bocado —repuso Flamel con una risita.

Una broma innecesaria, pero De Chauillac le siguió la corriente. Por algún motivo incomprensible para Alejandro, parecía decidido a monopolizar su atención.

—En ese caso, permitidme que os aliente a obrar así —afirmó De Chauillac con un guiño—. Espero que dicha actividad os resulte placentera. —Tomó a Flamel del brazo y lo guio hasta Alejandro—. Venid, os presentaré a otro colega mío, el honorable doctor Hernández, un hombre por el que siento casi tanta estima como por vos, porque es docto y sabio. ¿Cómo iba a ser menos? En un tiempo fue alumno mío.

—¿En la universidad? —preguntó Flamel.

Antes de que De Chauillac pudiera cambiar el rumbo inesperado y peligroso de la conversación, Alejandro intervino:

—En Aviñón, durante los primeros años de la peste.

El rostro de Flamel se iluminó de curiosidad.

—¿Fuisteis uno de los que Su Santidad el papa Clemente, descansa en paz, destinó a otras tierras?

Mientras De Chauillac le miraba con horror, Alejandro sonrió.

—Sí. Tuve el honor de contarme entre ellos.

—¡Maravilloso! ¿A qué corte os enviaron?

Alejandro advirtió que De Chauillac palidecía y sonrió para sí. Tus juegos no siempre te salen bien, amigo mío, pensó.

—Fui de un sitio a otro. La verdad es que era muy propenso a los vagabundeos. Al oír la inteligente respuesta, De Chauillac pareció recobrase un poco.

—Ardo en deseos de que veáis un manuscrito que el doctor Hernández ha traído consigo —comentó a Flamel—, pues contiene símbolos alquímicos en el idioma de los judíos. Estoy seguro de que os fascinará.

La sonrosada cara de Flamel delató entusiasmo. Escupió saliva cuando habló.

—¡Ésta es la sorpresa de que me hablabais en vuestra invitación! ¡Por fin me ha sido revelada! —Sonrió de oreja a oreja—. La verdad, señor, al principio no entendí los motivos de vuestra gentileza. ¡Esto es más de lo que esperaba! —Por un momento adoptó una expresión pensativa—. Santo Dios. Monsieur De Chauillac... ¿puedo abrigar la disparatada esperanza... de que sea el manuscrito del llamado Abraham?

De Chauillac miró con inocencia fingida a Alejandro y sonrió. Enarcó las cejas y dijo:

—¿Colega?

A Alejandro le dio un vuelco el corazón.

—Lo es —contestó por fin.

—¡Alabados sean todos los santos! —exclamó Flamel—. ¡He oído hablar y buscado ese libro durante años!

De Chauillac no cabía en sí de satisfacción.

—Esta noche lo veréis —afirmó—, tan pronto como los demás invitados se hayan marchado. Es preciso concentrar toda la atención en él. Si conseguís conteneros hasta después de la cena y el espectáculo, lo examinaremos juntos.

—Ya podéis preparar una carreta llena de dulces para mi esposa, en tal caso —dijo Flamel con descaro.

—Lo procuraremos —concedió De Chauillac.

Llegaron más caballeros, pero De Chauillac no les dedicó tantas atenciones. No obstante, a medida que la casa se llenaba de invitados y el regocijo aumentaba, desplegó todo su encanto y prestancia. Alejandro se encontró, sin quererlo, atrapado en el jolgorio y empezaba a divertirse cuando un joven delgado, casi un muchacho, apareció en la puerta.

Lucía el atuendo de un paje o ayuda de cámara y paseó la vista alrededor con un pergamino en la mano, con el evidente deseo de entregarlo. Parecía terriblemente fuera de lugar, mucho más que el rastrero de Flamel, y muy nervioso.

Alejandro pensó que los ojos le traicionaban. En el manto del paje estaba bordado el símbolo de la casa Plantagenet. Sus sentidos se pusieron en estado de alerta cuando el recién llegado interrogó a los guardias, en un francés influido por otro idioma.

¡Inglés!

De Chauillac se adelantó y tendió la mano abierta.

—¿Debo suponer que este mensaje es para mí? —Si sois, como mi amo le llama,

el «ilustre y magnífico señor doctor De Chauillac», entonces es para vos, en efecto.

De Chauillac sonrió.

—A juzgar por vuestro manto, deduzco que os envía el ilustre y magnífico príncipe Plantagenet, joven paje.

Alejandro empezó a temblar. Buscó un lugar donde esconderse, pero ¿dónde? Los guardias y los demás invitados repararían en cualquier intento que hiciera de ocultarse. Todos tomarían nota de su comportamiento. Todos lo encontrarían extraño.

¡Lionel! ¡El hermano menor de Isabel!

En ese momento el muchacho volvió a hablar.

—Geoffrey Chaucer, a vuestro servicio, oh ilustre y magnífico médico. He recibido instrucciones de desearos las más entusiastas y sinceras buenas noches de parte de tan notable príncipe.

¡El hermanastro mayor de Kate!

—¿Puedo preguntar, joven Chaucer, por qué vuestro príncipe no ha venido a saludarme en persona, puesto que le había invitado?

—Mi príncipe os suplica indulgencia, señor. Lamenta no poder asistir a vuestra fiesta.

El terror de Alejandro empezó a desvanecerse, pero con agonizante lentitud.

—¡Ayer mismo me prometió su presencia! —exclamó De Chauillac con un mohín de disgusto—. ¡Me siento ofendido!

El paje hincó una rodilla en el suelo y escenificó las disculpas de su amo en forma de drama abyecto.

—¡Tened piedad de él, señor! Está confinado en su cama por un episodio de gota. Sufre espantosos dolores, y jura que esta noche no volverá a levantarse.

—Oh, cielos —repuso De Chauillac con severidad—. Tenéis que decirme, joven, si sus anfitriones le han tratado mal.

—No, señor. Me atrevería a decir que ha sido motivo de orgullo para el delfín ocuparse en persona de los cuidados de lord Lionel y que los demás, los que no somos de sangre real y, por tanto, mucho menos merecedores de lujos, encontramos sus disposiciones muy satisfactorias.

De Chauillac indicó al paje que se levantara. Al parecer, estaba muy complacido con las minuciosas instrucciones que Lionel había dado al paje para que solicitara su perdón.

—Bien —dijo—. Siento un gran alivio. Claro que nosotros, los franceses, hemos refinado el arte de tratar a nuestros cautivos con ternura y afecto. ¿Verdad?

Aunque De Chauillac no apartó la vista del paje, Alejandro sabía que el comentario iba dirigido a él.

—En verdad, señor, los franceses parecen muy... afectuosos —concedió Chaucer. De Chauillac rio.

—El delfín me ha encargado que vele por la salud y el vigor de sir Lionel mientras sea huésped de nuestro país. Por lo visto, he fracasado, y lo lamento muchísimo. ¡Oh! —exclamó con dramatismo—. ¡Qué vergüenza! No podemos devolver al buen príncipe a su cariñoso padre con su vitalidad minada por culpa de nuestras licenciosas costumbres francesas, ¿verdad? No, no. Hay que enmendar el yerro.

—Si conocéis alguna cura para la gota, buen médico —dijo el paje—, dádmela por el bien de mi señor.

—¿Cura? Bien, no existe ninguna, pero se pueden tomar precauciones. Visitaré a vuestro príncipe muy pronto y reiteraré los consejos que ya le di. Ha cometido la imprudencia de hacer caso omiso de mis recomendaciones para entregarse a los placeres. Debéis decirle que, pese al aprecio que siento por él, es un paciente muy exasperante. Transmitirle asimismo mi irritación, amén de mis más sinceros deseos de que se recupere cuanto antes del mal que le aflige.

El joven asintió.

—Así lo haré, mi señor.

Hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta.

De Chauillac le cogió del brazo.

—Hay un cubierto para él en la mesa, y ahora nadie lo utilizará. Con tanta necesidad en el mundo, Dios no aprobará que lo desperdicie. —Examinó al paje—. Parecéis un muchacho afable. Debéis quedaros y ocupar el puesto de vuestro señor.

Chaucer se mostró desconcertado.

—Pero él aguarda mi regreso.

—En ese caso, se llevará una decepción, al igual que yo, pues mi mesa carecerá de su noble y querida presencia. Me parece un intercambio razonable.

—No soy digno de ocupar la silla de un príncipe, señor. Además, pensad en los guardias que me han escoltado hasta aquí. Tienen instrucciones de devolverme sano y salvo.

De Chauillac no quiso oír más objeciones. Rodeó con el brazo la espalda del joven y dijo:

—Les daremos de comer mientras esperan. Me ocuparé de ello, para que Lionel se sienta satisfecho. Decid, porque lo he olvidado, ¿cómo os llamáis?

—Geoffrey, señor.

—¿Tenéis apellido, joven Geoffrey?

—Sí, señor. Chaucer.

—¡Ajá! Os he oído nombrar en casa de Lionel. Habéis causado una excelente impresión a vuestro príncipe, joven Chaucer. Habla muy bien de vos. Me contó que con frecuencia le divertís con relatos muy imaginativos. En inglés, dice. Debéis de ser muy inteligente. —Dirigió una mirada sarcástica a Alejandro.

—¿Habláis inglés, señor? —preguntó el paje al médico judío.

Éste miró a De Chauillac, que parecía disfrutar sobremanera de su turbación. Al ver que el francés no intentaba cambiar de tema, Alejandro contestó:

—Un poco.

—En tal caso, me siento doblemente feliz de conoceros —declaró Chaucer al tiempo que estrechaba la mano de Alejandro, a quien comentó en inglés—: No tenía a nadie con quien hablar.

—Una aflicción que comprendo muy bien —repuso Alejandro en su idioma, no sin cierto esfuerzo.

—¿Cómo lo aprendisteis?

Si bien al judío le gustaba cada vez más aquel joven, vaciló antes de responder.

—En mis viajes me he topado con algunos ingleses. La lengua ha penetrado por la fuerza en mis oídos, y la he asimilado, aun en contra de mi voluntad. Poseo ese talento.

—Todo el mundo parece tener una opinión sobre nuestro idioma. Decidme, ¿cuál es la vuestra?

Era un tema peligroso, pero ¿deduciría algo más el curioso Chaucer de su negativa a contestar que de la improbable explicación sobre sus conocimientos del inglés?

—Lo encuentro difícil —afirmó Alejandro a regañadientes— y confuso. No se parece a los demás idiomas que he aprendido. Con frecuencia observo que carece de palabras para expresarse con precisión.

—Con el tiempo, eso se convertirá en una virtud —repuso Chaucer.

Alejandro no pudo contener una sonrisa. Lástima que no sea judío, pensó con cinismo. Ojalá la familia real inglesa llegue a apreciarle.

—¿Abrigáis la intención, mi joven amigo, de mejorarlo vos personalmente?

—Si es necesario —contestó el joven Chaucer con una sonrisa.

Quedaban aún dos sillas vacías en la enorme mesa de roble cuando los presentes tomaron asiento. De Chauillac hizo caso omiso de los ausentes y veló por el bienestar de los invitados. Alejandro se sintió complacido cuando se encontró sentado al lado del cordial paje, pero algo molesto al descubrir que su otro compañero de mesa era el impertinente Nicholas Flamel.

Pronto se olvidó de sus acompañantes, porque la joven morena entró en el comedor, seguida de cerca por los músicos, que acompañaron sus sensuales contoneos con una melodía de aire oriental. La joven se balanceaba al compás de los tambores. A cada paso que daba, proyectaba hacia adelante una cadera de una forma invitadora, una posición destinada a embelesar a los caballeros, lo que logró con suma facilidad.

Al cabo de un rato, ante la sorpresa de Alejandro, la joven apoyó un pie desnudo sobre una de las sillas de madera vacías y se subió a la mesa. Los dedos de sus pies estaban rodeados de anillos de oro y plata, y llevaba unos voluminosos pantalones de la tela más delicada y transparente que Alejandro había visto en su vida. Como el velo de una virgen, pensó, una comparación incongruente.

—Una vez, vi a una joven de Rumania bailar para el rey Eduardo —le había contado Adéle—. Iba cargada de adornos de oro y plata, cadenas y amuletos que tintineaban cuando se movía, y sólo cubrían sus opulentos pechos unos círculos de tela dorada, sujetos por una tirilla delgadísima atada a su espalda. —Adéle había dibujado en el aire formas redondas con las manos mientras describía a la bailarina, y el corazón de Alejandro se había acelerado. Adéle rio como una chiquilla antes de añadir—: Sin embargo, se tapaba la cara como una doncella tímida. Todos advertimos que el rey tenía el miembro erecto bajo su manto.

—¿Y la reina no protestó? —había preguntado él.

—La reina lo organizó —contestó su amante, ruborizada—. Era un regalo de cumpleaños para su esposo. Las damas reales están acostumbradas a tales espectáculos. Todo el mundo desea ser el primero en enseñarles algo nuevo y excitante, de modo que ven divertimientos de esa índole a menudo.

Mucho más a menudo que los judíos de Aragón, había pensado en aquel momento.

Chaucer le dio un golpecito en el brazo.

—Vi bailar en la corte a una mujer parecida. Creo que era de Rumania.

Alejandro se preguntó si el joven le había leído el pensamiento.

Como si la hubiera llamado, la bailarina se plantó de repente ante él, con las rodillas algo dobladas y sus partes femeninas, apenas ocultas, a escasos centímetros de su cara. Alzó un pie y le tocó con un dedo la punta de la nariz, mientras sus caderas seguían desplegando su magia rítmica. Alejandro enrojeció hasta la raíz del cabello antes de que el pie se posara de nuevo sobre la mesa. Los presentes prorrumpieron en vítores y aplausos, y vio por el rabllo del ojo la perversa sonrisa de satisfacción de De Chauliac. ¿Habría recibido la voluptuosa *demoiselle* instrucciones de seducirle? Era muy probable. La mujer sonrió de forma lasciva, abrió los labios y exhibió su lengua rosada, lo que complació sobremanera a los hombres reunidos alrededor de la mesa, que silbaron, batieron palmas y animaron a Alejandro a aceptar el desafío. Entonces, la joven se agachó y se inclinó, de tal modo que sus pechos colgaron delante de la cara del médico.

Con el fin de defenderse de alguna manera, el judío agarró al paje y lo empujó hacia adelante, hasta sepultar su rostro en el escote de la mujer. Se oyeron gritos de ánimo y sugerencias obscenas, así como carcajadas estentóreas. El ritmo de la música alcanzó un clímax frenético, la atmósfera se hizo irrespirable, el volumen de las voces

casi insoportable, y Chaucer hincó una rodilla sobre la mesa, preparado para abalanzarse sobre la bailarina. De repente, la escena se paralizó, pues De Chauliac se había puesto en pie, con la vista clavada en la puerta del comedor. Todo el mundo siguió su mirada.

Los últimos invitados habían llegado por fin. En el umbral, casi sin aliento, se hallaban Étienne Marcel y Guillaume Karle.

Dieciséis

Janie se mordía las uñas de impaciencia cuando Kristina la dejó a solas con Virtual Memorial. Era casi como tener un cachorrito nuevo. Había cosas que aprender, rasgos de personalidad que descubrir, y se sintió muy despierta y viva, aunque a aquella hora de la noche ya empezaba a tener sueño. Una mirada al reloj le indicó que era plena noche en Londres, demasiado tarde para llamar a Bruce. Además, no estaba segura de que las discrepancias que habían surgido en su última conversación con él se hubieran disipado. Pese al afecto que le tenía, sabía muy bien que Bruce era propenso a los sermones, y lo último que deseaba en aquel momento era aguantar uno.

Sin embargo necesitaba una buena colada física, una purga corporal completa, para eliminar todas las impurezas acumuladas debido a la falta de sueño, el exceso de tensiones y problemas. Correr un poco le sentaría bien.

De todos modos, he de hablar con Michael y Caroline.

Era una noche de luna, y casi toda la ruta estaba bien iluminada. Cuando Janie llegó a la mitad de la primera manzana, recordó que Virtual Memorial seguía sobre la encimera de la cocina.

Tendría que habérmelo llevado.

De todos modos aún no contiene datos. No vale la pena que vuelva.

El recuerdo de lo que le había sucedido con su último ordenador portátil resucitó. Se detuvo, dio media vuelta y desanduvo el camino para recogerlo.

Supongo que es como sacar a pasear al perro. Introdujo el pequeño aparato en una mochila acolchada ligera y volvió a salir.

Parte del trayecto transcurría por el carril bici donde el entrenador había sufrido el accidente. Era una ruta que recorría con frecuencia, y pensaba que la conocía bien. Aun así, cuando abandonó la calle y entró en el atajo que discurría por una zona boscosa, experimentó un frío aislamiento; no se trataba de la clase de soledad que amaba, e incluso anhelaba, sino que era de índole visceral y exigente, de la que exhorta al cuerpo a seguir moviéndose a toda costa. Lo hizo, espoleada por una descarga de adrenalina, con cuidado de no tropezar con ninguno de los obstáculos traicioneros cuya existencia conocía, porque había muchos en una época en que no se podía arrancar una mala hierba sin conseguir un permiso. Raíces al descubierto, ramas bajas y enredaderas formaban pequeños ejércitos, preparados para agarrarla del tobillo. Avanzó a paso vivo.

Llegó por fin al carril bici y, cuando sus pies tocaron el pavimento, bendijo en silencio al funcionario desconocido que había tenido la previsión, pese a la más que

probable oposición ecologista, de estampar el sello de APROBADO sobre el proyecto del carril. Después de la oscura y ominosa arboleda, hasta el asfalto parecía cordial, pero cuando se internó en un tramo que reclamaba a gritos una farola, la fría sensación regresó de nuevo. Dejó atrás a toda prisa los rincones en sombras, lugares perfectos donde ocultarse, en los que nunca antes se había fijado.

¿Estaba el lugar oscuro, como ahora, cuando el joven entrenador cayó y se mató? ¿Estaba su mente tan absorta en algo o alguien que no reparó en una roca, una rama, incluso una tortuga... o tal vez una persona?

Alguien podía surgir de las tinieblas para trabar los ejes de una rueda de bicicleta, empujar o arrollar a un ciclista, y luego partirle el cuello, disponer el cuerpo de forma que pareciera un accidente y... desaparecer de nuevo. Sólo tardaría unos escasos segundos.

Cuando se acercaba, sudorosa y temblorosa, a la casa de Michael y Caroline, vio a la pareja en el columpio del porche, meciéndose. Compartían un evidente sosiego, una complicidad que Janie intuyó pese a la oscuridad. No obstante, sabía que sobre su mutuo bienestar planearía la sombra, como en muchas veladas posteriores, de por qué Caroline había cogido el ordenador portátil de Michael, un acto que había tenido terribles consecuencias.

Fue por lealtad, Michael, deseaba decir. Siente lealtad hacia mí porque le salvé la vida. No obstante era una explicación que tendría más credibilidad si procedía de la propia Caroline. A Janie no le cabía duda de que, con el tiempo, Caroline hablaría con él al respecto. Entretanto, daba la impresión de que eran muy felices.

Cuando todos aquellos pensamientos hubieron completado su circuito a través de su cerebro, abandonó las sombras aterciopeladas y salió a la luz de la farola.

—Eh —dijo Caroline cuando la vio—, ven a sentarte con nosotros. —Palmeó el asiento del columpio.

—Gracias —dijo Janie en cuanto se sentó. Saludó a Michael—. Quería, ejem, preguntar... —Se interrumpió y bajó la vista. Al cabo de unos segundos de penitencia interna, alzó la mirada—. Lo siento. Tendría que haber llamado, pero los teléfonos no me gustan mucho últimamente... sobre todo cuando no quiero que otra gente escuche lo que digo.

Michael sabía lo que Janie quería sin necesidad de que lo expresara. La muerte del entrenador sería el tema de sus conversaciones hasta que lo integraran en el cuerpo de conocimientos de su relación, hasta que se transformara en una corriente oculta implícita y hablar de ello ya no fuera necesario. Tras un breve silencio, el policía le explicó la información que había recabado.

—Aún no lo han declarado de manera oficial muerte sospechosa. Es probable que no lo hagan, porque no existen pruebas que conduzcan a un sospechoso o permitan una acusación formal. Eso, en sí, ya convierte la muerte en sospechosa. Algo habría

que investigar.

Janie se preguntó si debería hablar a Kristina de la muerte del entrenador. Es probable que ya lo sepa, pensó, pero ¿y si no estaba al corriente? ¿Era importante que ella, que ellos, lo supieran? Si se lo contaba a Kristina, cabía la posibilidad de que Caroline, tal vez incluso Michael, acabaran implicados. Una cosa era que ella se metiera en medio de un tornado, y otra muy distinta arrastrar a sus amigos al peligro.

—Es muy raro que no hubiera huellas —observó Janie—. ¿Están seguros? ¿No encontraron ni la menor prueba?

—Nada.

—Bien, eso significa que no vendrán a buscar a Caroline, ni a ti, ni a mí, y que no averiguarán quién lo hizo, si es que alguien lo hizo. Al fin y al cabo, quizá sólo fue un accidente.

Michael la miró sorprendido.

—Menudo cambio de parecer. Hace tan sólo un par de días estabas convencida de que había algo sucio.

—Ya no sé qué pensar —repuso Janie al cabo de un momento.

Michael y Caroline ignoraban lo de Kristina y el trabajo que Janie había aceptado. Kristina ignoraba que Janie, con la ayuda de Caroline, había conseguido datos sobre el muchacho. La joven había localizado a Janie a partir de sus investigaciones sobre el campamento. Al menos eso había dicho, y por algún motivo que no acertaba a definir, Janie la creía.

De ese interés se deducía que otra persona, entidad o incluso «agencia» no perdía de vista a los chicos de Camp Meier; no necesariamente al campamento, aunque eso estaba por ver. El hombre muerto tenía que significar un mensaje, y Janie carecía de motivos para pensar que estuviera dirigido a Michael o Caroline. Sin embargo, si Kristina y su «agencia» la habían localizado por mediación del campamento, ¿no cabía la posibilidad de que los demás, que habían asumido el papel de los «malos» en su imaginación, la localizaran de la misma forma?

Si no lo habían hecho ya, quizá no lo harían. Tal vez la página web de Camp Meier era un enlace demasiado próximo para que alguien corriera el riesgo de descubrirse si lo sometía a vigilancia electrónica.

No podía verbalizar, ni siquiera poner por escrito, ninguno de aquellos pensamientos. Soy la única que lo sabe todo, comprendió de repente. Será mejor que vaya con cuidado.

Se volvió hacia Michael.

—¿Te importaría acompañarme en coche a casa?

La entrevista entre Kristina y el hombre que la supervisaba fue casi un interrogatorio.

—Empiezo a sentirme como una especie de agente secreto del gobierno — comentó la joven.

—Supongo que ya lo sabrías, desde luego —repuso el hombre entre risas.

—Bueno, he leído mucho.

—Lo sé. Sólo estaba bromeando, para quitar dramatismo al asunto. De todos modos, da la impresión de que todo el proyecto se ha vuelto clandestino de repente.

—Bien, lo es, ¿no crees?

—Supongo que sí. Cuanto antes se sepa todo, mejor me sentiré. Tu trabajo ha sido excepcional, Kristina. Esta noche has hecho una labor excelente. Fuiste clara y concisa en tus explicaciones, y muy firme con nuestra nueva «líder» acerca de sus futuras obligaciones.

—Bueno, tuve mucho tiempo para prepararme.

—Un tiempo bien empleado, es evidente. No obstante, es curioso... pensaba que se mostraría... vacilante. Esperaba que se acobardara un poco más, que se negara incluso.

—Creo que se lo tomó como un reto.

—Tal vez. Me gustaría saber qué piensa en realidad de todo esto.

—Me complace decirte que es lo único que no sabemos. El aparato funciona a las mil maravillas. La transmisión es clara como el agua. Se lo llevó consigo cuando fue a ver a sus amigos, y lo captamos todo. Tuviste una idea muy brillante al sugerir que añadiéramos el transmisor.

—Lo contrario me habría parecido ridículo. De todos modos, es curioso utilizar un transmisor de esa clase en nuestros días. Está muy pasado de moda. Sin embargo funciona.

Janie se levantó con los pájaros a la mañana siguiente y, aunque sabía que no estaría en casa, llamó a Bruce. En realidad no quería hablar con él, sólo saber cómo estaba, tomar las medidas necesarias para que la relación siguiera su curso, al tiempo que hacía caso omiso de su consejo de abandonar su vida cada vez más complicada, al menos por un tiempo. El mensaje que dejó fue breve, pero esperaba que transmitiera su afecto por él, y comprendiera que le amaba, pese a su comportamiento reciente.

Poco después, con una taza de café bien cargado en la mano, se lanzó al ataque.

Activó Virtual Memorial y bajó los archivos que guardaba el satélite. Eran cuarenta y tres, y se instalaron con toda su información en el programa de recogida de datos. V. M. dedicó los siguientes minutos a comparar los nombres y los números de identificación con las listas que ella había obtenido de Big Dattie.

Los agentes (Janie no sabía cómo llamarlos) habían recabado una información excelente. Por desgracia, casi todos los chicos de cuyos datos se disponía estaban

hospitalizados, de ahí la facilidad para obtenerlos. Janie imaginó a un técnico de laboratorio, una asistente social o un auxiliar administrativo de aspecto inocente acudiendo junto al lecho de un muchacho tendido de espaldas. Una madre o un padre, o tal vez, si el chico era afortunado, ambos estarían sentados a su lado, con la cara demacrada y pálida, retorciéndose las manos de desesperación. El agente susurraría unas disculpas por la interrupción, que los afligidos padres perdonarían, porque al fin y al cabo, ¿no era todo por el bien del crío? Mientras los progenitores miraban, sin darse cuenta de nada, el agente obtendría unas células del brazo del chico y las introduciría con discreción en una bolsa de plástico para llevarlas de inmediato al laboratorio de evaluación de ADN, si el hospital tenía.

Le resultó fácil localizar los archivos enviados por agentes que, en su vida cotidiana, eran administradores, porque contenían la huella corporal completa del paciente. Los técnicos no tenían acceso a ese grado de información, a menos que fueran expertos en tomar huellas corporales. Al parecer, había un agente en Manhattan (todos eran anónimos para ella) con acceso a numerosos datos. Los archivos que enviaba eran bastante completos.

Transmitió una nota al emisor por cada archivo al que faltaban datos, enumeró los huecos concretos que debían llenarse y pidió que se la avisara si dicha información no podía obtenerse, por el motivo que fuera. Janie sabía que no podrían conseguir la huella corporal de todos los chicos.

De todos modos haremos lo que podamos sin ellas.

Sonrió para sí cuando apagó el ordenador. Había pensado en plural.

El tono de voz de Myra Ross en el mensaje que le había dejado era casi frenético. ¿O sólo exaltado?, se preguntó Janie.

Santo Dios, se dijo mientras lo reproducía de nuevo, que no le haya pasado nada a ese diario.

Pese a sus súplicas, Myra se negó a explicarle nada por teléfono cuando Janie la llamó.

—Ha de venir aquí —insistió—. He de enseñarle algo.

—Ahora me es imposible; estoy ocupada.

—Venga en cuanto pueda.

La curiosidad la mataba.

—De acuerdo, estaré ahí dentro de una hora.

—Diré al guardia que la espere.

Cuando Janie llegó al depósito, la exaltación de Myra se le había contagiado. La conservadora la condujo de inmediato a la misma sala de trabajo donde habían estado la vez anterior.

—Quiero que eche un vistazo a esto —dijo.

Janie quedó sorprendida al ver que había dos libros sobre la mesa. Uno era el diario; el otro era más grande y antiguo, con lo que parecía una cubierta de latón, carente de brillo debido a la edad y abollada por el manejo. Daba la impresión de que era un manuscrito, y resultaba casi tan atrayente como el diario, aunque Janie no supo por qué. Sólo sabía que le había cautivado tanto como el diario. Tendió la mano de manera instintiva para tocarlo.

Retiró la mano al oír que Myra gruñía y sintió el palmetazo de un profesor imaginario en los nudillos.

—Oh, Dios, lo siento.

Después de expulsar el aliento, Myra dijo:

—No pasa nada. De hecho, es una reacción muy comprensible. Yo también querría tocarlo en su lugar, pero hemos de reprimir todo contacto innecesario con este manuscrito. Es demasiado frágil y antiguo para manosearlo. —Indicó a Janie que se acercara más—. Esto es lo que quería que viera. Eche un vistazo. Dígame qué observa.

La conservadora lo abrió con exquisito cuidado por una página en particular. Janie miró con atención en busca de algo cargado de significado. Los dos tomos eran muy diferentes, tanto en el aspecto como en los materiales empleados: el de Alejandro estaba encuadernado en piel, casi todas las páginas eran de pergamino, y estaba sembrado de dibujos de carácter técnico en apariencia para ilustrar el texto. El otro tenía ilustraciones ornamentales muy hermosas y, debajo de cada una, un texto escrito en lo que Janie supuso hebreo. Algún escriba europeo, a juzgar por su aspecto, había garrapateado apuntes en las páginas, con tinta desteñida.

—Las hojas son muy delgadas —afirmó—. Parecen a punto de desmenuzarse.

—Las hemos tratado con un producto conservante, pero no es eso lo que quería que observara.

Empezaba a parecer una especie de examen. Suspendida, pensó Janie.

—Me rindo. ¿En qué debía fijarme?

—Creí que lo vería al instante —dijo la conservadora con expresión un tanto apenada.

—Lo siento, debo de ser una completa imbécil. La verdad es que estoy muy cansada, he tenido un día muy ocupado, pero no sé qué...

—La caligrafía. Es la misma en ambos libros.

Janie miró el otro manuscrito con asombro. Pese a que el tiempo casi había borrado las anotaciones, lo vio por fin.

—¿La de Alejandro? —susurró.

—Creemos que sí.

Janie sintió que las rodillas le flaqueaban.

—Cielo santo —exclamó.

Pocos minutos después, Janie bebía un vaso de agua, sentada en un taburete, mientras Myra Ross explicaba lo que había averiguado.

—No me fijé hasta que examiné el más reciente con un microscopio. Después empecé a pensar, ¿dónde la he visto antes? Tomamos imágenes digitales de ambos libros y las sometimos a un proceso de ampliación que hemos desarrollado para estos casos. Había cierto número de palabras comunes en ambos libros, de manera que las ampliamos al máximo y las superpusimos en el ordenador. Eran casi idénticas. Suponemos que el tal Canches hizo anotaciones en ambos manuscritos. —Exhaló un suspiro, y miró los dos tomos. Luego se volvió hacia Janie—. No me importa decirle que fue un momento muy emocionante para mí descubrirlo.

—También lo es para mí, de modo que la comprendo muy bien —repuso Janie—. También podría haber dicho «perturbador, increíble».

—Cualquiera de esos adjetivos habría servido. En todo caso eso no es todo; hay más aún. Estos dos libros son de períodos muy diferentes. Sabemos que el suyo procede del siglo XIV, pero aún no hemos conseguido datar el otro. Es bastante más antiguo, quizá de algunas centurias antes, pero no lo sabemos con precisión. Hemos examinado el volumen varias veces, pero no aparece ni una sola fecha en el texto original. Los métodos de datación con los que contamos proporcionan un margen, pero no muy estrecho.

—¿Cómo es posible que la caligrafía sea la misma?

—Lo que escribió Alejandro en el volumen más antiguo no es el texto original, sino que se añadió bastante después de que fuera escrito. Hemos llegado a la conclusión de que su doctor Canches fue uno de los traductores del libro anterior.

—¿Hubo más de un traductor?

—Hubo varios. Pedimos a un analista de caligrafía medieval que examinara el manuscrito de Abraham cuando lo adquirimos. Además, estaba claro por la lengua empleada en la traducción. El francés de Canches era francés cortés, una versión arcaica del que se habla hoy, que podríamos comparar con el inglés antiguo. Debió de aprenderlo en un ambiente culto, o tal vez en la mansión de algún noble. En un momento dado, la caligrafía cambia, y también el francés. Se convierte en francés provenzal, que en realidad es más español que francés. La gente que lo utilizaba pertenecía a las clases inferiores, al menos en aquel tiempo, o procedía de las ciudades pequeñas del sur de Francia. Creemos que Canches fue el primero de los varios que intervinieron con posterioridad. Por lo visto, reconoció su valor y le dedicó cierto tiempo.

—Sé que le gustaba aprender, pero me pregunto por qué este libro era tan valioso

para él.

—Es difícil concretarlo, pero si yo hubiera sido un judío de aquel tiempo, habría agradecido cualquier cosa que hubiera alegrado mi vida. En esencia, este libro es un manual de instrucciones muy largo que el autor, un hombre llamado Abraham, envió a los judíos que vivían en Europa. —Sus ojos destellaron de entusiasmo—. En la primera parte de la obra, les da consejos sobre cómo debían vivir, pero el núcleo es un manual de alquimia. Se detallan fórmulas para transmutar los metales ordinarios en oro. Yo diría que Abraham quería dotar a su pueblo de recursos económicos para sobrevivir. Por eso les facilita un montón de fórmulas para fabricar su propio oro. Es realmente fascinante.

—Pero eso son tonterías.

—Para nosotros, pero en aquella época había mucha gente que creía a pies juntillas en dicha posibilidad. Fue una obsesión medieval y de principios del Renacimiento, del mismo modo que en la actualidad estamos obsesionados con intentar imaginar una forma de «hacer feliz a la gente». Es muy posible que su doctor Canches creyera en eso.

—Lo dudo —replicó Janie con desdén—. Alejandro era un científico, y muy bueno.

Los ojos de Myra Ross centellearon.

—Un científico medieval. Debía creer que la tierra era plana, si alguna vez pensó en ello, que los niños se engendraban cuando unos diminutos seres humanos, a los que denominaban homúnculos, pasaban del padre a la madre durante la cópula. No es absurdo que concediera seria atención a un manual de alquimia. Los alquimistas fueron los primeros practicantes, al menos en Europa, de algo remotamente parecido a la química de nuestros días, todo estaba relacionado con rituales religiosos... —La conservadora se interrumpió al ver la expresión abatida de Janie—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Me siento un poco decepcionada.

—¿Por qué? Ya intenta convertirle en un héroe otra vez. Olvídelo. Esto es mucho más emocionante.

—A partir de la lectura de su diario, me había hecho la idea de que era brillante.

Myra suspiró y meneó la cabeza.

—Hebreo, francés, español, por no hablar del inglés, que en aquel tiempo era un idioma muy reciente. Yo diría que era brillante. El trabajo de traducción que siguió a suyo no fue tan preciso. Descifró una buena parte del principio, y luego parece que dejó de trabajar en él de repente. Sin embargo cometió un par de errores, aunque sospecho que lo hizo aposta, pues eran palabras sencillas y las había traducido bien en otros párrafos.

—No era tan descuidado como para eso.

—Tal vez trabajaba bajo cierta coacción y no quiso que la esencia del diario cayera en malas manos.

—Eso ya me parece más propio de él.

Myra sonrió y miró el manuscrito.

—A pesar de las equivocaciones, es fascinante. —Pasó las páginas con cuidado y leyó en voz alta la salutación—. «*Abraham el Judío, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo, a la nación de los judíos, dispersados por la ira de Dios entre los gentiles, os saluda*». —Exhibió una sonrisa de satisfacción—. Lo escribió en la parte posterior de las hojas; papiros, de modo que son, literalmente, hojas. Por eso están tan deterioradas. Las hojas se descomponen.

Janie meneó la cabeza con incredulidad.

—Esto es demasiado.

—Estoy completamente de acuerdo. Ese tipo se adelantó a su tiempo.

—Aunque no fuera consciente —repuso Janie. Con algo parecido a la nostalgia, observó los dos volúmenes—. Alejandro Canches me fascinó desde la primera vez que vi este diario. ¿Sabe que intuyó la existencia de los anticuerpos en el siglo XIV y utilizó esa intuición para encontrar una cura contra la peste? ¡La peste! Si las autoridades le hubieran escuchado, si hubieran tomado algunas medidas sencillas, habrían detenido el azote de la peste negra y salvado millones de vidas, pero sin duda lo tacharon de loco. —Bajó la vista y luego la alzó con expresión preocupada—. Loco o no, a veces casi siento amor por ese hombre, pese a los siglos que nos separan. No amor romántico, sólo una profunda fascinación, como lo que se siente por un niño.

La expresión de Myra se suavizó.

—En ese caso, la nombro madre judía oficial honoraria —dijo—. Ahora puede decir con todas las de la ley, «y éste es mi hijo, el doctor...».

Janie rio.

—Es un honor, de veras. Dígame, de una madre judía a otra, ¿qué significa todo esto?

—Significa que su librito vale mucho más de lo que pensé al principio, y no estoy hablando sólo de dinero.

La noticia del valor potencial del diario no era muy preocupante, pero pasó a ser otro huésped del hotel Cerebral de Janie, y pronto exigiría servicio de habitaciones.

Cuando conectó Virtual Memorial aquella tarde, encontró otra sorpresa. Una evaluación que había puesto en marcha por la mañana había concluido, y los resultados la aguardaban.

En cuanto abrió aquel archivo, comprendió que la absorbería por completo.

—El otro día te mentí —dijo a Tom—. Necesito hablar.

—Bien, pues ¿sabes una cosa? Creo que deberías ir de excursión.

Vaya, vaya. Janie se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y se mordió el labio. Dio gracias porque Tom no pudiera ver su gesto nervioso.

—Ejem... ¿He olvidado pagar mi factura?

La carcajada de Tom fue estentórea y alegró a Janie.

—No. Ha sido otro de mis intentos fallidos de bromear. No es mi especialidad, pero nunca dejaré de probar suerte. Me había reservado unas horas para ir de excursión esta tarde, y el tiempo colabora, pero mi acompañante habitual canceló la cita. Aún quiero ir, pero no solo. Puedes caminar y hablar al mismo tiempo, ¿no?

Su acompañante habitual. Sonaba fatal, pero Janie no hizo preguntas.

—Hoy no lo sé. No te prometo nada, pero lo pensaré.

—La primera equivocación de la mayoría de los excursionistas es cargar con demasiadas cosas. —Tom jugueteó con la correa de su hombro mientras ella se encaramaba a un saliente—. Te resultaría más fácil si la mochila fuera más ligera.

—No pesa —protestó Janie—. Además, no he traído nada que no debiera.

Subieron por una larga e inclinada superficie de roca, más que una colina, menos que una montaña, traicionera como el cubil de un león. Tom la había descrito por el camino como una «senda intermedia». La ascensión se hizo difícil a la mitad, y Janie tenía que cogerse a todos los saledizos que encontraba. Miró a Tom con el entrecejo fruncido, y el abogado rio para sí. Al ver su expresión risueña, Janie tuvo ganas de plantarle la bota claveteada en la cara.

—¿Crees que es divertido? —preguntó—. Yo no. Recuerdo que sólo hablaste de ir de excursión.

Tan pronto como llegó a lo alto del peñasco, Janie se sentó reclinada contra una roca. Se refrescó la cara con agua y se secó con la manga de la camisa, movimiento que aprovechó para olfatear con rapidez su axila.

—Aj —exclamó, con la nariz arrugada—. Entre el sudor y el repelente para insectos, estoy hecha un asco.

—Es un derecho humano básico estar así de vez en cuando, de modo que vamos a ejercer nuestros derechos.

Su sonrisa era tan juvenil que Janie olvidó por un momento que era tan mayor como ella. Tom llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza, y ella recordó la mata de pelo que había tenido en otro tiempo, aunque cualquier observador perspicaz se habría dado cuenta de que algún día la perdería.

—Así viven los humanos, en teoría —proclamó Tom a las rocas mientras se golpeaba el pecho con los puños—. Sudor, suciedad y agujetas.

—Aj. —Janie echó a reír—. Esto no es humano. Llévame al jacuzzi más cercano.

—Más tarde, mujer. Hoy te lo tienes que ganar. —Tom sacó su cantimplora y bebió con avidez. Después se secó la boca con la manga de la camiseta—. Bien —dijo como si estuviera en su despacho—, habla.

—¿Seguro que antes no quieres torturarme un poco más?

—No. Ya pareces bastante torturada.

—Bien, supongo que es una descripción bastante precisa.

Tom esperó un momento.

—Te está afectando, ¿verdad?

Un halcón que volaba en círculos sobre sus cabezas llamó la atención de Janie. Se protegió los ojos del sol, miró hacia arriba y vio que planeaba sin el menor esfuerzo aparente en busca de su siguiente ágape, que no se vería obligado a cocinar o pagar. Suspiró con envidia y miró a su querido acompañante.

—Sí, me está afectando. Bruce me aconsejó hace un par de días que lo abandonara todo y huyera a cualquier lugar que me apeteciera. Quizá tenía razón.

Tom espantó un mosquito de su brazo y gruñó con ironía.

—Bolivia te encantará, y también Madagascar. Hasta alguien tan ignorante de las leyes de inmigración como yo podría llevarte a ciertos países del África central, o a la India, si estás muy desesperada.

—Lástima que no quiera ir a ninguno de esos lugares.

—De hecho, me alegro de que sea así. —La miró a los ojos—. Te echaría de menos.

Transcurrieron eones de silencio. Al cabo Janie encontró la voz de nuevo.

—Creo que yo también.

De pronto el momento necesitó un ajuste, y Tom, como siempre, halló la manera de sintonizarlo con un toque de humildad.

—¿Qué harías con todo tu dinero, si no tuvieras que dármelo?

—Dárselo a mi nuevo abogado, con toda probabilidad.

Tom lanzó una carcajada que parecía sincera.

—Bien, al menos todo quedaría dentro de la profesión. Supongo que debo estar agradecido. —Cambió de tema con diplomacia—. En fin, me has arrastrado hasta aquí arriba para hablar...

Janie enarcó las cejas.

—Parece que discrepamos de quién arrastró a quién —replicó. Suspiró y fijó la vista en el horizonte—. Tengo la sensación de que todo me está asfixiando.

Tom le puso una mano en el hombro y, tras una breve vacilación, empezó a darle un suave masaje.

—Tus problemas legales se resolverán con el tiempo. Ten paciencia, es lo único que puedo decirte.

—Ojalá mis problemas fueran sólo legales.

—Mi permiso para ejercer no cubre los de otra índole.

—Ahora no necesito un abogado, Tom, sino un amigo.

La voz de Tom se despojó de toda sombra de humor.

—Sabes que ya lo tienes, Janie. Ni siquiera has de pedirlo.

—Lo sé. No quería insinuar lo contrario. Lo siento. ¿Crees que hoy podrás ser un buen amigo?

Tom recuperó su buen humor.

—Un amigo cojonudo.

—¿De los que guardan secretos?

—Mierda. Pensaba que por fin iba a llegar a algo contigo.

Janie no pudo contener una sonrisa.

—Bueno, tal vez no sea de alto secreto. No sé qué deducir de todo esto.

Abrió la mochila para sacar a Virtual Memorial y, mientras lo sostenía sobre su regazo, le habló de la enigmática Kristina y su descarada irrupción en su vida. Resumió el intrigante desafío que representaba la joven, demasiado parecida a Betsy.

—Parece *Misión: imposible*.

—Y todo por culpa de V. M., mi nuevo cachorrito. No debo dejarlo solo.

—¿Por qué no? ¿Muerde los muebles?

—No, gracias a Dios, y de momento parece conformarse con el papel. —Abrió la tapa y la pantalla cobró vida—. Supongo que causaría muchos problemas si cayera en malas manos.

Tom reflexionó unos momentos.

—¿Por eso has estado haciendo preguntas sobre tu testamento y tus pólizas de seguros, y has guardado tus objetos de valor en mi caja fuerte?

—Sí. Kristina me aconsejó que pusiera «mis asuntos en orden».

—Coño. —Tom clavó la vista en las rocas antes de volverse hacia Janie.

—Tomando prestada una expresión de tu juventud, esto es muy *heavy*.

—Sí, estoy de acuerdo. Esta noche examinaré la primera evaluación de los datos recogidos. No tengo ni idea de qué voy a encontrar, pero confío en que empezarán a aparecer algunas relaciones.

—¿Te preocupa algo de todo esto? —preguntó Tom después de reflexionar unos instantes.

—Claro que sí. Sería idiota si no estuviera asustada. Es mi estado natural últimamente. Estos pequeños informes sobre el DR SAM me están acojonando.

—Bueno, no eres la única. Yo también estoy asustado.

—Dios mío, Tom, ¿qué haríamos si volviera otra vez?

—No lo sé.

Janie guardó silencio.

—¿Sabes una cosa? —dijo por fin—. A pesar del miedo que tengo, no veo el

momento de llegar a casa y examinar los datos.

Tom le cogió la mano y la apretó con afecto.

—Pero seguirás diciendo que todo esto te está volviendo loca. Creo que no es así. Me parece que te sientes viva por primera vez en siglos y no sabes qué hacer con tanta energía positiva.

—Lo cierto es que me siento muy... desorientada por diversos motivos...

—El principal de ellos es que intentas con todas tus fuerzas llevar una vida tranquila y normal, que tal vez no sea la que el Troll Cósmico ha dispuesto para ti.

—Bien, sólo por una vez, me gustaría que saliera de su guarida de mejor humor.

—Eso no depende de ti, querida.

—Podríamos discutirlo.

Tom sonrió con ironía.

—No llegaríamos a ninguna parte.

Janie respiró hondo y expulsó el aire poco a poco.

—¿Qué crees que debería hacer, oh sabio entre los sabios?

—¿Quieres que te responda tu abogado o tu amigo?

—Estamos charlando como amiguetes, ¿no?

—Creo que deberías llevar a cabo esta... investigación. No serás feliz hasta que lo hagas. También opino que ni siquiera deberías plantearte ir a otra parte hasta que la hayas concluido a tu entera satisfacción. —Tom se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones—. Excepto —añadió mientras señalaba hacia el siguiente afloramiento de rocas— arriba.

—¿Qué hago con Islandia?

Tom no la miró a los ojos.

—Bueno, eso no deberías perdértelo, por supuesto.

La dejó en la puerta de su casa con un beso cariñoso, que Janie analizó hasta decidir que no era más que un beso de amigo y no había que darle más vueltas. Después tomó una ducha y se frotó la piel hasta que se puso roja y la mugre, el sudor y los productos químicos de la excursión a la montaña desaparecieron chillando por el desagüe, como una tribu de piojos despechados.

El pequeño cartero del ordenador sonreía y agitaba cartas cuando le echó un vistazo.

Todos los mensajes comerciales estaban identificados, de modo que los tiró sin más y se dedicó a los que le interesaban. Los personales estaban ordenados por tamaño decreciente. De Bruce: «*Te quiero, no malinterpretes lo que digo, creo que eres maravillosa*», y otras expresiones de disculpa. De Caroline: «*¿Todo bien? Estamos preocupados por ti. Llámame cuando puedas*». De Wargirl: «*Más tarde*».

Supuso que Kristina aparecería aquella noche. Con el pelo todavía envuelto en

una toalla blanca, abrió el programa de evaluación y empezó a hacer lo que anhelaba desde hacía horas.

No obstante, mientras clasificaba los datos que se desplegaban en el monitor, se sintió decepcionada. Los había pasado por filtros de edad, lugar de nacimiento, estatura, peso, herencia, vacunaciones, historial médico, toda la información básica, y la triste verdad era que no veía nada espectacular. El común denominador más visible seguía siendo el campamento de verano.

Resultaba irritante y frustrante al mismo tiempo.

—Bien, así sea —dijo al ordenador, como si tuviera alguna responsabilidad personal por los datos introducidos—. ¿Qué te parece si me dices algo que no sepa? —Abrió la ventana de evaluaciones genéticas—. Esto te mantendrá ocupado mientras me visto.

Había hecho las llamadas telefónicas pertinentes, se había secado el pelo y cenado con frugalidad, cuando se dispuso a comprobar los adelantos de V. M. El pequeño ordenador había terminado el 80 por ciento de la monumental tarea que le había encomendado. Aún faltaban algunos chicos, pero por fin vio en la pantalla algo inesperado.

Diecisiete

—Creo que estos recién llegados me han salvado de cometer una locura —susurró Chaucer a Alejandro cuando volvió a sentarse.

El judío no contestó, porque su atención estaba concentrada en Guillaume Karle, que había tomado asiento frente a él, al otro lado de la mesa, y le miraba fijamente a los ojos, pálido como un muerto.

De Chauliac no pasó por alto la actitud de los dos hombres, a quienes observaba como un águila desde su silla de respaldo alto, en la cabecera de la mesa.

—Marcel, creo debéis presentarnos a vuestro compañero —sugirió.

Ignorante de lo que ocurría, Marcel se levantó y apoyó una mano sobre el hombro de Karle.

—Es mi joven sobrino Jacques, que ha venido a París para visitarme... en un momento de lo más inoportuno, debo reconocer, pero quiso presentar sus respetos a su *grandmère* a instancias de mi hermana. No me pareció correcto disuadirle.

—Bienvenido, sobrino de mi gran amigo *le prévôt*. Es un placer conoceros y un honor que os hayáis separado de vuestra *grandmère* para sentaros a mi mesa. Parece que ya conocéis a uno de mis invitados.

Karle miró con nerviosismo a De Chauliac, y después recorrió la mesa con la vista. Fue consciente del escrutinio de los demás invitados, sobre todo del joven Chaucer. Se esforzó por mantener la compostura mientras todos aguardaban a que hablara. Por fin tartamudeó una negativa.

—No... pero por un momento el caballero me ha recordado a alguien. —Se volvió hacia Alejandro—. Os pido disculpas, señor, si mi atención os ha ofendido.

Alejandro negó con la cabeza. Estaba sentado muy tieso, con la vista clavada en el rebelde de pelo ambarino, el hombre que, en teoría, debía cuidar de su querida Kate. ¿Qué locura es ésta?, había pensado al oír la falsa presentación de Marcel. Observó a los presentes mientras se preguntaba si todos eran unos impostores. Llegó a la rápida conclusión de que no. Cuando le tocó presentarse a los recién llegados, se levantó y abundó en la sarta de engaños.

—Hernández a vuestro servicio, *messieurs*.

Casi al instante, De Chauliac embelleció la superchería.

—Reina demasiada modestia en esta sala. Es el doctor Hernández, para ser preciso, un antiguo alumno mío.

Marcel enarcó las cejas en expresión de interés.

—Os deben requerir mucho, porque quedan pocos médicos en París. La mayoría ha perecido. He pasado muchas horas preocupado por la atención médica que

recibirán nuestros ciudadanos.

Sobre ese asunto, Chaucer tenía un par de cosas que decir, y participó en la conversación con entusiasmo.

—Mi señor Lionel comenta con frecuencia que su padre deplora la falta de médicos y se queja del exceso de abogados.

Marcel sonrió.

—Como yo también he sido víctima de demasiados abogados, simpatizo con la prevención del rey hacia esa profesión. En cambio los médicos son un tesoro.

—No ha venido para tratar a pacientes, Étienne —aclaró De Chauliac—, sino para aprender. Ha traído un magnífico tratado médico para someterlo a mi consideración. —Sonrió con dulzura mientras miraba a Alejandro—. Estoy muy agradecido por el honor que el doctor Hernández me hace al solicitar mi opinión.

—¡En ese caso, aún estoy más impresionado! —exclamó Marcel. Se volvió hacia Alejandro—. ¿Os dais cuenta, señor, de que la familia real francesa solicita con frecuencia la opinión de vuestro maestro? Y también los papas, descansan en paz los fallecidos.

El recuerdo de la ironía del destino provocó que una expresión de amargura se dibujara en el rostro de Guy de Chauliac, que Marcel no pasó por alto. El tono del preboste cambió al instante.

—Bien, digamos que estáis en noble y excelente compañía.

Alejandro, por pura fuerza de voluntad, silenció los latidos estruendosos de su corazón para poder oír sus propias palabras.

—Mucho más de lo que mi rango merece.

Aquella afirmación consiguió que De Chauliac se animara.

—Una vez más, afirmo que padecéis un notable exceso de modestia, colega. En mi opinión, sois digno de tratar a un rey.

—¿Cuál es vuestro rango, si disculpáis el atrevimiento?

Alejandro contestó a Marcel con la mayor sinceridad posible.

—Soy español.

—Lo he deducido de vuestro nombre, señor. ¿De qué familia?

—Es gente corriente de Aragón —mintió el médico judío.

—No obstante, sois un hombre culto.

El momento que tardó en expresar una respuesta plausible se le antojó demasiado largo.

—La ciudad necesitaba un médico y vio en mí a un sujeto con talento para aprender. Durante un tiempo, una vez completada mi educación, les serví bien.

—Y ahora bendecís París con vuestra presencia. ¿Desde cuándo estáis en nuestra hermosa ciudad?

—Acabo de llegar.

—Vuestros compatriotas os deben de echar mucho de menos.

—Eso espero.

—Estoy seguro —afirmó De Chauillac con una sonrisa.

—¿Qué os impulsó a marchar? Es decir, además de la belleza de París y la sabiduría de vuestro estimado maestro.

Alejandro apenas podía contener su nerviosismo. No deseaba otra cosa que quedarse a solas con Karle para averiguar qué había sido de Kate. Se obligó a mostrarse cordial.

—Son motivos más que suficientes —contestó—, pero si hubiera otro, supongo que debería culpar a mis ansias de viajar.

—El deber de todo joven —repuso Marcel, que señaló a Karle—, como mi sobrino. Los ancianos, y me refiero a nuestro anfitrión y a mí mismo, hemos de contentarnos con quedarnos en casa y dedicarnos a nuestras obligaciones. De todos modos estoy seguro de que el joven Jacques, debido a la naturaleza de su notable carácter, atenderá a sus obligaciones cuando llegue el momento.

De Chauillac reaccionó ante la pulla con una carcajada cordial, porque Marcel y él eran amigos íntimos. Karle esbozó una leve sonrisa y asintió. Alejandro comprendió que se había propuesto comportarse como un patán de provincias. Bien, pensó. Cuanto menos llame la atención, más feliz me sentiré.

Minutos después, la bailarina ofreció otra actuación y grandes bandejas cargadas de platos exquisitos empezaron a llegar: perfumados nabos y verduras salteadas se amontonaban alrededor de humeantes pedazos de buey asado, largas hogazas de pan y gruesos bloques de mantequilla cremosa. Jarras de vino tinto se distribuyeron por la mesa, y los caballeros se sirvieron sin la menor contención. En cuanto una jarra se vaciaba, era sustituida por otra, y al cabo de pocos minutos el humor fue más jovial que antes.

—Una fiesta estupenda, ¿verdad? —susurró Chaucer a Alejandro—. Mi señor Lionel estará muy disgustado por habérsela perdido.

—Sospecho que vuestro señor ha disfrutado de numerosos banquetes y así ha llegado al estado que ha provocado su infortunada ausencia.

Chaucer dirigió un vistazo a De Chauillac y, al ver que conversaba animadamente, comentó a Alejandro:

—Ya lo creo. De Chauillac opina que es demasiado joven para padecer esa enfermedad. Mi señor se queja de que *monsieur le docteur* no se compadece de sus dolores. Suplica un poco de láudano para aliviarlos, pero De Chauillac no quiere ni oír hablar de ello.

Y bien que hace, estuvo a punto de decir Alejandro, porque endurecería los intestinos de Lionel como un cuenco lleno de arcilla y agravaría su gota. Se contuvo, porque una idea había acudido a su mente.

—Tal vez convendría a vuestro señor oír un segundo diagnóstico —propuso—. Sería un placer para mí procurárselo, con el consentimiento de Guy de Chauliac, por supuesto.

Chaucer miró al arrogante francés. Sabía que su anfitrión se tomaba demasiado en serio, según le habían susurrado en la casa. Se acercó más al judío.

—Habría que negociar con delicadeza tal solicitud —murmuró—, con las palabras más consideradas.

El paje había mordido el anzuelo, y Alejandro admiró su naturaleza aventurera y el espíritu inquisitivo. Se recordó que no debía desperdiciar la gran oportunidad que se le presentaba y que era preciso utilizarla con prudencia en su provecho.

—Aspiráis a ser un hombre de letras, amigo mío. Encontrad las palabras necesarias para aportar a vuestro señor el alivio que anhela.

Chaucer aceptó el desafío.

—Dicho y hecho —repuso con una sonrisa—. Yo lo arreglaré.

Alejandro le devolvió la sonrisa y pensó en lo delicioso que sería endurecer los intestinos del hermano menor de Isabel. Sus esfuerzos por aflojar los intestinos de los Plantagenet en Inglaterra no habían sido agradecidos. Esta vez, sus servicios no pasarían inadvertidos.

La oportunidad de hablar con Guillaume Karle sólo se presentó cuando la cena terminó y los comensales, cebados y algo borrachos, se levantaron de la larga mesa. Esperó con paciencia, sin apenas tocar el vaso, a que De Chauliac estuviera ocupado. Si bien los guardias no apartaban la vista de él, no se alarmarían si hablaba en privado con otro invitado.

Observó con interés que De Chauliac cogía del brazo al alquimista Flamel, ambos salían de la sala y subían por la escalera que conducía a la parte de la mansión donde estaba situada su celda. Comprendió con cierta inquietud el propósito de su desaparición: De Chauliac pensaba enseñar el manuscrito a Flamel. Por un instante tuvo la tentación de seguirles para oír lo que el alquimista decía sobre la obra de Abraham, pero no podía desperdiciar la oportunidad de abordar a Karle durante su ausencia.

Marcel, que ya estaba un poco ebrio, mantenía una discusión apasionada con otro invitado y había dejado abandonado a su «sobrino». Alejandro cogió a éste del brazo, sin excesiva gentileza, y le arrastró hasta el vestíbulo. Los guardias observaron con cautela, pero no intervinieron.

Cuando juzgó que nadie podía oírles, masculló:

—¿Dónde está Kate? ¡Hablad!

—Calmaos, médico, y soltadme. Tendréis que curarme el brazo si seguís apretando.

Alejandro abrió el puño.

—Ya habéis recuperado el brazo, de modo que hablad, y sin rodeos, porque no tenemos mucho tiempo.

Karle miró por encima del hombro de Alejandro.

—Se encuentra bien —explicó por fin—, os lo aseguro. Hemos ido varias veces a buscaros.

—¿A la rue des Rosiers? ¿Bajo el letrero del *fromagier*?

—Exacto.

—Así pues, se acordaba, después de tantos años.

—En efecto. Mejor que vos, al parecer, porque aquí estáis, y tan cerca. ¿Por qué no acudisteis?

Alejandro le miró con incredulidad. Su rostro se endureció de ira.

—¿No veis que soy un prisionero? —susurró.

—No veo los grilletes.

Alejandro ladeó la cabeza hacia la puerta, custodiada por los guardias.

—Me inmoviliza con grilletes humanos. ¿Creéis que no habría acudido si me hubiera sido posible?

Karle le miró con indignación.

—¿Cómo voy a saber lo que deseáis o no?

—¡Mi hija lo sabe! ¿No os ha hablado de mi absoluta devoción por ella?

—Muchas veces. También habla de su devoción por vos, de manera que no debéis preocuparos a ese respecto.

Alejandro se acercó a Karle, con una expresión todavía más amenazadora.

—¿Debería preocuparme por otras cosas?

Karle vaciló.

—¿Y bien? —preguntó Alejandro al advertirlo.

—No. Se encuentra bien, y feliz.

—¿Feliz? ¿Cómo puede ser feliz una muchacha separada tanto tiempo de su padre?

—Bien —tartamudeó Karle—, tal vez no es del todo feliz, pero parece contenta. —Se esforzó por buscar una explicación—. Una muchacha le hace compañía, una criada de la casa de Marcel, donde...

—¿La habéis llevado a casa de Marcel?

—Sí. Nos ha recibido muy bien, sin preguntar quién es ella ni por qué está conmigo. Fui allí porque no había otro techo seguro en todo París bajo el cual guarecerla. Ni a mí.

—Un establo habría sido más seguro para Kate. ¡Toda clase de nobles entrarán y saldrán de allí!

Karle entornó los ojos. Decidió que la reserva de Alejandro había durado

demasiado.

—Es hora de que me expliquéis a qué viene ese temor a que la vean.

Alejandro retrocedió.

—De modo que no os lo ha dicho.

—¿Qué? —siseó Karle, frustrado.

Alejandro permaneció en silencio, con expresión inflexible e inescrutable.

—Cuando vuelva a casa de Marcel, le pediré que me revele este secreto.

—No lo hará.

Karle agarró a Alejandro del cuello de la camisa.

—No estéis tan seguro, médico.

Se sostuvieron la mirada. En el silencio de aquel momento, Alejandro oyó pisadas sobre peldaños de piedra y el roce de mantos. Miró hacia atrás y vio que De Chauillac y Flamel bajaban por la escalera, enfrascados en una animada conversación. Se volvió hacia Karle.

—Ya no hay más tiempo para hablar —susurró—. Hemos de hacer planes para sacarme de aquí. Me vigilan continuamente. No es fácil escapar de esta casa.

—Entonces ¿cómo...?

—Creo que me las arreglaré para salir.

De Chauillac atravesaba el salón. Su largo manto púrpura ondulaba con elegancia detrás de él, mientras el regordete y sonrosado alquimista lo acompañaba. El francés sonrió al verlos, y Alejandro comprendió que debería contestar a algunas preguntas cuando se reuniera con ellos.

—Hay una ventana con barrotes en el último piso, orientada hacia el oeste. En esa habitación me retienen prisionero. Os lanzaré una carta. Venid mañana después de oscurecer. No me falléis, Karle, o...

No tuvo la oportunidad de proferir su amenaza, porque De Chauillac se detuvo a su lado con su orondo acompañante.

—¡Qué diálogo tan íntimo! Bien, confesad ya que os conocíais.

Karle se inclinó en señal de respeto.

—No, señor, acabamos de conocernos, pero como el caballero es médico y mi querido tío Étienne ha dicho que hay tan pocos en la actualidad, juzgué oportuno interrogarle acerca de cierta dolencia que padezco, relacionada con una mujer.

—¡Ah! —exclamó De Chauillac con un gesto—. Tales dolencias son abominables. No digáis más.

—Por suerte no es necesario, porque el buen doctor me ha dado lo que considero un consejo excelente.

—Es un médico estupendo. Haréis bien en seguir sus consejos. ¿Puedo daros uno yo también?

—Sí, por favor. Ansío buenos consejos sobre este tema.

De Chauliac sonrió.

—Os recomiendo, joven, que vayáis con cuidado al elegir las mujeres con las que os relacionáis.

Karle y Alejandro intercambiaron una mirada.

—En este caso, señor, la doncella me eligió a mí. —Se alejó con una cortés reverencia.

Pasó un largo momento antes de que Alejandro se recobrara lo suficiente para advertir que Flamel le hablaba. Tuvo que pedirle que repitiera sus palabras e improvisar una rápida respuesta a la pregunta de cómo había llegado el libro a sus manos.

—Lo compré a un boticario.

—¿Puedo preguntar dónde?

—No lo recuerdo. En aquel tiempo estaba de viaje, y no siempre sabía el nombre del pueblo por el que pasaba. Me parece que fue en el norte... No, esperad; puede que fuera en el sur. —Se encogió de hombros a modo de disculpa—. Tengo mala memoria para esos detalles.

—Hace mucho tiempo que buscaba ese libro. Corrían rumores de su existencia en los círculos de mi arte, pero nadie lo había visto. Habéis prestado un gran servicio al mundo al encontrarlo. Decidme, ¿os comentó el boticario dónde lo había conseguido?

—No se lo pregunté, y él tampoco me dio explicaciones. Se puede asumir que lo obtuvo de un judío. Tal vez en los pillajes de Estrasburgo, o quizá lo compró a un judío que escapó.

—Pocos escaparon, loado sea Dios.

—Con uno habría sido suficiente —repuso con amargura Alejandro.

Antes de que la conversación se agriara, De Chauliac intervino.

—Vuestra traducción avanza bien, por lo que he visto.

—Sí, pero aún falta mucho por hacer.

—He observado que habéis empezado las páginas en que se dan instrucciones para la transmutación —dijo Flamel—. Sería un gran honor para mí que me informarais de vuestros progresos puntualmente. Tal vez os pueda ser de ayuda, porque conozco el significado de muchos símbolos que encontraréis en el manuscrito.

—¡Me parece una idea maravillosa! —aprobó De Chauliac.

Alejandro comprendió que no tenía alternativa, que todo había sido acordado mientras estaban arriba, en su habitación. Se preguntó cómo habría explicado De Chauliac la presencia de los barrotes en la ventana. O si el alquimista había reparado en ellos.

La fiesta estaba terminando, y todos los invitados se dirigieron hacia la puerta. Karle ya había salido con Marcel, y Alejandro quedó con el temor de que jamás

volvería. En cambio el grosero y desagradable alquimista había hecho efusivas promesas de regresar, para desdicha del judío.

El paje Geoffrey Chaucer estaba a punto de marcharse. Alejandro le llevó a un lado y susurró:

—Recordad que debéis hablar con vuestro señor. Decidle que estoy ansioso por ayudarle.

Chaucer le guiñó un ojo con aire conspirador.

—Pronto recibiréis noticias mías. No lo dudéis.

A continuación el muchacho se acercó a De Chauliac y le suplicó que le entregaría una nota para excusar su larga ausencia. La recibió al punto y se fue, un joven con todas las posibilidades del mundo ante sí. Alejandro le observó con envidia mientras atravesaba el patio.

Su espíritu aventurero y mente activa le recordaron su propia juventud, antes de su traspie.

No obstante, el afecto del joven paje por el inglés era preocupante, pero Alejandro no podía pensar en eso ahora. Sabía que nadie podría refrenar a un joven como aquél, pese a la opinión del mundo sobre el idioma que había elegido.

Kate, tendida en el jergón de paja de su pequeña habitación, temblaba en los brazos de Guillaume Karle y, aunque la noche era calurosa, experimentaba escalofríos de terror.

—¿Por qué no podemos ir ahora?

—Dijo que fuéramos mañana.

—¡De Chauliac! —gimió la joven—. ¿Quién iba a pensarlo?

Karle exhaló un suspiro de frustración.

—De conocer su historia, tal vez comprendería lo que sucede, pero aún desconozco los secretos de tu pasado.

Kate cerró los ojos y lloró en silencio.

—Kate, por favor, has de contarme esos secretos. Mi ignorancia es peligrosa.

La joven abrió los ojos y escudriñó los de su amante.

—¿No te dijo nada, pues?

—No, pero me preguntó si tú lo habías hecho. —Le cogió con dulzura la cara entre las manos y la miró a los ojos—. No os traicionaré —prometió—. Mi deseo de ti lo prohíbe. Además, soy un hombre de honor. Nunca haría nada que te causara algún daño, aunque me beneficiara.

Kate volvió la cabeza, pero Karle la obligó a mirarle.

—Por favor —rogó—. ¿No comprendes que te quiero? Te imploro que confíes en mí. Si algún día hemos de vivir juntos, debo saber quién eres.

Kate apartó las manos de sus mejillas y las posó sobre su regazo. A continuación

se incorporó y le miró a los ojos.

—Debes prometerme que no comentarás a nadie lo que voy a revelarte.

—Ya tienes mi promesa. No dudes nunca de mi sinceridad.

—Karle, es posible que esta revelación te desagrade.

—Correré ese riesgo.

Kate respiró hondo.

—Si se convierte en una carga para ti, has de recordar mi advertencia, y que has aceptado...

—¡Sí! ¡Por el amor de la Virgen María, continúa!

—Muy bien. —La joven suspiró—. ¿Qué sabes de la realeza inglesa?

—Lo mismo que cualquier hombre corriente.

—Temo que pronto sabrás más de lo que te gustaría.

Karle estaba desconcertado.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—Todo. Verás, Karle, soy... —Contuvo las lágrimas y se interrumpió, incapaz de continuar.

—¿Sí? ¡Dilo!

—No soy la hija de *père*.

—¡Santo Dios! —exclamó Karle—. Es como si me hubieras dicho que el cielo es azul. Cualquier idiota se daría cuenta a primera vista. Bien, ¿de quién eres hija?

—Soy... la hija del rey Eduardo.

Una exclamación ahogada escapó de los labios de Karle.

—*Mon dieu*. —Se persignó.

—Mi madre era una dama de la casa de la reina Felipa. *Père* fue enviado a la corte de Eduardo durante la peste negra para trabajar como médico. Fue De Chauliac quien le mandó allí. Así se cruzaron nuestras vidas por primera vez.

Karle quedó boquiabierto.

—¿Una princesa? —preguntó cuando se recuperó—. ¿Eres una princesa de Inglaterra?

—No. ¡No lo entiendes! No soy nada. Nada. Una bastarda, despreciada por todas las personas relacionadas conmigo. Me arrebataron de los brazos de mi madre cuando era muy pequeña y me enviaron a casa de mi hermana Isabel, que es la verdadera hija de mi padre y su reina. Era poco más que una esclava para ella. Las únicas personas que me trataron con amabilidad fueron la niñera, Dios la bendiga, y si ya ha abandonado esta tierra, que el cielo la acoja, y la dama de mi hermana, Adéle. Era más una hermana para mí que Isabel. El rey, la reina, todos mis hermanos y hermanas reales me trataban como a los rescoldos del hogar.

—¿Y tu madre? ¿No pudo hacer nada por ti?

—La reina lo prohibió. Fue su venganza contra mi madre por haberse acostado

con el rey, aunque no sé cómo habría podido negarse. Cuando yo tenía siete años, la peste se la llevó.

—Eso sí me lo contaste. *Mon Dieu* —repitió con gran estupefacción—. Es una historia asombrosa. Nunca habría esperado algo así...

—Lo más sorprendente es que aún esté viva para contarlo. —Kate vaciló un momento—. Ahora debo pedirte que me guardes otro secreto, o no te explicaré nada más.

—Tienes mi promesa, una vez más, pero ¿aún queda algo más horrible?

—Quizá lo consideres así, o tal vez no. —Respiró hondo y barbotó—: *Père* es judío.

Se hizo el silencio.

—Imposible —susurró Karle—. Me habría dado cuenta.

—¿Cómo?

—Por sus... cualidades... No posee las características de un judío.

—Tiene una cicatriz. En el pecho. Le grabaron al rojo vivo la marca circular.

Mientras Karle dejaba que su memoria reprodujera las imágenes de la noche en que se habían conocido, recordó que le había intrigado la extraña cicatriz que había visto en el torso del médico, pero en aquel momento tenía problemas demasiado urgentes para pararse a pensar en ello. Había hombres en peligro de muerte, y él era un fugitivo acosado.

—Una vez que le vi sin camisa, me dio la espalda. Ahora comprendo por qué. ¿Por qué le envió De Chauillac a Inglaterra?

—De Chauillac no lo sabía. *Père* ocultó su identidad. Adoptó el nombre de un compañero muerto, un soldado con el que había viajado desde España.

—¿Por qué?

—Porque mató a un obispo en su país.

—¿Un obispo? ¿Y anda por el mundo a sus anchas, sin haber padecido atroces torturas?

—Juro que es verdad. Debes creer, Karle, que su acto estuvo plenamente justificado.

—Pero un obispo... Es un pecado aterrador.

—Su recuerdo le abrumba día tras día. El maldito clérigo arruinó a él y a su familia y todo porque había exhumado el cadáver de un hombre al que *père* intentó tratar de una terrible enfermedad. Necesitaba averiguar cuál había sido la causa de su muerte, de modo que sacó el cuerpo de la tumba...

—*Mon Dieu!* —graznó Karle.

—Intenta comprenderlo, Karle. Cuando un hombre busca el conocimiento con tanta pasión como *père*, se ve obligado a correr riesgos, y pagó muy caro sus actos. Expulsaron a su familia de Cervera, les confiscaron sus bienes. Tuvieron que salir de

España durante los peores embates de la peste. —Inclinó la cabeza—. Ignora si sus padres llegaron a su destino. Ya eran ancianos, y sucedió hace diez años.

—Es justo que pagara esos crímenes.

Las mejillas de Kate enrojecieron de rabia, pero la contuvo con mucho esfuerzo.

—*Père* sabe que será juzgado por esos actos algún día, pero sus libros sagrados dicen «ojo por ojo» y, aunque no puede manifestar su fe, toma muy en serio las palabras de sus profetas. —Hizo una pausa—. Intentó establecerse como médico en Aviñón mientras esperaba la llegada de su familia, pero fue reclutado, junto con otros galenos, para recibir clases de Guy de Chauliac. Los enviaron a diversos lugares de Europa para que velaran por la salud de las casas reales, porque el Papa quería crear cizaña en los matrimonios regios, pero no podía hacerlo si los novios perecían antes de que les pusiera las manos encima. Así fue como *père* llegó a Inglaterra. De lo contrario, seguiría en Aviñón. Confía en que su familia se haya establecido allí, pero tiene miedo de regresar, y más aún de ser reconocido y capturado. Pese a estas esperanzas, sabe que existen escasas posibilidades de que sobrevivieran a la peste y al viaje desde España.

Karle exhaló un suspiro de asombro.

—Cuán cruel puede ser el destino. Pensó que en París estaría a salvo, y sin embargo es donde acecha su mayor peligro. —Reflexionó unos momentos y después dijo, con expresión muy seria—: Todos estos años habrán sido terribles para ti.

Kate arrugó el entrecejo.

—¿Terribles? ¿Qué quieres decir?

—Has viajado durante diez años como su hija.

—¿Y por qué habría de ser terrible?

—Ya es bastante grave que sea judío, pero además ladrón de tumbas, asesino... Le demuestras una devoción considerable, teniendo en cu...

Sin pararse a pensarlo, Kate quiso abofetearle. Karle le agarró la mano y la inmovilizó. Vio ira en sus ojos, el caudal de lágrimas a punto de desbordarse, y comprendió que aquellas consideraciones carecían de sentido para ella. Amaba a aquel hombre como si fuera su verdadero padre.

Al cabo de unos tensos y silenciosos momentos, Karle susurró:

—Lo siento. No pretendía ser irrespetuoso. —Besó su puño apretado y tembloroso con ternura—. He hablado con demasiada precipitación y debo achacarlo a la ignorancia.

Kate apartó la mano con brusquedad. Tenía las mejillas encarnadas.

—*Père* es el mejor hombre que he conocido en mi vida —aseguró con gravedad—. Es mucho más noble de espíritu que el hombre que me engendró. Nunca he echado nada de menos bajo su tutela. Me ha dado el don del conocimiento, el idioma, la lectura y el cálculo de los números. Sé de medicina, de caza, y conozco todas las

habilidades necesarias para la supervivencia. Pocos hombres pueden afirmar lo mismo, y no digamos mujeres. Jamás ha intentado inculcarme por la fuerza sus creencias, pero sé que desea que las comparta, lo leo en su rostro a veces. Le abrumba una soledad que ningún hombre debería soportar.

—Ha perdido mucho —musitó Karle.

—Ha perdido todo cuanto más le importaba, salvo a mí.

Karle comprendió que debería aceptar al padre para poseer a la hija.

—Juro que haré cuanto sea necesario para que nunca volváis a separaros.

—Tendrás que hacer las paces con él, si hemos de estar juntos.

—Pues así será.

La mente de Alejandro no le concedía paz, porque los acontecimientos de la velada todavía remolineaban en su interior. El joven Chaucer, de mente tan viva, que tal vez sería el colaborador involuntario de su fuga; la inesperada reunión con Karle; la noticia de que Kate se encontraba a salvo, y la preocupante afirmación de Karle de que la joven le había «elegido» en cierta forma. Sólo había una forma de que una muchacha eligiera a un hombre. Pensar en ello le quemaba las entrañas y devoraba el pequeño consuelo que el francés le había proporcionado.

Todo era demasiado confuso para asimilarlo, incomprensible para el patán que había llegado a considerarse. No obstante, debía comprender, porque estaba desesperado por escapar del control de su antiguo maestro. En el monasterio español, recordó, al menos estaba seguro de que sus captores deseaban verle muerto. En cambio De Chauliac le infligía la tortura de la incertidumbre. Detestaba ser un cómplice intelectual maldispuesto, un juguete de la mente. Maldito sea ese hombre, posee un intelecto que, en mejores circunstancias, le convertiría en el más anhelado de los compañeros.

A la luz de una única vela, contempló el manuscrito de Abraham y se preguntó si algún día volvería a sentir lo mismo por él. El tal Flamel parecía desearlo como un varón desea a una mujer, como si poseerlo pudiera redimirle de un fracaso. Después de que el gran alquimista hubiera examinado sus páginas y atisbado sus secretos, Alejandro pensaba que ya no era suyo por completo.

¡Idiota!, se recriminó. Pertenece al pueblo para cuya guía se escribió. Su deber era procurar que llegara a sus manos.

De pronto alguien llamó a la puerta con suavidad, y De Chauliac entró. El elegante francés lucía un manto ligero de seda añil finísima. Se miraron a los ojos, y Alejandro se vio sometido por un momento al examen del francés. Daba la impresión de que él intentaba leer en su alma. Alejandro apartó la vista, y De Chauliac se vio obligado a hablar.

—Una velada magnífica, ¿verdad?

—Ha sido interesante, lo admito, pero ¿por qué invitasteis a lord Lionel, en el nombre de Dios?

—¿Por qué os interesan mis motivos?

—Habría podido venir.

De Chauillac sonrió.

—Supongo que el peligro potencial me incitó a invitarle, para ver cómo reaccionabais. Admito que me complació veros temblar de miedo a que alguien os reconociera, pero todo salió bien, ¿verdad? Parece que disfrutasteis de la compañía de su joven paje. Lionel era apenas un niño cuando estuvisteis en la corte y no se preocupaba por los actos de sus mayores. Todavía es poco más que un niño —añadió con cinismo—. Se entrega a sus deseos como una criatura, hasta el punto de que ha conseguido enfermar de gota.

Alejandro enderezó la espalda. Ésta es mi oportunidad de plantar la siguiente semilla.

—Me gustaría examinarle, si estáis convencido de que no me reconocerá.

De Chauillac enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque, como habéis dicho, es demasiado joven para sufrir de gota. Tal vez no sea ese mal el que lo tortura.

—¿Dudáis de mi diagnóstico?

Ten cuidado con lo que dices. Recuerda su orgullo y utilízalo contra él.

—Esta guerra ha provocado muchas formas nuevas de desdicha, enfermedades que todavía desafían a toda clasificación, y he visto muchas. La realeza no puede mantenerse al margen por el simple hecho de que sea realeza. En cierta ocasión aprendí de vos, pues erais la fuente más grande de conocimientos. ¿Acaso no es posible que ahora aprendáis de mí?

De Chauillac se removió con inquietud.

—Supongo que es posible...

—El joven Chaucer me ha contado que su señor padece dolores en las extremidades, en un pie en concreto, y vos no queréis darle láudano. Me parece una decisión correcta, porque tal vez le estriña, y vos sabéis que el cuerpo ha de desembarazarse de todos los malos humores y desperdicios para recuperarse. Sin embargo, si la gota no es su maldición, cabe la posibilidad de que sufra de dolores innecesarios, que vos podríais curar. Estaría en deuda con vos eternamente.

El francés lo escuchó con expresión reflexiva.

—Tenéis toda la razón, judío —repuso tras un largo silencio—. Tal vez nuestros saberes combinados sirvan a mi príncipe mejor que el mío solo.

—En ese caso —se apresuró a añadir Alejandro—, podríamos retirarnos al punto a otra estancia para hablar de nuestros hallazgos. Si descubrimos otra causa de sus

aflicciones, diremos que el descubrimiento os pertenece a vos por entero.

De Chauillac compuso una expresión apenada y ofendida.

—No necesito tales aplausos inmerecidos.

—No, por supuesto que no. Intento decir que no puedo permitirme el lujo de llamar la atención.

—Sí, claro —concedió De Chauillac. De repente su rostro se tornó sombrío y amenazador—. Si intentáis escapar, lo lamentaréis.

—¿Con los guardias de que me habéis rodeado? ¿Cómo podría un hombre solo vencerles?

El francés le miró un momento, como si intentara sondear su mente.

—Pensaré en ello —dijo por fin. Se levantó, con un crujido de su manto de seda, y caminó hacia la puerta—. Que durmáis bien, amigo mío —susurró sin volverse.

Salió y cerró la puerta a su espalda, mientras su prisionero se preguntaba por qué le había visitado.

Dieciocho

Cuando sonó el timbre, Janie ya no dio por sentado que había una presencia bondadosa al otro lado de la puerta, como en otras fases de su vida.

Aquella nueva cautela, ¿era positiva o negativa? ¿Qué opinarían sus amigos si la vieran apostada ante la mirilla?

Michael y Caroline lo hablarían antes de ofrecer su parecer, impredecible por anticipado. Bruce diría: «estupendo», sin vacilar. Tom meditaría un rato y al final concluiría: «mal». Kristina, que aguardaba frente a la puerta con impaciencia, no debía pensar otra cosa que «abra de una vez».

—Recibí su mensaje —dijo la joven—. Supuse que quería enseñarme algo.

—Pues sí —confirmó Janie. Indicó a la muchacha que entrara y, en cuanto estuvo dentro, se asomó al exterior para pasear la vista alrededor, desde la acera al camino de acceso pasando por los arbustos. Kristina la miró con auténtica preocupación.

—¿Se encuentra bien?

—Oh, creo que sí, pero aún no me he quitado de encima los nervios del asalto a mi casa. Confío en que pronto desaparecerán.

—Yo también —dijo Kristina. Le tendió una bolsa de papel marrón—. Tal vez esto la ayude.

Janie la abrió y sacó una caja de helado.

—Oh, seguro que esto mejorará mi estado mental —afirmó con una amplia sonrisa. Su paranoia empezó a ceder—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Janie alzó la caja de cartón para leer la etiqueta y observó que el sabor era su favorito, una mezcla almibarada de chocolate, caramelo y nueces. Su expresión de gratitud dio paso a una mirada penetrante. Una casualidad mágica, o bien...

—¿Cómo sabías que es mi favorito? La pregunta provocó un nervioso tartamudeo en Kristina, pero ninguna respuesta concreta.

—Escucha —agregó Janie—, has de ser un poco más precavida a la hora de prodigar estos detalles sin importancia que parece conocer sobre todo el mundo. Yo sé hacer abstracción, pero otra persona tal vez se sentiría inclinada a hacerte una cara nueva por ser una arrogante marisabidilla.

Kristina se mostró ofendida.

—No tenía la intención... —balbuceó. Janie dio media vuelta para que la joven no viera la leve sonrisa que había aparecido en su cara ni se diera cuenta de que reprimía una carcajada. Comenzaba a sentir un gran respeto por la competencia de la muchacha, y hasta le caía bien, pero resultaba extrañamente satisfactorio verla vacilar. Janie tuvo ganas de decirle lo mismo que su madre le había repetido con frecuencia cuando se sentía demasiado orgullosa de sí misma: cada vez que mires

atrás, verás a alguien más listo que tú.

Pero yo no soy su madre.

Dejó la caja sobre la encimera y sacó un par de cuencos.

—Olvida lo que he dicho. Ya sé que me vigiláis, pero esto es demasiado. —Palmeó la tapa de la caja, cubierta de gotas de condensación—. Te perdono por conocer mi sabor favorito, y me alegro de que tuvieras la consideración de buscarlo. —Rio cuando un recuerdo la asaltó—. Cuando entré en la universidad, durante las tres primeras semanas me hinché de helado, hasta el punto de que no pude mirarlos hasta los veinticinco años, pero desde que empecé otra vez a comerlos, parece que nunca tengo bastante.

Kristina se quitó la chaqueta y la colgó en una silla de la cocina.

—Y durante ese tiempo también fue vegetariana.

Janie la miró con incredulidad. Sólo habían pasado unos segundos desde que la había reprendido por demostrar que conocía todos sus secretos. ¡Con qué rapidez se olvidan! La madre que habitaba en su interior quiso alzarse, severa e iracunda, pero no levantó la voz, sino que recitó un sermón bondadoso.

—Muy bien, si no abandonas este rollo ahora mismo, te pondré a caldo. —Señaló una sección de la encimera—. Hay cucharas en aquel cajón.

Janie sirvió el helado. Se sentaron a la mesa de la cocina y dejaron los cuencos a cada lado de Virtual Memorial.

—No he sabido nada de usted en todo el día y pensé que lo mejor sería ver cómo estaba —dijo Kristina.

—Hoy he estado un poco ocupada y pensé que aparecerías de todos modos. Recibí tu mensaje esta tarde, y ayer me comentaste que te pasarías esta noche, ¿ya no te acuerdas?

Janie observó que Kristina se ponía tensa. La muchacha no respondió, sino que contraatacó con otra pregunta.

—¿Qué la ha mantenido tan ocupada?

Janie intentó hablar con desenfado, aunque el rumbo que había tomado la conversación empezaba a molestarla.

—Por la mañana trabajé en la fundación, después tenía una cita personal, luego fui de excursión con un viejo amigo...

—¿Le gusta ir de excursión?

—Ah, ¿no lo sabías? Bueno, es un cambio refrescante. No me vuelve loca, pero alguien me invitó. —Tú ya debes de saber quién, pensó—. Además, necesitaba liberar un poco de energía. Por cierto, V. M. estuvo conmigo todo el rato. Esta noche he repasado algunas evaluaciones demográficas. —Hizo una pausa—. Y me topé con una genética.

La revelación cambió la expresión de Kristina.

—¿Ha encontrado algo? —inquirió.

Janie movió un poco la pantalla del ordenador en dirección a Kristina.

—Echa un vistazo.

La pantalla aparecía llena de datos: gráficas, listas, clasificaciones. Tocó un punto de la pantalla y todo se transformó en un diagrama de barras bien etiquetado, con una perspectiva general de todos los datos actualizados, que mostraban la incidencia de similitud.

—Aquí tenemos este pico geográfico, pero ya lo conocemos, y creemos que es pura coincidencia, un resultado secundario basado en los factores comunes más importantes. Se puede afirmar con certeza que viven más judíos en la costa Este que en el Cinturón de la Biblia.^[4] —Tocó un pico concreto de la gráfica y los detalles de los datos aparecieron en una ventana lateral—. El factor común subyacente en todos los casos sigue siendo Camp Meier, y todos estuvieron allí, como indica esta línea, el mismo año, justo antes de la primera epidemia del DR SAM.

—Ya esperábamos algo por el estilo —dijo Kristina con tono de decepción.

—Lo sé —admitió Janie—. Nada de esto me sorprende. Si quieres que te diga la verdad, creo que no vamos a encontrar gran cosa en los datos demográficos. Es un callejón sin salida. Podría figurar algo más en los historiales médicos, porque aún no están terminados, pero tengo la sensación de que no será muy relevante. En todo caso echaremos un vistazo, porque podría equivocarme. Ya ha pasado otras veces.

Esperaba que Kristina riera, pero la joven se mantenía atenta a la pantalla. Janie exhaló un largo suspiro y añadió:

—Sin embargo... Aquí, creo que estamos mirando en el lugar correcto. —Tocó la pantalla, esta vez sobre el icono de evaluación genética. Apareció otra serie de opciones—. Han salido algunas cosas interesantes.

La cara de Kristina delataba inquietud a medida que la información desfilaba por la pantalla. Algunas arrugas se formaron en su frente mientras recorría con la vista los renglones.

—Siempre me siento impaciente por ver estas evaluaciones genéticas. Después recuerdo lo que pueden significar. —Miró a Janie con expresión preocupada—. Aquí veo algunos cánceres. —Pasó el dedo sobre la pantalla—. Aquí hay cáncer de colon, no demasiado grave todavía, supongo... —Detuvo el dedo sobre un nombre en concreto—. Mierda. Este chico necesitará un páncreas un día de éstos. —Suspiró con pesadumbre—. Bien, tal vez pronto habrá un tratamiento mejor.

—Tal vez imaginaremos una forma de desarrollar los órganos que necesitamos —repuso Janie con tono esperanzado—. Mira aquí: un caso inminente de la enfermedad de Lou Gehrig.^[5] —Se reclinó en la silla y se volvió hacia Kristina—. ¿Tienes idea de si los chicos o sus familias han sido informados de estas posibilidades?

—Lo dudo. A nadie se le ocurre echar un vistazo a esto, salvo a las compañías de

seguros... No podemos abordar a un padre y soltarle: «Perdone, ¿no le han dicho que su hijo va a morir de una forma lenta y dolorosa, en la flor de la vida, y que acabará sus días meándose y cagándose encima?». Sobre todo porque hemos obtenido este material genético de una forma bastante cuestionable.

—Ninguno de estos problemas importará demasiado si no se recuperan de sus enfermedades más inmediatas —replicó Janie con ansiedad—. A propósito... —Buscó otra página del programa—. Creo que esto podría ser el vínculo. Lo encontré en todos los chicos.

Era un gen determinado de un cromosoma en particular, con un pequeño defecto, una repetición de un par adenina-timina colocado en un lugar donde no debería estar.

Kristina tocó la pantalla en algunos lugares y apareció una ilustración gráfica del gen en cuestión.

—Hola, cariño —dijo con una expresión que transparentaba entusiasmo y sentimiento de culpabilidad. Tocó el símbolo que indicaba al ordenador que mostrara en la pantalla su nombre científico correcto. Las letras y cifras aparecieron, y Kristina se volvió hacia Janie con una expresión de inmensa satisfacción—. Lo sabía —agregó.

—¿Qué?

—Que encontraríamos algo así.

Janie miró a la joven con los ojos entornados.

—Entonces ¿para qué he hecho todas estas investigaciones y evaluaciones?

—Ignoraba que hallaríamos este gen en concreto —contestó Kristina—. Sólo sabía que encontraríamos un gen, en algún sitio, con algo como esto.

—¿Como qué?

Kristina señaló el nombre del gen en la pantalla. Las letras eran rojas y estaban subrayadas.

—Creo que debo explicarme, pues usted no había utilizado este programa antes. Se creó para reconocer ciertos elementos y exponerlos en colores diferentes.

—¿Por ejemplo?

—Bien, el programa busca cualidades específicas en los genes mientras lee aquéllos que son de interés potencial para nosotros. —Respiró hondo y señaló la imagen de la pantalla con el dedo—. Este gen en particular, el que usted ha encontrado en todos los muchachos, posee lo que podría ser una cualidad muy interesante. Está patentado.

—No lo entiendo —reconoció Janie—. No se puede patentar un gen natural.

Kristina sonrió.

—Lo sé.

—Entonces... este gen...

—Ajá —asintió Kristina—. Este gen no es natural. Tiene que haber sido

introducido.

La inquietante revelación hizo que Janie sintiera la necesidad de comer helado. Con el cuenco en la mano, ovillada en el sofá delante de Kristina, cogía pequeñas porciones con la cuchara, se la llevaba a la boca y la mantenía dentro hasta que el helado se fundía. Estaba absorta en sus pensamientos, con la mirada perdida.

Cuando el cuenco se hubo vaciado, lo golpeó con suavidad con la cuchara, sin darse cuenta de que era un ruido irritante. Por fin Kristina le quitó el cubierto de la mano.

Janie salió de su ensimismamiento y la miró.

—Lástima que ya no haya peniques —dijo Kristina—, pues le ofrecería uno por sus pensamientos.

—Esos pensamientos deben de valer bastante más —replicó Janie con una sonrisa de cinismo.

La joven hundió la mano en el bolsillo de sus tejanos, sacó una moneda de veinticinco centavos y se la arrojó por encima de la mesa.

—Piense en voz alta —propuso.

—No me gusta lo que pienso. Tengo la impresión de que, si lo verbalizo, se hará realidad.

—No estaríamos viendo esto si no fuera ya real, de modo que hablar de ello no cambiará la situación.

—Un gen sólo se puede patentar si ha sido alterado —explicó Janie con una expresión decidida y sombría—. Por tanto, este gen han tenido que extraerlo de alguien, alterarlo y reintroducirlo en estos muchachos. No existe otra posibilidad. —Suspiró—. Hemos de descubrir quién lo hizo, pero lo más divertido —añadió mientras se frotaba la frente y cerraba los ojos— será imaginar la forma de curarlo.

Daba la impresión de que la lista de variables crecía en lugar de disminuir, como Janie esperaba. Cada nueva información, más que solucionar un problema, aportaba otro. Como necesitaba ver toda la información que había recabado, en cuanto Kristina se marchó, escribió una lista con tinta roja. Era un desastre, como los apuntes que tomaba cuando estudiaba en la Facultad de Medicina. Alejandro era médico, se reprendió, y tenía una letra bonita. Intentó relajar sus dedos y se esforzó por imitar la caligrafía de su héroe.

No obstante sus anotaciones no mejoraron, y llegó a la conclusión de que era más una cuestión de lo que había escrito que de cómo se había plasmado en el papel.

«Gen alterado empieza como gen natural. ¿De quién? Paciente Cero».

«Alguien cambia gen natural. ¿Quién? ¿Por qué?».

«Gen alterado se reproduce y presenta para patente. Se concede la patente. ¿A quién? ¿Para qué presunto uso?».

En un momento dado, un niño con esa anomalía genética había caído en las manos de un cirujano traumatólogo muy interesado por la genética. Tendría que haber sucedido antes de las epidemias, cuando los pacientes todavía podían elegir a su médico, y éstos podían utilizar tratamientos innovadores sin temor a ser criticados o relegados al ostracismo. O a arruinarse.

Toda la situación olía a investigación abandonada a medias. Tal vez salió mal y la dejaron inacabada, hasta que alguien con una idea diferente sobre cuál debía ser el resultado decidió reanudarla. Janie imaginó la columna de Abraham Prives después de la fractura y se puso furiosa. Era como si alguien la hubiera emprendido a martillazos con la espina dorsal del muchacho hasta astillarla. Alguien había cometido una equivocación terrible y trágica.

Porque tenía que ser un error, un intento, bienintencionado al principio, de llevar a cabo una buena obra, que había salido fatal. Era imposible que un ser humano decente dedicado a la curación de los demás permitiera que algo así ocurriera sin informar de ello.

Y si no había sido un accidente, sino un acto intencionado, cuando Janie descubriera a su autor, propinaría puntapiés a un culo muy importante.

«¿No sabes lo mucho que te quiero? —rezaba el mensaje electrónico—. ¿Cuánto deseo estar contigo? ¿Lo que significas para mí? Presiento que tu vida comienza a llenarse de distracciones que te alejarán de mí y de las cosas que nos unen. Aunque sé que no tengo derecho a decirte qué debes hacer, te ruego que pienses en lo que será de nuestro futuro si sigues por ese camino. Tengo miedo de que pases por alto algo importante, alguna señal de peligro o desgracia inminentes, y de que salgas mal parada».

Oh, Bruce, pensó con tristeza, no me hagas esto ahora, por favor... No te interpongas en mi camino.

El mensaje continuaba. *«Hemos de hablar de esto cara a cara, en Islandia».*

¡Islandia!, se dijo Janie. Oh, Dios mío... ¿Cómo voy a interrumpir este trabajo para ir a Islandia?

Tecléo y envió un recado a la agencia de viajes: ¿podía retrasar el viaje, tal vez

una semana? El visado de Bruce cubriría un mes entero. Seguro que podría aplazar el suyo hasta final de mes... Pagaría más, en caso necesario.

Mientras el comunicado se transmitía, el pequeño cartero apareció en la pantalla. ¿Más? Acabo de recoger los mensajes hace diez minutos.

No tenía remitente, de modo que era un estupendo candidato para la papelera de reciclaje.

De todos modos lo leyó.

«Ahora sería un buen momento para que te bajaras del burro».

No podía mandar una respuesta, porque no sabía a qué dirección, como cuando Wargirl le había enviado la primera misiva. Claro que aquella nota había sido cordial, y ésta no.

«Basta», había dicho Bruce. «Adelante», le había aconsejado Tom. «Procede con cautela», había advertido Caroline. Era un gigantesco semáforo mental.

Sin embargo sólo veía la luz verde.

«Yo no lo creo así», tecleó en el apartado de respuesta. Después, pulsó el icono de ENVIAR.

Sandhaus lo sabría. Era el hombre de las respuestas. Se mantenía alejado de los ordenadores porque él era uno.

—¿Cuál es la mejor fuente de documentación médica anterior a las epidemias? —le preguntó Janie.

—¿Qué buscas en concreto?

—Un paciente cero. Debió de sufrir alguna clase de traumatismo vertebral.

John Sandhaus lanzó una risita cínica.

—Oh, sí, será muy fácil encontrarlo. —Reflexionó unos momentos—. Yo empezaría por el NIH. Utiliza el estudio sobre la regeneración espinal de la fundación como excusa para entrar.

Janie comprendió que no sería difícil inventar un motivo plausible para justificar la investigación.

—¿Y si quiero información sobre los médicos que murieron durante las epidemias?

—¿No lo sabes, Janie? En el AMA, desde luego.

—Odio el AMA. Es el motivo...

—Lo sé. A mí tampoco me caen bien, y doy gracias a Dios por no tener que relacionarme mucho con ellos, pero si alguien guarda documentación, son ellos. Busca una excusa atractiva para preguntar.

—La familia de una mujer que murió debido a complicaciones de la osteoporosis que padecía quiere subvencionar una cátedra con parte de su herencia, pero desea

permanecer en el anonimato. Han solicitado a la fundación que busque el nombre de un traumatólogo que haya realizado grandes descubrimientos después de las epidemias.

—Estaremos encantados de enviarle una lista, pero será bastante larga... Fue una época muy dura para los médicos.

—En efecto. No importa que sea larga, con tal que contenga todos los nombres. No nos gustaría pasar por alto a alguien sin querer.

—Nuestros registros son muy completos. Se los facilitaré con sumo gusto, pero debo pedirle que tenga la amabilidad de comunicarnos el nombre del elegido o elegida cuando hayan tomado la decisión definitiva.

—Por supuesto. Lo haré con mucho gusto.

—Estupendo. Procuramos actualizar la información sobre nuestros miembros, aun cuando ya no están entre nosotros.

—Sí, lo sé —repuso Janie con amargura.

Dio al encargado de relaciones públicas del AMA su dirección de correo electrónico de la fundación.

La relación le llegó apenas una hora después, con un abultado número de traumatólogos prometedores y prominentes aniquilados por la desagradable bacteria que gobernaba el nuevo milenio, casi cuatrocientos médicos en total.

Y sólo son los que estaban afiliados al AMA en aquella época. Tal vez el que buscaba no constara en la lista.

Sin embargo, se recordó con doloroso cinismo, su documentación es muy completa. Se preguntó cómo sería el expediente que el AMA guardaba de ella, pero decidió que tales conjeturas no constituían una forma productiva de utilizar la mente.

En cambio sí lo era la lista que tenía ante sí. Mediante un proceso de eliminación lógico y repetido, que se basaba en analizar las especialidades, direcciones, pertenencia a la asociación y algunos factores más, depuró la relación hasta dejar sólo quince candidatos.

La cuestión del paciente cero, en cambio, no se solucionó con tanta facilidad.

¿Sucedió lo mismo que había ocurrido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial? Es decir, ¿había registros desordenados, personas que intentaban recuperar su identidad y otras que trataban con idéntica desesperación de borrar la suya? Es probable, pensó Janie. Gran parte de lo que acaeció durante la ascensión del DR SAM seguía indocumentado, porque todos habían estado demasiado ocupados intentando sobrevivir para preocuparse por dejar constancia de quién había hecho qué a quién y por qué motivo. Mucha gente había desaparecido en lo que se denominaba con ironía el «Vacío de la Epidemia». Janie sospechaba que ese vacío no era más que la vida corriente bajo una falsa identidad: la vida de personas que, antes de la confusión, habían quedado marginadas y visto truncado su futuro hasta el punto de abandonar

toda esperanza de integrarse en el sueño americano. ¿Qué mejor forma de empezar de nuevo que morir y renacer con la identidad de alguien mucho más afortunado? Nunca se sabría.

¿Escuelas? ¿Hospitales? ¿Organizaciones de caridad? Todas esas instituciones guardarían archivos incompletos, y la mayoría habrían sido transferidos a Big Dattie, pero toda esa documentación estaría protegida por las leyes que regulaban el derecho a la intimidad.

No obstante, los verdaderos investigadores sí podían acceder a ella.

Ya lo hicimos una vez.

En efecto, y su actuación había provocado una muerte. Sus trágicas consecuencias teñirían de culpa el resto de su vida, así como las de Michael y Caroline. Janie no podía pedirles ayuda otra vez.

En cambio recurrir a Sandhaus era muy diferente. Si bien era un auténtico enemigo de los ordenadores, en su bolsa académica de trucos de criminología forense guardaría algún típico pirata informático, tal vez el único que aún no estaba en la cárcel.

No la decepcionó.

—Sí, conozco a alguien —dijo—, pero es un codicioso hijo de puta, además de rastrero.

—¿Cuánto?

—Diez mil créditos, tal vez.

—Eso es un pastón —repuso Janie tras un breve silencio.

John Sandhaus se encogió de hombros.

—Es más barato que un coche.

—No quiero comprar un coche. Sólo deseo acceder a cierta información.

—Pues busca a alguien que te financie.

Vacilación. ¿Conocía John a alguien? Daba la impresión de que lo sabía todo.

—No puedo pedir un préstamo hasta estar segura de cuál será el precio exacto.

—Bien, suponiendo que consigas el dinero, has de hacer lo siguiente...

Era como volver al escenario de una pesadilla que se repetía una y otra vez en su mente, para su desdicha. En el extremo de la barra de cromo y madera de otro cyberbar deprimente, había un hombre que supuso era el amigo de John Sandhaus. Le reconoció por el tatuaje de un cursor en su antebrazo.

Janie, como una vampiresa en una película de serie B, miró al «caballero», que parecía cualquier cosa menos eso, y le dedicó una sonrisa invitadora. El tipo la miró de arriba abajo con expresión divertida cuando se acercó a él.

Tenía la cara picada de viruela y más arrugas de las que su edad merecía, a juzgar por su físico. Llevaba el pelo grasiento peinado hacia atrás, y Janie casi esperó

descubrir un cigarrillo liado a mano sujeto detrás de una oreja, porque el hombre olía un poco a tabaco. El vaso casi vacío de lo que ella dedujo era whisky escocés en su mano derecha explicaba el otro olor. El efecto global de su apariencia era de chulería anticuada.

También ella debía comportarse con chulería, una perspectiva que consideraba irritante.

—Hola —saludó, y señaló el taburete contigo—. ¿Está ocupado?

El hombre sonrió, y negó con la cabeza.

Mientras se sentaba en el asiento de cuero, Janie pensó: Este rollo de Mata Hari no va a funcionar. Debería decirle lo que quiero, sin más.

No obstante era un tipo muy agradable.

—Confiaba en que se decidiera a sentarse conmigo. ¿Puedo invitarla a una copa?

Quedó sorprendida al captar un leve acento francés, lo que daba cuenta del olor a tabaco y del encanto tipo marinero del individuo.

—Sí, gracias.

El hombre alzó la barbilla y el camarero apareció como por arte de magia. Janie quedó impresionada. A ella le habría costado diez minutos atraer la atención del *garçon*.

—¿Qué le apetece, *mademoiselle*? —preguntó el pirata.

Oh, qué dulzura, sabes lo mucho que nos gusta a las chicas que nos llamen «señorita»... y dentro de unos momentos vas a dirigirme algún florido cumplido, como qué bien huelo.

—Pinot Noir, por favor —respondió—, si tiene una buena botella abierta.

—Traiga una botella del mejor —pidió el francés. Cuando Janie intentó protestar, la acalló con un gesto—. Es mi favorito. ¿Cómo lo ha sabido?

Le dedicó una hermosa sonrisa. En contraste con el resto de su ruda apariencia, tenía los dientes rectos y blancos, de un aspecto increíblemente sano. Janie pensó que debían lucir mucho sobre la mesita de noche. Sonrió para sus adentros, pues imaginarle desdentado había conseguido arrancarla de su fascinación.

Llegó la botella, con dos copas. El hombre apuró el whisky de un trago antes de llenarlas. Depositó una ante ella con aire ceremonioso y después levantó la suya.

—¿Por qué brindamos?

—Por la uva Pinot, una de las mejores creaciones de Dios —sugirió Janie.

Entrechocó su copa con la de él, la acercó a sus labios y saboreó el vino. Cerró los ojos un momento, para disfrutar mejor del placer. Volvió a abrirlos y tomó otro trago.

—Ah... el paraíso —dijo—. Ahora le toca a usted. Proponga un brindis.

—Por mi encantadora acompañante. —Se aproximó más y olfateó el aire—. Que huele de maravilla, por cierto.

Cuando hubieron vaciado la botella, Janie había conseguido pactar cinco mil

créditos por media hora de husmear en Big Dattie, una suma que podía permitirse pagar si la «agencia» de Kristina se negaba y que abonaría de buen grado si estrechaba su búsqueda hasta el grado que deseaba.

—Ha de garantizarme que será completamente anónima. No puede utilizar la identidad de cualquiera.

—Por supuesto que no —la tranquilizó el pirata mientras sus dientes de plástico centelleaban—. El de cualquiera no.

Janie se preguntó qué quería decir, pero no se atrevió a preguntar. Pronto lo averiguaría. Fijaron un lugar y una hora para una futura cita, que tendría lugar después de su regreso de Islandia. Janie regresó a casa y comenzó a trabajar en la lista de las cosas que no sabía.

Diecinueve

De Chauillac leyó el mensaje del pergamino y miró al muchacho que se lo había entregado. No era Chaucer, sino un joven de aspecto más lerdo, de modo que el elegante francés formuló su respuesta con palabras sencillas, sin las floridas efusiones de afecto y respeto que habría confiado al paje más culto de Lionel.

—Decid a lord Lionel que le visitaremos esta tarde, y transmitidle mis más sinceros deseos de verle.

El mensajero efectuó una reverencia bastante torpe antes de marcharse, y De Chauillac volvió al estudio. Su expresión era irónica cuando se reunió con Alejandro, pero su tono reveló cierta irritación.

—Bien, parece que lord Lionel tenía un espía en esta casa cuando conspiramos para tratarle juntos —dijo—. Acaba de enviar esta petición de que lo hagamos.

Dejó el pergamino sobre la mesa.

Alejandro lo cogió y, tras leerlo, miró a De Chauillac, con la esperanza de que su expresión no traicionara su júbilo.

—Como habréis deducido por la nota, impresionasteis sobremanera al paje Chaucer —añadió De Chauillac—. Ahora, nos han «invitado» a que lo atendamos lo antes posible.

El corazón de Alejandro se aceleró. ¡El muchacho lo había conseguido!

—Eso significa, supongo, que hemos de acudir al punto.

—Exacto —confirmó De Chauillac. Alzó la barbilla y miró al judío—. La verdad, colega, da la impresión de que vos y ese rapaz os confabulasteis. Si bien considero un placer compartir la práctica de la medicina con vos, no me complace mucho exhibiros por ahí.

Alejandro consiguió forzar una sonrisa.

—¿Debo prepararme para esa visita, pues?

—Supongo que sí. Os prestaré un manto y un sombrero adecuados.

—Mi bolsa me sería de gran ayuda.

—No —dijo De Chauillac al instante—. Desde luego que no.

—Perjudicaría a vuestra reputación aparecer con un colega falto de instrumental.

El orgullo del francés se impuso.

—De acuerdo —accedió—. Podéis llevarla, pero el cuchillo no.

Atravesaron París a caballo, a mayor velocidad de la conveniente dado el número de peatones que encontraron. Alejandro iba flanqueado por sus guardias habituales, ambos armados con espadas cortas. No obstante, agradeció la libertad que se le

concedía. Había permanecido demasiado tiempo en el interior de la mansión de su antiguo maestro y, aunque era bonita, no había más que ver. No se había dado cuenta de lo mucho que ansiaban sus ojos absorber la vida real.

Antes de marchar, De Chauillac había insistido en que sus hombres demostraran a Alejandro lo afiladas que estaban sus espadas y la rapidez con que las desenvainaban.

«*Para alejar de vuestra mente toda idea de huir*», fueron las severas palabras del francés.

Alejandro no permitió que aquella advertencia influyera en su estado de ánimo. No tenía la menor intención de escapar en aquella salida, porque estaba seguro de que, si todo iba bien, contaría con muchas más oportunidades. A la larga, De Chauillac bajaría la guardia, y él aprovecharía la ocasión.

Fue un gran consuelo cabalgar de nuevo, aunque echó de menos la anchura de su montura acostumbrada. La que le habían proporcionado era más pequeña y tenía un paso pausado, al contrario que el brioso trote de su corcel. Ignoraba cómo reaccionaría el jamelgo si le azotaba el cuello con las riendas y lo espoleaba para obligarle a correr. La presencia de su bolsa de cuero, que llevaba sujeta al caballo, le tranquilizaba. Sentía su presión contra la región lumbar, como había sucedido durante casi una década de viajar.

Lo que más echaba de menos era la compañía de la niña, ahora una mujer, a la que tanto se había acostumbrado.

El delfín, que algún día ocuparía el trono de Francia si todo salía de acuerdo con los planes de su padre, el rey Juan, poseía una mansión mucho más grande que la de Guy de Chauillac. Cuando entraron, a Alejandro le recordó de inmediato el castillo de Windsor debido a los muebles, más rudimentarios que los de su antiguo maestro. Tal vez, supuso, el príncipe Lionel había ordenado que se los enviaran para sentirse más a gusto, pues no había mejor forma de complacer a un huésped real que rodeándole de sus pertenencias.

Geoffrey Chaucer les guio hasta el dormitorio, una amplia habitación con altas ventanas y mobiliario trabajado. Una enorme cama de altos postes y pesado dosel estaba situada contra una pared. A cada lado colgaban largos tapices de colores intensos que plasmaban a diversos santos en el acto de obrar los milagros que les habían valido la canonización. Sobre el lecho, bajo una montaña de pieles, yacía el príncipe Lionel, muy abatido. Gimió al volver la cabeza hacia ellos.

A su lado estaba la condesa Isabel de Ulster, su esposa. La mujer, de una juventud sorprendente, tenía una expresión preocupada y estaba muy pálida bajo el velo blanco que colgaba de su tocado. Es la moda de estos tiempos, se dijo Alejandro. Ninguna dama de sangre real se permitiría mostrar el mismo aspecto que si hubiera estado trabajando a pleno sol. Recordó la piel cremosa de Adèle y los momentos en que levantaba la capucha de la capa para proteger su cara del sol.

Isabel no era mucho mayor que Adèle en aquel tiempo, cuando Alejandro la había amado. El color de su cabello era tan parecido que su corazón sangró.

La condesa aferraba una mano de su marido entre las suyas, como si temiera que fuera a escapar, y le susurraba palabras de consuelo o ánimo, pensó Alejandro. Tras darle una palmada de afecto en la mano se levantó, y la seda de su vestido crujió.

—¡Oh! —exclamó al tiempo que cruzaba la habitación—. ¡De Chauillac! ¡Me alegro tanto de que hayáis venido! Cuando Geoffrey nos dijo que cabía sospechar de otras dolencias, me desmayé de preocupación. —Volvió la cabeza hacia el príncipe—. ¿Verdad, querido?

El enfermo gimió de manera convincente, y Alejandro pensó: He aquí a un hombre que ama a su láudano lo suficiente para permitir que su mujer padezca por ello.

—¿Veis? —añadió Isabel—. ¡Sufre! Debéis aportarle algún alivio.

De Chauillac hincó una rodilla e inclinó la cabeza. Alejandro le imitó. Había olvidado todos estos estúpidos rituales, pensó mientras se ponía en pie. Hacía casi diez años que no ejecutaba reverencias. No me gustaban mucho entonces, y ahora, menos.

—Vinimos en cuanto nos enteramos de tan lamentable circunstancia —explicó De Chauillac.

—Querido De Chauillac —repuso Isabel—, la lealtad que nos profesáis es excepcional y no ha pasado inadvertida. —A continuación desvió su atención hacia Alejandro. Al principio posó en él una mirada crítica, como si su única intención fuera examinarle, pero luego sus ojos delataron un interés inconfundible, de una naturaleza que Alejandro no logró definir. La dama avanzó un paso y tendió la mano.

—Este debe de ser vuestro colega de España, del que Geoffrey habla tan bien. Bienvenido. Os estamos muy agradecidos por vuestra presencia.

Isabel sonrió sin apartar la vista de él ni un instante. Aunque su mirada descarada e indisimulada incomodó un poco a Alejandro, avanzó con audacia y cogió la mano que le ofrecían. La apretó contra sus labios y se demoró un poco más de lo conveniente. La joven se ruborizó y se llevó la otra a la boca para sofocar una exclamación de placer.

—¿Es una costumbre de vuestros compatriotas? —preguntó—. Si es así, me parece deliciosa. Un dulce respiro de mis preocupaciones.

Alejandro percibió un ligero acento irlandés. Le sonaba mucho mejor que las inflexiones guturales de los ingleses. La mujer lucía un manto verde pálido que armonizaba con el color de su pelo. Las mangas y el corpiño estaban adornados con dibujos dorados entrelazados, al estilo celta.

De la edad de Adèle, sólo unos años mayor que Kate.

—Sí —contestó—. Besar la mano es nuestra costumbre, pero muy exclusiva: sólo

la empleamos cuando nos presentan a la dama más encantadora —explicó con una sonrisa seductora y un brillo en los ojos.

—Oh, monsieur, haréis hervir mi sangre, y luego ¿qué pasará?

—Será un placer tratar vuestra aflicción.

—No dudo de que me cuidaríais bien. —Sin soltar la mano de Alejandro, se volvió hacia De Chauillac, que tenía el entrecejo fruncido en señal de desaprobación—. Traed a vuestros colegas de visita, De Chauillac, sin esperar nuestra invitación. Si este caballero es un ejemplo de su calidad, queremos conocer a más.

Alejandro observó que a De Chauillac se le encendía el rostro. Después de un leve apretón, retiró la mano. El francés le miró un momento antes de volverse hacia la condesa con una sonrisa cortés.

—Procuraré obedeceros, madame —dijo—. ¿Nos ocupamos de vuestro marido? Casi se habían olvidado del príncipe Lionel.

—Sí, por favor —respondió Isabel—. Quiero verle feliz y restablecido.

—Haremos cuanto podamos. —Se volvió hacia Alejandro con una sonrisa que habría podido confundirse con una mueca burlona—. ¿Por dónde empezamos, colega?

—Por el corazón, creo —contestó Alejandro. Abrió su bolsa y extrajo un pergamino, que enrolló en forma de tubo—. Debéis desabrocharos la camisa, mi señor —indicó—, para que ausculte los latidos de vuestro corazón.

—¿Qué tiene que ver el latido de mi corazón con el dolor de mi dedo? —preguntó el príncipe.

—Se puede deducir mucho de la salud general oyendo el flujo de la sangre. La observación de los signos vitales es de gran utilidad para el diagnóstico.

Apartó la colcha, que era de visón o marta y estaba forrada de la seda más fina. Se detuvo un momento y miró a la condesa.

—¿Acostumbráis dormir bajo pieles, madame?

—En algunas ocasiones, señor. Con mi marido enfermo, pensé que lo mejor era mantenerle bien abrigado.

—Ah. Entiendo. Antes de proceder —añadió el médico judío—, me gustaría hacer una observación, si me permitís la audacia.

—Por supuesto —repuso la condesa.

—Y después, una sugerencia.

Isabel asintió.

—Si consideramos útil vuestra sugerencia, tal vez la sigamos.

Tal vez, pensó Alejandro. Claro, cuando se trata de dar instrucciones a la realeza, siempre es «tal vez».

—Tras minuciosos estudios sobre la peste negra, he observado que se origina en las ratas.

La condesa enmudeció.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestras colchas? —inquirió por fin.

—Bien, aunque la piel es muchísimo más bella, los animales de los que se extrae no son muy diferentes de las ratas.

—¡Santo Dios! Esta conversación es muy desagradable.

De Chauillac avanzó un paso, con la boca abierta, dispuesto a intervenir.

—Lo sé, madame —concedió Alejandro—, y por eso os pido disculpas con la mayor humildad. No es mi intención disgustar a una dama tan encantadora como vos. Sólo es por vuestra protección.

—¿Y cómo me protegeré si prescindo de las pieles?

—Ignoro cómo transmiten las ratas el agente de la plaga. Tal vez reside en su pelaje. Al fin y al cabo, es la parte más externa.

Isabel guardó silencio mientras examinaba la colcha. Cuando miró a Alejandro, su hermoso rostro expresaba preocupación.

—¿De veras lo creéis, señor?

—A pies juntillas.

La joven miró a De Chauillac en busca de su opinión. Éste simuló una tosecita antes de hablar.

—Mi colega ha obtenido grandes éxitos en el tratamiento de la peste. Es una autoridad de toda confianza. Debo añadir que yo tampoco duermo con pieles.

—Bien, en ese caso, cuando mi príncipe se encuentre lo bastante bien para deshacerse de ellas, las quitaremos todas y las guardaremos hasta que la temperatura exija su uso.

Alejandro le dedicó una sonrisa de gratitud.

—La indulgencia que mostráis con mis teorías me honra. Vamos a examinar el corazón.

Aplicó el oído al pergamino enrollado y lo apretó contra el pecho de Lionel. Los latidos eran firmes y regulares. Cuando se levantó, ofreció el pergamino al francés.

—¿Queréis probar, De Chauillac?

—Sí —respondió el francés, y aceptó el instrumento. Se agachó y escuchó.

—¿Qué decís? —preguntó Isabel con inquietud.

—Vuestro esposo tiene un corazón vigoroso, señora —contestó Alejandro—. En mi opinión, también es muy grande. Eso es señal de buena salud.

—Estoy de acuerdo —intervino De Chauillac, para no verse relegado—. El corazón es muy grande, ciertamente.

—¿Y mi dedo? —gimió el príncipe.

Seguro que es muy grande también, predijo en silencio Alejandro.

—Pronto nos dedicaremos a él —respondió—, pero antes hemos de examinaros el hígado.

—¿El hígado?

—En efecto —terció De Chauliac—. Tal vez haya un flujo excesivo de bilis, o un bloqueo, y tal desequilibrio podría provocar una gran tensión en el cuerpo, que se manifestaría en el dedo del pie.

—Ay —exclamó la condesa con semblante grave—. Debéis permitirlo, amado mío —susurró a Lionel. Retiró la colcha de piel y le levantó el camisón para dejar al descubierto el miembro viril real.

Que al contrario que el corazón, y seguramente el pie, no es muy grande. Alejandro miró a De Chauliac.

—¿Queréis ser el primero en examinar al príncipe, colega?

—Será un placer. —Palpó el estómago del enfermo—. No detecto anomalías.

Alejandro hizo lo mismo.

—Ni yo. —Bajó el camisón y tapó a Lionel con la colcha, con evidente alivio de éste—. Procedamos ahora a examinar el pie.

El príncipe lo sacó de debajo del cubrecama, y lo acercó a la cara de Alejandro, quien, al percibir el olor fétido que despedía, apartó la cabeza. Contempló los ojos azules de Isabel, que le observaba sin pestañear. Sonrió, respiró hondo y se dispuso a examinar el pie.

Las uñas eran demasiado largas, y el dedo gordo estaba rojo e hinchado.

Se volvió hacia la condesa.

—Yo tenía razón. El dedo está inflamado. Madame —añadió con seriedad—, lamento informaros de que detecto una acumulación de malos humores en el dedo de vuestro marido. Gracias a Dios lo hemos descubierto a tiempo, ya que, de haber pasado inadvertido, tal vez lo habría perdido.

El séquito real lanzó exclamaciones ahogadas, y De Chauliac se esforzó por disimular su irritación. Alejandro contuvo una risita y se volvió hacia él.

—Por favor, colega, me gustaría conocer vuestra opinión. No me atrevo a emitir un diagnóstico semejante sin contar con vuestro sabio consejo.

De Chauliac se inclinó para observar el dedo del príncipe Lionel. Dirigió a Alejandro una mirada severa y susurró:

—Vuestro diagnóstico es correcto.

Tendrían que cortar las uñas reales.

—Se precisa cirugía.

Más exclamaciones, combinadas con oraciones murmuradas.

—Sí —confirmó De Chauliac con voz airada—. Cirugía.

Alejandro sonrió casi con malicia.

—Habéis traído vuestro cuchillo.

—Y el láudano —dijo De Chauliac con un suspiro.

Aquella tarde, mientras Marie salía a hurtadillas para acudir a un *rendez-vous* con su amante, Kate la sustituyó. Cuando, al oír la campanilla, se presentó ante Marcel, éste preguntó por el paradero de la criada.

—Está indispuesta —respondió Kate—. Cosas de mujeres.

Era la excusa que siempre atemperaba la indagación masculina más insistente.

—Bien —repuso Marcel—, supongo que deberé conformarme con vos. Queremos un refrigerio, por favor.

Kate estaba preparada, porque Marie ya le había advertido: «*Pediré un refrigerio. Siempre lo hace por la tarde, de modo que dejo verdura hervida y un poco de pan*». Así pues, llenó con generosidad dos cuencos y los llevó al salón.

Marcel y Karle estaban inclinados sobre mapas, documentos y pergaminos alisados, mientras marcaban con tinta lugares de encuentro y rutas.

—Si nos reunimos aquí —dijo Marcel al tiempo que señalaba con la punta de su pluma—, tendremos acceso al camino más corto que conduce al lugar donde las fuerzas leales al rey se congregarán.

Kate miró por encima del hombro de Karle y se demoró unos momentos para examinar el mapa antes de dejar los cuencos.

—No veo rutas de escape —dijo.

Marcel la miró con irritación.

—Mujer, recordad cuál es vuestro lugar. Éste es un trabajo de hombres. Ocupaos del vuestro. —Indicó la escalera—. Hay más cosas que servir, ¿verdad?

—Pan y vino, a discreción —explicó Kate. Cuando los llevó a la mesa, se inclinó de nuevo sobre el hombro de Karle. Tras un silencioso escrutinio, señaló un punto del plano.

—Aquí es mejor —afirmó.

Marcel, que era mucho más afable cuando estaba bebido, se hartó de sus interrupciones y miró a Karle con el entrecejo fruncido.

—Ocupaos de vuestra mujer —espetó—. No deja de fastidiar.

—Me gustaría oír su opinión antes de que se retire —susurró Karle a Marcel.

El preboste miró a la pareja con suspicacia.

—Muy bien —concedió. Indicó el plano con un gesto—. Dadnos vuestro parecer sobre la estrategia, *mademoiselle*.

Kate sonrió con nerviosismo, miró a Karle para pedir su aprobación y, cuando él asintió, se sentó en un banco. Señaló la zona situada al norte de París, un pueblo llamado Compiégne, que Marcel había propuesto como lugar de reunión antes de la batalla.

—Aquí sólo hay una calzada y, cuando os enfrentéis a vuestro enemigo, será vuestra única ruta de escape... a menos que vuestras fuerzas se dispersen por el bosque. Si se vieran obligadas a hacerlo, perderíais la ventaja de la organización, os

convertiríais en un ejército de rebeldes dividido. Si los comandantes del rey son duchos en el arte de la guerra, enviarán un contingente a la floresta y rodearán a vuestras tropas para atacaros por la retaguardia y acorralaros. La única alternativa consistirá en dispersaros. —Posó la vista en otra zona—. Aquí —añadió mientras señalaba una ciudad llamada Arlennes—. Es un lugar en el que convergen tres calzadas. Si el rey quiere rodearos, tendrá que dividir sus tropas. No contará con la misma ventaja que en Compiégne. —Recorrió el pergamino con la mirada y se fijó en una delgada línea azul—. ¿Es un río o un riachuelo?

—Un río, me parece —respondió el preboste, que estaba interesado por la explicación de la joven.

—También os servirá como ruta de escape, además de para transportar suministros y dar de beber a los caballos. Antes de entrar en batalla, debéis elegir un lugar donde las tropas puedan volver a formarse, porque en cuanto empiece la batalla reinará el caos.

Marcel examinó el plano al tiempo que reflexionaba sobre los consejos de Kate.

—Parece que Alejandro Magno ha regresado en la forma de esta jovencita —dijo por fin—. Vuestras ideas son muy sensatas, aunque no comprendo cómo una doncella ha adquirido tal sabiduría guerrera. Creo que deberíamos proponérselas a Navarra.

—La condesa me habría enviado antes —explicó Geoffrey Chaucer en el vestíbulo de la mansión de Guy de Chauliac—, pero necesitaba ayuda con su correspondencia. Ése es el servicio más importante que le presto, por supuesto. Asegura que siempre consigo que parezca una mujer muy culta.

—No me cabe duda de que ella lo agradece —repuso Guy de Chauliac.

—Eso creo, señor, porque me tiene escribiendo día y noche, pero no encuentro motivos de queja. —Sonrió complacido—. En fin, iré al grano. No quiso enviar a nadie más para un recado de tal importancia.

Sacó dos cajitas de marfil, adornadas con imágenes de santos, ángeles y cruces talladas. Entregó una a De Chauliac y otra a Alejandro.

—Tengo instrucciones de quedarme para presenciar vuestra reacción ante el regalo y así describírsela a mi dama.

Que sin duda será adornado con toda clase de florituras, pensó Alejandro con ironía.

De Chauliac fue el primero en abrir el obsequio. Contenía una fina pluma con una funda de oro que rodeaba su cañón, y un pequeño frasco de *encre rouge*.

—Este raro color es su favorito, señor, y espera que os complazca tener algo de ese tono.

—Me siento muy complacido —afirmó De Chauliac—. Será una gran ayuda para subrayar determinadas palabras en mis escritos médicos. Decid a la condesa que su

regalo es muy generoso y me será muy útil. Empezaré a utilizarlo al punto. Su generosidad es... abrumadora.

Chaucer enarcó una ceja con expresión divertida.

—No os habría hecho tal presente si no pensara que lo merecíais, señor.

Se volvió hacia Alejandro y aguardó a que abriera la caja.

Alejandro esperaba un objeto similar al que había recibido De Chauillac; tal vez un sello, un punto de libro o incluso una pluma, pero encontró un pequeño anillo de oro con una I grabada. A la derecha de la letra había una esmeralda y, a su izquierda, una perla. Lo extrajo con cuidado de la caja y lo sostuvo en alto. Cuando lo giró, el fuego que contenía la piedra verde centelleó. La intención del regalo era evidente.

Claro, la reina Felipa tiene un paladín, le había comentado Adéle, que la ama tanto como ella a él.

¿Y los votos matrimoniales?

A Eduardo no le importa que mantenga un amor cortés, siempre que sea discreta, y sabe que sólo se acuesta con él. Isabel y sus admiradores intercambian regalos con frecuencia para manifestarse su afecto.

Sabía que en su mano descansaba la señal del deseo de Isabel. Deslizó el anillo en su dedo meñique y tendió la mano para exhibirlo. La pluma de Guy de Chauillac no exigía más respuesta que una ferviente demostración de gratitud, pero una sortija... poseía un significado diferente. La coqueta condesa le había enviado una señal.

—¿Y bien? —preguntó Chaucer.

—Debéis decir a vuestra dama que su bondad y generosidad me han dejado sin habla, el mismo efecto que ejerció en mí su belleza.

—Estará muy complacida al saber que os ha robado las palabras, pero querrá recibir algunas de vos. —Se acercó más—. Y si os pareciera adecuado enviarle un regalo, no se ofendería, os lo aseguro.

Chaucer era demasiado joven para convertirse en intermediario de tales intrigas, decidió Alejandro. Desvió la vista hacia De Chauillac y recibió una mirada iracunda. Sin embargo no permitiría que le arredrara, y su falta de posesiones no le impediría un intercambio que podía servir muy bien a sus propósitos.

—¿Os sobra algún pergamino, colega? —preguntó—. ¿Me prestáis una pluma? Me gustaría escribir unas palabras de gratitud.

De Chauillac gruñó, irritado. Dio una palmada y apareció un criado, que se retiró tras recibir las instrucciones de su señor y regresó enseguida. Entregó la pluma y el pergamino a Alejandro, que a su vez los tendió a Chaucer.

—Decidle que no puedo estar a la altura de su generosidad, de modo que ni siquiera lo intentaré, pero le ofrezco mi más ferviente admiración.

—Con vuestro permiso, buen médico, embelleceré vuestras palabras para que aún le proporcionen más placer. Son un poco secas para el gusto de mi dama. Si no tenéis

objeciones, desde luego.

—Haced lo que consideréis adecuado, Chaucer. Sois vos el artífice de las palabras, no yo. Yo sólo soy el admirador, con la lengua paralizada por la magnificencia de aquélla a la que admiro, a la que vuestros servicios benefician sobremanera.

Chaucer dejó el pergamino sobre la mesa y se inclinó sobre él. Tras reflexionar un momento, sonrió y empezó a escribir.

«Idolatrada Isabel, bella como una diosa e igualmente generosa, recibid en vuestro corazón mi más profunda admiración. Dejad que arda como una vela en vuestro pecho y confortaos. Hasta que volvamos a encontrarnos, soy vuestro más leal servidor y admirador».

—¿Cómo se escribe vuestro nombre?

Alejandro se lo dijo.

El paje le entregó el pergamino para que diera su aprobación, y Alejandro lo leyó.

—Tal vez no me habría expresado de una forma tan directa.

—Precisamente, señor, es lo que hace falta.

—Vos lo sabréis mejor que yo, muchacho... y ahora, un regalo. —Echó las manos hacia atrás y desanudó la cinta negra que le sujetaba el pelo, arrancó unos cabellos y los ató con ella. Entregó el paquetito a Chaucer. Después cogió el pergamino y lo rasgó por la mitad.

—No le gustará que quede espacio en blanco, ¿verdad? Pues lo quitaremos. —Guardó la parte sobrante en su manto y tendió la escrita a Chaucer.

—Sois sabio, señor. A la condesa le gustará verlo lleno. Voy a entregar estas cosas ahora mismo.

—¿Cuál será su reacción? —preguntó Alejandro.

—Lo introduciré bajo su corpiño, sospecho, y lo mantendrá cerca de su corazón.

De Chauliac estaba a punto de estallar cuando Chaucer salió por la puerta. Se abalanzó sobre Alejandro de inmediato.

—Supongo que os dais cuenta, médico, de que ella esperará la continuación del flirteo que habéis iniciado.

—No veo ningún daño en ello. Si a la dama le proporciona placer, ¿por qué no? En cualquier caso, yo no lo empecé, sino ella.

—¡No conocéis las complejidades de tales relaciones! ¡Cada día descubrirá que le aflige un nuevo mal para que la tratéis! O convencerá a su marido de que está indispuerto. La situación llegará a ser insostenible.

—Sólo vos debéis culparos por eso, De Chauliac.

—No fui yo quien se arrancó cabellos de la *cabeza* para que los guardara en su pecho.

—Debéis recordar que, si hubierais atendido bien el dedo de sir Lionel, no habría

existido necesidad de que yo fuera.

—¿Criticáis mi forma de administrar la curación? Lionel siempre se queja. Si corriera a su lado cada vez que sufre la menor molestia, nunca saldría de su casa. — De Chauliac arrugó el entrecejo en señal de desaprobación—. Además, debéis recordar quién sois.

—¿Quién soy?

—Un judío. Un admirador inaceptable, incluso para una condesa de origen irlandés.

—Para ella, soy español. Un médico de gran talento. Tal vez la dama desee tener un médico en su casa todo el tiempo.

—Tal vez, pero no me desea a mí, sino a vos, y vos sois mi prisionero.

—¿Por qué no se lo decís? Decidle también que soy judío. A mí me da igual.

—¿Estáis loco? Eso significaría vuestra ruina, y también la mía.

—Entonces, tendréis que acompañarme cuando ella me reclame, y guardaros para vos mi vileza.

La llegada de Nicholas Flamel, que se presentaba un poco antes de lo esperado, interrumpió su discusión. El orondo alquimista entregó su capa al criado y entró en el salón a toda prisa.

—Buenas tardes —saludó casi sin aliento al tiempo que hacía una reverencia—. Es un honor encontrarme en compañía tan culta otra vez.

De Chauliac disimuló su enojo y le invitó a sentarse.

—No, somos nosotros los honrados —manifestó—. ¿No es cierto, colega?

Pondrá sus manazas grasientas sobre ese hermoso manuscrito, pensó Alejandro con indignación mientras asentía y forzaba una sonrisa, sin pronunciar ni una palabra. Flamel no le arrancaría una expresión de admiración hasta que se hubiera asegurado de que no suponía una amenaza para las preciadas explicaciones de Abraham.

—Bien —dijo Flamel al tiempo que se frotaba las manos—, ¿damos inicio al trabajo?

—Calmaos, Flamel —indicó De Chauliac—. Acabáis de llegar.

—Colega, debéis perdonar el entusiasmo de este hombre —intervino Alejandro—. Es una labor muy estimulante.

—¡Ya lo creo! —exclamó Flamel.

—En ese caso, si me lo permitís —repuso el judío—, subiré a mis aposentos para coger el manuscrito. —Se puso en pie y alisó sus ropas—. Creo que debería refrescarme un poco. Tal vez tarde unos minutos en volver. ¿Os importa?

—Procurad no tardar mucho —advirtió De Chauliac. Al ver que Flamel quedaba sorprendido por el tono áspero que había empleado, añadió con más dulzura—: Esta noche no debemos mantener alejado a monsieur Flamel de su pobre y desamparada esposa más de lo necesario.

—Me daré prisa.

Salió de la sala, seguido de los guardias. Flamel se volvió hacia De Chauillac.

—¿Por qué necesita siempre una escolta? —inquirió.

La pregunta pilló desprevenido a De Chauillac. Carraspeó con nerviosismo mientras pensaba en la respuesta adecuada.

—Padece la enfermedad de las caídas —contestó por fin—. No me atrevo a dejarle solo, por temor a que caiga y se haga daño.

Karle y Marcel terminaron de redactar la carta dirigida a Carlos de Navarra al anochecer. En ella detallaban las razones por las que juzgaban más conveniente presentar batalla en Arlennes y explicaban los motivos por los que habían desechado Compiégne: las tropas rebeldes carecerían de agua, rutas de suministro y escapatoria, y las fuerzas del delfín podrían rodearlas con suma facilidad. Cuando acabaron por fin, Marcel enrolló el pergamino y lo selló con cuidado. Lo dejó sobre la mesa.

—Por la mañana, enviaré a buscar un mensajero —anunció. Se cubrió con su manto y se derrumbó en el banco provisto de almohadones—. Hoy hemos hecho grandes progresos, más de los que suponía. Con la inesperada ayuda de la joven damita. ¿Su padre es soldado?

Sería una forma de describirle, pensó Karle con ironía.

—Médico —respondió.

—Bien, en ese caso, su competencia es aún más notable. La honraré con mi mejor vino.

Estaba a punto de tirar de la cuerda de la campanilla cuando Karle dijo:

—No, Marcel. He prometido a la dama que saldríamos a tomar un poco de aire.

—El aire no es mejor fuera que dentro —protestó Marcel—. Venid y sentaos. Bebamos vino.

Cuando Kate apareció, Karle sonrió y le rodeó la espalda con un brazo.

—Tal vez más tarde. Esta mujer merece que se cumplan sus deseos, ¿verdad?

Corrieron por las calles apenas iluminadas, evitando los montones de excrementos y basura que no desaparecerían hasta la mañana siguiente, y llegaron por fin a la mansión de Guy de Chauillac. Karle cogió a Kate de la mano, y rodearon el majestuoso edificio hasta llegar al lado oeste. Se apostaron bajo una pequeña ventana, tras deducir por sus barrotes que era la que ocupaba Alejandro.

Karle hizo bocina con las manos y emitió un sonido similar al ululato de un búho. Una silueta apareció en la ventana y miró a la calle.

—¿Karle? —preguntó una voz tenue.

—¡Sí! —contestó Karle. Rodeó a Kate y la sacó de las sombras—. He traído a

Kate.

—*Pere!* —exclamó la joven, llena de júbilo—. Oh, *père*, ¿estás bien?

No hubo respuesta. Oyeron el golpe sordo de algo que aterrizaba a sus pies. Karle se agachó y lo recogió. Era un pedazo de pergamino que envolvía un trocito de madera.

—¡Volved mañana! —pidió la voz desde la ventana.

Y la silueta desapareció.

Veinte

«Su solicitud para utilizar el Acta de Libertad de Información ha sido procesada y aprobada. Haga el favor de seguir las instrucciones que se enumeran a continuación para recuperar los documentos requeridos. Compruebe que su chip de identificación está preparado».

Janie se miró la mano.

Después casi se rio de sí misma.

El chip no se ve, idiota.

¿Por qué lo había mirado cuando le habían indicado que lo tuviera preparado? Pensó, con no poco desagrado, que se estaba convirtiendo en el robot que ellos querían.

No obstante, para conseguir lo que deseaba, era preciso plegarse a ese comportamiento, por más que le disgustara o molestara. La dirigieron a un sitio de Gob-Net, y allí, tras presentar su identificación, descubrió que la esperaban los registros personales de la ciudad de Burning Road y del condado al que pertenecía, por un período que abarcaba desde dos años antes de las epidemias hasta dos años después. Entonces se produjo el milagro inesperado: al buscar en el censo de votantes, se enteró de que la funcionaria de salud pública durante aquel período todavía vivía.

Habían muerto a puñados, como los médicos, madres y sacerdotes que Alejandro había reflejado en su diario del siglo XIV. Ser médico y haber sobrevivido al DR SAM era como formar parte de un pelotón destinado a una misión suicida y ser el único en regresar con vida. Siempre se suscitaban dudas, seguidas de acusaciones no verbalizadas. La mujer en cuestión ya no residía cerca del campamento. No me sorprende, pensó Janie; debieron de expulsarla de allí. Se había mudado a un lugar que se encontraba a menos de una hora de la casa de Janie.

Un desplazamiento en coche le reportaría mayor información que una llamada telefónica o una carta. Pensó en la gasolina que le quedaba. Con toda probabilidad, no le bastaría para llegar a finales de año.

Caminaré cuando deba ir a algún sitio, o cogeré el autobús. Envió a la mujer un mensaje para preguntarle si podía visitarla al día siguiente.

«He de dejar mi trabajo —comunicó por correo electrónico a Kristina—. Mis continuas ausencias pueden despertar sospechas».

—No puede —le dijo Kristina más tarde—. Perdería la autoridad que le confiere

formar parte del personal de la fundación.

Janie echó a reír.

—¿Qué autoridad? Sólo soy una investigadora adjunta.

—Funcionó con el AMA, ¿verdad?

Janie comprendió que tenía razón.

—¿Y si se encuentra en otra situación similar? Además, su historial en la fundación es ejemplar, de modo que nadie va a meterse con usted. Tiene el porcentaje más bajo de absentismo laboral de su departamento de investigación. Además, ¿qué más le da? Usted odia su trabajo.

Kristina lo sabía todo, claro.

—Sí, pero me gusta hacerlo bien. Todas estas distracciones no me permiten concentrarme.

Las distracciones se acumulaban a toda velocidad y pronto llamarían la atención.

«*Te vas de vacaciones, por lo que he visto en la agenda* —había observado Chet el día anterior, cuando ella entró en el despacho, para salir minutos después. Era el segundo comentario sobre sus ausencias, cada vez más frecuentes—. *Sé que trabajas mucho fuera de la oficina, pero nos gustaría verte de vez en cuando*».

Debía proceder con cautela. Recordó lo sucedido en Londres. Temía que aquellos hechos se repitieran. Tal vez el viaje a Islandia le sentaría bien, la obligaría a relajarse un poco, analizar su situación y serenarse.

—Mis proyectos están al día —dijo a Chet—. Procuraré dejarlo todo atado y bien atado. De todos modos, sólo serán unos días.

—Tienes una semana tachada en la agenda.

—Ése era el plan original, pero creo que no me la tomaré entera.

Ah, ¿no?, dio a entender la mirada de Chester Malin.

Janie se encogió de hombros.

—En este momento, no me parece una buena idea.

La ciudad de Berkshire se hallaba sobre las colinas. Janie observaba alarmada el indicador de combustible, mientras el Volvo subía en segunda con un gemido. Sólo la consolaba pensar que el viaje de vuelta lo haría en su mayor parte cuesta abajo.

El pueblo más próximo se encuentra a media hora de camino, pensó. ¿Qué hace la gente de aquí cuando necesita comprar... lo que sea?

Lo que hacía era ir a caballo. Vio a docenas de jinetes en las estrechas y tortuosas carreteras, y estuvo a punto de arrollar a un par. La mayoría de los animales llevaban paquetes sobre el lomo, y algunos hasta tiraban de carritos. Janie imaginó letreros de carreteros y herreros sobre fachadas de tiendas con suelo de paja alineadas en alguna

calle mayor pasada de moda. Las leyes de la ciudad no lo permitirían, pero en los pueblos de las colinas los caballos habían recuperado su importancia. El fertilizante ya no sería un lujo escaso.

Sólo se cruzó con un par de vehículos más en la carretera, una vieja camioneta que bajaba por la colina y otro coche que subía renqueando por la pendiente detrás de ella. Era uno de aquellos monstruosos cuatro por cuatro negros, que Janie siempre había imaginado ocupados por mafiosos, o por quien ostentara el poder en aquel tiempo. Se preguntó, como siempre que veía ventanas tintadas, qué personaje importante viajaba en el automóvil que exigía una privacidad absoluta, y para quien el gasto de gasolina no representaba el menor problema.

Tal vez me están siguiendo, se le ocurrió de pronto, y una sonrisa acudió a sus labios.

De acuerdo, cógeme si puedes.

Aminoró la velocidad, y el coche de atrás la imitó. Cuando pisó el acelerador, el otro vehículo también lo hizo, y Janie empezó a ponerse un poco nerviosa. Decidió mantener la velocidad constante, y el automóvil negro se comportó de la misma manera.

Por un momento pensó en detenerse en la cuneta, pero dos cosas se lo impidieron: era una carretera estrecha, un lugar peligroso para parar si no era necesario, y estaba a punto de llegar a su destino, según los mojones. Siguió conduciendo y, cuando llegó al camino de acceso que buscaba, el vehículo negro pasó de largo mientras ella giraba.

Una vez fuera de la carretera, Janie frenó y reflexionó sobre lo que acababa de suceder. Descubrió con disgusto que estaba temblando. Lo que ella se había tomado como una broma se había convertido en algo demasiado real. Observó la casa. Era bonita y estaba apartada. A juzgar por la rústica apariencia del edificio, Janie tuvo la sensación de que su compinche electrónico no sería bien recibido por la humana que lo habitaba. En consecuencia, metió a V. M. en el maletero del Volvo.

Cuando entró en la vivienda, acompañada por una simpática y sonriente Linda Horn, se encontró dentro de una morada de luz, sonido y clima perfectos, con aire húmedo y olor a turba, así como mariposas, que batían sus alas de colores en silencio. Estaban posadas sobre lámparas, libros y adornos, y en especial del asombroso despliegue de plantas. Era como si un país de las maravillas tropical se hubiera instalado de forma inexplicable en las montañas del oeste de Massachusetts. En un rincón de la enorme sala vio un ordenador nuevo, con la pantalla encendida.

—Dios mío —susurró Janie, mientras paseaba la vista a alrededor, aturdida—. Esto es... maravilloso. ¿Cómo ha...?

—Mi marido es técnico en energía —explicó la señora Horn—. Montó esto para mí.

—¿Puedo contratarle?

Linda Horn sonrió.

—Ya se ha jubilado. Lo siento.

—Bien, si alguna vez decide salir de su retiro, seré su primera cliente.

La mujer rio y meneó la cabeza.

—No creo —repuso—. Hay un límite, se lo aseguro.

Una pequeña mariposa azul se posó sobre el hombro de Janie.

—Lo entiendo muy bien. Menudo paraíso han creado aquí.

—Trabajamos en ello durante mucho tiempo. Somos miembros de una especie de movimiento... de gente que quiere vivir así.

Movimiento. Era una palabra de la generación anterior.

—Los miembros deben de ser muy discretos.

—Sí, lo somos, pero hay muchas familias como la nuestra, y todos nos mantenemos en contacto. —Señaló el ordenador con la cabeza y sonrió—. Hay bastantes personas en esta zona muy implicadas.

Janie miró alrededor embelesada.

—Debió de ser un gran reto organizar todo esto. Es tan... perfecto.

—El mayor problema fue adquirir la tierra. Se necesitan cincuenta hectáreas, como mínimo, con el fin de conseguir el permiso para construir una estructura como ésta. Cuando nos casamos, comenzamos a comprar parcelas, de unas pocas hectáreas, de lo contrario no lo habríamos logrado. Los paneles solares no ocupan mucho espacio, pero los molinos de viento exigen un terreno amplio y un emplazamiento determinado.

—La felicito —dijo Janie mientras observaba todos los detalles—. Es asombroso. Es la clase de vida que siempre me ha atraído, pero nunca la he probado siquiera. Me temo que siempre he estado... demasiado ocupada.

—Nunca es tarde —repuso Linda Horn.

—Bueno, creo que no tendré un hogar como éste, al menos en un futuro inmediato. En fin, el motivo de mi visita...

Lo expuso, con parsimonia y precisión.

Linda arrugó la frente.

—Siempre me he preguntado cuándo empezaría alguien a investigar el asunto —afirmó.

Janie mordisqueaba una galleta de limón mientras Linda Horn relataba los detalles del incidente ocurrido en Camp Meier.

—Los análisis del laboratorio detectaron la presencia de *giardia lambda* en la sangre de algunos alumnos. Las muestras del agua del estanque demostraron que estaba infectada, pero nosotros nunca descubrimos nada. No hicimos análisis de sangre.

Janie se preguntó por qué. Podía considerarse un descuido.

—¿Por algún motivo en particular?

—Yo trabajaba para la ciudad, pero dada la situación el condado envió a sus especialistas. Me dijeron que debía aceptar como válidos los análisis del campamento. No quisieron que gastara dinero para repetirlos. Algunos chicos tenían los síntomas...

—¿No guardará por casualidad los registros de esa época?

—No. Cuando todo empezó, no tenía ni idea de que fuera a dar lugar a algo tan sospechoso, pero lo recuerdo muy bien, sobre todo porque la enfermera oficial del campamento se negó a aceptar la ayuda de nuestra oficina cuando la ofrecimos. Por lo general, siempre agradecía nuestra colaboración. ¿Un campamento lleno de adolescentes? Venga ya. Si todos se hubieran puesto enfermos a la vez, habría cundido el pánico. Se me antojó una reacción muy rara por su parte. Nunca pudimos reproducir los resultados de sus análisis de agua. Tal vez recuerde que todos los antibióticos estaban a punto de desaparecer en aquel tiempo, y no recibimos autorización para su uso esporádico o profiláctico, de modo que queríamos tener pruebas sólidas.

—Pero no encontraron nada en el agua.

—No. Bueno, espere un momento. Eso no es del todo cierto. Localizamos un lugar con una concentración de *giardia* algo elevada, pero nada capaz de causar un perjuicio grave para la salud. Además, no utilizaban el estanque para nadar o remar. Realizamos análisis de muestras obtenidas de sitios diferentes alrededor de la zona, pero no encontramos nada más que aquel pequeño rastro.

—Interesante.

—Mucho. Aun así, un empleado de la aseguradora del campamento apareció un día en mi oficina con un puñado de papeles de aspecto oficial y explicó que nos llevarían a los tribunales por impedirles cumplir con sus deberes *in loco parentis*. Habían convencido a casi todos los padres de que la amenaza era real.

—Sin embargo usted no cree que lo fuera.

—Da igual lo que yo crea. Sólo podía guiarme por lo que mostraban los análisis de agua, y todos excepto uno eran negativos.

—Aun así dio permiso para utilizar antibióticos, de manera que debió...

—No tenía alternativa, doctora Crowe. Aquella gente era muy agresiva. El condado y la ciudad tenían problemas económicos. No disponíamos de personal suficiente, y a veces el talón de mi paga se retrasaba. No me pareció un sacrificio muy grande administrar a aquellos alumnos una medicación casi inútil, si eso evitaba que demandaran al gobierno municipal.

Janie tomó un trago de su té con aire pensativo.

—Bien —añadió Linda—, ¿por qué investigar aquel episodio? ¿A qué obedece el

interés de su fundación?

Janie dejó la taza sobre el platillo antes de contestar.

—Muchos muchachos, cuya única relación entre sí es el campamento, padecen una rara afección similar.

—¿Cuál es?

—En este momento, sólo puedo decirle que es de carácter traumático, con implicaciones neurológicas. Aún no he estudiado los detalles.

—Bien —repuso Linda—, no me sorprende en absoluto. —Respiró hondo y quedó con la mirada perdida, como si intentara recordar algo—. Me pasé por allí, con una burda excusa, el día en que administraron el tratamiento. Admito que sentía curiosidad y, como era la funcionaria de sanidad, no podían impedirme el paso ni decirme que volviera en un momento más conveniente. La medicación que iban a dar a aquellos críos era, en teoría, metronidazol. En solución inyectable es casi incoloro, con un leve tono dorado, y se comercializa en frascos transparentes con tapón de goma. En aquel tiempo sólo los fabricaba una empresa, y ése era el aspecto de su producto. Por cierto, ahora ya no se elabora, por si le interesa.

—Ya no es un medicamento eficaz.

—De hecho entonces apenas se utilizaba, otro motivo por lo que encontré todo el asunto muy raro. En cualquier caso, lo que inyectaban a los chiquillos se extraía de contenedores de plástico blanco opaco, pero no pude acercarme lo suficiente para ver el color del líquido que contenían las jeringas. En lugar de tirar las vacías a una bolsa ecológica para luego destruirlas, como se hacía siempre, las guardaban en una caja de plástico que se cerraba a presión.

—Así pues, supuso que no pensaban deshacerse de ellas.

—En efecto. De hecho, tuve la impresión de que no querían perder ni una. —Miró a Janie a los ojos—. Recuerdo que esa siniestra sensación me duró todo el día. Y algo más: había dos hombres que supervisaban todo el proceso. Parecían fuera de lugar. Vestían traje, y eso que era julio, y la temperatura rozaba los treinta y cinco grados.

—¿Tiene alguna idea de quiénes eran?

—No. Los empleados del campamento llevaban camisetas azules. Yo también me puse una aquel día.

—Se confundió con ellos, pues. Supongo que no lo hizo a propósito, ¿verdad?

Linda sonrió.

—Tenía un montón de camisetas como ésas. Siempre las estaban regalando. —Se encogió de hombros—. Ese color me sienta bien.

Janie guardó silencio mientras reflexionaba sobre las revelaciones de Linda. No había mucho más que preguntar. Se estaba tan bien en aquella casa que no quería marcharse, pero había llegado el momento de seguir adelante.

—Hay algo que me intriga —dijo con la esperanza de que su comentario resultara espontáneo—. Durante las epidemias, ¿cómo se las arregló...?

—¿Para sobrevivir? —Linda Horn sonrió—. Me escondí.

—Ah... Entiendo.

—Aquí —explicó Linda—. La casa aún no estaba terminada, pero eso no nos importó.

—De modo que su marido y usted tenían este lugar... para esconderse.

Una sonrisa agri dulce apareció en el rostro de Linda.

—Nos trajimos a toda la ciudad de Burning Road.

Janie la miró fijamente.

—¿Toda la ciudad?

—Era pequeña.

—De todos modos —repuso Janie con tono vacilante al tiempo que miraba alrededor—, esta casa no es tan grande.

—Levantamos un campamento. La gente de la ciudad tenía cierta experiencia, al fin y al cabo. Si se toma la molestia de echar un vistazo a los registros, verá que la tasa de mortalidad debida a las epidemias fue nula para los residentes de Burning Road. Murieron algunos okupas y forasteros...

—¿Y nadie de la ciudad?

—Nadie. Un año después, todos regresamos.

—No esperaba que esa historia tuviera un final feliz.

—Nadie lo espera nunca.

—La gente de la ciudad tuvo mucha suerte de contar con usted. Bien, espero que nunca más la vuelvan a necesitar para esa contingencia.

—Oh, nunca se sabe.

Janie se reclinó en su asiento.

—Creo que ha querido decirme algo con ese comentario, pero no acabo de entenderlo.

—Tiene razón. Me preguntaba si habría oído usted algo... sobre el regreso del DR SAM. He leído y oído cosas.

No puede volver, pensó Janie. No puede.

—Leí un breve artículo en el periódico hace unos días, de hecho estaba en portada, pero no mencionaba que hubiera un nuevo brote.

—Eso significa que lo ocultan.

—¿Cuándo oyó eso... y dónde...?

—La gente de nuestro movimiento. Somos como una gran familia y, cuando hay alguna noticia sobre el DR SAM, corre como la pólvora. Empezamos a ponernos nerviosos. Se ha producido un par de brotes en la costa Oeste durante la última semana, y también en la zona de Seattle.

—Dios mío.

—Lo más preocupante es que se ha extendido por todo México, y no explican lo que ocurre allí ni hacen nada para detenerlo.

—Bien, tampoco lo hicieron antes.

—Por eso se les fue de las manos.

—Ya vuelve.

Oyeron por los altavoces el ruido del automóvil al arrancar, después el crujido de la grava bajo los neumáticos y luego música, junto con un penoso berrido cuando Janie intentó, a su manera, cantar a dúo con María Callas.

Los oyentes dieron un respingo. Bajaron el volumen.

—Es evidente que lo dejó dentro del coche cuando entró.

—Me gustaría saber por qué. ¿Qué opinas, Kristina?

La joven miró a los congregados, que habían posado la mirada en ella.

—No lo entiendo —respondió—. Siempre se lleva su V. M. a todas partes, pero no ha entrado en la casa con él.

—Curioso. Me pregunto... ¿Crees que sospecha algo?

«*Llámame* —decía el mensaje electrónico de la agente de viajes—. *Tengo una información para ti*».

—Puedo cambiar tu vuelo de vuelta —le explicó la agente cuando hablaron unos minutos más tarde—, pero el de ida es inamovible. Has de entrar en una fecha determinada. De esa forma no se les acumula gente en Inmigración. Islandia es un país pequeño. Hasta el año anterior a la primera epidemia, el número de teléfono del presidente aparecía en la guía telefónica.

—No jodas. ¿Crees que podría conseguirlo y pedirle que me ayude a cambiar el vuelo de ida?

—Me temo que no —respondió la mujer—. El problema es que no pueden reunir a varios agentes de Inmigración para que hagan horas extras. No tienen bastantes. Por eso dosifican las entradas.

—Para regresar, no obstante, podré subir al avión que quiera.

—Siempre que haya plazas libres.

Tras esta conversación, Janie leyó el resto de su correo. El siguiente mensaje era de carácter hostil, muy parecido al que había recibido unos días antes, el que daba a entender que lo dejara correr, aunque no quedaba claro el qué.

«*Yo no lo creo así*», había contestado ella con valentía.

Janie supuso que procedía de la misma fuente, aunque esta vez era un poco más desagradable que el primero.

No respondió. Borró el maligno parpadeo del buzón en cuanto terminó de leerlo.

Janie necesitaba consejo y compañía, de modo que sintió un gran alivio cuando Tom aceptó su invitación de última hora para cenar juntos.

—Me avisas con diez minutos de antelación y ya estoy aquí —comentó el abogado cuando se encontraron en el restaurante—. Patético, ¿no crees?

Janie rio.

—Supongo que has cancelado tu cita con una clon de Marilyn Monroe para salir conmigo.

—Ojalá. De todos modos eres una de mis clientes más importantes, de manera que, si hubiera tenido una cita de ese estilo, es probable que la hubiera anulado.

—Eso sí es patético.

—No estoy de acuerdo. —Dejó escapar una tosecita nerviosa—. Bien, ¿cuándo te marchas? Pronto, imagino.

—Mañana.

Tom desvió la vista.

—Bueno, sé que lo pasarás bien pero, como dije ayer, te echaré de menos.

Siguió un silencio, pues ninguno de los dos quería verbalizar sus pensamientos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Aún no lo sé. He de llegar a Islandia mañana, no hay vuelta de hoja. Por lo visto, el control de entradas es muy rígido. Puedo volver en cualquier momento, siempre que haya plaza en el avión y no me salga de los límites de mi visado.

—¿Hasta cuándo está vigente?

—Podría quedarme un mes, si quisiera.

Dio la impresión de que la cara de Tom se desmoronaba. Janie reconoció la expresión, aunque él intentó disimularla.

—No estaré allí tanto tiempo, Tom; sólo unos días. Estoy demasiado metida en ese otro asunto. De hecho, no quiero dejarlo. Me siento muy confusa sobre eso... y sobre otras cosas.

Dejaron de hablar y sonrieron mecánicamente cuando se presentó el camarero, que procedió a recitar los platos especiales. Pidieron sopa y ensalada para no complicarse la vida.

—¿Te interesa de verdad, o es una forma de conseguir que te renueven el permiso? —preguntó Tom en cuanto el camarero se alejó.

—No. En este momento apenas pienso en mi permiso. Se ha convertido en algo casi trascendental.

—Tengo la impresión de que disfrutas con la investigación.

Sentirse comprendida era una bendición. Se inclinó con un brillo en los ojos y dejó que el entusiasmo se reflejara en su voz.

—Pues sí. No sabes cuánto. De pronto, todo lo demás me parece trivial e insignificante. Ojalá fuera más... transparente, no obstante. El asunto se ha complicado mucho en estos dos últimos días.

Le habló del segundo mensaje amenazador y le observó mientras Tom meditaba. No pudo evitar pensar que el abogado se esforzaba por no mostrar la menor reacción.

—Me pregunto si debería pedir a alguien que vigile mi casa durante mi ausencia.

—Tal vez sería una buena idea. ¿Conoces a alguien que estuviera dispuesto?

—Podría pedírselo a Kristina, la joven de la que te hablé, que ha estado... a falta de una palabra mejor, dirigiéndome.

—Una forma curiosa de expresarlo.

—Bueno, es la sensación que tengo. No sé de qué otra forma llamarlo. Es como si fuera la jefa de mi servicio de espionaje.

—Bond tiene a su M, tú tienes a Kristina.

—Eso es. —Dio una palmada al maletín que contenía a V. M.—. En cuanto a mi artilugio de alta tecnología, creo que no debería llevármelo a Islandia.

—Podrías devolvérselo.

—Supongo que sí. —Hizo una pausa—. No tengo ni la más remota idea de dónde vive.

Tom se sorprendió.

—No fastidies.

—Nunca he tenido motivos para preguntarle. Siempre me he puesto en contacto con ella por correo electrónico. V. M. tiene un módulo de correo con una ruta presintonizada con ella, pero no he conseguido averiguar la dirección. Nunca la he telefoneado. En todo caso supongo que vive cerca, porque, cuando establezco comunicación con ella, aparece enseguida.

—Tal vez sea una extraterrestre que sólo adopta una forma corporal cuando está contigo. Tal vez permanezca en un estado gaseoso el resto del tiempo y flote en el aire, a la espera de tu llamada —bromeó Tom.

—Una explicación perfecta. En el caso de esta chica, no parece una idea tan descabellada. Tiene algunas... peculiaridades. En estos últimos días me he fijado en algo que resulta muy raro en una persona joven.

—¿De qué se trata?

—Creo que tiene problemas de memoria.

—¿De veras? Es muy poco frecuente. ¿Qué clase de problemas?

Janie percibió un tono extraño en la voz de Tom, una repentina rigidez que no era propia de él. Se preguntó a qué se debía.

—Bueno, le digo cualquier cosa, y al momento siguiente es como si no me hubiera oído.

—Quizá se distrae.

—Ya lo he pensado. Se distrae mucho, pues le ha pasado más de una vez, y me consta que su oído es muy bueno.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tom, ¿a qué me dedicaba antes de las epidemias?

—Ah, claro, a la neurología.

—Presenta todos los síntomas clásicos de problemas con la memoria a corto plazo. En la memoria a largo plazo, no detecto nada extraño. Posee profundos conocimientos, pero da la impresión de que se pierde en algún momento. Ayer le ocurrió dos veces. Casi podría calificar esos episodios de lapsos.

—Quizá deberías examinarla.

—Tal vez, pero aún no.

—¿Por qué?

—No quiero distraerla.

—¿No quieres distraerla? Por lo que me has contado, tengo la impresión de que esa tal Kristina te está manipulando, no al revés.

—Bien, es cierto, al menos en lo referente a ese proyecto, o como quieras llamarlo. Tal vez el término «misión» sería más adecuado. En todo caso no me refiero a eso. Creo que necesita una clase diferente de manipulación. A veces, parece totalmente perdida, como si necesitara una guía paterna.

—Sé muy poco de eso —reconoció Tom tras un breve silencio.

—Yo siempre he pensado que era uno de los peores decretos del Troll Cósmico. Habrías sido un padre excelente.

Tom clavó la vista en su plato con una sonrisa triste.

—¿Te has arrepentido alguna vez de no haber tenido hijos? —preguntó Janie.

—Me he arrepentido de muchas cosas. —La miró—. Habría necesitado una pareja, y eso nunca me ha funcionado bien. El aspecto positivo es que nunca he tenido que padecer la pérdida de un hijo. Vi mucha gente derrumbarse hace algunos años. No sé cómo lo habría sobrellevado.

—Creo que es imposible predecirlo.

—Tal vez no.

—Imagina cómo deben sentirse ahora los padres de esos chicos del campamento. Todos esos críos sobrevivieron a las epidemias. Debieron de pensar que se habían terminado los problemas.

—¿Alguna vez se terminan los problemas cuando tienes hijos?

—No —musitó Janie.

—Lo suponía.

Janie se sentó en la cama entre dos objetos que la tendrían ocupada el resto de la noche. Si bien ambos exigían su atención, de momento estaba absorta en sus

cavilaciones, ajena a sus deberes.

—Lo siento, chicos —dijo, como si su maleta vacía o Virtual Memorial pudieran escucharla o entenderla—. No quiero desatender a ninguno de los dos, pero las cosas son así.

Por fin se levantó de la cama y se acercó al ropero para iniciar la abrumadora tarea de decidir lo que bastaría, y lo que sería excesivo, para un país en que era muy difícil predecir la temperatura de un día para otro. La agente de viajes le había dado un libro con pautas y sugerencias, que se le antojaban muy complicadas de seguir.

A la mierda, pensó; meteré en la maleta todo lo que tengo. Alguien del aeropuerto decidirá lo que debo dejar en casa. En otro tiempo habría podido llevar cuanto quisiera, pagando, por supuesto, pero ahora todo tenía sus límites.

Volvió a la cama con los brazos llenos de ropa, que dejó sobre la colcha. Después se acercó a V. M. y añadió más órdenes a la creciente lista de lo que quería que investigara en Big Dattie cuando ella regresara de Islandia. La relación crecía a una velocidad alarmante, pero sólo le quedaba media hora para realizar el trabajo y grabarlo.

—Muy bien, ésta es toda la atención que puedo prestarte esta noche —dijo a V. M.—. Prometo que me portaré mejor cuando vuelva. Durante mi ausencia, te devolveré a tu otro padre.

Un último detalle. Necesitaba informar al otro progenitor de que planeaba una excursión a Big Dattie y quería que la misteriosa «agencia» se la financiara.

Envió un mensaje electrónico a Kristina. «*Trae la correa* —escribió después de transmitir todo lo demás—. *Ahora te toca a ti pasear al perro*».

Veintiuno

Karle esperó hasta que estuvieron reclusos en su pequeña habitación para leer la carta que Alejandro había arrojado desde su ventana. Desenrolló el pergamino que rodeaba el pedazo de madera, mientras Kate miraba angustiada por encima de su hombro.

Estoy bien de salud y bien alimentado, aunque cada minuto de mi cautividad me cansa más. Estoy vigilado continuamente y no se me ocurre ninguna forma de escapar de esta casa. La habitación en que me han encerrado es pequeña pero está bien amueblada y, en comparación con las madrigueras que hemos conocido, es un lujo. Sin embargo no me permitiré disfrutarla mientras sigamos separados.

De Chauliac se ha convertido en mi sombra. Raras veces me pierde de vista, sigue todos mis pasos, al menos con la vista, y su constante vigilancia se asemeja más a una prisión que mi cautividad en sí. Estoy pensando en maneras de salir de aquí. He iniciado un amistoso flirteo con Isabel, condesa de Ulster, que es la esposa del príncipe Lionel...

—¡Santo Dios! —exclamó Kate—. ¡Lionel es mi hermanastro!

... con la colaboración de su paje, un muchacho llamado Geoffrey Chaucer, quien me ha traído un regalo de ella y le ha entregado mi mensaje de agradecimiento. Es un joven muy listo y divertido. Creo que podré arrastrarle a la conspiración por el puro placer de la intriga. Si puedo arreglarlo, os enviaré un recado por su mediación. Tendré que pensar en la manera de convencerle de que colabore en mi flirteo con la princesa.

El pergamino parece escasear en esta casa, y De Chauliac se muestra suspicaz cuando lo pido, de modo que, si podéis, lanzadme un mensaje con una cara en blanco. Dejaré la ventana abierta, para que pueda pasar entre los barrotes. Venid cuando haya anochecido, para que no nos descubran.

Kate, mi amada hija, cuídate mucho. Ansío abrazarte de nuevo y cubrir tus dulces mejillas de besos. Karle, cuidad de ella. Cuento con vos.

Kate se llevó la carta a la cara.

—Oh, père —exclamó—. Hemos de escribirle al punto.

—Este dibujo significa el fuego del cielo, que insufla la llama de la vida en el hombre y las bestias —explicó Flamel—, y esto —añadió mientras señalaba un icono trilobulado— invoca la presencia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aparecen aquí como la piedra roja, la piedra blanca y el *elixir vitae*. —Siguió el dibujo con el dedo—. ¿Veis cómo estos anillos los enlazan en divina unión?

—¿Cómo se aplica esto a la transmutación? —preguntó De Chauliac—. Si es tan sólo una recombinación de los elementos, ¿para qué es necesario todo esto?

—Ah, no es una mera recombinación —corrigió Flamel—, sino un acto de creación. Estos primeros pasos son tal vez los más importantes de todos, porque sin la sanción celestial ningún hombre puede hacer lo que es privilegio de Dios. Cada vez que el hombre intenta dedicarse a esta actividad, ha de buscar primero la aprobación del Divino para no ofenderle. De lo contrario, el proceso no se verá coronado con el triunfo.

De Chauliac estaba fascinado.

—¿Cómo se sabe que dicha aprobación ha sido concedida?

—Dios envía una señal, por supuesto.

—¿Cuál es?

—No hay forma de predecirlo. Es diferente cada vez. Cada practicante del arte del conocimiento ha de rezar fervorosa y continuamente con el fin de descubrir lo que Dios quiere de él y, cuando alcance ese dulce conocimiento, reconocerá la señal: un incendio repentino, un cambio en el viento, la subida del nivel de las aguas, el sollevamiento de la corteza terrestre. Estos cuatro elementos siempre han estado bajo el control de Dios, que los maneja a su voluntad. El Señor los utiliza para que el hombre comprenda el poder que alberga dentro de sí; entonces la obra podrá empezar. Mediante la guía de Dios, puede aprender a atrapar el viento, a dominar la tierra, a encender el fuego y a domeñar las aguas. Entonces, todas las cosas serán posibles.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa, mientras cada hombre meditaba. La llama de la vela osciló cuando De Chauliac pasó con sumo cuidado las siete páginas de la primera sección del manuscrito, las cuales albergaban ya la hermosa letra de Alejandro. Al final de aquel pliego, encontró una imagen, plasmada con suaves colores y recubierta de oro, pero su horrible tema no armonizaba con su apariencia invitadora; una virgen desaparecía en las fauces de una espantosa serpiente, y su diminuto rostro parecía vivo con el dolor y el horror de su espantoso sino.

—Colega —dijo De Chauliac a Alejandro—, ¿qué palabras son las que rodean el dibujo?

Alejandro había terminado de traducir la página, pero había olvidado el encabezamiento. Deslizó la vista por la escritura hebrea.

—Un par acuden a mi mente sin dificultad —contestó—, pero el resto requerirá estudio. Tendré que sentarme a trabajar con el fin de descifrarlas.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Sólo para verter esta línea? Un par de horas, tal vez, pero ¿cuál es el sentido, si todavía quedan dos secciones del manuscrito por revelar, cada una con sus imágenes propias? —Pasó las páginas de la segunda sección hasta que encontró otra imagen de la serpiente, que aparecía clavada en una cruz—. ¿Qué puede significar esto?

—No lo sé —respondió Flamel con reverencia. Se persignó, enlazó las manos y murmuró una apresurada oración—. Estoy seguro de que Dios, en su sabiduría, nos lo desvelará a su debido tiempo. —Se volvió hacia Alejandro y añadió con voz solemne—: Os ha elegido a vos como instrumento de su revelación, no me cabe duda. Por eso puso este tesoro en vuestras manos.

—¡Alabado sea Dios! —susurró De Chauliac—. Es un honor, colega, un gran honor.

¿Liberar las palabras de un antiguo judío para que los cristianos puedan utilizar la sabiduría que contienen, tal vez contra los mismos judíos? ¡Un honor tortuoso, una carga! La serpiente crucificada soy yo, pensó. Yo seré el que traicionará a mi pueblo.

Si no soy yo, otro lo hará, y perderé toda esperanza de controlar el destino de estas palabras. Podría traducir mal una, dos o diez, para que ninguna fórmula funcione..., hasta que este volumen caiga de nuevo en las manos de un judío y sea corregido.

Los ojos de Flamel brillaban de emoción.

—¿Podrías decirme cuánto tardaréis en completar los dos pliegos siguientes?

—Tal vez quince días, o más.

Al principio Flamel expresó decepción, pero su cara se iluminó poco a poco.

—He esperado muchos años para encontrar este tesoro. No me importará esperar un poco más. Aprovecharé ese tiempo y me prepararé para presentarme ante Dios nuestro Creador, si tal es su voluntad. Empezaré a rezar esta noche.

Era tal vez la carta más larga y detallada que Marcel le había enviado hasta la fecha. Cuando Carlos de Navarra terminó de leerla, siguió sentado junto al fuego y reflexionó sobre su contenido. Que el contingente de París hubiera decidido ya en qué lugar iniciaría la revuelta significaba que no habría más incertidumbre. Karle congregaría a sus fuerzas durante las siguientes semanas, las pertrecharía como mejor pudiera y las adiestraría para que los hombres se comportaran como guerreros, en lugar de los campesinos apestosos y cobardes que eran. La releyó, memorizó los fragmentos más importantes y la arrojó al fuego. El pergamino siseó, se arrugó y despidió un hedor espantoso.

—Marcel cree que es mejor que nos concentremos en Compiégne —explicó al barón de Coucy—. Así se hará.

—La condesa Isabel requiere vuestra presencia —anunció Chaucer—. Se siente inexplicablemente desfallecida.

—Acudiré antes de una hora —dijo De Chauillac después de exhalar un largo suspiro.

—También quiere que vaya el doctor Hernández.

—Temo que está ocupado con el trabajo de traducción.

—A la condesa le disgustará oír eso, señor, pero si no hay más remedio tendrá que comprenderlo. —Introdujo la mano en un bolsillo del manto y extrajo un pergamino sellado—. ¿Seríais tan amable de entregar esta nota al buen médico? En ella describe sus síntomas. Tal vez podáis conferenciar antes de partir y comunicar a mi señora la opinión del galeno sobre su misterioso estado.

De Chauillac cogió la nota.

—Muy bien —repuso—. Se la entregaré al punto.

En cuanto Chaucer se marchó, entró en la biblioteca y rompió el sello de cera.

—¿Lo veis? Os advertí que ocurriría esto. Exigirán que visitemos cada día a estos quejicas ingleses para ocuparnos de sus falsas aflicciones. No tendréis tiempo de trabajar.

Alejandro leyó la nota, miró a De Chauillac y sonrió.

—El trabajo esperará. —Cerró el libro de Abraham con cuidado—. Seguirá existiendo mucho después de que la condesa y vos os hayáis convertido en polvo. Además, con toda franqueza, colega, estos síntomas no me parecen falsos. Escribe, con términos descriptivos y rima excepcional, debo reconocer, acerca de su palidez, desfallecimiento, falta de apetito, insuficiencia respiratoria, desdicha general... Son los síntomas del enamoramiento.

—¿Desde cuándo es una enfermedad el amor?

—Desde siempre, De Chauillac. Es una enfermedad del alma y el espíritu, antes que del cuerpo y la mente, que se manifiesta mediante la debilidad, la dispepsia general del cuerpo y la confusión mental. ¿Nunca habéis estado enamorado?

—No hasta el punto de que mi cuerpo se plegara a la voluntad del amor.

Alejandro sonrió con cinismo.

—Qué pena. Todos los médicos deberían enamorarse al menos una vez, para así diferenciar sus síntomas de enfermedades más peligrosas.

De Chauillac enarcó una ceja y sonrió con socarronería.

—Es una enfermedad peligrosa, y considero que lo prudente es evitarla.

—Sólo lo hacen aquéllos que no conocen su dulzura, pero podríamos discutir sobre esto *ad infinitum* sin llegar a ninguna conclusión. Aflige a las mujeres con mayor intensidad que a los hombres, por algún motivo. Debéis explicárselo.

—No lo haré.

—¿Por qué?

—Porque no creo ni una palabra de lo que dice la condesa.

—Oh, venga, colega, sed amable con ella. Si no podéis encontrar en vos tal amabilidad, no sois el médico excepcional que yo creía. Hay que mostrarse compasivo y piadoso con los más débiles, en especial con las damas.

—No me convenceréis.

—En ese caso, me veré obligado a abandonar mi trabajo y acompañaros. De lo contrario, me enviará a buscar de nuevo, porque vuestros esfuerzos no la satisfarán. Le diréis que padece desazón, y que la mejor cura es el descanso. Al día siguiente, me mandará otro recado con las mismas quejas.

De Chauliac parecía muy molesto, pero por fin accedió.

—Venid, pues. Terminemos de una vez.

Los condujeron a la cámara particular de la condesa, en medio de la cual se alzaba una gigantesca cama con dosel, con las colgaduras corridas en sus cuatro lados. El criado que les había guiado agitó una cortina.

—¿Señora?

—*Oui*? —Su voz sonó débil.

—Los médicos han llegado. Se oyó un suspiro de alivio apagado.

—Oh, gracias a Dios.

—¿Descorro la cortina?

—Espera un momento.

Oyeron crujidos de tela, seguidos de la voz de la condesa.

—Ya puedes abrirlas.

El criado obedeció y dejó al descubierto a Isabel, que estaba reclinada sobre varias almohadas y lucía un fino camisón de seda con el cuello ceñido. Apoyó la mano sobre la frente con un gesto melodramático y cerró los ojos.

—¡Oh, doy gracias a todos los santos porque hayáis venido por fin! —gimió—. He pasado la mañana sumida en la desdicha. No tengo fuerzas para levantarme.

—Tranquilizaos, señora —dijo Alejandro. Se acercó al lecho y señaló el borde—. ¿Puedo?

—Sentaos, por favor —invitó la condesa mientras daba palmadas en el colchón. Alejandro tomó asiento y le cogió una mano.

—Estáis sudorosa, querida condesa —observó.

—¡Otro síntoma! ¡Oh, qué desgracia! ¿Qué me pasa?

Alejandro le acarició la mano.

—Pronto sabremos qué os ocurre y prescribiremos el tratamiento necesario.

—Ojalá exista tratamiento.

De Chauillac carraspeó, impaciente.

—Querida condesa, creo que estáis en buenas manos. Visitaré al príncipe Lionel para observar cómo evoluciona su dedo mientras el doctor Hernández os examina, cosa que hará magníficamente... siempre y cuando a la dama le importe recibir las atenciones de un solo médico, por supuesto.

Isabel alzó la cabeza y miró a De Chauillac, que aguardaba al fondo de la habitación.

—Sois tan atento con mi marido, amable señor. ¡Cuánto le agradecerá saber que vuestro primer pensamiento fue para él! Id, pues. Intentaremos arreglárnoslas sin vos, como sea.

Alejandro dirigió una sonrisa irónica a su colega.

—Como sea —repitió.

En cuanto el médico francés salió del dormitorio, Alejandro centró su atención en la condesa.

—Bien, explicadme cuáles son los síntomas. La joven exhaló un suspiro.

—Oh, estoy afectada del más terrible letargo. Me tumbo en la cama, agotada sin saber por qué, y no reúno fuerzas para levantarme. Es como si mi corazón me hubiera abandonado.

—En ese caso, habrá que examinarlo. —Le dedicó una sonrisa afectuosa y le desanudó el lazo del cuello del camisón, que se abrió y reveló la delicada clavícula de la condesa. Alejandro contempló la piel blanca—. No exageráis. Estáis tan pálida como la perla más fina. Sacó el pergamino enrollado de su bolsa y lo aplicó al pecho de la joven, tras lo cual aguzó el oído.

—Me temo que no oigo lo que quiero oír —dijo con fingido desagrado—. A veces es mejor aplicar la oreja sobre el corazón para captarlo mejor. —La miró a los ojos—. Sólo lo haré si tal intimidad no os ofende, por supuesto.

La condesa se apresuró a negar con la cabeza.

—De repente, las mejillas me arden —susurró—. ¿Qué puede significar?

—A su debido tiempo lo sabremos.

Alejandro aplicó el oído a su pecho.

La condesa lanzó una exclamación de placer y apoyó la mano sobre la cabeza del médico para hundir los dedos en las ondas de su cabello.

—Vuestro corazón se ha acelerado un poco —observó Alejandro cuando se levantó.

—¿Es muy grave?

—Ninguna enfermedad del corazón es deseable, pero ésta, por fortuna, tiene curación.

—¿Lo decís para consolarme?

—No temáis, no os miento. Cuando leí vuestra nota, creí adivinar vuestro estado. La condesa bajó la vista y sonrió con timidez.

—¿Pretendéis tenerme en vilo?

—¿Y agravar aún más vuestro estado? Nada más lejos de mi intención.

Isabel se inclinó para cogerle la mano.

—Decidme, pues.

—En mi opinión, querida condesa, vuestro corazón sufre de un exceso de amor.

—Oh, qué noble aflicción... ¿Cuál es la cura, querido médico?

—Debéis procurar que sus excesos encuentren una liberación periódica y avisar a vuestro médico siempre que lo necesitéis.

Alguien llamó con suavidad a la puerta. Se volvieron y vieron a De Chauliac, que parecía muy impaciente. El francés no esperó a que le invitaran a entrar, sino que irrumpió con su habitual porte majestuoso.

—Me complace informaros de que, al liberar los humores del dedo de vuestro marido, hemos logrado disminuir sus dolores de manera considerable. Parece que el apéndice ha empequeñecido un poco, casi hasta recuperar su tamaño normal.

—¡Por todos los santos —exclamó Isabel—, empiezo a odiar la idea de volver a Inglaterra! ¿Dónde encontraré unos médicos tan maravillosos? Debéis quedaros y cenar con mi esposo y conmigo.

—¿Os sentís lo bastante bien para comer, condesa? —preguntó De Chauliac, con una ceja enarcada.

La dama sonrió a Alejandro.

—He mejorado mucho, sí, lo bastante para probar un par de bocados.

—Una noticia espléndida. Da la impresión de que mi colega ha obrado otro de sus milagros. Por desgracia, hemos de declinar la invitación. Debemos continuar un trabajo que nos mantiene ocupados.

—¿Experimentos?

—Un trabajo que conducirá a la larga a la experimentación, si todo va bien.

—¡Qué emocionante! Me gustaría saber algo más al respecto.

—Es un secreto —repuso De Chauliac—. No osamos hablar de nuestras nuevas teorías. En nuestra próxima visita, tal vez hayamos progresado lo suficiente para informaros, pero ahora hemos de reanudar nuestra tarea. —Fulminó con la mirada a Alejandro.

El judío se levantó.

—Mi colega está en lo cierto. Hemos de irnos. —Se inclinó y susurró—: Me gustaría quedarme y vigilar los progresos de vuestra mejoría. En otro momento. Esta enfermedad que padecéis suele repetirse. Enviad a vuestro paje Chaucer, y le transmitiré mis consejos. —Guiñó un ojo, se incorporó, y los dos galenos se fueron.

Estaban sentados a la mesa del salón, donde descansaban los restos fríos y grasientos de la cena. De Chauillac, para regocijo de Alejandro, no había dejado de mascullar durante toda la comida, sin dirigirse directamente a su cautivo. Por fin levantó la vista del plato y exclamó:

—Estáis practicando un engaño muy vil para alentar este flirteo, Canches.

—Ah, por fin se revela la causa de vuestra irritación. No debéis permitir que esas cosas emponzoñen vuestro ánimo, pues es muy perjudicial para el organismo. Además, no veo nada malo en lo que sucede entre la condesa y yo.

—¿Nada malo? La dama es la esposa de un príncipe de Inglaterra y una noble de abolengo. A la muerte de su padre, será la heredera de todo Ulster. ¿Cómo podéis consideraros una pareja digna de ella?

—Oh, vamos, De Chauillac, nadie quiere emparejarse, empezando por la propia condesa. Ya tiene una excelente pareja, tal vez la mejor que habría podido conseguir. Eso no significa que el acuerdo la satisfaga por completo. Cuando examiné al príncipe Lionel, vi a un hombre poco atractivo para las mujeres, salvo por la circunstancia accidental de su cuna real. Lleva todas las marcas de los Plantagenet, pero en él esas cualidades se han expresado de una forma bastante menguada.

—Tienen un buen número de hijos, de modo que algo de afecto mutuo sentirán.

—Siempre existe afecto entre maridos y mujeres, si no mutuo, al menos por su finalidad común, pero, según tengo entendido, entre la realeza suele adoptar una forma bastante insípida. Esta dama necesita emociones.

—Pero vos... vos sois...

—¿Un judío y, por tanto, indigno incluso de un flirteo?

—¡Sí!

—Ella no se enterará, a menos que vos se lo digáis. Además, me atrevería a decir que, si mi «defecto» llegara a conocerse, os perjudicaría a vos tanto como a mí. —Apuró el vino de un trago y se levantó—. Ahora, con vuestro permiso, carcelero, me retiraré a mis aposentos para continuar la traducción. El bueno de Flamel se muere de impaciencia. Es muy probable que en este mismo momento esté de rodillas, desnudando su alma a su dios con la esperanza de que le considere digno. ¿Quién sabe cuándo se tomará esa decisión? Tal vez muy pronto, si es tan piadoso como quiere aparentar. No deseo hacerle esperar.

—Como gustéis, médico.

Antes de atravesar la puerta del salón, Alejandro se volvió.

—Explicadme otra vez por qué me retenéis a vuestro lado —pidió con una sonrisa de amargura—. ¿Es por el agradable estímulo de mi compañía?

—Algo similar.

Alejandro suspiró.

—Eso pensaba.

Sin embargo sabía que no era cierto. Continuaría cautivo hasta que revelara los secretos ocultos en el manuscrito de Abraham. Había llegado el momento de empezar a cometer errores.

Aquella noche descifró otra hoja, y cometió el primer error pequeño: tradujo por «rojo» el símbolo de «verde». No tendrá motivos para sospechar que es incorrecto. Mientras secaba la punta de la pluma, un proyectil pasó entre los barrotes de la ventana y aterrizó sobre su cama casi sin hacer ruido.

Se apresuró a asomarse al exterior. Sus ojos tardaron unos momentos en adaptarse a la oscuridad. Entonces distinguió dos figuras y comprendió que eran las que deseaba ver.

—Esperad mientras leo —susurró de manera imprudente.

Acercó su tesoro a la vela y lo desenrolló. Un lado, como había pedido, estaba en blanco, y el otro lleno de la hermosa letra de Kate.

Marcel nos ha acogido en su casa, si bien ignora quién soy en realidad, y Karle no ha revelado mi identidad ni a él ni a nadie. Yo también estoy bien, y al abrigo de los ojos curiosos de quienes querrían interrogarnos. Karle y Marcel dedican todo su tiempo a planear su revolución, y he conseguido serles de ayuda en algún momento. Y menos mal, porque habrían cometido terribles errores de estrategia si no les hubiera advertido de sus imprudencias.

Nuestro viaje a París fue accidentado, como ya sabéis. Nos retrasaron tareas que, según Karle, no podían esperar, y era cierto. Tuvimos que comunicar a muchas mujeres su viudedad, dejar muchos mensajes de soldados que iban a regresar, propagar en muchos lugares el llamamiento a las armas. Por doquier acechaban la enfermedad y la muerte, père, y los horrores no escaseaban.

En una granja encontramos a un hombre que padecía el cólera. Hice lo que pude por él y le recomendé que tomara infusiones de diente de león. Su esposa estaba embarazada, y el bebé devoraba su carne en su lucha por la vida. Con todo, en esta casa había sucedido algo mucho más espantoso. El hijo mayor había muerto a consecuencia de la peste apenas un mes antes. Interrogué a la mujer, que me proporcionó poca información. Sólo dijo que la muerte iba y venía, y siempre se llevaba a alguien. Le pregunté si había ratas, y me contó que el muchacho solía cazar solo y tal vez había comido alguna en su desesperación por llenar la panza. Localizamos su tumba y me llevé una mano, que Dios me perdone, pues sé que esa carne tal vez sea necesaria algún día. Está envuelta y bien guardada.

Vaya, pensó Alejandro con orgullo al tiempo que temblaba de miedo por ella; la hija ha seguido los pasos del padre. Se ha convertido en una ladrona de tumbas. ¿Había sentido su padre el mismo orgullo y miedo por él, cuando tenía la edad de Kate? Anhelaba con toda su alma preguntar, y lo hizo, con una oración silenciosa, pero no había tiempo de escuchar la respuesta. Se dispuso a reanudar la lectura de la carta con este pensamiento: Ojalá todos los que cuidan de los mortales permitan que estas obras no la lleven por el mal camino como a mí.

Hemos de apresurarnos a sacarte de ahí —continuaba la misiva—, porque hemos de abandonar París y regresar al norte de nuevo. No consentiré que Karle se vaya hasta que estés libre. Las fuerzas de Carlos de Navarra y los partidarios del delfín librarán una batalla, y Marcel ha negociado con Navarra que Karle encabece un contingente de campesinos en apoyo de aquél, a cambio de que le conceda la libertad cuando el delfín sea depuesto. Aunque Karle y yo estamos de acuerdo en que Navarra es una bestia cruel, Marcel nos ha inducido a creer que es la única forma de lograr nuestros objetivos.

Sé prudente con Isabel, père, pues es la esposa de mi hermanastro. Karle insiste en que ya estás enterado, pero quiero asegurarme de que lo sabes. Tememos por ti si Lionel descubre quién eres. Esperamos tu respuesta en esta misma página.

Que Dios te proteja y te permita reunirse con nosotros pronto.

Miró por la ventana. Las figuras de la pareja estaban muy juntas. Creyó ver que Karle rodeaba a Kate con el brazo en un gesto protector. Con un largo suspiro, se sentó a la mesa y garrapateó una apresurada respuesta:

Hija, he tomado todas las precauciones para que Isabel no descubra mi verdadera identidad, y ahora no conviene a los propósitos de Guy de Chauliac revelarla. Es posible que mi siguiente mensaje te lo entregue Chaucer. Hoy mismo he empezado a preparar el plan, pero ignoro cuándo lo llevaré a la práctica. Estoy seguro de que pronto, no obstante, porque Isabel parece una mujer impaciente. Preguntará por Karle con el nombre de «Jacques», tal como les presentaron.

Ardo en deseos de estar a tu lado de nuevo. Tal vez entonces me explicarás por qué tu carta está casi toda escrita en plural. Buena suerte a los dos.

Veintidós

Janie miraba por la ventanilla cuando el avión se dispuso a aterrizar. La luz del sol se reflejaba en el mar, y entornó los ojos para evitar que la deslumbrara. Se preguntó, en un intento por distraerse, si eran cabrillas lo que brillaba allá abajo, o si se trataba de puntas de iceberg.

Pronto tomarían tierra. No se había sentido demasiado emocionada durante los preparativos del viaje, pero la impaciencia por ver a Bruce después de tanto tiempo era casi abrumadora. Si bien el trayecto era relativamente corto, ya había leído todo cuanto le había ofrecido la pantalla del respaldo del asiento delantero, y la novela que había comprado para distraerse no había captado su atención. Casi desesperada, comentó al hombre sentado a su lado:

—Parece que el mar está picado. ¿Cree que sobrevolamos el lugar donde se hundió el *Titanic*?

El hombretón, de aspecto nórdico, se inclinó un poco y miró sin excesivo interés por la ventanilla. Después se reclinó de nuevo y se encogió de hombros. Sin pronunciar palabra, volvió a mirar su pantalla.

Janie había esperado algo así como «No le quepa la menor duda», que tal vez habría desembocado en una agradable y relajante conversación con el vikingo sentado a su lado, un intercambio de puntos de vista sobre el aspecto de la superficie del agua.

Había experimentado sentimientos encontrados sobre el viaje hasta ese momento, cuando la tensión latente entre Bruce y ella parecía olvidada de repente, disipada por la certeza de que dentro de una hora le tocaría.

Han pasado cuatro meses. El avión se ladeó y enseguida se enderezó. Janie distinguió las desoladas playas negras de la costa sur de Islandia. A lo lejos, sobre la lisa extensión de agua, muy cerca de la orilla, vislumbró las altas columnas de una central geotérmica, que parecía más mortífera y ominosa de lo que era en realidad. Nubes de humo manchaban el aire cristalino como bolas de algodón a la deriva y, cuando el avión descendió más, Janie atisbo las casas y edificios de Reikiavíc, pintados en tonos pastel.

Una bolsa llena hasta los topes era el único equipaje que Iceland Air le había permitido llevar, de modo que iba cubierta de capas de ropa y, cuando desembarcó y se liberó del traje de vuelo de plástico, pensó que debía de parecer una cesta de colada andante. Había sudado durante el vuelo y tenía algunos mechones pegados a la cara. Miró alrededor en busca del lavabo que tanto necesitaba, pero hasta que pasara la aduana no podría salirse de la fila.

Por una vez, su bolsa fue de las primeras que aparecieron en el carrusel. La cogió

y echó a correr hacia el puesto de inspección, donde su único aparato electrónico, un teléfono, pasó sin impedimentos. Dijeron que su visado estaba en orden, confirmaron su reserva hotelera y le sellaron el pasaporte, de modo que sólo quedaba apoyar la mano sobre el sensor. La tendió despacio y la retiró de pronto mientras en su mente sonaban timbres y la paranoia se apoderaba de ella.

«No te preocupes por eso», le había dicho Tom.

Había insistido en que el viaje a Islandia no comportaría problemas legales. «Inglaterra no tiene jurisdicción en ese país. Lo único que pueden hacer es comprobar que has estado allí y dejarte pasar. No pueden detenerte, retenerte ni molestarte de ninguna manera».

No había parecido tan seguro cuando añadió: «Ve y pásalo bien».

Mantuvo la mano delante del sensor, que lanzó un rayo a su palma. Al cabo de un segundo la puerta electrónica se abrió. La cruzó cargada con la bolsa, dobló la esquina y vio a Bruce. Tragó saliva y corrió hacia él.

El hotel era una construcción de cemento, un material mucho más abundante en Islandia que la madera o el metal, y como casi todos los edificios de Reikiavic estaba pintado en colores alegres y suaves, en este caso un bonito amarillo con ribetes rosados. Su habitación era cómoda, con escasos muebles y algunos adornos. Se dirigieron a la cama de armazón de hierro, de un azul pastel, y bajo la suave manta, tejida con lana islandesa de rayas multicolores, Bruce y Janie se conocieron en más de dos dimensiones por primera vez en un tercio de año.

Cuando despertaron a las diez de la noche, el sol estaba bajo en el cielo, pero aún visible. Flotaba justo sobre el horizonte, amenazaba con descender y arrojaba su débil resplandor en rayos casi horizontales, que creaban sutiles sombras neblinosas que parecían extenderse hasta el infinito. Janie contempló el rostro anguloso de Bruce y descubrió rasgos que había olvidado desde la última vez que habían estado juntos. El halo de pelo rizado... ¿tenía un toque más gris que la última vez? Observó las pestañas oscuras y abundantes que descansaban casi sobre sus pómulos cuando tenía los párpados cerrados, los ojos, que le robaban el aliento cuando los abría; los tres o cuatro pelos grises de sus cejas, una pequeña cicatriz en la comisura del labio inferior. La tocó con la punta de un dedo y él se encogió.

—Sé que me lo contaste, pero ¿cómo te la hiciste? —preguntó.

Bruce sonrió sin abrir los ojos.

—Aprendiendo a esquiar. Cuando era pequeño.

—¿Dónde?

—Lo he olvidado. En algún lugar de Nueva Inglaterra.

—¿Cuántos años tenías?

Bruce respiró hondo. Abrió los párpados y los cerró de nuevo mientras arrugaba

el entrecejo como si se concentrara en una cuestión muy importante.

—Ocho o nueve.

—Oh. Eras muy pequeño para esquiar.

—En mi familia no. Mi madre afirmaba que todos habíamos nacido con esquiés.

Y fondos fiduciarios; una familia acomodada, pensó Janie. Eso explicaba la gracia misteriosa con que se movía por el mundo.

Bruce la besó en la frente y se levantó desnudo de la cama. Janie observó sus flexibles movimientos con los ojos entornados y admiró la silueta recortada contra las puertas del balcón. Una brisa salobre entró cuando abrió la hoja de cristal, acompañada de un leve olor a cenizas, que les recordaba que aquella noche dormirían en la falda de un volcán.

Bruce encontró su camisa y sus pantalones entre las prendas arrojadas en el suelo, se los puso y salió al balcón. Aunque Janie estaba agotada del viaje y soñolienta por el cambio horario, consiguió incorporarse en la cálida cama, se cubrió con la primera prenda arrugada que halló y se reunió con él. Bruce la estrechó entre sus brazos y la besó en la mejilla mientras la brisa les alborotaba el pelo.

—Oh, Dios, no puedo creer que estés aquí —dijo—. Ha sido uno de los días más largos de mi vida.

—Ha sido largo —admitió Janie. Le apretó más contra sí y sonrió—. Pero está terminando muy bien, ¿no crees?

El día de Kristina, en cambio, estaba terminando muy mal.

—No consigo encontrar al propietario de la patente. Tengo la sensación de que quien hizo esto dejó un rastro confuso a propósito.

—Así actúan los malos cuando no quieren que los descubran.

—¿Qué vamos a hacer? Me he quedado encallada. He de averiguar quién es el dueño de la patente y encontrar al paciente cero.

—Tal vez no exista ningún paciente cero y, si existe, es muy probable que esté muerto, por lo que se desprende de las estadísticas.

Kristina se apartó del ordenador.

—Estoy desconcertada —reconoció. Se frotó los ojos—. Creía que todo encajaría, que seguiríamos los rastros y encontraríamos un culpable.

Desvió la vista, y dio la impresión de que se refugiaba en algún lugar ignoto, hasta que su acompañante la devolvió a la realidad con una tosecita.

—Oh, lo siento —se disculpó la joven—. Uno de mis momentos de ozono. —Respiró hondo—. Estaba pensando en Janie. Ojalá se hubiera llevado a V. M. consigo. Podría estar hablando con su amigo de todo esto.

—¿Desde cuándo no le ve? —preguntó el hombre tras un largo silencio.

—Creo que desde hace cuatro meses.

—Entonces apuesto a que no está hablando con él de esta cuestión.

—El proyecto es de lo más estimulante. Apenas me acuerdo de que trabajo en la fundación. No me sentía tan viva desde hace casi un año, excepto las veces en que hemos estado juntos, claro —se apresuró a añadir.

Estaban sentados a una mesa pequeña, el uno frente al otro, con las manos entrelazadas entre un surtido de frutas y quesos. Bruce cogió una cereza y se la tendió. Janie dejó de hablar, se inclinó y la atrapó con la boca.

—Me alegro de que hayas aclarado ese punto —dijo Bruce.

—Lo siento. —Janie tragó saliva y se acercó un poco más—. Ven aquí —susurró.

Bruce obedeció. Janie deslizó su lengua con sabor a cereza entre los labios de Bruce y le pasó el hueso.

El acompañante de Kristina le dio una palmada en el hombro.

—¿Tienes idea de qué hora es? Debes de estar agotada.

—Estoy bien. —La joven se frotó la frente.

El hombre no quedó convencido.

—Acuéstate, ahora mismo. Ve a la habitación libre de arriba.

—¿Me despertarás temprano?

—¿Por qué? ¿Tienes que ir a algún sitio?

—No, pero quiero empezar a trabajar lo antes posible. Me gustaría enseñarle muchas cosas cuando vuelva a casa.

—Me recuerda mucho a Betsy, Bruce. No puedo evitarlo. Ahora tendría la misma edad que Kristina.

Bruce la atrajo hacia sí bajo las sábanas.

—¿Es como sería Betsy ahora?

—No he hecho ninguna proyección de Betsy desde que... la utilizamos en Londres, pero me recuerda la clase de joven que sería Betsy hoy.

Bruce se incorporó sobre un codo y la miró bajo la tenue luz del sol, todavía visible, por más incomprensible que resultara.

—¿Y cómo sería?

Janie suspiró.

—Llena de vida, entusiasta, interesada por todo y muy dulce.

—Por lo que me has contado, no me da la impresión de que esa Kristina sea muy dulce.

—Oh, lo es, a su manera —repuso Janie mientras jugaba con el vello de su pecho—. Tiene algunas cualidades muy atractivas, mezcladas con otras más extrañas. Cada vez me cae mejor.

Permanecieron en silencio largo rato. Janie empezó a dormirse.

—Ya no aguanto más —murmuró—. Creo que me voy a quedar frita.

—Adelante.

Tom se asomó a la ventana de su dormitorio y observó que los insectos se estrellaban contra la farola de la calle, sin motivo aparente. En el silencio oyó el tictac del reloj de la mesita y echó un vistazo a su esfera iluminada, como si de esta forma pudiera obligarlo a arrojarlo al retrete más cercano.

Las tres de la madrugada. Casi todos los habitantes de Massachusetts estarían dormidos. Tal vez no los que viven cerca del abismo, ni los que les vigilan al tiempo que bordean ese abismo. En todo caso, seguro que en Islandia la gente ya estaría despierta.

Y haciendo cosas.

Se preguntó con amargura por qué su vida y la de ella no acababan de sincronizarse. Cuando la había acompañado en coche al aeropuerto para que emprendiera su viaje de tres semanas a Inglaterra, se había jurado que, en cuanto pisara de nuevo el suelo patrio, hincaría una rodilla delante de ella y suplicaría, si era necesario, el privilegio de compartir su vida. Ni siquiera había imaginado que aquellas tres semanas representarían un cambio importante.

—Es asombroso —exclamó Bruce—. Qué vista tan increíble.

—Prodigioso —dijo Janie—, verdaderamente prodigioso.

Cogidos de la mano, avanzaron con cautela por la plataforma de metal que coronaba la senda. Habían ascendido despacio por la ladera del volcán durante toda la mañana, aunque se habían detenido de vez en cuando para descansar o besarse. La recompensa de su esfuerzo era el hermosísimo paisaje lunar que se extendía ante ellos, una vasta capa centelleante de hielo glacial.

El sol, en el cenit que alcanza en Islandia, todavía estaba situado en un ángulo lo bastante bajo para deslumbrarles. Los rayos se reflejaban en el hielo y atravesaban sus gafas oscuras. Janie hizo sombra con una mano para protegerse de su ataque implacable.

—Creo que esta tarde me gustaría hacer algo a cubierto —comentó—. Mis ojos lo están pasando mal.

—Se me ocurre al menos una cosa que podríamos hacer a cubierto.

Janie lanzó una carcajada estentórea, que despertó ecos en la capa de hielo.

—Sí, claro, eso —susurró—, pero quería decir después de eso.

—¿Es que hay otra cosa?

—Te sorprenderían las posibilidades. De hecho, tenía algo en la mente. La agente de viajes me dio una guía, donde figuraba un lugar llamado Instituto Arni Magnussun. Es una especie de museo. Conserva muchos manuscritos.

Por una fracción de segundo Janie captó un destello de ira en los ojos de Bruce. Sin embargo éste enseguida sonrió y le rodeó los hombros con el brazo.

—No te cansas nunca de esos manuscritos, ¿verdad?

—No, nunca. Vámonos.

Mientras se dirigían hacia la senda, Bruce dijo:

—Creo recordar que nos citamos por primera vez en un museo.

—Así es.

—Bien, en ese caso creo que deberíamos ir a ése.

—Cuando era más joven, a esto lo llamábamos echar un polvo loco —murmuró Bruce mientras desabrochaba los botones del jersey de Janie. Cuando lo arrojó al suelo y dejó al descubierto una camisola de encaje y los pantis, lo último que quedaba por quitar, le susurró al oído—: Ya sabes cómo éramos. Nos encantaba anunciar a los cuatro vientos que habíamos pillado algo en pleno día.

Janie gimió cuando los dedos de Bruce le acariciaron un pezón bajo la camisola y se estremeció cuando lo lamió con la lengua.

—Supongo que con ese «algo» —susurró— no te refieres a algo contagioso...

—Bueno...

Bruce se quitó los pantalones, y la respiración de Janie se hizo más profunda y lenta.

—Tal vez... querrás que te explique... ese «algo».

—No —gimió ella—. Será mejor que lo hagas más tarde.

—Oh, Bruce —exclamó Janie con entusiasmo horas más tarde—, mira esto.

Bruce se detuvo detrás de ella y miró por encima del hombro. Leyó la placa y contempló el objeto expuesto en la vitrina climatizada del Instituto Arni Magnussun.

—Hummm. —Se acercó más—. Dice que es del siglo XIII.

—Es más antiguo que el diario de Alejandro.

Bruce no se atrevió a tocar la vitrina. A juzgar por su aspecto, supuso que el roce más ligero dispararía un sistema de dispositivos de seguridad, todos muy desagradables.

—Esto es como una cripta —comentó—. En el depósito de libros, ¿guardarán tu diario dentro de una urna como ésta? —preguntó con un tono casi desafiante.

Janie negó con la cabeza mientras leía la placa.

—No lo creo. El otro libro con su letra es mucho más antiguo. El hecho de que existan dos ejemplares con la misma caligrafía otorga mayor valor e interés al de Alejandro, al menos para mí y supongo que para algunos eruditos. Aun así, dudo que lo consideren de la misma categoría.

—En Estados Unidos tal vez no, pero en Inglaterra es posible.

Ella le miró con sorpresa.

—Ya no está en Inglaterra. Ni siquiera saben que existe.

—No tuvieron muchas oportunidades de enterarse.

Janie le miró fijamente, con expresión preocupada.

—Si estuviera en Inglaterra y alguien descubriera su existencia —repuso Bruce—, pasaría a formar parte de la literatura. La literatura de las artes curativas, desde luego.

Ella desvió la vista, desconcertada, y se preguntó qué pretendía Bruce. ¿Por qué siempre daba la impresión de que la animaba a deshacerse del libro?

—¿Crees que tendría que haberlo dejado allí? —preguntó.

—No lo sé. De vez en cuando me asaltan dudas sobre si deberías tenerlo. Lo cierto es que me preocupa, porque sospecho que acarreará problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—En realidad no lo sé, pero no estoy seguro de que debas donarlo a ese depósito de libros.

—Está en hebreo. En mi opinión, es el lugar más apropiado para que lo conserven. Necesita un hogar, Bruce.

—Una parte está en hebreo, pero la mayoría está en inglés o francés. Además, casi todas las técnicas que describe pertenecen a la medicina popular inglesa.

—Algunas técnicas son de la medicina popular inglesa. Gran parte es cosecha de Alejandro, y sabemos que era un judío español. Mucho de lo que escribió lo aprendió de su colega De Chauliac, en Francia.

—No obstante pasó la mayor parte de su existencia en Inglaterra. Opino que podría defenderse que pertenece a ese país.

—No. Te equivocas. No pertenece a Inglaterra más que a Francia. Además, no acarrea problemas, en absoluto. Me ha proporcionado muchas horas de placer, y también a Caroline.

—Recuerdo que pasamos algunas horas muy desagradables con ese diario abierto.

—Si no lo hubiéramos tenido, habrían sido aún más desagradables.

Echamos a andar despacio hacia otra vitrina. Janie estaba disgustada por la discusión y quería zanjar el tema, neutralizar la influencia negativa de aquel objeto inanimado en su relación, que de repente se le antojaba más frágil que en su último encuentro. Se preguntó si comenzaba a salir a flote la tensión de la separación, y si Bruce había escogido el diario como algo tangible donde concentrar y liberar dicha tensión.

—Escucha —dijo con más firmeza de la que sentía—, yo tengo el diario. Corrí el riesgo de sacarlo a escondidas, de manera que de momento estará donde yo quiera que esté, es decir, donde se encuentra ahora, en el depósito.

Bruce paró en seco.

—Bien, me doy por enterado —replicó con rigidez.

Janie quedó estupefacta por la súbita brecha que se había abierto entre ellos en un momento en que deberían disfrutar de su mutua presencia. Se apoderó de ella un fuerte deseo de poner remedio a la situación.

—Venga, no dejemos que eso nos estropee el día —manifestó con dulzura—. Si hemos de discutir, ya encontraremos un tema mucho mejor, en que la balanza se incline por uno de los dos. Estoy segura de que lo encontraremos... en otro momento. De hecho, confío en que nos permitiremos el lujo de entablar muchas discusiones en el futuro. Ahora no disponemos de tiempo, de manera que dejémoslo correr y procuremos pasarlo bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —concedió Bruce al cabo de unos segundos—. Tienes razón.

—Mis dos palabras favoritas cuando las dice un hombre. —Janie sonrió, y confió en que su sonrisa fuera convincente—. Bien, ¿dejarás que te invite a cenar una mujer madura y testaruda? Di que sí, por favor. Después de los ejercicios gimnásticos de antes, tengo hambre.

La expresión de Bruce se suavizó.

—Yo también. Vamos.

El olor se percibía en manzanas a la redonda, el aterrador olor a madera carbonizada y mojada, con un repugnante matiz de fondo de productos químicos destinados a combatir incendios. Michael Rosow se detuvo ante la casa calcinada y meneó con tristeza la cabeza mientras Caroline lloraba a su lado. Estaba en la comisaría cuando un vecino llamó, pero cuando los bomberos llegaron ya era demasiado tarde para salvar la casa de Janie. Lo que quedaba de la vivienda que en otro tiempo había compartido con su marido y su hija era poco más que un montón mojado de escombros, de los cuales se alzaban hilillos de humo. Las únicas manchas de color que se distinguían en la masa ennegrecida pertenecían a fragmentos de tapizados, restos milagrosamente intactos de la sala de estar.

Masajeó la espalda de Caroline, mientras ésta sollozaba.

—¿Cuándo dijo que regresaría? —preguntó Michael.

—No estaba segura. Pensaba pasar fuera sólo unos días.

—Creo que alguien debería llamarla.

Caroline se secó las lágrimas.

—¿Por qué? La situación no cambiará si vuelve ahora.

—Querrá saberlo. —Suspiró y sacó un teléfono del bolsillo—. Creo que Tom debería encargarse.

Tom esperaba frente a la zona de inmigración, en el área de llegadas internacionales del aeropuerto de Logan. Trató de expulsar de su memoria lo que había sentido la última vez que había acudido a recoger a Janie. En esta ocasión, al menos, no recibiría el mismo golpe contundente. Cuando fue a buscarla a su regreso del viaje de Londres, había llevado un ramo de flores, pero al leer el mensaje de que llegaría acompañada las dejó sobre una silla y se alejó. Esta vez iba con las manos vacías. Al menos en esta ocasión su corazón no estaba apenado.

Veintitrés

Como De Chauillac había predicho, y Alejandro había rogado en sus oraciones, los síntomas de la condesa Isabel reaparecieron misteriosamente al día siguiente. Salieron de nuevo para visitarla, porque De Chauillac no quería faltar a la palabra que había dado al rey, por estúpida que fuera la enfermedad. Alejandro cabalgaba al lado de Geoffrey Chaucer, seguido de los guardias. De Chauillac se mantenía a una buena distancia del resto del cortejo, mientras echaba humo y mascullaba por lo bajo, irritado por aquella misión trivial. De vez en cuando el judío miraba hacia atrás y le dedicaba una sonrisa de lo más impertinente, lo que sólo contribuía a soliviantar la ira del francés.

A mitad de camino, Alejandro se acercó más a Chaucer y le susurró:

—Os encantan las intrigas, joven Chaucer, ¿no estoy en lo cierto?

—¿Tanto se nota?

—Como las pústulas en el culo de una puta —contestó Alejandro.

No estaba acostumbrado a emplear aquel lenguaje, pero daba la impresión de que el muchacho sentía debilidad por las groserías, y Alejandro quería forjar un lazo de intimidad fraternal con él.

Chaucer rio.

—No se nota tanto, pues.

—Bien, os concederé la oportunidad de implicaros en una intriga de lo más sublime.

—¡Reveladla, señor!

—¿Sois un súbdito leal de vuestro señor Lionel, Chaucer?

—Mi verdadera lealtad pertenece a lady Isabel pero, cuando mi señor lo exige, mi ayuda siempre está disponible.

—Aun así, si tuvierais que jurar lealtad a alguien lo haríais a...

—La condesa, señor. Fue por mediación de su familia como entré a su servicio.

—Demostró una gran inteligencia al elegiros como paje. Sois un sujeto muy capaz y astuto.

—Sois muy amable, médico, pero existe una inteligencia en mí que aún no ha salido a la luz. Anhele que llegue el día en que terminen mis servicios y pueda dedicarme por entero a las palabras.

Alejandro quedó sorprendido, pues sus esperanzas eran muy similares.

—Compartís mi misma vocación.

—Tal vez. Decidme, médico, ¿de qué intriga me habláis?

—¡Ah! Casi me había olvidado. ¿Recordáis a Jacques, el sobrino de *le prévôt*

Marcel?

—Sí. Un individuo arisco de cabello ámbar, algo fanfarrón. De no haber sido por la oportuna llegada de su tío y él, mi virtud se habría visto comprometida para siempre.

Alejandro lanzó una risita.

—Vuestra virtud sólo se encontrará a salvo hasta que se presente una nueva oportunidad de comprometerla, muchacho. Según creo recordar, la oportunidad surgió aquella noche en un envoltorio muy atractivo.

—Bastante, pero ¿qué queréis de ese Jacques, mi salvador involuntario?

Alejandro le lanzó una sonrisa conspiradora.

—Ha prometido ayudarme.

—¿En qué?

—En concertar una cita con cierta dama.

La expresión de Chaucer se animó.

—¿Tal vez la conozco, médico?

—Íntimamente, paje, íntimamente.

El joven dibujó una amplia sonrisa.

—¿Deseará la dama la cita?

—Confiaba en que vos me lo confirmaríais, dada vuestra intimidad con ella.

—En mi opinión, amable señor, todas las damas desearían citarse con vos, teniendo en cuenta vuestra apostura, vuestro agudo ingenio y cierto, digamos, aire seductor.

¿Seductor? ¡Absurdo!

No obstante, recibió con agrado la observación.

—Tomo nota de vuestros halagos —repuso—, pero no habéis aclarado mi duda. Os ruego que lo hagáis, y sin rodeos.

Chaucer se encogió de hombros.

—No disgustaría a la dama, pero ¿qué os impide llevar a cabo esos preparativos sin mi ayuda?

Alejandro echó hacia atrás la cabeza.

—De Chauliac. Está celoso del tiempo que tales encuentros robarían a mi trabajo. Es tan entrometido como un elefante.

—¡Un elefante! ¿Habéis visto a alguno de esos hermosos animales?

—Sólo en un libro, me temo.

—Decidme cómo es su aspecto.

—En otro momento, Chaucer. Hemos de tramar una conspiración, y el tiempo apremia.

—Ah, sí. Perdonadme.

—Siempre hay que perdonar el ímpetu de la juventud. En cualquier caso, estoy

vigilado día y noche por esos dos rufianes que nos siguen. De Chauillac les ha ordenado custodiarme para que no pierda el tiempo y podamos proseguir con nuestra labor...

—Labor que, debido a la reserva que la rodea, consigue intrigar a todo el mundo, si me permitís decirlo.

—Os lo permito, y ya hablaremos de la naturaleza de la tarea en otro momento. Estoy demasiado preocupado por conseguir vuestra cooperación. Bien, los de los de Guy de Chauillac no me permiten reunirme con la dama.

—¿Estáis seguro de que los celos son sólo por el trabajo, y no por otros motivos? Tal vez no desea que veáis a la condesa porque su resentimiento no es sólo de carácter intelectual.

Alejandro le miró fijamente.

—Era una simple observación, médico, no me miréis así. No aparta la vista de vos.

Chaucer tenía razón: De Chauillac le observaba más de lo necesario, teniendo en cuenta que era un prisionero.

—Y estamos en París, donde parece que Dios suele hacer la vista gorda.

Alejandro se removió en su silla.

—La discreción de Dios es un tema del que no volveremos a hablar.

Chaucer rio.

—Muy cierto. Sigamos conspirando, pues.

—Jacques ha accedido a ayudarme a huir de la vigilancia de Guy de Chauillac, siquiera por un día, para que pase un rato con la dama en cuestión. Vendrá disfrazado y me raptará. Necesito vuestra colaboración para que le informéis de mi siguiente desplazamiento al lado de la dama. Confío en que hoy quede arreglado. Después, si queréis, le llevaréis un mensaje para comunicarle la hora. Elegiremos un buen lugar en la ruta, cuando doble una esquina y los guardias me pierdan de vista. Si todo va bien, ocurrirá con rapidez, y yo me encontraré con la dama en cuestión, a solas por fin.

—Muy sencillo, me parece, pero no se trata de una gran intriga. Un rapto en París en nuestros días no es un tema que propicie las leyendas. Sólo accederé si puedo estar presente cuando el «rapto» tenga lugar. Anhele presenciar un acontecimiento semejante con mis propios ojos.

—¿Por qué?

—Para describirlo mejor más tarde, señor. Quién sabe cuándo aparecerá la necesidad.

—Acabáis de decir que no es tema que propicie las leyendas.

—A menos que yo lo elija —repuso el joven con una sonrisa confiada—. Me gusta embellecer las cosas, poseo talento para ello. Pensadlo, médico... La hermosa

condesa, que languidece en su sobrio matrimonio, arrebatada de pasión por el apuesto y exótico médico español, un hombre envuelto en el misterio, que conquista su corazón gracias a sus cariñosos cuidados, una huida del cautiverio, tal vez de la tragedia.

Alejandro pensó que Chaucer era un joven muy peculiar. Echó a reír porque disfrutaba de la sutil pátina que su participación había aportado a lo que, de otra forma, sólo sería un peligroso intento de fuga.

—Todo me parece bien —concedió—, excepto la parte trágica. Un gran poeta habita en vos, Chaucer. No dejéis que el paje le mantenga a raya.

—No temáis, médico. El poeta siempre se impone. —Rio y miró un momento hacia atrás—. También valdrá la pena ver la expresión de Guy de Chauillac, ¿no creéis?

Alejandro guiñó un ojo.

—Sin duda.

—Bien, permitid que el poeta os guíe un momento. Debéis halagarla. Decidle que necesitáis verla a la más pura luz del día en un jardín, rodeada de una belleza similar, la otra obra maestra de Dios.

Marcel hizo una mueca mientras leía la misiva de Carlos de Navarra. A medida que leía, más se le dilataban los ojos, y más furioso parecía. Cuando terminó, blasfemó y arrojó el pergamino a Guillaume Karle, que tuvo una reacción similar al leerlo.

—Hemos de convencerle de que desista.

—¿Cómo lo persuadiremos? —preguntó Marcel.

—Con otro mensaje, súplicas más enconadas, lógica más acertada, lo que haga falta. —Karle devolvió la carta a Marcel—. Reunimos en Compiégne no nos beneficiará.

—Navarra no opina lo mismo.

—Es lógico, pues existen pocas posibilidades de que el rey inflija un decisivo perjuicio a sus fuerzas, a menos que su ejército sea mucho más numeroso de lo esperado. Los hombres de Navarra van armados, montados y provistos de armaduras. Sólo la infantería corre un grave peligro. En cambio las fuerzas que yo consiga reunir no disfrutarán de tales ventajas y han de contar con los medios de huir para no ser aniquiladas.

—Si las cosas no nos salen bien. En el caso de que Navarra aplaste a las tropas del rey, las vuestras no correrán el menor peligro.

—Salvo el que represente Navarra.

—Ya ha prometido aliarse con vos. Ha dado su palabra de responder a vuestras exigencias después de ganar la batalla.

—Tal vez deberíamos pedirle que respondiera antes a estas exigencias. De pronto

no me apetece ser el primero en ceder.

Marcel exhaló un suspiro de desagrado.

—Las negociaciones han sido largas y complicadas, Karle. Se trata de una alianza delicada, que vuestras dudas no pueden poner en peligro.

—Ya veremos qué es lo que sucederá cuando se alteren las condiciones.

—Las condiciones no se alterarán, sólo la estrategia. Navarra y vos uniréis vuestras fuerzas contra el rey. Vuestras exigencias serán aceptadas una vez ganada la batalla. El hecho de que el campo de batalla se cambie no variará el resultado.

—¿No? ¿Y si perdemos debido a las dificultades que presenta el lugar?

—Parece que Navarra tiene fe en Compiégne.

—Yo no la comparto.

—¿Por qué? ¿Porque vuestra damita dice lo contrario?

—Convinimos en que sus razonamientos eran acertados.

—Acabamos de enterarnos de que Navarra los considera erróneos.

—Respondedle que se equivoca, Marcel.

El preboste miró a Karle mientras meditaba sobre el desafío.

—No —dijo por fin—. No lo haré. Su respuesta ha sido muy firme. Será Compiégne, tanto si os gusta como si no.

Alejandro se detuvo ante la puerta de la habitación de Isabel, con una sonrisa afectuosa en el rostro, seguido a un paso por De Chauillac.

La condesa se incorporó sobre las almohadas y ordenó a sus criados con un gesto que se retiraran.

—Oh, Chaucer, esperad un momento —pidió mientras los sirvientes desfilaban—. Quiero que acompañéis a De Chauillac a la habitación de los niños. El aya afirma que mis hijos no se encuentran muy bien y, puesto que *monsieur le docteur* está aquí, podría examinarles. —Miró al francés, que se erguía detrás de Alejandro—. ¿Os importa, querido De Chauillac? Quiero mucho a esos pequeñines.

Era una expulsión, que De Chauillac aceptó con su elegancia habitual, pero no con júbilo. No sonrió cuando dijo:

—Por supuesto, condesa. Iré a verlos al punto.

Chaucer salió y cerró la puerta del dormitorio tras lanzar una mirada de complicidad a la condesa y a Alejandro. El galeno francés movió la cabeza en dirección a los guardias, que se apostaron para impedir cualquier intento de huida.

—Por fin estamos solos —susurró Isabel.

Alejandro se preguntó cómo había conseguido una mujer tan sana llegar a estar tan blanca.

—Y muy a tiempo —repuso—, porque vuestra palidez es alarmante.

La condesa le cogió las manos y las apretó contra su corazón.

—¿De veras? Eso pensaba. Tengo la sensación de estar pálida por dentro y por fuera. —Le soltó las manos y le acarició la mejilla—. Vos no padecéis de esta palidez. El color de vuestra piel es espléndido y hermoso.

La mano de la condesa se posó demasiado cerca de su cuello, a escasos centímetros de la cicatriz, todavía visible. Alejandro la cogió y se la llevó a los labios para besar cada dedo, uno tras otro. Si bien la pasión que alimentaba por ella era fingida, el contacto de la piel cálida contra su boca le llenó de confusión. Descubrió que estaba un poco alterado.

Cuando se calmó por fin, la miró a los ojos y dijo:

—No conozco ningún tratado médico que considere la palidez una enfermedad. Se debe a vuestra herencia normanda y a la voluntad de Dios, bendito sea por crear un ser tan bello como vos.

La joven gimió, y Alejandro le prodigó más elogios mientras se preguntaba dónde se había agazapado durante toda su vida aquel talento para el flirteo y por qué se mostraba tan fecundo en aquel momento concreto. Le gustaba la condesa, su ingenio le deleitaba, admiraba su inteligencia.

Por eso le avergonzaba utilizarla, pero no tenía más remedio.

—Siento un intenso deseo —dijo con voz anhelante.

—Decidme de qué se trata y, si está en mi mano, removeré cielo y tierra para que se cumpla.

—Por suerte, no serán necesarios tales prodigios, porque sólo deseo veros a la luz del día, en un jardín, donde vuestra belleza esté rodeada de una belleza similar, la otra obra maestra de Dios.

No eran las palabras exactas de Chaucer, pero surtieron el efecto esperado.

—¡Un *rendez-vous*! —exclamó la condesa—. Qué maravillosa idea. Sin embargo, ¿cómo lo conseguiremos, si De Chauliac está tan celoso de vuestro tiempo...? Para mí no supondrá ninguna dificultad, pues el rey me permite viajar por todo París a mi capricho, siempre que vaya acompañada de una dueña. Sabe que nunca abandonaré a mis hijos. Además, mis guardias siempre mantienen las distancias. En cambio los vuestros...

Alejandro sonrió.

—Es posible que tengan el oído aplicado a la puerta —conjeturó.

La joven lanzó una risita.

—Me había olvidado —murmuró.

—Deberíamos dejar en manos de Chaucer las disposiciones convenientes —susurró Alejandro—. Es leal a vos en cuerpo y alma, señora, no lo dudéis.

—Nunca he albergado dudas al respecto y no tengo motivos para abrirlas ahora.

Marie abrió la puerta de la casa de Marcel y vio al joven delgado vestido de paje,

que le dedicó una sonrisa infantil.

—*Bonjour, majolie.*

Ni «señorita» ni «mujer», sino «bonita». La criada sonrió con coquetería y le devolvió el saludo.

—*Et a vous, jeune homme.*

—Me gustaría hablar con vos un momento.

—*Oui? Pourquoi.*

—Porque me encanta ver vuestro adorable rostro. No os alejéis mientras os hablo, para seguir mirándolo. Además, si me permitís, la dulzura de vuestra voz me subyuga.

La joven rio.

—Y todavía la oiréis más, cuando llame a la persona que deseáis ver.

—Ay, me habéis atrapado, y yo estaba convencido de que este retozo iba tan bien. ¿Puedo hablar con monsieur Jacques, *s'il vousplait*? —Movi6 la cabeza en direcci6n al sal6n, de donde procedía el sonido de voces airadas—. Es decir, si conseguís distraerle un momento.

Kate la había advertido del mote.

—*Entrez* —indicó—, y esperad aquí. Están enfrascados en una detestable disputa sobre política, y me atrevería a decir que la interrupción le alegrará. Le avisaré.

El paje la había fascinado hasta tal punto que olvidó preguntar su nombre.

Mientras Chaucer esperaba en el pequeño vestíbulo, Kate salió de la cocina para dirigirse a la escalera. Lo miró y siguió su camino al no reconocerle. Sin embargo, cuando escuchó una exclamación de estupefacción, se volvió y le observó con mayor atención.

—¿Estáis indispuerto, se6or?

—No, mademoiselle, sólo un poco perplejo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque, aunque sea una locura pensarlo, guardáis un increíble parecido con mi amo, sir Lionel. Podrías ser la hermana del príncipe, tan inmenso es el parecido.

Kate retrocedió un paso, asustada. Chaucer pensó que la había ofendido.

—Aunque vos sois una visi6n mucho más hermosa que él —se apresuró a añadir—. Sois preciosa, mientras que él, bien...

Kate se aferró a la barandilla de la escalera para no caer. En ese instante Karle salió del sal6n y, al reparar en su estado, corrió a su lado.

—¡Kate! —dijo—. ¿Qué te sucede?

La joven respiró hondo.

—Nada, es sólo que... —balbuceó—. Este caballero me ha... confundido con otra persona.

—Perdonadme —se disculpó Chaucer, alarmado—. Mi error obedece a un

curioso parecido... No puede ser, por supuesto, porque todas las hermanas de mi señor viven en Inglaterra, y vos sois demasiado joven para serlo, en cualquier caso.

Karle le fulminó con la mirada, y el muchacho calló al punto.

—Querida Kate, deja que te ayude. Éste es el joven Chaucer, del que te hablé. Lo envía la condesa Isabel. —La rodeó con un brazo y la sostuvo.

—Sí —confirmó el paje—, y suplico que me perdonéis. No quería disgustar a la... ejem, vuestra...

—Mi esposa —dijo Karle, y la apretó contra sí.

Kate volvió la cabeza, sorprendida.

—¡Ah! Vuestra esposa. Estúpido de mí... Me siento doblemente avergonzado. —Una sonrisa apareció en su rostro—. Vuestro tío no me dijo que estabais casada. De hecho, parece pensar lo contrario.

—Bien, joven, aquí está la prueba. —Karle miró hacia el salón con nerviosismo—. Tal vez olvidé comentárselo a Marcel.

—No acabo de entender ese olvido, señor. Cualquiera en vuestro lugar preferiría mantener alejadas las miradas de los hombres de una joya como vuestra esposa. Sois un hombre afortunado, buen señor.

—En efecto —admitió Karle. Se volvió hacia Kate con una sonrisa—. Tal vez deberías subir a nuestra habitación, *chérie*, mientras Chaucer y yo hablamos de nuestros asuntos.

—No, *chéri* —replicó ella—. ¡No puedo soportar estar lejos de ti! Además, necesito tu apoyo hasta que me recupere de esta... lamentable confusión. Haz el favor de proseguir con tus asuntos. No os molestaré en absoluto... aunque, bien pensado... ¡Tengo una idea mejor! ¿Por qué no subimos juntos, para que pueda recóbrame, y así gozaremos de mayor intimidad?

Así lo acordaron. Karle la sujetó mientras subían por la escalera hasta la pequeña habitación. Chaucer les siguió.

Una vez dentro, Karle cerró la puerta.

—Habládmelo del plan.

—Me han dado a entender que el médico desea que le «secuestréis», si bien será un rehén de lo más dócil, y no sé cómo podremos llamarlo un «secuestro». Supongo que desea que De Chauliac piense que lo es. Quiere que os disfracéis, pero no tanto como para alarmar a los guardias, o se fijarían en vos.

Describió la ruta que tomarían desde casa de Guy de Chauliac hasta la mansión donde Isabel y Lionel residían.

—Los guardias se han acostumbrado a esta ruta. La recorreremos con frecuencia, porque el médico y la condesa han incluido en su pequeño romance visitas casi diarias. Cuando doblemos la esquina, yo me rezagaré entre Alejandro y los guardias, vos os apoderaréis de las riendas de su caballo y partiréis al galope. Después, él

acudirá al jardín donde la reina le estará esperando.

—¿A qué hora será? —preguntó Karle.

—Cuando el sol esté en lo más alto.

—¿Eso es todo? ¿El plan no incluye nada más?

—¿Es necesario? El desenlace, por supuesto. ¡Cómo he podido olvidarme! A veces olvido los finales. Es una costumbre que debo desterrar, y pronto. Más tarde, regresará a casa de Guy de Chauliac y contará que le han secuestrado y robado, que le dejaron inconsciente en una cuneta y despertó en un lugar ignoto. Inventará una historia sobre la amabilidad de unos desconocidos que le ayudaron en su hora de necesidad, y De Chauliac no sospechará nada. En el ínterin, la condesa y él disfrutarán de su mutua compañía durante un tiempo, trágicamente breve, lejos de los ojos curiosos de Guy de Chauliac y el príncipe Lionel. No sé quién estará más celoso.

Sin embargo, Kate y Karle adivinaron cuál de aquellos dos hombres estaría más irritado cuando el día terminara. Sería De Chauliac, y con mucho.

—He decidido que no es prudente enojar más a Navarra pidiendo que se cambie el lugar de la batalla —dijo Karle *úprévót*—. Hemos revisado los planos de nuevo y decidido que Compiégne servirá. No hace falta que os pongáis en contacto con él.

Marcel dejó la pluma.

—Una medida muy sabia, Karle. Me alegro de que hayáis tomado esta decisión. He evitado esta desagradable correspondencia todo el día, porque no sé cómo conseguir que parezca admisible a Navarra.

—Nada parecerá nunca admisible a Navarra, salvo sus propios fines y placeres.

—Sin embargo, me produce un gran alivio no enviarle mensajes que pueda considerar contrarios a sus intereses.

—En consecuencia, los motivos de mi estancia en París ya no existen.

—Eso supongo.

Karle respiró hondo.

—Entonces partiremos por la mañana en dirección al norte. Empezaré a reunir mi ejército. Cuando estemos congregados y preparados, informaremos a Navarra.

Marcel se puso en pie.

—No os arrepentiréis de la alianza. Buena suerte, Karle, para vos y para los vuestros. Lleváis a cabo lo que otros hombres temen hacer, aunque lo anhelan.

Se fundieron en un fuerte abrazo y se dieron palmadas en la espalda, como si en verdad fueran tío y sobrino.

—Bien —añadió Marcel—, un último brindis, pues sospecho que os querréis retirar temprano. Temo que os espera un largo día.

—Muchos días, sospecho.

Marcel alzó su vaso.

—Por Jacques Bonhomme. Que su espíritu triunfe.

Se tumbaron en el jergón de la pequeña habitación, conscientes de que era la última noche que gozarían de tales comodidades, y de que cuando Alejandro se reuniera con ellos muchas cosas cambiarían. Se abrazaron en la feroz desesperación de la incertidumbre e intercambiaron muestras de ternura.

—Me has llamado esposa —susurró Kate.

—He querido llamarte así muchas veces —admitió Karle—. En cuanto se presente la primera oportunidad, hablaremos con un sacerdote.

—Esposo —murmuró la joven—. Es una palabra muy bonita.

Karle le besó los ojos, la punta de la nariz y, por último, los labios.

—Ojalá tu *père* opine lo mismo.

Alejandro tenía la sensación de que el pesado de Flamel sólo podía ausentarse un par de días, porque allí estaba de nuevo, sólo dos noches después de su última intrusión, interrumpiendo el trabajo que, según él, urgía tanto.

—¡Ni siquiera habéis terminado la segunda sección!

—Voy despacio, Flamel. ¿Creéis que es posible apresurarse en esta clase de labor? Exige tiempo y dedicación, y debéis ser más paciente.

—Ay —gimió el hombrecito mientras se daba una palmada en la frente—, pensaréis que soy un inculto por no darme cuenta de la dificultad de la tarea, pero sí, sí. Lo que ocurre es que he rezado mis oraciones, y Dios me ha aceptado para la obra de la creación, o eso me ha dado a entender, y estoy ansioso por empezar a conocer sus secretos.

Alejandro dejó la pluma y le miró con sorpresa.

—¿Dios os ha enviado una señal?

Flamel enlazó las manos y miró al cielo.

—Sí, benditos sean todos los santos.

—Debéis de ser un hombre de una devoción excepcional para que os haya respondido en tan corto plazo.

—Supongo que así me considera. Admito que ha sido mucho más rápido de lo que yo esperaba.

—¿Puedo conocer la naturaleza del signo?

—Por supuesto. No veo motivos para ocultarlo. Fue una visión que tuve en un sueño. Al principio fue terrible, pero después comprendí que Dios quería impresionarme con su magnitud, de modo que presté toda mi atención. Empezaba en una especie de mazmorra, un lugar subterráneo y carente de aire, con muy poca luz, y yo estaba muy asustado. La única vía de entrada y salida era una pequeña puerta y,

aunque suplicaba a mis carceleros que me liberaran, no hicieron caso, hasta que un día me sacaron a la luz de nuevo, si bien mis ojos apenas podían ver después de tanto tiempo en la oscuridad. No obstante Dios quiso que viera algo, algo de un brillo maravilloso: un círculo de luz, al rojo vivo y resplandeciente. Mientras avanzaba hacia mí, estalló en las llamas más hermosas...

Alejandro no escuchó el resto del sueño del alquimista, pues supuso que no serían más que los insignificantes recuerdos de la persona encargada de transmitir la señal. Porque el médico sabía que la señal iba dirigida a él y sólo a él, y que había llegado el momento de abandonar París.

Veinticuatro

—No había estado nunca en la planta superior de tu casa.

—Pues no será porque no lo haya intentado.

El humor frívolo de Tom proporcionó a Janie la sensación consoladora de que algo en el mundo no había cambiado. Le siguió con inusitada docilidad, mientras él cargaba con la bolsa por el largo pasillo alfombrado de la segunda planta. Abrió la puerta de la habitación de invitados, entró, dejó el equipaje sobre la cama, al estilo de un botones, y tendió la mano como si esperara la propina.

Janie intentó reír, pero la carcajada sonó forzada y falsa, y rompió a llorar. Tom la estrechó entre sus brazos y trató de calmarla con frases que debían de sonar más bonitas que verdaderas a los oídos de Janie.

Contuvo las lágrimas y sorbió por la nariz.

—¿Por qué de repente mi vida se ha transformado en un pozo de mierda?

—Escucha, ya sé que no te servirá de consuelo, pero piensa que habría podido ser peor. Tus bienes de valor no estaban en la casa, y es probable que puedas reconstruirla por menos dinero. Hay muchos constructores que buscan trabajo. Anoche saqué tu póliza de seguros de la caja fuerte y la examiné. Cubre...

—Lo sé, cubre todos los gastos. Menos mal, porque lo que me queda está en tu caja fuerte o en esta bolsa. —Apoyó la mano sobre ella—. Es que... es... oh...

—¿Qué?

Janie exhaló un largo suspiro y respiró hondo varias veces. Por fin dio la impresión de que recuperaba la serenidad.

—Da igual. Se acabaron los llantos por hoy. Tal vez para siempre. Tengo trabajo que hacer. —Bajó la vista—. No debería haber ido a Islandia.

Permanecieron en silencio un buen rato. Al cabo Janie levantó la vista y le miró con expresión cansada.

—Quiero darte las gracias, Tom... Ésta es una de las veces en que no sé qué habría hecho sin ti.

—Tranquila. —El abogado sonrió—. No me importa nada en absoluto. Sólo temo que me acostumbraré a la compañía y después ¿qué?

—Escucha, si lo prefieres, puedo quedarme con Michael y Caroline.

—No. De veras. Estaba bromeando. Así será mucho más fácil para ti.

—Tienes razón. Gracias. Espero que algún día pueda corresponderte.

Tom no dijo nada. Él también albergaba la misma esperanza.

—Escucha —añadió Janie—. Kristina venía a mi casa para... supongo que podría decirse «celebrar reuniones». Eso ya no será posible. Necesito un lugar donde pueda encontrarme con ella.

—Puede venir aquí, por supuesto.

—Estaba pensando en tu despacho.

Tom se mostró un tanto tirante.

—Aquí sería mejor.

—¿Estás seguro? Tom, han quemado mi casa... ¿Adónde iríamos si también prenden fuego a la tuya?

El uso del plural sonó a música celestial a los oídos de Tom.

—No lo sé —respondió—. A alguna isla tropical, supongo. Ya se nos ocurriría algo.

Chet abordó a Janie en cuanto la vio salir del ascensor. Era como si la estuviera esperando, dispuesto a abalanzarse sobre ella.

—¿Fue tu casa la que se quemó? Me enteré por la prensa. ¿Saben qué ocurrió?

Ni «bienvenida», ni «¿te encuentras bien»? ni «lo sentimos mucho, tómate unos días de descanso si los necesitas»; nada, sólo cuéntame los detalles más jugosos.

—Arrojaron queroseno, o algo por el estilo. Todo perdido.

—Oh. Qué pena —repuso el Hombre Mono.

Janie creyó distinguir una palidez momentánea en su cara, una ínfima reacción a su revelación de que el incendio había sido intencionado, pero su jefe se recobró con tal rapidez que lo atribuyó a su imaginación.

—Mi cuñado es contratista —explicó—. Le diré que te llame.

Oh, pensó molesta. Contratistas. No tardaría en caer toda una bandada sobre los restos humeantes de su casa, como buitres sobre carroña.

—Muy bien, Chet, pero dile que espere un par de semanas.

—No vas a contratar a alguien enseguida, ¿verdad?

—Dejaré pasar unos días. Antes he de ocuparme de un montón de cosas.

—Sí, lo supongo. Me alegro de que hayas vuelto. Aquí también hay trabajo que hacer.

—De acuerdo. —Janie señaló su despacho—. Me ocuparé de él ahora mismo.

En el ordenador de su despacho le aguardaba un mensaje electrónico de Kristina. Después de contestar toda la correspondencia relacionada con el trabajo, le envió una rápida nota.

«He vuelto. Y no veas cómo. Hemos de vernos». La respuesta llegó media hora después: «Perritos calientes. Después del trabajo».

—Me siento como si hubiera estado fuera una eternidad —comentó Janie a la

muchacha, que estaba sentada a su lado en un banco—. Sólo han sido tres días, pero menuda mierda que me he encontrado al regresar.

Kristina le tendió el maletín de piel en el que habitaba Virtual Memorial. Janie lo cogió con alegría y lo abrió.

—Hola, nene —canturreó—. Mamá ha vuelto a casa.

—Doctora Crowe.

Janie levantó la vista.

—¿Está segura de que se encuentra bien? —preguntó Kristina.

—Todo lo bien que me permiten las circunstancias. ¿Por qué? ¿Notas algo raro?

—No, pero está hablando con un ordenador.

—Un ordenador familiar, una de las pocas cosas familiares que me quedan. Es como si hubiera ido a recoger al perro al veterinario. —Cerró el maletín—. Te daré de comer más tarde —susurró. Se volvió hacia Kristina—. Bien —añadió con cierta impaciencia—, cuéntame qué ha pasado desde que me fui.

—Nada.

—No me jodas. ¿No has comprobado los datos que te dejé?

—Sí. Seguí el rastro de todo lo que usted descubrió.

—¿Y?

—Nada. No encontré al propietario de la patente, tampoco al paciente cero.

—Eso no significa que no exista —afirmó Janie tras un breve silencio—, ni que no vayamos a averiguar quién es.

—No, pero por desgracia sí significa que no podremos encontrar una solución, al menos con rapidez. Necesitamos el segmento genético original.

—Podemos obtenerlo sin problemas a partir de nucleótidos y otros fragmentos de material.

—Eso nos llevará meses. Creo que no tenemos tanto tiempo.

Kristina desenvolvió un caramelo de menta y se lo llevó a la boca. Guardó el envoltorio en el bolsillo.

—Es muy frustrante llegar tan lejos y topar con un muro.

—¿No podemos obtener el segmento en otra parte? Sabemos por la reconstrucción cómo es, sólo hace falta encontrarlo. Alguien lo tendrá.

—Sí, uno de los ciento sesenta millones de habitantes de Estados Unidos. Quizá deberíamos llamar a cada uno y preguntarle.

Era un muro, pero siempre habría alguna forma de salvarlo. Janie se inclinó.

—Escucha, cuando dé una vuelta por el interior de Big Dattie, lo buscaré.

Kristina quedó sorprendida.

—¿Una vuelta por el interior de Big Dattie? ¿Cuándo?

—Pronto. Te envié un mensaje al respecto antes de irme.

—Me parece que... no.

Janie reflexionó sobre el hecho de que Kristina no lo recordara y lo encontró un tanto inquietante. La muchacha le daba pena, porque era evidente que tenía problemas de memoria. Experimentó una gran necesidad de escoger sus siguientes palabras con suma cautela, de mostrarse firme y dulce a la vez.

—Sí —dijo al cabo de un momento—, te lo envié. Fue una de las últimas cosas que hice antes de partir hacia Islandia. Cuando pasaste a recoger a V. M. aquella noche, dijiste que el dinero no representaba ningún problema. También comiste un caramelo de menta. Recuerdo el crujido del envoltorio.

Kristina palideció.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Janie.

—Sí —respondió la joven, demasiado deprisa.

—El dinero no representará ningún problema, ¿verdad? Porque en ese caso...

—No. No hay problema. —Kristina se llevó la mano a la frente—. Lo siento. Me había olvidado. Tengo tantas cosas en la cabeza que a veces olvido algunas.

—Kristina, me gustaría hacerte una pregunta. He observado...

Kristina estuvo a punto de levantarse del banco.

—A mi memoria no le pasa nada.

Bien, pensó Janie, yo tenía razón. Tal vez Tom había estado acertado al sugerirle que examinara a Kristina.

Le dio una palmada en el brazo.

—Relájate. Sólo iba a decir que pareces sometida a una tensión considerable. Cuando la tensión se apodera de nuestra vida, la memoria puede verse afectada. Deja que aproveche la oportunidad para darte la bienvenida al Club de la Gente Que Olvida Cosas, del que soy miembro fundador, en especial esta semana.

—Lo siento mucho —murmuró Kristina—. De pronto todo este proyecto se me antoja espantoso.

—Lo es, además de muy absorbente y, a medida que vayamos avanzando, lo será más. Conviene proceder poco a poco y, al final, todo se solucionará. Buscaremos ese segmento, en lugar de lo que habíamos planeado al principio. Lo encontraremos.

La joven se mostraba preocupada, insegura.

—¿Por qué está tan convencida?

—Porque tiene que estar en algún sitio. Al final tú y yo acorralaremos a ese mamón.

Se levantó una agradable brisa nocturna, y el pelo de Kristina se alborotó como un halo de plumas, aunque ella no pareció darse cuenta. Parecía perdida y distante, triste de una manera indefinible. Casi sin pensar, Janie tendió una mano para apartarle un mechón de los ojos.

—Me alojaré en casa de mi abogado hasta que encuentre otro sitio. Le he hablado del proyecto por encima.

Esperaba una reacción, pero no hubo ninguna, y empezó a sentirse un poco preocupada.

—Dijo que no le importaba que nos reuniéramos en su casa.

—Estupendo.

Janie se preguntó en qué estaría pensando la muchacha. Como el silencio se prolongó demasiado, añadió:

—También quería hablarte de otra cosa. Esta tarde he vuelto a hablar con el pirata informático. Dijo que podríamos establecer contacto cuando yo estuviera preparada. Quiero hacerlo lo antes posible, esta noche mismo, si puedo. Tendrías que enviarme la secuencia genética cuanto antes.

—Muy bien. Se la mandaré por correo electrónico en cuanto... lo antes posible.

La joven se levantó, movió la cabeza y se alejó.

El pirata le aseguró que el bar era un sitio seguro.

—Nadie se dedicará a mirar por encima de su hombro —dijo—. Están mucho más interesados por otras cosas, ¿eh?

Janie miró a la multitud de gente joven, de aspecto ansioso. La atmósfera estaba saturada de hormonas y era casi opresiva.

—Supongo que sí —admitió—. Bien, ¿cómo va a hacerlo?

—No creo que deba decírselo. Un *gentilhomme* ha de tener sus secretos, ¿no?

Empleaba su acento francés una vez más para causar un mejor efecto, pero Janie no dejó que su aspecto europeo y sus modales frívolos la impresionaran.

—Claro que ha de decírmelo. Le voy a pagar, ¿no? Quiero saber por qué me van a crucificar, llegado el caso.

—No la van a «crucificar» —repuso el hombre con un guiño. Hundió la mano en su maletín y extrajo un lector de córnea, un artilugio que en otro tiempo había sido la única forma de entrar en Big Dattie—. Coloque uno de sus adorables ojos azules delante de este aparato, y la dejará entrar. No quedará ni la menor pista de quién es usted.

Janie quedó conmocionada: aquello era historia antigua. Paseó la mirada alrededor con nerviosismo para ver si alguien se había fijado en su sorpresa pero, como el pirata había predicho, nadie les prestaba atención. De todos modos, tuvo ganas de decir: Devuélveme mis cinco de los grandes, timador, y tal vez no te arranque los dientes de plástico de tu boca de lameculos y te los haga tragar...

No obstante el dinero ya había cambiado de manos, y tal vez, sólo tal vez, aquella tecnología jurásica sería capaz de abrir la puerta. Decidió esperar a ver qué ocurría.

El francés conectó mediante un cable el escáner con la parte posterior de su ordenador y después introdujo un disco en una de las ranuras laterales. Pulsó unas teclas, tocó la pantalla y, al cabo de una breve pausa, la palpó de nuevo. A

continuación, con una sonrisa de triunfo, dijo:

—*Voilà!* ¡Entre enseguida, mademoiselle!

—No saldrá bien —musitó Janie—. Borraron toda la programación corneal hace dos años, junto con los registros de las córneas de todo el mundo.

—Ah —repuso el francés con una sonrisa—, pero yo acabo de reintroducir el programa. La base de datos cree que es otra entrada de datos.

—Es imposible que se apoderara de ese programa corneal.

—Tiene razón, por supuesto. Soy un personaje demasiado desagradable para que alguien me lo venda. Sin embargo, no necesité apoderarme de él. Yo fui quien lo creó.

Pocos minutos después, tal como el hombre había prometido, Janie estaba dentro. El pirata consultó su reloj.

—Tiene treinta minutos —le recordó—. *Bon voyage.*

Esta vez fue como visitar el País de las Maravillas, pero Janie no se permitió el lujo de vagar al azar. Habría sido excesivo. Entró el código del segmento genético que Kristina le había enviado y ordenó a Big Dattie que lo localizara. Sería una larga búsqueda entre millones de archivos, y rezó para que desenterrara algo.

Transcurrieron quince preciosos minutos. Taconeó con nerviosismo y se mordió las uñas mientras las líneas de códigos desfilaban en la pantalla en forma de manchas ilegibles. A los dieciséis minutos, apareció un mensaje.

ENCONTRADAS SEIS COINCIDENCIAS

Si obtenían una muestra de tejido de una de las coincidencias, podrían aislar el gen requerido, replicarlo y corregirlo, y volver a introducir el gen alterado en los niños enfermos. Aunque no descubrieran jamás quién había sido el responsable de la alteración, podrían corregirla. Se le aceleró el corazón al pensar que el éxito estaba tan cerca, al menos de una parte de su investigación.

«*Visualiza*», ordenó.

Seis nombres y seis direcciones aparecieron en la pantalla. Después de cada una de las entradas había una gran F roja. Fallecido.

Contempló la pantalla con incredulidad. El corazón le dio un vuelco. Examinó los datos del grupo: dos adultos, un niño, tres adolescentes. ¿Cómo era posible que todos hubieran muerto?

Una pregunta estúpida, una respuesta horrible: la mitad de la población había perecido. Daba la casualidad de que aquellas personas pertenecían a esa mitad. No era imposible desde el punto de vista de las estadísticas. Aun así resultaba desolador y decepcionante. Janie tuvo ganas de llorar, pero en un local como aquél sería como

lanzar una señal para que el perdedor más próximo se acercara e intentara consolarla. Cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas y continuó el trabajo.

¿Sería posible exhumar a alguno de aquellos chicos, si por alguna gracia cósmica no los habían incinerado? Tal vez, pero era una posibilidad muy remota. El salvaje y violento DR SAM había aceptado la invitación que tan a menudo le enviaban adolescentes de manos sucias y narices llenas de mocos y los había devorado con avidez, desde dentro, primero el hígado, después los riñones, luego el diafragma. No obstante, quizá uno de ellos había muerto por otras causas, de algún problema menos trágico que no exigiera la incineración. Tal vez en algún sitio habría un cadáver del que podrían obtener la única célula que necesitaban. Sin embargo, cuando echó un vistazo a los historiales de los seis positivos, confirmó sus sospechas: la causa de la muerte en los seis casos, incluidos los niños, había sido por infección masiva de estafilococos resistentes a los fármacos. No habría ningún cadáver a su disposición.

Intentó algunas cosas que pudieran revelar a un donante, pero todos sus esfuerzos se demostraron inútiles. Lo único que pudo hacer en el tiempo restante fue buscar la información que le había interesado al principio, las pesquisas que había dejado a un lado en favor de la búsqueda infructuosa que acababa de finalizar.

Introdujo los nombres de los quince traumatólogos que había conseguido del AMA. A continuación, pidió a la base de datos que le facilitara una lista de proyectos de alteración genética, pasados y presentes, relacionados de alguna manera con el tejido óseo. Aparecieron varios, incluidos dos de la fundación.

Sacó del bolso un disco virgen para copiar los archivos. Trató de introducirlo en la ranura.

Imposible. Estaba ocupada por el disco de programación del francés. Vaya, vaya, pensó. Otro miembro del Club de Gente Que Olvida Cosas.

Sin embargo era algo demasiado importante para olvidarlo, y una idea sorprendente surgió en su cerebro. Quedó aún más estupefacta cuando la puso en práctica. Por lo visto, el dios de los ordenadores había decidido ayudarla, porque por algún milagroso accidente el disco del programa corneal no estaba protegido contra escritura, de modo que copió los archivos de datos en él. Cuando hubo acabado la tarea, lo retiró, introdujo el disco virgen en la ranura, dejándolo en parte al descubierto, y se guardó el grabado en el bolso.

Su tiempo terminaba ya. Había una cosa más que hacer.

«*Encontrar: Kristina Warger*», ordenó.

Big Dattie comenzó a buscar. Bien, pensó Janie, no habrá demasiadas coincidencias. Será muy fácil.

No obstante, para su asombro y perplejidad, no había ninguna coincidencia. Aparecieron otras sugerencias, en este caso, personas con nombres similares: Elena Warger, Frederick Warger, Harold Warger, Matilda Warger... pero no Kristina.

Desconcertada, cerró el programa. Cuando el francés volvió un minuto antes de la hora pactada, apestaba a whisky escocés.

—Misión cumplida —dijo Jame mientras se levantaba del taburete—. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Tendió una mano para estrechar la del hombre, pero éste la acercó a su cara y la besó con un gesto teatral. Janie quedó petrificada al pensar que los dientes de plástico estaban a escasos milímetros de su piel, pero le dejó hacer, porque no deseaba disgustarle de ninguna manera.

—El placer ha sido mío —repuso el pirata. Echó un vistazo al ordenador y pareció quedar satisfecho con lo que vio—. *Au revoir, mademoiselle*. Tal vez volvamos a encontrarnos.

—*A bientôt, monsieur*. Tal vez.

Janie le dedicó una sonrisa afectuosa y salió del local.

Era lo más cercano al ambiente familiar que Janie había experimentado en años. Ahora había muchas familias mixtas, por ejemplo, un padre con hijos supervivientes que se juntaba con otro para sumar fuerzas, y así se formaba una nueva unidad, a veces más por necesidad que por deseo. Janie recordaba los libros de autoayuda con consejos sobre cómo estructurar nuevas familias nacidas del divorcio. Habían sido muy populares a finales de los noventa, pero ya no servían de gran cosa, pues ahora el problema principal no era la ira, sino el dolor.

Tom trajinaba en la cocina mientras Janie y Kristina trabajaban con el ordenador, haciendo algo que recordaba de una forma extraña a los deberes. El abogado les había concedido permiso para que le usurparan su estudio, pero Janie pensaba que no se sentía invadido. De hecho hasta parecía contento de que estuvieran allí. Estaba sorprendida de lo bien que se llevaban Tom y Kristina desde que los había presentado. Daba la impresión de que él comprendía muy bien a la joven. Contaba con la ventaja de los comentarios de Janie, pero eso no bastaba para explicar su afinidad casi instantánea. Analizaban la información sobre los traumatólogos con la intención de reducir la lista a un par de nombres, pero no conseguían avanzar. Cuando ya llevaban una hora, Kristina se reclinó en la silla y se masajeó la frente.

—Ni paciente cero, ni traumatólogo, ni coincidencia genética.

—Tiene que haber otro sitio donde podamos buscar esa coincidencia —afirmó Janie—. Hemos de reflexionar. Sé que estamos pasando por alto algo muy importante. Tendremos que repasar lo que sabemos sobre esos chicos hasta que algo nos llame la atención.

—La mayoría son de Nueva York. Todos tienen la misma edad. Todos fueron a este campamento en particular.

—Todos son de ascendencia judía europea.

—Si hubiera algo, algo obtenido de una coincidencia que pudiéramos utilizar para reunir un par de células —dijo Kristina—, un diente de leche, un cabello, sudor o un trozo de uña, algo que contuviera un rastro de ADN... Dios, ¿cómo se lo explicaríamos a sus parientes, si quedara alguno...?

—Espera un momento. Repítelo de nuevo, con menos palabras.

—Necesitamos algo que contenga un rastro de ADN de uno de esos chicos.

—O de alguien que posea el gen apropiado. —Janie se arrellanó en la silla con expresión de perplejidad—. Oh, Dios mío —musitó—, no puedo creer en lo que estoy pensando.

Marcó en su teléfono el número del Depósito de Libros Hebreos.

Veinticinco

Isabel ordenó al mayordomo de su marido que se presentara a primera hora de la mañana en sus aposentos y recluyó a sus criadas en la antecámara durante su visita. Era una invitación poco habitual para alguien que atendía en exclusiva a un caballero y apenas entraba en los aposentos de una dama. Ni siquiera podía imaginar las intenciones de la señora.

—Seré breve —dijo Isabel— para evitar que lenguas viperinas murmuren acerca de una mujer que se encierra en su *chambre* con el criado de su mando... Mi médico, el doctor Hernández, me ha informado de que De Chauillac está preocupado por la salud de mi marido.

El mayordomo compuso una expresión de inquietud.

—Oh, no se encuentra en un peligro inmediato, pero esos dos hombres, sabios y expertos, lo han examinado en numerosas ocasiones y han coincidido en que, para contener su gota y detener la progresión del humor impuro que ha ocasionado tantos dolores a su pobre dedo, es preciso tomar ciertas precauciones.

—Enumeradlas, madame. Me encargaré de tomarlas todas al punto.

—Bien. Sabía que podía contar con vuestra colaboración... y con vuestra discreción. Sus problemas de salud han afectado a nuestra relación matrimonial, y sólo su mejoría la restablecerá. En cualquier caso, lo más importante y primordial es que tome más aire. En este punto, los médicos se han mostrado categóricos. A tal fin, he ordenado al mozo de cuadras que traiga su caballo favorito poco antes de mediodía, además de otro para vos. Os encargaréis de que dé un buen paseo junto al río y que se prolongue durante dos o tres horas, cuando menos. Yo también necesito tomar más aire, pero no durante tanto rato; tal vez una hora o poco más. En consecuencia, iré a un jardín con una de mis damas, escoltada, por supuesto.

—Señora, no me cabe duda de que al príncipe le preocupará vuestra vulnerabilidad.

—No seré vulnerable, y él no protestará. Debe obedecer las estrictas órdenes de sus médicos, al igual que yo. Dentro de un momento le comunicaré estas nuevas, pero consideré que debía avisaros antes con el fin de que no os sorprendierais si os requería para este paseo. Según nuestros médicos, las mejores horas del día son las posteriores a mediodía. Ha de aprovecharlas. Encargaos de que uno de sus caballeros más fornidos os acompañe para que no exista la menor posibilidad de que sufráis algún acto violento; es cosa muy frecuente en París últimamente.

Por la mañana, Kate se despidió, con lágrimas en los ojos, de Marie, que casi

había llegado a ser como una hermana para ella. Se abrazaron, murmuraron palabras de afecto y prometieron que se recordarían hasta el fin de sus días. Después, mientras la veía salir con Karle por la misma puerta del sótano que habían utilizado para entrar la primera vez, la criada acarició la moneda que Kate le había entregado, el precio de un camisón cortado a tiras y unos metros de cuerda, y pensó que era una hermana que hasta una princesa desearía. Cargados una vez más con sus posesiones, atravesaron París con lentitud, pero alentados por su propósito. Cuando el día terminara, si no se presentaban complicaciones, se encontrarían fuera de los muros de la ciudad, en plena campiña, en busca de un cuartel general donde planearían la batalla inminente. Codo con codo, avanzaron plenamente embargados por la esperanza y la inquietud.

Alejandro embutió todo cuanto pudo en los bolsillos y ranuras de su ropa para dejar sitio en su bolsa al manuscrito de Abraham. Durante toda la noche había meditado sobre el peligro de llevarlo consigo. Entrañaba graves riesgos debido a su tamaño, su forma característica y el peso de su cubierta de latón. En cuanto al papiro, apenas pesaba. Reflexionó sobre esto durante unos momentos, lo que supuso una agradable distracción de sus otras preocupaciones. Al cabo de varios minutos, llegó a la conclusión de que ningún objeto visible carecía de peso y continuó llenando su bolsa, firme en su creencia de que abandonar el libro sería un sacrilegio contra Abraham y sus ancestros.

Una hora antes de mediodía, se oyó en toda la casa el sonido de la campana. Pocos momentos después captó los pasos de Guy de Chauliac, que subía por la escalera. El francés entró en la habitación sin molestarse en llamar y se desplomó en una silla.

—Está pálida de nuevo. ¿Es que no podéis transmitir un poco de color a las mejillas de esa mujer, para que podamos trabajar un día sin que nos interrumpa?

—Sólo hay una forma segura de conseguirlo: pellizcárselas. Sin embargo dudo de que acepte ese consejo.

Se quejará al delfín. Aunque sus lamentos no me hagan sufrir, vos sí los padeceréis, colega.

—¡Maldigo el día en que invité a Chaucer a cenar con nosotros!

—Oh, sed caritativo, De Chauliac. No se puede matar al mensajero.

—Me gustaría matar a este mensajero en particular.

—Privaríamos al mundo de un joven muy inteligente.

—No es más que un paje. El mundo no le echaría de menos. Sin embargo, yo echo en falta la paz de mis días. Quiere que vayamos al instante. Chaucer nos espera en el vestíbulo.

Alejandro secó su pluma y cerró con todo cuidado el volumen.

—Permitid que me refresque un momento, y partiremos sin más dilación. Decidle que sólo tardaré un momento.

De Chauliac se levantó con parsimonia, como si le dolieran los huesos, y Alejandro reparó por primera vez en las arrugas que surcaban su frente.

—Os esperaré en el vestíbulo.

Desapareció por el pasillo apenas alumbrado.

Alejandro metió a toda prisa el manuscrito en la bolsa, pero no cabía del todo. No había sitio en sus bolsillos para la botella de agua sulfurosa, de modo que la guardó a regañadientes en un cajón de la mesa. Por fin consiguió introducir el libro en la bolsa y la cerró. Tras echar un último vistazo a la ventana, salió de la habitación y rezó para que fuera la última vez.

Chaucer asintió para sí, inclinó la cabeza hacia la derecha, y Alejandro comprendió que el mensaje había sido enviado y el plan aceptado.

El grupo de cinco personas abandonó la mansión poco después de mediodía y se abrió paso entre los transeúntes. Avanzaron despacio, porque era día de mercado y, si bien los víveres escaseaban y los precios eran altos, mucha gente había salido a ver qué podía comprar. La mayoría volvía a casa decepcionada. El paso lento no molestaba a Alejandro, porque su corazón anhelaba los acontecimientos que pronto se desencadenarían. Chaucer parecía muy contento. Claro, pensó Alejandro, cree que todo forma parte de una conspiración amorosa, una simple añagaza para reunir en la intimidad a un español exótico y a una noble de la Isla Verde.

—Parecéis preocupado, médico —observó el muchacho—. ¿Teméis que la dama no esté cuando lleguéis?

—Oh, no. He depositado toda mi fe en ella. Sólo padezco por la intervención de Karle, porque es la clave del éxito del plan.

Chaucer lanzó una risita.

—Yo también me sentiría inquieto, si mi suerte dependiera de un hombre casado con una mujer joven y cautivadora, que tal vez le distraiga de sus tareas.

Alejandro frenó su caballo.

—¿Mujer? —susurró—. No sabía que estaba casado.

—Tampoco su tío —explicó Chaucer—. Lo ha mantenido en secreto, aunque ignoro los motivos. La vi cuando entregué vuestro mensaje. Es una joven bonita de cabello dorado y ojos azulísimos, y por un momento pensé que era la viva imagen de mi señor Lionel. Se lo dije cuando hablamos, y ella pareció ofenderse.

El caballo de Alejandro estaba casi inmóvil. Chaucer se le había adelantado un poco, porque no deseaba alarmar a los guardias.

—No retengáis a vuestro animal, médico, o estropearéis el plan. Adelantadme, tal

como habíamos planeado.

Pese a su repentino desconcierto, Alejandro obedeció y, al cabo de un momento, cabalgaba delante del paje.

—El lugar de la cita se encuentra al doblar la curva —oyó que susurraba el muchacho.

Alejandro olvidó su desdicha y clavó la vista en el frente. Entre la muchedumbre distinguió a varios hombres que podían ser Karle, pero se le antojó imposible identificarle. Debía esperar a que Karle revelara su identidad y, después, reaccionar con la mayor celeridad posible. Su sangre corrió por las venas con más rapidez, y el sudor perló su frente. Escrutó a la multitud con nerviosismo. El sonido de voces humanas y cascos de caballos, el cloqueo de las aves, los ladridos de los perros, todos los ruidos se mezclaron en un solo fragor, y apenas oyó el grito de Karle:

—¡Alejandro!

Se volvió en dirección a la voz y vio a un tullido cubierto de vendajes casi de pies a cabeza, que agitaba una muleta, envuelta con tela blanca. Al cabo de un segundo, la envoltura desapareció y la muleta se convirtió en una espada. Karle sujetó las riendas de su caballo y le arrastró entre el gentío, que se apartaba al ver que blandía el acero sobre su cabeza como si fuera el mismísimo diablo.

Chaucer interpuso su caballo entre los guardias y los fugitivos al tiempo que aparentaba la mayor perplejidad posible. Bloqueó el camino de aquéllos con suma eficacia, hasta que uno consiguió zafarse y perseguir a Alejandro.

—¡Rapto! —exclamaba—. ¡Secuestro! Detenedles...

Consiguió acercarse a la montura de Alejandro hasta el punto de apoderarse de la alforja, y por un momento la caravana de caballos, encabezada por el supuesto tullido, quedó trabada en un equilibrio de tirones. Karle siguió adelante, pero el guardia no cejó.

—¡Cortad la alforja! —ordenó Karle.

Alejandro le miró. Se volvió hacia el guardia, que había colocado su mano libre en el pomo de la espada.

Fue una decisión penosa, pero a la postre prudente. Era su vida o el conocimiento. Eligió la supervivencia. Liberó la alforja que albergaba el precioso manuscrito de la cuerda que la ataba, y el guardia quedó rezagado, abrazado a la bolsa, mientras la muchedumbre le rodeaba.

Karle le guio por callejuelas estrechas, y los transeúntes con quienes se cruzaban quedaban admirados al ver a un tullido envuelto en vendajes arrastrar el caballo. Alejandro se desprendió de sus ropas externas con el fin de no llamar la atención.

Por fin, falto de aliento, Karle dejó de correr. Miró hacia atrás.

—Al doblar la esquina —anunció entre jadeos.

Alejandro asintió. Cuando pasaron el siguiente recodo, Karle abrió una puerta de madera y guio el caballo al interior de una casa cuyo señor había marchado a la guerra, no sin antes tomar la precaución de enviar a su mujer e hijos al sur. Tras un árbol, para que no la vieran desde la calle, aguardaba Kate.

—*Père!* —exclamó al salir de su escondite. Corrió sobre los adoquines del patio y se precipitó en los brazos de Alejandro, en tanto que Karle cerraba el portal.

Mientras la estrechaba, cada minuto del tiempo que habían pasado juntos desfiló por la mente de Alejandro, desde el momento en que habían pisado el barco que les conduciría a Francia hasta la última vez que la había visto, detrás de la casa donde Karle les había encontrado. La soltó por fin, la alejó de sí y escudriñó sus ojos. Eran del mismo azul brillante, aunque lágrimas de alegría los inundaban. Acarició su cabello, le tocó la mejilla y percibió su calor familiar. La miró de arriba abajo, deshecho en lágrimas.

—Estás bien, gracias a Dios. A tu dios. Al mío. A todos los dioses que han existido y existirán.

Se abrazaron de nuevo, padre e hija reunidos por fin.

Una vez sujeto el caballo, Karle se desembarazó de sus harapos y se situó detrás de Kate, ansioso por estrechar la mano de su cómplice.

—Alabados sean todos los dioses, médico. Pensábamos que nunca...

De repente el médico, a quien acababa de salvar, saltó sobre él como un oso, lo arrojó contra un muro y empezó a asestarle puñetazos. Kate se abalanzó sobre Alejandro y le clavó las uñas en la espalda.

—*Pere!* Santo Dios. No sabe lo que hace, Karle... Temo que haya enloquecido.

Entretanto Alejandro vociferaba:

—¡Esposa! ¡La llamáis vuestra esposa! ¡Os darán la bienvenida en vuestro infierno cristiano antes de que haya terminado con vos!

Por fin Kate consiguió separarles, y cuando Alejandro vio su tierno rostro se detuvo. Kate le cogió la mano, la acercó a su cara y besó los nudillos ensangrentados al tiempo que sollozaba.

—*Père, oh, père,* ¿qué te han contado?

—Estos trapos han demostrado ser una inteligente inversión —dijo Kate mientras secaba la sangre de la cara de Guillaume Karle. Escupió en el que sostenía y le frotó la frente con ternura. El francés se encogió de dolor cuando la joven pasó el paño sobre un largo corte producido por el puño iracundo de Alejandro; la marca del anillo de la condesa Isabel había quedado grabada en su mejilla.

El judío miraba a Kate con perplejidad mientras ésta atendía al cristiano, el bribón a cuyo cuidado la había entregado, el rebelde del cual cuidaba ella ahora. Se comporta como una esposa, observó Alejandro con una punzada de dolor casi mortal.

Y había transcurrido muy poco tiempo, apenas unas semanas... Lo cierto era que no podía precisar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían visto; en todo caso, el suficiente para que aprendiera a querer a ese hombre y para que él la amara. Demasiado tiempo para que él, el padre, tuviera derecho a decir: «*Quédate conmigo, hija, porque soy tu padre y tu guardián*». Kate había aprendido a cuidarse y a entregarse. Él no había podido impedirlo y ahora, por lo visto, ya era demasiado tarde.

Libre de nuevo, lejos de la presencia de Guy de Chauliac por primera vez desde lo que se le antojaba una eternidad, sólo podía pensar en matar al hombre que le había rescatado por ofensas imaginarias contra su hija, que parecía mucho más ofendida por su comportamiento que por el de Karle.

Una vez curadas las heridas de Karle, Kate se volvió hacia Alejandro y le miró las manos.

—¿En qué estarías pensando, *pere*? Has estado a punto de lastimarte las manos... tan maravillosas, tan diestras.

—Estaba imaginando a mi hija en los brazos de un rufián.

—No es un rufián, *pere*, lo sabes bien. De lo contrario, ¿me habrías confiado a él?

—Has de comprender, niña, que todos los hombres que te miran me parecen rufianes, incluso animales, y nada más.

Kate le secó la sangre de los nudillos con suma ternura.

—Ya no soy una niña, *pere*. ¿Debo repetirlo de nuevo? Siento mi infancia a miles de años de distancia. Si confiaste en Karle entonces, has de confiar en él ahora.

¿Debo?, se preguntó Alejandro. ¿Es la única solución? Pensó en una forma de explicárselo a Kate. ¿Vas a decantarte por uno u otro? Y si te vieras obligada a elegir, ¿te irías con él y me abandonarías?

Observó cómo Kate le curaba sus dedos con toda la habilidad y delicadeza que le había enseñado. Sus manos ya no eran regordetas como las de una niña, sino fuertes y esbeltas como las de una mujer. Proyectaba una especie de felicidad y paz interior que nunca había apreciado en ella; claro que, se dijo, nunca había amado a un hombre de aquella manera.

Algo innegable ya en aquel momento.

—Entonces ¿ha cuidado bien de ti?

—Más de lo que te imaginas.

Más de lo que prefiero saber.

Cuando por fin adoptaron la apariencia de ciudadanos corrientes y curaron las heridas abiertas entre ellos, decidieron que lo mejor sería abandonar París cuanto antes. Antes del anochecer, si era posible.

—Pero existe una dificultad: no puedo recuperar mi caballo —dijo Alejandro—.

No tengo con qué pagar. De Chauillac se quedó mi oro.

—No he gastado casi nada del oro que me disteis, médico —explicó Karle. Buscó en su bolsillo y sacó la bolsa, que se apresuró a entregar, como si la demostración de su celo pudiera redimirle a los ojos de Alejandro.

De hecho, así fue.

—Estupendo, Karle —dijo el judío mientras contaba las monedas—. ¿Y vuestros caballos?

Karle fue a buscar el corcel que Alejandro había montado y lo inspeccionó. Acarició su largo cuello y examinó sus cascos.

—Parece un animal decente, y el mozo de cuerdas de Guy de Chauillac le ha cuidado bien. Podría cargar con dos personas. —Miró a Alejandro—. Opino que deberíamos recuperar vuestra montura y abandonar las demás. Kate montará... —se interrumpió, pues había estado a punto de decir «conmigo», pero terminó la frase de una manera diferente— con uno de los dos. Aún nos quedarán algunas monedas para satisfacer otras necesidades.

—Un plan muy sensato —admitió Alejandro. Exhaló un profundo suspiro—. Por primera vez en mi vida, me encuentro en la pobreza. —Miró a Kate y Karle—. Siempre he administrado mi fortuna como si fuera pobre, pero el consuelo de contar con ella nunca me ha abandonado. Ahora es diferente. No sé qué deberíamos hacer. —Se volvió hacia Kate y le dedicó una sonrisa de disculpa—. Lo lamento, hija. Siempre he procurado cuidarte bien.

—Lo has hecho, *père*. Nunca seremos pobres en conocimientos.

—Sin embargo no podremos alimentarnos con ellos.

—No será necesario, porque nunca conoceremos una privación tan terrible. Estoy segura.

Karle les interrumpió y señaló el cielo para indicar que el sol estaba a punto de ocultarse.

—El consejo de este pobre hombre es que abandonemos París antes de que anochezca.

Geoffrey Chaucer, de pie ante la colérica condesa Isabel, proclamó su inocencia a voz en grito.

—¡Os suplico que me creáis, madame! ¡Su perverso plan me engañó más que a vos!

Estaba abrumado de vergüenza y humillación; el joven loco había sido manipulado por un hombre astuto e inteligente, acostumbrado a los usos mundanos.

Chaucer recibió la reprimenda en la habitación de la condesa, entre el frenético ir y venir de las amas de llaves, porque cuando la frustrada Isabel había regresado, hecha una furia, de su fracasada cita en la roaleda del delfín, había ordenado de

inmediato la revocación de todos los cambios que Alejandro había sugerido por el bien de su salud y de su familia. «*¡Trae mi colcha de armiño, malditas sean todas las pulgas!* —había indicado a la doncella—. *No quiero acordarme de él. Y di al cocinero que prepare los manjares más suculentos. Ya no seguiremos esa dieta tan repugnante*».

Pese a toda aquella actividad, Chaucer encontró el momento para decir a la condesa:

—Creo que su afecto por vos era auténtico. Al menos, eso me comentó, pero necesitaba escapar, y vos le proporcionasteis la oportunidad. Estoy seguro de que se sentirá muy agradecido.

Isabel volvió la cara para ocultar sus lágrimas.

—Sois muy amable, joven. Confío en que tengáis razón. De lo contrario, haré todo cuanto esté en mi mano para que le arranquen el corazón.

El caballo estaba más flaco de lo que había esperado, aunque seguía siendo robusto. Lo habían cuidado bien, de manera que Alejandro pagó al hombre la cantidad acordada y recobró la posesión del animal. La transacción casi agotó sus reservas de oro, pero no podían pasar con menos de dos caballos.

Susurró palabras cariñosas en los oídos del corcel con la esperanza de que el animal le recordara, como así pareció. Montó, se acomodó en la silla y después tendió la mano para ayudar a Kate a subir.

La joven no la cogió, sino que miró hacia el caballo que montaba Karle.

—Me parece que tu cabalgadura está demasiado delgada para cargar con dos jinetes —comentó a Alejandro—. Dejemos que engorde un poco más. Iré con Karle.

Antes de que el médico pudiera protestar, saltó detrás de Karle y se apretó contra su espalda como si conociera todas sus curvas. Le rodeó con los brazos la cintura, tal vez con excesivo entusiasmo, y cuando apoyó la cabeza contra su hombro manifestó una alegría exagerada.

Mientras Alejandro seguía a Karle por la ruta que les llevaría hacia el norte, el corazón le dio un vuelco. Le pesaba demasiado dentro del pecho.

Veintiséis

El restaurante donde Myra Ross y Janie se encontraron por la mañana ocupaba toda la planta alta de un antiguo almacén, situado en una calle lateral de la plaza principal.

Clientes vestidos con elegancia estaba sentados ante manteles de colores pastel y tazas de porcelana blanca, mientras camareros ataviados de blanco y negro flotaban de grupo en grupo con cafeteras humeantes. La luz amarillenta de la mañana se derramaba por los ventanales del local, que llegaban desde el suelo hasta el techo, y todo el lugar resplandecía con los sonidos y olores del desayuno.

Ninguno de ellos neutralizaba los susurros ansiosos ni las expresiones de nerviosismo. La preocupación se palpaba en el aire.

Janie entró como una exhalación, con cierto retraso, y encontró a la conservadora ya instalada en una mesa situada junto a un ventanal.

—Parece un poco inquieta, querida —observó Myra cuando Janie se sentó.

—Lo estoy —confirmó Janie entre jadeos. Cuando por fin se acomodó, dirigió a Myra una mirada algo alterada—. Suelo detestar que me llamen «querida», pero debo admitir que hoy ha sonado muy bien.

Myra sonrió.

—Le aseguro que es una costumbre de mi generación, de modo que no se ofenda. Intentaré reprimirme cuando hable con usted. —Bebió un sorbo de agua—. Bien, debo decir que su invitación a desayunar fue de lo más inesperada. —Se inclinó para susurrar—: Tal vez quiera explicarme cómo debo tomarme su invitación.

—Lo sé —murmuró Janie a su vez, aunque no sabía muy bien por qué—. Fue un poco precipitada, pero le ruego que me disculpe. Mi vida se ha complicado un poco últimamente. —Respiró hondo y empezó a contar sus cuitas—. Alguien prendió fuego a mi casa...

La conservadora enlazó las manos.

—¡Santo Dios! ¡Es espantoso! ¿Ha quedado destruida... por completo?

Janie asintió.

—Para colmo de males, ocurrió mientras estaba en un viaje que significaba mucho para mí y tuve que volver antes de lo previsto. No terminé la gestión que pensaba hacer.

—Bien, en vista de lo ocurrido, hizo bien en regresar. Su casa...

—En cualquier caso —interrumpió Janie para cambiar de tema—, no tenía muchas ganas de hablar por teléfono. Por eso fui tan brusca.

Myra le apretó la mano.

—Es una noticia horrible. Gracias a Dios que no estaba en casa en aquel momento. Podría haber muerto. Sobrevivir al DR SAM y morir en un incendio...

—Sí. ¿A que habría sido cojonudo?

—Habría perdido todas sus cosas... ¿Cómo puede estar tan serena? Yo estaría histérica.

—No estoy tan serena, ni por asomo.

—Y está segura de que no fue un accidente... ¿Alguien la quemó intencionadamente?

—Eso parece. Alguien desea complicarme la vida... en todos sus aspectos.

—¿Por qué?

—Porque, al parecer, el trabajo que realizo ha tocado algún punto sensible. No sé cuál. Da la impresión de que mi némesis sabe lo que hago y cuándo.

Paseó alrededor una mirada nerviosa, una costumbre recién adquirida que empezaba a molestarla. Myra la imitó.

—No creerá que la siguen o espían, ¿verdad? —dijo Myra cuando sus miradas se encontraron.

—Tal vez. Tengo la impresión de que no paran de pasarme cosas extrañas. Tal vez me he vuelto paranoica. No obstante, sí sé algo: estoy tan confusa como siempre.

El camarero apareció con café. Tanto Myra como Janie asintieron. Después de llenar las tazas, el camarero se alejó.

—Y encima, de pronto me encuentro con dos hombres.

Myra enarcó las cejas.

—¿Dos? Bueno. Creo que en eso no podré ayudarla.

—No sé si alguien podría.

—Oh, estoy segura de que alguien sabe cómo manejar a dos hombres a la vez, pero yo no. Con uno ya tuve bastante; demasiado, en ocasiones. Cuando tenía hombres, o sea, y me refiero a un hombre. Dio la impresión de que se replegaba en la melancolía por un brevísimo instante, y Janie esperó a que la expresión nostálgica se disipara.

—La situación se arreglará de una forma u otra, estoy segura. En todo caso no quería verla por eso.

—¿Hay algún problema con su diario?

—No. Nada ha cambiado al respecto, pero de algún modo guarda relación con el motivo de nuestro encuentro. —Exhaló un suspiro de cansancio y cerró los ojos un momento—. Necesito con absoluta desesperación un poco de cordura, y este lugar es... especial para mí. Aquí vine la última vez que llevé a mi madre a desayunar.

—Lo siento —dijo Myra—. Todos hemos perdido a alguien querido. Cuando rememoro estos últimos años, creo que soy feliz por estar viva.

—Yo también.

Llegaron los menús. Una camarera aportó sus sugerencias, y las dos mujeres eligieron enseguida.

—He de pedirle un favor —anunció Janie cuando la camarera se alejó.

Myra se reclinó en su silla.

—Ya suponía que no me invitaba por el placer de mi compañía.

Janie forzó una risita.

—Su sinceridad es... alentadora.

—Muy amable, teniendo en cuenta lo que podría haber dicho. Continúe, por favor.

Janie le habló de la extraña enfermedad de Abraham Prives, y experimentó un gran consuelo al revelar el misterio que la rodeaba. Cuando terminó, Myra guardó silencio durante unos minutos.

—Es muy preocupante —dijo por fin.

—Sí. Y sólo le he hablado de los chicos que hemos localizado.

—Pobres chicos, y pobres madres.

—Sí. Sólo conozco a una de las madres, y es muy valiente, pero debe de ser terrible para ella. No he preguntado al resto del... personal cómo lo llevan los demás padres, pero sospecho que no sería un informe muy bonito.

—No, desde luego. Estaría lleno de expresiones de incredulidad y horror.

—Supongo que prefiero no saberlo por eso.

—¿Se puede hacer algo?

—Hay gente trabajando en ello, sobre todo una joven especializada en genética, una experta, que dedica todo su tiempo a este problema.

—Es como si se hubiera reproducido la enfermedad de Tay-Sachs^[6] —dijo Myra.

—Peor, me parece.

—Esa mujer, la experta, ¿es judía?

Janie no se había molestado en reflexionar al respecto. Había otros aspectos de Kristina que la intrigaban mucho más.

—Nunca se lo he preguntado —contestó—. Se apellida Warger. Yo diría que es de ascendencia celta; cabello rubio, ojos azules, alta y esbelta.

—No; no lo parece, aunque en estos tiempos nunca se sabe. Cuando era niña, todo era diferente. Todos sabíamos quiénes éramos. ¿Es buena?

Janie no supo qué responder.

—Siempre hay diferentes definiciones de «buena» en situaciones como ésta, pero le aseguro que es brillante, innovadora y lúcida. Tiene algunas... peculiaridades, pero su trabajo parece muy minucioso.

—Una tarea como ésta exige el mejor personal disponible.

—Ahí reside el problema —repuso Janie—. El que precisa su ayuda. Nos falta una pieza del rompecabezas, y muy importante. Si Einstein se ocupara de este trabajo y careciera de determinado material, fracasaría.

—¿Existe alguna posibilidad de que puedan obtenerlo?

—Lo hemos intentado, pero hasta el momento la suerte no nos ha sonreído.

—Parece una empresa casi desesperada.

—Odio admitirlo, pero tengo esa sensación. —Janie permaneció en silencio, como si necesitara aclarar sus ideas, cuando en realidad estaba haciendo acopio de valor—. Esa joven y yo trabajamos juntas anoche, nos devanamos los sesos en busca de una solución al problema, y se me ocurrió una idea. Dos, en realidad. —Bebió un poco de agua para refrescarse la boca, que sentía algodonosa y seca—. Nos interesa obtener la fuente de cierto segmento diminuto de un gen. De un donante. Vivo o muerto, da igual. El pueblo con más posibilidades de ser portador de este gen es el judío. Hemos investigado a fondo en... ciertas bases de datos donde pensábamos encontrarlo, pero no fue así. Entonces caí en la cuenta de que en otros países debe de haber un montón de judíos que no han registrado su material genético. Supongo que, si tuviera sus motivaciones, haría cualquier cosa por evitarlo.

—Se refiere a los supervivientes del Holocausto y sus familias, por supuesto —conjeturó Myra, con voz monótona, casi desprovista de emociones.

—Exacto. En su mayoría son de origen europeo, lo que significa que existen más posibilidades de encontrar a alguien, porque la mayor parte de nuestros chicos lo son.

Myra suspiró.

—Sé muy poco de genética, pero esto sí lo sé, porque ha sido un motivo de gran preocupación para algunos judíos bien informados. —Myra sonrió—. Existe un buen número. La población de judíos europeos quedó tan diezmada por el Holocausto, y después por las epidemias, que la reserva genética se ha reducido hasta un punto muy peligroso, según afirman algunos. Ignoro con exactitud a qué se refieren. Lo cierto es que todo esto me resulta muy aterrador, porque ha conducido a discusiones bastante inquietantes. Se ha planteado la hipótesis de analizar a posibles consortes, en un programa organizado, con el fin de que los rasgos genéticos potenciados que padecemos no se transmitan a las generaciones posteriores y nos debiliten. Tay-Sachs, la propensión al cáncer de ovarios y pecho... podrían destruirnos con mayor eficacia de la que Hitler soñó.

—No sabía nada de eso —reconoció Janie.

—No me extraña. Se lleva con mucha discreción. Confío en que no lo propagará.

Myra le dirigió una mirada inequívoca de advertencia, y Janie comprendió que, por su bien, debía seguir el consejo al pie de la letra. Asintió.

—Por una parte —añadió Myra—, albergamos un miedo razonable a que nos alteren y, por otra, tenemos mucho que perder si no nos alteran. La discusión se encrespa. La iniciaron los científicos, pero se ha trasladado a los rabinos y los eruditos, y en este momento se encuentra un poco estancada. Algunas personas muy sabias opinan que deberíamos hacer todo lo posible por preservar y mejorar la calidad

de nuestra población, mientras que otras, igualmente sabias, aseguran que deberíamos dejarlo todo en manos de Dios.

—Hay argumentos en favor de ambos enfoques —afirmó Janie con tono filosófico—. La naturaleza siempre descubre una forma de hacer lo que es necesario, con independencia de lo que nosotros opinemos al respecto. Así son las cosas. En este momento usted y yo estaríamos huyendo de los dinosaurios, para no morir aplastadas bajo sus pies, si las cosas hubieran sido un poco diferentes.

—Siempre estoy huyendo de un dinosaurio u otro —repuso Myra—. Es una condición de nuestros tiempos, me parece.

—Una condición universal —admitió Janie con una risita. Enseguida recobró la seriedad—. Sin embargo, la biodiversidad es la clave de la supervivencia de cualquier especie, y si la única forma de crearla o preservarla es la introducción artificial de rasgos genéticos beneficiosos, o la eliminación de los defectuosos, yo lo apruebo.

Myra guardó silencio.

—Y yo también, en teoría —concedió por fin—, pero me temo que la teoría, por noble que sea, no facilitará su investigación. La gran mayoría de los antiguos judíos europeos viven aquí, si no en Israel. Estoy segura de que casi todos constan en esa «cierta base de datos» a que se refirió antes. Nada, ni siquiera unos niños enfermos, logrará que los israelíes le permitan investigar, y olvídense de los piratas informáticos. Ni se le ocurra recurrir a uno. Ni siquiera Dios podría entrar en esa base de datos, se lo aseguro.

Janie no dudó de que Myra estaba en lo cierto, pero era decepcionante, y suspiró con tristeza.

—Siento disgustarla, pero piense en lo que ocurrió la última vez que esa gente se puso en fila para conseguir número, y lo comprenderá —agregó Myra. Dejó que la tétrica imagen se consolidara—. Tal vez quiera hablarme ahora de su otra idea.

Janie reflexionó y luego meneó la cabeza.

—En este momento se me antoja casi una estupidez. Debía de estar muy desesperada cuando me la planteé.

—Adelante. La desesperación es algo que comprendo muy bien.

Janie carraspeó.

—Le parecerá un disparate.

—No sería la primera persona que ha tenido una idea disparatada.

—De acuerdo, pero no se ría, por favor. Quiero analizar el diario... para encontrar material genético antiguo.

Las cejas perfiladas de Myra se enarcaron en señal de sorpresa.

—Bien, no voy a reír, pero es un disparate.

—Alejandro era un judío europeo, y es muy posible que poseyera la secuencia que buscamos. Debió de dejar algo de sí en ese diario.

—Bueno, le pertenece. ¿Por qué no lo coge y lo analiza? No necesita mi permiso, ni mi ayuda.

—Se equivoca. Necesito su colaboración. Las listas de espera para la secuenciación son largas, a menos que existan motivos oficiales para apresurarla. De pronto la policía biológica se encuentra muy... ocupada.

Ambas sabían por qué. Guardaron silencio, absortas en sus pensamientos.

—No puedo explicar esto a ninguna autoridad sin tener que proporcionar un montón de información —dijo Janie por fin—, parte de la cual podría incitar al que quemó mi casa a ponerse todavía más desagradable.

—Shhh, no diga esas cosas.

—Ni siquiera quiero pensar en ellas, pero debo hacerlo. Tengo un buen amigo en la policía y me ha contado que, si el diario estuviera implicado en algún delito, cualquier cosa que se encontrara en él podría ser secuenciada por el equipo de la policía, y al instante, ya que sería susceptible de ser utilizado como prueba en una investigación criminal, lo que lo traslada a otra lista de espera. Basta con que usted informe de un fallo en la seguridad y advierta de que alguien de «aspecto sospechoso» tocó el diario. Reunirán pruebas, y después mi amigo me entregará los resultados. Conseguiré lo que necesito sin revelar a nadie que investigo el asunto. Muy sencillo.

—No creo que sea tan sencillo. ¿Y si le ocurre algo al diario?

—No sufrirá ningún daño. Traerán el equipo, obtendrán las muestras, con mucho cuidado, sin necesidad de sacarlo del depósito. Además, ahora está asegurado, ¿verdad?

—Pero no por todo su valor —musitó Myra tras un breve silencio.

—¿No me dijo que lo había asegurado por doscientos cincuenta mil dólares?

—Sí, pero los cálculos de su valor empiezan a llegarnos ahora, y es más elevado que esa cantidad.

Janie se obligó a enlazar las manos con calma sobre su regazo.

—Tal vez sea mejor que me diga el montante.

Myra dejó el tenedor y la miró a los ojos.

—¿Qué le parecen ochocientos mil?

—Oh, Dios mío.

—Si no le gusta esa cifra, tenemos otra: un millón cien mil dólares.

Janie estuvo a punto de atragantarse.

—Es increíble.

—Bien, será mejor que lo crea. Son opiniones de expertos. Como apoyo lo que usted intenta hacer, deseo ayudarla en esta pequeña aventura. Preferiría que me pidiera otra clase de ayuda, pero si decide seguir adelante... con esta locura que se le ha metido en la cabeza, a la que tiene todo el derecho del mundo, por supuesto, creo

que debería ir con mucho cuidado.

Era un consejo inteligente.

—Lo haré —la tranquilizó Janie.

Al final del desayuno, mientras aguardaba la cuenta, Janie comentó a Myra:

—Quiero darle las gracias por reunirse conmigo. Sé que la conversación no ha sido muy agradable, pero me ha ayudado mucho. Casi me ha recordado la última vez que estuve aquí con mi madre.

—Una frase muy bonita, querida. —Myra apartó la vista un momento y, cuando la miró de nuevo, sus ojos estaban húmedos—. Fue una suerte que encontrara este bonito lugar para estar con ella —susurró.

—Lo sé.

—Yo casi no me acuerdo de la última vez que comí con mi madre. Era muy pequeña. Estábamos en Auschwitz. —Recuperó la compostura, sonrió y se secó los labios con la servilleta—. Pero sí recuerdo que no comí bien.

Janie contó los timbrazos con nerviosismo. Cuando Michael contestó por fin al teléfono, casi le ametralló a preguntas.

—¡Calma! —exclamó el policía—. Todo ha ido bien. El detective que atendió a la llamada comentó que la señora era muy profesional y colaboradora, incluso servicial. Por lo general, los civiles son un coñazo.

—Bueno, la preparé con mucho cuidado. Supongo que funcionó. —Dudó un momento y se mordisqueó el labio—. Bien, ¿qué habéis conseguido?

—Mucho, me temo.

—¡Bien! Espera... ¿qué quiere decir «me temo»?

—Tenemos veintitrés positivos humanos completos, y muchos incompletos, algunos de los cuales pueden ser parciales de los completos. También podrían ser individuos diferentes.

—Bueno, uno de ellos ha de ser Alejandro.

—Estoy seguro, pero el problema estriba en determinar cuál.

—Puedes empezar eliminando a todas las mujeres.

—Ya lo he hecho. Aún quedan siete varones, pero hay otro problema.

Janie detestaba la sensación de aprensión que la invadió.

—Mi supervisora no me autoriza realizar siete secuencias completas.

—¿Por qué?

—Porque fue un delito contra la propiedad en el que nadie salió perjudicado. El secuenciado genético se realiza en los casos de crímenes contra las personas. Es la política habitual. Siento decirlo, pero en este momento estamos un poco sobrecargados. De pronto da la impresión de que tenemos muchísimos no identificados... más que ayer.

¿Ya?, pensó Janie. Es demasiado pronto.

—¿No identificados del tipo DR SAM?

Michael esperó unos segundos antes de contestar.

—Sí, de ese tipo —susurró.

Transcurrió un momento de silencio.

—Están distribuyendo las víctimas entre todas las divisiones, incluida la mía —explicó Michael con tono monocorde; se limitaba a transmitir información—. Supongo que es para minimizar la impresión del número, mientras intentan solucionar el problema.

La noticia no sorprendió a Janie. Michael había «limpiado» toda clase de desastres relacionados con las epidemias, pero notó que una fría náusea reptaba en su estómago al pensar en lo que se avecinaba. Cuando aquello había sucedido la primera vez, nadie sabía lo que se le venía encima. Ahora, todo el mundo estaba al corriente. Recordó el consejo de Bruce, formulado con excesiva aspereza, que de pronto resultaba más apropiada: «Lárgate, huye, escóndete donde sea».

Sin embargo no había ningún sitio donde esconderse.

Y tenía que hacer muchas cosas antes de escapar. Su misión se le antojó aún más urgente, de modo que apartó sus temores como pudo y se concentró.

—Hazme el resumen, Michael.

—Es escaso, lamento decirlo. Mi supervisora me dio permiso para proceder a un secuenciado de identificación, debido al valor del diario. Le expliqué que había más material genético de un individuo en particular, y consideramos lógico poder identificar al dueño.

—¿Había?

—Algo más, pero insuficiente para asegurar que era tu chico. Es probable que fuera del individuo que encuadernó el libro.

—¿Puedes facilitarme la información que obtuviste del diario? —preguntó Janie.

—Creo que sí, porque eres la propietaria y tienes derecho a ver las pruebas.

—Bien. Adelante, pues.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—No estoy muy segura, pero tal vez consiga reducir el número de candidatos.

Era algo que no quería pedir por teléfono.

Tuvo que dejar alguna marca también en el antiguo, una huella dactilar, una mancha de lágrimas, cualquier cosa serviría.

—Hemos de dejar de encontrarnos así —comentó Myra con una sonrisa cuando recibió a Janie en la zona de recepción del depósito—. Espero que todo haya salido como esperaba. Fue muy interesante lo que pasó aquí. No me importa decirle que

acabé agotada. Estaba a punto de marcharme.

—Me alegro de haber llegado a tiempo. No sabe cuánto agradezco su colaboración. Sé que le he causado muchos problemas.

—De hecho, no fue tan mal como esperaba. Saqué el diario, lo deposité sobre la vitrina y di un codazo al cristal. Se dispararon todas las alarmas, tal como suponía. —Sonrió—. Después me aposté en una esquina y observé cómo apuestos policías invadían la zona y recogían cosas. Tal vez por eso me siento tan agotada, pero sobreviví a toda la odisea sin problemas.

—Bien, me alegro. Sobre todo porque necesito otro pequeño favor.

Expuso su idea.

En esta ocasión Myra no se mostró tan receptiva.

—De ninguna manera. Ese manuscrito es demasiado frágil.

—Sólo necesito una huella dactilar, una lágrima, cualquier rastro físico.

—No.

—Myra, por favor, he de identificar a Alejandro, y si encontrara alguna coincidencia...

Myra arrugó el entrecejo, con expresión de concentración.

—Espere un momento. ¿Le serviría un pelo?

—Sería perfecto, si fuera el correcto. Sólo he de comprobar si hay rastros de la misma persona en ambos libros. Entonces sabré que es él. Tendrá que ser él.

—Venga conmigo.

Janie la siguió hasta la sala donde habían examinado el diario en una visita anterior. Se detuvo en el umbral y observó que Myra se dirigía a una habitación de almacenamiento refrigerada y pasaba su mano sobre el sensor. La puerta se abrió. La conservadora se volvió hacia ella.

—Sólo tardaré un momento.

Se encerró dentro de la habitación. Janie no oyó ningún ruido procedente del interior, porque el espeso aislamiento ahogaba los sonidos.

Tal como había prometido, Myra salió enseguida. La puerta se cerró en silencio detrás de ella y Janie oyó el ruido del pestillo.

La conservadora sostenía en la mano una bolsa de plástico con cierre de presión, que contenía otras más pequeñas. Cada una albergaba algún diminuto tesoro arqueológico.

—Encontramos este material cuando el manuscrito de Abraham llegó a nuestras manos.

Janie distinguió un pelo. Había además pedacitos de papiro, algunos manchados.

—Quiero recuperarlos —dijo Myra—. Lo más intactos posibles.

Janie observó con avaricia la bolsa.

—Por supuesto —aseguró—. Seré muy cuidadosa.

—No tengo ni idea de dónde proceden estas cosas, pero una de ellas podría pertenecer a su amigo Canches. A mí también me pica la curiosidad, de modo que dese prisa y haga su trabajo. Me muero de ganas por saberlo.

—Dos —dijo Michael.

—¿Dos?

—Dos de la misma persona aparecen en ambos, pero uno del diario es muy tenue.

—De todos modos no puedo confiar en que sea el factor determinante... Dios, ¿cómo voy a saberlo?

—¿Tienes idea del aspecto de ese tío?

—La mujer que recibió el diario después de él lo describe brevemente.

—¿Por qué no pones a los dos en el formador de imágenes? Échales un vistazo.

No tengo un formador de imágenes, se dijo Janie, pero luego recordó que Virtual Memorial sí lo tenía.

—Envíamelos —pidió.

Fue un acontecimiento trascendental, con varios testigos. Janie estaba sentada en el estudio de Tom, convertido en una especie de sala de partos, y sostenía a Virtual Memorial sobre su regazo. Kristina estaba a su lado, y Tom, detrás de ella. La primera de las dos figuras humanas masculinas surgió poco a poco en la pantalla, mientras el compilador del formador de imágenes clarificaba, intensificaba y definía su idea del aspecto que tenía el propietario del código genético. Las apariciones posteriores no eran muy claras (para eso se necesitaba un código secuenciado completo, al igual que para esbozar rasgos más específicos), pero mostraban las características generales de los sujetos.

—¿Cree que bastará con esto? —preguntó Kristina.

—Eso espero —murmuró Janie mientras miraba la pantalla—. De lo contrario, no sé qué vamos a hacer.

—Hay que contar con el pequeño detalle de si ahí está el fragmento que necesitamos.

Janie le dio una palmada en el brazo.

—Soy optimista al respecto.

La cara del primer hombre empezaba a definirse. Cuando su imagen desnuda estuvo completa, Janie la examinó con una curiosidad que casi la turbó. Quería mostrarse fría, cínica, adoptar una actitud científica frente al trabajo, pero estaba nerviosa y excitada, como si fuera a encontrarse por primera vez con un hermano perdido mucho tiempo atrás. ¿Cuán profundo sería su parentesco? No había forma de saberlo. Tendría que descubrirlo.

La imagen era de un hombre moreno y bien formado, de rasgos mediterráneos, como imaginaba a Alejandro, pero sin ropa, barba ni circuncisión, no podía afirmar que fuera el hombre que buscaba.

La segunda imagen se formó con idéntica lentitud. Célula a célula, siguió su camino predeterminado de cigoto, feto, bebé, niño, hasta llegar a la edad adulta, creció, volvió a modificarse y se transformó hasta que apareció el hombre. También estaba bien formado, pero más delgado que el anterior, un ectomorfo del mesomorfo del otro.

—Qué maravilla —exclamó Tom mientras miraba—. Es como ver nacer a alguien.

—Palidece en comparación con la realidad —comentó Janie.

—Estoy seguro de que tienes razón —repuso Tom.

Janie le miró, comprendió que había metido la pata y tuvo ganas de disculparse. La falta de hijos de Tom era un tema delicado.

—Por fin llega el momento de la verdad —dijo.

Colocó las dos imágenes en una pantalla partida y ordenó al programa que tomara un primer plano de sus caras.

—¿Qué haces? —preguntó Tom.

—Buscar un primer plano —respondió Kristina.

Janie centró el zoom en los ojos y lo acercó hasta que apareció uno solo en cada lado de la pantalla.

Imagen Uno: ojos castaños.

Imagen Dos: ojos azules.

—Es el número uno —dijo, y eliminó el otro.

No estaba tan claro como le habría gustado, pero tendría que conformarse. Ya habría tiempo para conocer mejor a aquel hombre.

—Hola, Alejandro —murmuró.

Miró a Tom. Sus ojos transparentaban un enorme entusiasmo, reflejo del que ella sentía, pero sin llegar a su altura, lo que era muy comprensible. No obtendría la misma reacción de Bruce cuando se lo contara; indicaría con educación lo tonto que le parecía todo, lo obsesionada que estaba ella, hasta qué punto pensaba de una forma ilógica. En toda una nación de ADN, era incapaz de encontrar el pequeño fragmento que necesitaba, pero sí en un judío de la Edad Media. Absurdo.

Sin embargo era posible. Encajaba con el perfil a la perfección.

—Necesito algunas respuestas —dijo al hombre de los ojos castaños—. Parece que tú las tienes.

Veintisiete

La casa de piedra abandonada, con su techumbre de paja, era sencilla y anónima, y sus antiguos ocupantes ya la habrían olvidado. Estaba apartada de la calzada, pero a una distancia conveniente.

Parecía resistente y poseía todo lo necesario para que la convirtieran en el cuartel general de la rebelión inminente. No encontraron cadáveres descompuestos en su interior, ni tumbas recién cavadas en la vecindad. Karle y Alejandro supusieron que los anteriores inquilinos habían perdido toda esperanza y marchado, o bien habían incurrido en la ira de su señor y fueron expulsados. Había suficiente espacio para ellos tres y los dos caballos, y las paredes de piedra eran sólidas y resistentes a las flechas, por si algún día la sublevación llegaba a su puerta.

Corría en las cercanías un arroyo de aguas transparentes, que bastaba para satisfacer las necesidades de las monturas, y los anteriores ocupantes habían dejado cisternas para recoger el agua de lluvia, que serviría tanto para cocinar como para beber. No muy lejos había un prado que se podía aprovechar para alimentar y entrenar a los caballos, y donde los campesinos a los que esperaban congregarse podrían transformarse en soldados de la libertad. La caza menor no abundaba más que en otras zonas, pero no daba la impresión de que fueran a morir de hambre.

Kate y Alejandro repitieron la rutina tantas veces practicada de establecerse en un nuevo hogar, tarea a la que ya estaban acostumbrados después de una década de peregrinación. Karle obedeció sus instrucciones, porque todos aquellos preparativos favorecían su causa. Por más que lo intentaba, Alejandro no consiguió convencer a Kate de que abandonara a Guillaume Karle, pese a que era peligroso seguir en su compañía. Así pues, a instancias de Kate, se quedaron con él.

Como de costumbre, procedieron en primer lugar a limpiar la vivienda, para eliminar los restos de sus ocupantes anteriores. El padre cortó una rama recta, y la hija reunió un poco de paja que él ató con cuerda al extremo del palo para formar una sencilla escoba. Kate se la arrebató al instante, pues sabía que barrer era cosa de mujeres, y los hombres se dedicaron a tareas que exigían todas sus energías. *«Además —había comentado a Alejandro muchas veces—, no sabrías hacerlo tan bien como una mujer».*

Alejandro interrumpió sus labores un momento para observar cómo barría el suelo y expulsaba a las sabandijas y, mientras el polvo se elevaba en torno a Kate, vio...

... a la niña que manejaba con energía la escoba abandonada en casa de la madre Sarah, que sacudía las telarañas y, cuando finalizaba aquella cómoda pero ofensiva

tarea, atacaba sus propias lágrimas con su manita sucia; una chiquilla que dejaba caer la paja y traía haces de ramas, que se apresuraba a prepararlo todo mientras él temblaba, se tambaleaba y caía por fin sobre la paja, en las garras de la peste, y que volviera a levantarse o no dependía por completo de la niña, de la fuerza de su pequeña voluntad.

En aquel tiempo Kate había hecho lo que era necesario, como ahora. De alguna manera, Guillaume Karle se las ingenió para adaptarse al ritmo que la pareja imponía, hasta que al final usurpó las responsabilidades de Alejandro como un joven macho de cuernos de terciopelo, obsesionado por destronar al rey de los ciervos. Por obra de Kate, salían de la casa el polvo, la tierra y las telarañas, y sobre las espaldas del cristiano de cabello ámbar entraban los haces de ramas que iluminarían sus noches, calentarían su comida y hervirían el agua. Cuando Karle terminó de acarrear leña, cortó grandes cantidades de paja fresca para sus jergones y la entró en la vivienda. Amontonó en un rincón una enorme pila.

—¿Dónde hay que ponerla? —preguntó cuando juzgó que ya era lo bastante alta.

Todos interrumpieron sus actividades. Kate y Karle miraron a Alejandro, que les devolvió la mirada. La pregunta no verbalizada quedó flotando en el aire, a la espera de una respuesta, mientras el sol avanzaba hacia el oeste.

—*Père* —dijo por fin Kate—, me gustaría hablar contigo.

Miró un momento a Karle, que asintió y salió de la casa con gran discreción.

Cuando estuvieron solos, la hija apoyó una mano sobre el brazo de su padre.

—Es un buen hombre, *père*. No podrías haber elegido un protector mejor para mí.

Alejandro le acarició el pelo y sonrió con cierta tristeza.

—Creo que no fui yo quien le eligió, hija, sino Dios.

—En ese caso, espero que comprendas que quiero tomar a ese hombre como esposo ante Dios.

—¿Te tomará él por esposa?

—Si quieres saber la respuesta, tendrás que hablar con él.

Alejandro no apartó la mano de su cabello. Su tacto era fresco y limpio, maravillosamente familiar.

—¿Debo hacerlo? —susurró.

—Sí, *père*.

Una idea desagradable cruzó su mente, la de que se encontraba frente a una mujer adulta, muy diferente de la niña que había sacado a escondidas de Inglaterra.

Abrumado por el peso de aquel pensamiento, comprendió lo que debía hacer.

Apartó la mano.

—Karle —llamó.

El francés apareció en el umbral y miró a Kate, quien sonrió y bajó la vista al instante.

Los dos hombres se miraron.

—Mi hija dice que queréis hablar conmigo.

Cuando De Chauillac paseó la vista por la habitación vacía, sólo una pila de ropas elegantes delató la presencia del ser humano que la había ocupado hasta hacía poco. No deja huellas de sí mismo en ninguna parte, al menos visibles. Ni basura, ni orinal lleno de desechos humanos que debiera vaciarse. Había llegado sin nada, y sin nada se había marchado, sin dejar otra cosa que lo que el guardia había conseguido arrebatarse en su huida, su pequeña fortuna en oro.

Era comprensible. Se había convertido en un vagabundo y había aprendido en el curso de sus andanzas las costumbres de los vagabundos. Con gran prudencia, reconoció De Chauillac, porque un judío nunca sabía cuándo debería desarraigarse. Lo mejor era estar preparado.

Sin embargo, ¿también tenía que llevarse su espíritu consigo? ¿No podía haber dejado un tenue rastro de su carácter, que resultaba tan irresistible y seductor? De Chauillac tenía el manuscrito, y en él habrían quedado rastros del hombre, pero ya sólo podría compartirlos con Flamel. Y al alquimista no le haría ninguna gracia que la traducción quedara inacabada.

Encontraron un sacerdote a una hora a caballo de Compiégne, un cura viejo, borrachín y maloliente, que apenas recordaba las palabras de la ceremonia que le habían encargado. Kate llevaba una guirnalda de flores en su cabello dorado, y Karle se había cepillado las ropas para la ocasión, además de ceñir sus ondas ámbar con una cinta que Alejandro le había regalado. Se irguieron con reverencia ante el desharrapado clérigo y se prometieron fidelidad hasta que la muerte les separara.

Después volvieron a su nuevo hogar, y Alejandro reacomodó la paja. Un infortunado faisán con el que se toparon en el camino de vuelta sirvió de festín de bodas, y comieron manzanas cogidas de un árbol que se alzaba al otro lado del prado.

—Si hubiéramos estado en España —comentó Alejandro mientras el sol se ponía— y celebrado tu boda como es debido, ahora estarías recibiendo los obsequios de tus amigos y parientes. Tus abuelos te habrían regalado una cama de plumas, tus padres unos candelabros, y tus vecinos telas, batidores y cera; toda clase de objetos útiles, grandes y pequeños, para iniciar vuestra vida en común. —Suspiró—. Pero yo soy el único pariente, y el único amigo, y carezco de todo eso, de modo que te daré lo que tengo.

Se quitó del dedo el anillo que le había regalado la condesa Isabel y se lo entregó a Kate.

—Póntelo en el dedo anular, para que puedas exhibir con orgullo tu matrimonio.

Ahora eres una esposa, y serás una esposa estupenda, lo sé.

Kate lo aceptó y se lo entregó a Karle, quien lo deslizó en su dedo. La joven abrazó a Alejandro, radiante de felicidad.

Alejandro se volvió hacia Karle.

—No tengo nada que podáis sostener en las manos, Karle, pero os daré algo que pocos hombres han conocido, algo que, confío, conservaréis en vuestro corazón. Os daré mi respeto. Ahora somos una familia. Sois un hombre de honor, y creo que mi hija ha elegido bien.

No pudo añadir nada más y, para que las lágrimas no le avergonzaran en aquel día de dicha, se despidió de la pareja y se dirigió al establo. Mientras subía por la escalerilla al henil, decidió que no era tan doloroso perder a una hija como Kate, si al mismo tiempo ganaba un hijo como Karle.

Después de ojear el último pergamino de Marcel, sin descubrir nada que le comprometiera, Carlos de Navarra lo leyó en voz alta al barón de Coucy.

—«*Karle se ha marchado hoy, acompañado una vez más de la misteriosa joven. Parece que ejerce una gran influencia sobre ese hombre*». —Navarra alzó la vista y sonrió—. Así son las cosas. Permitimos que las mujeres nos lleven de las riendas. Ojalá su influencia sea más nefasta que positiva. —Reanudó la lectura—. «*Su intención es viajar hacia el norte, hasta las cercanías de Compiégne, y empezar a reunir un ejército, si bien utilizo esta palabra de la manera más laxa posible. No supo calcular a cuántos hombres podría congregarse, y yo tampoco, pero tal vez sea un número importante. Poco podrán hacer esos desgraciados y, si les han prometido armas y alimentos, creo que los obtendrán*».

Coucy le interrumpió.

—¿Cómo se pueden hacer tales promesas? Karle carece de medios para comprar esas cosas.

—Algunos ya poseen armas, aunque serán pocos.

—¿Y monturas?

—Las que no se hayan comido, estarán esqueléticas y débiles.

Coucy gruñó, y Navarra siguió leyendo.

—«*Aunque muchos factores pesan en su contra, he llegado a conocer a Guillaume Karle. Posee algo que los Jacques no han tenido desde el inicio de su levantamiento: la capacidad de guiarles. Es un hombre inteligente y carismático, cuyo corazón arde en deseos de obtener la victoria sobre los que considera sus opresores despiadados, y los opresores de sus compatriotas. Le impulsa el motivo más peligroso: creer en la justicia moral de su causa. Muchos le seguirán, no lo dudéis; algunos por fanatismo, y otros porque no tienen nada que perder, salvo su miserable vida; por último también habrá quienes lucharán por la recompensa que*

les espera: fortuna y tierras, que robarán a los nobles que asesinen».

—Los motivos se disipan en el campo de batalla. Una vez en él, pelearán —opinó Coucy.

Navarra dejó el pergamino sobre la mesa.

—Quizá deberíamos hablar con Karle antes de sumar nuestras fuerzas contra el delfín. Tal vez sería necesaria una explicación más detallada.

Coucy lanzó una risita.

—¿Sobre cómo conservar su cabeza sobre los hombros?

—Entre otras cosas —contestó Navarra. Entregó el pergamino a un paje y señaló el fuego con un gesto.

En los pocos días que llevaba ocupada, la casa se había convertido en una morada agradable y empezaba a parecer un hogar. La joven esposa, que ahora se acostaba con su flamante marido, se pavoneaba como una gallina con su gallo, si bien nunca olvidaba las duras pruebas que se avecinaban. El hombre que la había tomado como esposa paseaba como un león por sus dominios, y procuraba estar a la altura de su mujer.

El nuevo suegro se mordía la lengua cuando convenía y la soltaba cuando ya no podía contenerse. De todos modos, en general, el trío se llevaba bien. Consiguieron fabricar unos bancos y una mesa de tablones a base de trabajo e inteligencia y, si bien las tablas mostraban las huellas de las manos inexpertas de Karle y desprendían la humedad de la madera verde, cuando Alejandro se sentó el banco no se desmoronó y la mesa no se balanceó. Consiguió comer y pensar en paz, lo cual consideró una bendición.

Tomaron por costumbre pasar revista a los preparativos para la batalla durante la cena; examinaban, analizaban y alteraban la lista de las cosas necesarias a la luz de la antorcha, hasta que la sabían recitar de memoria: herramientas, armas, aceite y grasa, fragmentos de cuero, la armadura más sencilla, sobre todo la robada a los nobles caídos en el último combate; caballos, calzado de reserva, grano, judías secas, cualquier elemento portátil susceptible de aumentar las posibilidades de la victoria.

—Hemos de pedir a nuestros reclutas que traigan todo lo que puedan —sugirió Karle— y convencerles de que lo aporten a la comunidad.

—Un hombre con dos puñados de judías no las cederá a la causa —repuso Kate.

—Pero tal vez ofrezca uno —conjeturó Karle—, y siempre nos será de ayuda. También hemos de buscar la ayuda de hombres expertos en determinadas especialidades: mozos de cuadra, carpinteros, herreros...

—Si Navarra no los ha reclutado ya por la fuerza.

—Los encontraremos —insistió Karle—, te lo aseguro. Están al acecho, a la espera de poder hacer un poco de daño.

Su predicción fue correcta: estaban al acecho. En cuanto la noticia de la llegada de Karle se esparció por la campiña, acudieron hombres venidos de todas partes, y la casa se convirtió en el *hotel de ville* de un pequeño pueblo de soldados en potencia. Karle ocupó su lugar natural de cabecilla, el *roi des Jacques* que Navarra había intuido. Asumió la tarea como si hubiera nacido para ella. Daba la impresión de que no existían límites para su capacidad de organizar una guerra e instigar a los descontentos que se habían agrupado para seguirle.

Ordenó a los carpinteros que fabricaran arcos y flechas, enseñó a los ociosos a arrancar el corcho de las ramas largas y rectas, a pulir los nudos de donde habían sido cortadas las ramas más pequeñas para luego encajar una punta de piedra afilada en un extremo y aplicar plumas en el otro con el fin de equilibrarla. Los fragmentos de las ramas provistos de hojas se amontonaron y utilizaron para fabricar los techos de las cabañas que empezaban a alzarse al borde de los prados. Se cavaron letrinas y se tomaron medidas de higiene pública, tal como había insistido Alejandro.

Cuando cazaban aves, usaban sus plumas para las flechas. Colgaron toda suerte de vísceras, arrancadas de los animales del bosque, para convertirlas en cuerdas de arcos. Secaron y rasparon los pellejos de las bestias para proteger los hombros de los futuros arqueros. Los leñadores se internaron en la floresta y regresaron cargados con montones de retoños largos y rectos, que servirían para fabricar flechas.

Los herreros tallaron el pedernal necesario para las puntas y, cuando conseguían metal, lo transformaban como por arte de magia en puntas afiladas de lanzas. Por fin Alejandro tuvo que sacar a sus caballos del establo improvisado para dejar sitio al creciente surtido de armas, rudimentarias pero prácticas, que debían preservar de las inclemencias del tiempo hasta el momento de entrar en combate. Ató un trapo alrededor de la caña de cada caballo para identificarlos y los envió al prado, donde los animales esqueléticos aportados por el ejército de voluntarios pastaban y eran entrenados por los mozos de cuadra que ya no servían a la nobleza.

Del techo de la casa pendían hierbas, especias y hojas de utilidad medicinal, y de día y de noche preparaban pociones para tratar a los heridos. Algunos voluntarios habían acudido con sus mujeres e hijos, y las que no pudieron volver a su casa emprendieron la tarea de reunir e hilar fibras, primero para elaborar cuerdas y después, si había tiempo, para fabricar vendas. Era imposible conseguir algodón, de manera que tuvieron que conformarse con el lino. Las vendas resultantes eran rígidas y algo ásperas, pero se suavizaban al sumergirlas en agua o aceite.

En una caja de metal cerrada con llave a la vera del hogar, no demasiado cerca de las llamas pero lo suficiente para conservar el calor, descansaba la mano del niño víctima de la plaga que Kate y Karle habían exhumado antes de llegar a París. La joven la inspeccionaba en ocasiones, cuando nadie miraba, y contemplaba con morbosa fascinación los progresos de su desecado. La piel se había encogido y

resecado hasta recordar al cuero, luego adquirió una textura similar a la arcilla y, por fin, se convirtió en un polvillo grisáceo y grasiento. Cada vez que abría la caja, se persignaba para protegerse de algún demonio desconocido, que casi esperaba ver alzarse en medio de una niebla colérica, y siempre tomaba la precaución de enseñarla a Alejandro, para que controlara su transformación. El médico asentía con semblante sombrío y agitaba un poco la caja para comprobar la cantidad de carne que se desprendía cada día. Por fin, no quedaron más que polvo y huesos estropajosos. El médico sacó estos últimos, los llevó al bosque, cavó una fosa poco profunda y los enterró bajo una pila de rocas.

Una vez fabricadas las armas, alimentados los caballos y almacenadas las provisiones, empezó el adiestramiento. Desde el alba hasta el ocaso, día tras día, Karle atravesaba a caballo el prado y observaba cómo sus lugartenientes, elegidos por su habilidad y bravura entre los congregados, instruían a los reclutas en las artes de la guerra. Los campesinos aprendían esgrima, disparaban flechas contra dianas improvisadas, arrojaban lanzas contra espantapájaros situados a gran distancia. Formaban y desfilaban, con sus espadas de madera alzadas hacia el cielo, se dividían en pequeños grupos, retrocedían, se reagrupaban para cargar. Atacaban y retrocedían, avanzaban de nuevo y reculaban. Se convirtieron en un ejército.

Los lugartenientes se reunían por las noches en la casa y cenaban magros estofados y sopas de gachas servidas por las mujeres, mientras comentaban los detalles del adiestramiento que todavía era necesario pulir. Ya se había reducido a sencillas lecciones, porque el trabajo había sido minucioso y agotador. «Deben recoger las armas de los enemigos caídos en el combate. Un arma abandonada es un arma gratis. No es vergonzoso retroceder cuando puede significar una ventaja para un ataque posterior. Han de beber agua con la mayor frecuencia posible, porque el combate no tarda en vaciar a un hombre de sus humores líquidos». Eran las últimas dosis de prudencia que podían darse a la *Grande Armée des Jacques*, que empezó con un solo individuo, agrupó a varios centenares y ahora se componía de miles.

—Hemos de enviar un mensaje —anunció Guillaume Karle durante el curso de una cena—. Hay que comunicar a Carlos de Navarra que estamos preparados.

Veintiocho

«El secuenciado ha terminado —rezaba el mensaje de Tom—. Me llevo a casa el archivo y tu material original».

Se dirigieron al domicilio de Michael y Caroline en el utilitario de Kristina. Había mucho tráfico, tanto rodado como peatonal, algo inusual. Kristina prestaba atención a lo que sucedía en las calles. Por fin formuló una observación serena, pero bastante profunda.

—La gente anda más deprisa. Parece asustada, en mi opinión.

—Yo también me he dado cuenta —admitió Janie—. Tantas prisas empiezan a preocuparme.

—Me pregunto adónde creen que huyen.

—Me pregunto adónde huyo yo.

Se detuvieron en un semáforo. Docenas de personas cruzaron la calzada a toda prisa. Kristina se volvió hacia Janie.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que no sea necesario?

Janie la miró unos segundos.

—No sé qué responder, Kristina.

El semáforo cambió. La joven continuó conduciendo en silencio, mientras la incertidumbre flotaba en el aire. Cuando llegaron a casa de Michael y Caroline, la frase «No hay adonde huir, nena, no hay lugar donde esconderse» retumbaba en el cerebro de Janie.

Cuando Janie las presentó, Kristina observó a Caroline durante unos segundos, con excesiva atención para una persona educada, y después se volvió hacia Janie con una mirada que daba a entender: ¿Es ésta?

Janie comprendió y asintió de una forma casi imperceptible. Caroline se percató de todo, comprendió, pero se limitó a sonreír.

—Michael no ha podido quedarse —explicó mientras entregaba el sobre a Janie—. Acaba de marcharse. Me pidió que te dijera que estaba de trabajo hasta las cejas.

Estaría en primera línea cuando llegara el momento, al frente de la carga. La expresión preocupada de Caroline reveló que era consciente del peligro que correría.

Santo Dios, pensó Janie, si alguien ha de huir y esconderse...

—No le pasará nada, Caroline —murmuró—. Sabe lo que debe hacer.

—Lo sé, pero es duro. —Bajó la vista—. Sobre todo ahora.

—¿Alguna noticia?

Caroline meneó la cabeza, pero su mirada dijo: Quizá.

Janie suspiró. Amor entre las ruinas.

—Bien, manténme informada. Todavía tengo los dedos cruzados.

Caroline sonrió y mostró sus dedos cruzados. Llevaba una tirita en uno.

Janie le cogió la mano al instante.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con severidad.

—Un padraastro —contestó Caroline, y añadió, algo más nerviosa—: ¿No exageras un poco?

—Quiero echarle un vistazo.

Caroline intentó apartar la mano, pero Janie no lo permitió.

—Oh, Janie... No es necesario.

—¿Por qué no dejas que lo decida yo?

Fueron a la cocina. Janie quitó la tirita y examinó el dedo bajo la luz.

—Déjame ver el de la otra mano —ordenó.

Caroline suspiró y extendió el otro dedo.

Había un padraastro visible, un diminuto desgarrón en la carne que rodeaba la cutícula del índice. Estaba hinchado y colorado.

—¿Desde cuándo está encarnado? —preguntó con brusquedad Janie.

—Desde ayer —respondió Caroline, sin conseguir dotar a su voz de la indiferencia y despreocupación que pretendía—. Me corté una uña demasiado cerca de la carne.

—A consecuencia de la peste eres vulnerable a las infecciones —dijo Janie—. Quiero que te conviertas en una hipocondríaca convulsiva.

Caroline compuso una expresión apenada, casi herida.

—Lo sé. Me lo has dicho cientos de veces. Ya sabes que voy con cuidado.

—Sólo quiero que vayas con el cuidado suficiente, aunque no estoy segura de que sea posible.

Mientras se lavaban las manos con jabón y agua muy caliente, Caroline comentó:

—Santo Dios, has de calmarte. No es la peste, ni el DR SAM.

Toallas de papel, desechadas de inmediato.

—Entonces ¿qué es?

—Un padraastro —respondió Caroline—. Sólo un padraastro.

El ambiente que reinaba en la fundación era tan febril e inseguro como en cualquier otro sitio. La gente entraba y salía sin cesar, dominada por la confusión, y los guardias de seguridad detenían a las personas menos sospechosas. Lo primero en que se fijó Janie al cruzar la puerta principal fue en que utilizaban de nuevo los escáneres de bacterias.

Janie movió la mano sobre el sensor de identificación y atravesó el escáner sin

problemas. Mientras esperaba a Kristina, vio el destello de las llaves metálicas del coche en su mano derecha y oyó el ruido del detector de metales. Cuando los guardias se volvieron hacia Kristina, la joven les sonrió y se encogió de hombros. Alzó las llaves y, tras una breve vacilación, un guardia le indicó que continuara.

Janie contempló toda la escena con cierta incomodidad. Kristina no está en Big Dattie. Ha levantado las llaves del coche con la mano del implante mientras pasaba. Otro nudo en el tronco del árbol, pero no había tiempo de reflexionar sobre lo que acababa de suceder. Tendría que esperar.

—No debemos prolongarlo demasiado —comentó Janie mientras se dirigían a uno de los laboratorios—. Mi supervisor no está muy contento conmigo.

—Dada la situación, va a estar un poco ocupado a partir de ahora —repuso Kristina.

—Tal vez tengas razón... Aun así, deberíamos salir de aquí cuanto antes.

Nunca había recorrido aquel pasillo con tantas preocupaciones flotando en el aire. Notó algo extrañamente familiar en las paredes y el techo, y se sumergió en un recuerdo de Londres, en un pasillo similar, cuando había sucumbido a sus horrores imaginarios de una forma muy parecida.

No, se dijo con firmeza. Ahora no.

Intentó resistir la atracción del abismo, pero la visión se aferró a ella sin piedad, y no se la pudo sacar de encima. El sudor perló su frente, se imaginó en el pasillo de lo que antes había sido un hospital, donde pacientes moribundos de la fiebre porcina y soldados heridos de la Primera Guerra Mundial habían salvado el abismo de un siglo para agarrarla de los brazos mientras avanzaba entre las sombras de su presencia.

Aminoró el paso. Se detuvo y apoyó una mano en la pared para sostenerse mientras los recuerdos la avasallaban.

Kristina se dio cuenta y fue a sostenerla.

—¿Se encuentra bien? —preguntó. Janie respiró hondo, se concentró en la seguridad, el bienestar y la luz blanca.

—Creo que sí —balbuceó—. Este lugar... De repente se me antoja muy inquietante.

—Si quiere, podemos hacerlo con V. M. Tardará más, pero...

Janie se estremeció y meneó la cabeza para rechazar el ominoso recuerdo.

—No. Creo que no podemos permitirnos ese retraso. De pronto salió un técnico por una puerta lateral y pasó corriendo a su lado sin saludar. Llevaba una mascarilla de plástico que le cubría toda la cara y largos guantes de látex; un brillo de miedo asomaba a sus ojos. Cuando el hombre desapareció tras una esquina del pasillo, Kristina miró a Janie.

—No —dijo—. No podemos. El laboratorio donde entraron, situado al final del corredor, no estaba habitado por fantasmas. Cuando Janie cerró la puerta a su espalda,

se sintió más tranquila. Alejó sus temores como pudo e introdujo el disco que contenía el genoma de Alejandro. Puso en marcha la búsqueda del escurridizo segmento de ADN. Kristina se sentó a su lado y aguardó en un nervioso silencio, mientras el ordenador realizaba su trabajo.

De vez en cuando localizaba una similitud, y aparecían en la pantalla durante una fracción de segundo (el tiempo que tardaba en analizarlas) dos franjas verticales de ADN. Cuanto más tiempo se demoraba la imagen en la pantalla, mayor era la similitud. Al cabo de escasos minutos, un par de franjas surgieron en la pantalla y ya no desaparecieron.

Janie se incorporó y aferró el brazo de Kristina.

—Mira esto —susurró.

Par básico a par básico, los nucleótidos de las dos franjas similares fueron comparados. Contra todo pronóstico, contra toda lógica, las imágenes siguieron donde estaban. La palabra «Coincidencia» destelló en grandes letras blancas.

Unos segundos más tarde, mientras Janie y Kristina se abrazaban para celebrar la contribución de un vagabundo medieval a las vidas de los que habían nacido muchos siglos después que él, Chet Malin se preguntaba cómo debía reaccionar ante el pitido que había oído en su ordenador. Tocó la pantalla y leyó el mensaje. Volvió a tocarla y observó el laboratorio donde se encontraba Janie y lo que estaba haciendo.

Janie borró el archivo que contenía el genoma de Alejandro del disco duro donde había residido durante el análisis.

—Creo que sé lo que voy a hacer esta tarde —dijo Kristina al tiempo que cogía el sobre de la mano de Janie—; preparar un poco de sopa de Alejandro. Vamos a necesitar mucha.

Janie se preguntó dónde pensaba hacerlo.

—¿Tienes la instalación adecuada? —inquirió.

—Sí. Un laboratorio completo.

Janie ardía en deseos de saber más.

—¿Dónde?

—Me encantaría decírselo —contestó Kristina con una expresión culpable—, pero no puedo.

Por fin la paciencia de Janie se agotó.

—¿Por qué no, por el amor de Dios? He participado en todo lo demás. He localizado este gen. Fui yo quien...

—Por favor —interrumpió Kristina—; lo sé, y no tiene idea de cuánto me asombran sus logros. Me gustaría enseñarle dónde vivo y dónde trabajo, más de lo que imagina, pero eso nos pondría, en especial a usted, en peligro. Si la siguieran...

—Nadie va a seguirme.

—Ya lo han hecho. Más de una vez.

Janie la miró con estupefacción.

—¿Cuándo?

—Al depósito de libros.

—Por seguirme a ese lugar —repuso, después de tragar saliva—, nadie podría averiguar nada de lo que hemos estado haciendo.

—Y a casa de la enfermera del campamento.

Así que tenía razón.

—¿Quién me siguió?

El rostro de Kristina expresó una indecisión absoluta. Por fin, habló, con visible nerviosismo.

—No se lo puedo decir.

—Kristina, por favor... empiezas a asustarme. Se trata de mi seguridad. No entiendo por qué me lo has de ocultar.

—Pronto se enterará —se limitó a decir la muchacha. A continuación se puso rígida, como si hubiera roto el vínculo emocional que su éxito compartido había creado—. Escuche, la dejaré en casa de Tom. Nos veremos allí esta noche. Por favor, Janie, tenga paciencia. Pronto lo sabrá todo. Además, debo decirle una cosa: ha llegado el momento de proceder con mucha cautela.

A Janie le parecía un excelente momento para estar sola, al menos durante un rato.

—Creo que iré andando —dijo—. Así tendrás más tiempo para ir... a donde sea que vayas. Además, tengo algunas cosas que hacer.

¿Por ejemplo? ¿Esperar con desgana a Bruce, entregar el cuerpo y alma que debería destinarle a un proyecto orquestado por un grupo clandestino, zambullirse en un peligroso flirteo con su abogado?

Oh, sí, se recordó. Obedecer a una joven a la que doblaba la edad.

Había llegado el momento de liquidar algunos asuntos.

Encontró a Chet Malin en su despacho, con la cabeza apoyada en las manos.

—Presento mi renuncia —anunció.

—Si me dejas empantanado así —repuso el Hombre Mono con una calma inhabitual en él—, te prometo que nunca volverás a trabajar en la industria de la investigación genética.

Era una amenaza de lo más absurda, dadas las circunstancias.

—Chet, a juzgar por lo que está pasando ahí fuera, dentro de unos días la industria de la investigación genética se verá obligada a tomar unas vacaciones forzosas; junto con las demás industrias, excepto las pompas fúnebres.

Aquella noche, cuando Kristina llegó a casa de Tom, Janie ya la había perdonado.

—La pista de la patente muere en ambas direcciones —explicó Kristina—. Hacia atrás, desaparece. Hacia adelante, la pierdo en la confusión de las epidemias.

Desenvolvió un caramelo de menta y se lo metió en la boca. Arrugó el envoltorio y lo arrojó a la papelera.

Chocó en el borde y aterrizó en el suelo. Janie, siempre políticamente correcta, se agachó y lo recogió.

—Olvidemos las empresas de momento y sigamos adelante —sugirió—. Hemos de comprobar otras cosas. Kristina se reclinó en la silla y la miró. —¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, los individuos. Las patentes genéticas no han de ser forzosamente propiedad de multinacionales, aunque la mayoría lo sea. Tal vez el propietario sea un solo individuo o un grupo pequeño, muy bien respaldado. —Lanzó el envoltorio arrugado a la papelera—. Creo que deberíamos volver a los traumatólogos.

—La primera vez no encontramos nada. «Espera lo inesperado», había escrito Alejandro. —Quizá no buscamos bien. Piensa en lo que hemos descubierto hoy, y en dónde. Estamos buscando lo que esperamos encontrar, y no funciona. Hay que cambiar el chip.

Kristina se quejó de que tenía jaqueca después de otra hora de trabajo infructuoso.

—Vete a casa —propuso mamá Janie—. ¿Quieres que te acompañe en coche?

¿Por qué no había reunido el valor para preguntar a Kristina dónde residía? Cada vez que Janie la llamaba, la joven aparecía, de modo que debía vivir cerca. Ése era el misterio, precisamente. ¿Por qué sabe siempre dónde puede localizarme, aunque yo no me ponga en contacto con ella?, se preguntó.

—No, estoy bien. Puedo conducir. La paranoia se abría paso en la mente de Janie, desplegaba posibilidades increíbles y argumentos fantasiosos, que explicaban sus apariciones instantáneas. Mientras veía recoger sus cosas a Kristina, pensó en un transmisor microscópico inyectado, ondas de radio instiladas en su champú, tal vez naves de comunicación disfrazadas de copos de maíz. Pura ficción científica, intrigante pero absurda. Tendría que ser algo mucho más sofisticado.

Cuando todo hubiera terminado, cuando nada terrorífico acechara a la vuelta de la esquina, reuniría el valor para preguntar.

En la pantalla había aparecido el archivo de un traumatólogo, en concreto la lista de sus publicaciones más significativas. Trabajaré unos minutos más, se dijo, antes de acostarme. Estaba ordenando a V. M. que mostrara otros datos cuando alguien llamó con suavidad a la puerta.

Cuando la abrió, vio a Tom apoyado contra el quicio, con aspecto relajado y una sonrisa irónica en los labios, la misma que siempre reproducía en su mente cuando pensaba en él. Un agradable estremecimiento de sorpresa recorrió el cuerpo de Janie.

El abogado sostenía una botella de vino y dos copas en las manos.

—Iba a tomar la penúltima y me pregunté si a ti también te apetecería. Había abierto un tinto estupendo, de modo que se me ocurrió...

—Me encantará, pero debo advertirte que, si ahora me sirvieras una copa de zumo de remolacha, igual pensaría que no había tomado nada más delicioso en mi vida.

Tom entró en la habitación, dejó las copas sobre el escritorio y las llenó hasta la mitad. El vino era de un hermoso color oscuro, casi opaco.

—Creo que te sentará mejor que el zumo de remolacha. —Cogió una copa y la alzó—. Bien, salud. Brindemos por, hummm...

Janie levantó la suya.

—Por desentrañar el enigma.

Tom sonrió.

—Por lo que sea.

—Me conformaría con que fuera el traumatólogo cero.

Tom indicó la pantalla.

—¿Has conseguido algo?

—Ojalá. He ordenado este grupo de todas las formas que se me han ocurrido. He estudiado cada archivo, obtenido las listas de sus publicaciones, las fechas en que salieron a la luz, sus premios, toda esa mierda, pero no he llegado a nada.

Tom señaló a V. M.

—¿Puedo?

—Por favor. Tal vez se te ocurra algo que yo he pasado por alto. —Hizo ademán de ponerse en pie, pero él se lo impidió.

—No te muevas. No hace falta que te levantes. —Se puso detrás de ella y apoyó las manos sobre el respaldo de la silla. Después se inclinó por encima de su hombro—. Perfecto. Desde aquí se ve bien.

Al cabo de unos momentos, extendió un brazo para tocar la pantalla y rozó el hombro de Janie. Los archivos se clasificaron de nuevo. Tom entornó los ojos, como si se concentrara.

Janie permaneció inmóvil y silenciosa durante lo que se le antojó una eternidad, mientras Tom manipulaba las pantallas con toques leves pero efectivos. Ella descubrió que deseaba ser aquella pantalla, que la tocara en algún punto crucial. No puedes hacer eso, le advirtió su conciencia. No obstante, daba la impresión de que la distancia entre ambos había desaparecido, al contrario que la que existía entre ella y Bruce, que parecía ensancharse cada día. Era un timbre, Tom estaba oprimiendo el botón, y la urgente señal que enviaba era «Déjame entrar, déjame entrar». Cerró los ojos y trató de respirar hondo con la esperanza de expulsar su repentino deseo, que amenazaba con animarla a hacer cosas de las que más tarde se arrepentiría.

Pero su intento terminó en un miserable fracaso. La tensión que anidaba en su

interior quería liberarse y, cuando Tom retiró el brazo, ella ladeó la cabeza, lo suficiente para que la manga de la camisa del abogado le acariciara la mejilla. A continuación le cogió la mano y se la llevó a los labios. El circuito formado entre ambos se había cerrado.

Cuando pasaron ante la pequeña habitación donde Janie había dormido, intentó atraerle al interior, pero Tom sonrió y negó con la cabeza, para luego guiarla hacia su madriguera. Al entrar, Janie tuvo que serenarse durante unos instantes para asimilar el lugar donde Tom guarecía su cama y sus sueños, para comprender, en la medida de lo posible, todas las cosas que revelaba acerca de él. Proclamaba frugalidad, sencillez y reflexión. Se trataba de un espacio ordenado y contenido, y el aroma de Tom flotaba en el aire.

Había fotografías sobre una cómoda de madera pulimentada, y Janie recordó que eran familiares de Tom. Un hueco parecía delatar la ausencia de alguien. ¿Una mujer que no quiere que vea?, se preguntó.

Había una vela sobre la mesita de noche, y flores en un jarrón. Era como si lo hubiera preparado todo, y la idea la complació.

—Has olvidado la crema batida —comentó con una sonrisa.

—Maldita sea —masculló Tom mientras la atraía hacia sí—. Y yo convencido de que todo estaba perfecto.

—¿Podría haber algo más perfecto que compartir tanta dulzura con tu amigo más antiguo y querido? —susurró ella más tarde, cuando yacían entrelazados en la cama.

—Compartirlo antes —contestó Tom.

* * *

«Dios, Janie, cómo te quiero.

»Te echo de menos. Espero que estés solucionando el problema de la casa. Di a Tom que agradezco mucho la ayuda que nos presta. Supongo que estarás dormida, y me alegro, porque sé que no te dejé dormir mucho cuando estuviste aquí. Además, teniendo en cuenta lo que estás pasando, necesitas cuidarte. Lamento que tuvieras que marcharte antes, pero sé que no había otra opción.

»Esta situación terminará pronto, ya lo verás. Saldremos adelante. Tengo la sensación de que todo se resolverá».

La última frase del mensaje era como una bofetada en la cara, un puñetazo del que Bruce no debía ser consciente. Janie cerró los ojos y recordó la noche que acababa de terminar, la ternura de ser abrazada por alguien a quien conocía a la perfección y en quien confiaba plenamente, que la acariciaba con un amor paciente y

constante.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Abrió los ojos, y el mensaje seguía en la pantalla, la contemplaba con su castigo.

De pronto, sonaron pasos en la escalera, y Janie oyó el tintineo de una cuchara contra una taza de porcelana. Cerró el mensaje de Bruce a toda prisa y recuperó la lista de los traumatólogos. Tom entró en la habitación cargado con una bandeja. El corazón de Janie se aceleró, y con la intención de serenarse se miró las manos, que yacían sobre su regazo y fingían, sin el menor éxito, no temblar.

Llevaba puesta la bata de Tom, estaba sentada en el estudio de Tom, a la mañana siguiente de haber dormido en la cama de Tom. Con Tom.

La confusión era tan abrumadora que sintió la necesidad de llorar, pero se mordió el labio para contener las lágrimas. Notó un dolor muy intenso, y lo tocó para comprobar que no sangraba; pero su conciencia sí.

—Buenos días —saludó Tom mientras colocaba la bandeja sobre el escritorio. Apartó un poco a V. M. para dejar sitio a los tazones sin dejar de exhibir una sonrisa radiante—. Bien, es admirable. Sigues siendo una adicta al trabajo.

Janie consiguió forzar una leve carcajada.

—Pues sí. ¿Lo consideras admirable?

Tom la besó en la frente.

—Todo en ti me parece admirable.

Aquellas palabras le sonaron de maravilla. Pero, oh, Dios, pensó, esto es una equivocación.

Tom echó un vistazo a la lista de nombres de la pantalla.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no.

Con un tazón en la mano, el abogado se sentó en una butaca demasiado mullida, de la clase que alguien compraría para leer mientras su media naranja trabajaba en el escritorio. Una butaca para hacer compañía. Janie se preguntó, con una punzada de celos, quién más la habría ocupado, y si Tom y ella debían cambiar de sitio. No obstante, parecía muy cómodo donde estaba, pese a que era su estudio y su casa.

—Bien —dijo—, creo que debemos hablar. —Janie cogió su tazón. Se calentó las manos con él. Lo aferró con fuerza, confiando en que sus temblores no agitarían la superficie del café—. No sé por qué ha tenido que pasar ahora —musitó.

—Es curioso. Yo me preguntaba por qué no pasó antes. Si hubiera tenido el valor de expresarte mis sentimientos antes de tu viaje a Londres, no estaríamos sosteniendo esta conversación.

—¿Por qué no lo hiciste? Dios, Tom, si lo hubiera sabido... Quiero decir, siempre he sentido un vago amor por ti, incluso cuando estaba casada, y nunca dejé de quererte..., pero pensaba que sólo era amistad. —Meneó la cabeza y emitió un

gruñido irónico—. Escúchame. Sólo amistad. Como si todo no se redujera a eso, al final. O debiera.

—No pienso discutir.

—No, ya lo sé. Siempre nos hemos sentido a gusto juntos, compenetrados, y si hubiera siquiera sospechado tus sentimientos, no me habría enamorado de Bruce. Podríamos haber empezado a salir en cuanto volví de Londres, o tal vez... —Se interrumpió para contener el diluvio inminente.

—¿Tal vez qué?

—Tal vez no habría ido.

—Janie... claro que habrías ido.

—Tal vez no.

—No habrías desaprovechado esa oportunidad. El que no saliera como habías planeado es algo que no podías prever ni controlar. Nunca te he visto rechazar un reto. Habrías partido sabiendo que algo te esperaba a la vuelta, pero habrías ido. Lo comprendo. Yo te ayudé en los preparativos, ¿recuerdas? Significaba mucho para ti, y jamás te habría impedido hacer algo que significara mucho para ti.

—Es curioso oírte decir eso, porque ahora estás a punto de hacerlo.

Tom dejó el tazón sobre la mesa y se inclinó, con las manos enlazadas alrededor de las rodillas.

—¿De veras? No pareces muy segura.

—Tienes razón —reconoció Janie después de un largo suspiro—. No lo estoy. Me conoces demasiado bien.

—Tanto como tú a mí. Sabes que no hago estas cosas a la ligera.

El silencio que siguió fue casi insoportable.

—Escucha —dijo Tom por fin—, si quieres, me echaré atrás, pero debo admitir que ése no es el camino que me apetece seguir ahora.

—¿Cuál es?

—El que he tomado hace unas horas.

—¿Dónde crees que va a conducirte?

—Al fondo de tu corazón... espero.

—Está bastante atestado.

—Tú tendrás que decidir, Janie. No intentaré convencerte de que abandones a Bruce ni de que te quedes conmigo. Tú decidirás, con independencia de lo que hagamos nosotros dos. Sólo quiero aprovechar mi oportunidad, eso es todo.

—Quizá debería instalarme en casa de Caroline —sugirió Janie—, o en un hotel. Eso nos facilitaría tomar una decisión.

—Como quieras, pero no lo hagas por mí. Me he contenido durante demasiado tiempo, y ahora me siento bien por fin. Vayas donde vayas, te seguiré queriendo.

Se levantó de la butaca y caminó hacia Janie. Le puso una mano en el hombro con

suavidad, un gesto tranquilizador.

—Creo que deberías quedarte aquí hasta que hayas enderezado tu vida un poco. Casi has terminado el trabajo que haces con Kristina. Todo será más sencillo.

—Tengo la impresión de que me estoy aprovechando.

Tom le dedicó una sonrisa.

—Y yo que pensaba que me estaba aprovechando de ti. Eso demuestra que cada persona ve las cosas de una manera diferente, por bien que se conozcan. De todos modos, debería advertirte de que pienso apostarme ante la puerta de tu habitación cada noche y llorar como un cachorrillo hasta que me dejes entrar. —Levantó la bandeja—. De vuelta a la realidad, supongo.

—Siempre está presente, ¿no?

—Siempre, y cada día más desagradable. —Movi6 la cabeza en direcci6n a la pantalla del ordenador—. Uno de tus traumat6logos —a6nadi6 mientras sostenía la bandeja con una mano y se6alaba con la otra un nombre centroeuropeo muy largo— me suena. Es posible que conociera a su hijo en la facultad.

Janie pensaba que valía la pena investigar cada detalle. Toc6 la pantalla repetidas veces, hasta que apareci6 la informaci6n sobre la familia del hombre. Se materializ6 una fotografía del m6dico, y Janie se pregunt6 por un momento si le había visto antes.

—No veo que mencionen a ning6n hijo abogado —dijo.

—Me parece que no termin6 la carrera cuando yo; a6os despu6s, quiz6. Le perdí la vista. Por suerte. Era un aut6ntico capullo.

Janie sonri6.

—Entonces habría sido un buen abogado.

—Ja, ja.

Se habían desprendido de la intimidad, y Janie la ech6 de menos al instante. Cuando Tom sali6 de la habitaci6n, la invadi6 una terrible sensaci6n de soledad, pero no había tiempo para refocilarse en ella. Dej6 a un lado sus peque6as desdichas y se reintegr6 en la confusa y muda realidad que tenía ante sí, con la esperanza de que hablara en voz alta y clara, porque, dentro de Big Dattie, el reloj del DR SAM seguía desgranando segundos.

Veintinueve

Navarra y Coucy vieron desde las almenas que el mensajero de Karle se alejaba en dirección a Compiégne.

—Ese hombre ha reunido una fuerza armada —dijo Carlos, que estaba pensativo y preocupado, algo poco habitual en él—. Un ejército. Si este lugarteniente nos sirve de indicio, un ejército leal de hombres provistos de cierta inteligencia. Éste no era un patán, y no será el único.

—Insinuó que eran miles —recordó el barón de Coucy con voz serena—. ¿Cómo lo habrá logrado?

—Tal vez cuente con un aliado secreto.

—Ningún personaje importante pasa inadvertido —replicó Coucy.

—Entonces, esos miles de hombres son, en verdad, campesinos.

—En cuyo caso, no tenéis nada que temer, mi señor.

El rey de Navarra volvió la cabeza.

—Ha descrito tropas montadas y armadas con espadas, arqueros a pie, lanceros e infantería; tiene un ejército como nosotros.

—Exagera —repuso Coucy—. Lo que dice será cierto sólo si ha conseguido transformarles, y no creo que haya magos a mano para dicha tarea en estos momentos. —El barón intentó reír, pero su carcajada no sonó convincente—. Y espadas... ¿Dónde habrán encontrado los materiales, por no hablar de los armeros? A menos que su aliado sea un alquimista capaz de crear los materiales necesarios; de convertir piedras en metal, sin duda.

—No subestiméis a ese hombre. Sería una imprudencia. No obstante estáis en lo cierto: exagera. Lo que importa ahora es descubrir hasta qué punto... y con qué objetivo.

—¿Quién sabe lo que anida en la mente de estos campesinos? —preguntó Coucy.

—Tal vez quieran impresionarnos. No les conviene. En teoría, son nuestros aliados. Si los primeros informes sobre las tropas del delfín son ciertos, les necesitaremos. Karle lo sabe.

—Y hasta que sepamos con certeza el número de soldados del delfín, no debemos burlarnos de sus campesinos, ya que le ofendería. Les ha preparado para un ataque animoso, pero no habrá pasado por su cabeza usurpar vuestro poder cuando haya terminado la batalla contra el delfín.

—Con el contingente que afirma tener —repuso Navarra con serenidad—, y si son numerosas nuestras bajas cuando carguemos contra el delfín, podría intentarlo. Y como nosotros formaremos la primera línea, saldremos malparados, de eso no cabe la

menor duda.

Abandonó la muralla y entró en la habitación donde había recibido al emisario de Karle.

—Es listo este *roi des Jacques*, pero nosotros también lo somos. —Llamó a su paje—. Ve a Compiégne esta tarde y entrega a Karle un mensaje. Dile que nos encontraremos con él dentro de tres días, al amanecer, y que agruparemos nuestras tropas para el ataque. Situaremos a nuestros soldados detrás de los suyos y formaremos una falange. Puesto que ha reunido una fuerza tan inmensa, es justo que reciban el honor de ser los primeros en atacar al delfín.

El mensaje provocó que los lugartenientes de Karle empezaran a discutir sobre qué debían contestar a Navarra. Todos se mostraron de acuerdo en que era precisa una respuesta, pero ni dos coincidieron en cuál debía ser. Al cabo de una hora de acalorada disputa, Karle sopesó lo que había escuchado y tomó una decisión.

Caminó alrededor de la mesa, señaló a algunos hombres y pronunció sus nombres.

—Mañana por la mañana iréis a ver a Navarra y a su títere, Coucy. Id montados en los mejores caballos que tengamos, armados con nuestras mejores espadas y cubiertos con las mejores armaduras. Ondead el primer estandarte que encontréis. Presentaos como guerreros. Decidle que, en mi humilde opinión, la estrategia más útil sería que nuestras tropas y las de él se mezclaran en el ataque contra el delfín, ya que esto confundirá a nuestro enemigo, hasta el punto de que no sabrá qué hacer. Decidle que ambos sabemos que el delfín es un hombre indeciso y, cuando se enfrente al problema que le planteemos, carecerá de voluntad para lanzar un ataque inmediato y decisivo, lo que nos beneficiará. —En voz más baja añadió—: No le digáis que, cuando nuestro ataque conjunto contra el delfín haya terminado, mientras sigamos dispersados entre sus hombres y la sed de sangre corra por nuestras venas, nos revolveremos contra ellos. Los aniquilaremos. No se lo esperarán. Al fin y al cabo, somos campesinos. ¿Seríamos tan audaces como para atacar al ejército de un rey?

Vítores entusiastas estremecieron la casa. Kate, que escuchaba y miraba desde el hogar, donde hervía vendas, sintió un escalofrío de miedo.

Encontró a Alejandro en el prado, donde atendía a las numerosas heridas sin importancia que los hombres se habían ocasionado durante el adiestramiento, las ampollas, rozaduras y tobillos doloridos capaces de disminuir la eficacia de los soldados. Habían reunido un buen número de botas, robadas a los cadáveres y donadas por viudas, aunque pocas coincidían con la medida de sus usuarios, y Alejandro sabía que los pies de las tropas de Guillaume Karle podían convertirse en su talón de Aquiles, el punto vulnerable que les derrotaría. Prestaba especial atención al calzado, para que nadie fuera a la batalla con los pies sangrantes o doloridos.

—Ah, Kate —dijo cuando la vio acercarse.

La joven caminó a buen paso hacia él, con la falda levantada para no mancharla de barro, y con la otra mano llena de las tiras de un blanco grisáceo que fabricaba desde que se habían instalado en la casa.

—He traído más vendas, *père*. Éstas ya están preparadas.

—Obras milagros, niña. ¿Cómo ganarán esta guerra sin ti?

La muchacha sonrió y le entregó el paquete.

—Ya no soy una niña, *père*, sino una mujer casada. Creo que siempre te lo tendré que recordar.

Trabajaron codo con codo, y pese a lo desagradable de su tarea y los horrores que aguardaban en un futuro cercano, Alejandro Canches pensó que no se sentía tan dichoso desde hacía muchos años. Su hija estaba a su lado, era feliz con un buen hombre, realizaba una buena labor con sus manos y su mente, todo contribuía a su satisfacción.

—Ven a pasear conmigo, *père* —propuso Kate cuando las vendas se agotaron—. Me gustaría estar un rato a solas contigo.

Eran las palabras más dulces que había oído en todo el día.

—Será un placer, madame Karle.

Ella rio mientras cruzaban el bosque que se alzaba detrás del campamento.

—Es maravilloso tener un apellido por fin. Nunca he sabido qué decir. ¿Era Plantagenet, Hernández o Canches? Ahora soy Karle. Me gusta decirlo, sin temor.

Alejandro le rodeó la espalda con un brazo.

—¿Eres feliz, hija? —Echó a reír—. Habrás observado que no te he llamado «niña».

—Más feliz de lo que creía posible, *père*. —Se pasó una mano por la frente para echar hacia atrás un mechón escapado de su diadema—. Aun así creo que pronto conoceré una felicidad aún mayor.

Alejandro se detuvo para mirarla.

—Mis menstruaciones han cesado, *père*.

El médico la observó con detenimiento.

—Pero si sólo llevas casada...

La joven apoyó una mano sobre sus labios.

—No hablemos de la duración de mi matrimonio. Aún queda mucho por delante. Es lo único que debe preocuparnos ahora.

Alejandro la cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—De modo que estás segura.

—Aún no, pero sospecho que sí.

—No sé si maldecir a Dios o darle las gracias.

—Has de darle las gracias, por mi bien. Has de maldecirle por enviar a la batalla al padre del niño, precisamente en este momento.

—¿Karle lo sabe?

Kate negó con la cabeza.

—Temo que esa noticia le distraiga de su empresa, que debilite su resolución, aunque daría a Dios la mitad de mi vida por conseguir que Guillaume renunciara a ella y huyera conmigo a un lugar seguro. Sin embargo es un hombre demasiado noble para hacer eso. Es el motivo de que no se lo haya dicho.

Alejandro la abrazó, la meció y compartió su dicha por completo. Voy a ser abuelo, pensó. Y el niño tendrá un apellido. Deseó con toda su alma poder comunicárselo a su padre, si todavía vivía.

Cuando los seis lugartenientes partieron a la mañana siguiente, ataviados con sus mejores galas, parecían los caballeros más valientes. Vestidos con el producto de sus saqueos, montados sobre corceles robados, armados con espadas relucientes que un mes antes apenas habrían podido levantar, ascendieron por la colina en dirección al castillo de Coucy, y comunicaron con orgullo su mensaje a Carlos el Malo.

Navarra les pidió que aguardaran en el patio mientras conferenciaba con sus capitanes, sobre todo con el barón de Coucy, que a pesar de ser apenas un muchacho ya tenía fama de sanguinario, debido a la necesidad de gobernar un protectorado tan vasto como el que había heredado muy poco tiempo antes. En comparación con su campamento, el castillo de Coucy pareció enorme a los hombres de Karle, fortificado y casi lujoso. Banderas de colores ondeaban por todas partes y proclamaban la riqueza e influencia del propietario. El pesado rastrillo de hierro, izado por mediación de poleas, habría necesitado todo un tiro de caballos para levantarlo. Se alzaba entre el resto del mundo y la fortaleza, adoquinada con piedras lisas y libre del barro que se pegaba a las patas de los caballos y los tobillos de hombres en los alrededores de la casa de Karle. Los soldados que practicaban en el castillo tenían los pies secos y el buche lleno, y sus jefes eran los señores más poderosos. Los lugartenientes observaron las diferencias abismales mientras aguardaban.

Por fin llegó la respuesta de Navarra, un «no» despectivo acompañado por la solicitud, casi una orden, de que Guillaume Karle se presentara ante Navarra y Coucy para hablar de las condiciones de su alianza, que se rompería en el acto si no comparecía a la mañana siguiente. Los lugartenientes no replicaron, porque nadie iba a hablar en nombre de Karle sin antes consultarle. Cuando pasaron bajo el rastrillo, de vuelta a los caminos y campos de barro, supieron que su destino dependía de la respuesta de Karle.

Habían tomado la costumbre de hacer su cama en el henil que había sobre el depósito de armas, porque ningún otro lugar, a excepción del bosque, les procuraba la

intimidad que tanto anhelaban, y Guillaume Karle no deseaba alejarse demasiado del cuartel general ahora que debía ultimar los preparativos. Pese a que el olor del aceite, el cuero y el metal recién cortado subía hasta el henil y repugnaba a Kate, ésta no permitió que le estropeará el placer de yacer en los brazos de su amado esposo.

Aquella noche hicieron el amor con ternura infinita y goce consumado, porque ambos sabían la verdad callada: tal vez sería la última vez que dormirían juntos. A veces se retorcían como leones, se aferraban mutuamente casi con violencia, y otras yacían inmóviles, satisfechos con el sencillo placer de estar juntos. Se susurraron dulces promesas y compartieron la esperanza de establecerse cuando el mundo recobrará la cordura, una vez terminada la batalla.

Alejandro les encontró dormidos y sosegados al romper el alba. Sacudió con delicadeza a Karle.

—Karle, es hora de levantarse —susurró.

Karle había decidido reunirse con Navarra.

—Pese a que la sola idea me da náuseas —había comentado a Kate y Alejandro la noche anterior—, no de miedo, sino de asco por las cosas que ha hecho. No sé cómo podré hablar con ese hombre sin que me entren ganas de rebanarle el pescuezo.

—¿Qué seguridad tienes de que no será él quien te lo rebane a ti, antes siquiera de que puedas vomitar? —había replicado Kate.

—No la tengo.

—En ese caso, no vayas —suplicó ella.

—He de ir. Soy el jefe de este ejército. Navarra es el jefe de su ejército. Hay asuntos que discutir. Hasta un bellaco como Navarra sabe que asesinar al cabecilla de tus aliados significa enemistarse con sus tropas. Contamos con hombres suficientes para garantizar la derrota del delfín. No puede indisponerse con nosotros.

—Aún no —le corrigió Alejandro.

—Tal vez nunca —repuso Karle—. Si no acudimos, nos humillaremos a sus ojos. Nos derrotará con el ridículo. Hemos llegado demasiado lejos para permitir que eso suceda.

Enviaron a todos los lugartenientes al campamento y empezaron a preparar a Karle para su encuentro con Navarra. Le aligeraron de sus harapos de campesino, le lavaron, peinaron y perfumaron, y después le vistieron con las excelentes ropas que Alejandro llevaba cuando había escapado de las garras de Guy de Chauillac. De entre las armas que los campesinos rebeldes de Meaux habían robado a los nobles que habían matado, eligieron las mejores piezas. Añadieron un peto metálico y protectores de escamas imbricadas para las piernas. Mientras Kate abrochaba la hebilla alrededor de las pantorrillas de su marido y ajustaba el faldón de su camisa, Alejandro pensó en la ironía de que ella, nacida para esa clase de actividad, la hubiera emprendido al fin, cerrando el círculo.

—No tengo yelmo —dijo Karle cuando hubieron terminado.

—Da igual —repuso Kate—. Nadie te tomará por algo menos que un príncipe. Karle sonrió.

—Viniendo de una princesa, he de pensar que es cierto.

—Yo siempre te diré la verdad, esposo mío —aseguró Kate, y le besó en la mejilla. Karle posó los labios sobre su frente y le susurró una promesa de eterna devoción. Alejandro volvió la cara para que no vieran su expresión afligida.

Karle salió de la casa y montó en el caballo que le habían escogido, un corcel negro, grande y robusto, de paso vivo y ojos feroces. También lo habían engalanado, adornado su crin con cintas rojas y azules, cubierto el lomo y los flancos con una tela de color crema festoneada, en la que destacaba una flor de lis dorada engastada en un diamante de un azul intenso. Karle parecía más un príncipe que *le roi des Jacques*, y sus lugartenientes le vitorearon cuando apareció ante ellos:

—*Vive Karle! Vive les Jacques.*

Dirigió un discurso apasionado a aquéllos que le habían confiado el mando. Fue muy diferente de las súplicas lanzadas en otras ocasiones en las calles de aldeas y mercados. Aquellos lastimeros llamamientos a las armas habían sido la semilla del trabajo que estaba a punto de fructificar en Compiègne.

—Nos encontramos a tan sólo una batalla de cumplir nuestros sueños —afirmó—. Una batalla. Y eso sucederá mañana. Nos uniremos a las fuerzas de Carlos de Navarra en la lucha contra el delfín, nosotros por nuestros motivos, Navarra por los suyos. Si bien seremos aliados provisionales, nuestra alianza terminará cuando el combate haya concluido. Presentaré a Navarra nuestras exigencias de autogobierno. Si no las satisface, guerrearé por ellas hasta la muerte.

Se produjo un lúgubre silencio después del último comentario. Karle miró a sus hombres de hito en hito.

—Si Dios quiere, no será necesario —añadió.

—Si Dios quiere —murmuraron todos.

Condujo el caballo hasta el lugar donde Kate esperaba junto a Alejandro y tendió una mano hacia ella. El médico judío la izó para que se sentara en la silla delante de su marido, que la rodeó con un brazo y galopó hacia el prado, seguido de sus lugartenientes. Recorrieron el perímetro del campo de prácticas, entre los vítores y aplausos de los soldados allí congregados, que agitaban en el aire puños, espadas, garrotes y lanzas, así como cualquier otro instrumento que tuvieran a mano. Cuando volvieron a la casa, Karle dio sus últimas instrucciones.

—Si no regreso esta noche, partid por la mañana en la formación que habíamos planeado, porque si no retorno sano y salvo, sabréis que la batalla será contra Navarra, no contra el delfín. Haced lo necesario para atraerle a campo abierto y, entonces, atacad.

Besó a Kate y la depositó al lado de Alejandro. Se inclinó y agregó:

—Un día la entregasteis a mi cuidado, y dijisteis: «Procurad que nada malo le suceda a mi hija». Demostré ser digno de la tarea. Os pido ahora, médico, que nada malo le suceda a mi esposa.

Alejandro asintió. Karle hizo girar a su caballo y marchó.

Desde una almena del castillo, Carlos de Navarra observó la diminuta nube de polvo que avanzaba por el camino del oeste. Había aguardado, con escasa paciencia, la llegada de aquel jinete y ardía en deseos de escuchar su informe. Si Guillaume Karle aceptaba su exigencia, cubriría la distancia antes de mediodía. A juzgar por la posición del sol, Navarra calculó que el jinete llegaría antes de mediodía, pero por poco. Estuvo tentado de enviar a un mozo de cuadra con un caballo de refresco para el mensajero, pero desistió de su idea.

Todo a su debido tiempo, se dijo. Las piezas empezaban a encajar. Sólo necesitaba paciencia.

Sin embargo, cuánto odiaba esperar las noticias del espía. Contempló la nube de polvo y deseó que se moviera a mayor velocidad, pero seguía al mismo paso regular. ¿Serían las tropas del delfín muy inferiores en número a lo esperado, lo cual anularía la necesidad de la alianza con Karle? ¿O habría que tomarse en serio al delfín, si sus partidarios habían congregado suficientes hombres?

El jinete tenía la respuesta. Sólo debía aguardar.

Treinta

Kristina apareció más tarde aquella misma mañana y presentó los resultados de sus esfuerzos a Janie: una caja llena de paquetitos muy bien protegidos, dirigido cada uno a sus agentes de campo.

—Esencia de Alejandro —explicó con una sonrisa de triunfo—. Preparada para entrar en batalla. Suficiente para tratar a todos los niños enfermos que conocemos. Tendremos que enviarlos por transporte aéreo.

—No puedo creer que lo hayas conseguido ya —dijo Janie con incredulidad.

—Estuve levantada toda la noche, esclavizada a un ordenador.

—Buen trabajo. Ha sido muy rápido. ¿Estás completamente segura del resultado?

—Es perfecto. Lo prometo —respondió con absoluta convicción.

—Bien, pues vamos a enviarlo, antes... Había estado a punto de decir «antes de que sea demasiado tarde», pero terminó la frase con «antes de que cierren todas las compañías aéreas de mensajería». Tocó la pantalla en los puntos precisos y aparecieron los números de todas las compañías que operaban en la zona. Llamó a la más cercana.

Sin embargo ya no aceptaba encargos, de modo que telefoneó a la siguiente. A medida que seguía la lista alfabética, recibía la misma respuesta: «Lo llevaremos a su lugar de destino, pero usted ha de llegar aquí primero». Una tenía un avión en la pista, cargado y programado para partir al cabo de dos horas. Sería el último vuelo desde el oeste de Massachusetts a su centro de distribución, porque ya no había pilotos suficientes para efectuar todos los trayectos, y otras zonas eran prioritarias. La piloto de este último vuelo se quedaría en el Medio Oeste a la espera de recibir nuevas instrucciones, explicaron a Janie. No volvería a su cuartel general, porque ya no prestaría servicio.

Mientras Kristina se desplazaba hacia el aeropuerto, Janie envió un mensaje electrónico a todos los agentes:

«Recibirá un paquete, aguarde instrucciones».

Se pasó la lengua por los dientes.

¿Es posible que me haya olvidado de cepillarlos esta mañana? Subió al cuarto de baño y cogió el tubo de pasta, que estaba enrollado hasta la mitad. Antes de aplicar el dentífrico al cepillo, le asaltaron dos pensamientos: primero, tanto Tom como ella apretaban el tubo desde abajo, no desde la mitad; lo que sólo podía ser un presagio, y segundo, odiaba carecer de pasta dentífrica. Era una de aquellas necesidades mundanas de las que muy pronto sería difícil, cuando no imposible, disfrutar. Había

más, de modo que sacó su decrépito Volvo del garaje de Tom con la intención de recoger todas las cosas que pudiera mientras se mantuviera el orden.

El Santo Grial siempre sería la gasolina. Se incorporó a una larga cola ante su gasolinera habitual. La gente, nerviosa e impaciente, aguardaba para llenar sus depósitos, latas y tarros de mayonesa. Por un momento Janie pensó en continuar adelante, pero sabía que pasaría lo mismo en la siguiente estación de servicio. Ocurriría lo mismo en todas partes.

Dedicó una preciosa hora a la espera, cada vez más irritada, pero había que resignarse. Cuando por fin le llegó el turno, pasó la mano por el sensor y oyó con alivio el sonido del líquido al caer en su depósito. Mientras la cifra aumentaba en el contador y la posibilidad de trasladarse de un sitio a otro se instalaba en el vehículo, recordó con excesiva claridad la rapidez con que se habían presentado las dificultades para desplazarse la última vez. Durante meses la gente iba a pie, cargaba con cosas, arrastraba cosas, hasta que los trabajadores especializados en extraer petróleo de la tierra y transformarlo en gasolina salieron de sus cuevas para realizar su labor. En aquel momento el combustible se adquiría al precio justo. Había oído hablar de ciertos tratos en los que se cambiaban piezas de automóvil raras y oscuras herramientas, incluso en ocasiones café, pero había que conocer a alguien, pues de lo contrario no había más remedio que desplazarse a pie.

Reunió pilas, velas, leche en polvo, alimentos enlatados, agua embotellada, tampones y, la última necesidad, papel higiénico. Encontró una navaja suiza en una estantería polvorienta de una ferretería. Alguien la había dejado allí hacía mucho tiempo, y Janie llegó a la conclusión de que la esperaba a ella. Todas las demás navajas y cuchillos ya habían sido vendidos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los anaqueles se vaciaran de nuevo? ¿Cuándo desaparecerían los empleados para dejar la tienda a merced de los aparatos de autoservicio electrónicos?

¿Cuándo fallarían los aparatos electrónicos y empezaría el saqueo?

Las máquinas de venta automática de prendas protectoras para la cara y las manos habían proliferado como setas después de una tormenta. Se alzaban en las esquinas como predicadores de la muerte y la destrucción, grandes recordatorios verdes del pánico inminente. La gente pasaba a su lado a toda prisa, sólo para dejarlas atrás, porque detenerse y comprar equivalía a admitir lo impensable y a aceptar lo inevitable. Janie se detuvo ante una y la miró con abatimiento, pero no compró.

Su última parada fue en la pequeña verdulería conocida por la calidad de sus productos, con el fin de cambiar sus créditos por el fragante y tostado fruto del árbol del café. Una bolsa de arpillera medio llena de granos descansaba sobre el mostrador, abierta e invitadora. Janie sabía con toda certeza que estaría vacía al cabo de una hora. Dirigió al propietario, que aún no se había colocado su mascarilla, una mirada que suplicaba: ¿Puedo? El hombre asintió con solemnidad, Janie introdujo la mano en

la bolsa y la hundió entre los granos. La retiró a regañadientes cuando otro cliente pidió hacer lo mismo, y se dirigió a las bandejas de fruta, que solían estar repletas de succulentas delicias, pero ahora estaban casi vacías. Cogió el único limón que quedaba y lo apretó para que sus dedos recordaran su frío tacto. Se lo llevó a la cara y lo deslizó por la mejilla. Cerró los ojos un momento e imprimió la forma en su conciencia. Después acercó la fruta a la boca y pasó los dientes sobre la corteza para liberar el sabor. Era amargo, pero también dulce, y lo echaría de menos más de lo que sabía expresar.

Se permitió unos momentos para recobrar el aliento cuando llegó a casa de Tom y luego subió a la habitación de invitados. Localizó a Bruce en su domicilio, y él se alegró de oírla, un sentimiento que no duraría toda la conversación, como bien sabía Janie.

—Las cosas se están desmadrando —explicó a su imagen, que aparecía en la pantalla de V. M.—. No sé qué deberíamos hacer, si...

—Eh, espera un momento —interrumpió Bruce—. Esto no me gusta. Tampoco estoy seguro de haber entendido bien. ¿De qué estás hablando? ¿Qué deberíamos hacer?

—El DR SAM —aclaró Janie con brusquedad—. Ha vuelto.

Siguió un silencio.

—Aquí no —afirmó Bruce.

Janie dejó transcurrir unos segundos antes de hablar. Parecía imposible que Bruce no se hubiera enterado.

—¿Estás seguro?

—Nadie ha dicho nada al respecto.

—¿Ni boletines en los noticiarios ni aumento de las medidas de seguridad?

—Nada.

Janie estaba perpleja.

—Es muy raro —comentó—. Quizá sólo se ha reproducido aquí.

—Bien, si hay un rebrote en Inglaterra, lo llevan con mucha discreción. Nadie ha comentado nada.

Permanecieron callados. Janie sabía que Bruce escrutaría su rostro en la pantalla con tanta atención como ella le observaba desde la otra orilla del océano. Mientras el silencio se prolongaba, notó que el corazón se le aceleraba. Bruce habló por fin.

—¿Qué significa esto para nosotros?

Janie necesitó un tremendo esfuerzo para responder con voz serena:

—Que hemos llegado a un punto en que conviene actuar con rapidez, en caso de que lo hagamos. Si este brote del DR SAM se confirma, ya no podremos viajar.

—Janie, ¿qué quieres decir con «en caso de que lo hagamos»? ¿Cuándo se ha infiltrado la duda en la conversación? Pensaba que bastaría con fijar una fecha. ¿Ha sucedido algo que no me hayas contado?

Janie guardó silencio. Era el primer hombre al que había querido desde la muerte de su marido. Habían sobrevivido a un infierno durante el breve período que habían pasado juntos, y sólo la fe les había sostenido. Iban a compartir el resto de sus vidas.

Sin embargo ya no podía seguir callando.

—Oh, Bruce, yo... yo...

El anticuado transmisor de V. M. funcionaba a la perfección, en una frecuencia que ya nadie utilizaba. Así pues, la conversación entre Janie y Bruce se oía con diáfana claridad, pero los escuchas empezaban a arrepentirse de haberla interferido.

Kristina suspiró.

—Creo que voy a llorar —dijo.

El hombre que estaba a su lado asintió y meneó la cabeza.

—Tom querrá escucharla cuando llegue.

—Tal vez deberíamos cortar algunos fragmentos. No le gustará oír toda la conversación.

—Tal vez no, pero sí la esencia.

—No estoy segura de que haya logrado convencerle —explicó Kristina—. Parecía muy decidido.

—Podríamos ponerle trabas, impedir que regrese. Pediremos a Frenchie que le envíe algo negativo.

—No, eso es excesivo. La intención no es hundirle en la miseria durante el resto de su vida, sino inmovilizarle en Inglaterra.

El hombre reflexionó unos momentos.

—Creo que tienes razón. Si hiciéramos algo, Tom se cabrearía con nosotros por alterar el orden natural de las cosas.

—Precisamente es lo que hacemos —objetó Kristina—. Ésa es la cuestión.

—No. Restaurar el orden natural es la cuestión.

—Interfiriendo.

—Como en todas las cosas, en nuestra tarea hay dos aspectos: uno bueno, productivo, y otro malo, contraproducente.

—De acuerdo —concedió Kristina—. Supongo que no haremos nada. Las cosas se solucionarán por sí mismas.

—Como siempre, nos guste o no —afirmó el hombre.

Janie bajó después de hablar con Bruce, con la sensación de que un hacha de

doble filo pendía sobre su cabeza, y cualquier movimiento desencadenaría el desastre. Al entrar en la cocina encontró la mesa puesta, el vino servido, y a Tom ante los fogones, agitando una olla de algo que olía de maravilla. En vísperas de muerte y destrucción, había preparado la cena.

El hacha se derritió. Janie admiró la escena un momento.

—Dios, eres una esposa maravillosa —comentó.

—Todo tiene su explicación. He sido mi esposa durante mucho tiempo.

—Parece que has aprendido mucho.

Tom trasladó el tentador guiso de la olla a una bandeja, y la llevó a la mesa.

—Vivo para aprender —afirmó.

—Es una de las cosas que siempre me han gustado de ti.

Intercambiaron una sonrisa de comprensión.

—Ponte cómoda —indicó Tom—. Pareces un poco nerviosa.

Janie se sentó a la mesa.

—Lo estoy.

Tom tomó asiento frente a ella.

—Yo también.

—Lo llevas mejor que yo.

—No permito que mis emociones asomen con tanta facilidad. No suele ser bueno.

—Pues exhíbelas. Quiero saber qué te preocupa. Tú no paras de escuchar mis lamentos.

—Eso suena peligrosamente como un compromiso.

Janie abrió la boca para decir algo, pero calló.

—Lo siento. —Tom sonrió—. Sabes que intentaré socavar tu resolución. —La sonrisa se desvaneció—. Te contaré lo que me preocupa. Hoy he echado un vistazo a ciertos documentos antiguos. Encontré algo que arroja cierta luz sobre el proyecto en que Kristina y tú estáis trabajando.

No era lo que ella esperaba. Estaba preparada para oír historias acerca de la nueva plaga. Se enderezó en la silla y le miró.

—¿De qué se trata?

Tom sacó del bolsillo de la camisa un documento de dos páginas doblado, que le tendió por encima de la bandeja.

—Creo que empezó como un proyecto genético razonable, pero no salió como estaba planeado.

—La mayoría de los proyectos no sale como esperábamos —repuso Janie al tiempo que cogía los papeles.

—Aquí tienes un ejemplo perfecto.

Mientras leía el texto, Janie arrugó el entrecejo. Levantó la vista con la incredulidad pintada en su cara.

—Estás bromeando.

—Yo no. Todo está ahí.

—Santo Dios. —Janie le miró con una expresión de sorpresa absoluta—. Todo encaja, ¿verdad? Las fracturas, el bloqueo de absorción de calcio... No me extraña que no encontráramos al propietario de la patente.

—Aún cabe la posibilidad de que no averigües quién es.

—Pero con esto...

—Janie, quizá no haya tiempo... al menos ahora. Lo que has conseguido hoy es un buen comienzo, pero es un arañazo en la superficie, lo sabes. Hemos de terminar los preparativos.

—Joder, Tom —replicó Janie con expresión de cansancio—, ¿cómo podemos prepararnos para algo que devora todo cuanto encuentra a su paso?

—Pensaremos en una manera de no cruzarnos con él. —Tom echó un vistazo al reloj de pared y se levantó de la mesa—. ¿Te apetece dar un paseo?

A Bruce no le gustó que la cita fuera en uno de los pubs más sucios y llenos de humo que aún quedaban en Londres, pero no era él quien había fijado el lugar, sino el hombre con quien se había puesto en contacto. «Sólo metálico», había dicho el tipo. Le había puesto muy nervioso llevar encima una suma tan elevada. Se había acostumbrado a sacar una tarjeta. El dinero era un engorro, por sus gérmenes y la facilidad con que podían robarlo.

Su contacto se retrasaba, y ya estaba a punto de marcharse cuando alguien le dio una palmada en el hombro.

—¿Doctor Ransom?

—¿Sí? —dijo mientras se volvía. Esperaba ver a un individuo de aspecto desagradable, mal vestido, que olera a alcohol y apestara a ilegalidad; alguien mucho más marginal que la persona que le saludó; alguien mucho más masculino.

—¿Es usted Merrill Jenkins?

La mujer menuda, atractiva y bien vestida sonrió.

—Oh, cielos, no —respondió—. Soy su ayudante. Me ha enviado a buscarle. El señor Jenkins le espera fuera, en el coche. ¿Quiere hacer el favor de seguirme? Bruce cogió la chaqueta y el paraguas y caminó detrás de la mujer bajo la mirada de envidia de los clientes, que imaginaban algo muy diferente. Suponían que Bruce iba a pagar a la joven por sus lascivas atenciones. No sospechaban que pagaría a su patrón, bastante más de lo que le habría costado el placer de la compañía de la dama, con el fin de eliminar todos los problemas relacionados con su visado.

«Sólo lo que necesites para esta noche», había dicho Tom, y añadió que al día

siguiente volverían por el resto. Guardó algunas cosas en la bolsa que le había dejado: una muda, un jersey, un camión, algunos artículos de tocador...

Sus zapatos... El último par que quedaba de una colección que en otro tiempo había constituido su orgullo. Se los había quitado y dejado bajo la cama de la habitación de invitados antes de hablar con Bruce, pero no los vio, de modo que se puso a cuatro patas y miró bajo el borde de la colcha.

Allí estaban. Mientras lo cogía, oyó un crujido.

Entre sus zapatos había un envoltorio de un caramelo de menta.

Lo observó durante varios segundos y susurró:

—Oh, Dios mío.

Una ambulancia pasó en dirección contraria mientras salían de la ciudad al anochecer. Intercambiaron una mirada nerviosa cuando las luces rojas destellantes aparecieron sobre la cresta de una pequeña colina.

¿Qué hacía el envoltorio bajo la cama de la habitación de invitados?

Trató de recordar cuándo había estado Kristina en ese dormitorio. Nunca. Siempre habían trabajado en el estudio de Tom. Se sentía perpleja y traicionada, y muy cansada.

La ambulancia pasó, y las luces desaparecieron detrás de ellos.

—Estas cosas me ponen nerviosa —comentó.

Deben de mantener alguna clase de relación que desconozco, algo que me han ocultado. No me extraña que se llevaran tan bien desde el primer momento.

—Es lógico. Todos deberíamos estar nerviosos. Existen motivos más que suficientes.

Cuando otra ambulancia pasó unos minutos después, Janie susurró:

—Esto no es una prueba.

—No, pero nos van a poner a prueba a todos.

No quiso revelarles adónde la llevaba.

—Quiero que sea una sorpresa —afirmó.

Janie se preguntó qué más podía sorprenderla.

—Confía en mí, por favor —pidió Tom.

Oh, lo deseo con toda mi alma... pero...

Cogió la bolsa que había dejado a sus pies y la puso sobre su regazo. La aferró con un gesto protector.

—Esto es todo cuanto poseo en el mundo; algo de ropa en tu casa, lo que guardé en tu caja fuerte, y punto.

—¿Echas de menos algo? —inquinó Tom al cabo de unos segundos.

Le pareció una pregunta tonta.

—Echo de menos la familiaridad de todo.

—Me temo que todo nos resultará poco familiar durante un tiempo. Hasta que esta nube pase.

—Hablas como si estuvieras seguro de que pasará.

—Todo pasa. La cuestión es cuándo. Por favor, oh, por favor, que la desconfianza pase, y enseguida. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos mientras el coche avanzaba en la oscuridad.

—Hay algo que echaré de menos —dijo al cabo de un minuto.

—¿Qué es?

—Mi jardín. Le he dedicado muchos años. Lo añoraré la próxima primavera, si no reconstruyo la casa.

—Es probable que no lo hagas.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—No creo que puedas, al menos la primavera próxima. Si el DR SAM regresa con la mitad de la fuerza de la última vez, reconstruir tu casa será la última de tus preocupaciones.

—Me estás asustando, Tom.

—Es mi intención.

Janie guardó silencio.

—Me sentiría mucho mejor si me explicaras adónde vamos —dijo al cabo.

—Ya casi hemos llegado —afirmó el abogado. Señaló un indicador que asomaba en la oscuridad.

Los faros delanteros lo iluminaron: BURNING ROAD, 8 KILÓMETROS.

Desconcertada y sorprendida, Janie observó al grupo de personas que la recibían, algunas conocidas. Cuando recuperó el habla, susurró:

—Yo... No lo entiendo. ¿Acabo de entrar en *Atlas Shrugged*?

John Sandhaus paseó la vista por la sala, con una amplia sonrisa en la cara, y se volvió hacia ella.

—Ni arquitectos, ni señores feudales. —Miró a Kristina—. ¿Has visto alguno?

—No —contestó la muchacha—, pero ahora soy yo la que no entiende nada.

—No puedes —terció Janie—. Eres demasiado joven. Algún día leerás el libro. A juzgar por cómo pintan las cosas, creo que este invierno tendrás tiempo. —Meneó la cabeza con incredulidad—. Estoy... estupefacta.

Observó a los pacientes: John Sandhaus, su mujer, Cathy, sus hijos, agarrados a las piernas de sus padres; Kristina, con su aspecto animado y juvenil; Linda Horn, la señora de las mariposas, serena y majestuosa, y detrás de ella un hombre que Janie supuso era su marido.

Otro hombre que se mantenía un tanto apartado se acercó y tendió la mano.

—Jason Davis —se presentó—, ex propietario de este hermoso establecimiento.

—¿Ex?

Todas las miradas se desviaron hacia Tom.

—Y todavía propietario oficial de cara al mundo exterior —explicó el abogado. Apoyó con suavidad una mano sobre el hombro de Janie—. Bienvenida a Camp Meier.

Janie se volvió hacia Jason Davis.

—¿Qué habría hecho si hubiera querido venir a ver este lugar cuando hablé con usted?

—Habría introducido algunos cambios. Cuando queremos, conseguimos que parezca muy rústico.

El salón donde se encontraban, que en otro tiempo debía de haber sido la sala de reuniones, era cualquier cosa menos rústico. Tenía un techo puntiagudo con claraboyas y ventiladores de aspas silenciosos, que colgaban de largos soportes. Giraban rítmicamente y agitaban las hojas de las plantas, como si las acariciara una brisa leve. Janie advirtió que a lo largo de la viga maestra y en lo alto de las paredes había colgaduras, arrolladas y atadas, que formaban parte sin duda de un decorado complejo que podía desplegarse en cualquier momento para engañar a un visitante inesperado. Reinaba una temperatura ideal, como la que había encontrado en la cabaña del bosque de Linda Horn, más fresca que su piel y con el punto de humedad perfecto.

Se volvió hacia Linda Horn.

—¿No hay mariposas?

—No las traeré hasta estar seguros de que no llegarán más invitados, pero lo haré, cuando llegue el momento.

—Pronto, supongo —dijo Janie.

Linda asintió con la cabeza.

—Tal vez tenga razón —repuso con timidez.

Janie se volvió hacia Tom.

—No paras de sorprenderme.

—Aún no he terminado.

—Te creo. —Observó la sala—. Increíble —susurró—. Bien, ¿es éste el paraíso utópico del que hablabas, donde todos nos esconderemos para protegernos de la peste?

La pregunta suscitó algunas risitas nerviosas entre los congregados.

Sin embargo Tom respondió con expresión muy seria:

—Sí, éste es.

Treinta y uno

Se decidió, tras una larga y acalorada discusión, que todo el ejército se agruparía por la mañana y marcharía hacia el lugar de reunión propuesto, donde aguardaría con la esperanza de que Karle hiciera acto de presencia o que Navarra llegara con sus tropas.

Los lugartenientes fueron al prado para comunicar a los soldados que Karle no había regresado y avisarles de que la corneta volviera a sonar antes del alba. Les aconsejaron asimismo que estuvieran preparados para levantarse y tomar los últimos restos de agua y comida, coger sus armas y armaduras, y recorrer el corto trecho que les separaba de la carretera de Compiègne.

Kate no se acostó. Se sentó en la cima de una colina que dominaba la calzada y aguardó en la oscuridad, a la espera de captar el ruido de los cascos del caballo de su esposo, el sonido máspreciado que podía confiar en oír. No quiso abandonar su vigilancia, y al final, para cumplir la promesa que había hecho a Karle, Alejandro la cogió del brazo y la arrastró hacia la casa.

Ya dentro, le enjugó las lágrimas y la abrazó hasta que sus sollozos enmudecieron y cayó dormida contra su hombro debido al agotamiento. Al igual que la muchacha, Alejandro tenía el corazón partido, vacío de toda esperanza. ¿Quién iba a saber que mis deberes de padre nunca terminarían?, pensó mientras acariciaba a Kate. ¿Quién habría presagiado que la niña, ni siquiera de su propia sangre, se apoderaría de un pedazo de su ser?

Tenía otros pedazos diseminados por toda Europa. Había dejado uno en Cervera, su ciudad natal de la hermosa región española de Aragón. Un buen pedazo de su corazón residía en Inglaterra, con Adèle, y en Aviñón, donde había visto por última vez a Hernández, la ciudad donde confiaba, contra todo pronóstico, que sus ancianos padres hubieran encontrado refugio. Un pedazo de su mente se hallaba en París, con el despreciado pero admirado De Chauliac, y siempre le reclamaría contra su voluntad. Y aquí, sobre su hombro, estaba la muchacha que poseía el pedazo más grande, que, a la postre, podía quebrantarle.

Cerró los ojos y se adormiló apoyado contra un montón de paja, con los brazos alrededor de su hija embarazada, cuyo marido se encontraba en las garras de un hombre que había recurrido a las salvajadas más ignominiosas para conseguir lo que deseaba. Soñó con Carlos Alderón, pero esta vez el gigantesco herrero perseguía a Guillaume Karle.

La corneta sonó al cabo de lo que se le antojó un instante. Despertó con

brusquedad de su breve sueño y descubrió que Kate seguía apoyada contra él. Se desprendió de la joven con delicadeza y la tumbó sobre la paja. Se quitó la camisa, se lavó y se vistió con sus ropas más bastas y fuertes. Echó un último vistazo al interior de su maletín, que contenía instrumentos toscos pero adecuados para la atención rápida que exigían las heridas de guerra. Examinó el montón de vendas y deseó que se multiplicaran por cuatro. Comprobó que todas las vasijas, ollas y cisternas estaban llenas de agua limpia y filtrada. Miró al techo y tomó nota de las hierbas que servían para curar y aliviar el dolor. Inspeccionó su provisión de láudano y suspiró con preocupación. Por último mojó un paño con agua limpia y eliminó las legañas de los ojos de su hija, momento en que ella despertó.

—¿Ha vuelto? —preguntó la joven.

Alejandro apartó unos mechones de su cara y meneó la cabeza con tristeza.

—No, hija mía.

Kate se levantó e inició su aseo. Oyeron el ruido de los hombres que entraban en el establo para coger sus sencillas armas. Lugartenientes y jefes de guarnición cabalgaban entre las tropas, ordenando que se alinearan y adoptaran formaciones de combate. Alejandro y Kate salieron de la casa en el momento en que el ejército empezaba a moverse. Alejandro detuvo a un lugarteniente que pasaba a su lado.

—Si entramos en combate, traed únicamente a los heridos que puedan salvarse. Carecemos de espacio para alojar a hombres que sólo mojarán la paja con su sangre antes de expirar.

El lugarteniente asintió, dijo que lo comunicaría a los demás mandos y se alejó para reunirse con sus compatriotas.

—Miraremos desde la colina —propuso Kate y, antes de que él pudiera protestar, lo arrastró de la mano. Alejandro cerró los ojos e imaginó la mano de Kate más pequeña y la suya menos áspera, y el eco de sus carcajadas infantiles sustituyó al ruido de los soldados al avanzar. Cuando los abrió de nuevo, vio y oyó los indicios de la batalla inminente, y una mueca de desagrado deformó su rostro. Corrieron al lado de los soldados y se separaron de ellos cuando llegaron al sendero que conducía a la cima. Atravesaron el bosque húmedo hasta llegar a la cumbre, para esperar y observar.

Una vez congregada, la *armée des Jacques* de Guillaume Karle era algo digno de ver. A primera vista, nadie habría adivinado que se trataba de desharrapados disfrazados, porque mantenían la *cabeza* erguida y las armas preparadas mientras las banderas ondeaban al viento y proferían apasionadas consignas bélicas. A la cabeza de la larga falange iban los jinetes con sus lanzas, y detrás de ellos los lanceros a pie, seguidos de los arqueros, pertrechados con sus toscos arcos y, por último, la infantería, armada con espadas. Les pisaban los talones aquéllos que sólo contaban con garrotes o mazas, y cerraba la marcha el grupo más numeroso, el de los hombres

que sólo iban armados con cuchillos y sus manos desnudas.

Cuando el sol se posó sobre las copas de los árboles, bañó a aquel kilómetro de humanidad, que esperaba, tembloroso pero firme, en un silencio casi total, a que su rey regresara.

Antes de que el sol hubiera abandonado al más alto de los árboles, un vigía dio la voz de alarma.

—¡Se acerca un ejército!

Un murmullo de entusiasmo se levantó en la cabeza de la columna y se propagó, hasta que el último de los hombres supo que Carlos de Navarra avanzaba en su dirección.

Desde la colina, Kate y Alejandro observaron que el ejército de Navarra avanzaba por la calzada, precedido por un grupo destacado de seis o siete hombres montados. Les pareció que tardaba una eternidad en acercarse lo suficiente para permitirles distinguir algún detalle. Alejandro hizo sombra con las manos para protegerse los ojos del sol.

—¡Aún no veo nada, *père*! —exclamó Kate.

—Ni yo. Están demasiado lejos: Espera... Creo que algo está pasando. El ejército se ha detenido, pero la partida pequeña continúa cabalgando.

Siempre había tenido mejor vista que Kate, que parecía padecer ciertas dificultades para ver de lejos. Alejandro oteaba en silencio, cada vez más atemorizado. Un portaestandarte con una bruñida armadura sostenía en alto la bandera del barón de Coucy, y detrás de él cabalgaba un hombre que Alejandro supuso era el barón. Había otros tres jinetes, todos montados en magníficos caballos y armados con espadas, mazas y lanzas. Entre ellos iba Guillaume Karle. Le habían dado un yelmo rematado por penacho. Alejandro contuvo el aliento.

Los soldados no tardaron en ver lo que Alejandro quería ocultar a su hija y exclamaron: «*Vive le roi des Jacques!*». Kate le agarró del brazo y le suplicó:

—¡Dime, *père*! ¡Oh, maldita sea mi visión deficiente!

—Dicen que Karle se encuentra entre ellos, hija —susurró Alejandro—, y creo que es cierto.

Sin pronunciar palabra, Kate dio media vuelta y corrió colina abajo. Alejandro se vio obligado a seguirla.

Cuando llegaron a la cabeza de la falange, los lugartenientes aguardaban, mientras sus caballos cabrioleaban nerviosos. ¿Por qué no se acercan al trote?, se preguntó Alejandro. Los lugartenientes, que estaban tan desconcertados como él, mantenían a la tropa en formación. Alejandro y Kate caminaron hasta detenerse cerca

del contingente montado de su ejército, en un punto desde el que Kate podría presenciar los acontecimientos.

El grupo avanzaba con parsimonia. Kate se volvió hacia Alejandro.

—¡Oh, *père*, es Karle! —exclamó con alegría—. ¡Mis plegarias han sido atendidas, porque me lo han devuelto!

Miró de nuevo hacia la avanzadilla.

Alejandro le puso una mano en el hombro y notó que temblaba. De pronto los jinetes se detuvieron, excepto Karle, y el médico notó que su hija se ponía rígida. Forzó la vista. Había algo incongruente en la escena. Karle se bamboleaba en la silla mientras su caballo avanzaba, casi por voluntad propia, como si el hombre no lo controlara. Alejandro respiró hondo y rodeó la cintura de Kate con sus brazos. El corazón se le aceleró, las sienes comenzaron a palparle.

Por fin el animal se paró en seco y Karle se desplomó hacia adelante. Sus manos parecían sujetas a la silla. El yelmo cayó al suelo y rodó con estrépito.

Kate chilló, aulló y trató de liberarse de su padre, mientras el cuerpo decapitado de su marido se tambaleaba sobre el aterrado caballo. Cuando los lugartenientes corrieron para sujetar al animal y ocultar a su vista la horrible visión, la joven se desplomó, casi sin conocimiento, de modo que Alejandro la alzó en volandas y corrió hacia la casa, con la vista enturbiada por las lágrimas. Mientras se alejaba oyó el sonido de la corneta y el grito de los rebeldes, seguidos del retumbar de cascos de caballos cuando la *armée des Jacques* se lanzó hacia adelante para vengar el cruel asesinato de su jefe. Las tropas enemigas enseguida entraron en acción para responder a lo que Navarra y Coucy calificarían más tarde de ataque directo contra ellos, pese a la alianza concertada.

El fragor de la batalla llegó a ser ensordecedor cuando el ejército de Navarra se mezcló entre la infantería de Jacques. A Alejandro le quemaba la garganta cada vez que respiraba mientras corría para trasladar a Kate a la seguridad de la casa. Le dolían el pecho y los brazos, pues la muchacha era tan alta como él, y pensó que debía de pesar lo mismo. No obstante, las piernas no le flaquearon y por fin llegó al refugio.

La depositó sobre un banco y la zarandéó con cierta brusquedad para reanimarla. La joven abrió los ojos y clavó la vista en los suyos con la expresión de dolor más desgarradora que Alejandro había visto en su vida. Rompió a llorar, y él la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho como si intentara absorber su congoja. Su cuerpo, aunque sacudido por los sollozos, parecía tan rígido como el de un cadáver.

El fragor de la batalla se oía cada vez más cerca, y Alejandro comprendió que pronto acudirían los heridos, suplicando misericordia, y para muchos de ellos la mejor misericordia sería una muerte rápida. Soltó a Kate y la tomó con firmeza por los hombros.

—Hija, tu dolor es inmenso, lo sé, pero guarda la tristeza por tu viudedad para mañana. Ahora es preciso que seas comadrona, pues para ello fuiste educada.

—Oh, *père*, oh, *père* —murmuró la joven entre sollozos—, ha muerto. Mi marido ha sido asesinado.

Alejandro habló con firmeza, pero con inmensa compasión.

—Y nunca volverá. De ahora en adelante, ésta será tu carga. —Suavizó la voz para añadir—: Hace muchos años que Adèle no está conmigo, y aún siento el dolor, pero te tengo a ti. Nos tenemos el uno al otro, y pronto tendremos a tu hijo. Hemos de procurar que crezca en un mundo mejor.

El pesar no había abandonado su rostro, y estaba muy aturdida, pero se secó las lágrimas y se levantó. Padre e hija se abrazaron en los que iban a ser los últimos momentos tranquilos del día. Cuando se soltaron, Alejandro se acercó a la puerta y la abrió. Miró entre los árboles hacia la calzada y quedó sin aliento.

Las pilas de heridos ya empezaban a amontonarse.

Sus aullidos se oían con toda claridad, y Alejandro miró a Kate al tiempo que meneaba la cabeza.

—Hemos de atenderles donde están —dijo.

Reunieron todo cuanto pudieron cargar y corrieron hacia la carretera. Observaron que algunos nombres ya habían muerto y los transportaron a un claro bajo los árboles, donde los dejaron amontonados. Colocaron en una fila a los heridos que necesitaban atención urgente, en otra a los que no iban a morir enseguida, y en una tercera a los que no lograrían sobrevivir.

Empezaron con los primeros y, cuando llegaba una nueva víctima, Alejandro examinaba con rapidez al hombre y ordenaba que lo colocaran en la fila correspondiente. Practicó amputaciones sin administrar láudano en cuestión de segundos y vendaba los muñones con el trozo de ropa que ya no era necesario después de mutilar la extremidad. Los miembros amputados se dejaron junto a la pila de cadáveres, para que la sangre no convirtiera la carretera en un río de barro rojo. De acuerdo con las indicaciones de Alejandro, Kate fue a la casa y sacó leña suficiente para encender un fuego y, cuando por fin ardió, utilizaron carbones encendidos para cauterizar los miembros sangrantes.

Alejandro cogió la espada de un hombre herido, la introdujo en la hoguera, y la retiró cuando estuvo al rojo vivo. Aplicó la hoja candente a un centenar de heridas en el vientre para detener la hemorragia e impedir la putrefacción que se hubiera producido. Después de usarla, la mantenía durante unos minutos entre las llamas para purificarla. A menudo los heridos sólo deseaban que alguien rezara por ellos. Querían morir en compañía, no solos en el lodo, pisoteados por los cascos de los caballos y humillados por las burlas de los soldados de Navarra. Kate se arrodillaba al lado de cada hombre y susurraba: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es

contigo», y era como láudano para las almas de los que partían en busca de la paz que hubiera al otro lado.

Las horas transcurrieron como minutos, y los heridos superaban el millar, cuando Alejandro oyó un trapalear insistente que procedía del lado oeste de la calzada. Interrumpió su tarea para ver qué sucedía. Los hombres aún estaban demasiado lejos, pero el sonido brioso de los animales indicaba que no podían ser amigos. Los caballos de los Jacques ya estarían agotados, y muchos habrían caído. Buscó con la mirada a Kate, a la que vio al otro lado de la carretera, rezando por un moribundo.

—¡Kate! —exclamó.

La joven levantó la vista.

—¡Refúgiate en la casa! Esos jinetes no son de los nuestros. ¡Vete!

—Pero *père*.

—¡Ahora!

Kate se recogió la falda, manchada de sangre, y corrió entre los árboles en dirección a la vivienda.

Poco después de que hubiera desaparecido de la vista, el barón de Coucy y el propio Carlos de Navarra salieron del bosque. Guiaron a sus caballos entre los montones de heridos, sin importarles si pisoteaban a alguien, y se dirigieron hacia Alejandro.

—¿Sois el médico?

Alejandro clavó la vista en el frente, sin contestar.

—¿Sois el médico? Karle nos habló de que tenía esposa. —Al no obtener respuesta, Navarra miró hacia la casa, luego a Alejandro, y advirtió que éste se ponía tenso—. Dijo que el padre de ella era médico. Contestad, o mi caballo cabalgará sobre todos estos heridos.

—Lo soy —musitó Alejandro.

Carlos de Navarra desmontó y, seguido muy de cerca por el barón, que mantenía la mano apoyada sobre la espada, caminó con decisión hacia Alejandro. Se levantó la manga para descubrir un corte profundo en el brazo.

—Curad esta herida, pues. Es el brazo con el que manejo la espada.

La herida no era tan profunda como para que Navarra perdiera el miembro, pero Alejandro sabía que le causaba un dolor considerable. Lo examinó con atención.

—El mejor tratamiento será cauterizarla y coserla. —Señaló la hoguera desfalleciente, que necesitaba más leña—. Antes, debéis hundir el brazo en el fuego para impedir la putrefacción. Ahora, si me permitís, he de atender a los hombres que agonizan.

Notó la punta de la espada de Coucy bajo la barbilla.

—Su Majestad ha ordenado que le curéis. Estos cerdos campesinos pueden esperar... y morir, por lo que a mí concierne.

—Debéis prometerme que no haréis daño a mi hija, ni a mí. Estos desgraciados me necesitan.

Navarra suspiró, casi con indiferencia. Alejandro sabía que se reprimía para no gritar de dolor.

—Ya di mi palabra a Karle de que no haría daño a vuestra hija. Supongo que no me perjudicará hacer la misma promesa al padre. Muy bien, acepto vuestra condición.

—Extendió el brazo con una mueca—. Ahora, atendedme, por favor.

—No tengo láudano.

—¿Para qué lo quiero? No deseo estar aturdido en la hora de mi mayor triunfo. Cosed el corte y proseguiré mi camino, para celebrar la victoria.

Alejandro paseó la vista alrededor. No había rebeldes que necesitaran ayuda inmediata.

—Seguidme —indicó, y les guio entre los árboles.

Cuando Kate vio el emblema real en su manto, su rostro se convirtió en una máscara de rabia y dolor.

Echó a correr, pero pronto se detuvo al ver la espada apoyada en la espalda de Alejandro.

—Curaremos la herida del rey, y después nos dejará en paz —explicó Alejandro.

Kate retrocedió.

—Trae hilo y una aguja. Métela en el fuego.

Lavó la herida con agua limpia y extrajo la suciedad introducida por la espada que había efectuado el corte. La suturó con cuidado, mientras Navarra sudaba con profusión, víctima de un dolor atroz. Cubrió la herida con hierbas sobre las que colocó un vendaje de lino. Hizo todo esto con la punta de la espada de Coucy apoyada contra su hígado.

—Dentro de tres días —dijo al terminar—, retirad la venda y verted vino sobre la herida, blanco a poder ser, y tapadla con un vendaje nuevo. Al cabo de quince días, podréis quitar los puntos. Id con cuidado, porque si dejáis un trozo de hilo en el interior podría pudrirse y dar al traste con nuestros esfuerzos de hoy. Descansad el brazo durante una fase lunar, para que la carne nueva no se desgarre. La única señal que os quedará serán las marcas de las suturas, y la cicatriz, por supuesto, pero podréis blandir de nuevo una espada si seguís mis instrucciones.

Navarra se bajó la manga.

—Bien hecho, médico. Eres digno de servir a un rey. —Se volvió hacia Kate—. Ahora, si la dama nos acompaña...

—¿Habéis olvidado vuestra promesa? —masculló Alejandro.

—Prometí no hacerle daño —respondió Navarra con una sonrisa—, pero no me comprometí a no tomarla. Es bonita, y creo que me servirá bien. Me gustan las mujeres fogosas, sobre todo en la cama.

Kate corrió hacia él al tiempo que exclamaba.

—¡Asesino, traidor!

Coucy la cogió del brazo, y la obligó a dar media vuelta y apoyó el cuchillo bajo su barbilla.

—Soltadla —suplicó Alejandro—, llevadme a mí en su lugar. Os seré de suma utilidad.

Kate aprovechó la intervención del médico para extraer de su media el cuchillo y, antes de que Coucy se diera cuenta, abrió las piernas y atravesó su falda con la afilada hoja, cuya punta se detuvo a escasos milímetros de su miembro viril.

—Podéis matarme pero, si lo hacéis, me llevaré conmigo a todos vuestros futuros hijos —amenazó la joven—. Debéis creerme cuando digo que en este momento me da igual vivir o morir.

Coucy la creyó. Apartó el cuchillo y la muchacha se arrojó a los brazos abiertos de Alejandro.

—Es una pena que Karle tuviera que morir —dijo Coucy al tiempo que se alejaba—. No tuvo la oportunidad de saborear vuestro espíritu. Una pena.

—Asesino —masculló Kate.

Treinta y dos

El envoltorio del caramelo de menta pesaba en su bolsillo como una piedra.

—Venga conmigo —dijo Kristina. Cogió la mano de Janie y tiró de ella como si se tratase de una niña—. Quiero enseñarle el laboratorio.

Janie dirigió la vista hacia Tom, quien asintió.

—He de ocuparme de unas cosas. Adelante.

Janie conseguía con grandes esfuerzos disimular su incomodidad. Cuando Kristina empezó a hablar de lo que iban a ver, sintió curiosidad.

—¿Hay un laboratorio aquí? —preguntó con sorpresa no fingida.

—Aquí hay de todo. No se lo va a creer, pero estoy segura de que le encantará.

Cruzaron una puerta y, cuando salieron del clima controlado a la noche, Janie notó el aire sucio y opresivo en comparación con la pureza de la atmósfera interior. Era la clase de aire húmedo y cargado que amaban las diminutas cosas flotantes.

Se detuvo en seco.

«*Se transmite por el aire, y así invade el cuerpo...*». Palabras de Alejandro.

Por un momento experimentó un pánico comparable al de una persona sumergida en el agua, como si sus pulmones fueran a llenarse de algo indeseable que la mataría. Respiró hondo y recorrió el sendero de grava detrás de Kristina. No tomó aire hasta que entró en otro edificio. Cuando la puerta se cerró a su espalda, espiró para liberarse de la contaminación imaginaria.

Kristina no se había percatado de nada. La guio por un pasadizo iluminado sin dejar de explicar con entusiasmo juvenil las cosas maravillosas que iba a ver. Janie la seguía, algo mareada y con una mano apoyada contra la pared.

Por fin, la joven se detuvo ante una puerta y anunció con evidente orgullo:

—Ya hemos llegado.

Los focos de la habitación se encendieron automáticamente cuando abrió la puerta y proyectaron una brillante iluminación que parecía luz del sol filtrada. Janie entró en el moderno laboratorio.

Lo que vio la dejó estupefacta. Quedó inmóvil en el umbral mientras admiraba el impresionante despliegue de instrumentos, aparatos y ordenadores. Era una juguetería digna del investigador más exigente.

—Esto es... extraordinario —dijo con reverencia.

—Lo sé. Es un lugar maravilloso para trabajar. Aquí extraje la secuencia del ADN.

Sobre un mostrador descansaba una caja de cartón con la tapa levantada. Un reguero de virutas de madera reveló que aún no habían sacado su contenido, de modo que Janie se acercó y miró en su interior. Estaba llena de cajas más pequeñas sin

abrir. A juzgar por las marcas de los fabricantes, Janie dedujo que cada una albergaba una maravilla tecnológica. Cogió una y leyó los detalles de su contenido, lo mejor que el dinero podía comprar en esa especialidad. La devolvió a su sitio con cautela.

—Ni siquiera habéis acabado de montarlo. No alcanzo a imaginar cómo será este laboratorio cuando todo esté en su sitio y funcionando.

—Será increíble. Me muero de impaciencia.

Janie meneó la cabeza con una expresión de incredulidad.

—Extraordinario —repitió—. Maravilloso. Ahora entiendo por qué terminaste la tarea tan deprisa.

—A propósito —dijo Kristina—, ahí lo tiene. Lo que queda, en cualquier caso.

Señaló un pequeño congelador, que descansaba sobre una terminal de trabajo.

Janie se acercó y lo abrió. Dentro había un vaso de precipitado tapado, que contenía unos tres centímetros de líquido amarillento con tonos dorados. Janie lo cogió y lo contempló un momento antes de dejarlo en su sitio.

—Esto es lo más asombroso que has conseguido aquí —dijo.

—Hemos conseguido —la corrigió Kristina—. Si usted no hubiera obtenido el material original, yo no habría podido multiplicarlo.

—Supongo que tienes razón —concedió Janie tras un largo silencio—. Fue un esfuerzo común.

—El primero de muchos, espero.

Janie no respondió a las amables palabras de Kristina de la forma que ésta debía esperar.

—No me cabe duda de que tú y yo vamos a colaborar mucho en el futuro —afirmó, casi sin expresión en el rostro. Bajó la vista con cierta tristeza—. Sin embargo me siento muy frustrada, porque sé que estos chicos no recibirán el resto del tratamiento, al menos hasta que la situación mejore. Es muy posible que algunos no superen la... interrupción, pese a lo que hemos hecho por ellos.

Ambas sabían que tenían razón. No era una perspectiva muy consoladora.

—No podremos hacer gran cosa al respecto. Hicimos lo que pudimos. En todo caso ahora tendrán una oportunidad, y eso es lo más importante, cuando menos para mí. El resto ya no depende de nosotros. En cuanto el suero actúe y absorban la cadena genética apropiada, se reducirá en gran medida el peligro de que se rompan más huesos. Además, las operaciones quirúrgicas a que sean sometidos tendrán muchas más posibilidades de saldarse con éxito. Cuando el próximo brote haya sido erradicado, no será necesario empezar de cero.

—Puede que no quede ningún superviviente. La última vez, las bajas fueron considerables.

Kristina la miró con tristeza.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada al respecto.

Salió del laboratorio con la sensación de que se le habían bajado los humos, una sensación a la que debería acostumbrarse. Encontró a Tom en la sala de reuniones, y cuando su amigo terminó de enseñarle el complejo ya era casi medianoche.

—Me he quedado sin habla —susurró Janie mientras caminaba a su lado—. No sé por dónde empezar... Si la gente descubriera la existencia de este lugar, os invadirían.

—Por eso lo hemos mantenido en secreto. De puertas afuera, no es más que otro campamento de verano.

—La gente intentará entrar, ya lo sabes.

—Tendrán que salvar la verja electrónica. El marido de Linda Horn era algo más que un técnico en energía. Era un experto en armamento cuando sirvió en el ejército. Ahora contamos con algunos fusiles que disparan proyectiles tranquilizantes. Un buen tiro derribará a cualquier intruso antes de seis segundos.

—Sin embargo necesitaréis a más gente, y la población crecerá. ¿Dónde vais a instalar a todo el mundo?

—La finca tiene trescientas hectáreas.

—¡Trescientas! Joder, Tom, ¿cómo comprasteis tanta tierra?

—El campamento ya contaba con un buen terreno, pero conseguí aumentarlo gracias a lo que tú llamarías una discreta adquisición.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en la zona viven algunos funcionarios municipales que disfrutan de una pensión de jubilación suculenta. Cada vez que alguien enfermaba o moría, o salía a subasta una parcela, recibía una llamada.

—¿Y el dinero para todo esto...?

—Gané un par de querellas impresionantes. —Tom sonrió—. Con discreción.

—Pero trescientas hectáreas... ¡Es una ciudad pequeña!

—A veces, lo parece. —¿Debo llamarte señor alcalde? Tom echó a reír.

—No; a mí no. Espero que este lugar no crezca hasta el punto de necesitar un gobierno. Las asambleas ya son bastante complicadas.

—Bien, el único culpable eres tú, por tener a Sandhaus aquí.

—¿Sabes una cosa? Es un hombre asombroso. La gente que conoce, las cosas que es capaz de hacer... No habríamos conseguido llevar adelante este proyecto sin él. Y lo más sorprendente es que ha sido muy razonable. Algunas discusiones son bastante acaloradas, y él siempre está por medio, pero no plantea dificultades. —Hizo una pausa—. De hecho el miembro más problemático es Kristina. Cuando el grupo toma decisiones, siempre ha de decir la última palabra. Creo que se debe a su idea infantil de que puede cambiar el mundo. Todos hemos sido así en un momento u otro. A ella le ha tocado vivir una época muy problemática, de modo que se deja arrastrar por el

entusiasmo. A veces cuesta mucho lograr que comprenda las cosas.

Janie se detuvo y le cogió del brazo.

—Sé que la conocías... antes de todo esto.

Él la miró a los ojos.

—¿Por qué piensas eso?

Sacó el envoltorio del caramelo. Lo sostuvo en la palma abierta.

—Por esto —respondió Janie—. Lo encontré debajo de la cama de la habitación de invitados. En su caso es como una huella dactilar; los va arrojando por todas partes.

En el silencio que siguió, Janie observó que la expresión de Tom se suavizaba y entristecía.

—Tienes razón —admitió—. La conocía de antes.

—¿Te importaría extenderte un poco más? —preguntó Janie, tirante.

—Te lo contaré, pero es una larga historia, y quiero pensar lo que voy a decir antes de empezar. En este momento, sólo te diré que prometí a su madre cuidar de ella.

—Su madre... De modo que Kristina no es tu...

Él le dirigió una mirada penetrante.

—¿Mi qué?

—Oh, no lo sé. Tu novia, supongo.

—¡Janie! ¿Cómo has podido pensar semejante cosa?

—Bien, me ocultaste vuestra relación. ¿Por qué habías de hacerlo, a menos que hubiera algo que no quisieras que supiera?

—De acuerdo, la oculté, pero eso no significa lo que tú piensas.

Después de aquella contundente afirmación, Janie guardó silencio.

—¿Su madre está muerta? —inquirió por fin.

Tom suspiró.

—Sí.

—¿Conocías... bien a su madre?

—Sí. Muy bien. —Cogió la mano de Janie y echó a andar hacia el edificio principal—. Se hace tarde.

Janie decidió no insistir más de momento.

—Lo sé. Muy tarde. No sé cómo estoy despierta aún. Debe de ser la descarga de adrenalina.

—Si tienes hambre, ve a la cocina. Encontrarás frutas y verduras increíbles. Si lo prefieres, te prepararé algo.

—No, gracias, no hace falta que te tomes más molestias por mí. De todos modos, creo que estoy demasiado nerviosa para comer. Necesito calmarme.

Tom aminoró el paso y se detuvo. A Janie le parecía que a su lado el aire del

exterior era menos amenazador.

—¿Quieres ayuda? —preguntó él—. Yo también estoy un poco tenso. —La acercó y rodeó entre sus brazos—. En mi cuarto de baño hay una bañera gigantesca —susurró.

Janie vaciló.

—¿Qué pensarán los demás?

—Lo que les dé la gana. Los demás no me preocupan en este momento. Sólo tú y yo.

—¿Y Kristina? Tom, sé que eres importante para ella... No quiero disgustarla.

Tom rio.

—No lo vas a hacer.

Janie se reclinó contra su pecho y apoyó la cabeza en su hombro, y juntos dejaron que el agua caliente disolviera la capa de preocupaciones que parecía haberse posado sobre todo cuanto les rodeaba.

Janie se apretó contra él, y Tom la abrazó con más fuerza.

—La situación debe de ser muy similar a la de entonces —susurró ella—, en la época de Alejandro. Durante la peste negra. Entonces todo se derrumbó. Nadie sabía lo que estaba pasando. Reinaba el caos absoluto.

—Oh, creo que nosotros sabemos algo más sobre lo que está pasando que la gente de entonces.

—Bien, sabemos la causa de nuestra plaga.

—¿Ellos no?

—Nadie tenía ni idea. Excepto Alejandro, por supuesto. Dedujo que estaba relacionada de alguna manera con las ratas, pero nadie le creyó.

—¿Alguien creyó a los profetas agoreros cuando aconsejaron hace unos años que debíamos clausurar este país?

—No. Tampoco creo que hubiera importado. Podemos combatir nuestra plaga tanto como los hombres del Medievo la suya. Nuestro control es inútil.

Tom hundió una esponja en el agua caliente y la exprimió sobre el brazo de Janie.

—Me contaste que los controles sirvieron de algo en Inglaterra.

—Lo creí cuando llegué y pensé que existía alguna diferencia, como si hubieran sobrevivido mejor al DR SAM. Reinaba un orden perfecto, y nadie acusaba al gobierno de ser demasiado autoritario, o demasiado tolerante, como aquí, pero pronto se complicó todo. Me alegré de regresar aquí.

—Me acuerdo.

Janie se volvió y deslizó un brazo alrededor de Tom.

—Lo siento mucho —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Haber traído a alguien conmigo cuando viniste a buscarme.

—Janie, ya no puedes cambiar eso, y no lo sabías.

—No, Tom, por favor, escúchame. Bruce era... muy necesario para mí. Llegó a mi vida en un momento en que necesitaba a alguien como él. Le había conocido años antes por casualidad, pero esa época fue muy breve, y muy diferente.

—No hay nada como un antiguo amor —afirmó Tom. La besó en la cabeza—. Hablo con cierta autoridad sobre ese tema.

Janie suspiró.

—Creo que por eso me resultó más fácil conectar con él. No era un antiguo amor, pero sí un conocido, y se mostró muy apasionado. No obstante, cuando Caroline se recuperó lo bastante para volver a casa, hablamos y pensé que cada uno seguiría su camino. Después, cuando subí al avión, le vi y me sentí muy feliz... Creo que no pensé en el verdadero significado de la situación.

—Y ahora, ¿qué?

—No lo sé. Hemos estado separados durante un año, nos hemos visto tres veces en ese período. Durante nuestra estancia en Islandia discutimos por las cosas más estúpidas. Y después tuve que regresar... Ha sido una frustración tras otra.

—¿Qué quieres hacer?

—Ya he hecho algo. Le dije que no viniera, al menos por el momento. Creo que será lo mejor. —Se volvió hacia él—. Eso nos dará tiempo a ti y a mí para tomar una decisión.

Tom sonrió, le cogió la barbilla y atrajo su cara hacia él. Cuando Janie se liberó del largo y satisfactorio beso, volvió a hablar.

—¿Qué pasa con las catástrofes y nosotros? Siempre coincidimos. —Eché agua sobre el pecho de Tom y contempló los riachuelos que corrían entre el vello—. Supongo que existe al menos una ventaja, aunque me siento muy culpable sólo de pensarlo. Bruce no podrá venir. Empezarán a cancelar los vuelos internacionales.

Tom guardó silencio unos momentos.

—Vendrá, si se marcha ahora mismo.

Janie se deshizo del abrazo de Tom y se sentó en la bañera.

—¿Qué quieres decir?

—Recibí un mensaje esta tarde, Janie. Le han concedido el visado.

Janie contempló la montaña humeante de huevos revueltos con una mezcla de asco y horror.

—No hablará en serio —dijo a Linda Horn.

—Cazaron ese pollo —explicó la mujer—, y estos huevos son de nuestro propio gallinero. Orgánicos, de gallinas alimentadas con productos naturales, ciento por

ciento biológicos.

Janie se sentó a la mesa, todavía reticente.

—¿Está segura?

—Mire.

Linda se sirvió una ración, tomó asiento a su lado y empezó a comer.

—¿Lo ve? Yo los como.

—Es usted una mujer valiente.

—No, pero sé que están buenos.

Janie contempló a Linda durante unos segundos más.

—Usted sabía que era un gen agrícola, un gen de pollo, por el amor de Dios. ¿Por qué no me lo dijo? Me habría ahorrado un montón de problemas.

Linda dejó el tenedor y se limpió la boca con una servilleta.

—Lamento sus problemas —murmuró—. Todos lo sentimos. No teníamos ni idea de lo que le iba a suceder. Me alegro de que no estuviera en su casa cuando la quemaron.

—Yo también.

—Tenía que parecer que alguien se había topado con ello por casualidad. No bromeaba cuando dije que estaba esperando a que alguien empezara a investigar. Si alguno de nosotros hubiera revelado esta información, tal vez habrían descubierto a nuestro grupo. Y eso hubiera sido fatal. Aún nos queda mucho trabajo por hacer.

—De modo que se dedicaron a diseminar cosas en mi camino, para que yo las descubriera.

—No lo habríamos hecho si usted no hubiera efectuado el descubrimiento inicial. Nos limitamos a alimentar su curiosidad. Su insaciable curiosidad nos hacía mondar de risa.

—Pensar que todo esto ha sucedido para que alguien pudiera extraer el calcio de las cascaras de huevo con mayor facilidad —dijo Janie con tristeza—. Qué absurdo. Qué trivial. Un ave se pierde, y docenas de muchachos quedan horriblemente afectados. —Miró a Linda a los ojos—. ¿Dónde estaba Dios cuando ocurrió todo esto?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Linda.

—Y la llamada desde el Jameson...

—Uno de los nuestros, por supuesto —interrumpió Linda—. Podría haberle quitado importancia, pero no lo hizo.

Janie sonrió.

—Una costumbre que debería cambiar.

Oyeron que una puerta se abría y vieron que Tom se aproximaba desde el fondo de la sala principal. Se sirvió una taza de café y caminó hacia la mesa. Cuando acercó la silla, Linda dirigió un guiño de complicidad a Janie y se levantó.

—Buenos días —dijo a Tom—. ¿Nos veremos después? —preguntó a Janie.

—Aún no lo sé. He de hacer algunas cosas en el mundo exterior.

—Bien, dese prisa. La necesitamos.

Les dejó solos.

Intercambiaron una mirada, y tras unos segundos de vacilación Janie dijo:

—Bruce no estaba en casa cuando le llamé. Dejé un mensaje para que se pusiera en contacto conmigo enseguida.

—Mierda.

—Lo sé. Sólo espero que no se haya largado ya. Sería muy propio de él. Le gusta sorprenderme.

Tom respiró hondo y expulsó el aire lentamente.

—Bien, ya no podemos hacer nada al respecto y te garantizo que, a medida que pasen los días, aún podremos hacer menos. —Exhaló un profundo suspiro y le tendió la primera plana de un periódico que había impreso por Internet. El titular rezaba:

REINSTAURADA LA LEY MARCIAL.

Janie leyó las primeras líneas del artículo, con una expresión de terror y dolor a la vez. Miró a Tom con el entrecejo fruncido.

—Supongo que no hace falta que lo lea entero. Sé lo que explica.

Tom asintió con seriedad.

—Igual que la última vez. Empieza la era de la plaga. Una vez más.

—Lo sospechaba. Hay mucho que hacer. No sé si seré capaz de hacerlo todo hoy. Quizá tarde dos días.

—Puedes pasar de todo y quedarte aquí.

Ella le miró a los ojos.

—No; no puedo.

Tom sonrió con tristeza.

—Lo sé. Por desgracia lo sé. —Apretó su mano—. Tendrás gasolina, espero.

—El depósito casi lleno.

—Estupendo. —Tom se reclinó en la silla y suspiró—. Bien, supongo que ya no puedo retrasarlo más.

Hundió la mano en un bolsillo y le entregó una pistola pequeña.

Janie retrocedió al verla.

—Tom, esto es una locura. No tengo ni idea de cómo se maneja. Guárdala, por favor.

—No. Quiero que la cojas.

—No puedo y, aunque lo hiciera, nunca la utilizaría.

—Janie, la situación es muy peligrosa ahí fuera. Robo de coches, saqueos, una locura, y no ha hecho más que empezar. No quiero que vayas pero, si lo haces, debes

protegerte.

Janie aceptó el arma al final. Tras recibir unas breves indicaciones, la guardó de mala gana en el maletín, al lado de Virtual Memorial. Mientras Tom conducía de vuelta a la ciudad, hacia la creciente anarquía, Janie envió a los agentes detalladas instrucciones sobre la administración del suero. Añadió algo más, algo que no se había planteado la noche anterior. «*Esperen otro mensaje a última hora de hoy*».

Recordaba dónde había visto la foto de aquel traumatólogo.

Era media mañana cuando entraron en la plaza. En la calle a la que daba la puerta principal de la fundación la gente hormigueaba frenética, corría por todas partes con paquetes y bolsas, arrastrando niños, abriéndose paso. Una parte de la acera estaba acordonada con cinta verde, y policías vestidos con biotrajés montaban guardia sobre alguien caído en el suelo. Janie creyó distinguir a Michael entre ellos, a juzgar por la estatura, la postura y los movimientos, pero no estaba segura, pues todos los agentes llevaban máscara.

Los dos contemplaron la escena con horror, mientras el coche pasaba de largo.

—Tal vez se trate de un infarto o algo por el estilo —susurró Tom.

—Ojalá, pero no lo creo.

—Yo tampoco.

Habían llegado a su destino. Tom condujo con cautela entre el mar de peatones enloquecidos y frenó en el bordillo.

—¿Adónde creen que van? —se preguntó Janie en voz alta.

—A donde sea —contestó Tom—. A sus casas, a casa de amigos o parientes, lo más probable. Donde les parezca más seguro.

Mientras miraba, Janie cogió la mano de Tom y la agarró como si fuera un cabo de salvamento.

—Que Dios los acompañe —murmuró—. No suelo decir estas cosas, pero creo que éste es un buen momento.

—Que algo, lo que sea, les acompañe.

Asomaron lágrimas a los ojos de Janie mientras decía con voz temblorosa:

—La última vez nadie sabía lo que se avecinaba, pero ahora... Oh, Dios, ¿conseguiremos superarlo?

Tom le apartó un mechón de la frente.

—Esta vez algunas personas estarán mejor preparadas, incluidos tú y yo. Intenta pensar de esa forma. Y los que no lo estén, bien... Con suerte ese algo desconocido encontrará una manera de acompañarles. —Hizo una pausa—. No es preciso que hagas esto. Puede esperar —añadió.

—Creo que no, Tom.

—De acuerdo —concedió el abogado con tristeza—. Tú decides. ¿Adónde irás

esta noche, si no terminas hoy?

—A casa de Michael y Caroline. Si no están, tengo una llave, pero creo que los encontraré.

—¿Seguro que no querrás volver enseguida?

—Si puedo, lo haré, pero he de ver a Caroline.

En aquel momento una furgoneta verde pasó a su lado con las luces destellantes. Ambos la siguieron con la vista.

—Puede que Michael esté de servicio —conjeturó Tom.

—En ese caso, Caroline y yo nos quedaremos juntas. —Hizo una pausa—. Escucha, Tom, anoche ya quería preguntártelo, pero tenía miedo. ¿Cuánto puedo contarles? O sea, sería estupendo reclutarles. Podrían sernos muy útiles.

Otra capa de preocupación se añadió a la expresión de Tom.

—Michael es un policía —recordó—. Ahora que vuelven a estar vigentes las antiguas ordenanzas, quizá tendría que denunciarnos. Es posible que, a la larga, tuviera que revelar el secreto del campamento.

—Ya se ha implicado en esto hasta las cejas y aún no ha revelado nada. Me facilitó la información sobre la autopsia del entrenador... Sabe todo lo que ocurrió en Londres, y nunca ha dicho ni una palabra.

—Lo sé, pero no creo...

—Tom, Caroline es como una hermana para mí. Es la única familia que me queda.

—Lo siento. No puedo decidir sin consultar con los demás.

—Michael podría sernos de gran ayuda... y en cuanto a Caroline, no sé cómo explicarte...

—Janie, por favor, me encantaría decir que sí, pero no puedo. Antes he de hablar con los demás. Lo haré esta noche, cuando vuelva. —La abrazó durante unos breves momentos—. Te quiero —susurró.

—Y yo a ti.

—Ve con cuidado.

—Lo haré.

El aire era sofocante en el ascensor revestido de madera. Estaba lleno de personas con aspecto preocupado, a algunas de las cuales conocía, pero no se molestaron en saludarla. «Cada uno a lo suyo» era el lema que se imponía a toda velocidad.

Cuando la puerta se abrió en la planta donde Janie había trabajado, el pánico impregnaba el ambiente como si fuera humedad, preparado para dejar caer su carga destructiva sobre cualquiera que no estuviera protegido... y nadie sabía cuál era la protección adecuada. Janie se abrió paso a codazos cuando la gente se arremolinó alrededor de ella para entrar. Encontró a Chet Malin detrás de su escritorio, dedicado

a guardar en una caja sus objetos personales, con un aspecto de agotamiento inusitado.

Se sentó con calma en la silla frente a él.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías...

—¿Desaparecida? ¿Acojonada? —Janie lanzó una risita de amargura—. Estoy asustada, de acuerdo, pero no de ti, ni de la gente de arriba.

Chet paseó una mirada nerviosa alrededor, como si temiera que alguien pudiera oírles.

—Escucha, Janie, lárgate de aquí. ¿No te das cuenta de lo que está pasando? Hemos de trasladar pacientes, sellar pabellones, toda clase de mierda... Será mejor que te vayas, a menos que tengas una cura contra el DR SAM.

Se dispuso a guardar en la caja una fotografía enmarcada. Janie se la quitó de la mano.

—Te pareces un poco a tu padre —observó mientras la miraba. Se la devolvió—. Sé lo que ocurrió, Chet.

Él la miró, y por un momento pareció asustado, pero enseguida recuperó la arrogancia.

—Sí, bien, las cosas se ponen feas otra vez —comentó con tono burlón—, y a nadie le importará una mierda un pequeño accidente genético sucedido hace años; sobre todo porque no fue un accidente genético humano. Se perderá en la confusión.

—Y cuando la confusión termine, Chet, ¿qué pasará? Tengo copias de la prueba, y hay otras en lugares secretos, de forma que, si algo me ocurre, algo más, quiero decir...

El hombre miró de nuevo alrededor. Tenía la frente perlada de sudor. Lo secó con la manga subida, con lo que añadió más manchas a las ya existentes. Entonces vomitó toda la confesión, como si no pudiera impedirlo.

—Se había planeado un pequeño incendio, sólo para asustarte, no un infierno... pero al tío se le fue la mano. Debes creerme, Janie, fue un accidente, por el amor de Dios. Intentamos resolverlo...

—¿Cómo?

—Con una solución genética. Teníamos algo que podía funcionar. Lo de la *giardia* fue sólo para asustar a la gente y conseguir que colaborara; así podríamos aplicarlo a todo el mundo. Pensamos que había funcionado, porque no surgieron secuelas hasta hace poco. Te aseguro que lo intentamos, de veras... Escucha, Janie, mi padre enfermó por culpa de este asunto. Fue eso lo que le mató... la tensión de sentirse responsable de lo ocurrido.

—Fue el responsable, Chet.

—¡Por favor! Un ave se extravió. Un ave valiosa, con un gen patentado, por eso la vigilábamos estrechamente.

—Pero las aves, aves son, ¿no? Tienen esas alas tan engorrosas. —Janie entornó los ojos y le fulminó con la mirada—. Ahora, eres dueño de parte de esa patente.

—Sí, pero...

—De modo que, cuando todo vuelva a la normalidad, esperas ganar dinero con ella.

—Sí, pero no tiene nada que ver con esto.

—Alguien a quien no le hubiera importado perder esa fortuna ya habría dado la voz de alarma.

Chet quiso decir algo, pero calló. Respiró hondo y se miró las uñas.

—Solíamos llamarte el Hombre Mono, ¿sabes?, pero creo que Hombre Pollo es más apropiado.

Chet levantó la vista.

—¿Hombre Mono?

—No me digas que no lo sabías, por favor.

—No.

Por algún motivo, Janie le creyó.

—Entonces eres más tonto de lo que pensaba. Con suerte, serás lo bastante listo para hacer lo que te voy a sugerir. —Le habló del gen alterado y de los frascos de suero que se habían enviado—. Eso impedirá que se rompan más huesos, pero no curará los huesos que ya se han roto. Por tanto, cuando traslades a todos esos pacientes en estudio que tienes ahí fuera a pabellones estériles aislados, como ya estás haciendo, tendrás algunos más de los que habías pensado.

—No puedo hacer eso.

—Tienes espacio, tienes dinero. Apáñatelas. Y hazlo hoy, porque de lo contrario juro que resucitaré de las cenizas de lo que se avecina y te daré de hostias hasta en el carné de identidad.

—Janie, los de arriba nunca me lo permitirán...

—Entonces agita estos bonitos papeles ante sus narices, Chet. También hay ahí un informe de la policía sobre un entrenador de baloncesto muerto. Estoy segura de que a algún pez gordo de arriba le encantará leerlo.

Chet la miró con horror.

—Yo no tuve nada que ver con eso, lo juro.

—Pero fue tu padre quien montó este embolado. Un conocido mío vio una lista que yo tenía en el ordenador y recordó el nombre. O sea, que ya puedes borrar todas las huellas que quieras. La gente siempre tendrá recuerdos, a diferencia de las máquinas.

Treinta y tres

Era el invierno más frío que Alejandro conocía desde la primera vez que atravesó el canal de la Mancha, hacía más de una década. Si bien los inviernos que había vivido en Francia no fueron muy benignos, no podían compararse con el que había soportado en Inglaterra, cuando pensó que nunca más volvería a ver aves o flores. No obstante, durante aquella cruda estación le había consolado el amor de una mujer, y ahora era él quien intentaba, casi siempre en vano, consolar a su hija. A veces tenía éxito, pero sólo cuando ella se dejaba consolar.

Gracias a algún milagro, el hijo que llevaba en sus entrañas consiguió sobrevivir a los horrores del alzamiento y la derrota de la Jacquerie, y mientras veía hincharse su vientre Alejandro se maravilló de que Dios siempre cuidara de aquéllos que no podían cuidarse a sí mismos. En el caso de Kate y su hijo, sin embargo, daba la impresión de que Dios había dejado en los huesos a la muchacha, en otro tiempo de formas voluptuosas y rotundas, ahora delgadas y angulosas, para entregar lo poco que ella comía al hijo de Guillaume Karle. Aunque no había perdido su belleza, algo que Alejandro consideraba imposible, el embarazo le había robado el color de las mejillas. Casi siempre estaba pálida como un espectro, a menos que tomara un poco el aire, pero a menudo se encontraba demasiado cansada. Se quejaba con frecuencia de dolor de dientes, y Alejandro rezaba cada día para que no perdiera alguno durante el embarazo. Una manzana de vez en cuando o, si Dios era magnánimo, una cebolla con sus milagrosas virtudes, habrían solucionado el problema, pero tales prodigios eran inencontrables.

El feto desfilaba en su vientre como un soldadito, y Alejandro siempre localizaba sus pies cuando daba pataditas en la delgada piel de su madre. El mayor placer de Kate consistía en acariciar lo único, aparte de sus recuerdos, que le quedaba de su amor por Guillaume Karle. Alejandro juzgaba justo que obtuviera algún placer de su carga, porque los primeros meses había sufrido náuseas con frecuencia y procurado retener en su cuerpo el escaso alimento que ingería. No había hierbas para preparar las infusiones que aliviaran su malestar, porque las habían gastado todas con los soldados heridos de la Jacquerie, o en otras tareas curativas, y cuando el último herido salió de la casa, la tierra había adquirido un color pardo, y ya no encontraron más hierbas. No brotarían hasta la primavera y, para entonces, el niño ya habría nacido. Vivo, esperaba Alejandro. Pensaba que no podría soportar ver a su hija sometida a otro tormento.

Empezaron aquel invierno con dos monedas de oro, y Alejandro había pensado que serían suficientes. Dos monedas de oro bastaban para sostener a una familia

durante un año, al menos eso le habían dicho, y deseaba creerlo con desesperación. Como no había nadie que cuidara del ganado o cosechara el escaso trigo que había brotado y lo llevara al mercado para venderlo, la gente pagaba precios exorbitantes por lo que podía encontrarse. Seguro que los nobles no pasarían hambre, pensó, en especial Carlos de Navarra y el barón de Coucy.

Alejandro sabía que, hasta la primavera, sólo comerían lo que él cazara, pero la caza escaseaba, y como los estanques estaban helados, era casi imposible pescar. Sus sueños estaban poblados de hogazas doradas, pescado blanco humeante y manzanas rojas; su estómago estaba poblado de jugos gástricos, cartílagos y gruñidos.

Acudían algunas personas en busca de tratamiento. Ya no se molestaba en ocultar que era médico, porque los campesinos sabían muy bien lo que había hecho por sus hermanos, hijos y maridos heridos, y su compasión era conocida en kilómetros a la redonda. Además, era el único médico que quedaba al norte de París, o eso parecía al menos cuando se formaban ante su morada colas de *miserables*. A menudo no podía hacer nada por los que padecían enfermedades debidas a las privaciones y acudían en busca de esperanza. Casi siempre, los enviaba a casa con palabras de aliento y poca cosa más. La mayoría de los que podía curar no tenían con qué pagarle, y él tampoco pedía nada a cambio. En ocasiones le llevaban un pedazo de carne seca, una manzana agusanada o un mendrugo seco, porque la comida fue el único lujo que preocupó a la gente durante el largo invierno de 1359. Agradecía lo que recibía, pero entregaba la mayor parte a Kate. Las llamadas a la puerta ya no le sorprendían, y nunca se molestó en pensar si los agentes del rey Eduardo le habían localizado por fin. Que vengan, pensaba con frecuencia, sumido en la amargura, con tal de que traigan comida.

Una fría y soleada mañana de finales de invierno, cuando el aire tendría que haber sido mucho más tibio y los carámbanos más pequeños, oyó una llamada en la puerta que se le antojó diferente de las demás, más firme y enérgica. Los campesinos que buscaban su ayuda la golpeaban casi con humildad. Aquélla no era la llamada de un mendigo. Por primera vez en muchos meses, cogió el cuchillo antes de abrir.

Volvieron a golpear, esta vez con más fuerza, y la cara de Kate expresó alarma. Casi a punto de parir, pensó Alejandro. Roguemos que no sea un ladrón o un caballero en busca de mozas aún más rellenitas...

Cuchillo en mano, descorrió el pestillo de madera y abrió unos centímetros la puerta. Vio a un hombre alto cubierto con una capa de montar oscura; una figura negra recortada contra el blanco grisáceo de la nieve. Como el sol daba en la espalda del desconocido y la malnutrición había perjudicado la vista de Alejandro, éste no distinguió su cara.

—¿Médico? —oyó.

La voz le resultó familiar, pero no logró identificar a quién pertenecía.

—¿Colega? —oyó a continuación.

Estuvo a punto de desmayarse.

—No sois bienvenido aquí —espetó Alejandro al tiempo que intentaba cerrar la puerta.

Sin embargo De Chauillac apoyó el hombro contra la madera y se abrió paso por la fuerza, muy superior en energía y voluntad a su debilitado colega.

—No, pero me necesitáis.

El francés observaba en silencio, compungido, mientras Alejandro lloraba debido a los alimentos que había traído de París y los entregaba a la muchacha embarazada, lastimosamente flaca, que devoraba cada bocado como si fuera un animal famélico.

Cuando terminó de comer, el judío pensó por un momento en atacar a su visitante y acabar con él, de una vez por todas, pero sabía que sus fuerzas no se lo permitirían y aún conservaba la lucidez suficiente para saber que sería una terrible pérdida.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó.

—Supe vuestro paradero desde el primer día que llegasteis. Tenía un espía entre vuestros soldados, uno de los guardias a los que tanto despreciabais y engañasteis con tanta habilidad. Es lógico que no os dierais cuenta. El hombre iba y venía con discreción entre vuestros soldados. Además, me dijo que estabais muy preocupado.

—¿Y su suerte...?

—Estuvo a punto de perecer en la batalla, pero vuestra hija le curó, y sobrevivió. —Miró a Kate y asintió en señal de respeto—. El hombre os envía su más sincero agradecimiento y la promesa de que nunca más retendrá cautivo a vuestro padre.

Una pálida sonrisa asomó a los labios de Kate, y a Alejandro le dio un vuelco el corazón al verla.

De Chauillac señaló el vientre de la joven.

—El hijo de Karle, supongo.

Alejandro asintió.

—¿Cuándo será el parto?

—Pronto, creo, aunque no lo sé con exactitud.

—Levantaos, madame —pidió De Chauillac—, por favor.

La joven miró a Alejandro, que se limitó a enarcar las cejas en señal de sorpresa. Kate obedeció.

—Volveos, para que pueda comprobar la amplitud de vuestra preñez. Ceñíos el vestido al estómago... Quiero ver las curvas.

Kate hizo lo que le indicaba, y reveló una protuberancia redondeada que se proyectaba sobre sus muslos esqueléticos.

—El bebé está bajo —observó De Chauillac.

—No me extraña —repuso Alejandro—, porque su vientre carece de carne para

sostenerlo a más altura.

—Sí, pero un bebé sólo baja tanto cuando está a punto de salir. Dará a luz antes de una semana.

—¿Cómo sabéis tanto de partos? Pensaba que no os rebajabais a atender a las parturientas.

—Soy la comadrona real, o lo era cuando gozaba del favor de Su Santidad.

—*Père* —intervino Kate—, ¿es posible que esté en lo cierto?

—Creo que sí —contestó De Chauillac, sin esperar la respuesta de Alejandro—. Lo mejor sería que vinierais a París conmigo.

Alejandro le miró con suspicacia.

—¿Para ser vuestro prisionero de nuevo? Jamás.

De Chauillac se levantó y miró a Alejandro.

—Idiota —espetó el francés—. Sois un invitado desagradecido y cruel. Además, acaparáis celosamente lo poco que deseo de vuestra compañía. Me da igual que os quedéis o marchéis, si no compartís vuestros conocimientos conmigo. Por otra parte, cuando os alojéis bajo mi techo, deberé alimentaros. Es una buena obra en estos días.

Fue una reprimenda inesperada. Alejandro miró con estupefacción al francés.

—Entonces ¿por qué...?

—Hay peste en París. Se os necesita.

Por fin, pensó Alejandro. Algo con lo que podría negociar.

—¿Y mi oro?

—Aún lo conservo. Lo recuperaréis.

—¿Y el manuscrito de Abraham?

De Chauillac vaciló.

—Lo tiene Flamel.

Alejandro se incorporó, como si fuera a abalanzarse sobre él.

—¿Se lo disteis?

—Me lo suplicó.

—Pero ignora su significado.

—Prometió encontrar a alguien para que terminara la traducción.

—¡Y hará con esa sabiduría lo que le venga en gana! ¡No se utilizará para el beneficio de aquéllos a quien iba dirigida!

De Chauillac suspiró.

—No podemos hacer nada al respecto. Cayó en vuestras manos por casualidad, y ahora, por una casualidad similar, se halla en poder de Flamel. En el fondo, es un buen hombre, aunque pomposo en exceso. Obrará el bien con él. De alguna manera, ese volumen logró sobrevivir a un largo viaje sin necesidad de vuestros cuidados. ¿Qué os hace pensar que vuestra protección es indispensable? —Se levantó y empezó a pasear—. Empiezo a sospechar que ese manuscrito posee voluntad propia. Si

preferís que lo diga de otro modo, se halla bajo la influencia de la voluntad de Dios y terminará donde Él quiera.

Alejandro guardó silencio durante largo rato.

—Ahora creéis lo que os dije acerca de la peste. ¿También creéis lo que os dije sobre las ratas?

—No me encuentro en posición de dejar de creer. Juré al delfín encontrar una cura contra esa enfermedad. El paciente al que debéis tratar es el hijo del príncipe Lionel y la condesa Isabel.

Alejandro tragó saliva.

—No puedo visitarle.

—Creo que estáis en deuda con ella, colega.

Alejandro agachó la cabeza. Después miró a Kate para pedirle permiso en silencio. Ella asintió con un levísimo movimiento de la cabeza.

Alejandro se volvió hacia De Chauillac.

—En la habitación donde estaba cautivo...

—Sí —le interrumpió De Chauillac—. La criada lo encontró. Iba a desembarazarse de esa cosa maloliente, pero al final me la enseñó. Aún la conservo en mi estudio, en un frasco.

—Entonces, no se ha disipado.

—Tal vez un poco, no os lo puedo asegurar, pero huele de una manera inmunda, de modo que sus cualidades habrán sobrevivido. Me alegro ahora de no haberme librado de ella.

Cuando salieron de la casa para partir, Alejandro se sorprendió al ver dos caballos atados a un poste, que esperaban sin vigilancia. Se volvió hacia De Chauillac.

—¿Habéis venido solo? ¿Con un caballo de más?

—Ahora ya no hay salteadores de caminos.

—¿Cómo es eso?

—Todos han muerto, colega. Asesinados. Navarra y Coucy han acabado con todos los sospechosos de dicha actividad. Por supuesto, han englobado en esa categoría a todo aquél que mendigaba comida para su familia. Por tanto, no tenía nada que temer.

No obstante, nos dejaron en paz, pensó Alejandro, en cumplimiento de la promesa que hicieron a Karle. Por lo visto, existe honor entre los monstruos. Susurró unas breves palabras de agradecimiento al alma de Guillaume Karle y se preguntó si su espíritu habría encontrado el descanso.

Habría resultado demasiado doloroso hablar de Karle, de modo que lo había recordado en silencio durante todo el largo invierno. Si bien nunca verbalizaba sus pensamientos, Alejandro se preguntaba a menudo cómo habían sido sus últimas

horas. ¿Había plantado cara a sus torturadores, mofándose de éstos como ellos se habían mofado de él, a sabiendas de que era su última oportunidad? ¿O se había sumido en un silencio estoico, mientras Navarra y Coucy planeaban su muerte? Debió de constituir una tremenda sorpresa para Karle, pensó Alejandro, averiguar que la alianza ya no era necesaria, que el delfín no había logrado reunir las tropas suficientes y que no se libraría ninguna batalla entre Navarra y el heredero del trono de Francia. Sin embargo, había conseguido arrancar una solemne promesa a Navarra, con suficiente pasión para que el muy canalla la respetara.

A menudo se había preguntado si era Karle quien había herido en el brazo a Navarra y se había ganado así su respeto. El corte tenía un día de antigüedad cuando lo cosió.

Se repetía aquellas preguntas en su mente mientras preparaban el viaje a París, pero nunca conocería las respuestas sin interrogar a Navarra, algo que sólo haría cuando su cuerpo no fuera a traicionarle debido a la debilidad.

—¿Estáis preparado, colega? —preguntó De Chauliac con gentileza.

—Sí —contestó Alejandro al punto.

No tenían nada de valor que llevarse, salvo la bolsa de instrumentos de Alejandro y la caja con la piel disecada que Kate había preparado con tanto esmero cuando llegaron a la casa. Ambos objetos cabían sin problemas en la alforja donde De Chauliac había transportado la comida. Era doloroso pensar que todas sus posesiones cabían en el espacio ocupado otrora por lo que ahora llenaba sus estómagos. Alejandro intentó no pensar en ello mientras cabalgaban. Se concentró en aferrar con firmeza a Kate, que iba montada delante de él, sobre el animal más grande. Al principio, pensó que sería demasiada carga para el caballo y quiso caminar a su lado, pero De Chauliac le convenció sin muchas dificultades de que el peso de ambos no sería muy superior al suyo.

Las calzadas aún estaban heladas, cubiertas en algunos tramos de nieve fresca. Reinaba un silencio espectral en los bosques, porque la caza había desaparecido casi por completo, las aves no habían regresado y la masa blanca apagaba todos los sonidos, salvo el crujido ocasional de una rama incapaz de seguir aguantando el peso de la nieve. De vez en cuando, Alejandro distinguía en la cuneta la forma inconfundible de un cráneo cubierto de nieve, o un montículo que sólo podía ser el cadáver de algún desgraciado. En otro tiempo, grandes piras habían flanqueado aquella misma carretera, porque cuando había leña y tiempo, los que aún conservaban algunas fuerzas prendían fuego a los muertos. Las llamas se elevaban, y un olor nauseabundo impregnaba el aire y revolvía las tripas. Si cerraba los ojos, le parecía oír de nuevo los gritos de los hombres que habían muerto en la carretera de Compiégne, los chillidos de los heridos, el retumbar de los cascos de los caballos de Navarra y Coucy.

Entraron en París sin problemas, porque De Chauillac había tomado medidas para su regreso. Las calles estaban silenciosas y casi desiertas, salvo por los serenos que, abrigados con capas de lana, anunciaban las horas a los ocupantes de las casas cerradas a cal y canto, en cuyo interior el afortunado que contara con combustible estaría acurrucado junto a su frugal colación. Las tiendas estaban cerradas, los mesones oscuros y vacíos. Cuando pasaron junto a Notre-Dame, Alejandro no vio obreros en los andamios, ni oyó los cánticos que conseguían hacer soportable la proximidad a aquel bastión de la cristiandad.

No había palomas en la plaza.

¡Por fin! ¡Se las han comido!, pensó con no poca alegría.

Cruzaron el Sena helado para llegar a la mansión de Guy de Chauillac, cerca de la universidad; cuando Alejandro entró, sintió verdadero calor por primera vez en muchos meses.

Los condujeron de inmediato a habitaciones separadas, donde encontraron todo lo que necesitaban: agua fresca, ropa limpia, cepillos de dientes, peines y cintas para el pelo de Kate. Todo estaba dispuesto con buen gusto. Mientras Alejandro se lavaba y vestía, una vez liberada su mente de la necesidad de encontrar formas de mantener vivo su cuerpo, experimentó una sensación desconocida, de premura y miedo por la tarea que había aceptado llevar a cabo.

¿Podría hacerlo de nuevo? La última vez que había vencido a la peste había sido en sus propias carnes, y Kate era tan pequeña como un suspiro. La muchacha había hecho por él, gracias a su fuerza de voluntad, lo que él no había conseguido hacer por Adèle: le había obligado, en medio de sus delirios, a ingerir la poción que constituía su única esperanza de curación. Le había tapado la boca y la nariz con sus pequeñas manos hasta que no tuvo más remedio que tragar o ahogarse, y si bien habría agradecido en aquel instante la llegada de la muerte, prefirió tragar. Había vivido, y desde entonces la muchacha describía aquel momento como uno de los más difíciles de su vida, más difícil aún que ver sucumbir a su propia madre.

¿Debería padecer una vez más la misma experiencia, tan cerca del parto?

No, pensó con firmeza, no lo permitiré.

Cuando salieron juntos al vestíbulo, le indicó que debía quedarse con De Chauillac.

—¡Jamás, *père*!

—De Chauillac, convencedla de que es una locura. Decidle que se quede con vos.

—Lo haría, colega, pero mis palabras no servirían de mucho, porque no tengo la menor intención de quedarme aquí.

Les guiaron en silencio a través de las dependencias del castillo. Alejandro se sintió casi acobardado, pues tenía remordimientos y temía su primer encuentro con la

condesa. Su primer gesto hacia ella debería ser postrarse de hinojos y suplicar perdón por la falsedad de su amor.

¿Había sido falso, en realidad? No del todo, había concluido. En otro momento o lugar, en circunstancias diferentes, tal vez su flirteo habría fructificado, porque consideraba a Isabel una compañera agradable y jovial. Poseía ingenio y una aguda inteligencia, y el sonido de su voz le complacía sobremanera. Además, no deseaba hacerle daño.

Sin embargo no era Adèle, nunca lo sería.

Su preocupación se reveló infundada, porque el lugar parecía desierto. Vio a pocos criados, aparte del que les guiaba, y cuando abrieron la puerta de la habitación en que reposaba el niño, el sirviente se volvió al punto para marcharse. Alejandro le agarró.

—Necesitaremos algunas cosas. No hace falta que entres, bastará con que las dejes ante la puerta. Responde a nuestras llamadas, pues de lo contrario el niño sufrirá más, y me aseguraré de que tu señora sepa quién no estuvo a la altura de las circunstancias.

Se cubrieron la cara con mascarillas de tela, una precaución propuesta por De Chauliac, y se apresuraron a cerrar la puerta a su espalda. El olor de la peste les atacó al instante, y lo primero que hizo Alejandro fue abrir las ventanas de par en par para que entrara un poco de aire respirable. Encontraron al niño tendido bajo la colcha de armiño, vestido con su camisa de dormir sudada, manchada de sus excrementos, porque nadie, ni siquiera su madre, podía acercarse para cuidarlo. Sintió una inmensa pena por el chiquillo, que tenía el cuello hinchado y oscuro, y una expresión de terror en los ojos. Rodeado de desconocidos, sería sometido a lo que consideraría crueles torturas disfrazadas de tratamiento médico.

Alejandro apartó las pieles y las amontonó en un rincón. A continuación tiró de la campanilla y se acercó a la puerta. El criado avanzó por el pasillo, pero no se aproximó a la puerta, aunque apenas estaba entreabierta.

—Trae sábanas y camisones limpios y varias jarras grandes de agua fresca. Y una nueva colcha para la cama, pero no de pieles, sino de lana. Necesitaremos una olla para hervir el agua, y comida para tres días para los tres. Déjalo todo ante la puerta.

Una vez dentro, mientras esperaba a que le llevaran lo que había pedido, Alejandro condujo a De Chauliac a un rincón.

—Venir aquí os ha puesto en un grave peligro. Kate y yo hemos sobrevivido a esto, y no he visto a ningún superviviente volver a contraer la peste. Por eso estoy seguro de que no nos pasará nada. En cambio vos... vos sois vulnerable, me temo.

—No obstante, me quedaré aquí, tal como prometí.

—Olvidad vuestra promesa, francés, o aprenderéis la cura, pero jamás podréis aplicarla.

—Me quedaré —insistió De Chauliac con determinación.

—Entonces, apartaos del lecho, para no aspirar los humores del niño. De esa forma, puede que no os contagiéis.

—Necesito ver cómo curáis al chiquillo... Será la mayor sabiduría que haya contemplado en mi vida.

Alejandro le miró fijamente.

—No es nada más que la sabiduría de una vieja bruja —repuso—. Una mujer.

—Eso decís vos, colega, pero tiene que ser algo más.

—Sólo es eso, De Chauliac. Nunca debéis subestimar el poder de una mujer para hacer lo que es preciso.

Treinta y cuatro

Una tarea que Janie deseaba con desesperación terminar la aguardaba en el Jameson Memorial Hospital pero, cuando llegó en su coche, un rápido vistazo la previno de que era imposible acercarse al edificio en automóvil. Los aparcamientos estaban acordonados para alojar a una flota de vehículos que no hubieran desentonado delante de una instalación militar. Policías vestidos con trajes verdes dejaban pasar a las ambulancias, pero no a los coches particulares, de modo que Janie dejó el Volvo a pocas manzanas de distancia, en un lugar tristemente familiar de su vida anterior a la epidemia, un aparcamiento situado detrás del colegio donde había estudiado su hija. Después de comprobar que el tapón del depósito de la gasolina estaba cerrado con llave, recorrió a pie la escasa distancia que la separaba del hospital de acero y vidrio.

El tiempo corría a toda prisa. Sabía que debía terminar el trabajo y marchar cuanto antes, pero no podía obligar a sus pies a caminar más deprisa. Como algas, viejos recuerdos se enredaron alrededor de sus tobillos y la inmovilizaron al borde del aparcamiento. Se volvió a medias para contemplar la extensión de pavimento que en otro tiempo había albergado autobuses y microbuses y vio que una leve brisa doblaba los delgados brotes verdes de los carmeles que asomaban entre las grietas, una evidente señal de descuido. Antaño se había parado en el mismo lugar y observado los coches fúnebres que partían de aquel colegio formando una línea larga y continua, y cada uno aminoraba la velocidad para sortear los baches que ella había esquivado cientos de veces con un coche lleno de niños risueños, todos camino de hogares felices donde les esperaban padres amantes, su lugar natural en un mundo que era como debía.

Janie se estremeció. Se despojó del dolor y caminó hacia el hospital. Cuando se acercaba, vio enormes rollos de tela metálica sobre un camión de plataforma. La primera vez, sólo habían tardado un par de días en rodear el edificio con la barrera de metal. «El final de dos ocasos», habría dicho Alejandro de haber estado presente. Pronto el Jameson Memorial se convertiría en una fortaleza tan formidable como cualquier castillo medieval que el antiguo médico hubiera visitado durante su viaje por Europa, y mucho más mortífero. No era el lugar adecuado para acoger a niños enfermos, y la entrega de la gracia salvadora de Alejandro a Abraham Prives era razón suficiente para desafiar el laberinto de pasillos, esquinas y escaleras que la conducirían a su lado.

No obstante, cuando se encontró frente al puesto de seguridad recién instalado, con su estructura de cromo reluciente y su escáner de plástico, su resolución flaqueó. Los guardias iban vestidos del verde tan familiar como aterrador, y al verlos congregados Janie no pudo por menos de pensar en el aeropuerto de Heathrow, donde

se habían apostado a lo largo del entresuelo como tiradores de elite, preparados para abatir al primero que se portara mal.

Cuando se acercó, uno señaló el sensor de identificación. Janie avanzó y pasó la mano, con la palma hacia arriba, bajo el lector. El hombre le entregó una mascarilla. Ella se la puso. No intercambiaron ni una palabra.

Mediante signos le indicaron que se dirigiera hacia el escáner. Sería en ese punto donde la detendrían, si existían motivos, aunque nadie sabía todavía dónde se encontraban los centros de detención. Janie sospechaba que, al cabo de pocos días, un nervioso pariente de un político o financiero influentes extraería la información a un agotado funcionario, dispuesto a abandonar su puesto por la presunta seguridad de las regiones interiores, alguien a quien ya no preocuparían las consecuencias de su indiscreción.

Cuando eso sucediera, ella ya se habría refugiado en las colinas, libre de todo acoso. A la larga, descubrirían adonde habían conducido a la gente.

Aunque eso no sirviera de nada.

La alarma no sonó, y Janie pasó. Corrió por el pasillo, mientras sus pasos resonaban sobre el duro suelo de losas, y después subió por la escalera de dos en dos, despreciando el ascensor y su aire acondicionado. Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas, pero en ninguna se veía aún la mortífera cinta verde, la temida señal de la cuarentena. De todos modos, el lugar parecía desierto, y cuando Janie llegó a la puerta de Abraham, la cruzó y la cerró de inmediato a su espalda.

Claro que cerrarla tampoco servía de nada.

Encontró a la señora Prives junto a la cama, donde esperaba que estuviera. Cogía la mano de su hijo en un aparente esfuerzo por impedir que perdiera la energía que le quedaba. Cuando vio a Janie, una expresión de alivio apareció en su cara.

—Gracias a Dios que ha venido. Parece que todo el mundo se ha marchado.

Janie le puso una mano en el hombro, si bien estaba segura de que sólo podría proporcionarle un consuelo insignificante.

—Todo el mundo se ha vuelto loco —comentó, y movió la cabeza hacia la puerta—. El DR SAM...

—Ya lo sé —replicó la mujer con brusquedad.

El tono de impotencia de la señora Prives enmudeció a Janie.

—¿Ha venido alguien a hablar con usted?

—No. Da la impresión de que ya no queda nadie en el hospital. Empiezo a asustarme. Me gustaría saber qué está pasando.

—Me parece que todo el mundo se ha largado —dijo Janie—. No puedo culparles. Yo también iré a, ejem, a casa cuando termine aquí.

—Si todo el mundo se ha ido, ¿quién cuidará de Abraham? —La voz de la mujer era casi suplicante.

—Para eso he venido —contestó Janie—. Se ocuparán de él, se lo prometo.

Abrió la bolsa y sacó el frasco.

La señora Prives lo observó con expresión preocupada.

—¿Qué es eso? —preguntó con nerviosismo.

Janie dio la explicación más sencilla que se le ocurrió, con la esperanza de que sería suficiente.

—Es una solución genética, de un donante que encontramos tras una laboriosa búsqueda. Contiene una pizca de ADN que sustituirá a un fragmento dañado de los genes de Abraham. La lesión se produjo hace mucho tiempo, por lo que no conseguiremos curar la fractura sufrida, pero sí impedir que Abraham se rompa más huesos. La fractura que padece necesitará tratamiento quirúrgico...

—Santo Dios —gimió la señora Prives—. Pero la contaminación... ¿Será posible realizar la operación, ahora que...?

—Se llevará a cabo en un medio estéril —la tranquilizó Janie—. Le ruego que me escuche. A partir de este momento, tardaremos un tiempo en volver a vernos, pero me he ocupado de arreglarlo todo para que Abraham reciba los cuidados necesarios. Esta tarde, alguien de la fundación vendrá a buscarle para trasladarle a su centro médico. Le ingresarán en un pabellón especial, junto con otros muchachos que padecen problemas similares, y a todos se les administrará el mismo tratamiento, empezando con la misma solución genética. Después de que surta efecto, la cirugía reparará las fracturas y se le someterá a una terapia postintervención.

Comprobó la velocidad de goteo del líquido y abrió la válvula un poco para acelerarla.

—El personal del hospital no se enterará, pero teniendo en cuenta lo que ocurre fuera, nadie intentará detenerlos cuando le saquen de aquí. No sé si le permitirán quedarse con él durante el tratamiento, pero le aseguro que le cuidarán bien y se hará todo lo posible por corregir los daños sufridos en la columna y las vértebras.

—¿Cuáles son las posibilidades de que... de que...?

Janie no quiso que la señora Prives dominara su temor lo suficiente para terminar la frase. Contestó con la mayor sinceridad.

—Es posible que no vuelva a jugar a fútbol, pero es muy probable que vuelva a andar.

La señora Prives, que se esforzaba por reprimir las lágrimas, se llevó la mano a la boca. Miró a Abraham, después a Janie. Ésta sonrió.

—Ahora, ya puede llorar —dijo Janie—. Sin miedo.

Cuando la mujer prorrumpió en sollozos de alivio, Janie se inclinó para darle una palmada en el hombro.

—Buena suerte, señora Prives —susurró—. Espero que usted y sus seres queridos consigan sobrevivir.

Se enderezó y paseó la vista por la habitación. Después, miró a Abraham. Ya no podía hacer nada más.

—Ahora debo reunirme con la gente que quiero. Dio media vuelta y se marchó.

Antes de escapar de la creciente locura para ir a casa de Caroline, Janie tenía otra cosa que hacer. Se abrió paso entre el espeso tráfico con las ventanillas subidas por completo. Hacía calor en el coche, porque el aire acondicionado consumía demasiada gasolina y sabía que no iba a conseguir más en un futuro inmediato. Sudaba y se sentía agotada por el bochorno y la angustia, pero pronto, cuando dejara atrás el caos, estaría fresca y seca, y Dios mediante, a salvo.

Dejó atrás los edificios altos de la universidad y se dirigió al extremo sur del campus, hacia el depósito de libros. Sólo había dos coches en el aparcamiento. Supuso que uno sería el de Myra Ross.

Dentro de la moderna instalación no advirtió señales de caos ni pánico, sino sólo un inmenso silencio y la misma luz filtrada, casi sagrada, que había admirado en sus anteriores visitas. Se detuvo bajo un rayo de luz que entraba por una claraboya. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con el fin de que le infundiera energía. Cuando los abrió, vio a Myra Ross delante de ella.

—Me han informado de que estaba aquí —dijo la mujer.

—Ya sabe lo que está sucediendo.

Myra meneó la cabeza poco a poco, con una sonrisa de tristeza.

—Si tienes los ojos abiertos, es difícil no enterarte.

—Todos lo pasamos por alto la vez anterior.

—No volverá a ocurrir —repuso con pesadumbre Myra—. Bien, creo que sé por qué ha venido, pero dígamelo para comprobar que los sueños se convierten en realidad.

—¿A qué sueño se refiere?

—Que dejará el diario aquí.

Janie bajó la vista, casi avergonzada.

—No puedo. Debo ausentarme por un tiempo. Mientras... dure. Quiero llevarme el diario.

Myra suspiró y desvió la vista.

—Lo sospechaba, y lo cierto es que lo comprendo. —Miró a Janie—. Ni siquiera la culpa, pero me gustaría que se lo pensara. Aquí está a salvo. Aunque nos sometieran a un asedio, este lugar es como una fortaleza, está diseñado para resistir un ataque, incluso con armas pesadas. En realidad, no hay motivos para preocuparse.

—No se trata de eso. Sé que no le pasará nada. Tengo la sensación de que, si fuera necesario, se plantaría en la puerta con una ametralladora para alejar a los malos.

Myra lanzó una risita y ladeó la cabeza.

—En otros tiempos y lugares, he alejado a un montón de malos, y no soy tan vieja como para no poder hacerlo de nuevo.

Janie pensó por un momento en la pistola que descansaba junto a Virtual Memorial.

—Lo siento —repuso—. Quiero llevarme el diario. Se ha convertido en algo muy importante para mí, como esas cosas de mi vida anterior que conseguí salvar del fuego. No soporto la idea de estar separada de él.

—Muy bien. Iré a buscarlo. —Myra dio media vuelta, pero se detuvo—. ¿Está segura?

Janie asintió.

—Bien, espere aquí. Volveré enseguida.

Regresó antes de un minuto con un paquete atado con una cinta.

—Me estaba esperando —dedujo Janie.

—Sí.

Janie miró a Myra a los ojos y no percibió miedo en ellos, sino una inquebrantable determinación.

—Espero que volvamos a vernos cuando esto haya terminado.

—Yo también, querida.

—¿Tiene algún lugar adonde ir?

—Me quedaré aquí, por supuesto. Tengo todo cuanto necesito y haré lo que me gusta. ¿A qué otro lugar podría ir?

—Sí, tiene razón.

—¿Y usted? ¿Estará a salvo? Puede quedarse aquí si lo desea. Hay mucho sitio.

—Gracias, pero ya me he encargado de eso. Estaré... fuera de la ciudad. Unos amigos tienen un lugar seguro, en el campo.

—Bien, pues adiós.

—Adiós.

Se abrazaron. Después Janie se dirigió hacia la puerta.

—Doctora Crowe.

Janie se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Sí?

—Creo que debería decir: «Ahí va mi hija, la doctora...». Vaya con Dios.

—Y usted también.

Dejó a Myra con los tesoros del depósito y se marchó con uno de su propiedad, uno de los pocos que le quedaban.

Era la mejor noticia, pero la peor en aquel momento.

—Oh, Dios mío, Caroline, es maravilloso, pero ahora...

—Lo sé. —Captó un leve tono de preocupación en la voz de Caroline, pero ahogada por la felicidad. Lo deseaba con toda su alma—. Es una ironía... Lo hemos intentado sin cesar, Michael está muy emocionado, y mira lo que pasa.

—La vida siempre se abre paso —afirmó Janie—, incluso en las situaciones más desesperadas. —Apoyó una mano sobre el hombro de su amiga—. Y creo que nos encontramos ante una situación desesperada.

Caroline fijó la vista en la lejanía, pensando en el mundo que encontraría su hijo al nacer.

—Lo sé —susurró—. Michael dice que los acontecimientos se están precipitando. Ya se siente abrumado. —Su cara reflejaba tristeza y temor—. Todos lo están.

De pronto Janie experimentó la necesidad de mostrarse optimista. Una pregunta acudió a su mente, la que hubiera formulado de todos modos, en circunstancias más normales.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Caroline pareció complacida por su interés.

—Desde anoche. Creí que me había venido la regla, pero paró de improviso. Me hice un análisis. ¡Y salió positivo!

—Estás absolutamente segura.

—Sí. Sin la menor duda.

Janie posó una mano sobre el liso estómago de Caroline.

—Embarazada. Dios mío.

—Me parece absurdo hablar de esto ahora, pero vas a ser tía, Janie, y yo seré mamá. —Sus ojos brillaban—. Comenzaba a perder la esperanza, sobre todo después de lo sucedido en Londres...

—Eh, en Londres deberías haber aprendido que siempre hay esperanza. Siempre. Volviste del precipicio. Habías caído hasta la mitad. Y ahora, fíjate. Embarazada. —Sonrió—. Es fantástico, fantástico. Como soy el único médico que te va a visitar durante una temporada, deberías decirme cómo te encuentras.

—Maravillosa. Perfecta. Espléndida.

Las hormonas, pensó Janie.

—Cojeabas un poco cuando llegué. ¿Cómo va el dedo del pie?

—Hoy me duele un poco, pero por lo demás me siento muy bien.

—Habrás retenido un poco de líquido, y los pies se te habrán hinchado. Bueno, ya sabes que debes evitar el alcohol y el contacto con los gatos. No salgas de casa, cierra todas las puertas y ventanas...

Pero si podían acompañarla al campamento, no habría problemas.

—Lo sé —repuso Caroline. Después, como si hubiera leído los pensamientos de su amiga, añadió—: Si he de quedarme en casa durante todo el embarazo, lo haré. No necesitaré ropas especiales. Usaré las camisas de Michael. —Guardó silencio—.

Escucha, Janie, quiero que vengas a vivir con nosotros —declaró por fin—. Aquí estaremos a salvo.

Janie ardía en deseos de hablarle de Burning Road, Bruce, lo que había descubierto con Tom y cómo había cambiado todo, pero se reprimió.

—Pase lo que pase —añadió Caroline tras una breve vacilación—, creo que saldremos adelante. Ya hemos pasado antes por algo semejante y salimos bien libradas.

Janie procuró disimular su confusión. La abrazó con ternura y afecto fraternales. Por dentro, estaba a punto de estallar.

El teléfono móvil chirriaba.

—Tom... —Alejó el aparato y le dio unos golpecitos—. Vaya momento para que el telefonito me falle. —Alzó la voz—. ¿Me oyes?

La respuesta llegó entre más ruiditos.

—No muy bien. ¿Puedes llamarme por V. M.?

—Sí.

Unos minutos después, se vieron mutuamente en las pantallas de sus ordenadores.

—¿Crees que están abandonando los servicios públicos? —preguntó Janie.

—Si tú trabajaras en un servicio público, ¿estarías en tu puesto? Yo no. Ya me habría largado.

—Creo que yo también. Dios santo, Tom, todo sucede muy deprisa. Demasiado.

—La gente tiene memoria, Janie. Nadie que pueda evitarlo se dejará atrapar. —Hizo una pausa—. Estoy muy preocupado por ti. ¿Va todo bien?

—Dentro de lo que cabe. Leí la información del satélite antes de telefonearte, y no había más que buenas noticias. Todos los chicos, excepto ocho, van camino de la fundación.

—¿Qué le hiciste a Malin?

—Nada especial. En realidad, quiero clavar su repugnante culo en una pared y utilizarlo como diana para tirar al arco.

—Ya has conseguido lo que esos chicos necesitaban. Cuando esto haya terminado, ya encontrarás una forma de lidiar con él. —Gruñó—. Si aún sigue vivo.

—Das por sentado que todos sobreviviremos, Tom.

Su voz no vaciló cuando dijo:

—Sé que sobreviviremos. Ahora hay cosas más importantes que requieren tu atención.

Tenía razón. Janie albergaba la sensación de que había dejado todo a medias, pero ya no quedaba tiempo.

—He recuperado el diario —susurró.

Notó alivio en la voz de Tom.

—Estupendo, porque quiero que vuelvas a Burning Road esta noche. No me gusta lo que dicen los demás agentes. Hemos recibido informes de coches asaltados y saqueos.

—¿Qué pasa con Michael y Caroline?

Tom tardó unos segundos en responder.

—Janie, ya hemos tomado una decisión.

—No volveré sin ellos, Tom.

—No seas así, por favor.

—¿Cómo? ¿Leal? ¿Una buena amiga? ¿Como tú has sido conmigo? Haría lo mismo por ti, o por Sandhaus, o por Kristina.

—De acuerdo —concedió Tom—. Lo intentaré de nuevo.

—Te esperaré.

A Janie no le gustó el aspecto del dedo de Caroline, y el padrastro todavía no había curado.

—¿Te los has lavado?

—Sí —contestó Caroline.

Entonces ¿por qué no se curan?

Michael llegó al poco rato. Se encaminó directamente hacia el fregadero y se lavó la cara y las manos vigorosamente, en un inútil esfuerzo por desembarazarse de la costra de horror que se había posado sobre su piel, un poco más gruesa con cada nuevo caso de DR SAM que se le presentaba.

Janie le siguió.

—¿Te has puesto el traje?

—Acaban de decretar que su uso es obligatorio —respondió Michael mientras se secaba la cara y las manos.

—Pareces agotado.

—Lo estoy. Cada media hora llega un nuevo paciente.

Las cifras habían sido peores la última vez, en pleno apogeo, pero aún era pronto.

—¿Alguien ha empezado a buscar la fuente de la infección local?

—Lo cierto es que no hemos tenido tiempo. Las víctimas nos han mantenido muy ocupados.

—Podría estar en cualquier sitio.

—Sí.

¿El suelo de un cuarto de baño, un viejo pomo de puerta? ¿La pila de agua bendita de alguna iglesia?

Todo era sospechoso.

—¿Ha salido Caroline en los últimos días?

—Sí —contestó Michael—. Ayer por la tarde fue a hacerse la prueba del embarazo.

—¿Recuerdas qué calzado llevaba? —inquirió Janie.

—Sandalias, me parece. El dedo le molestaba. Siempre lleva sandalias, de todos modos. ¿Por qué?

Así pues, el dedo había estado expuesto al aire.

Debo decírselo, decidió. Cuando se disponía a hacerlo, la insistente voz electrónica de V. M. reclamó su atención.

—No te vayas —pidió Janie a Michael—. He de hablar contigo.

Le dejó ante el fregadero de la cocina y fue a su estudio. V. M. descansaba sobre el escritorio. Se sentó delante de él y tocó la pantalla. La cara de Tom se materializó.

—Hemos llegado a un acuerdo —anunció—. Si lo desean, pueden venir.

Janie respiró hondo.

—Oh, Tom, gracias.

—Será mejor que me escuches antes de alegrarte tanto. Michael ha de traer su traje y todo su equipamiento. No ha de avisar a ningún miembro de la policía biológica de que se larga.

Janie guardó silencio.

—Eso significará el fin de su carrera en el cuerpo —afirmó por fin—, ya lo sabes. Es una cuota de ingreso muy elevada.

—Janie —repuso Tom con voz cansada al tiempo que su rostro dejaba traslucir la tensión que soportaba—, todos hemos de pagar una cuota. Algunas son peores que otras, pero todos pagamos.

Después de desconectar, Janie reflexionó por unos momentos antes de regresar a la cocina.

—Michael...

—Lo han llevado con mucha discreción —observó Michael—. Nadie de la policía biológica conocía la existencia de un grupo semejante.

—Han sido muy precavidos. Cuentan, o mejor debería decir «contamos», con un satélite de comunicaciones y un sistema de ordenadores con agentes en el exterior. Todos envían informes a diario.

Michael escuchó a Janie con expresión hosca mientras ella explicaba lo que se exigía de él.

—Empiezo a tener la sensación de que me consideran una especie de botín de guerra —afirmó—. Supongo que debería sentirme halagado.

—Yo creo que todos deberíamos sentirnos agradecidos en este momento.

—Santo Dios... ¿Por acabar con mi carrera?

—Por salvar tu vida.

Michael sabía que Janie estaba en lo cierto. A la larga, los policías biológicos padecían la misma suerte que los médicos. Una exposición continuada, con protección o sin ella, cobraba su tributo.

—Escucha, Michael, hay otro motivo por el que creo que deberías acompañarme. He examinado el dedo de Caroline y no me gusta su aspecto. Está infectado. También tiene una infección en un dedo de la mano. No sé qué es.

La preocupación se reflejó en el rostro de Michael.

—Esta mañana estaba bien. Vi el dedo del pie cuando se lo lavaba.

—Tal vez esta mañana estaba bien, pero ahora no tiene buen aspecto. Escucha, ¿podrías convencerla de que se fuera, sin contarle lo que te he dicho? No quiero asustarla hasta estar segura de mis impresiones.

—Pero si se trata del DR SAM, no la admitirán en el campamento.

Janie sabía que tenía razón. Intentaba por todos los medios rechazar la idea.

—Ya me ocuparé yo de eso —aseguró—. Es evidente que su organismo se está defendiendo contra lo que sea. Se siente un poco febril, y eso es una buena señal. Algunos afirman que el sistema inmunológico se robustece durante el embarazo. En todo caso hemos de proceder con celeridad. No hace falta que te diga que podría ser cuestión de horas que...

—No; no hace falta. —Michael se puso en pie y se paseó por la sala durante unos minutos mientras se frotaba la barbilla, absorto en sus pensamientos—. Si aceptamos tu propuesta, me convertiré en un fuera de la ley. Valdría la pena si pensara que es por el bien de Caroline, pero no parece que me ofrezcas muchas garantías.

Janie bajó la cabeza.

—Todos seremos forajidos —repuso al cabo de unos minutos—. No podré trabajar de médico durante mucho tiempo, si es que alguna vez lo consigo. Tampoco existen garantías de que todos nosotros vayamos a sobrevivir.

Michael desvió la vista hacia la cocina, donde Caroline esperaba sentada a la mesa.

—No estás obligado a hacerlo —dijo Janie—. Puedes quedarte al margen de nuestro grupo.

—¿Y perder a mi mujer? ¿Y a nuestro hijo? Cuando alguien lo descubra, se la llevarán, y sé qué ocurre con la gente que se llevan.

—Cabe la posibilidad de que su dedo esté reaccionado, así de sencillo. Y si se trata del DR SAM, yo diría que... —Algo lo está conteniendo, quiso añadir, pero pensó que era una afirmación demasiado atrevida—... conseguirá superarlo.

—Menos del dos por ciento lo logra.

—Sobrevivió a la peste bubónica, Michael. Caroline es muy fuerte. Y entonces no tenía tantos motivos para vivir como ahora.

Michael exhaló un suspiro de resignación.

—Hablaré con ella.

Janie echó un vistazo al reloj de pared.

—Apresúrate.

Michael se encaminó hacia la puerta.

—Michael.

El hombre se volvió con una expresión apenada.

—No le digas nada acerca del dedo... Todavía no.

Lo último que hizo Janie antes de marchar fue aplicar un vendaje impermeable a los dedos sospechosos de Caroline, tanto del pie como de la mano. Lo último que hizo Michael, cuando todo estuvo preparado, cuando acabó de cargar su equipo en el maletero del Volvo de Janie, fue embutirse en su traje.

Nunca se sabe, pero podría ser muy útil durante el trayecto.

Mientras cerraba la puerta de la casa, con el casco bajo un brazo, echó un último vistazo a las cosas que Caroline y él habían acumulado durante su breve pero feliz matrimonio. Se dio cuenta, con una vaga sensación de vergüenza, de lo superfluo que parecía todo ahora que las campanas estaban a punto de doblar una vez más.

Treinta y cinco

Mientras contemplaba la demostración de la mayor sabiduría que había conocido en su vida, De Chauillac no vio el trabajo seguro de un científico consumado, sino los cuidados frenéticos e inseguros que un judío flaco dispensaba a un niño asustado. A su lado había una joven, ya viuda antes de cumplir los veinte años, cuyos sufrimientos habían sido espantosos y sólo amenazaban con empeorar. Si bien el chiquillo al que atendían la habría llamado «tía» en circunstancias diferentes, aquel par no estaba obligado por lazos de sangre a curar al aterrorizado muchacho. El francés sabía que los remordimientos de Alejandro por haber engañado a la condesa no constituían motivo suficiente para ayudar a su hijo enfermo. Sólo podía atribuirse a su incomprensible sentido del honor, al amor que profesaba a su arte y a su deseo de hacer el bien. Su hija y él lavaron, cambiaron y consolaron al niño mientras introducían en su boca por la fuerza la terrible pasta lechosa grisácea, una cura prescrita por la sabiduría de una vieja bruja que había enseñado sus arcanos al médico.

Observaba con asombro, desde el rincón alejado al que Alejandro le había confinado por su propio bien, cómo padre e hija trabajaban codo con codo sin aparente preocupación por su bienestar, a menudo durante largos períodos sin dormir. Elaboraban la desagradable poción mezclando dos pizcas de la piel seca convertida en polvo con la cantidad del agua misteriosa que cabía en una mano ahuecada. A horas determinadas, sin el menor retraso, administraban las dosis, sin importarles los gritos de protesta del niño.

Entretanto, cuando los dolores del niño remitían y quedaba tranquilo, el médico se sentaba a su lado en la cama y le contaba los cuentos que le había referido hacía mucho tiempo un compañero ya fallecido, quien había presenciado justas y feroces combates, cosas que, algún día, el chiquillo haría también, si sobrevivía.

La muchacha será una excelente madre, observó De Chauillac. Con un creciente respeto por el judío, que había atormentado sus pensamientos durante todos aquellos años, admitió para sí que la joven había recibido una excelente educación. Otra tarea que el hombre había realizado a la perfección.

Cuando la fiebre del niño desapareció por fin y las bubas empezaron a empequeñecerse, De Chauillac se sintió invadido por una alegría extraña. No era la sensación de triunfo que experimentaba cuando vencía a una cruel enfermedad, sino la sencilla felicidad de saber que la criatura viviría para aferrarse a su madre y seguir a su padre, el orgullo profundo por la forma en que aquel enigmático vagabundo practicaba su amado arte. Por una vez se sintió humilde.

—*Père*.

Alejandro, que dormía sentado en una silla, junto a la cama del muchacho, despertó y vio a Kate de pie.

—Mi vientre quiere librarse de su carga.

Alejandro se despejó casi al instante. Se levantó e indicó a Kate que tomara asiento.

—¿Has roto aguas?

—No lo sé —respondió la joven con nerviosismo—. Estaba dormida, al lado del hogar. Mis faldas están húmedas, de modo que supongo que sí. —Se inclinó, con las manos sobre el vientre—. Ay —gimió—. Otra contracción. La siento en mis entrañas.

Alejandro no sabía qué hacer, de modo que despertó a De Chauliac.

—El bebé —dijo cuando el francés abrió los ojos.

—¿Ya viene?

—Sí.

De Chauliac se levantó y se ajustó la ropa. Desdeñando el peligro que pudiera correr, se acercó a la silla donde Kate estaba sentada.

—Describid vuestro dolor, madame —ordenó.

—Empieza en el mismísimo hueco de mis tripas y se propaga a todo el estómago, hasta que experimento la sensación de que voy a expulsar las entrañas —explicó la joven mientras se apretaba el abdomen. Miró a Alejandro con desesperación—. Así han de ser los dolores del infierno, *père*. Estoy segura.

Alejandro se apresuró a consolarla.

—Nunca conocerás esos dolores —afirmó.

—La llevaremos a mi mansión ahora mismo, antes de que ya no pueda viajar.

Alejandro se volvió hacia el chiquillo acostado y después miró a De Chauliac.

—Pero el niño...

—Podéis quedaros con él. La muchacha vendrá conmigo. No debe dar a luz aquí. La peste acecha en la habitación, y un recién nacido no debe exponerse a ella.

—No, por favor —exclamó Kate—. Te lo suplico, *père*, no me dejes... No tengo hermana ni madre que puedan ayudarme, sólo te tengo a ti.

Alejandro miró a De Chauliac con determinación.

—No me iré.

Ambos se volvieron al oír el largo gemido que surgió de la boca de Kate. Vieron horrorizados que se levantaba de pronto y se alzaba la falda. Un hilillo de sangre resbalaba por su pierna, manchaba la media y su zapato de piel. Alejandro vio el cuchillo que siempre guardaba allí, el mismo con que había amenazado al barón de Coucy cuando había intentado secuestrarla. Parecía muy pequeño, pero le había salvado la vida.

Ahora la sangre de la vida escapaba de ella, y Alejandro sintió ganas de vomitar.

—*Mon Dieu* —susurró De Chauillac—. Tendrá que dar a luz aquí.

Se acercó presuroso a la campanilla y tiró de ella. Después se dirigió a la puerta y esperó con impaciencia al criado.

—Ve a buscar a la condesa, por favor —indicó en cuanto el hombre apareció—. Es muy urgente.

—¿El niño...?

—¡Ve a buscarla!

Momentos después la condesa Isabel apareció. Se detuvo a varios centímetros de la puerta.

—¿Cómo está mi hijo? —inquirió.

—Gracias a Dios y al español, vivirá.

La condesa se persignó con gestos teatrales. Murmuró oraciones, enlazó las manos y alzó la vista hacia el cielo.

—También debéis dar las gracias a esta muchacha —añadió De Chauillac—. Permaneció a su lado y lo limpió. De no haber sido por ella, habría padecido sobremanera. Ahora la joven necesita un lugar limpio para dar a luz a su hijo.

—Que dé a luz ahí —replicó Isabel—. Está rodeada de médicos, ¿no?

—Condesa, el niño no puede nacer en una habitación donde convalece un enfermo de la peste... De hecho yo no debería estar aquí, pero me he quedado por la lealtad que os profesó.

—Debería haberlo pensado antes de entrar ahí. Ahora, tendría incluso que agradecerme que le deje ese espacio.

Dio media vuelta y, cuando se disponía a alejarse, Alejandro se asomó al pasillo. Llevaba al hijo de la condesa en brazos.

—Condesa, por favor —suplicó.

La mujer siguió andando con paso decidido.

—Isabel.

Al oír su nombre, los hombros de la dama se encorvaron un poco. Se detuvo y dio media vuelta poco a poco, con la cabeza gacha.

—Mirad a vuestro hijo —indicó Alejandro—. Vive. Ya no tiene fiebre ni os puede contagiar la enfermedad.

El pequeño extendió los brazos hacia su madre, que miró a Alejandro. Sus ojos verdes expresaron ira y el dolor por la traición. No desvió la vista hacia el niño.

—Venid —dijo Alejandro—, cogedle. Anhela los brazos de su madre.

Por fin Isabel miró a su hijo. Al verlo empezó a llorar, echó a correr y lo cogió en brazos.

—Está muy pálido —exclamó.

—Con el tiempo, recobrará el color —afirmó Alejandro—. Volverá a ser el de

antes, porque me he ocupado de él, le he cuidado, me he entregado para devolvéroslo. —Abrió un poco la puerta—. Ahora, mirad dentro, y veréis sufrir a mi hija. ¿Procuraréis devolvérmela?

Isabel echó un vistazo al interior y observó que Kate se secaba la sangre que corría por sus piernas con un paño ya empapado, mientras De Chauillac la sostenía. La condesa palideció y susurró una oración antes de mirar a Alejandro con expresión atemorizada.

—Cuando hay tanta sangre, significa que ya está a punto.

Volvió a asomarse a la habitación.

—Entonces ayudadla, por favor. —La dama levantó una mano para interrumpirle, miró a Kate, y su expresión se endureció.

—Por la gracia de Dios —dijo mientras observaba a la ensangrentada—. Chaucer tiene razón. —Lanzó una mirada acusadora a Alejandro—. Vuestra hija posee un parecido misterioso con mi esposo.

Alejandro sonrió con nerviosismo y notó que se le revolvía el estómago.

—No es más que una coincidencia, madame. Su madre era inglesa, de manera que es normal que guarden cierto parecido, sobre todo en el color de la piel.

Isabel no le escuchó.

—No se parece en nada a vos —observó con suspicacia—. Si fuera un hombre, podría ser el gemelo de mi señor.

—Ya veis que no es un hombre. Está padeciendo la situación más femenina que existe, y vos podríais facilitarle las cosas. Por favor —suplicó—, dejad de lado esta cuestión insignificante de los parecidos. Es una coincidencia, no significa nada. Ayudadme ahora, tal como yo os he ayudado. No podemos sacarla de aquí. Es demasiado tarde. Hemos de trasladarla a otra habitación.

Cuando la condesa volvió la vista hacia él, sus ojos seguían llenos de rencor y dolor por la forma en que la había engañado.

—No comprendo por qué habéis vuelto para atormentarme.

—No era mi intención atormentaros. —Tendió una mano hacia ella con cierta vacilación y, como no se movió, se atrevió a acariciarle la mejilla. Sintió la piel suave bajo los dedos, y algo en su interior se removió—. Volví para salvar a vuestro hijo —añadió—, en virtud del afecto que siento por vos, aunque tenéis buenos motivos para no creerme. Os lo debo.

—Me debéis eso y más —replicó la mujer, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, y lo lamento, os lo aseguro. Ojalá Dios os ayude a comprenderlo, mediante la curación de vuestro hijo, mas ya hablaremos de estas cosas en otro momento, porque mi hija necesita mi ayuda.

Por fin la condesa se calmó. Llamó a otra criada, a quien entregó el niño. Al ver la expresión atemorizada de la mujer, dijo:

—La enfermedad ya no puede salir de él. Eso ha dicho este hombre instruido.

Su explicación pareció suficiente, porque la criada se alejó a toda prisa con el chiquillo en brazos. Isabel se volvió hacia Alejandro.

—Seguidme —indicó—. Podéis ocupar la habitación de mi doncella.

Subieron por un estrecho tramo de escalera hasta el tercer piso del castillo. Alejandro llevaba en brazos a Kate, aunque tuvo que utilizar toda su fuerza, y De Chauliac intentaba ayudar, si bien el espacio era demasiado exiguo. Por fin llegaron al rellano.

La habitación a la que les condujo Isabel era muy parecida a la que Alejandro había ocupado en casa de Guy de Chauliac, con un techo inclinado, más esquinas de las que las leyes de la geometría parecían permitir, y una ventana pequeña. El mobiliario se reducía a una estrecha cama, una mesa y una silla. El crucifijo omnipresente, con la imagen del Salvador ensangrentado, estaba clavado en una pared, y tal vez era la posesión más preciada de la doncella. Alejandro depositó a Kate sobre el jergón y empezó a quitarle la ropa.

—Enviaré a mis mujeres con todo lo necesario —susurró Isabel, y con una expresión contrita en los ojos desapareció escalera abajo.

Las mujeres llegaron al poco con ropa blanca, vendas y agua. Una robusta *femme* cargaba con una silla de parto de madera que había subido por los peldaños sin ayuda, pero una mirada a Kate le bastó para convencerla de que ya no era necesaria. La dejó a un lado y se abrió paso entre Alejandro y De Chauliac.

Habló con un acento que traicionaba su origen irlandés, al igual que Isabel.

—Mi señora dice que sois médicos.

Ambos asintieron.

La mujer rio.

—En ese caso, no serviréis de nada en el nacimiento de un niño. Será mejor que os hagáis a un lado.

De Chauliac manifestó su indignación.

—¿Alguno de los dos ha mirado entre sus piernas? —preguntó la mujer.

Un silencio estupefacto fue seguido por protestas que apelaban al decoro.

La irlandesa meneó la cabeza con desagrado cuando los oyó balbucear explicaciones.

—Idiotas —espetó—. Hay que mirar para saber lo que se debe hacer.

Cuando Kate gimió de dolor, la mujer le acarició el vientre al tiempo que susurraba palabras tranquilizadoras. Después se volvió hacia los médicos.

—Quedaos y mirad si queréis, y tal vez aprenderéis algo útil.

Los relegó a un rincón del dormitorio, como un par de inútiles, mientras las mujeres maniobraban alrededor de la cama como un enjambre de abejas, con la reina irlandesa en el centro. La corpulenta pelirroja poseía una energía casi mágica y, con

los diestros movimientos de sus manos, sacaba al niño al mundo, poco a poco.

Animó a Kate a desembarazarse de su atormentador.

—Así va bien, señora —indicó la irlandesa—. Ahora, haced fuerza como si quisierais hacer de cuerpo.

—Pero ensuciaré la cama —gimió Kate.

—No, pero tendréis la misma sensación. No se puede evitar. Significa que el niño está cerca y atraviesa vuestros intestinos durante su recorrido. No os importe ensuciar la cama. La condesa se puede permitir una nueva.

Confortada por aquellas palabras, Kate se concentró en la tarea de dar a luz con más decisión. Empujó, gritó, se tensó y gimió, y por fin apareció una cabecita ensangrentada.

—Haced eso otra vez, señora, para orgullo de las mujeres.

Kate empujó con todas las fuerzas y emitió un gemido que pareció surgir del centro de su alma. Entonces el niño quedó libre, tendido sobre la paja que había entre sus piernas. La irlandesa extrajo la placenta y cortó el cordón umbilical con los dientes. Envolvió el órgano en un paño y lo entregó a otra mujer.

—Hiérvelo hasta que se ponga marrón —ordenó— y luego tráelo sin dejar que se enfríe.

Cogió al niño por los pies y le dio una buena palmada en el trasero. La criatura empezó a llorar.

La mujer secó al bebé, lo envolvió y después lo dejó en brazos de Kate.

—Tenéis un hijo sano, señora. Y rubio. Igual que vos.

Alejandro se acercó y contempló asombrado al niño, a quien a partir de aquel momento llamaría nieto. Aunque acababa de nacer, era la viva imagen de Guillaume Karle, si bien la irlandesa tenía razón, pues había heredado el color de piel de su abuelo Plantagenet, y de su madre medio Plantagenet. Incluso en los delgados brazos de Kate parecía perfecto, una maravilla de la naturaleza. Ardía en deseos de acunarlo en sus brazos.

—Hija, ¿puedo coger a tu hijo? —murmuró.

—Sí —susurró la joven. Mientras miraba a su padre mecer al bebé, añadió—: *Oh, père, tengo un hijo... Ojalá Karle pudiera verle, abrazarle.*

—Yo le abrazaré, para que crea que soy su padre —la tranquilizó Alejandro.

De Chauliac, olvidado en un rincón, se adelantó y miró por encima del hombro de Alejandro.

—Parece un chico guapo —observó con su habitual distanciamiento—, pero no puedo verle bien. Traedle a la luz de esta ventana. Quiero comprobar que esté sano.

Pero el sol se había desplazado hacia el otro lado del castillo, y acercarse a la ventana no sirvió de gran cosa.

—Sacad el niño al pasillo y llevadle a la ventana oeste —aconsejó la irlandesa—.

Allí hay mucha luz. Yo he de atender a la señora, y será necesaria cierta privacidad.

—¿Puedo? —preguntó Alejandro a Kate.

—Ve, pero vuelve pronto con mi hijo.

Alejandro, con pasos lentos y precavidos, porque cargaba con un peso mucho más valioso que todo el oro que había visto en su vida, sacó al pequeño de la habitación, avanzó por el pasillo, dobló una esquina y llegó ante la ventana indicada por la irlandesa. De Chauillac le siguió unos pasos, y después se detuvo.

—Vos mismo sabréis determinar si el bebé está sano —afirmó con altivez—. Tal vez debería... irme ya.

Alejandro se volvió.

—No —protestó—, quedaos, a menos que tengáis motivos para marchar.

—Aquí ya no soy necesario.

—La necesidad no siempre es el vínculo entre los hombres —repuso el judío.

—Entre nosotros siempre ha sido así, colega.

—En este momento no. —Señaló la ventana con un movimiento de la cabeza—. Venid y mirad a mi nieto. Por una vez, compartamos algo bueno.

Se quedaron un rato admirando al niño, a la espera de que la irlandesa anunciara que ya había curado las partes femeninas de Kate y que el rorro debía probar su primera leche, pero el tiempo pasaba y la luz disminuía, y pronto empezaron a preocuparse.

—Me pregunto si algo va mal —declaró Alejandro.

—Iré a ver —se ofreció De Chauillac.

La irlandesa no le permitió entrar en la habitación.

—Ha sangrado un poco, pero he aplicado las hierbas apropiadas a sus partes, y parece que la hemorragia ha cesado. Necesita descansar y de momento no debería moverse.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alejandro con nerviosismo cuando De Chauillac regresó con la noticia—. La condesa no querrá que me demore aquí ni un momento más de lo necesario e insistirá en que me lleve a mi hija.

—No creo que se oponga a que Kate se quede —conjeturó De Chauillac—. Es posible que la dama esté enfadada con vos, pero no es un monstruo. Un corazón bondadoso late en su pecho. Permitirá que se quede hasta que se haya recuperado.

—Detesto abandonarla —dijo Alejandro—. Ya lo hice una vez, y no...

Se interrumpió al oír pasos en la escalera, enérgicos, masculinos, no las pisadas delicadas de la condesa y sus damas. También percibió el sonido de voces profundas de hombres animados por un firme propósito. Buscó refugio detrás de la esquina y se apoyó contra la pared, con el niño aferrado contra su pecho. Miró a De Chauillac con los ojos llenos de miedo.

Las voces y los pasos llegaron a lo alto de la escalera, y De Chauillac se asomó un

momento para ver quiénes eran los recién llegados. Masculló algo y se escondió detrás de la esquina.

—Es Lionel y... y...

—¿Y quién?

—Carlos de Navarra, me temo.

—¡Isabel! —siseó Alejandro. Se aplastó contra la pared y cerró los ojos—. Se ha vengado de mí. —Apretó al pequeñín contra su cuerpo—. Debió avisarle en cuanto llegamos, y el monstruo habrá estado esperando a que su hijo curara. Bien, seguirá esperando en el infierno.

Intentó entregar el recién nacido a De Chauliac, pero el francés se negó a cogerlo. En cambio retuvo a Alejandro para impedir que cometiera una locura.

—¡No! —susurró—. ¡No salgáis!

—Mataré a ese canalla...

—¿Olvidáis que lleváis en brazos al nieto del rey de Inglaterra?

Lo había olvidado. Miró al niño, su nieto, y que Dios maldijera a cualquiera que intentara separarle de él o de su madre.

Oyeron voces en la habitación.

—He venido para reclamar a mi sobrino, en nombre de mi padre —anunció Lionel con determinación—, y para hablar con mi hermana, a la que creía perdida para siempre.

El corazón de Alejandro latía deprisa.

—¿Dónde está el niño? —oyeron.

—Los médicos se lo llevaron —respondió la irlandesa—. No sé adónde. Tal vez bajaron por la escalera antes de que llegara.

Una buena mujer, pensó Alejandro, y le envió su bendición.

—¿El médico judío o el otro?

—No sé cuál —contestó la irlandesa—. Ninguno de los dos me pareció judío —añadió—. Por lo que yo sé, podrían serlo los dos.

De Chauliac apoyó una mano sobre el hombro de Alejandro.

—Debéis llevaros al niño y huir —aconsejó.

—No puedo abandonar a Kate...

—Su destino ha escapado de vuestras manos. Yo volveré a la habitación. No he de temer nada de esos hombres. Conozco demasiados de sus defectos secretos. Les distraeré mientras vos escapáis con el niño.

—Pero Kate... —gimió Alejandro.

—Salvad a su hijo —insistió De Chauliac—, o perded a los dos. Vos elegís. Os prometo que, si os vais, intentaré cuidar de ella.

—¿Qué podréis hacer vos?

—Aún no lo sé —admitió el francés—, pero haré cuanto esté en mi mano. Os lo

prometo, por el gran afecto y respeto que os profeso.

Alejandro miró a su antiguo preceptor a los ojos y vio a un amigo. No lo habría creído dos semanas antes, pero ahora no dudaba de su palabra.

—Marchad —susurró De Chauliac—, corred a mi mansión, coged un buen caballo y abandonad París. Vuestra bolsa de oro está en mi estudio, detrás del libro de obras griegas que os presté.

¿Adónde podría ir? ¿Dónde podría encontrar seguridad, en aquel mundo oscuro?

—¿Aún hay judíos en Aviñón? —preguntó.

—Sí —contestó De Chauliac—. Los edictos de Clemente han dejado una fuerte huella. En esa ciudad hay un gueto floreciente. Seréis bienvenido.

—Iré allí. Donde hay judíos, siempre hay un rabino. Enviadme un mensaje por su mediación.

—Lo haré en cuanto pueda. —De Chauliac abrazó al asustado Alejandro y al niño—. Buena suerte, colega. Ojalá el Señor permita que volvamos a encontrarnos, en tiempos mejores.

El francés dobló la esquina y avanzó con sigilo por el pasillo. Alejandro asomó la *cabeza* y vio que entraba en la habitación y cerraba la puerta. Oyó voces masculinas, que se alzaban y expresaban agitación y disgusto. Bajó por la estrecha escalera, luego descendió por la principal y por fin salió a la fría y oscura noche de París.

Treinta y seis

Janie escapó del mundo real a caballo de una de sus fantasías más queridas, un sueño que no se había cumplido hasta aquel momento, cuando el fin del mundo real era algo más que una posibilidad. Con un policía en el coche, por fin gozaba de carta blanca para pisar el acelerador y conducir como siempre había deseado, como un correccaminos maníaco. Claro que los policías de carreteras del oeste de Massachusetts no iban a perder el tiempo con infractores de velocidad aquella noche. Tenían problemas y deberes más urgentes que perseguir a un Volvo antiguo exprimido hasta el límite, durante su último viaje antes de la jubilación. El venerable automóvil pasaría su senectud bajo una lona impermeable de camuflaje en los bosques de Nueva Inglaterra, con el depósito de gasolina vacío, como un símbolo arcaico de la apariencia anterior del mundo: seguro, firme, eterno. Janie recordó que todavía había un disco de María Callas en el aparato, y que debería sacarlo antes de guardar el coche.

No me gustaría desaparecer de la faz de la tierra sin eso.

Oh, Dios, ¿he olvidado alguna otra cosa? Seguro que sí.

Con las luces largas puestas, casi cuarenta y cinco kilómetros por encima del límite de velocidad, circulaba por la estrecha carretera rural hacia la siguiente fase de su vida, con Michael a su lado y Caroline detrás. Era un tiempo de dudas e incertidumbre, cuando «Vete al bosque» parecía la mejor solución a una corta lista de malas elecciones.

Dejaron atrás casas a oscuras, coches abandonados en la cuneta, pares de ojos rojos que miraban desde la maleza. Estaban a menos de treinta kilómetros de la salvación, cuando una niña de unos siete u ocho años se materializó de repente a la luz de los faros. Cuando la avistaron por primera vez, estaba sentada sobre una roca al lado de la calzada, sucia y delgada como un raíl, pero en cuanto les vio empezó a dar frenéticos saltitos sobre la piedra, al tiempo que agitaba sus brazos esqueléticos. Sus movimientos eran mecánicos, como si alguien hubiera apretado un botón oculto en su espalda para darle cuerda.

Janie pasó de largo, con el corazón destrozado, porque a pesar de la oscuridad había visto su expresión ausente y desesperada. Aminoró la velocidad y miró por el retrovisor.

—Sigue conduciendo —indicó con severidad Michael.

—Pero es una niña —repuso Caroline—, y en plena noche, por el amor de Dios. —Se inclinó y apoyó una mano sobre el respaldo del asiento del conductor—. Janie, frena. No podemos dejarla ahí.

Janie miró hacia atrás. Vio el vendaje blanco en el dedo de Caroline y recordó lo

que les esperaba todavía, lo larga que sería aquella noche.

Es una criatura. Dirigió el coche hacia la cuneta, salió de la carretera y apagó el motor. El silencio se le antojó abrumador.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó por fin Michael—. No podemos llevarla con nosotros.

—Puede que no sepa volver a casa —conjeturó Janie.

—Pues la acompañaremos y seguiremos nuestro camino. —Caroline se volvió hacia su marido, con expresión suplicante—. Michael... algún día, nuestro hijo tal vez necesite ayuda.

—Escucha —repuso él con dulzura—, esto podría ser una trampa.

Caroline no cedió.

—¿Quién dejaría a una niña en la cuneta en plena noche? ¿Quién sería capaz de hacer algo semejante? Se habrá perdido. Por favor, Michael. Hemos de ayudarla.

—Retrocede un poco —indicó Michael, con un tono que expresaba sus reservas.

Janie dio marcha atrás. Cuando la chiquilla apareció a la vista, frenó. Michael escudriñó la oscuridad con aire indeciso para intentar ver lo que había entre la maleza.

—Cerrad las portezuelas con el seguro —dijo—. No las abráis hasta que yo vuelva.

Se apeó, se puso el casco y caminó hacia la niña. Janie puso el seguro. Mientras miraba por el espejo, vio a Michael iluminado por las luces traseras, verde neón de pies a cabeza. La criatura se encogió, asustada, y Michael se agachó.

Janie vio que la pequeña señalaba hacia el bosque que se extendía junto a la carretera, y cuando Michael miró en aquella dirección y asintió, se sintió un tanto aliviada al pensar que Caroline estaba en lo cierto al intuir que la niña se había extraviado. Michael tendió su manaza verde y la chiquilla la cogió, y juntos desaparecieron entre los arbustos.

—La acompaña a algún sitio —dijo Janie, con la vista clavada en el retrovisor.

De pronto se dio cuenta de que Michael ya no era visible y, por tanto, él tampoco podía ver el coche.

Todos estamos paranoicos, pensó, no hay nada que temer. La idea de que habían exagerado, de que no se trataba de otra cosa que de una niña en apuros, era liberadora. Se volvió hacia Caroline.

—Debe vivir...

Oyó el grito de su amiga antes de que el crujido del cristal de seguridad asaltara sus oídos. Chilló y volvió la cabeza hacia el ruido, y vio la hoja de una pequeña hacha que avanzaba, como a cámara lenta, hacia la ventanilla ya agrietada. El extremo romo del metal estaba apuntado hacia adelante, pero su amenaza parecía tan afilada como el extremo opuesto cuando zumbó hacia ella. Un par de manos grandes aferraban el

mango de madera, y más allá distinguió el rostro en sombras y desesperado de un hombre, visible sólo en parte.

Se agachó sobre el cambio de marchas y, cuando Caroline chilló, buscó en el asiento trasero el maletín que contenía a V. M. Lo cogió en el instante en que el hacha se estrellaba de nuevo contra el cristal. Por algún milagro, su mano encontró la pistola que Tom le había dado, y la rodeó con sus dedos con inexplicable gratitud. Después se volvió hacia la ventanilla y blandió el arma en dirección al hombre. La mira temblaba junto con su mano cuando intentó apuntar.

El agresor se dispuso a asestar otro hachazo, el último que necesitaría para romper el cristal.

Entonces las arrastraría fuera del coche, las...

... inmovilizaría...

... y dejaría abandonadas a un lado de la carretera, mientras escapaba con el vehículo, casi lleno de gasolina.

Sus miradas se encontraron un momento y expresaron que ambos sabían lo que estaba a punto de suceder, y todo se paralizó. En el bosque, detrás de aquel hombre de unos treinta años bien afeitado, estaría escondida una mujer, tal vez con otro niño, o incluso dos. Acaso le esperarían en otro punto de la calzada unos padres mayores y asustados, convencidos de que su hijo les recogería y les conduciría a un lugar donde todo fuera mejor. Se limitaba a hacer lo que haría cualquier hombre responsable cuando se ve forzado a volver al estado salvaje, en que la prioridad es conservar los genes intactos para poderlos transmitir.

De todos modos era imperdonable. Una pregunta destelló en el cerebro aturdido de Janie: ¿poseería aquel individuo suficiente inteligencia adaptativa para comprender que iba a volarle la cabeza con el fin de que Caroline pudiera transmitir sus genes? ¿Huiría en un acto de conservación genética al comprender que le mataría si se veía forzada? En aquellos segundos suspendidos en el tiempo no hubo forma de averiguarlo. En otro lugar le habría tomado por un oficinista, un periodista, un vecino cualquiera. Aquí, ahora, vio en sus ojos algo feroz, algo fuera de control.

Aquellos ojos se abrieron aún más cuando lanzó el hacha hacia adelante. Janie imaginó por un momento a una joven Myra Ross de cabello oscuro, que apuntaba el arma a la cara de un enemigo con turbante dispuesto a acabar con ella si ella no encontraba las energías suficientes para adelantarse.

Apretó el gatillo.

Lo que quedaba del cristal astillado salió volando por los aires, y el hombre cayó hacia atrás. En cuanto vio que lo había abatido, Janie desvió la mirada hacia el retrovisor y observó que Michael salía corriendo del bosque, mientras la niña intentaba soltarse de él. Por fin la pequeña se liberó y desapareció en la noche. Janie desbloqueó los seguros y, en cuanto Michael subió, aceleró. Los neumáticos

salpicaron el cuerpo caído de arena y guijarros al girar sobre la cuneta.

Caroline sollozaba y Janie temblaba mientras imprimía al coche una velocidad que nunca creyó que volviera a alcanzar. Michael miró por la ventanilla de atrás y vociferó obscenidades, con el puño apretado. Janie cayó en la cuenta, mientras aumentaba la distancia que los separaba del cuerpo, que ella, una doctora, no había pensado ni por un momento en apearse para comprobar si podía hacer algo por el hombre. Pese al horror que sentía por lo que había hecho, aquella idea la avergonzó al instante.

La pistola, con una bala menos, seguía en el suelo, a su alcance, donde permanecería hasta que ya no la necesitara.

Su entrada en el campamento no fue ni silenciosa ni discreta, aunque ya era madrugada cuando tocaron el timbre de la puerta que daba al patio. Tom, que esperaba delante del edificio principal, abrió la cancela y volvió a cerrarla en cuanto el coche pasó. Ante la mirada de estupefacción de Caroline y Michael, Janie y el abogado corrieron el uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo casi desesperado.

—La pistola —balbuceó ella entre sollozos—. Oh, Tom, esa pistola, gracias a Dios que me la diste, pero he disparado a un hombre y creo que le he matado.

—Lo sé, lo sé —dijo Tom mientras la mecía—. Por favor, Janie, no puedes culparte...

Ella se deshizo de su abrazo, sorprendida.

—¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo? Sucedió hace una hora.

—V. M. —respondió—. Lleva un transmisor.

Por supuesto. Era lógico. Ya no le importaba. Estaba demasiado destrozada para permitir que la indignación se abriera paso en su corazón.

—Ni siquiera intenté ayudarle, Tom. Le dejé tirado allí...

—Basta —murmuró Tom—. ¿Crees que eres la única que ha pasado por algo semejante? Hay millones de historias como ésa. Déjala fuera, aquí no tiene sitio.

Janie lo estrechó y, cuando se apartaron por fin, le susurró al oído:

—Hay un problema. Necesito a Kristina.

Él la miró con aire inquisitivo.

—Es importante, Tom.

—Iré a buscarla. —Movi6 la cabeza en direcci6n a Michael y Caroline—. ¿Por qué no los acompa6as dentro y les conseguimos...?

—No —le interrumpió Janie—. Todavía no.

La expresi6n de Tom era acusadora.

—Janie... ¿existe alg6n motivo para que no entren?

Ella se mordió el labio inferior para contener las lágrimas.

—Tal vez. Por eso necesito a Kristina.

Observó por el ocular la peor bestia de la historia de la microbiología, un dragón unicelular que escupía fuego y al que todos los caballeros y damas de la tabla redonda bioquímica habían intentado matar desde que había aparecido por primera vez, sin el menor éxito. Si bien era una niña apenas cuando el *Staphylococcus aureus mexicalis* resistente a los fármacos efectuó su debut, Kristina reconoció al DR SAM en el microscopio en cuanto lo vio. Levantó la vista y asintió en dirección a Janie, que estaba apoyada contra la puerta del pabellón de aislamiento que habían improvisado a toda prisa al lado del laboratorio; la habitación blanca sin muebles donde Caroline estaba llorando.

Michael estaba de pie, cerca de Janie, con el rostro descompuesto. Abandonado a su suerte, había desechado todas las precauciones que seguía con religiosidad cada día en su trabajo y arañado la puerta contra la que se reclinaba Janie. Cuando la habían cerrado y separado de su mujer, Tom y John Sandhaus habían tenido que sujetarle. En cuanto le soltaron, intentó atacar la hoja de metal con los puños, mientras maldecía todo y a todos los que pasaban por su imaginación.

Se había celebrado una asamblea extraordinaria. La discusión fue acalorada, en ocasiones dolorosa, pero se llegó a un acuerdo. Se habló de represión, de un mal necesario y de la decisión irrevocable de hacer lo que fuera necesario.

—Creo que debe echar un vistazo a esto —susurró Kristina después de mirar durante varios minutos a través del microscopio. Desvió la vista hacia Michael antes de posarla en Janie.

Janie se acercó con aire cansado y cruzó el pequeño laboratorio pensando que Kristina iba a enseñarle algo peor de lo que había sospechado, que la bacteria se multiplicaba, resistía con arrogancia a todo lo que se cruzaba en su mortífero camino.

¿Por qué pensé que podría curar esta enfermedad?, se preguntó con desesperación.

Todos morirían, en su lugar «seguro», cuando el DR SAM anduviera suelto; siempre lo conseguía, tarde o temprano.

Aplicó el ojo al ocular y miró la platina con las células que había extraído del dedo semiamputado del pie de Caroline. Había otra que contenía células tomadas de su padrastro.

Estarán hormigueando y dividiéndose, como si celebraran una gran fiesta..., se dijo.

Pero se equivocaba. De hecho, estaban empeñadas en un equivalente biológico de boquear para respirar.

—Santo Dios —susurró. Miró a Kristina—. ¿Qué es esto?

—No lo sé, pero eche un vistazo a la otra.

Sacaron la platina del dedo y colocaron en su lugar la del padrastro. La escena era la misma.

—Algo las está... consumiendo —explicó Kristina—. No se me ocurre qué. Por lo general, devoran todo cuanto encuentran y después buscan otro manjar. —Aplicó de nuevo el ojo al ocular—. ¿Toma Caroline alguna medicación?

—No que yo sepa.

El rostro de Kristina expresaba entusiasmo e incredulidad al mismo tiempo.

—O eso, o padece una clase de DR SAM que ha mutado hasta alcanzar un estado autodestructivo.

—Suele ser al contrario. Así se convirtió el DR SAM en lo que es. Mutó hasta hacerse invencible. Nunca he oído hablar de una bacteria que se suicide.

—Ni yo.

—Sin embargo el DR SAM siempre ha poseído la facultad de hacer cosas inesperadas —afirmó Janie. «*Espera lo inesperado*», le susurró Alejandro al oído—. Tal vez está sucediendo algo que no esperábamos.

Kristina la miró.

—¿Qué?

Janie empezó a enunciar las posibilidades.

—Como ya hemos dicho, no esperábamos que la bacteria experimentara una mutación negativa. Por tanto, no puede ser eso.

—No lo es.

—Lo sé. —Se llevó una mano a la frente, como si ese gesto la ayudara a pensar con más claridad—. No esperábamos que murieran todas a la vez, como si existiera un antibiótico eficaz.

—Bien, lo están haciendo, pero no es eso. —Kristina volvió a mirar por el microscopio—. Venga —susurró la joven—, hablemos.

Mientras su joven ayudante observaba las células, Janie desvió la vista. A veces, mirar otra cosa era un estímulo suficiente para poner en marcha una idea. Miró hacia la puerta de la habitación donde se hallaba Caroline y vio a Michael con las manos y la frente apoyadas contra ella, como si de esa manera pudiera atravesarla.

Qué dolor tan terrible estará padeciendo, pensó. Recordó por un momento las horas que Bruce y ella habían dedicado a cuidar a Caroline, antes de que Michael la conociera. Se habría derrumbado si la hubiera visto cuando tenía la peste.

Cuando tenía la peste...

—Kristina —murmuró.

La joven alzó la vista.

—Caroline contrajo la peste... y sobrevivió.

—Sí, lo sé, pero... —De pronto comprendió qué quería decir Janie—. Oh, Dios mío. La gente que sobrevivió a la peste posee una resistencia natural al sida.

—Sí. Los puertos de atraque víricos quedan bloqueados.

—¿Por qué no podría suceder algo similar con el DR SAM?

—Podría ser —susurró Janie—, si los puertos de atraque fueran similares. —Volvió a mirar por el microscopio y minutos después se apartó del aparato con una expresión de intensa concentración. Mientras murmuraba para sí, ajustó el objetivo para amplificar la imagen—. De acuerdo, los tengo a la vista. —Miró a Kristina y señaló con la cabeza a V. M., que descansaba sobre una mesa cercana—. En el programa de formación de imágenes... ¿Puedes reproducir una de las imágenes almacenadas del sida con la misma profundidad de campo que estas bacterias?

—Claro —respondió Kristina.

Empezó a pulsar teclas de inmediato. Acercó más V. M. mientras buscaba la imagen deseada y la reproducía en la pantalla. Ambas miraron las dos imágenes varias veces.

—¿Qué opinas? —preguntó al final Janie.

—Creo que existen motivos para pensar que estamos viendo una resistencia al DR SAM basada en la peste; de naturaleza genética. De hecho, es lógico, absolutamente lógico, que una persona que haya padecido la peste pueda ser resistente al DR SAM, pero ¿por qué no lo ha pensado nadie antes?

—¿Conoces a otra persona aparte de Caroline que haya sobrevivido a la peste? —Alejandro, pensó Janie—. Yo no.

—No puede haber muchas —admitió Kristina.

—Tendremos que averiguar cuántas hay y empezar a analizarlas.

—Sí, pero tendremos que entrar en Big Dattie.

En el maletín donde guardaba a V. M., Janie aún conservaba el programa de identificación corneal que le había proporcionado el pirata informático francés. Big Dattie sería uno de los últimos servicios gubernamentales en averiarse. Los militares y la policía biológica dependían de él.

—Sé cómo podemos conseguirlo —afirmó.

—Bromea.

—No.

—Esto es increíble. ¡Piense en lo que significa! Podremos encontrar una forma de lidiar con el DR SAM si aislamos el gen que permite la resistencia y, después, preparar una solución genética, como hicimos con esos chicos. —Kristina adoptó la expresión entusiasta de los jóvenes cuando descubren algo—. Oh, esto es maravilloso, he de ir a buscar a mi pad... —Se interrumpió de pronto.

La muchacha y Janie se miraron durante unos segundos de estupefacción. Ambas se entendieron sin hablar, y Janie se sintió invadida por un alivio inesperado. Por fin, cuando notó que podía respirar de nuevo, susurró:

—¿Y si se lo digo yo?

Tom quedó contrito, casi aturdido, cuando Janie le interrogó.

—¿Por qué me ocultaste este secreto? Debió de ser una niña guapísima y ahora se ha convertido en una mujer maravillosa... Oh, Tom, habrá representado una tortura para ti callarlo. Me habría encantado conocerla cuando era pequeña.

—No sé por qué lo hice. Nunca encontraba el momento adecuado para decírtelo.

—No te casaste con su madre.

Tom vaciló un momento.

—No la quería.

—Pero quieres a Kristina...

—Claro que sí. Dios mío, es mi hija. Siempre he estado a su lado cuando necesitaba algo, siempre me he ocupado de ella.

Tan agradable, firme y sereno... Janie estaba segura de que había sido un padre maravilloso.

—Llevaste esta vida secreta durante todos estos años, sin que yo me enterara. Creía saber...

—Los dos íbamos a la universidad. No nos veíamos con mucha frecuencia.

Algo se removió en ella, una idea sobre las coincidencias, pero en la confusión del momento la dejó pasar.

—Bueno, Tom, lamento decirte lo que pensaba.

—¿Qué pensabas?

—Bueno, que había algo... romántico...

—Janie, por favor. Sólo con la diferencia de edad... ¿Cómo pudiste pensar eso de mí?

—No lo sé. Tampoco estoy segura de que lo hiciera. No quería creerlo. Sea como sea, deberías estar orgulloso. Es una joven notable, muy madura para su edad. Siempre me sorprende con sus intuiciones.

—Es notable —repitió Tom con tono pensativo, casi triste—. En más aspectos de los que puedas imaginar.

Ya me lo contarás algún día, pensó Janie, porque tú has influido en lo que distingue a tu hija de los demás. Secretos semejantes siempre deseaban aflorar, liberarse. Janie creía que había llegado el momento de iniciar el proceso.

—No está en Big Dattie, Tom.

Él la miró a los ojos.

—Lo sé.

—Toda la gente de su edad consta en esa base de datos.

—Yo... conseguí que alguien la borrara, en... —Apartó la vista—. Cuando... — No pudo terminar la frase.

—Tom —dijo Janie con mucha dulzura—, no estoy segura de entenderlo bien.

¿Puedes lograr que borren a gente?

El abogado asintió lentamente.

—En otro tiempo.

—¿Cómo?

—Con dinero.

—Pero tanto dinero...

—Un par de querellas impresionantes, llevadas con mucha discreción, ¿lo recuerdas? Muy impresionantes.

Janie dejó de acosarle por unos momentos. Tom estaba sumido en sus recuerdos. A la larga, los compartiría con ella.

—Ignoraba que podía lograrse. Oh, Tom, ella habrá sido la primera.

—Sí, en efecto. La primera.

La vida siempre encontrará una forma de abrirse paso, incluso en los peores momentos, y durante el invierno que siguió, nació el hijo de Caroline y Michael, una niña preciosa con el pelo de un rojo dorado, como su madre. La llamaron Sarah, porque la bruja medieval, cuya sabiduría había conservado por escrito Alejandro Canches más de seis siglos antes, era la clave de que su madre hubiera sobrevivido en el nuevo milenio. Su segundo nombre era Jane, por la mujer que la recibió cuando salió del útero de su madre, perfecta y sin mácula.

Cada vez que veía a la niña mamar del pecho de Caroline, segura y a salvo, rodeada por el amor de sus padres y protegida por la vigilancia de toda una comunidad entregada, Janie pensaba en todos los bebés que habían nacido en el exterior durante aquel invierno, en el miedo oscuro y frío que debía de reinar. Se preguntaba con frecuencia, con el corazón lleno de temor por su especie, sobre los sacrificios que harían las madres desesperadas de aquellos bebés para conseguir que su prole sobreviviera. Entregarían todo cuanto poseyeran sin pensarlo dos veces, lo más probable; así era la naturaleza de la maternidad cuando se enfrentaba a condiciones extremas. En aquel terrible invierno de la peste, sería poca cosa. Sin embargo la vida siempre encuentra una forma de abrirse paso, se recordaba durante las largas noches, mientras la nieve empujada por el viento y el hielo invadían con su furiosa rabia el desolado paisaje de Nueva Inglaterra. Algunos de aquellos bebés sobrevivirían, como durante el primer reinado de terror del DR SAM. Era posible afirmarlo con razonable seguridad. No obstante, era imposible predecir en qué se convertirían aquellos bebés.

De vez en cuando alguna pobre alma topaba con la verja electrónica del campamento y la agitaba, pero sólo conseguía despertar más tarde a una buena distancia, con un brazo dolorido y la cabeza aturdida. A veces aparecía una huella de

caballo en la nieve, o rastros de trineo. Janie se aventuraba en el exterior cuando el frío no era demasiado riguroso y el viento menos intenso, paseaba por los terrenos del campamento y se sumía en sus cavilaciones. Muy a menudo, durante aquellas caminatas invernales, sus pensamientos derivaban hacia el hombre cuya vida había arrebatado en el desesperado intento de preservar la suya y la de Caroline. Cuando ejercía de médico, había sido responsable de muchos seres humanos, y en ocasiones sus actos habían inclinado la balanza de la vida y la muerte en un sentido u otro. Pero en todos los casos la Madre Naturaleza le había traído al paciente ya indispuerto, y ella había utilizado su talento para lograr el mejor resultado.

No había sido así con el señor Anónimo, como había empezado a llamarle en su mente. Matarle había significado una elección, y Janie debía creer que había elegido con sabiduría, o no podría continuar adelante. Darle un nombre no había aliviado el peso de su culpa. Atormentaba sus sueños como Carlos Alderón había torturado los de Alejandro Canches, y buscó consuelo en las páginas del antiguo diario con más frecuencia a medida que la primavera se acercaba.

Las noticias del mundo exterior eran escasas e irregulares. Cada pocos días, Virtual Memorial se encendía y gritaba «*mensaje, mensaje, mensaje*», y todo el mundo se congregaba alrededor de él, a la espera de oír alguna nueva alentadora. Las informaciones nunca eran del todo buenas o del todo malas. Minnesota informaba más a menudo, porque la vigorosa gente escandinava que vivía allí ya estaba construyendo comunidades de nuevo.

Janie sabía por qué la tasa de mortalidad de aquella zona era más baja que la de cualquier otro sitio. Y también toda la gente que vivía en Camp Meier. Sobre todo Caroline.

Había sobrevivido a la peste.

Treinta y siete

La blanca extensión del puente seguía como la recordaba de una década antes, cuando se detuvo en su centro con Eduardo Hernández y contemplaron los cadáveres ennegrecidos que flotaban en las repugnantes aguas del Ródano, cadáveres de expresión torturada y cuello hinchado, que suplicaban descanso a través de sus máscaras de muerte. Pero no quedaban suficientes supervivientes para recogerlos, no había suficientes tumbas para aceptarlos, no había suficientes sacerdotes para rezar por ellos. Revivió las sensaciones de aquel día como si le hubieran asestado un mazazo y detuvo el caballo, como Hernández y él habían hecho tantos años antes.

Estaba aterrorizado por aquel entonces, tanto como ahora, pero se trataba de un miedo diferente. La primera vez que había cruzado el puente, estaba asustado por tener que vivir lejos de su protectora familia, aterrado por el viaje, inseguro sobre lo que le aguardaba.

Ignoraba si era lo bastante hombre para enfrentarse a la ruta que se extendía ante él, pero había descubierto que sí. En el tiempo transcurrido desde entonces, había llegado a conocer a aquel hombre interior más en profundidad de lo que había considerado posible, más incluso de lo que hubiera deseado. Echaba de menos su ingenuidad de aquella época, su ignorancia juvenil, porque ahora sabía muy bien lo que le aguardaba: la parte de su vida en que anhelaría y añoraría a la hija cuyo hijo llevaba atado al pecho.

Ay, Hernández, pensó en silencio, mi querido compañero, cómo te he extrañado. Cuán inocentes eran los dos la primera vez que cruzaron el puente. No sabía nada de la vida, nada en absoluto, y tú, con toda tu experiencia mundana, ni siquiera podías imaginar lo que me esperaba.

Si se hubieran quedado al otro lado, ¿seguiría con vida Hernández? ¿Habría sobrevivido a la década posterior a su muerte prematura un aventurero como el gran español?

La mitad de la población había sucumbido, recordó.

Mira desde tu paraíso cristiano, amigo mío, y toma nota de lo bien que me instruíste. He sobrevivido, incluso contra la voluntad de Dios.

He hecho otro amigo, aunque no reconocí su afecto hasta que casi fue demasiado tarde para gozar de él. Me ha ayudado en mi viaje, como tú, si bien no tuvo que entregar su alma para ello.

El niño se removió contra su pecho.

Ah, sí, casi me olvidaba, tengo una hija. La robé a un rey. Me enseñó que hay mucho que amar en este mundo y que basta con mirar... Me ha entregado este

estupendo nieto, aunque todavía soy muy joven.

Por desgracia, no ha podido darle el pecho. Abrió la parte superior de la envoltura y echó un vistazo al rostro sonrosado del bebé.

—No sabes nada de lo que te aguarda, hombrecito —susurró—, pero juro por la vida de tu madre que haré lo imposible por protegerte.

Acarició la espalda del niño, y al cabo de pocos minutos volvió a calmarse. Espoleó con suavidad a su montura, que avanzó de nuevo, con pasos lentos y seguros.

—Te encontraremos una buena ama de cría en cuanto estemos al otro lado.

Miró a la cabra que trotaba detrás, sujeta de una cuerda, con las tetas llenas de leche. El animal parecía sumamente desdichado, y balaba de la forma más desconsolada. Alejandro había pagado la principesca cantidad de dos piezas de oro por la ofendida bestia, pero le había proporcionado leche tibia para alimentar al niño, por lo que no habría dudado en abonar diez veces aquella suma.

—Cuando encontremos una buena nodriza, soltaremos a esta buena cabra en el campo, con nuestra gratitud por sus servicios.

El palacio de los papas aún dominaba el paisaje y sus agujas blancas se elevaban hacia el cielo, el lugar etéreo que existía más allá de los miserables vínculos de la vida, según las creencias de los cristianos. Alzó la vista e imaginó al nuevo Papa, cuyo nombre desconocía, aunque tampoco le importaba, resguardado en su torre particular, rodeado de consejeros y sabios, si bien no creía que existiera alguno más astuto que De Chauliac, en tiempos de Clemente. El actual embajador del dios cristiano estaría aposentado con firmeza en el poder glorioso de la Iglesia. Podría alterar la vida de los judíos de Aviñón, y de muchos más, con sólo garabatear unas palabras en un rollo de pergamino y aplicar su sello en un poco de cera roja caliente sobre su superficie y, a pesar de los sufrimientos que ocasionaría con un acto tan sencillo, jamás tendría que volver a pensar en ello. ¿Sería tan considerado como Clemente cuando De Chauliac le había servido? Pronto lo averiguaría.

Las calles de Aviñón estaban mucho más limpias de como las recordaba.

—Ay, joven Guillaume —dijo al bebé—, no imaginas cuán sucia era esta ciudad. En comparación, ahora reluce.

Y era cierto. No vio ratas, y muy poca basura.

Se encontró en una amplia plaza cuadrada. No la recordaba de la primera vez que había estado allí. Al contrario que París, que había padecido los rigores de una guerra, Aviñón había prosperado con discreción bajo el ala protectora de la Iglesia, y se habían encontrado los medios de embellecerla. La amplia extensión adoquinada estaba plagada de las despreciables palomas, que bajaban al suelo de vez en cuando para picotear en las deyecciones de los caballos, y abarrotada de peatones. Echó un vistazo en busca de una señal que indicara una ruta natural que seguir, pero la gente

caminaba en todas direcciones, y nada le inspiró.

El bebé se removió de nuevo, esta vez con más vigor. Alejandro se apeó y condujo el caballo hasta el borde de la plaza, donde lo ató a un árbol. Desató a la cabra y se arrodilló a su lado. Había llegado el momento de ordeñarla. Frotó las ubres mientras con la otra mano acariciaba la espalda de Guillaume, y la leche no tardó en manar.

—Aquí llega tu cena, pequeñín —dijo. Sacó un pequeño cubo de la alforja y lo colocó bajo la cabra. Lo llenó despacio, porque si se apresuraba la leche se agriaría o asustaría a la cabra, y ninguna de ambas posibilidades era deseable.

Después se sentó en una balaustrada de piedra y depositó al niño sobre su regazo. Hundió la esquina de un pequeño trapo blanco en la leche tibia y la posó sobre el labio del niño, que chupó con fruición y secó enseguida la tela. Alejandro repitió la operación varias veces, hasta que el niño quedó saciado, y luego introdujo un dedo en el cubo y se lo tendió para que el bebé conociera la tibieza de la carne.

—Cuando te hayamos encontrado una nodriza, sabrás lo que debes hacer —canturreó—. No te ofreceré trapos en lugar de tetas.

Tenía la impresión de que lo único que hacía desde que partió de París era cabalgar, alimentar al niño y cambiar el pañal cuando era necesario. Cuando no hacía ninguna de estas cosas, intentaba conciliar el sueño, aunque siempre despertaba con la sensación de haber dormido pocas horas. Imagina a una mujer sola con un bebé... ¿Cómo sobreviviría?, pensó. Sabía que, en la mayoría de ocasiones, ni la madre ni la criatura sobrevivían.

Ésta era la última vez que el niño se alimentaba por mediación de un trozo de tela, porque si todo salía de acuerdo con su plan encontraría un templo y buscaría a una judía que se apiadara de ellos y se ofreciera como nodriza, a cambio de un precio, como no podía ser menos.

Una vez limpiado y sujeto el niño contra su pecho, volvió a atar la cabra al caballo. Salió a la plaza y detuvo al primer transeúnte de aspecto inteligente.

—Por favor, señor, ¿dónde está el barrio judío? —preguntó.

El hombre le miró con suspicacia. Alejandro tendió un rollo de pergamino que había escrito en hebreo.

—He de cobrar una deuda.

El hombre observó el rollo con desdén, se volvió y señaló en dirección sur.

—Por allí —indicó, y empezó a alejarse.

—¿Qué calle he de buscar? —inquirió Alejandro.

—La rue des Juifs.

Al igual que la rue des Rosiers, era estrecha y oscura, nada atractiva, pero estaba limpia, poco transitada y provista de una atmósfera familiar. No vio en las puertas las

huellas de *mezuzahs*, sino los propios símbolos. Descabalgó y guio al animal, y a medida que caminaba tocaba cada símbolo.

Recorrió dos o tres manzanas, y atrajo miradas de curiosidad, aunque no hostiles, de los que pasaban. Debía de ser una comunidad muy cerrada, donde todos los habitantes se conocían, donde todo el mundo sabía cuál era su sitio. Se sintió tranquilo y libre de una manera extraña, porque ya no debía mantenerse alerta y, pese a que su atavío era europeo, no le tomaron por un forastero. Recibió cautelosos saludos mientras avanzaba, sin saber muy bien hacia dónde, y devolvió los saludos con auténtica sinceridad.

De repente, como si Dios hubiera guiado sus pasos, se encontró ante un pequeño edificio que sólo podía ser un templo. Detuvo al caballo y a la cabra para contemplar la limpia fachada.

—Bien, joven Guillaume, creo que hemos llegado a donde queríamos.

No había ningún lugar donde atar a los animales, por lo que paró a un adolescente y le ofreció un *sou* por cuidarlos un rato. El muchacho aceptó de buen grado y, cuando cogió las riendas, adoptó una expresión grave, con el orgullo de un trabajador.

Alejandro apretó al niño contra su pecho, se agachó y entró por la pequeña puerta. El suelo era de arena, para amortiguar los sonidos y no molestar a los que meditaban sobre las maravillas de Dios. Había dos hombres al fondo, dedicados a tan santo menester. Sus cabezas se movían rítmicamente, mientras de sus labios brotaba una retahíla de plegarias. Era la estampa clásica de un judío devoto entregado a la oración, algo que Alejandro había presenciado muchas veces durante su juventud, pero los ojos del hombre que había recorrido media Europa observaron algo en que no había reparado de joven.

Qué curiosa parece esta práctica.

Dedujo que uno de los hombres, a juzgar por su atuendo, era un rabino, con toda probabilidad el superior de la congregación y de toda la comunidad. El otro parecía carecer de toda relevancia, aparte de su devoción. Tan concentrados estaban que no se fijaron en él.

El rabino conocerá a una nodriza, pensó Alejandro. Cuando habló, el hebreo surgió de su boca con sorprendente fluidez.

—*Shalom*, rabino —murmuró.

El interpelado se volvió hacia él.

—*Shalom*, hijo mío.

—¿Puedo haceros una pregunta? Soy un viajero que necesita consejo.

—Si puedo serte de...

Un gemido del otro hombre interrumpió sus palabras. El anciano se levantó y miró al recién llegado. Avanzó con paso vacilante, se apoyó sobre la barandilla de madera y escudriñó al visitante.

—¿Alejandro? —susurró con voz temblorosa.

El médico pensó por un momento que Dios le había ordenado renunciar a su lengua. No pudo obligarla a moverse. Había perdido hasta la última gota de saliva. Al final consiguió pronunciar la única palabra necesaria.

—¿Padre?

El anciano se tambaleó, y Alejandro corrió hacia él para sostenerle. Con el niño todavía sujeto contra su pecho, rodeó al viejo entre sus brazos trémulos al tiempo que lágrimas de alegría resbalaban por sus mejillas.

El pequeño Guillaume Karle lloró desconsoladamente cuando fue sometido al rito que todos los hijos de judíos habían conocido durante siglos antes que él: entregar un pedazo de su virilidad a Dios, para recibir a cambio la promesa de que el Señor se acordaría de él. Si bien el niño no era de la sangre de Alejandro, el rabino había decidido que ese detalle carecía de importancia.

«Es sólo un bebé —afirmó el sabio—. Le enseñaremos a ser un buen judío».

Cuando la breve ceremonia terminó, Alejandro llevó a Guillaume Karle a una mujer, una joven viuda con un vástago recién destetado, pero llena de leche para servir a las necesidades del hijo de Kate.

—Ay, Leah —dijo Alejandro con una sonrisa mientras le entregaba el niño—, qué prodigios has obrado. Mira cómo engorda bajo tus cuidados.

La mujer meció al rorro en sus brazos. Alejandro observó la naturalidad con que lo cogía, como si lo hubiera parido ella.

—Siempre tiene hambre —observó Leah—, pero creo que está saciado. Duerme bastante bien.

Alejandro pensó que, incluso cuando es un bebé, un hombre reconoce los brazos acogedores...

Intercambió una sonrisa con la atractiva viuda mientras el rabino se acercaba. La joven se marchó, no sin antes dirigirle una mirada tímida, con Guillaume aferrado a su pecho.

—Ha llegado una carta para ti —informó el anciano. Extrajo un rollo de su manga y se lo tendió.

¿Tan pronto?, pensó Alejandro mientras lo cogía. Advirtió que le temblaban las manos.

La letra de Guy de Chauliac era clara y firme. Había añadido adornos con la tinta roja de Isabel, lo que era una inconfundible señal de aprecio. Alejandro deseó que las noticias fueran tan hermosas como la caligrafía. Respiró hondo y leyó.

Mi querido colega:

Espero que vuestro nieto y vos gocéis de buena salud cuando recibáis esta carta.

Ellos, y me refiero al príncipe Lionel y a la condesa Isabel, han acogido a Kate en su casa, naturalmente contra la voluntad de la muchacha. Aún no se ha recuperado por completo del parto, pero la irlandesa siempre está a su lado y la cuida muy bien. La he visitado tres veces desde que partisteis. El primer día casi deliraba de miedo y tuvo fiebre, hasta que le revelé en privado que habíais logrado escapar.

El joven Chaucer lamenta sobremanera vuestras circunstancias, aunque no sé por qué. Da la impresión de que siente cierta complicidad, inmerecida, en mi opinión. El muchacho ha ocupado vuestro lugar con entusiasmo, y se ha convertido casi en mi cómplice. Gracias a él me he enterado de que están hablando de devolver a Kate a Inglaterra, si bien aún no han decidido cuándo será. No es huésped del delfín, como Lionel y toda su corte, de manera que puede ser expulsada de Francia a discreción de Eduardo. No me atrevo a pensar qué opinará Eduardo Plantagenet a este respecto.

Si enviáis noticias de vos y vuestro nieto, me ocuparé de que lleguen a ella. Chaucer ha jurado que me ayudará. No dudo de que vuestra hija está ansiosa por saber de vos, como vos de ella, y recibir un mensaje tal vez acelere su recuperación.

En cuanto a mí, rezo y seguiré rezando para que la buena suerte os bendiga. Agradecería que me escribierais de vez en cuando. De hecho, lo anheló. No me neguéis esto.

Volveremos a encontrarnos, estoy seguro.

Vuestro fiel servidor,

GUY DE CHAULIAC.

Escribió a De Chauliac y refirió su viaje hacia el sur y la alegría que sintió al llegar. Habló de los progresos del niño, y pidió que la noticia llegara a oídos de Kate, para que fortaleciera su ánimo de cara a los amargos tragos que sin duda la aguardaban.

Poco a poco Alejandro encontró un lugar para él y el bebé entre los judíos de Aviñón. No obstante Avram Canches tardaba en aceptar al niño rubio y de ojos azules que su hijo había traído del norte.

—Yo no voy a tener hijos, padre.

—No sabes lo que Dios te reserva, Alejandro. Aquí hay muchas buenas mujeres que te aceptarían, pese al niño extranjero... De hecho, a Leah le hace falta un marido, y sería una excelente pareja para ti.

—Es una mujer estupenda, una buena madre. Sería un honor casarme con ella, de no ser porque...

—¿Por qué?

Alejandro suspiró antes de contar a su padre que había amado una vez y no volvería a amar.

—¿Qué importa el amor? —inquinó el anciano—. Una buena mujer es una buena mujer, y tú eres un hombre excelente, mucho más de lo que me atreví a soñar cuando te separaron de mí. Sólo necesitas resignarte a la voluntad de Dios, y estoy seguro de que conocerás la felicidad, como yo la conocí con tu madre, descansa en paz. Con el tiempo, aprenderás a amar a una mujer, si estás dispuesto. Yo sé de estas cosas, has de hacerme caso.

—Amé a una mujer, padre, y no estoy dispuesto a amar a otra.

—Entonces no dejarás nada de ti, ninguna herencia, ningún hijo que te suceda, que rece por tu alma.

—Así sea. Quedará mi trabajo. Será un legado suficiente.

—En ese caso, el apellido Canches llegará a su final. Cuando expires, el mundo no volverá a conocer a la carne de nuestra carne...

—Así sea —repuso Alejandro—. Si Dios considera conveniente que la carne de un Canches nazca al mundo, ya encontrará los medios de hacerlo. Sin nuestra ayuda.

Epílogo

Las dos mujeres estaban sentadas en el amplio porche que rodeaba el edificio principal de Camp Meier, en sendas mecedoras de madera que crujían al moverse, mientras ellas oían los sonidos del bosque.

Janie apoyó la cabeza contra el respaldo acolchado, muy contenta. Cerró los ojos y dejó que los ruidos de la tierra resonaran en su interior. El ritmo de los chirridos era calmante, casi soporífero.

La vida era maravillosa, al menos en aquel momento.

Abrió los párpados y sonrió a Kristina.

—Te ayuda a creer en Dios, ¿verdad?

—Yo creo, de todos modos.

Janie no se sintió sorprendida.

—Kristina, hay algo que tengo ganas de preguntarte. ¿Qué se siente, por dentro, al ser... —se interrumpió para buscar la fórmula apropiada y añadió—: como tú?

—¿Quiere saber si me siento diferente?

—Sí.

—¿Por qué? —inquirió la joven.

—Bueno, creo que he de saberlo. ¿Tú no? Para explicárselo a éste.

Se dio una palmada en el vientre.

Kristina contempló con aire pensativo la noche fresca y agradable de septiembre. Se oía el ruidoso cántico de los grillos, así como el batir de las alas de murciélagos entre las hojas de los árboles.

—Supongo que sí —dijo por fin Kristina—, pero no estoy segura de poder contestar a su pregunta. Siempre he sido así, al menos desde que tengo conciencia.

El diario de Alejandro descansaba sobre el regazo de Janie. Su estómago hinchado estaba apoyado sobre sus muslos. El feto se había instalado por fin en el canal del parto y podía nacer de un momento a otro. Janie se sentía demasiado vieja, al menos desde un punto de vista físico, para estar embarazada. Se removió un poco para aliviar la presión.

—¿Y cuándo fue eso?

Kristina apoyó la mano en el vientre de Janie.

—Mi padre es muy feliz por esto —dijo sin responder la pregunta de Janie.

La pregunta esperaba.

—Yo también. No conozco a nadie que pueda ser un padre mejor de este chico. Lo ha entendido todo. Tendrás que ayudarnos, porque somos un poco mayores. Cuando el pequeño empiece a gatear y a subirse por todas partes, tu ayuda será imprescindible.

—No me importa —repuso la muchacha—. Nunca he tenido un hermano. Estoy impaciente.

Se mecieron en silencio, disfrutando de la mutua compañía. El feto pataleaba, y Kristina apartó la mano con una leve exclamación de placer. Janie y ella rieron.

Janie se sentía feliz, excepto en los pocos momentos en que le preocupaba el cuidado del niño.

—Tendré que lavar pañales, Tom.

—Yo los lavaré también. Ya nos acostumbraremos.

—¿Y si no tengo leche suficiente? Las mujeres de mi edad...

—¿No crees que Caroline sería una nodriza excelente, si necesitáramos una? Y si eso no sale bien, tenemos cabras y vacas.

—No sé si me acuerdo de alguna canción de cuna.

—Ya te acordarás. Si no, te inventas una.

—Bueno, al menos sí sabemos cuentos...

—Eso sí.

—¿Ya habéis decidido el nombre? —preguntó Kristina.

Como si pudiera existir alguna duda.

—Sí. —Janie rio—. Le llamaremos Bigfoot, por la forma en que me patea el vientre.

—Hablo en serio...

Janie Crowe sonrió.

—Sí. Se llamará Alex. —Se acarició el estómago—. ¿Qué nombre mejor?



asdfasdf

Notas

[1] En inglés *drug-resistant Staphylococcus aureus mexicalis*, de ahí DR SAM, que conservaremos de ahora en adelante. (N. del T.) <<

[2] Ceremonia que se oficia en la sinagoga un sábado por la mañana para admitir a un muchacho de trece años que ha finalizado con éxito un curso de estudios sobre judaísmo. (*N. del T.*) <<

[3] Comisión Federal de Comunicaciones, agencia estadounidense encargada de regular las comunicaciones y transmisiones interestatales. (*N. del T.*) <<

[4] Zona de Estados Unidos situada al sur y en el centro del Medio Oeste, notable por su fundamentalismo religioso. (*N. del T.*) <<

[5] Esclerosis lateral amiotrófica, llamada enfermedad de Lou Gehrig por el famoso jugador de béisbol que la padeció. (*N. del T.*) <<

[6] Rara y fatal enfermedad que afecta sobre todo a niños de origen judío, en especial de Europa oriental, y que se caracteriza por una mancha roja en el ojo, ceguera progresiva y pérdida de peso. (*N. del T.*) <<